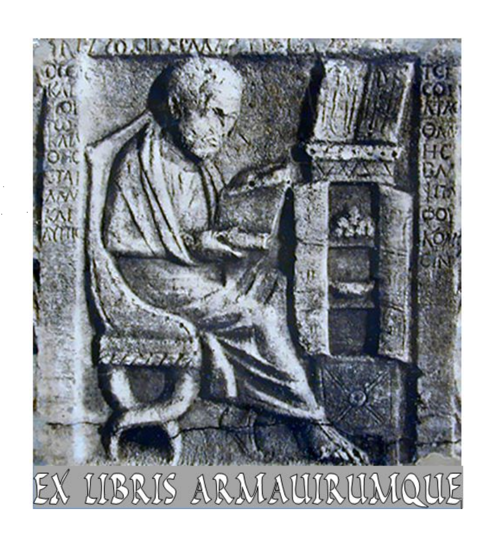

Steven Runciman
Historia de
las Cruzadas I
Alianza
Universidad

Steven
Runciman

Historia de las Cruzadas

1. La Primera Cruzada y la Fundación del Reino de Jerusalén

Versión española de
Germán Bleiberg



Alianza
Editorial

Título original:
A History of the Crusades. Vol. I The First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem

Primera edición en "Alianza Universidad": 1973
Sexta reimpresión en "Alianza Universidad": 2002

(por autorización de Revista de Occidente, S. A., Madrid),
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; teléf. 393 88 88; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-2997-9 (obra completa)
ISBN: 84-206-2059-9 (Volumen I)
Depósito legal: M. 11.345-2002
Impreso en Lavel. Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

A mi madre

INDICE

Libro V.—La Tierra de Promisión

Apéndices

Bibliografía

INDICE DE MAPAS

PREFACIO

Este libro pretende ser el primero de tres volúmenes que abarcarán la historia del movimiento que llamamos «las Cruzadas», desde su comienzo en el siglo XI hasta su ocaso en el XIV, así como de los Estados creados por él en Tierra Santa y en los países vecinos. Espero ofrecer en el volumen segundo una historia y una descripción del reino de Jerusalén y de sus relaciones con los pueblos del Oriente Medio y también de las Cruzadas del siglo XII, y en el volumen tercero haré la historia del reino de Acre y de las últimas Cruzadas.

Tanto si las consideramos como la más grandiosa y más romántica de las aventuras cristianas o como la última de las invasiones de los bárbaros, las Cruzadas constituyen un hecho central en la historia de la Edad Media. Antes de su iniciación, el centro de nuestra civilización estaba situado en Bizancio y en los países del Califato árabe. Antes de su desaparición, la hegemonía de la civilización se había desplazado a la Europa occidental. De este desplazamiento nació la historia moderna; pero para entenderlo no nos basta con comprender las circunstancias que, en la Europa occidental, dieron origen al impulso de las Cruzadas, sino que, más bien, hay que comprender las circunstancias que, en Oriente, ofrecieron su oportunidad a los cruzados y determinaron su avance y retirada. Nuestra visión tiene que abarcar desde el Atlántico a Mongolia. Narrar la historia únicamente desde el punto de vista de los francos, o del de los árabes, o incluso

del de sus principales víctimas, los cristianos de Oriente, equivaldría a ignorar su significación. Porque esto fue, como observa Gibbon, la historia de la «controversia del mundo».

La historia completa de las Cruzadas no se ha narrado con frecuencia en lengua inglesa; ni siquiera ha existido en Inglaterra una escuela historiográfica de tal especialidad. Los capítulos de Gibbon en su *Decline and Fall* merecen aún atención, a pesar de sus prejuicios y de la época en que escribió. Más recientes son el brillante resumen del movimiento debido a Sir Ernest Barker, publicado primeramente en la «Enciclopedia Británica», y la breve, aunque admirable, historia de los reinos derivados de las Cruzadas de W. B. Stevenson. Sin embargo, la contribución británica está limitada principalmente a algunos artículos eruditos, a la publicación de fuentes orientales y a unas pocas historias de divulgación. Francia y Alemania poseen una tradición más amplia y antigua. Las grandes historias de las Cruzadas escritas por alemanes se inician con la de Wilken, publicada a principios del siglo XIX. La historia de Von Sybel, cuya primera edición es de 1841, sigue siendo aún de capital importancia; y en el último tercio del siglo, dos excelentes eruditos, Röhricht y Hagenmeyer, no sólo realizaron una inestimable labor de recopilación y crítica de fuentes, sino que también escribieron sendas historias de conjunto. En estos últimos tiempos se ha mantenido viva la tradición alemana gracias a Erdman, autor del exhaustivo estudio sobre los movimientos religiosos occidentales que cristalizarían en las Cruzadas. En Francia, el país del que partió originariamente el mayor número de cruzados, el interés de los eruditos se puso de manifiesto a mediados del siglo XIX con la publicación de las principales fuentes, occidentales, griegas y orientales, en el monumental *Recueil des Historiens des Croisades*. La extensa historia de Michaud ya había empezado a publicarse a partir de 1817. En la segunda mitad del siglo, Riant y sus colaboradores en la «Société de l'Orient Latin» realizaron un copioso y estimable trabajo. En nuestro siglo, dos distinguidos bizantinistas franceses, Chalandon y Bréhier, fijaron su atención en las Cruzadas; y, poco antes de la segunda guerra mundial, M. Grousset compuso su historia de las Cruzadas, en tres volúmenes, que, fiel a la tradición francesa, ha sabido combinar la amplia preparación científica con el excelente estilo literario y un matiz de patriotismo galo. Hoy en día es, sin embargo, en Estados Unidos donde se halla la más fecunda escuela de historiadores de las Cruzadas, creada por D. C. Munro, cuya por desgracia escasa producción escrita podría dar una falsa impresión sobre su importancia docente. Los historiadores americanos han concentrado su atención, hasta ahora, en cuestiones de detalle, y ninguno de ellos ha intentado aún una

historia general completa. Pero nos han prometido un volumen de conjunto, en el que habrán de colaborar algunos eruditos extranjeros, y que abarcará todos los aspectos de la historia de las Cruzadas. Lamento que no haya aparecido a tiempo de haber podido beneficiarme de él cuando escribía el presente volumen.

Podría parecer imprudente por parte de una pluma británica el pretender competir con la masa de mecanógrafos de Estados Unidos. Mas de hecho no existe tal competencia. Un autor solo no puede hablar con la alta autoridad de un equipo de expertos, pero le será posible dotar a su obra de coherencia e incluso de un acento épico que ningún volumen hecho a base de varios colaboradores puede alcanzar. Homero, tanto como Herodoto, fue un padre de la Historia, de lo que se percató Gibbon, el más grande de nuestros historiadores; y resulta difícil, pese a ciertas opiniones críticas, creer que Homero fuera un equipo. La historiografía de hoy se encuentra en una época alejandrina, en la que la creación está supeditada al eruditismo. Enfrentado con verdaderas montañas de minucias del saber y atemorizado por la severidad alerta de sus colegas, el historiador moderno se refugia demasiado a menudo en artículos eruditos o en trabajos estrechamente especializados, pequeñas fortalezas fáciles de defender contra un ataque. Su obra puede tener un valor muy notable; sin embargo, no es un fin en sí misma. Yo creo que el deber supremo del historiador es el de escribir historia, es decir, intentar registrar en una extensa sucesión los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre. El escritor que sea lo suficientemente temerario para acometer tal intento no debería ser tachado de ambicioso, aunque merezcan censura la insuficiencia de sus materiales y la inanidad de sus resultados.

Mis notas autorizan las afirmaciones que hago, y en mi bibliografía ofrezco una lista de las obras consultadas. Mi deuda es enorme con muchas de ellas, incluso aunque no las cite específicamente en las notas. Los amigos que me han ayudado con críticas y consejos son demasiados para poder enumerarlos aquí.

Es menester una observación sobre la transcripción de nombres. Cuando se trata de nombres que tienen una forma moderna generalmente aceptada, como por ejemplo en Juan o Godofredo o Raimundo, sería pedante el uso de otra forma cualquiera; yo he intentado siempre, por tanto, emplear la forma más familiar y asequible al lector de nivel medio. Para las palabras griegas he usado la transcripción latina tradicional, único medio que permite alcanzar la uniformidad. Los nombres árabes presentan una mayor dificultad. Los puntos y espíritus adoptados por los arabistas dificultan la lectura. Yo los he suprimido, aunque espero que mi sistema no vaya en detrimen-

to de la claridad. En armenio, en que *k* y *g* y *b* y *p* resultan igualmente correctas según la época y el lugar en que se haya usado la palabra, he optado por el equivalente más antiguo. El francés *de* representa un problema permanente en inglés. Excepto cuando la preposición puede considerarse como parte integrante de un apellido, he preferido traducirla siempre.

Finalmente, quisiera agradecer a los síndicos y a la Secretaría de Cambridge University Press su indefectible amabilidad y ayuda.

STEVEN RUNCIMAN

Londres, 1950.

[Las citas de las Escrituras al principio de cada capítulo se han tomado para la versión española, de la *Sagrada Biblia,* ed. Bover, S. J.-Cantera, B. A. C., 3.ª edición, Madrid, 1953.

Los nombres propios árabes, sirios, armenios, turcos, etc., se han conservado generalmente con la misma grafía utilizada por el autor.— N. del T.]

Libro I

LOS SANTOS LUGARES
DE LA CRISTIANDAD

Capítulo I
LA ABOMINACION DEL ASOLAMIENTO

«Cuando viereis, pues, la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel, estar en el lugar santo...»

(San Mateo, 24, 15.)

Cierto día de febrero del año 638, el califa Omar entró en Jerusalén, montado en un camello blanco. Iba cubierto de un manto raído y mugriento, y le seguía su ejército, tosco y desgreñado; pero su disciplina era perfecta. A su lado estaba el patriarca Sofronio, como principal magistrado de la ciudad rendida. Omar se dirigió en seguida hacia el lugar del Templo de Salomón, desde donde su amigo Mahoma había ascendido a los cielos. Contemplándole allí, el patriarca recordó las palabras de Cristo y murmuró entre lágrimas: «He aquí la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel.»

Después, el Califa pidió ver los santuarios de los cristianos. El patriarca le llevó a la iglesia del Santo Sepulcro y le mostró cuanto en ella había. Mientras se hallaban en la iglesia se acercaba la hora de la oración musulmana. El Califa preguntó dónde podría extender su alfombra de rezo. Sofronio le rogó que permaneciera donde estaba; pero Omar se dirigió hacia fuera, al atrio de la Anástasis, temiendo, según dijo, que sus celosos secuaces quisieran reclamar para el Islam el lugar en que él había orado. Y así sucedió, en efecto.

Los musulmanes tomaron posesión del atrio, pero la iglesia siguió siendo lo que había sido, el más sagrado de los santuarios de la Cristiandad[1].

Esto se ajustaba a las cláusulas de rendición de la ciudad. El propio Profeta había ordenado que, mientras a los gentiles se les brindara la opción entre convertirse o morir, los pueblos de las Escrituras, cristianos y judíos (a los que, por cortesía, agregaba a los seguidores de Zoroastro), podrían conservar sus lugares de culto y practicarlo sin impedimento, pero no se les permitía aumentarlos, ni llevar armas, ni montar a caballo; y además tendrían que pagar un impuesto especial de capitación, conocido por *jizya*[2]. Sofronio no podía haber esperado mejores condiciones cuando, montado en su asno, iba con un salvoconducto a entrevistarse con el Califa en el monte de los Olivos, después de haberse negado a entregar la ciudad a cualquier otro de menor autoridad. Jerusalén había sido asediada durante más de un año, y los árabes, poco expertos en la táctica de asedio y mal equipados para ello, eran impotentes frente a las fortificaciones recién reparadas. Pero, dentro de la ciudad, las provisiones habían empezado a escasear, y ya no había ninguna esperanza de socorro. El campo estaba en manos de los árabes, y las ciudades de Siria y Palestina habían ido cayendo una tras otra. No había quedado más ejército cristiano próximo que el situado en Egipto, aparte de la guarnición que se mantenía en Cesarea, en la costa, protegida por la flota imperial. Lo más que Sofronio podría obtener del conquistador, además de las condiciones al uso, era que los funcionarios imperiales en la ciudad pudieran retirarse libremente con sus familias y sus bienes muebles a la costa de Cesarea.

Este fue el último éxito público del patriarca, la trágica culminación de una larga vida entregada al esfuerzo por mantener la ortodoxia y la unidad de la Cristiandad. Siempre, desde su juventud, cuando viajaba por los monasterios de Oriente con su amigo Juan Mosco, reuniendo para su *Prado Espiritual* leyendas e historias de santos, hasta sus años de madurez, cuando el Emperador, cuya política combatía, le nombró para la gran sede de Jerusalén, había luchado resueltamente contra las herejías y el naciente nacionalismo, que, como preveía, acabaría por desmembrar el Imperio. Pero el «defensor de la fe, el de la lengua de miel», como se le llamaba, ha-

[1] Teófanes, ad ann. 6127, pág. 333; Eutiquio, *Annales*, col. 1099; Miguel el Sirio, vol. II, págs. 425-6; Elías de Nisibin, pág. 64. Un excelente resumen de las fuentes se hallará en Vicent y Abel, *Jérusalem Nouvelle*, vol. II, páginas 930-2.

[2] Véase el artículo «Djizya», de Becker, en la *Encyclopaedia of Islam*, y Browne, *The Eclipse of Christianity in Asia*, págs. 29-31.

bía predicado y trabajado en vano. La conquista árabe fue una prueba de su fracaso, y pocas semanas después murió con el corazón abrumado de melancolía [3].

Realmente, ninguna acción humana hubiese podido detener los movimientos destructores en las provincias orientales de Roma. A lo largo de la historia del Imperio romano hubo una lucha sorda entre Oriente y Occidente. Occidente venció en Actio, pero Oriente venció a sus conquistadores. Egipto y Siria eran las provincias más ricas y más populosas del Imperio. Poseían los principales centros industriales; sus barcos y caravanas dominaban el comercio con Oriente; su cultura, tanto espiritual como material, era mucho más elevada que la de Occidente, no sólo por sus largas tradiciones, sino también por el estímulo de la proximidad del único rival que tenía Roma en cuanto a su civilización: el reino sasánida de Persia. Se hacía inevitable que la influencia de Oriente fuera en aumento; hasta que, finalmente, el emperador Constantino el Grande adoptó una religión oriental y trasladó su capital hacia Oriente, a Bizancio, en el Bósforo. En el siglo siguiente, cuando el Imperio, debilitado por la decadencia interna, tuvo que hacer frente a la embestida de los bárbaros, el Occidente se vino abajo, pero el Oriente sobrevivió gracias, en gran parte, a la política de Constantino. Mientras se establecían reinos bárbaros en Galia, en España, en Africa, en la lejana Inglaterra y, finalmente, en Italia, el emperador romano regía las provincias orientales desde Constantinopla. El gobierno de Roma rara vez había sido popular en Siria y en Egipto. El gobierno de Constantinopla se resintió pronto de una hostilidad aún más grave. En gran parte esto se debió a circunstancias externas. El empobrecimiento de Occidente significó la pérdida de mercados para los comerciantes sirios y los industriales egipcios. Constantes guerras con Persia interrumpían la ruta comercial que atravesaba el desierto hasta Antioquía y las ciudades del Líbano, y, poco después, la caída del Imperio abisinio y el caos en Arabia cerraron las rutas del mar Rojo, controladas por los marinos de Egipto y los dueños de caravanas de Petra, Transjordania y el sur de Palestina. Constantinopla fue convirtiéndose en el mercado principal del Imperio, y el comercio del lejano Oriente, fomentado por la diplomacia del emperador, buscó una ruta directa, septentrional y al otro lado, a través de las estepas del Asia central. Esto fue un rudo golpe para los ciudadanos de Alejandría y Antioquía, envidiósos ya de la ciudad advenediza, que amenaza-

[3] Σωφρόνιος δέ, ὁ μελίγλωσσος τῆς ἀληθείας πρόμαχος, en Mansi, *Concilia, Nova Collectio,* vol. X, col. 607. Está ahora establecido que Sofronio el patriarca y Sofronio el amigo de Mosco son la misma persona (véase Usener, *Der Heilige Tychon,* págs. 85-104).

ba con eclipsarlas. Pero aún más amargaba a los sirios y egipcios el hecho de que el nuevo sistema de gobierno estuviese basado en la centralización. Los fueros y autonomías fueron rápidamente disminuidos, y el recaudador de impuestos era más severo y exigente que en los tiempos de la dominación romana. El descontento dio nuevas alas al nacionalismo en Oriente, que ya nunca quedaría latente durante mucho tiempo.

La lucha estalló abiertamente por cuestiones de religión. Los emperadores paganos habían sido tolerantes con los cultos locales. Los dioses particulares podían así fácilmente encajar en el panteón romano. Solamente los monoteístas obstinados, como los cristianos y los judíos, sufrieron alguna persecución ocasional. Pero los emperadores cristianos no podían ser tan tolerantes. El cristianismo es una religión exclusivista, y ellos deseaban utilizarlo como un medio unificador que ligara a todos sus súbditos al gobierno. El propio Constantino, algo confuso en cuestiones de teología, había procurado unificar la Iglesia, entonces desgarrada por la controversia arriana. Medio siglo después, Teodosio el Grande hizo de la conformidad una parte del programa imperial. Pero la conformidad no fue aceptada tan fácilmente. El Oriente se había entregado decididamente al cristianismo. Los griegos habían aplicado a sus problemas su afición a las polémicas sutiles, a las que agregaron los orientales helenizados una ardiente y apasionada vehemencia que pronto engendró intolerancia y odio. El tema principal de sus disputas era el de la naturaleza de Cristo, problema central y el más difícil en toda la teología cristiana. La controversia era teológica; pero en esos tiempos incluso el hombre de la calle tenía interés por las disputas teológicas, que clasificaba como una diversión sólo superada por los juegos circenses. Pero había también otros aspectos. El sirio y el egipcio medios deseaban un ceremonial más sencillo que el de la Iglesia ortodoxa, con toda su pompa. Su lujo ofendía a su creciente pobreza. Además, consideraban a sus prelados y sacerdotes como agentes del gobierno de Constantinopla. Su alto clero, por envidia, se dejó llevar fácilmente a una hostilidad semejante. Los patriarcas de las antiguas sedes de Alejandría y Antioquía se enfurecieron al saber que su advenedizo hermano de Constantinopla gozaría del derecho de precedencia. Era inevitable que surgiera la herejía y que tomara la forma de un movimiento nacionalista y disolvente.

El arrianismo pronto se extinguió en Oriente, salvo en Abisinia; pero las herejías del siglo v fueron más resistentes. A principios del siglo, Nestorio, sirio de nacimiento y patriarca de Constantinopla, hizo pública una doctrina que ponía en duda la divinidad de Cristo. Los teólogos de la escuela de Antioquía se habían inclinado

siempre hacia esa tendencia, y Nestorio encontró muchos secuaces en la Siria septentrional. Su doctrina fue condenada como herejía por el Concilio ecuménico de Efeso en 431; a consecuencia de ello se separaron muchas congregaciones sirias. El nestorianismo, prohibido en el Imperio, estableció sus cuarteles generales en el territorio del rey de Persia, en Mesopotamia. Pronto fijó casi toda su atención en el trabajo misional en el lejano Oriente, en la India, en el Turkestán e incluso en China, pero en los siglos VI y VII aún tenía iglesias en Siria y en Egipto, cuyos feligreses eran, sobre todo, mercaderes dedicados al comercio con el lejano Oriente.

La controversia nestoriana dio origen a otra aún más dura. Los teólogos de Alejandría, entusiasmados por la doble victoria sobre las doctrinas de Antioquía y sobre un patriarca de Constantinopla, sobrepasaron los límites de la ortodoxia en dirección opuesta. Publicaron una doctrina que parecía implicar una negación de la humanidad de Cristo. Esta herejía se llama a veces eutiquianismo, por Eutiques, oscuro sacerdote, que fue el primero en proponerla. Más corrientemente se la conoce por el nombre de *monofisismo*. En 451, el cuarto Concilio ecuménico, reunido en Calcedonia, condenó esta herejía, y los monofisitas, indignados, se separaron del cuerpo principal de la Cristiandad, arrastrando consigo a la mayoría de los cristianos de Egipto y a gran número de congregaciones de Siria. La Iglesia armenia, cuyos legados llegaron demasiado tarde a Calcedonia para participar en las discusiones, se negó a aceptar los acuerdos del Concilio y se colocó al lado de los monofisitas. Los emperadores posteriores buscaron sin cesar una fórmula conciliatoria para cerrar la brecha y que, avalada por un concilio ecuménico, hubiese podido ser aceptada como una nueva definición de la verdadera fe. Pero había dos factores en contra de ellos. Los herejes, en lo que a ellos atañía, no deseaban volver al redil, salvo si se admitían sus inaceptables condiciones, y la actitud de Roma y de la Iglesia occidental era terminantemente hostil al compromiso. El papa León I, basándose en el punto de vista de que la definición del Credo era cuestión del sucesor de San Pedro y no de un concilio ecuménico, e impacientado con sutilezas dialécticas que no entendía, promulgó una declaración definitoria de la justa opinión del problema. Esta declaración, conocido en la historia por *Tomus* del papa León, aunque ignoraba las sutilezas de la polémica, fue aceptada por las autoridades del Concilio de Calcedonia como base para sus discusiones, y su fórmula fue incorporada a sus acuerdos. La fórmula del papa León estaba tallada con claridad y era cruda, sin admitir ni comentarios ni modificación alguna. Cualquier compromiso que fuese a apaciguar a los herejes implicaría su abandono y, en consecuencia, un cisma

con Roma. Ningún emperador con intereses y ambiciones en Italia y en Occidente podría permitirse semejante lujo. Encerrado en este dilema, el gobierno imperial nunca desarrolló una política consistente. Vacilaba entre la persecución y el apaciguamiento de los herejes, pero éstos iban aumentando su fuerza en las provincias orientales, apoyados por el nacionalismo que resurgía en Oriente [4].

Además de los monofisitas y los nestorianos había otra comunidad en las provincias orientales que se oponía constantemente al gobierno imperial: la de los judíos. Había judíos, en número considerable, establecidos en todas las grandes ciudades de Oriente. Se hallaban sometidos a cierta inhabilitación civil, y, en ocasiones, tanto ellos como sus bienes resultaban lesionados a causa de algún tumulto. Para resarcirse se aprovechaban de cualquier oportunidad para infligir daño a los cristianos. Sus recursos financieros y sus extensas y amplias relaciones los convertían en un peligro potencial para el gobierno [5].

Durante el siglo VI la situación empeoró. Las guerras de Justiniano en Occidente fueron largas y costosas. Comprometieron su política religiosa y significaron un aumento en los impuestos y ninguna compensación en los asuntos de Oriente. Siria fue la que salió peor parada, porque, además de sus cargas fiscales, sufrió una serie de crueles incursiones de los ejércitos persas y varios terremotos desastrosos. Solamente los herejes florecían. Los monofisitas de Siria se organizaron como fuerza poderosa bajo la orientación de Jacobo Baradeo de Edesa, favorecido por la simpatía de la emperatriz Teodora. Su Iglesia se conoció desde entonces con el nombre de *jacobita.* Los monofisitas de Egipto, llamados ahora coptos, incluían a casi toda la población nativa. Los nestorianos, atrincherados libremente tras la frontera persa y expandiéndose rápidamente hacia el Este, consolidaron su posición dentro del Imperio. Excepto en las ciudades de Palestina, los ortodoxos eran una minoría. Se les llamaba desdeñosamente *melquitas,* los hombres del emperador, y con razón, pues su existencia dependía del poder y prestigio de la administración imperial [6].

[4] El mejor relato de la primitiva historia de las iglesias nestoriana y monofisita se halla en Vacant y Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique,* artículos «Nestorius», de Amann, y «Monophysitisme», de Jugie, y en los capítulos de Bardy, en el vol. IV, y de Bréhier, en los vols. IV y V, de la *Histoire de l'Eglise,* editada por Fliche y Martin.

[5] Para la legislación imperial, arbitraria, aunque no muy cruel, contra los judíos, véase Bury, *Later Roman Empire* (A. D., 395-565), vol. II, pág. 366, y Kraus, *Studien zur byzantinisch-jüdischen Geschichten,* págs. 1-36.

[6] Véase Bréhier, *op. cit.,* vol. IV, págs. 489-93; *Devreesse, Le Patriarchat d'Antioche,* págs. 77-99.

En 602 subió al trono imperial el centurión Focas. Su reinado fue cruel e incompetente, y, mientras Constantinopla sufría bajo el terror, en las provincias había disturbios en las ciudades entre los bandos del circo y luchas civiles entre las sectas religiosas rivales. En Antioquía, los patriarcas jacobita y nestoriano celebraron públicamente un concilio para discutir la acción común contra los ortodoxos. Focas los castigó con el envío de un ejército que hizo una terrible matanza entre los herejes, a la cual cooperaron, con regocijo, los judíos. Dos años después, los propios judíos se sublevaron y torturaron y mataron al patriarca ortodoxo de la ciudad [7].

En el año 610, Focas fue destronado por un joven noble de origen armenio, Heraclio, hijo del gobernador de Africa. Aquel mismo año, el rey Cosroes II de Persia completó sus preparativos para la invasión y desmembramiento del Imperio. La guerra persa duró diecinueve años. Durante doce, el Imperio estuvo a la defensiva, mientras un ejército persa ocupaba Anatolia y otro conquistaba Siria. Antioquía cayó en 611; Damasco, en 613. En la primavera de 614, el general persa Shatbaraz entraba en Palestina, asolando las zonas rurales e incendiando las iglesias por donde pasaba. Solamente respetó la iglesia de la Natividad, de Belén, porque los mosaicos sobre la puerta representaban a los Reyes Magos en traje persa. El 15 de abril puso sitio a Jerusalén. El patriarca Zacarías estaba dispuesto a entregar la ciudad con el fin de evitar derramamiento de sangre, pero los habitantes cristianos se negaron a rendirse tan dócilmente. El 5 de mayo, con la ayuda de los judíos intramuros, los persas forzaron su entrada en la ciudad. Se sucedieron escenas de violento horror. Con sus iglesias y casas ardiendo, los cristianos fueron degollados en una matanza sin discriminación, víctimas algunos de la soldadesca persa y muchos más de los judíos. Se dijo que murieron unos sesenta mil y que treinta y cinco mil más fueron vendidos como esclavos. Las sagradas reliquias de la ciudad —la verdadera Cruz y los instrumentos de la Pasión— habían sido escondidas; pero, desenterradas, fueron enviadas, juntamente con el patriarca, hacia el Este, como obsequio para la reina cristiana de Persia, la nestoriana Meryem. La devastación producida dentro de la ciudad y en sus alrededores fue tan grande que ni siquiera hoy en día se ha recuperado de ella plenamente el campo [8].

[7] Teófanes, ad. ann. 6101, pág. 296; Juan de Nikiu, pág. 166; Sebeos, páginas 113-14; Eutiquio, *Annales*, col. 1084 (refiere los tumultos de Tiro); *Chronicon Paschale*, pág. 699 (atribuye el asesinato del patriarca a la soldadesca amotinada); Kulakovsky, «Crítica de pruebas en Teófanes» (en ruso), en *Vizantiiski Vremennik*, volumen XXI, págs. 1-14, e *Historia de Bizancio* (en ruso), vol. III, págs. 12-15, que confronta la prueba y fija la fecha.

[8] Antíoco el Estratega, págs. 9-15; Sebeos, págs. 130-1; *Anon. Guidi*,

Tres años después, los persas avanzaron hacia Egipto. En un año se convirtieron en sus dueños. Entretanto, por el Norte, sus ejércitos habían alcanzado el Bósforo [9].

La caída de Jerusalén fue un golpe terrible para la Cristiandad. El papel desempeñado por los judíos no se echó nunca en olvido ni fue jamás perdonado, y la guerra contra los persas cobró caracteres de guerra santa. Cuando al fin, en 622, Heraclio pudo tomar la ofensiva contra el enemigo, se consagró solemnemente, con su ejército, a Dios, y partió como guerrero cristiano que lucha contra el poder de las tinieblas. Las generaciones posteriores vieron en él al primero de los cruzados. Guillermo de Tiro, al escribir la historia de las Cruzadas cinco siglos más tarde, relata la guerra persa, y la traducción francesa antigua de su obra se conoció por el título de *Livre d'Eracles* [10].

La Cruzada tuvo éxito. Tras muchas vicisitudes, tras muchos momentos de ansiedad y desesperación, Heraclio, al fin, derrotó a los persas en Nínive en diciembre de 627. A principios de 628 fue asesinado el rey Cosroes y su sucesor pidió la paz; sin embargo, no fue concertada hasta 629, año en que las provincias reconquistadas fueron devueltas al Imperio. En agosto, Heraclio celebró su victoria en Constantinopla. La primavera siguiente volvió a tomar la ruta del Sur para recibir la Santa Cruz y trasladarla, con toda pompa, a Jerusalén.

Fue una escena conmovedora. Sin embargo, no les había ido mal a los cristianos de Oriente bajo el régimen persa. Cosroes retiró pronto su favor a los judíos e incluso los había expulsado de Jerusalén. Mientras su corte favorecía a los nestorianos, el monarca era, oficialmente, igual de benévolo hacia los monofisitas que hacia los ortodoxos. Les devolvió sus iglesias, las reconstruyó y, bajo su patrocinio, se celebró un concilio en Ctesifón, su capital, para discutir la unión de las sectas. La vuelta de la administración imperial, una vez apagado el primer entusiasmo, fue considerada como beneficiosa únicamente para los ortodoxos. Heraclio había heredado arcas vacías. Sólo pudo subvenir a los gastos de sus guerras gracias a un am-

pág. 3; *Chronicon Paschale,* págs. 704-5; Teófanes, ad. ann. 6106, págs. 300-1. El episodio de los mosaicos de Belén se halla en la carta de los patriarcas orientales a Teófilo, en Migne, *Patrologia Graeco-Latina,* vol. XCV, cols. 380-1.

[9] Para la historia de la guerra persa, véase Kulakovsky, *Historia de Bizancio,* vol. III, págs. 33-49; Ostrogorsky, *Geschichte des byzantinischen Staates,* págs. 51-66; Bréhier, *op. cit.*, págs. 79-101; Pernice, *L'Imperatore Eraclio,* páginas 58-179, *passim.*

[10] Guillermo de Tiro, I, 1-2, vol. I, p. I, págs. 9-13. El título completo de la antigua traducción francesa es *L'Estoire de Eracles, Empereur, et la Conqueste de La Terre d'Outremer.*

plio préstamo que le hizo la Iglesia. El botín cogido a los persas no fue suficiente para devolver aquél. Los sirios y egipcios volvieron a sentirse obligados a pagar elevados impuestos y a ver cómo su dinero servía para aumentar los tesoros de la jerarquía ortodoxa [11].

Tampoco consiguió Heraclio resolver los asuntos mediante su política religiosa. En primer lugar, inició una acción contra los judíos. No había tenido nunca ninguna animosidad contra ellos; pero, hallándose disfrutando de la efectiva hospitalidad de un judío de Tiberíades cuando iba de camino a Jerusalén, se enteró con todos los detalles del papel desempeñado por ellos durante las invasiones persas. Impresionado también, quizá, por una inconcreta profecía que anunciaba que una raza circuncisa arruinaría el Imperio, ordenó el bautismo obligatorio de todos los judíos que vivieran dentro del territorio imperial y escribió a los reyes de Occidente instándoles a seguir el ejemplo. La orden fue imposible de ejecutar, pero dio a los celosos cristianos una excelente oportunidad para la matanza de la raza odiada. El único resultado final fue el de que aumentara el resentimiento de los judíos contra el gobierno imperial [12]. Luego el Emperador se zambulló en las peligrosas aguas de la teología cristiana. El patriarca Sergio de Constantinopla, monofisita sirio de nacimiento, había desarrollado paulatinamente una doctrina que, según creía, podría reconciliar a monofisitas y ortodoxos. Heraclio la aprobó, y la nueva doctrina, conocida en la historia como *monoenergismo,* se promulgó en todo el Imperio en cuanto se terminaron las guerras persas. Mas, a pesar del apoyo del Emperador y del patriarca y de la cautelosa aprobación del Romano Pontífice, Honorio, la doctrina fue universalmente impopular. La jerarquía monofisita la rechazó en el acto. La mayoría de los ortodoxos, guiada por el gran místico Máximo el Confesor, en Constantinopla, y por Sofronio, en Oriente, la encontró inaceptable. Heraclio, con más entusiasmo que tacto, intentó tenazmente imponerla a todos sus súbditos. Aparte de sus cortesanos y de algunos armenios y libaneses, llamados más tarde maronitas, no ganó adeptos. Heraclio modificó posteriormente su doctrina; su *Ekthesis,* publicada en 638, propugnaba, también sin fruto, el monotelismo. Todo el episodio, que no acabó de aclararse hasta después del sexto Concilio ecuménico, en 680, no hizo más que

[11] El Concilio de Ctesifón se describe en Sebeos, págs. 189-92, y *Anon. Guidi,* pág. 20. Este tal vez exagere el papel de los nestorianos y su éxito.

[12] Una versión completa, con referencias, se halla en Bréhier, *op. cit.,* páginas 108-11. Teófanes, ad ann. 6120, págs. 328-9, y Eutiquio, col. 1089, son las fuentes principales. El decreto ordenando el bautismo de los judíos está recogido en Dölger, *Regesten,* núm. 206, vol. I, pág. 24. Véase también la *Doctrina Jacobi,* editada por Bonwetsch, pág. 88.

contribuir a la amargura y confusión que estaban arruinando a los cristianos de Oriente[13].

Cuando Heraclio se hallaba en Constantinopla, en 629, recibiendo embajadas de felicitación desde lugares tan distantes como Francia y la India, se dice que llegó para él una carta dirigida por un jefe árabe que se llamaba a sí mismo Profeta de Dios, y que rogaba en ella al Emperador a unirse a su fe. Cartas parecidas fueron enviadas a los reyes de Persia y de Abisinia y al gobernador de Egipto. La leyenda es probablemente apócrifa. No parece verosímil que Heraclio conociese por entonces los grandes acontecimientos que estaban revolucionando la península arábiga. A principios del siglo VII Arabia estaba ocupada por cierto número de tribus anárquicas e independientes, algunas nómadas, otras agrícolas y unas pocas que vivían en las ciudades comerciales situadas a lo largo de las rutas de las caravanas. Era un país idólatra. Cada zona tenía sus ídolos particulares, pero el más sagrado de todos era la *kaabah,* en La Meca, la ciudad comercial más importante. Sin embargo, la idolatría estaba declinando, ya que misioneros judíos, cristianos y zoroástricos habían laborado durante mucho tiempo en el país. Los zoroástricos sólo habían tenido éxito en la parte oriental del Norte y más tarde en el Sur. Los judíos tenían sus colonias en muchas ciudades de Arabia, especialmente en Medina, y habían logrado convertir a un cierto número de árabes. Los resultados más amplios correspondieron a los cristianos. El cristianismo ortodoxo tuvo sus secuaces en Sinaí y en Petra. Los nestorianos, igual que los zoroástricos, se hallaban donde había protección persa. Pero los monofisitas tenían congregaciones hasta los últimos confines de las grandes rutas de caravanas, incluso en el Yemen y el Hadramaut; al mismo tiempo, muchas tribus importantes en los límites del desierto, tales como los Banū Ghassan y los Banū Taghlib, eran todas monofisitas. Los mercaderes árabes, que viajaban a menudo por ciudades de Siria y Palestina y del Iraq, tuvieron muchas ocasiones para conocer las religiones del mundo civilizado; por otra parte, en la propia Arabia existía una antigua tradición monoteísta: la del *hanif.* Coincidía todo esto con una sensible necesidad de expansión en Arabia. Los exiguos recursos de la península, más exiguos aún desde que fueron destruidas las obras de regadío de los himiaritas, eran insuficientes para la creciente población. Según registra la Historia, las poblaciones desérticas han fluido cons-

[13] El mejor resumen sobre monoenergismo y monotelismo se halla en Bréhier, *op. cit.,* págs. 111-24, 160-200.

tantemente hacia las tierras cultivadas de los contornos, y en ese momento la presión era particularmente fuerte [14].

El genio tremendo y peculiar de Mahoma se adaptaba exactamente a estas circunstancias. Procedía de la ciudad santa de la Meca, y era un miembro pobre de su gran clan, los qoraishitas. Había viajado y visto el mundo y estudió sus religiones. Se sintió particularmente atraído por el cristianismo monofisita; pero la doctrina de la Trinidad parecíale incompatible con el monoteísmo puro que él admiraba en la tradición del *hanif*. La doctrina que él mismo desarrolló, si bien no rechazaba categóricamente el cristianismo, fue una forma modificada y simplificada mucho más aceptable para su pueblo. Su éxito como jefe religioso se debió, sobre todo, a su completo conocimiento de los árabes. El más capacitado con mucho entre todos ellos, supo distinguir claramente entre sus sentimientos y sus prejuicios. Además, poseía un tacto político extraordinario. Este conjunto de cualidades le permitió, en el plazo de diez años, construir de la nada un imperio que estaba en condiciones de conquistar el mundo. En 622, año de la Hégira, sus únicos secuaces eran los que convivían con él y un pequeño grupo de amigos. En 632, año de su muerte, era el señor de Arabia, y sus ejércitos estaban trasponiendo las fronteras. El surgimiento repentino de aventureros no es raro en Oriente, aunque su caída suele ser igual de repentina. Mahoma, sin embargo, dejó una organización duradera, cuya permanencia estaba garantizada por el *Corán*. Esta destacada obra, reunida por el Profeta como la Palabra de Dios, no sólo contiene máximas e historias edificantes, sino también las normas para la conducta en la vida y para el gobierno de un imperio, y un completo código de leyes. Era lo suficientemente sencillo para que lo aceptaran sus contemporáneos árabes, y a la vez lo suficientemente universal para cubrir las necesidades del gran imperio que iban a construir sus sucesores. En efecto, la fuerza del Islam radica en su sencillez. Había un Dios en el cielo, un jefe de los fieles para reinar en la tierra y una ley, el *Corán*, por la cual reinaría. Al contrario del cristianismo, que siempre predicó una paz que nunca logró, el Islam se presentó, sin rubor alguno, con un alfanje [15].

El alfanje atacó a las provincias del Imperio romano incluso en

[14] Véase Browne, *op. cit.*, cap. I, y Lammens, *L'Arabie Occidentale avant l'Hegire, passim.*

[15] La relación crítica más completa sobre Mahoma y el comienzo del Islam se halla en Caetani, *Annali dell'Islam*, vol. I. Véase también el artículo «Muhamed», de Buhl, en la *Encyclopaedia of Islam*. Para un examen de la influencia de los monofisitas sobre el Islam, véase Grégoire, «Mahomet et le Monophysisme», en *Mélanges Charles Diehl*, vol. I, págs. 107-19.

vida del Profeta, con algunas pocas incursiones, y no muy victoriosas, en Palestina. Bajo el mando del sucesor de Mahoma, Abu Bakr, la política de expansión se hizo evidente. La conquista de Arabia se completó mediante la expulsión de los persas de su colonia de Bahrein, mientras un ejército árabe pasó por Petra, la ruta comercial de la costa meridional de Palestina, derrotando al gobernador local, Sergio, en alguna parte próxima al mar Muerto, y avanzó hacia Gaza, que se rindió después de un breve asedio. Los ciudadanos fueron tratados con benevolencia, pero los soldados de la guarnición se convirtieron en los primeros mártires cristianos de las armas del Islam [16].

En 634, Omar sucedió a Abu Bakr, heredando también su decisión de extender el poder musulmán. Entretanto, el emperador Heraclio, que estaba aún en la Siria septentrional, se convenció de que había que tomar en serio las invasiones árabes. Estaba escaso de fuerzas humanas. Las pérdidas durante la guerra persa habían sido muy graves. Desde el final de la contienda había licenciado muchos regimientos por razones de economía, y no existía entusiasmo por entrar en el ejército. Por todo su Imperio habíase extendido esa atmósfera de fatiga y pesimismo que, tras una guerra larga y dura, invade frecuentemente tanto a los vencedores como a los vencidos. A pesar de esto, envió a su hermano Teodoro al frente de las tropas de la provincia de Siria para restablecer el orden en Palestina. Teodoro se enfrentó con los dos ejércitos árabes principales en Gabatha o Ajnadain, al suroeste de Jerusalén, y sufrió una derrota total. Los árabes, seguros en la Palestina meridional, avanzaron luego hacia la ruta comercial que corría al oeste del Jordán, hacia Damasco y el valle del Orontes. Tiberíades, Baalbek y Homs fueron cayendo en sus manos sin combate, y Damasco capituló, tras un breve sitio, en agosto de 635. Heraclio empezó a alarmarse seriamente. Con alguna dificultad envió dos ejércitos hacia el Sur. Uno se había formado con levas armenias, al mando del príncipe armenio Vahan, y con gran número de árabes cristianos, capitaneados por un jeque de los Banū Ghassan. El otro lo mandaba Teodoro Tritirio y constaba de tropas muy mezcladas. Ante las noticias de su aproximación, los musulmanes evacuaron el valle del Orontes y Damasco y se retiraron hacia el Jordán. Tritirio los alcanzó en Jabbia, en el Hauran, pero fue derrotado. Consiguió, sin embargo, conservar una posición sobre el

[16] Teófanes, ad ann. 6123-4, págs. 335-6; «Tomás el Presbítero», en *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Scriptores Syri,* vol. IV, pág. 114; Miguel el Sirio, vol. II, pág. 413. El relato de los mártires de Gaza se halla en *Pasio LX Martyrum et Legenda Sancti Floriani,* ed. por Delehaye en *Analecta Bollandiana,* vol. XXIII, págs. 289-307.

río Yarmuk, al suroeste del mar de Galilea, hasta que se le pudo reunir el ejército de Vahan. Allí, el 20 de agosto de 636, en medio de una cegadora tempestad de arena, fue librada la batalla decisiva. Los cristianos tenían el ejército más numeroso; pero los árabes eran superiores en la maniobra; y, en medio del combate, el príncipe ghassanida y doce mil árabes cristianos se pasaron al enemigo. Eran monofisitas y odiaban a Heraclio; y la soldada se les debía desde varios meses. La traición fue fácilmente preparada. Aseguró el éxito. La victoria musulmana fue completa. Tritirio y Vahan murieron con casi todos sus hombres. Palestina y Siria yacían abiertas a los conquistadores [17].

Heraclio hallábase en Antioquía cuando le llegaron las noticias de la batalla. Estaba totalmente abatido; era la mano de Dios la que se abría para castigarle por su matrimonio incestuoso con su sobrina Martina. No tenía ya ni los hombres ni el dinero para seguir defendiendo la provincia. Después de celebrar solemnes rogativas en la catedral de Antioquía, se dirigió hacia la costa y embarcó para Constantinopla, exclamando amargamente, cuando se alejaba de la playa: «Adiós, un largo adiós a Siria» [18].

Los árabes ocuparon rápidamente todo el país. Los cristianos heréticos se sometieron a ellos sin vacilación. Los judíos les prestaron ayuda activa, sirviéndoles de guías. Solamente en las dos grandes ciudades de Palestina, Cesarea y Jerusalén, hubo una resistencia organizada, igual que en las fortalezas de Pella y Dara, en la frontera persa. En Jerusalén, ante las noticias del Yarmuk, Sofronio había reparado las defensas de la ciudad. Después, conociendo que el enemigo había llegado a Jericó, recogió las santas reliquias de Cristo y las envió de noche hasta la costa para que fueran trasladadas a Constantinopla. No deberían caer nunca más en manos de infieles. Jerusalén soportó un sitio de más de un año. Cesarea y Dara resistieron hasta 639. Por entonces eran posiciones aisladas. La metrópoli de

[17] Para la batalla de Ajnadain, Teófanes, ad ann. 6125, págs. 336-7; Sebeos, pág. 165. Teófanes llama al lugar de la batalla «Gabitha»; Sebeos, cuyo relato es algo confuso, «Rabboth-Moab». Para la batalla del Yarmuk, Teófanes, ad ann. 6126, págs. 337-8; Nicéforo, págs. 23-4; Miguel el Sirio, vol. II, págs. 420-4; Sebeos, págs. 166-7; Eutiquio, col. 1097. Las fuentes árabes se hallan resumidas en Pernice, *op. cit.*, págs. 279-81 (véase también *ibid.*, pág. 321, sobre la localidad de la batalla).

[18] El relato de las rogativas celebradas por Heraclio y de la despedida se halla en Miguel el Sirio, vol. II, pág. 424, quien le acusa injustamente de haber saqueado los tesoros de las ciudades sirias antes de partir. La tradición de su derrotismo se repite en Agapius, *Kitab al-Unvan,* pág. 471, donde se dice que se negó a combatir contra la voluntad de Dios. Según Nicéforo, pág. 23, Teodoro atribuía los desastres al matrimonio incestuoso del Emperador con su sobrina.

Oriente, Antioquía, había caído el año anterior; y todo el país, desde el istmo de Suez hasta las montañas de Anatolia, estaba en manos de los musulmanes [19].

Entretanto, habían destruido al antiguo rival de Roma, Persia. Su victoria en Kadesiah, en 637, les dio el dominio del Iraq, y una nueva victoria, al año siguiente, en Nekhavend, los convirtió en dueños de la meseta irania. El rey Yazdegerd III, el último de los sasánidas, resistió en Khorassan hasta 651. Por entonces los árabes habían llegado a sus fronteras orientales sobre el Oxus y las colinas de Afghan [20].

En diciembre de 639, el general musulmán 'Amr, con cuatro mil hombres, invadió Egipto. La administración de la provincia había sido caótica desde el fin de la ocupación persa; y el entonces gobernador, el patriarca Ciro, de Alejandría, no era menos estulto que corrupto. Converso procedente del nestorianismo, habíase constituido en el principal seguidor de las doctrinas monotelitas del Emperador, que pretendía imponer a los mal dispuestos coptos. Tan odiado era su gobierno, que a 'Amr no le costó esfuerzo alguno el encontrar aliados entre sus súbditos. A principios de 640, 'Amr entró en la gran fortaleza fronteriza de Pelusio, después de un sitio de dos meses. Allí recibió refuerzos del Califa. Después avanzó sobre Babilonia (antigua Cairo), donde se había concentrado la guarnición imperial. Una batalla en Heliópolis, en agosto de 640, obligó a los romanos a retirarse a la ciudadela de Babilonia, que resistió hasta abril de 641. Entretanto, los árabes ocuparon el Egipto superior. Caída Babilonia, 'Amr marchó, a través del Fayyum, de donde habían huido el gobernador y la guarnición, hacia Alejandría. Ciro había sido llamado ya a Constantinopla, donde existían justificadas sospechas de presuntos acuerdos traidores con 'Amr. Pero Heraclio murió en febrero, y su viuda, la emperatriz regente Martina, sentíase demasiado insegura en Constantinopla como para pensar en defender Egipto. Ciro fue enviado de nuevo a Egipto para llegar a los acuerdos que pudiera. En noviembre visitó a 'Amr en Babilonia y firmó la capitulación de Alejandría. Mas, entretanto, Martina había sido destronada y el nuevo gobierno no reconoció a Ciro ni la validez de su tratado. 'Amr,

[19] Véase Caetani, *op. cit.*, vol. III, págs. 1119 y sigs., y De Goeje, *Mémoire sur la Conquête de la Syrie, passim;* Pernice, *op. cit.*, págs. 267-89; Kulakovsky, *op. cit.*, vol. III, págs. 152-6. El papel desempeñado por los judíos se destaca en todas las fuentes originarias, especialmente Sebeos, págs. 173-4, y en la *Doctrina Jacobi*, págs. 86-8, escrita por un judío de Constantinopla que se hallaba por entonces en Cartago.

[20] Caetani, *op. cit.*, vol. III, págs. 629 y sigs.; Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, págs. 494-503.

por su parte, ya había roto el convenio al invadir la Pentápolis y Tripolitania. Parecía, no obstante, imposible mantener Alejandría, cuando todo el resto de Egipto se hallaba ya en manos árabes. La ciudad capituló en noviembre de 642. Pero aún no se había perdido toda esperanza. En 644 llegaron noticias de que 'Amr había caído en desgracia y que se le había llamado a Medina. Un nuevo ejército fue enviado por mar, desde Constantinopla, y sus fuerzas recuperaron fácilmente Alejandría, a principios de 645, y marcharon después sobre Fostat, la capital que 'Amr había fundado cerca de Babilonia. 'Amr regresó a Egipto y derrotó a las fuerzas imperiales cerca de Fostat. Su general, el armenio Manuel, se replegó sobre Alejandría. Decepcionado por la total indiferencia de la población cristiana ante su intento de reconquistar el país para la Cristiandad, no hizo ningún esfuerzo por defender la ciudad, sino que se embarcó con rumbo a Constantinopla. El patriarca copto Benjamín devolvió a 'Amr la ciudad de Alejandría [21].

Egipto se perdió para siempre. Hacia el 700, el Africa romana había pasado a manos de los árabes. Once años después ocuparon España. En el año 717, su imperio se extendía desde los Pirineos a la India central y sus guerreros estaban martilleando las murallas de Constantinopla.

[21] Bréhier, *op. cit.*, págs. 134-8, 152-5; Amélineau. «La Conquête de l'Egypte par les Arabes», en la *Revue Historique*, vol. CXIX, págs. 275-301. El relato completo que se halla en Butler, *The Arab Conquest of Egypt*, aunque superado en algunos aspectos, es aún útil.

Capítulo 2

EL REINADO DEL ANTICRISTO

«... en nuestro puesto de espera aguardamos a un pueblo que no nos podía salvar.»

(Lamentaciones, 4, 17.)

Los cristianos de Oriente aceptaron de buen grado la dominación de sus señores, los infieles. Realmente, no podían hacer otra cosa. Había poca probabilidad ahora de que Bizancio pudiera resurgir, como en los días de los persas, para rescatar los Santos Lugares. Los árabes, más prudentes que los persas, no tardaron en construir una flota, con base en Alejandría, que privó a los bizantinos de su activo más importante, el dominio de los mares. En tierra podrían retener la ofensiva cerca de tres siglos. Parecía insensato esperar el rescate por parte de los príncipes de la Cristiandad.

Tampoco las sectas heréticas hubiesen recibido bien el rescate. El cambio de gobierno les había proporcionado alivio y satisfacción. El patriarca jacobita de Antioquía, Miguel el Sirio, escribiendo cinco siglos después, en la época de los reinos latinos, reflejaba la vieja tradición de su pueblo diciendo que «el dios de la venganza, el único todopoderoso..., hizo surgir del Sur a los hijos de Ismael para librarnos, gracias a ellos, del poder de los romanos». Esta liberación, añadía, «no era poca ventaja para nosotros» [1]. Los nestorianos coin-

[1] Miguel el Sirio, vol. II, págs. 412-13 (texto sirio, pág. 412).

cidían en estas opiniones. «Los corazones de los cristianos —escribía un anónimo cronista nestoriano— se regocijaron con la dominación de los árabes: ¡que Dios la fortalezca y la haga prosperar!»[2]. Los coptos de Egipto tenían más sentido crítico; pero su animosidad se dirigió contra el cruel conquistador 'Amr, y contra su espíritu traidor y sus exacciones, más que contra su pueblo y su religión[3]. Incluso los ortodoxos, considerándose libres de la persecución que temían y pagando impuestos que, a pesar de la *jizya* exigida a los cristianos, eran mucho más bajos que los de tiempos bizantinos, se hallaban poco inclinados a discutir su suerte. Algunas tribus de las montañas, los mardaitas del Líbano y del Tauro, sostuvieron la lucha; sin embargo, luchaban más por espíritu de desobediencia y de orgullo que por la Fe[4].

La conquista árabe aspiró a mantener permanentemente a las iglesias de Oriente en las mismas condiciones en que se hallaban entonces. Al contrario de lo que hizo el Imperio cristiano, que intentó imponer por la fuerza la uniformidad religiosa a todos sus ciudadanos —ideal nunca alcanzado, pues los judíos ni pudieron ser convertidos ni expulsados—, los árabes, igual que antes los persas, estaban dispuestos a aceptar minorías religiosas, con tal de que pertenecieran a un pueblo de las Escrituras. Los cristianos, juntamente con los judíos y los seguidores de Zoroastro, llegaron a ser *dhimmis*, o pueblos protegidos, y la libertad de culto estaba garantizada por el pago de la *jizya*, que empezó por ser un impuesto de capitación, aunque pronto se transformó en un impuesto para obtener la exención del servicio militar, y al cual se agregó un nuevo impuesto territorial, el *kharaj*. Cada secta recibía el trato de *milet*, es decir, de comunidad semiautónoma dentro del estado, y se hallaba bajo el mando de su jefe religioso, el cual era responsable de la buena conducta de sus fieles ante el gobierno del Califa. Cada una de las comunidades podía seguir conservando los lugares de culto que hubiese poseído en la época de la conquista, disposición que fue mucho más favorable para los ortodoxos que para los cristianos heréticos, pues Heraclio había restaurado recientemente muchas iglesias para aquéllos. La última ordenanza no fue observada estrictamente. Los musulmanes se apropiaron de ciertas iglesias cristianas, tales como la gran catedral de San Juan, en Damasco, y periódicamente destruían muchas otras; al

[2] *Crónica de Seert*, parte II, § XCIV, en *Patrologia Orientalis*, vol. XIII, página 582.

[3] Juan de Nikiu, págs. 195, 200-1.

[4] La anarquía de los mardaitas en tiempos del califa Moawiya se describe en Teófanes, ad ann. 6169, pág. 355 (véase también Sathas, *Bibliotheca Graeca Medii Aevi*, vol. II, págs. 45 y sigs.).

mismo tiempo se construían continuamente iglesias y sinagogas en gran número. En efecto, los juristas musulmanes posteriores concedieron a los *dhimmis* el derecho a construir edificios y templos, siempre que no fueran más altos que los musulmanes y que el tañido de sus campanas y el culto no llegaran a ser oídos por los musulmanes. No hubo, sin embargo, ningún relajamiento en la norma de que los *dhimmis* llevaran atavíos distintivos y en la que les prohibía montar a caballo; tampoco podían, en ningún caso, ofender públicamente las prácticas musulmanas, ni intentar convertir musulmanes, ni casarse con sus mujeres, ni hablar con ligereza del Islam; y tenían que permanecer leales al Estado[5].

El sistema del *milet* establecía una concepción algo distinta de lo que se había entendido por nacionalidad. El nacionalismo en Oriente estuvo basado, durante muchos siglos, no en una raza, salvo en el caso de los judíos, cuyo exclusivismo religioso había conservado su sangre casi pura, sino en una tradición cultural y en posiciones geográficas e intereses económicos. Ahora la fidelidad a una religión se convertía en el sustitutivo de la lealtad nacional. Un egipcio, por ejemplo, no se consideraba como ciudadano de Egipto, sino como musulmán, como copto o como ortodoxo, según el caso. Era su religión o su *milet* lo que determinaba su fidelidad. Esto daba a los ortodoxos una ventaja sobre las sectas heréticas. Eran conocidos aún como *melquitas,* los hombres del emperador; y ellos se consideraban a sí mismos como tales. Una necesidad cruel podía haberlos colocado bajo el dominio del infiel, cuyas leyes estaban obligados a obedecer; pero el emperador era el virrey de Dios en la tierra y su verdadero soberano. San Juan Damasceno, que fue funcionario civil en la corte del Califa, siempre se dirigía al Emperador, aunque estaba en violento desacuerdo con él en materias de teología, como a su señor y dueño, mientras aludía a su jefe efectivo solamente con el título de emir. Los patriarcas orientales, escribiendo en el siglo IX al emperador Teófilo para protestar contra su política religiosa, usaban términos análogos. Los emperadores aceptaron la responsabilidad. En todas sus guerras y relaciones diplomáticas con los califas no perdían de vista el bienestar de los ortodoxos allende sus fronteras. No era una cuestión administrativa. No podían inmiscuirse en el gobierno cotidiano en países musulmanes; ni tampoco tenía jurisdicción alguna el patriarca de Constantinopla sobre sus colegas orientales. Era una expresión sentimental, no obstante poderosa, de la continuidad

[5] *Encyclopaedia of Islam,* artículos «Djizya», de Becker, y «Kharadj», de Juyn Boll; Browne, *op. cit.,* cap. V; Tritton, *The Caliphs and their non-Muslim Subjects,* cap. XV; Vincent y Abel, *op. cit.,* vol. II, págs. 935-44.

de la idea de que el cristianismo era uno e indivisible, y de que el emperador era el símbolo de su unidad[6].

Las iglesias heréticas no contaban con semejante protector secular. Dependían por completo de la buena voluntad del califa, y, en consecuencia, se vieron afectados su influencia y su prestigio. Por otra parte, sus herejías se habían debido, en su origen, al deseo de los orientales de simplificar el credo y las prácticas del cristianismo. El Islam, que estaba lo suficientemente cerca de la doctrina cristiana como para que muchos lo considerasen nada más que como una forma avanzada del cristianismo, y que ahora tenía la gran ventaja social de ser la fe de la nueva clase gobernante, resultó fácilmente aceptable para muchos de ellos. No hay ninguna prueba de que hubiese habido muchos conversos del cristianismo al Islam; pero es evidente que la gran mayoría de estos conversos fue arrancada del campo de las herejías y no del de los ortodoxos. Al cabo de un siglo de la conquista, Siria, cuya población había sido predominantemente cristiana herética, era casi totalmente un país musulmán; sin embargo, el número de ortodoxos se había reducido muy poco. En Egipto, los coptos, a causa de su riqueza, perdieron terreno menos rápidamente; no obstante, era una batalla perdida. Por otra parte, la existencia continuada de los herejes estaba asegurada por el sistema de *milet*, que, al estabilizar su posición, hizo imposible cualquier unión de las iglesias.

El crecimiento del Islam en Siria y Palestina no se debió a la súbita afluencia de árabes del desierto. Los ejércitos de los conquistadores no habían sido muy numerosos. No disponían de mucho más que de una casta militar superpuesta a la población existente. La composición racial de los habitantes del país había cambiado notablemente. Los ciudadanos y los aldeanos, tanto si aceptaban el Islam como si seguían siendo cristianos, pronto adoptaron la lengua árabe para todos los asuntos corrientes; y nosotros llamamos ahora a sus descendientes, por antonomasia, árabes; pero estaban formados por una mezcla de muchas razas, de las tribus que habían habitado en el país mucho antes de que Israel saliera de Egipto, amalekitas, o jebuseos, o moabitas, o fenicios, y de tribus como los filisteos, que habían estado casi al mismo tiempo, y de los arameos, que, a través de lo que registra la Historia, habían penetrado lenta y casi imperceptiblemente en el país en la zona agrícola, y de aquellos judíos que, como los primeros apóstoles, habían abrazado la Iglesia de Cristo. Unicamente los judíos practicantes permanecían etnológicamente

6 Véase Runciman, «The Byzantine 'Protectorate' in the Holy Land», en *Byzantion*, vol. XVIII, págs. 207-15.

diferenciados, y también su pureza racial se hallaba levemente menoscabada. En Egipto, el tronco hamítico estaba menos mezclado; pero se había aumentado por matrimonios entre nativos e inmigrantes de Siria, de los desiertos, del Nilo superior y de las costas de toda la cuenca mediterránea.

La inmigración árabe había llegado inevitablemente a su punto culminante en las zonas limítrofes con el desierto y en las ciudades surgidas a lo largo del itinerario de las rutas de las caravanas. La decadencia de los mediterráneos en el comercio marítimo, como consecuencia de la conquista, dio a estas ciudades, de preponderante población musulmana, una importancia mayor que la de las ciudades helenísticas próximas a la costa. Alejandría era el único gran puerto que los árabes mantenían en el Mediterráneo. Allí, y en las ciudades helenísticas de Siria, los cristianos seguían siendo muchos, tal vez más numerosos que los musulmanes. Había, aproximadamente, la misma diferencia en el campo sirio. Las llanuras y los valles del interior fueron haciéndose, de manera creciente, musulmanes; pero entre el Líbano y el mar predominaban varias sectas cristianas. En Egipto se advirtió una diferencia más acusada entre la ciudad y el campo. Los *fellahas* fueron gradualmente convertidos al Islam, pero los habitantes de las ciudades seguían siendo, en su mayoría, cristianos. En Palestina la diferenciación era más arbitraria. Mientras gran parte del campo abrazó el islamismo, muchas aldeas se aferraban a la antigua fe. Ciudades de especial significación para los cristianos, tales como Nazaret o Belén, eran casi exclusivamente cristianas; y en la misma Jerusalén, a pesar del interés de los musulmanes por ella, los cristianos seguían siendo mayoría. Los cristianos de Palestina eran casi todos del *milet* ortodoxo. Además, había importantes colonias de judíos en Jerusalén y en varias ciudades menores, como Safed y Tiberíades. La principal ciudad musulmana era la nueva capital administrativa, Ramleh. La población de Siria, Palestina y Egipto permaneció agrupada en este esquema aproximativo durante los cuatro siglos siguientes [7].

El quinto de los califas, Moawiya el Omeya, había sido gobernador de Siria, y, después de su subida al trono en el año del Señor de 660, estableció su capital en Damasco. Sus descendientes reinaron en la nueva capital cerca de un siglo. Fue aquél un período de prosperidad para Siria y Palestina. Los califas omeyas fueron, con escasas excepciones, hombres de una capacidad poco corriente y de una to-

[7] Para la estructura de la sociedad en Palestina y Siria bajo los califas, véase Le Strange, *Palestine under the Moslems, passim;* Gaudefroy-Demombynes y Platonov, *Le Monde Musulman,* págs. 233-47; Browne, *op. cit.,* cap. V; O'Leary, *How Greek Science passed to the Arabs,* págs. 135-9.

lerancia amplísima. La presencia de su corte en la provincia aseguró a ésta un buen gobierno y una intensa actividad comercial, y dieron alas a la cultura con que se habían encontrado. Era ésta una cultura helenístico-cristiana, influida por gustos e ideas que solemos asociar con el nombre de Bizancio. Los cristianos de habla griega fueron empleados como funcionarios. Durante muchas décadas las cuentas del estado se llevaron en griego. Artistas y artesanos cristianos trabajaban para los califas. La Cúpula del Peñasco, en Jerusalén, terminada para el califa Abdul-Malik, en 691, es el ejemplo supremo del estilo de rotonda en edificios de la arquitectura bizantina. Sus mosaicos y los aún más hermosos del patio de la Gran Mezquita de Damasco, ejecutados para su hijo, Walid I, se hallan entre los logros más refinados del arte bizantino. Hasta qué punto fueron la obra de artesanos nativos y hasta qué punto recibieron la ayuda de técnicos y material que Walid importó con toda seguridad de Bizancio, es un tema sujeto a discusión. Estos mosaicos respetaban cuidadosamente la prohibición del Profeta de representar seres vivos. Pero en sus palacios campestres, discretamente apartados de los ojos de los inflexibles *mullahs* —por ejemplo, en el cazadero de Kasr al-Amra, en las estepas más allá del Jordán—, los omeyas permitieron libremente la pintura de frescos representando la forma humana, incluso el desnudo. Su gobierno, en efecto, no constituyó ninguna interrupción en el Oriente Medio para el desarrollo de la cultura helenística; ésta llegó entonces a su más espléndido, si bien último, florecimiento [8].

Los cristianos no tenían, por tanto, ningún motivo para lamentar el triunfo del Islam. A pesar de algún breve y circunstancial conato de persecución, y a pesar de algunas ordenanzas humillantes, habían salido mejor parados que bajo el gobierno de los emperadores cristianos. El orden se mantenía mejor. El comercio marchaba bien y los impuestos eran muchísimo más bajos. Además, durante la mayor parte del siglo VIII, el emperador cristiano era un hereje, un iconoclasta, un opresor de todos los ortodoxos que rendían culto a las imágenes sagradas. Los buenos cristianos eran más felices bajo el gobierno de los infieles.

Pero este período de felicidad no duró mucho. La decadencia de los omeyas y las guerras civiles que dieron como resultado el establecimiento de los califas abasidas en Bagdad, en 750, llevaron el caos

[8] Para la civilización omeya, véase Diehl y Marçais, *Le Monde Oriental de 395 à 1081*, págs. 335-44, y Lammens, *Etudes sur la Siècle des Ommayades*. Para su arte, véase Creswell, *Early Muslim Architecture*, especialmente el cap. V, sobre los mosaicos, de M. van Berchem. Para edificios aislados, véase Richmond, *The Dome of the Rock*, y los dos volúmenes *Kuseir Amra*, publicados por la Kaiserliche Akademie der Wissenschaften de Viena.

a Siria y Palestina. Gobernadores locales, sin escrúpulos e incontrolados, sacaban dinero de la confiscación de iglesias, que después tenían que rescatar los cristianos. Se produjeron oleadas de fanatismo, con persecuciones y conversiones forzadas [9]. La victoria de los abasidas significó la vuelta al orden; pero existía una diferencia. Bagdad estaba lejos. Había menos vigilancia sobre la administración provincial. El comercio era aún activo a lo largo de las rutas de las caravanas; pero no había grandes mercados para darle impulso local. Los abasidas eran, como musulmanes, más rígidos que los omeyas. Eran menos tolerantes con los cristianos. Aunque también ellos provenían de una cultura anterior, ésta no era helenística, sino persa. Bagdad se hallaba en el antiguo territorio del reino sasánida. Los persas recibieron los primeros puestos en el gobierno. Se adoptaron los ideales persas en el arte y las costumbres persas en la vida cotidiana. Igual que con los omeyas, siguieron utilizándose funcionarios cristianos. Pero estos cristianos eran, con pocas excepciones, nestorianos, cuya mirada se dirigía hacia Oriente y no hacia Occidente. La corte abasida tenía, en conjunto, más interés por las cuestiones intelectuales que la de los omeyas. Los nestorianos se aplicaron libremente a la traducción de obras filosóficas y técnicas de la antigua Grecia; y se fomentó la venida de científicos y matemáticos de Bizancio, para enseñar en las escuelas de Bagdad. Pero este interés no pasaba de ser superficial. La civilización abasida no se sintió fundamentalmente interesada por el pensamiento griego, sino más bien siguió las tradiciones recibidas de los reinos de Mesopotamia y de Irán. Unicamente en España, adonde habían ido a refugiarse los omeyas, siguió perviviendo el helenismo dentro del mundo musulmán.

No obstante, los cristianos, en su mayoría, no fueron desgraciados bajo los abasidas. Algunos escritores musulmanes, tales como al-Jahiz, en el siglo IX, les dirigieron violentos ataques; pero esto se debía a que eran demasiado prósperos y se habían vuelto arrogantes y descuidaban las ordenanzas promulgadas contra ellos [10]. El patriarca de Jerusalén, escribiendo por la misma época a su colega de Constantinopla, dice de las autoridades musulmanas que «son justas y no nos hacen ningún daño ni nos muestran ninguna violencia» [11]. Su justicia y comedimiento eran a menudo notables. Cuando, en el siglo X, las

[9] Diehl y Marçais, *op. cit.*, págs. 345-8; Gaudefroy-Demombynes y Platonov, *op. cit.*, págs. 260-8.

[10] Al-Jahiz, *Three Essays*, ed. de Finkel, pág. 18. Labourt, *De Timotheo I, Nestorianorum Patriarcha*, págs. 33-4, nos da noticias de la influencia ejercida por los nestorianos en la corte del Califa.

[11] Carta de Teodosio de Jerusalén a Ignacio de Constantinopla, en Mansi, *Concilia*, vol. XVI, págs. 26-7.

cosas iban mal para los árabes en sus guerras contra Bizancio, y la masa árabe atacaba a los cristianos, airada por su notoria simpatía hacia el enemigo, los califas siempre les indemnizaban por los daños recibidos. La razón habría podido ser el miedo al renaciente poder del emperador, que por entonces tenía dentro de sus dominios a muchos musulmanes, a los que podía perseguir, en venganza [12]. Las iglesias ortodoxas, apoyadas por potencias extranjeras, habían tenido siempre una posición privilegiada. A principios del siglo x, el católico nestoriano Abraham III, durante una discusión con el patriarca ortodoxo de Antioquía, dijo al gran visir: «Nosotros los nestorianos somos amigos de los árabes y rezamos por sus victorias», agregando: «Dios os libre de considerar a los nestorianos, que no tienen más rey que el de los árabes, igual que a los griegos, cuyos reyes no dejan nunca de hacer la guerra contra los árabes» [13]. Pero fue el donativo de dos mil monedas de oro, más que su dialéctica, lo que le permitió ganar su causa. El único grupo de cristianos contra el que se mostraba una continua animosidad era el de cristianos descendientes de árabes puros, tales como los Banū Ghassan o los Banū Tanūkh. Los miembros de esas tribus, cuando se negaban a convertirse a la fuerza al Islam, eran obligados a cruzar la frontera y buscar asilo en Bizancio [14].

La emigración de cristianos al territorio del emperador era incesante; los musulmanes tampoco tomaron ninguna medida para frenarla. Parece ser que no ha existido nunca un intento continuado de impedir a los cristianos, dentro y fuera del Califato, mantener relaciones estrechas entre sí, incluso en tiempos de guerra. Durante la mayor parte del período abasida, el emperador de Bizancio no fue lo suficientemente fuerte para poder hacer algo en favor de sus hermanos de religión. El fracaso árabe a las puertas de Constantinopla en 718 aseguró la continuidad del Imperio; pero pasaron dos siglos antes de que Bizancio pudiese tomar la ofensiva en serio contra los árabes. Entretanto, los ortodoxos de Oriente habían descubierto un nuevo amigo extranjero. El desarrollo del Imperio carolingio en el siglo VIII no pasó inadvertido para Oriente. Cuando, a finales del siglo, Carlomagno, en vísperas de ser coronado emperador en Roma, mostraba un interés especial por la paz en los Santos Lugares, su

[12] En 923 y 924 las turbas musulmanas destruyeron iglesias cristianas ortodoxas en Ramleh, Ascalón, Cesarea y Damasco; a consecuencia de ello, el califa al-Muqtadir ayudó a los cristianos a reconstruirlas (Eutiquio, col. 1151).

[13] Bar Hebraeus, citado en Assemani, *Bibliotheca Orientalis,* vol. II, páginas 440-1.

[14] Baladhuri, texto árabe, pág. 142, trad. de Hitti y Murgotten, págs. 208-9. Véase Nau, *Les Arabes Chrétiens de Mésopotamie et de Syrie,* págs. 106-11.

preocupación fue muy bien recibida. El califa Harum al-Rashid, satisfecho de hallar un aliado contra Bizancio, le dio toda suerte de alientos para hacer fundaciones en Jerusalén y para enviar limosnas a su Iglesia. Durante algún tiempo, Carlos reemplazó al emperador bizantino como monarca cuyo poder constituía la salvaguardia de los ortodoxos en Palestina, y ellos correspondían a su caridad enviándole expresiones honoríficas de su estimación. Pero el colapso de su Imperio bajo sus sucesores y el renacimiento de Bizancio hicieron que la intervención franca tuviera corta vida y que fuese pronto casi olvidada, salvo por los albergues que había construido Carlos, por el culto latino de la iglesia de Santa María de los Latinos y por las monjas latinas que servían en el Santo Sepulcro. El episodio, en cambio, no fue jamás relegado al olvido en Occidente. La leyenda y la tradición lo exageraron. Pronto se pensó que Carlos había establecido un protectorado legal sobre los Santos Lugares, e incluso se le atribuyó en tiempos una peregrinación a Tierra Santa. Para los francos de generaciones posteriores, su derecho a reinar en Jerusalén había sido evidente y firme [15].

Los cristianos orientales estaban más interesados en el renacer del poder bizantino. A principios del siglo IX, el Imperio se hallaba aún a la defensiva. Sicilia y Creta se abandonaron a los musulmanes, y casi todos los años se producía alguna incursión árabe de importancia hasta el corazón del Asia Menor. A mediados del siglo, sobre todo debido a la prudente administración de la emperatriz regente, Teodora, la flota bizantina fue reorganizada y equipada de nuevo. Gracias a su poder, el dominio bizantino sobre la Italia meridional y Dalmacia se reafirmó pronto. A principios del siglo X, el Califato abasida empezó a decaer rápidamente. Surgieron dinastías locales, de las que eran las principales los hamdanidas de Mosul y Alepo y los ikshiditas de Egipto. Los primeros eran excelentes guerreros y musulmanes fervorosos, y durante una época constituyeron un baluarte contra la agresión bizantina. Pero no podían detener el declive del poder musulmán. Antes bien, lo fomentaron por las guerras civiles. En el curso de ellas, los ikshiditas se hicieron con el dominio de Palestina y de la Siria meridional. Los bizantinos se apresuraron a sacar ventaja de la situación. Al principio, su ofensiva fue cautelosa; pero hacia 945, a pesar de la destreza del príncipe hamdanida Saif ad-Daula, el general bizantino Juan Curcuas había ganado para el Imperio ciudades y regiones en la Mesopotamia superior

[15] Véase Runciman, «Charlemagne and Palestine», en *English Historical Review*, vol. L, págs. 606 y ss.

que desde hacía tres siglos no habían visto un ejército cristiano [16]. Después de 960, cuando el gran soldado Nicéforo Focas tomó el mando del ejército imperial, las cosas fueron más de prisa. En 961, Nicéforo reconquistó Creta. En 962 hizo campañas en la frontera ciliciana y ocupó Anazarbus y Marash (Germanicea), aislando así a la Cilicia musulmana. En 963, Nicéforo estaba ocupado en su país con el proyecto del golpe de Estado que le elevó, con la ayuda del ejército y la emperatriz regente, al trono. En 964 volvió a Oriente. En 965 completó la conquista de Cilicia, y una expedición enviada a Chipre restableció el absoluto control bizantino de la isla. En 966 realiza las campañas del Eufrates medio para cortar las comunicaciones entre Alepo y Mosul [17]. Todo el Oriente cristiano había despertado y veía próxima su liberación. El patriarca Juan de Jerusalén le escribió, incitándole a apresurarse a penetrar en Palestina. Pero esta traición puso a prueba, de una vez para siempre, la excesiva paciencia de los musulmanes. Juan fue detenido y quemado en la hoguera por la población enfurecida [18].

Las esperanzas de Juan eran prematuras. En 967 y 968, Nicéforo estaba ocupado en su frontera septentrional. Pero en 969 condujo su ejército nuevamente hacia el Sur, directamente hacia el corazón de Siria. Marchó sobre el valle del Orontes, ocupando y saqueando, una tras otra, las grandes ciudades de Shaizar, Hama y Homs, y cruzando hacia la costa hasta las afueras de Trípoli. Luego volvió hacia el Norte, dejando tras de sí Tortosa, Jabala y Laodicea, en llamas, mientras sus lugartenientes ponían sitio a Antioquía y Alepo. La antigua metrópoli de Antioquía fue ocupada en octubre. Alepo se rindió a finales del año.

Antioquía, donde los cristianos probablemente excedían en número a los musulmanes, fue absorbida por el Imperio, y parece ser que los musulmanes fueron obligados a emigrar del territorio. Alepo, que era casi por completo una ciudad musulmana, se convirtió en Estado vasallo. El tratado hecho con sus gobernantes delimitaba minuciosamente las fronteras entre la nueva provincia imperial y las ciudades tributarias. Los gobernantes de Alepo serían nombrados por el emperador. El Estado vasallo tenía que pagar grandes impuestos, de los cuales estarían exentos los cristianos, directamente al tesoro imperial. Se previeron privilegios especiales y protección para los

[16] Vasiliev, *Bizancio y los árabes* (en ruso), vol. II, págs. 229-37. Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus*, págs. 135-50.

[17] Schlumberger, *Un Empereur Byzantin, Nicéphore Phocas*, caps. VIII y X.

[18] Yachya de Antioquía, en *P. O.*, vol. XVIII, págs. 799-802. La fecha se estudia en Rosen, *El emperador Basilio Bulgaróctono* (en ruso), pág. 351.

mercaderes y caravanas del Imperio. Estas condiciones humillantes parecían presagiar el fin del poder musulmán en Siria [19].

Antes de que cayera Alepo, el Emperador fue asesinado en Constantinopla por la emperatriz y el amante de ésta, su primo Juan Tzimisces. Nicéforo era un hombre cruel y desagradable. A pesar de sus victorias, había sido odiado en Constantinopla por sus exacciones financieras, su corrupción y su amarga disputa con la Iglesia. Juan, que ya era conocido como general brillante, consiguió sin dificultad ascender al trono, y se puso en paz con la Iglesia al abandonar a su amante imperial. Pero una guerra con Bulgaria le ocupó en Europa los cuatro años siguientes. Entretanto, empezaba a reavivarse el Islam, dirigido por la dinastía fatimita, que se estableció en Egipto y en la Siria meridional, y que en 971 intentó incluso la reconquista de Antioquía. En 974 Juan pudo dirigir su atención hacia Oriente. En el otoño de aquel año bajó hasta la Mesopotamia oriental, ocupando Nisibin y reduciendo a Mosul a vasallaje, y proyectaba aún una marcha por sorpresa sobre Bagdad. Pero comprobó que los fatimitas eran enemigos más peligrosos que sus rivales abasidas, y la primavera siguiente avanzó hacia Siria. Siguiendo el camino de Nicéforo seis años antes, barrió el valle del Orontes, pasado Homs, que rindió sin esfuerzo alguno, y Baalbek, que ocupó por la fuerza, hasta llegar derecho a Damasco, que le prometió tributo y humilde alianza. De allí se dirigió a Galilea, Tiberíades y Nazaret, y, hacia la costa, a Cesarea. Llegaron a hablarle legados de Jerusalén, con el ruego de evitarles los horrores de un saqueo. Pero él no se consideraba capaz de avanzar hacia la Ciudad Santa con las ciudades de la costa fenicia sin ocupar y a sus espaldas. Se retiró hacia el Norte y las fue conquistando una por una, con excepción de la ciudadela de Trípoli. Llegó el invierno y el Emperador tuvo que aplazar sus esfuerzos para la estación siguiente. En su regreso a Antioquía conquistó los dos grandes castillos de las montañas Nosairi, Barzuya y Sahyun, en los que dejó guarnición. Después regresó a Constantinopla. Pero su campaña no se reanudó nunca. Murió repentinamente en enero de 976 [20].

Estas guerras habían convertido de nuevo al Imperio cristiano en la gran potencia de Oriente. Con la perspectiva de la liberación de los cristianos de Oriente habían adquirido aún más la condición de guerras religiosas. Hasta entonces, las guerras contra los musulmanes habían sido guerras libradas normalmente para defender el Imperio, y, por así decirlo, se habían convertido en parte de la vida cotidiana. Aunque algunas veces a los cautivos cristianos se les brindaba la

[19] Schlumberger, *op. cit.*, cap. XIV.
[20] Schlumberger, *L'Epopée Byzantine,* vol. I, cap. IV.

opción entre la apostasía y la muerte por parte de algún vencedor musulmán fanático, y su martirio sería debidamente recordado y honrado, estos casos eran raros. Para la opinión pública en Bizancio no había mayor mérito en morir luchando por la protección del Imperio contra el árabe infiel que contra el búlgaro cristiano, y tampoco la Iglesia hacía ninguna distinción. Pero tanto Nicéforo como Juan manifestaron que la lucha de ahora se libraba para gloria de la Cristiandad, por el rescate de los Santos Lugares y para la destrucción del Islam. Ya cuando un emperador celebraba una victoria sobre los sarracenos, los coros cantaban: «Gloria a Dios, que ha conquistado a los sarracenos»[21]. Nicéforo señaló que sus guerras eran guerras cristianas; en parte, tal vez, para intentar contrarrestar sus malas relaciones con la Iglesia. Fracasó en su propósito de que el patriarca promulgara un decreto anunciando que los soldados que murieran en el frente oriental morirían como mártires; porque la Iglesia oriental, a pesar de las exigencias de la guerra, no disculpa plenamente el acto de homicidio[22]. Pero en su manifiesto insultante al Califa, que le envió antes de partir para su campaña de 964, se consideraba a sí mismo como el campeón cristiano, y amenazaba incluso con marchar sobre La Meca para erigir allí el trono de Cristo[23]. Juan Tzimisces usaba el mismo lenguaje. En la carta que escribe al rey de Armenia, relatándole la campaña de 974, dice: «Nuestro deseo era librar el Santo Sepulcro de los ultrajes de los musulmanes.» Cuenta cómo evitó que las ciudades de Galilea fueran saqueadas por la importancia que tenían en la historia de la fe cristiana; y, aludiendo a su fracaso ante Trípoli, afirma que, a no ser por esta causa, habría ido a la Ciudad Santa de Jerusalén para orar en los Santos Lugares[24].

Los árabes siempre habían estado más dispuestos a considerar la guerra como asunto religioso; pero también ellos se habían vuelto negligentes. Ahora, atemorizados por los cristianos, procuraban hacer revivir su fervor. En 974, los tumultos en Bagdad obligaron al Califa, que, personalmente, no lamentaba nada las derrotas fatimitas, a proclamar la guerra santa: una *jihad*[25].

[21] Constantino Porfirogeneta, *De Ceremoniis* (Ed. Bonn), vol. I, págs. 332-3; editado por Vogt, vol. II, págs. 135-6. Las aclamaciones debieron producirse por primera vez a consecuencia del triunfo de Miguel III sobre los sarracenos en 863. Véase Bury, «The Ceremonial Book of Constantine Porphyrogennetos», en *E. H. R.*, vol. XXII, pág. 434.

[22] Zonaras, vol. III, pág. 506.

[23] Schlumberger, *Un Empereur Byzantin*, págs. 427-30, tomando la cita de un manuscrito árabe en Vienne.

[24] Mateo de Edesa, págs. 13-20.

[25] Miskawaihi, *The experiences of the Nations*, en Amedroz y Margoliouth, *The Eclipse of the Abbasid Caliphate*, vol. II, págs. 303-5 (texto árabe), y vol. V, págs. 326-8 (traducción inglesa).

Parecía que, al fin, la Tierra Santa iba a ser recuperada para la Cristiandad. Pero los ortodoxos de Palestina esperaban en vano. Al sucesor de Juan, el legítimo Basilio II, a pesar de haber sido un gran guerrero, no se le ofreció ninguna oportunidad para continuar el avance hacia el Sur. Las guerras civiles, seguidas de una larga guerra con los búlgaros, exigieron toda su atención. Sólo dos veces pudo visitar Siria, una para devolver la soberanía bizantina a Alepo, en 995, y otra para llegar hasta Trípoli, hacia la costa, en 999. En 1001 decidió que sería inútil hacer más conquistas. Concertó una tregua de diez años con el Califa fatimita, y la paz así iniciada no fue turbada seriamente durante más de medio siglo. La frontera entre los Imperios se estableció desde la costa, entre Banyas y Tortosa, hasta el Orontes, al Sur de Cesarea-Shaizar. Alepo quedó oficialmente dentro de la esfera de influencia bizantina; pero la dinastía mirdasita, que se estableció allí en 1023, pronto obtuvo la independencia de hecho. En 1030 su emir derrotó gravemente al ejército bizantino. Pero la pérdida de Alepo fue contrarrestada al año siguiente por la incorporación de Edesa al Imperio de Bizancio [26].

La paz favoreció tanto al Imperio como a los fatimitas, porque ambos estaban inquietos con el resurgimiento del Califato de Bagdad bajo aventureros turcos procedentes del Asia central. El monarca fatimita, reconocido como el verdadero califa por los musulmanes chiitas, no podía arriesgarse a reforzar los derechos abasidas; mientras, Bizancio consideraba su frontera oriental más vulnerable que la meridional. El temor a los turcos hizo que Basilio II se anexionase primero las provincias de Armenia más próximas al Imperio y que ocupase después la zona este más meridional, el principado de Vaspurakan. Sus sucesores continuaron su política. En 1045, el rey de Ani, el principal monarca de Armenia, cedió sus territorios al Emperador. En 1064, el último Estado independiente de Armenia, el principado de Kars, fue absorbido por el Imperio [27].

La anexión de Armenia estaba dictada por consideraciones mi-

[26] Las actividades de Basilio en Siria se describen, siguiendo fuentes árabes (Kemal ad-Din, Ibn al-Athir y Abu'l Mahasin), en Rosen, *op. cit.*, págs. 239-66, 309-11. En 987-8, Basilio había enviado embajadores a El Cairo, que obtuvieron fondos para la conservación del Santo Sepulcro en Jerusalén (*ibid.*, págs. 202-5, citando un texto de un ms. de Abu'l Mahasin). Acerca de la frontera, véase el estudio en Honigmann, *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches*, págs. 106-8, 134 y ss., y también su artículo «Shaizar» en la *Encyclopaedia of Islam*. Shaizar estaba aún administrada por el obispo en nombre del Emperador hasta 1081 (Miguel el Sirio, vol. II, pág. 178).

[27] Un resumen completo, con referencias, de historia armenia en este período se halla en Grousset, *Histoire de l'Arménie*, págs. 531 y ss. Véase *infra*, pág. 71.

litares. La experiencia había enseñado que no se podía tener confianza alguna en los príncipes armenios. Aunque eran cristianos y no tenían nada que ganar con una conquista musulmana, eran herejes, y, como tales, odiaban a los ortodoxos más apasionadamente que a cualquier opresor musulmán. A pesar del comercio continuado y de las relaciones culturales, y a pesar de los muchos armenios que habían emigrado al Imperio y alcanzaron allí los más altos puestos, la animosidad nunca decayó. Pero desde los valles de Armenia era fácil, como había demostrado la pasada guerra fronteriza, penetrar en el corazón del Asia Menor. Las autoridades militares se habrían equivocado si hubieran permitido que semejante foco de peligro quedara fuera de su control. Desde el punto de vista político, la anexión fue menos prudente. Los armenios estaban resentidos con el gobierno de Bizancio. Aunque las guarniciones habían cubierto la frontera, dentro de ella había una extensa población descontenta, cuya deslealtad era, potencialmente, un peligro, y que ahora, no obligada ya por ninguna fidelidad a un príncipe local, empezaba a esparcirse, con su espíritu anárquico, por todo el Imperio. Políticos más sabios, menos obsesionados que los emperadores-soldado de Bizancio por el punto de vista castrense, habrían vacilado antes de crear la cuestión armenia, que iba a destruir la uniformidad del Imperio y que agregaría una minoría discordante a sus súbditos.

La Siria septentrional había pasado a ser gobernada por los cristianos; pero los cristianos de la Siria meridional y de Palestina consideraban fácilmente soportable la dominación de los fatimitas. Sólo pasaron por un breve período de persecución, cuando el califa Hakim, hijo de madre cristiana y educado principalmente por cristianos, reaccionó de repente contra sus primitivas influencias. Durante diez años, desde 1004 a 1014, a pesar de las protestas del Emperador, dio ordenanzas contra los cristianos; empezó a confiscar la propiedad eclesiástica; luego, a quemar cruces y a mandar que se construyeran pequeñas mezquitas en los tejados de las iglesias, y, finalmente, quemó las iglesias mismas. En 1009 ordenó la destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro, basándose en que el milagro anual del fuego santo, que se celebraba allí la víspera de Pascua de Resurrección, debía ser seguramente una falsificación impía. Hacia 1014 se habían quemado o saqueado unas treinta mil iglesias, y muchos cristianos habían adoptado externamente el Islam para salvar sus vidas. Medidas semejantes se tomaron contra los judíos. Pero hay que señalar que también los musulmanes estaban expuestos a persecuciones arbitrarias por parte de su jefe espiritual, y éste siguió sirviéndose durante todo el tiempo de ministros cristianos. En 1013, como una concesión al Emperador, se autorizó a los cristianos a emigrar a te-

rritorio bizantino. La persecución solamente se detuvo cuando Hakim llegó a la convicción de que él mismo era divino. Esta divinidad fue públicamente proclamada en 1016 por su amigo Darazi. Como los musulmanes estaban más hondamente conmocionados por esta conducta de su jefe de religión que pudieran estarlo los no musulmanes, Hakim empezó a proteger a los cristianos y a los judíos, mientras atacó a los propios musulmanes prohibiéndoles el ayuno del Ramadán y la peregrinación a La Meca. En 1017 se dio plena libertad de cultos a los cristianos y a los judíos. Pronto unos seis mil de los apóstatas recientes retornaban a la Iglesia cristiana. En 1020 las iglesias habían recuperado para sí sus bienes confiscados, incluyendo los materiales cogidos de sus edificios arruinados. Por la misma época se abolió la ordenanza que obligaba a llevar un atavío diferenciador. Pero también por entonces fue cuando se desató la furia de los musulmanes contra el Califa, que había sustituido el nombre de Allah por el suyo en los cultos de las mezquitas. Darazi huyó al Líbano, donde fundó la secta llamada por él de los drusos. El propio Hakim desapareció en 1021. Fue probablemente asesinado por su ambiciosa hermana, Sitt al-Mulk; pero su destino fue un misterio y sigue siéndolo aún. Los drusos creen que volverá a su debido tiempo [28].

Después de su muerte, Palestina fue gobernada durante algún tiempo por el emir de Alepo, Salih ibn Mirdas; pero el gobierno de los fatimitas quedó restablecido plenamente en 1029. En 1027 ya se había firmado un tratado que permitía al emperador Constantino VIII emprender la reconstrucción de la iglesia del Santo Sepulcro, y que autorizaba a los apóstatas que aún lo eran a volver, impunes, a la Cristiandad. El tratado fue renovado en 1036, pero la verdadera obra de reconstrucción de la iglesia no se llevó a cabo hasta unos diez años después, por el emperador Constantino IX. Para supervisar las obras viajaban libremente funcionarios imperiales a Jerusalén; allí, con disgusto de los ciudadanos y viajeros musulmanes, los cristianos parecían tener un dominio total [29]. Tantos bizantinos se podían ver en sus calles que corrió el rumor entre los musulmanes

[28] Véase el artículo «Hakim» en la *Encyclopaedia of Islam;* también Browne, *op. cit.,* págs. 60-62.

[29] Guillermo de Tiro, vol. I, part I, págs. 391-3; Schlumberger, *L'Epopée Byzantine,* vol. III, págs. 23, 131, 203-4; Riant, *Donation de Hugues, Marquis de Toscane,* pág. 157. Mukaddasi, *Description of Syria,* trad. de Le Strange. Mukaddasi nos refiere (pág. 77) que en Siria y Palestina los escribas y médicos eran casi todos cristianos, mientras los curtidores, tintoreros y banqueros eran judíos.

de que el propio Emperador había hecho el viaje [30]. Había una próspera colonia de mercaderes amalfitas protegida por el Califa, aunque estos mercaderes hacían valer también que la ciudad italiana de Amalfi tributaba vasallaje al Emperador para poder participar de los privilegios que había concedido a sus súbditos [31]. El temor al poder bizantino permitía a los cristianos sentirse seguros. El viajero persa Nasir-i-Khusrau, que visitó Trípoli en 1047, escribe acerca del número de barcos mercantes griegos que se veían en el puerto y el miedo de los habitantes a un ataque de la flota bizantina [32].

A mediados del siglo XI, el núcleo de los cristianos en Palestina vivía con una tranquilidad que pocas veces había disfrutado. Las autoridades musulmanas eran indulgentes; el Emperador mostrábase vigilante de sus intereses. El comercio con los países cristianos de ultramar prosperaba y se incrementaba. Y nunca, hasta entonces, había gozado Jerusalén tan plenamente de la simpatía y de la riqueza que le llevaban los peregrinos de Occidente.

[30] Nasir-i-Khusrau, *Diary of a Journey through Syria and Palestine,* trad. de Le Strange, pág. 59.

[31] Guillermo de Tiro, vol. I, 2, págs. 822-6; Aimé, *Chronicon,* pág. 320.

[32] Nasir-i-Khusrau, *op. cit.,* págs. 6-7; Mukaddasi, *op. cit.,* págs. 3-4, escribiendo sobre el año 985, dice que en Siria «la gente vive en constante terror ante los bizantinos..., pues sus fronteras son continuamente asoladas y sus fortalezas son destruidas una y otra vez».

Capítulo 3

LOS PEREGRINOS DE CRISTO

«Ya se posan nuestros pies, Jerusalén, en tus puertas.»

(*Salmos*, 121 122, 2.)

El deseo de ser peregrino está profundamente arraigado en la naturaleza humana. Llegar a encontrarse en el sitio donde estuvieron alguna vez los que reverenciamos, ver los verdaderos lugares donde nacieron, desarrollaron sus actividades y murieron, nos proporciona un sentimiento de contacto místico con ellos y viene a ser una expresión práctica de nuestro homenaje. Y si los grandes hombres del mundo poseen sus santuarios, a los que acuden desde lejos sus adeptos, con más ardor aún afluirán los humanos a esos lugares en que, según creen, el Señor ha santificado la tierra.

En los primeros tiempos del cristianismo eran raras las peregrinaciones. El pensamiento del cristiano primitivo tendía a destacar más la divinidad y universalidad de Cristo que su humanidad, y las autoridades romanas no alentaban los viajes a Palestina. La propia Jerusalén, destruida por Tito, permaneció en ruinas hasta que Adriano la reconstruyó bajo el nombre romano de Aelia. Pero los cristianos recordaban el escenario del drama de la vida de Cristo. Su respeto por el lugar del Calvario era tal que Adriano mandó eregir en él, deliberadamente, un templo a Venus Capitolina. Hacia el siglo III, el Portal de Belén, donde había nacido Cristo, les era bien conocido, y los cristianos lo visitarían igual que el monte de los Olivos, el

Huerto de Getsemaní y el lugar de la Ascensión. Una visita a estos Santos Lugares con el propósito de oración y para adquirir un mérito espiritual había llegado a formar parte de la práctica cristiana [1].

Con el triunfo de la Cruz la práctica aumentó. El emperador Constantino sentíase feliz de fortalecer la religión que él había escogido. Su madre, la emperatriz Elena, muy estimada y celebrada por los grandes arqueólogos del mundo, partió hacia Palestina para descubrir el Calvario y hallar todas las reliquias de la Pasión. El Emperador avaló su descubrimiento al construir allí una iglesia, que, a través de todas sus vicisitudes, ha seguido siendo el principal santuario de la Cristiandad: la iglesia del Santo Sepulcro [2].

En seguida empezó a afluir un torrente de peregrinos al escenario que Elena había elegido para sus quehaceres. No podríamos decir su número, porque la mayoría de ellos no dejó huella de su viaje. Pero ya en 333, antes de que ella acabara sus excavaciones, un viajero que hizo la peregrinación desde Burdeos a Palestina describió todo su viaje [3]. Poco después hallamos el relato de un viaje hecho por una infatigable dama, conocida a veces como Eteria y otras como Santa Silvia de Aquitania [4]. Hacia el final del siglo, uno de los grandes Padres de la Cristiandad latina, San Jerónimo, se afincó en Tierra Santa y arrastró tras de sí al círculo de ricas y elegantes señoras que se sentaban a sus pies en Italia. En su celda de Belén recibía una constante procesión de viajeros que venían a ofrecerle sus respetos después de haber visitado los Santos Lugares [5]. San Agustín, el más es-

[1] San Jerónimo, *Epistolae XLVI, 9, M. P. L.*, vol. XXII, col. 489, se refiere a las primitivas peregrinaciones a Palestina. El primer peregrino de nombre conocido para nosotros era un obispo de Cesarea, en Asia Menor, a principios del siglo III, llamado Fermiliano (San Jerónimo, *De viris Illustribus, M. P. L.*, vol. XXIII, columnas 665-6). A fines del siglo III sabemos de un obispo de Capadocia, Alejandro, que visitó Palestina (Eusebio, *Historia Ecclesiastica,* págs. 185-6). Orígenes *(In Joannem,* VI, 29, *M. P. G.*, vol. XIV, col. 269) habla del deseo de los cristianos de «buscar las huellas de Cristo».

[2] Eusebio, *Vita Constantini,* caps. XXV-XL, publicado en *Palestine Pilgrims' Text Society,* vol. I.

[3] El *Itinerary of the Bordeaux Pilgrim* está publicado en la *P. P. T. S.*, vol. I, en una traducción de A. Stewart.

[4] La peregrinación de Eteria está publicada en una traducción inglesa por J. H. Bernard, en la *P. P. T. S.*, con el título de *The Pilgrimage of Saint Silvia of Aquitaine,* con la que el editor la identifica, aunque es casi seguro un error.

[5] La carta de Paula y Eustaquio a Marcela, describiendo la vida que llevaba el círculo de San Jerónimo en Palestina, está publicada entre las cartas de San Jerónimo con el núm. XLVI (cols. 483 y ss., en *M. P. L.*, vol. XXII). San Jerónimo, por su parte, en la carta núm. XLVII, 2 *(ibíd.*, col. 493) recomienda a su amigo Desiderio una visita a los Santos Lugares; y explica que su visita a Palestina le permite entender mejor las Escrituras *(Liber Paralipumenon,* prólogo, en *M. P. L.*, vol. XXVIII, cols. 1325-6). Pero en sus mo-

piritual de los Padres occidentales, consideraba las peregrinaciones como poco importantes e incluso peligrosas, y los Padres griegos parecían estar acordes con él [6]; pero San Jerónimo, aunque no pretendía que la efectiva estancia en Jerusalén tuviera valor espiritual alguno, afirmaba que constituía un acto de fe el orar en los sitios que habían pisado los pies de Cristo [7]. Su opinión era más popular que la de San Agustín. Se multiplicaron las peregrinaciones, alentadas por las autoridades. Hacia comienzos del siglo siguiente se decía que había ya doscientos monasterios y hospederías dentro de Jerusalén o en sus alrededores, construidos para recibir peregrinos, y casi todos bajo el patronato del emperador [8].

A mediados del siglo V llegó esta primitiva afición por Jerusalén a su momento culminante. La emperatriz Eudocia, hija de un filósofo pagano de Atenas, se estableció en la Ciudad Santa después de su desgraciada vida en la corte, y en su séquito había muchas personas piadosas de la aristocracia bizantina. En el tiempo que le quedaba libre después de escribir himnos, patrocinó la tendencia creciente de reunir reliquias, y cimentó la fundación de la gran colección de Constantinopla al enviar a la capital el retrato de Nuestra Señora, pintado por San Lucas [9].

Su ejemplo fue seguido por peregrinos de Occidente y por otros que venían de Constantinopla. Desde tiempo inmemorial, el lujo material del mundo procedía de Oriente. Ahora, los lujos religiosos también se dirigían hacia Occidente. El cristianismo fue, en un principio, una religión oriental. Los santos y mártires primitivos del cristianismo habían sido, en su mayoría, orientales. Crecía la tendencia a venerar los santos. Figuras tan autorizadas como Prudencio y Ennodio enseñaban que el socorro divino podría hallarse en sus tumbas y que sus cuerpos podrían obrar milagros [10]. Hombres y mujeres cubrirían

mentos de desánimo, como en la carta LVIII, 2, a Paulino de Nola *(ibid.,* vol. XXII, col. 580) pensaba que nada se perdía por no hacer una visita a Jerusalén.

6 San Agustín, carta LXXVIII, 3, en *M. P. L.,* vol. XXXIII, cols. 268-9; *Contra Faustum,* XX, 21; *ibid.,* vol. XLII, cols. 384-5. San Gregorio Niseno reprueba enérgicamente la peregrinación (carta núm. II, en *M. P. G.,* vol. XLVI, col. 1009). San Juan Crisóstomo es casi tan enemigo de ella *(Ad Populum Antiochenum,* V, 2, en *M. P. G.,* vol. XLIX, col. 69), pero en otro lugar desea que sus deberes le permitan ser peregrino *(In Ephesianos,* VIII, 2; *ibid.,* vol. LXII, col. 57).

7 Véase pág. 51, nota 1.

8 Couret, *La Palestine sous les Empereurs grecs,* pág. 212.

9 Véase Bury, *Later Roman Empire* (A. D., 395-565), vol. I, págs. 225-31. Véase Nicéforo Callistus, *Historia Ecclesiastica,* en *M. P. G.,* vol. CXLVI, col. 1061, para la cuestión de la búsqueda de reliquias de Eudocia.

10 Prudencio, *Peristephanon,* VI, págs. 132, 135; Ennodio, *Libellum pro Synodo,* pág. 315. San Ambrosio cree firmemente en la virtud de las reliquias,

ahora largas distancias por ver una sagrada reliquia. Aún más, procurarían adquirir alguna, llevársela a su tierra y colocarla en su santuario local. Las principales reliquias permanecieron en Oriente; las de Cristo, en Jerusalén, hasta que fueron llevadas a Constantinopla, y las de los santos, en su mayor parte, no salieron de sus lugares nativos. Sin embargo, las reliquias de poca importancia empezaron a penetrar en Occidente, traídas por algún afortunado peregrino o por algún mercader emprendedor o enviadas como donativo a algún potentado. Pronto les siguieron pequeños fragmentos de reliquias importantes y después reliquias importantes enteras. Todo esto contribuyó a que Occidente fijara su atención en Oriente. Los ciudadanos de Langres, orgullosos propietarios de un dedo de San Mamante, sentían el vivo deseo de visitar Cesarea, en Capadocia, donde había vivido el santo [11]. Las monjas de Chamalières, con los huesos de Santa Tecla en su capilla, se interesaban personalmente por su lugar de nacimiento en Seleucia de Isauria [12]. Cuando una dama de Maurienne regresó de sus viajes con un pulgar de San Juan Bautista, sus amigos concibieron la idea de emprender una peregrinación para ver su cuerpo en Samaria y su cabeza en Damasco [13]. Se enviarían embajadas con la única esperanza de conseguir algún tesoro de esta índole, quizá incluso un frasquito de la Santa Sangre o tal vez un fragmento de la verdadera Cruz. En Occidente se construyeron iglesias llamadas por el nombre de santos orientales o bajo la advocación del Santo Sepulcro; y a menudo una parte de sus ingresos se apartaba para enviarla a los Santos Lugares de los cuales había tomado su nombre.

Este contacto se fomentó por el comercio que ya se había extendido por las costas del Mediterráneo. Empezó lentamente a decaer debido al creciente empobrecimiento de Occidente, y en ocasiones se interrumpía, como a mediados del siglo v, cuando los piratas vándalos hicieron peligrosa la navegación para comerciantes desarmados; el descontento y la herejía en Oriente agregaron nuevas dificultades. Pero hay muchos itinerarios del siglo vi debidos a peregrinos occidentales que viajaron hacia Oriente en barcos mercantes griegos o sirios; y los

y él mismo llegó a ser inspirado para descubrir alguna (carta XXII, en *M. P. L.*, vol. XVI, cols. 1019 y ss.). San Victricio, en su *Liber de Laude Sanctorum*, afirma que las reliquias tienen una virtud y una gracia (*M. P. L.*, vol. XX, cols., 453-4). San Basilio, de otra parte, quería estar absolutamente seguro de su autenticidad. Véase su carta a San Ambrosio sobre el cuerpo de un obispo de Milán, carta núm. CXCVII, en *M. P. G.*, vol. XXXII, cols. 109-13.

[11] *Historia Translationum Sancti Mamantis vel Mammentis*, en *Acta Sanctorum*, 17 de agosto, vol. III, págs. 441-3.

[12] Mabillon, *Annales Ordinis Sancti Benedicti*, vol. I, pág. 481.

[13] Gregorio de Tours, *De Gloria Martyrum*, en *M. P. L.*, vol. LXXI, columnas 719-20. Véase Delehaye, *Les Origines du Culte des Martyrs*, pág. 99.

mismos mercaderes transmitían noticias y rumores religiosos igual que llevaban pasajeros y mercancías. Gracias a los viajeros y a los mercaderes estaba bien informado de los asuntos orientales el historiador Gregorio de Tours.

Hay constancia de una conversación entre San Simeón Estilita y un mercader sirio que le vio en su columna cerca de Alepo, en la cual San Simeón pedía noticias de Santa Genoveva de París y le enviaba un mensaje personal [14]. A pesar de las disputas religiosas y políticas de las altas jerarquías, las relaciones entre los cristianos orientales y occidentales seguían siendo cordiales e íntimas.

Con las conquistas árabes, este período tocó a su fin. Los mercaderes sirios dejaron de recalar en las costas de Francia e Italia, llevando mercancías y noticias. Volvió a haber piratas en el Mediterráneo. Los gobernantes musulmanes de Palestina sospechaban de los viajeros cristianos del extranjero. El viaje era costoso y difícil, y la Cristiandad occidental había quedado empobrecida. Sin embargo, el contacto no se interrumpió del todo. Los cristianos occidentales aun pensaban en los Santos Lugares con simpatía y nostalgia. Cuando, en 682, el papa Martín I fue acusado de tratos amistosos con los musulmanes, explicó que su motivo era el deseo de obtener permiso para enviar limosnas a Jerusalén [15]. En 670, el obispo franco Arculfo partió para Oriente y consiguió hacer una visita completa a Egipto, Siria y Palestina, para volver después por Constantinopla; pero el viaje le llevó varios años, y padeció muchas fatigas [16]. Conocemos los nombres de otros peregrinos de la época, tales como Vulphy de Rue, de Picardía; o Bercaire de Montier-en-Der, de Borgoña, y su amigo Waimer [17]. Pero sus relatos demuestran que solamente los hombres rudos y emprendedores podían tener alguna esperanza de llegar a Jerusalén. Parece ser que ninguna mujer se aventuró a hacer la peregrinación.

Durante el siglo VIII aumentó el número de los peregrinos. Algunos procedían incluso de Inglaterra; de ellos el más famoso fue Willibaldo, que murió en 781 siendo obispo de Eichstadt, en Baviera. En su juventud había ido a Palestina; salió de Roma en 722 y no pudo regresar a la Ciudad Eterna hasta 729, después de haber pasado por muchas y desagradables peripecias [18]. Hacia fines del siglo parece ha-

[14] *Vita Genovefae Virginis Parisiensis*, pág. 226.

[15] Martín I, carta a Teodoro, en *M. P. L.*, vol. LXXXVII, cols. 199-200.

[16] El relato de Arculfo, escrito por Adamman, se halla en *P. P. T. S.*, vol. III, traducción de J. R. Macpherson.

[17] *De Sancto Wiphlagio*, en *Aa. Ss.*, 7 de junio, vol. II, págs. 30-1.

[18] Willibaldo, *Hodoeporicon*, trad. de Brownlow, publicado en la *P. P. T. S.*, vol. III.

ber existido un intento de organizar peregrinaciones, bajo el patrocinio de Carlomagno. Carlomagno había devuelto el orden y la prosperidad a Occidente, y estableció buenas relaciones con el califa Harun al-Rashid. Las hospederías construidas con su ayuda en Tierra Santa demuestran que por entonces habían llegado a Jerusalén muchos peregrinos, y entre ellos algunas mujeres. Desde la España cristiana fueron enviadas monjas para servir en el Santo Sepulcro [19]. Pero esta actividad tuvo corta vida. El Imperio carolingio declinó. Los piratas musulmanes reaparecieron en el Mediterráneo oriental; piratas escandinavos vinieron de Occidente. Cuando Bernardo el Sabio visitó Palestina, en 870, procedente de Bretaña, encontró las fundaciones de Carlomagno en buen funcionamiento, aunque vacías e iniciando su decadencia. Bernardo sólo pudo hacer el viaje gracias a un pasaporte que le facilitaron las autoridades musulmanas que gobernaban entonces en Bari, en la Italia meridional; si bien ese pasaporte ni siquiera le autorizaba a desembarcar en Alejandría [20].

La gran era de las peregrinaciones se inicia con el siglo x. Los árabes perdieron sus últimos nidos de piratería en Italia y en el sur de Francia en el decurso del siglo, y Creta les fue arrebatada en 961. Ya por entonces la flota bizantina había asumido el dominio de los mares lo bastante para que el comercio marítimo en el Mediterráneo hubiese revivido por completo. Los barcos mercantes griegos e italianos navegaban libremente entre los puertos de Italia y los del Imperio, y comenzaban, con la buena voluntad de las autoridades musulmanas, a abrir el comercio con Siria y Egipto. Era fácil para un peregrino obtener pasaje directo desde Venecia o Bari a Trípoli o Alejandría; aunque la mayoría de los viajeros prefería entrar por Constantinopla, para ver sus grandes colecciones de reliquias, y después proseguir por mar o bien por tierra, cuyos caminos habían asegurado ahora las recientes victorias militares bizantinas. En la misma Palestina, las autoridades musulmanas, ya fueran abasidas, ikshiditas o fatimitas, rara vez ponían dificultades; por el contrario, recibían con agrado a los viajeros por la riqueza que aportaban a la provincia.

La mejora en las condiciones para peregrinar repercutió en el pensamiento religioso occidental. Es dudosa la época en que las peregrinaciones empezaron a establecerse como penitencia canónica. Todos los *poenitentialia* medievales primitivos recomiendan una peregrinación, aunque, por lo general, no especifican el lugar de la misma.

[19] «Commemoratorium de Casis Dei vel Monasteriis», en Tobler y Molinier, *Itinera Hierosolymitana*, vol. I, pág. 303.

[20] El *Itinerary of Bernard the Wise*, trad. de J. H. Bernard, se halla en la *P.* [illegible] *S.*, vol. III.

Pero iba desarrollándose la creencia de que determinados santos lugares poseían una virtud espiritual definida que se transmitía a aquellos que los visitaban y podían incluso concederles el perdón del pecado. Así, el peregrino sabía que no sólo podía reverenciar los restos terrenales y el ambiente en que habían vivido Dios y sus santos, entrando en contacto místico con ellos, sino que también podía obtener el perdón de Dios por sus flaquezas. A partir del siglo x existían sobre todo cuatro santuarios que se consideraban con dicho poder: Santiago de Compostela, en España; San Miguel de Monte Gargano, en Italia; los muchos lugares sacros de Roma, y, por encima de todos los demás, los Santos Lugares, en Palestina. A todos ellos era mucho más fácil ahora el acceso, debido a la retirada o a la buena voluntad de los musulmanes. Sin embargo, el viaje seguía siendo aún demasiado largo y arduo como para tentar al sentido común o al sentimiento religioso del hombre medieval. Era prudente apartar al pecador, por espacio de un año o más, del lugar de su pecado. Las incomodidades y el gasto de su viaje serían una penitencia para él, mientras el llevar a cabo su tarea y la atmósfera emocional de su destino le proporcionarían un sentimiento de purificación espiritual y fortaleza. Volvería siendo un hombre mejor [21].

Alusiones incidentales de los cronistas nos refieren peregrinaciones frecuentes, aunque los nombres de los efectivos peregrinos que nos han llegado corresponden inevitable y únicamente a los personajes de más importancia. Entre los grandes señores y damas de Occidente que fueron a Tierra Santa están Hilda, condesa de Suabia, que murió en su viaje en 969, y Judith, duquesa de Baviera, cuñada del emperador Otón I, que hizo su peregrinación en 970. Los condes de Ardèche, de Vienne, de Verdún, de Arcy, de Anhalt y de Gorizia fueron todos peregrinos. Los altos eclesiásticos se distinguieron aún más por su asiduidad. San Conrado, obispo de Constanza, realizó tres viajes distintos a Jerusalén, y San Juan, obispo de Parma, no menos de seis. El obispo de Olivola estuvo allí en 920. Entre los abades peregrinos hallábanse los de Saint-Cybar, de Flavigny, de Aurillac, de Saint-Aubin d'Agers y de Montier-en-Der. Todos estos viajeros impor-

[21] Véase De Rozière, *Recueil général des Formules usitées dans l'Empire des Francs,* vol. II, págs. 939-41. Un noble franco llamado Fromundo, que fue con sus hermanos a Palestina para expiar un crimen, a mediados del siglo IX, es el primer penitente de este tipo de nombre conocido. La *Peregrinatio Frotmundi* está publicada en los *Aa. Ss.,* 24 de octubre, octubre, vol. X, págs. 847 y siguientes. Véase también Van Cauwenbergh, *Les Pèlerinages expiatoires et judiciares, passim,* y Willey, *La Croisade: Essai sur la Formation d'une Théorie juridique,* págs. 141 y ss.

tantes llevaban un séquito de hombres y mujeres humildes, cuyos nombres carecían de interés para los cronistas de la época [22].

Esta actividad era principalmente el resultado de la iniciativa privada. Pero una nueva fuerza estaba surgiendo en la política europea, que, entre sus otras preocupaciones, intervino en la organización del movimiento de peregrinos. En 910, el conde Guillermo I de Aquitania fundó la abadía de Cluny. Hacia el fin del siglo, Cluny, dirigida por una serie de abades notables, era el centro del complejo sistema eclesiástico, bien ordenado, estrechamente unido y en íntima relación con el Papado. Los cluniacenses se consideraban como los guardianes de la conciencia de la Cristiandad occidental. Su doctrina aprobó la peregrinación. Deseaban darle asistencia práctica. Hacia principios del siglo siguiente, las peregrinaciones a los grandes santuarios españoles estaban casi totalmente controladas por ellos. Por la misma época empezaron a preparar y a divulgar viajes a Jerusalén. Fue debido a su persuasión por lo que emprendieron sus viajes a Tierra Santa el abad de Stavelot, en 990, y el conde de Verdún, en 997. Su influencia la confirma el gran incremento, en el siglo XI, de los peregrinos procedentes de Francia y Lorena, de zonas que estaban próximas a Cluny y a sus casas filiales. Aunque había aún muchos alemanes entre los peregrinos del siglo XI, por ejemplo los arzobispos de Tréveris y Maguncia y el obispo de Bamberg, y muchos peregrinos de Inglaterra, los peregrinos franceses y loreneses eran mucho más numerosos. Las dos grandes dinastías de la Francia del norte, los condes de Anjou y los duques de Normandía, eran igualmente, pese a su mutua rivalidad, eficaces protectoras de Cluny; y ambas patrocinaban las peregrinaciones a Oriente. El terrible Fulk Nerra de Anjou fue a Jerusalén en 1002, y dos veces volvió a visitar la Ciudad Santa. El duque Ricardo III de Normandía envió a ella limosnas, y el duque Roberto llevó a Jerusalén un enorme séquito en 1035. Todas estas peregrinaciones fueron fielmente registradas por un historiador cluniacense, el monje Glaber [23].

Los normandos siguieron el ejemplo de sus duques. Tenían una veneración especial por San Miguel, y muchos de ellos peregrinaron a Monte Gargano. Desde allí, los más emprendedores proseguían hasta Palestina. A mediados del siglo llegaron a formar una proporción tan amplia y tan fervorosa entre los peregrinos de Palestina, que el gobierno de Constantinopla, molesto con los normandos a causa de sus correrías por la Italia bizantina, empezó a mostrar algún recelo

[22] Véase Bréhier, *L'Eglise et l'Orient au Moyen Age*, págs. 32-3, y Ebersolt, *Orient et Occident*, vol. I, págs. 72-3, que da referencias de estos viajes.

[23] Radulfo Glaber, en Bouquet, *R. H. F.*, vol. X, págs. 20, 32, 52, 74, 106, 108. Véase Bréhier, *op. cit.*, págs. 42-5; Ebersolt, *op. cit.*, págs. 75-81.

hacia el movimiento de peregrinos [24]. Sus hermanos de raza, los escandinavos, no les iban a la zaga en el entusiasmo. Los escandinavos habían tenido ya la costumbre de visitar Constantinopla, y estaban muy impresionados por sus riquezas y maravillas. Hablaban en sus países, en el Norte, de *Micklegarth*, como llamaban a la gran ciudad, a la que incluso en tiempos identificaron con Asgard, la patria de los dioses. Ya hacia 930 había escandinavos en el ejército del emperador. A principios del siglo XI su número era tan considerable que se constituyó un regimiento especial de escandinavos, la famosa guardia de varegos. Los varegos adquirieron pronto la costumbre de pasar su permiso haciendo un viaje a Jerusalén. Del primero que tenemos noticia de que estuviera en Palestina, en 992, es de un tal Kolskeggr. Harald Hardrada, el más famoso de los varegos, visitó Tierra Santa en 1034. Durante el siglo XI hubo muchos noruegos, islandeses y daneses, que habían pasado cinco o más años al servicio del emperador, y que, después de hacer la peregrinación, regresaban enriquecidos con sus ahorros a sus países en el Norte. Animados por sus relatos, sus amigos se trasladarían al Sur únicamente para hacer la peregrinación. El apóstol de Islandia, Thorvald Kódransson Vidtförlí, estuvo en Jerusalén hacia el año 990. Muchos peregrinos escandinavos afirmaban haber visto allí a Olaf Tryggvason, el primer rey cristiano de Noruega, después de su misteriosa desaparición en el año 1000. Olaf II pretendió seguir su ejemplo, pero su viaje nunca se realizó, salvo en la leyenda. Estos príncipes nórdicos eran hombres violentos, con frecuencia culpables de asesinato y con frecuencia necesitados de un acto de penitencia. El semidanés Swein Godwinsson partió con un grupo de ingleses en 1051 para expiar un asesinato, pero murió a causa de las inclemencias del tiempo en las montañas de Anatolia el otoño siguiente. Había ido descalzo para purgar sus pecados. Lagman Gudrödsson, rey noruego de Man, que había asesinado a su hermano, buscó un perdón parecido de Dios. Los escandinavos, en su mayoría, preferían hacer un viaje de circunvalación, pasando en barco el Estrecho de Gibraltar y volviendo, por tierra, a través de Rusia [25].

[24] Bréhier, *op. cit.*, pág. 42, supone que el «cisma» de Miguel Cerulario creó un clima de mala voluntad entre los bizantinos y los peregrinos. Riant, *Expéditions et Pèlerinages des Scandinaves*, pág. 125, llega al extremo de afirmar que las autoridades bizantinas cerraron deliberadamente el camino a Palestina. Esto se basa evidentemente en su interpretación de la experiencia de Lietberto de Cambrai (véase pág. 60, nota 29), que en realidad se explica por las condiciones reinantes en Siria en aquella época. Pero la carta del papa Víctor (véase pág. 60, nota 31) hace pensar que los oficiales imperiales no daban siempre un trato cordial a los peregrinos. La frialdad se explica más bien por el desagrado hacia los escandinavos que por razones cismáticas.

[25] Riant, *op. cit.*, págs. 97-129, da un relato completo de los peregrinos escandinavos.

Los peregrinos del siglo x procedentes de Occidente tenían que viajar por mar a través del Mediterráneo hasta Constantinopla o Siria. Pero los pasajes eran caros y no podían obtenerse fácilmente literas. En 975 los reyes de Hungría se convirtieron al cristianismo, y así se inauguró una ruta interior terrestre, que seguía el curso del Danubio a través de los Balcanes, a Constantinopla. Hasta 1019, año en que, al fin, Bizancio llegó a dominar toda la península balcánica, era aquél un camino peligroso; pero, a partir de entonces, un peregrino podía viajar con muy poco riesgo a través de Hungría para cruzar la frontera bizantina en Belgrado y proseguir después, pasando por Sofía y Adrianópolis, hasta la capital. O bien podía optar por ir ahora a la Italia bizantina y hacer la breve travesía desde Bari a Dirraquio y seguir después la antigua Vía Ignacia de los romanos a través de Tesalónica hasta el Bósforo. Había tres buenas calzadas principales que le llevarían a través del Asia Menor hasta Antioquía. Desde allí bajaba a la costa, a Laodicea, y cruzaba el territorio fatimita cerca de Tortosa. Esta era la única frontera que tenía que pasar desde su llegada a Belgrado o a Termoli, en Italia; y podía proseguir su camino sin ulterior impedimento hasta Jerusalén. El viaje por tierra, aunque lento, era mucho más barato y más fácil que el viaje por mar, y muchísimo más adecuado para grandes grupos.

Siempre que los peregrinos marchasen tranquilos, podían contar con el trato hospitalario de los campesinos del Imperio; y para la primera parte de su viaje, los cluniacenses empezaron a construir hospederías a lo largo de la ruta. Había paradores en Italia, algunos de ellos reservados para el uso de los escandinavos. Existía un gran albergue en Melk, en Austria [26]. El Albergue de Sansón, en Constantinopla, estaba destinado exclusivamente a los peregrinos occidentales; y los cluniacenses se hicieron cargo de un establecimiento en las afueras de Rodosto [27]. En Jerusalén los peregrinos podían hospedarse en el Hospital de San Juan, fundado por los mercaderes de Amalfi [28]. No había ningún inconveniente en que los grandes señores de Occidente trajeran consigo una escolta armada, con tal de que estuviese debidamente vigilada; y la mayoría de los peregrinos trataba de unirse a tales grupos. Pero era bastante corriente, y no constituía ningún riesgo especial, el que algunos hombres viajaran solos, o por parejas, o de tres en tres. A veces podía haber dificultades. Durante la persecución de Hakim resultaba incómodo permanecer mucho tiempo en Palestina, aunque la afluencia de peregrinos no se interrumpió nunca to-

[26] Orderico Vital, *Historia Ecclesiastica,* III, 4, vol. II, pág. 64.

[27] Véase Riant, *op. cit.,* pág. 60.

[28] Guillermo de Tiro, XVIII, 4-5, I, págs. 822-6; Aimé, *Chronicon,* pág. 320.

talmente. En 1055 se consideraba peligroso cruzar la frontera hacia el territorio musulmán. A Lietberto, obispo de Cambrai, se le negó el visado de salida por el gobernador de Laodicea y se le obligó a marchar a Chipre [29]. En 1056, los musulmanes, tal vez de acuerdo con el Emperador, prohibieron a los occidentales el acceso al Santo Sepulcro y expulsaron a unos trescientos de la ciudad de Jerusalén [30]. Tanto Basilio II como su sobrina la emperatriz Teodora infligieron un agravio al ordenar a sus funcionarios de aduanas que cobraran un impuesto sobre los peregrinos y sus caballos. El papa Víctor II escribió a la emperatriz en diciembre de 1056, rogándole que revocara la orden; y su carta insinúa que los funcionarios del Imperio podían hallarse también en Jerusalén [31].

Pero estos inconvenientes eran raros. A lo largo del siglo XI, hasta sus dos últimas décadas, una interminable corriente de viajeros fluía hacia Oriente, a veces viajando en núcleos que sumaban millares, hombres y mujeres de toda edad y todas las clases, dispuestos, en aquellos tiempos sin prisas, a invertir un año o más en el viaje. Se detendrían en Constantinopla para admirar la inmensa urbe, diez veces más grande que cualquier otra ciudad que pudieran haber visto en Occidente, y para reverenciar las reliquias conservadas en ella. Podían ver la Corona de Espinas, la Túnica Inconsútil y todas las reliquias importantes de la Pasión. Estaban allí el lienzo de Edesa, en el cual quedó grabada la Santa Faz de Cristo, y el retrato auténtico de la Virgen, pintado por San Lucas; el cabello de San Juan Bautista y el manto de Elías; los cuerpos de innumerables santos, profetas y mártires: un depósito infinito de los objetos más sagrados para la Cristiandad [32]. De Constantinopla iban a Palestina, a Nazaret y al monte Tabor, al Jordán y a Belén, y a todos los santuarios de Jerusalén. Todo lo miraban con suma atención y oraban en todos estos lugares; después emprendían el gran viaje de retorno a sus patrias, y volvían edificados y purificados, para ser recibidos por sus paisanos

[29] «Vita Lietberti», en D'Achéry, *Spicilegium*, vol. IX, págs. 706-12. La gran peregrinación alemana de 1064-5, en la que participaron 7.000 peregrinos, encontró muy incómodas las condiciones al sur de la frontera. El relato se halla en *Annales Altahenses Majores*, pág. 815. Véase Joranson, «The Great German Pilgrimage of 1064-5».

[30] «Miracula Sancti Wolframmi Senonensis», en *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, saeculum III, pars I, págs. 381-2. Lietberto se encontró con viajeros que habían sido expulsados de Palestina («Vita Lietberti», *loc. cit.*).

[31] Carta de Víctor II, en *M. P. L.*, vol. CXLIX, cols. 961-2, erróneamente atribuida a Víctor III; Riant, *Inventaire critique des Lettres historiques des Croisades*, págs. 50-3.

[32] Ebersolt, *Les Sanctuaires de Byzance*, págs. 105 y ss.

como los peregrinos de Cristo, que habían realizado el más sagrado de los viajes.

Pero el éxito de las peregrinaciones dependía de dos condiciones: primera, que la vida en Palestina fuera lo suficientemente tranquila para que el indefenso viajero pudiera moverse y rezar libremente; segunda, que el camino se conservase abierto y barato. Lo primero necesitaba paz y buen gobierno en el mundo musulmán; lo segundo exigía prosperidad y benevolencia por parte de Bizancio.

Capítulo 4

HACIA EL DESASTRE

«En plena paz lo acomete un bandido.»

(Job., 15, 21.)

A mediados del siglo XI parecía asegurada, para muchos años, la tranquilidad del mundo mediterráneo oriental. Sus dos grandes potencias, el Egipto de los fatimitas y Bizancio, estaban en buenas relaciones. Ninguna de las dos era agresiva, y ambas deseaban mantener en jaque a los estados musulmanes situados más al Este, donde los aventureros turcos estaban sembrando conflictos, sin lograr, no obstante, alarmar seriamente a los gobiernos de Constantinopla o El Cairo. Los fatimitas mostrábanse amistosos hacia los cristianos. Desde la muerte de Hakim no había habido persecuciones, y empezaban a abrir sus puertos a los mercaderes procedentes de Bizancio y de Italia. Tanto los traficantes como los peregrinos se beneficiaban de su buena voluntad.

Esta buena voluntad estaba garantizada por el poder de Bizancio. Gracias a una serie de grandes emperadores guerreros, el Imperio se extendía ahora desde el Líbano al Danubio y desde Nápoles al mar Caspio. A pesar de alguna corrupción circunstancial o de algún tumulto momentáneo, el Imperio se hallaba mejor administrado que cualquier otro reino contemporáneo. Constantinopla nunca había sido tan rica como entonces. Era la capital indiscutible del mundo en el orden financiero y comercial. Mercaderes de todos los confines, de Italia y de Alemania, de Rusia, de Egipto y del Oriente llegaban a

la ciudad, en masa, para comprar los artículos de lujo que salían de sus fábricas y cambiarlos por sus toscas mercancías. La vida bulliciosa de la gran urbe, mucho más dilatada y populosa aún que El Cairo o Bagdad, nunca dejaba de asombrar al viajero con su abigarrado puerto, sus comercios atestados, sus amplios arrabales y sus impresionantes iglesias y palacios. La corte imperial, aunque dominada entonces por dos princesas alocadas, excéntricas, viejas, le parecía el centro del universo.

Si el arte es el espejo de la civilización, la bizantina había alcanzado un punto muy elevado. Los artistas del siglo XI eran una prueba del comedimiento y equilibrio de sus antepasados clásicos; pero supieron agregar dos cualidades derivadas de la tradición oriental: el rico formalismo decorativo de los iranios y la intensidad mística del antiguo Oriente. Las obras de la época que han llegado a nosotros, tanto si son pequeños marfiles como si se trata de grandes paneles de mosaicos o de iglesias en las provincias, como la de Daphne o el monasterio de San Lucas, en Grecia, todas ellas despliegan la misma síntesis triunfante de tradiciones que han convergido hacia un todo perfecto. La literatura de la época, aunque más supeditada al supremo recuerdo de la perfección clásica, muestra cierta variedad y se halla siempre a un nivel excelente. Nos han llegado la pulida historia de Juan Diácono, las delicadas poesías de Cristóforo de Mitilene, la arrebatadora epopeya popular de Digenis Akritas, los rudos aforismos, llenos de sentido común, del soldado Cecaumenus, y las memorias breves, chispeantes y cínicas de Miguel Psellus. Se respira casi la misma atmósfera de satisfacción que en el siglo XVIII, aunque con un sentido del más allá y un pesimismo de los que nunca pudo liberarse Bizancio.

Los griegos tienen un carácter sutil y difícil, no identificable a través del cuadro que suelen trazar los divulgadores del siglo V antes de J. C. Los bizantinos hicieron más complejo este carácter con los rasgos de su sangre oriental. El resultado estaba lleno de paradojas. Surgió un tipo enormemente práctico, con capacidad para los negocios y gusto por los honores mundanos; sin embargo, estaba siempre dispuesto a renunciar al mundo a cambio de una vida de contemplación monástica. Creía fervientemente en la misión divina del Imperio y en la autoridad divina del emperador; no obstante, era individualista, dispuesto a rebelarse contra un gobierno que no le gustara. Tenía horror a la herejía; aunque su religión, la más mística de todas las formas establecidas del cristianismo, le permitía, tanto si era sacerdote como seglar, una gran flexibilidad filosófica. Desdeñaba a todos sus vecinos como bárbaros, aunque no le fue difícil adoptar sus hábitos y sus ideas. A pesar de su sofisticación y de su orgullo,

su ánimo era poco templado. Tantas veces el desastre había casi aniquilado a Bizancio, que se había socavado su confianza en las cosas. En una crisis repentina sería presa del pánico y se entregaría a la barbarie contra lo que en momentos de más calma habría desdeñado. El presente podía ser pacífico y brillante; pero innumerables profecías le habían avisado que algún día su ciudad sería destruida, y las creía verdaderas. La felicidad y el sosiego no podían encontrarse en este mundo sombrío y transitorio, sino solamente en el reino de los Cielos.

Sus temores estaban justificados. Los cimientos del poder bizantino no eran suficientemente sólidos. El gran Imperio habíase organizado para la defensa. Las provincias estaban gobernadas por militares, sometidos a su vez a la vigilancia de la administración civil de Constantinopla. Este sistema proporcionaba una milicia local eficaz que podía defender su zona en momentos de invasión y que podía servir de refuerzo al ejército imperial en sus grandes campañas. Pero, estando pendiente del peligro de invasión, daba un poder excesivo al gobernador provincial, sobre todo si éste era lo suficientemente rico como para olvidarse del habilitado de la capital. Además, la riqueza estaba arruinando la organización agraria del Asia Menor. El espinazo de Bizancio lo constituían sus comunidades de campesinos libres, que recibían su terreno directamente del Estado, a menudo en premio a sus servicios militares. Pero, allí como en todas partes durante la Edad Media, el campo era la única inversión segura para la riqueza. Todos los ricos procuraban comprar tierras. La Iglesia animaba a sus fieles a que le legaran tierras. La tierra era la recompensa usual que se daba a los generales victoriosos y a los ministros beneméritos del Estado. Mientras el Imperio recuperaba tierras del enemigo o repoblaba zonas despobladas por incursiones y devastación, todo parecía bien; pero la consecuencia efectiva fue una penuria de tierras. Los magnates y los monasterios sólo podían aumentar sus posesiones comprando la parte de un campesino que estuviese necesitado de dinero o apoderándose de pueblos enteros, bien como donativo del Estado o bien por hacerse cargo de la responsabilidad de pagar los impuestos de la comunidad. Los emperadores más prudentes trataron de prohibirles estas empresas, en parte porque el nuevo terrateniente rara vez resistía a la tentación de convertir sus tierras en pastos de ovejas, y aún más porque la transferencia de propiedades rústico-castrenses permitía al terrateniente organizar un ejército particular, con perjuicio para el ejército del Estado. Pero su legislación fracasó. A lo largo del siglo x surgió en Bizancio una aristocracia hereditaria de terratenientes, lo bastante rica y poderosa como para desafiar al gobierno central. Al emperador Basilio II, el más grande de los mo-

narcas de la dinastía macedonia, le costó trabajo reprimir una revuelta de elementos de esta aristocracia en los primeros tiempos de su reinado. Triunfó; y su prestigio perduró hasta la extinción de la dinastía en 1056, año de la muerte de su sobrina Teodora. De haber tenido la casa macedonia herederos varones, habría podido establecerse seguramente el principio hereditario para el trono imperial, y Bizancio habría dispuesto de una fuerza capaz de contener a la nobleza de sangre. Pero, aunque la lealtad a la dinastía permitió a la emperatriz Zoe y a sus cónyuges sucesivos reinar con una despreocupación libertina durante cerca de treinta años, lo mismo que reinó después la anciana emperatriz Teodora, no cesaban de crecer las fuerzas disolventes. Cuando murió Teodora, se enfrentaron dos partidos en Bizancio, en dura oposición: la camarilla de la corte que dominaba la administración central y las familias nobles que dominaban el ejército; entretanto, la Iglesia, con un pie en cada campo, intentaba mantener el equilibrio [1].

Apenas había entrado la septuagenaria emperatriz en estado comatoso, creyendo, hasta el final, en una profecía que le presagiaba un reinado de muchos años, la corte había ya elevado al trono a un funcionario civil de edad, Miguel Estratiota. El ejército se negó a aceptar al nuevo Emperador. Marchó sobre Constantinopla decidido a imponer a su general. Miguel se retiró sin lucha; y el general Isaac Comneno fue proclamado emperador. La aristocracia castrense había ganado la primera vuelta.

Isaac Comneno, igual que muchos otros nobles en Bizancio, era un aristócrata con un abolengo de sólo dos generaciones. Su padre era un militar tracio, probablemente un vlaquio, que se había granjeado el favor de Basilio II y a quien el Emperador había donado tierras en Paflagonia, donde erigió un gran castillo conocido como *Castra Comnenôn,* y llamado hasta nuestros días Kastamuni. Isaac y su hermano Juan heredaron las tierras de su padre y su destreza militar, y ambos se casaron con damas de la aristocracia bizantina. La esposa de Isaac era una princesa de la antigua casa real de Bulgaria; la de Juan era una heredera de la gran familia de los Dalasseno. Pero, a pesar de su riqueza, poder y el apoyo del ejército, Isaac tropezó en su gobierno con la mala voluntad de los funcionarios ci-

Para la civilización bizantina en este período, véase Iorga, *Histoire de la Vie Byzantine,* vol. II, págs. 230-49; Vasiliev, *Histoire de l'Empire Byzantin,* vol. I, págs. 476-92. Para el problema agrario en Bizancio, véase Ostrogorsky, «Agrarian Conditions in the Byzantine Empire», en *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. I, págs. 204 y ss. Para la historia política, véase Bury, «Roman Emperors from Basil II to Isaac Komnenos», en *Selected Essays,* páginas 126-214; Ostrogorsky, *Geschichte des byzantinischen Staates,* págs. 224-40.

viles. Después de dos años de reinado, abandonó la lucha y se retiró a un monasterio. No tenía hijos; por eso nombró heredero a Constantino Ducas. Su cuñada, Ana Dalasseno, nunca le perdonó.

Constantino Ducas era el cabeza de familia de la rama probablemente más rancia y más rica de la aristocracia bizantina; pero había hecho su carrera en la corte. Isaac confiaba en que sería bien recibido por ambos partidos. Pero pronto mostró que sus tendencias estaban lejos de su casta. Sus arcas se hallaban vacías; y el ejército era peligrosamente poderoso. Su solución consistió en reducir las fuerzas armadas. En cuanto a la política interior, la medida podía ser válida. Pero en ningún momento de la historia de Bizancio hubiese sido aconsejable debilitar la potencia defensiva del Imperio; y en este momento, semejante disposición fue fatal. Soplaban vientos tempestuosos de Oriente; y en Occidente ya había estallado la tormenta [2].

Durante las últimas décadas, la situación en la Italia meridional había estado llena de turbulencias y confusión. La frontera del Imperio bizantino pasaba oficialmente desde Terracina, por la costa del Tirreno, hasta Termoli, en el Adriático. Pero dentro de esta línea solamente estaban bajo el gobierno directo de Bizancio las provincias de Apulia y Calabria. Allí predominaba la población griega. En la costa occidental estaban las tres ciudades-estado comerciales de Gaeta, Nápoles y Amalfi. Las tres eran nominalmente vasallas del emperador. Los amalfitas, que por entonces sostenían un comercio de alguna importancia con el Oriente islámico, consideraban útil la buena voluntad del emperador para las negociaciones con las autoridades fatimitas, y mantenían un cónsul permanente en Constantinopla. Los napolitanos y los gaetanos, aunque también dispuestos a comerciar con el infiel, eran menos pundonorosos con el emperador. La parte interior del país la regían los príncipes lombardos de Benevento y Salerno, reconociendo alternativamente la soberanía del emperador oriental o la del occidental, y siempre insumisos hacia cualquiera de ellos. Sicilia se hallaba aún en manos musulmanas, a pesar de los muchos intentos bizantinos para reconquistar la isla; y las incursiones a lo largo de la costa italiana desde allí y desde Africa contribuyeron al caos en todo el país.

Llegaron a estas zonas aventureros normandos en gran número, procedentes del norte de Francia, peregrinos de paso para Jerusalén o que venían a visitar su santuario favorito, el de San Miguel de Monte Gargano; muchos de ellos, soldados de fortuna que se quedaban para entrar al servicio de los príncipes lombardos. Había penu-

[2] Ostrogorsky, *op. cit.*, págs. 238-42; Diehl y Marçais, *Le Monde Oriental de 395 à 1081*, págs. 523-31.

ria en tierras de Normandía, cuyos campos, densamente poblados, ofrecían escasas oportunidades a los segundones, ambiciosos e inquietos, y a los hidalgos sin hacienda. Este impulso de expansión, que les llevó pronto a emprender la conquista de Inglaterra, hizo que pusieran su vista en el Oriente y en todas sus riquezas; y consideraron a la Italia meridional como la llave de un imperio mediterráneo. La situación caótica en Italia constituyó su oportunidad.

En 1040, seis hermanos, hijos de un hidalgo poco importante de Normandía, Tancredo de Hauteville, ocuparon la ciudad de Melfi, en las montañas de Apulia, y fundaron un principado. Las autoridades locales bizantinas no los tomaron en serio; sin embargo, el emperador occidental Enrique III, deseoso de dominar una provincia por la cual habían luchado largo tiempo ambos imperios, y el Papa alemán a quien había nombrado, resentido de que el patriarca de Constantinopla gobernase sobre alguna sede italiana, dieron su apoyo a los normandos. En el plazo de doce años, los hijos de Tancredo establecieron un dominio sobre los principados normandos. Habían hecho retroceder a los bizantinos hacia la punta de Calabria y a la costa de Apulia. Amenazaban a las ciudades de la costa occidental; y organizaban incursiones a través de Campania, hacia el Norte, hasta las proximidades de Roma. El gobierno bizantino estaba alarmado. El gobernador de Apulia, Mariano Argiro, llamado a Constantinopla para informar, fue nuevamente enviado a su puesto, con poderes más amplios, para restablecer la situación. Por la vía militar nada consiguió Mariano. Los normandos rechazaron fácilmente su pequeño ejército. Por la vía diplomática tuvo más éxito; porque el Papa, el lorenés León IX, estaba también inquieto. Los triunfos normandos eran mayores de lo que él o Enrique III habían previsto. Enrique estaba ahora absorbido por una campaña en Hungría; pero envió ayuda al Papa. En el verano de 1053, León partió hacia el Sur con un ejército de alemanes e italianos, anunciando que se trataba de una guerra santa. Tenía que unírsele un contingente bizantino; pero, cuando lo esperaba en las afueras de la pequeña villa de Civitella, en Apulia, los normandos lo atacaron. Su ejército fue derrotado y él mismo hecho prisionero. Para obtener la libertad se desdijo de toda su política.

Este fue el último intento serio de contener a los hijos de Tancredo. Enrique III murió en 1056. Su sucesor fue su hijo Enrique IV, entonces niño; y la regente, Inés de Poitou, estaba demasiado ocupada en Alemania para pensar en el problema del Sur. El Papado decidió ser realista. En 1059, en el Concilio de Melfi, el Papa Nicolás II reconoció a Roberto Guiscardo, «Roberto la Comadreja», el mayor de los hijos supervivientes de Tancredo, como «duque de

Apulia y Calabria, por la gracia de Dios y San Pedro, y, con la ayuda de ellos, de Sicilia». Este reconocimiento, considerado por Roma, pero no por Roberto, como una situación de vasallaje hacia el heredero de la Silla de Pedro, permitió a los normandos acabar fácilmente su conquista. Las repúblicas marítimas pronto se sometieron a ellos; y hacia 1060, todo lo que les quedaba a los bizantinos en Italia era su capital, la fortaleza costera de Bari. Entretanto, el hermano menor de Roberto, Roger, comenzó su lenta aunque victoriosa conquista de Sicilia contra los árabes [3].

Mientras que Bari pudo resistir, los bizantinos impidieron en alguna medida la ulterior expansión de los normandos hacia Oriente. Pero las perturbaciones políticas en Italia condujeron sin remedio a las perturbaciones religiosas. La llegada de conquistadores latinos a la Italia meridional suscitó la cuestión de la Iglesia griega en la provincia y la antigua disputa entre Constantinopla y Roma sobre la obediencia eclesiástica. Las reformas en Roma habían tenido por efecto la determinación del papado de no tolerar ningún compromiso en cuanto a sus derechos, aunque la sede patriarcal de Constantinopla estaba entonces ocupada por uno de los políticos más agresivos y ambiciosos de la Iglesia griega, Miguel Cerulario. La desdichada historia de la visita de los legados del papa León IX a Constantinopla, en 1054, debería referirse en conexión con toda la serie de relaciones entre las Iglesias oriental y occidental. Terminó con escenas de mutua excomunión, a pesar del intento del Emperador de asegurar un compromiso, y acabó por hacer imposible cualquier cooperación sincera entre Roma y Constantinopla por lo que se refería a las necesidades inmediatas de Italia. Sin embargo, no provocó el cisma final que los historiadores posteriores le han atribuido. Las relaciones políticas entre las cortes imperiales eran tirantes, pero no llegaron a romperse. Cerulario pronto perdió su predicamento. Desairado por la emperatriz Teodora, a la que intentó privar de su herencia, y depuesto por el emperador Isaac, murió en el destierro y sin poder alguno. Pero al final se llevó la victoria. A los ojos de las generaciones posteriores de Bizancio apareció como un campeón de su independencia; e incluso en un momento en que el Emperador y el Papa se cruzaban cartas con renovada cordialidad, la emperatriz Eudocia Macrembolitissa, sobrina suya y cónyuge de Constantino Ducas, refrendó la validez de su doctrina [4].

[3] Los mejores relatos de la infiltración normanda en la Italia meridional y de la conquista del país se hallan en Chalandon, *Histoire de la Domination normande en Italie et en Sicile,* vol. I, caps. II-VII, y Gay, *L'Italie Méridionale et l'Empire Byzantin,* libro V, caps. II-V.

[4] Véase *infra,* págs. 103-105.

A juzgar por los historiadores contemporáneos de Bizancio, la lucha apenas fue advertida por los gobernantes del Imperio. La perturbación en Occidente estaba eclipsada, en su opinión, por los problemas que surgían en Oriente.

La decadencia del Califato abasida no había resultado plenamente satisfactoria para Bizancio. El empobrecimiento creciente del Iraq empezaba a modificar las rutas comerciales del mundo. Los mercaderes del lejano Oriente ya no llevaban sus mercancías a los mercados de Bagdad, desde donde se llevaban muchas al Imperio, para ser transportadas por barco de los puertos de Asia Menor o de Constantinopla a Occidente. Preferían seguir ahora la ruta del mar Rojo a Egipto; y desde Egipto, los mercantes italianos transportaban sus mercancías a Europa. Bizancio ya no se hallaba en la ruta comercial. Más aún, la falta de orden en las provincias extremas del Imperio abasida dio origen al cierre de la vieja ruta de caravanas que iba desde la China, a través del Turkestán y la Persia septentrional, hasta Armenia y el mar en Trebisonda. La otra ruta, que iba hasta el norte del mar Caspio, ya tampoco sería segura por mucho tiempo. Para todo el mundo mediterráneo, desde el punto de vista político tanto como desde el comercial, el poder abasida había sido beneficioso, ya que constituía una barrera exterior contra los bárbaros del Asia central.

Las defensas habían caído. El Asia central podía irrumpir de nuevo sobre los países de la antigua civilización. Los turcos hacía tiempo que habían desempeñado un importante papel en la historia. El Imperio turco del siglo VI había sido, durante su breve vida, una potencia civilizadora y útil al equilibrio en Asia. Los pueblos turcos fronterizos, tales como los khazares judaicos del Volga, o los uigures cristianos nestorianos, afincados posteriormente en la frontera de China, dieron pruebas de adaptación y capacidad para el progreso cultural. Pero en el Turkestán no se produjo ningún avance desde el siglo VII. Se habían desarrollado algunas ciudades a lo largo de las rutas de caravanas, aunque la población turcomana siguió siendo, en su mayoría, de pastores y seminómadas; y su número creciente fomentaba sus deseos continuos de emigrar más allá de sus fronteras. En el siglo X, el Turkestán estaba regido por la dinastía persa de los samanidas, cuyo papel principal en la Historia fue la conversión de los turcos del Asia central al Islam. Desde entonces, las miradas de los turcos se dirigían hacia los países del sudoeste del Asia occidental y el Mediterráneo oriental.

Los samanidas fueron desplazados por el primer turco musulmán de importancia, Mahmud el Gaznevida, quien, durante las primeras décadas del siglo XI, erigió un gran imperio que se extendía desde

Ispahan a Bokhara y Lahore. Entretanto, soldados de fortuna turcos estaban penetrando en todo el mundo musulmán, igual que los normandos penetraban en la Europa cristiana. El califa de Bagdad sostenía regimientos turcos, lo mismo que otros muchos gobernantes musulmanes. Entre los súbditos de los gaznevidas había un clan de turcos *uzos* o *ghuz* de las estepas del Aral, llamados *seléucidas* en recuerdo de un antepasado semimítico. Los príncipes *seléucidas* formaban un grupo de aventureros, desconfiados entre sí, pero unidos para asegurar el progreso de la familia, de suerte que no dejaban de parecerse a los hijos de Tancredo de Hauteville. Pero, más afortunados que los normandos, alejados de sus coterráneos, ellos podían recurrir al apoyo de las numerosas e incansables hordas de turcomanos. Después de la muerte de Mahmud, en 1030, se rebelaron contra los gaznevidas, y hacia 1040 los habían obligado a refugiarse en sus dominios en la India. En 1050, Toghrul Bey, el príncipe mayor de la casa, entró en Ispahan y la convirtió en capital de sus estados, que comprendían Persia y Khorassan, mientras sus hermanos y primos se establecieron en los límites septentrionales, formando una confederación poco consistente que acataba la superior autoridad de aquél y que hacía libremente incursiones por los países limítrofes. En 1055, aceptando la invitación del Califa abasida, que había sido atemorizado por las intrigas de su ministro turco Basasiri con los fatimitas, Toghrul entró en Bagdad como campeón del Islam sunní y fue proclamado rey de Oriente y Occidente, con poder temporal supremo sobre todos los países que debían obediencia espiritual al Califa [5].

Había habido incursiones turcas en Armenia desde la época del reinado de Basilio II, mientras los seléucidas se hallaban aún bajo el gobierno de los gaznevidas; y fue para proteger su Imperio contra los turcos por lo que Basilio había iniciado la política de anexiones parciales de Armenia. Después de que los seléucidas habían conquistado Persia, las incursiones se hicieron más frecuentes. El propio Toghrul Bey tomó parte en una de ellas, en 1054, cuando devastó el campo en torno al lago de Van, pero fracasó en la toma de la fortaleza de Manzikert. Los ejércitos de incursión los mandaban generalmente sus primos Asan e Ibrahim Inal. En 1047 habían sido derrotados por los bizantinos ante Erzerum, y durante los años siguientes se concentraron para atacar a los aliados georgianos del Imperio. En 1052 fue saqueada Melitene. En 1059, las tropas turcas

[5] El mejor resumen de historia turca primitiva se halla en el artículo «Turks», de Barthold, en la *Encyclopaedia of Islam.* Véase también el artículo «Seljuks», de Houtsma, en la *Encyclopaedia Britannica,* 11.ª ed. Para Mahmud el Gaznevida, véase Barthold, *Turkestán down to the Mongol Invasion,* páginas 18 y siguientes.

avanzaron por primera vez hasta el corazón del territorio imperial, la ciudad de Sebastea[6].

Toghrul Bey murió en 1063. El mismo no se había interesado demasiado por su frontera del Noroeste. Pero su sobrino y sucesor, Alp Arslan, preocupado por una posible alianza entre bizantinos y fatimitas, procuró protegerse de los primeros, mediante la conquista de Armenia, antes de proseguir su principal objetivo contra estos últimos. Se intensificaron las incursiones contra el Imperio. En 1064 fue destruida la antigua capital armenia de Ani; y el príncipe de Kars, el último gobernante autónomo de Armenia, entregó muy satisfecho sus posesiones al Emperador a cambio de tierras en las montañas del Tauro. Gran número de armenios le siguió a su nueva patria. A partir de 1065 fue atacada, cada año, la gran fortaleza fronteriza de Edesa; pero los turcos no eran aún expertos en la guerra de sitio. En 1066 ocuparon los pasos de los montes Amánicos, y en la primavera siguiente saquearon la metrópoli de Capadocia, Cesarea. Después, durante el invierno, los ejércitos bizantinos fueron derrotados en Melitene y en Sebastea. Estas victorias otorgaron a los turcos el pleno dominio de Armenia. Durante los años siguientes, hicieron incursiones profundas en el Imperio, hasta Neocesarea y Amorium en 1068, hasta Iconium en 1069 y en 1070 hasta Chonae, cerca de la costa egea[7].

El gobierno imperial se vio obligado a actuar. Constantino X, cuya política de reducir las fuerzas armadas fue en gran parte responsable de una situación tan seria, murió en 1067, dejando un hijo joven, Miguel VII, bajo la regencia de la emperatriz madre, Eudocia. Al año siguiente, Eudocia se casó con el general en jefe Romano Diógenes, al que elevó al trono. Romano era un soldado notable y un sincero patriota; pero la tarea que le esperaba requería un hombre de carácter. Comprendió que la seguridad del Imperio exigía la reconquista de Armenia. Pero el ejército bizantino ya no era la fuerza espléndida que había sido cincuenta años antes. Las tropas provinciales eran insuficientes para proteger sus propios distritos contra los invasores; no podían distraer tropas para las campañas del Emperador. Las familias nobles, que podían haber sacado hombres de sus propiedades, estaban recelosas y se mantenían a distancia. Los regimientos de caballería, que contarían con unas sesenta mil unidades, y que habían patrullado a lo largo de la frontera siria hasta me-

[6] Laurent, *Byzance et les Turcs Seldjoucides,* págs. 16-24; Cahen, «La première pénétration turque en Asie Mineure», págs. 5-21, en *Byzantion,* vol. XVIII. Véase también Mukrimin Halil, *Türkiye Tarihi,* vol. I, *Anadolun Fethi, passim.*

[7] Laurent, *op. cit.,* págs. 4-6; Cahen, *op. cit.,* págs. 21-30.

diados del siglo, habían sido licenciados. Las guardias imperiales, anatolianos escrupulosamente escogidos y perfectamente entrenados, estaban ahora muy por bajo de su antigua fuerza. El grueso del ejército constaba en aquel momento de mercenarios extranjeros: los escandinavos de la guardia varega, los normandos y francos de la Europa occidental, los eslavos del Norte y los turcos de las estepas de la Rusia meridional: pechenegos, cumanos y guzos. Aparte de estos elementos, Romano reunió una fuerza de cerca de cien mil hombres, de los cuales tal vez la mitad eran bizantinos de nacimiento, aunque sólo unos pocos de ellos eran soldados profesionales y ninguno estaba bien equipado. De los mercenarios, el contingente mayor era el de los turcos cumanos, bajo el mando de José Tarchaniotes, turco de nacimiento. El cuerpo escogido lo constituía la caballería pesada franca y normanda, mandada por el normando Roussel de Bailleul. Los anteriores jefes francos que estuvieron al mando del cuerpo, Hervé y Crispín, habían sido depuestos sucesivamente por flagrante traición; pero estos soldados sólo querían servir si estaban a las órdenes de un compatriota. El jefe supremo bizantino, bajo el mando del Emperador, era Andrónico Ducas, sobrino del Emperador difunto, y, como toda su familia, enemigo implacable de Romano, que no se atrevió a dejarle en la retaguardia, en Constantinopla. Con este enorme ejército, aunque poco de fiar, partió Romano en la primavera de 1071 para reconquistar Armenia. Cuando salía de la capital llegaron nuevas de Italia: Bari, la última posesión bizantina en la península, había caído en poder de los normandos.

Los cronistas refieren, con trágico detalle, la marcha hacia Oriente del Emperador por la gran calzada militar bizantina. Su intención era ocupar las fortalezas armenias y situar en ellas guarniciones antes de que el ejército turco pudiese acudir desde el Sur. Alp Arslan estaba en Siria, cerca de Alepo, cuando tuvo noticia del avance bizantino. Comprendió que el desafío era vital; y se apresuró a avanzar hacia el Norte, al encuentro del Emperador. Romano entró en Armenia, a lo largo del brazo meridional del Eufrates superior. Cerca de Manzikert dividió sus fuerzas. El mismo se dirigió a Manzikert, mientras enviaba a sus francos y cumanos para cubrir la fortaleza de Akhlat, en las riberas del lago de Van. En Manzikert recibió noticias de que Alp Arslan se acercaba, y giró hacia el Sudoeste para reunir su ejército antes de que estuvieran encima los turcos. Pero, olvidando el principio básico de la táctica bizantina, dejó de enviar escuchas por delante. El viernes 19 de agosto, cuando acampaba en un valle, en el camino de Akhlat, esperando a sus mercenarios, Alp Arslan cayó sobre él. Sus mercenarios nunca acudieron a socorrerle. Los cumanos, recordando que eran turcos y que les adeudaban bas-

tantes soldadas, se pasaron todos, como un solo hombre, al enemigo, la noche anterior; y Roussel y sus francos decidieron no tomar parte en la batalla. El resultado de ésta no tardó mucho tiempo en decidirse. Romano se batió valerosamente; pero Andrónico Ducas, comprendiendo que la causa estaba perdida y suponiendo que el acto siguiente del drama se representaría en Constantinopla, alejó del campo de batalla a las tropas de reserva, que estaban bajo su mando, y marchó con ellas en dirección oeste, abandonando al Emperador a su suerte. Al atardecer, el ejército bizantino se hallaba destruido, y Romano, herido, había caído prisionero [8].

[8] La versión más completa y con referencias más exactas es la de Cahen, «La Campagne de Mantzikert d'après les Sources Mussulmanes», en *Byzantion*, vol. IX, págs. 613-42. Véase también Laurent, *op. cit.*, pág. 43 y n. 10. La estrategia y la táctica de la batalla están bien descritas en Oman, *History of the Art of War*, págs. 217-19. Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst*, vol. III, pág. 206, y Lot, *L'Art Militaire et les Armées du Moyen Age*, vol. I, págs. 71-2, se burlan de Oman por aceptar las cifras enormes dadas por los cronistas orientales para la fuerza del ejército de Romano IV —de 100.000 hombres en adelante—, pero el ejército fue sin duda excepcionalmente numeroso; únicamente, como ha señalado Laurent, *op. cit.*, págs. 45-59, debido a las restricciones impuestas al ejército por Constantino X, su equipo era inadecuado y la proporción de soldados bien preparados muy escasa.

Capítulo 5
CONFUSION EN ORIENTE

«Aunque hubiesen alquilado a las naciones, ahora los he de hacer pedazos, para que cesen por un poco de tiempo de ungir reyes y príncipes.»

(Oseas, 8, 10.)

La batalla de Manzikert fue el desastre más decisivo en la historia de Bizancio. Los bizantinos, por su parte, no se hicieron ninguna ilusión sobre el particular. Sin cesar aluden sus historiadores a ese día espantoso. A los cruzados posteriores les parecía que los bizantinos se habían jugado en el campo de batalla el título de protectores de la Cristiandad. Manzikert justificaba la intervención de Occidente [1].

Los turcos sacaron poco provecho inmediato de su victoria. Alp Arslan había conseguido su objetivo. Su flanco estaba ahora seguro, y había alejado el peligro de una alianza bizantino-fatimita. Todo lo que exigió del Emperador cautivo fue la evacuación de Armenia y un fuerte rescate por su persona. Después partió para la campaña de Transoxiana, donde murió en 1072. Tampoco su hijo y sucesor, Ma-

[1] Guillermo de Tiro, 1, 2, vol. I, pág. 29, consideraba que el desastre justificaba el movimiento de las Cruzadas, ya que Bizancio no podía seguir protegiendo a la Cristiandad oriental. Delbrück, *loc. cit.*, considera que se ha exagerado la importancia de la batalla; pero es evidente, como prueba de sus efectos, que el Imperio tardó muchos años en poder poner en pie de guerra un ejército eficaz. Véase Laurent, *loc. cit.*

lik Shah, cuyo Imperio se extendía desde el Mediterráneo hasta los límites de China, emprendería la invasión del Asia Menor. Pero sus súbditos turcomanos estaban en movimiento. No había querido asentarlos en las antiguas tierras del Califato; sin embargo, las llanuras centrales de Anatolia, despobladas y convertidas en pastos de ovejas por los magnates bizantinos, eran perfectamente adecuadas para ellos. Encomendó a su primo, Suleiman ibn Kutulmish, la tarea de conquistar el país para el pueblo turco [2].

Los mismos bizantinos facilitaron la conquista. Los veinte años siguientes de su historia transcurrieron en una maraña de rebeliones e intrigas. Cuando llegaron a Constantinopla las noticias del desastre y de la cautividad del Emperador, su hijastro, Miguel Ducas, se declaró mayor de edad y se hizo cargo del gobierno. La llegada de su primo Andrónico con los restos del ejército afirmó su posición. Miguel VII era un joven inteligente y cultivado, que en tiempos más propicios hubiera sido un valioso monarca. Pero los problemas que tuvo que afrontar exigían un hombre de mucha más talla. Romano Diógenes volvió de la cautividad para encontrarse ya depuesto. Intentó luchar para recobrar su posición, pero fue fácilmente derrotado y conducido como prisionero a Constantinopla. Allí le sacaron los ojos de manera tan salvaje que murió pocos días después. Miguel no podía exponerse a dejarle con vida; pero los poderosos parientes de Romano y los amigos que su gallardía le había granjeado estaban escandalizados y furiosos por la brutalidad de su fin. Su resentimiento no tardó en manifestarse en forma de traición [3].

Las invasiones turcas del Asia Menor empezaron en serio en 1073. No eran coherentes ni uniformes. Suleiman deseaba establecer un sultanato tranquilo que pudiese gobernar bajo la soberanía de Malik Shah. Pero había príncipes turcos menores, hombres como Danishmend, Chaka o Menguchek, cuyo deseo era ocupar tal o cual ciudad o fortaleza que pudieran gobernar en calidad de capitanes de bandoleros sobre la población que buenamente encontraran. Tras

[2] Artículo «Suleiman ben Qutulmush», de Zettersteen, en la *Encyclopaedia of Islam;* Laurent, *op. cit.,* págs. 9-11; Cahen, «La première pénétration turque», en *Byzantion,* vol. XVIII, págs. 31-2. Véase también Wittek, «Deux Chapitres de l'Histoire des Turcs de Roum», en *Byzantion,* vol. XI, págs. 285-319. Para la cuestión de los turcomanos, véase Ramsay, «Intermixture of Races in Asia Minor», en *Proc. Brit. Acad.,* vol. VII, págs. 23-30, y Yakubovsky, «La invasión seléucida y los turcomanos en el siglo XI» (en ruso), en *Proc. Acad. Sci. U. S. S. R.,* 1936.

[3] La principal fuente original para este enmarañado período en la historia bizantina es Nicéforo Brienio, que lo describe con todo detalle. Resúmenes modernos en Diehl y Marçais, *op. cit.,* págs. 554 y sigs., y Ostrogorsky, *op. cit.,* págs. 243-7.

ellos, dando a la invasión su plena fuerza, venían los nómadas turcomanos, que viajaban con pocas armas, con sus caballos, sus tiendas y sus familias, hacia las altiplanicies. Los cristianos huían de ellos, abandonando sus poblados a las llamas, y sus rebaños y hatos, que eran recogidos por los invasores. Los turcomanos eludían las ciudades, pero su presencia y la destrucción causada interrumpieron las comunicaciones a través del país, obligaron a los gobernadores provinciales a estar aislados y permitieron a los jefes turcos realizar sus anhelos. Constituían el elemento que haría imposible cualquier intento bizantino de reconquista [4].

El emperador Miguel había intentado oponerse al avance turco. La astuta traición de Roussel de Bailleul permitió al regimiento franco-normando sobrevivir al desastre de Manzikert. A pesar de lo poco digno de confianza que había resultado Roussel, Miguel tuvo que recurrir a sus servicios. Le agregó un pequeño ejército nativo, al mando del joven Isaac Comneno, sobrino del anterior Emperador. La elección de Isaac fue hábil. El y su hermano Alejo, que le acompañaba, pertenecían a la familia que más decididamente odiaba al clan de los Ducas; mas, a pesar de las incitaciones de su madre, permanecieron leales a Miguel durante su reinado, y ambos dieron pruebas de valor como generales. Pero la lealtad de Isaac quedó anulada por la perfidia de Roussel. Antes de que el ejército bizantino hubiese encontrado a los turcos, Roussel y sus tropas rompieron su compromiso. Isaac, atacado por turcos y francos, que le sobrepasaban abrumadoramente en número, cayó prisionero de los seléucidas.

Roussel descubrió ahora sus intenciones. Encandilado por el ejemplo de sus compatriotas en el sur de Italia, proyectó fundar un estado normando en Anatolia. Sólo llevaba consigo a tres mil hombres; pero le eran completamente leales y estaban bien equipados y entrenados. Hombre por hombre, podía derrotar a cualquier soldado bizantino o turco. Al Emperador, Roussel le parecía ahora un enemigo más peligroso que los turcos. Arañando de aquí y allá para reunir tropas, las envió a su encuentro bajo el mando de su tío, el césar Juan Ducas. Roussel se enfrentó con ellas cerca de Amorium y las derrotó fácilmente, haciendo prisionero al césar. Para revestir su acción como una excusa legal, proclamó emperador a su involuntario prisionero y marchó sobre Constantinopla. Llegó a la costa asiática del Bósforo sin ningún obstáculo, prendiendo fuego al suburbio de Chrysópolis (Scutari) y acampando en medio de sus ruinas. En su desesperación, Miguel acudió al único poder capaz de auxiliar-

[4] Véase pág. 75, n. 2 (referencias).

le. Envió una embajada al sultán seléucida, Suleiman. Este, con la aprobación de su soberano, Malik Shah, le prometió ayuda a cambio de la cesión de las provincias orientales de Anatolia que ya había ocupado. Roussel regresó para combatirle; pero sus tropas fueron cercadas por los turcos en el monte Sofón, en Capadocia. El, por su parte, con unos pocos hombres, consiguió huir y refugiarse en Amasea, más al Nordeste. Miguel envió después a Alejo Comneno para tratar con él. Alejo logró privarle del apoyo del principal capitán turco de las proximidades y le indujo a rendirse. Pero Roussel había sido tan eficiente y popular en su gobierno, que los ciudadanos de Amasea sólo abandonaron sus intentos de socorrerle cuando supieron que iba a ser cegado. En realidad, Alejo no se sentía capaz por sí mismo de llevar a cabo la mutilación; y el encanto personal del normando era tan grande que incluso el Emperador se alegró cuando supo que no había sufrido tal ignominia [5].

Roussel desaparece de la historia. Sin embargo, el episodio dejó su huella en los bizantinos. Les enseñó que los normandos no eran de fiar, que su ambición no se limitaba a las costas de Italia meridional, sino que deseaban fundar también principados en Oriente. Sería difícil explicar la política bizantina de veinte años más tarde. Entretanto, los normandos se desanimaron de entrar en el servicio imperial, e incluso sus hermanos de raza, los escandinavos, tenían reservas de hacerlo. La guardia varega fue reclutada, desde entonces, entre un pueblo que había sido víctima de los normandos, los anglosajones de Bretaña [6].

El temor a los normandos y la necesidad constante de utilizar mercenarios extranjeros impulsó a Miguel a adoptar una política de apaciguamiento hacia Occidente. La pérdida de la Italia meridional era irreparable; ni siquiera podía pretender proseguir la guerra en esa región. El embajador que envió para concertar la paz con los normandos, Juan Italo, un filósofo italiano de nacimiento, fue considerado por muchos bizantinos como traidor a los intereses del Imperio. Pero Miguel estaba satisfecho, y, sabedor del deseo de la flamante casa de Hauteville de hacer grandes alianzas matrimoniales, propuso que la hija de Guiscardo, Elena, fuese enviada como prometida de Constantino, su hijo menor. Por la misma época buscó y logró la

[5] La carrera de Roussel está narrada por Brienio, págs. 73-96, y Attaliates, págs. 183 y ss. Véase Schlumberger, «Deux Chefs normands», en *Revue Historique*, vol. XVI.

[6] Para los ingleses en la guardia varega, véase Vasilievsky, *Obras* (en ruso), vol. I, págs. 355-77; Vasiliev, «Opening Stages of the Anglo-Saxon Immigration to Byzantium», en *Seminarium Kondakovianum*, vol. IX, págs. 39-70.

amistad cordial del gran papa Gregorio VII. Su política consiguió mantener la paz en la frontera occidental[7].

Sin embargo, en Anatolia la confusión iba en aumento. El gobierno imperial perdía el dominio; y aunque algunos pocos generales fieles, tales como Isaac Comneno, entonces al mando de Antioquía, mantenían la autoridad del Emperador, las comunicaciones estaban interrumpidas y no existía una política coherente. Al fin, en 1078, se sublevó Nicéforo Botaniates, gobernador de la gran provincia de Anatolia, en el Asia Menor occidental central, en parte por ambición personal y en parte por legítima desesperación ante la debilidad del gobierno de Miguel. Pero Nicéforo era un general sin ejército. Para conseguir las fuerzas que necesitaba, alistó bajo su estandarte a gran número de turcos y los utilizó para guarnecer las ciudades que iba ocupando en su marcha sobre la capital: Cizico, Nicea, Nicomedia, Calcedonia y Crisópolis. Por primera vez las hordas turcas se hallaban dentro de las grandes ciudades de la Anatolia occidental. No eran más que mercenarios del nuevo Emperador; pero no le resultaría fácil desalojarlos. Miguel no ofreció resistencia. Cuando Nicéforo entró en la capital, se retiró a un monasterio. Allí encontró su verdadera vocación. Mas afortunado que la mayoría de los emperadores depuestos, a los pocos años, y sólo debido a sus méritos, había ascendido a una sede archiepiscopal. Su mujer abandonada, la caucasiana María de Alania, la más encantadora princesa de sus tiempos, ofreció prudentemente su mano al usurpador.

Nicéforo encontró más fácil la vida del rebelde que la del gobernante. Otros generales siguieron su ejemplo. En el oeste de los Balcanes, Nicéforo Brienio, el gobernador de Dirraquio, se proclamó emperador y atrajo a su causa a los soldados de las provincias europeas. Alejo Comneno fue enviado contra él con una exigua fuerza de soldados griegos, poco entrenados, y francos, que, como de costumbre, desertaron. Sólo gracias a la oportuna llegada de algunos mercenarios turcos pudo derrotar a Brienio. Apenas concluida esta campaña, Alejo tuvo que marchar a Tesalia para sofocar otra rebelión, la de Basilacio. Entretanto, se sublevó la guarnición turca de Nicea. El papa Gregorio, al conocer la caída de su aliado Miguel, excomulgó al nuevo Emperador; y Roberto Guiscardo, animado por el Papado y furioso por la ruptura del compromiso matrimonial de su hija, proyectó atravesar el Adriático. En mayo desembarcó con todas sus fuerzas en Avlona y marchó sobre Dirraquio. A principios de aquella misma primavera, el general en jefe de Asia, Nicéforo

[7] Chalandon, *op. cit.*, vol. I, págs. 264-5; Gay, *Les Papes du XI*[e] *Siècle*, págs. 311-12.

Meliseno, se sublevó y concertó una alianza con el sultán turco Suleiman; gracias a ella Suleiman pudo avanzar sin inconvenientes hasta Bittinia, donde las guarniciones turcas que había dejado Botaniates le dieron la bienvenida. Cuando Meliseno fracasó en la conquista de Constantinopla, Suleiman se negó a devolver las ciudades que había ocupado. En lugar de ello, se estableció en Nicea; y Nicea, una de las ciudades más veneradas de la Cristiandad, situada a unas cien millas de Constantinopla, se convirtió en la capital del sultanato turco.

En Constantinopla, el emperador Nicéforo perdió la única oportunidad de seguir en el trono al reñir con la familia de los Comneno. Isaac y Alejo le habían servido lealmente, esperando conservar su gracia por una íntima amistad con la emperatriz, cuya prima se había casado con Isaac y cuyo amante se creía que era Alejo. Pero ella no podía vigilar las intrigas cortesanas que volvieron a Nicéforo contra ellos. Por razones de defensa propia, los hermanos se vieron obligados a la rebelión; y Alejo, reconocido por su familia como el más capacitado de ambos, se proclamó emperador. Nicéforo cayó tan fácilmente como había caído el Emperador destronado por él. Por consejo del patriarca se retiró, fatigado y humillado, para acabar sus días como monje [8].

Alejo Comneno reinaría durante treinta y siete años y demostraría ser el político más perspicaz de su tiempo. Pero en 1081 parecía evidente que ni él ni su Imperio podrían sobrevivir. Era un hombre joven, seguramente de menos de treinta años de edad, aunque había tenido muchos años de experiencia como general, casi siempre general con pocas tropas, y sus éxitos dependieron más de su destreza y diplomacia. Su presencia era impresionante; no era alto, aunque sí de buena constitución y digno porte. Gracioso y sencillo de modales, era notable su dominio de sí mismo; sin embargo, sabía unir una amabilidad auténtica a una cínica disposición para recurrir a la astucia y al terror si lo exigían los intereses del país. Tenía pocas ventajas, aparte de sus cualidades personales y la lealtad de sus tropas. Su familia, con conexiones que se ramificaban por toda la aristocracia bizantina, le había ayudado indudablemente a alcanzar el poder; y él había contribuido a fortalecer su posición al casarse con una dama de los Ducas. Pero las intrigas y envidias de sus parientes, especialmente el odio que su dominante madre cobró a su esposa y a todo su clan, no hicieron más que complicar sus problemas. La corte estaba llena de personas de familias imperiales ante-

[8] El mejor resumen del reinado de Botaniates se halla en Chalandon, *Essai sur le Règne d'Alexis Comnène*, págs. 35-50.

riores o de familias de usurpadores presuntos, a las que Alejo procuraba vincular a sí mediante alianzas matrimoniales. Estaba la emperatriz María, desesperadamente celosa de la nueva emperatriz, Irene; y el hijo de María, Constantino Ducas, a quien convirtió en su compañero más joven y pronto casó con su primogénita, Ana; estaban los hijos de Romano Diógenes, a uno de los cuales eligió para esposo de su hermana Teodora; estaba el hijo de Nicéforo Brienio, quien casó con Ana Comneno después de la prematura muerte de Constantino Ducas; estaba Nicéforo Meliseno, ya casado con su hermana Eudocia, que renunció a sus pretensiones al Imperio en favor de su cuñado a cambio del título de césar. Sobre todos ellos, Alejo tenía que estar ojo avizor, calmando sus disputas y previniendo su traición. Creó un complejo sistema de títulos para satisfacer sus pretensiones. La nobleza y los altos cargos administrativos tampoco eran dignos de confianza. Alejo descubría incesantemente conspiraciones contra su gobierno y estaba en constante riesgo de ser asesinado. Tanto por razones políticas como por temperamento, era benévolo en sus castigos; y esta clemencia y la prudente previsión de todos sus actos son lo más saliente de su reinado, teniendo en cuenta la inseguridad personal en la cual se desarrolló toda su vida [9].

La situación del Imperio en 1081 era tal que solamente un hombre de gran valor o de gran estupidez podía haberse hecho cargo de su gobierno. No quedaba ningún dinero en las arcas. Los emperadores recientes habían sido pródigos; la pérdida de Anatolia y las rebeliones en Europa disminuyeron lamentablemente los ingresos; el antiguo sistema de recaudación de impuestos se había derrumbado. Alejo no era un financiero; sus métodos hubiesen horrorizado a un economista moderno. Mas de una u otra manera, gravando con impuestos hasta el límite máximo a sus súbditos, lanzando empréstitos obligatorios y confiscando la propiedad de los magnates y de la Iglesia, castigando más con multas que con prisión, vendiendo privilegios y desarrollando la actividad cortesana, consiguió hacer frente a los pagos de una vasta organización administrativa y rehacer el ejército y la flota, y al mismo tiempo pudo sostener una suntuosa corte y obsequiar con regalos espléndidos a súbditos leales y a enviados y príncipes que le visitaban. Porque comprobó que en Oriente el prestigio depende totalmente del esplendor y la magnificencia. La tacañería es el único pecado imperdonable. Pero Alejo era culpable de

[9] Ana Comneno describe el aspecto personal de su padre en términos halagüeños en la *Alexiada,* III, ii, 5, vol. I, págs. 106-7. Su carácter está resumido en Chalandon, *op. cit.*, págs. 51-2. El anónimo *Synopsis Chronicon*, que no siempre está a su favor, le llama «μεγαλόβουλος καὶ μεγαλουργός», «grande en voluntad y en acción» (pág. 185).

dos grandes errores. A cambio de una ayuda inmediata dio ventajas comerciales a mercaderes extranjeros, en perjuicio de sus propios súbditos, y en un momento crucial desbarató el sistema monetario imperial, sistema que, durante siete siglos, había creado la única moneda estable en un mundo caótico.

En los asuntos extranjeros la situación era aún más desesperada, suponiendo que «extranjero» fuera un epíteto aún aplicable; pues por todas partes los enemigos habían penetrado profundamente en el interior del Imperio. En Europa, el Emperador mantenía un poder precario sobre la península balcánica; pero los eslavos de Servia y Dalmacia se habían sublevado. La tribu turca de los pechenegos, merodeando al otro lado del Danubio, continuamente cruzaba el río para hacer correrías. Y en Occidente, Roberto Guiscardo y los normandos habían ocupado Avlona y estaban asediando Dirraquio. En Asia, casi nada le quedaba ya a Bizancio, excepto el litoral del mar Negro, unas pocas ciudades aisladas en la costa sur y la gran metrópoli fortificada de Antioquía; pero las comunicaciones con los centros más alejados eran inseguras y escasas. Varias ciudades en el interior se hallaban aún en poder de los cristianos, si bien sus autoridades estaban completamente desconectadas del gobierno central. La mayor parte del país estaba en manos del sultán seléucida Suleiman, que gobernaba, desde Nicea, los territorios que se extendían desde el Bósforo a la frontera siria; pero su Estado no tenía una administración organizada ni fronteras definidas. Otras ciudades estaban en poder de príncipes turcos de menor importancia, algunos sujetos a la soberanía de Suleiman, aunque la mayoría de ellos no reconocía más señor que Malik Shah. De éstos eran los más importantes la casa de Danishmend, que poseía ahora Cesarea, Sebastea y Amasea; Menguchek, el señor de Erzindjan y Colonea, y, el más peligroso de todos, el aventurero Chaka, que había ocupado Esmirna y el litoral egeo. Los jefes turcos habían establecido una especie de tranquilidad en torno a sus ciudades principales; pero el campo era víctima de las correrías de las hordas nómadas de turcomanos, mientras la confusión aumentaba por la presencia de grupos de refugiados griegos y armenios. Gran número de cristianos fue adoptando el Islam y quedó gradualmente absorbido por la raza turca. Algunas comunidades griegas siguieron viviendo en las zonas montañosas; y los turcos cristianos, establecidos algunos siglos antes alrededor de Cesarea, en Capadocia, conservaron sus características y su religión hasta la época moderna. Pero la población griega, en su mayoría, se abrió camino, lo mejor que pudo, hacia las costas del mar Negro y el Egeo [10].

[10] Para los pechenegos, véase Vasilievsky, *Obras* (en ruso), vol. I, págs. 38 y siguientes. Para Suleiman, véase *art. cit.* en la *Encyclopaedia of Islam,* y el

La emigración de los armenios fue más cauta y tranquila. Los diversos príncipes armenios desposeídos por los bizantinos habían recibido señoríos en Capadocia, especialmente en el Sur, hacia las montañas del Tauro. Muchos de sus secuaces les habían acompañado, y, cuando las invasiones seléucidas empezaron en serio, un continuo torrente de armenios abandonó sus hogares para unirse a estas nuevas colonias, hasta que casi la mitad de la población de Armenia se hallaba en movimiento hacia el Sudoeste. La penetración turca en Capadocia les empujó hacia las montañas del Tauro y del Antitauro, y se extendieron por el valle del Eufrates medio, al cual aún no habían llegado los turcos. Las regiones que habían abandonado se llenaron pronto, no de turcos, sino de kurdos musulmanes procedentes de las colinas de Asiria y del noroeste del Irán. El último príncipe armenio de la vieja dinastía bagrátida, dinastía que se adjudicaba, con orgullo, el descender de David y Bethsabé, fue muerto en 1079 por orden de los bizantinos, después de haber asesinado él, de manera particularmente terrible, al arzobispo de Cesarea; a consecuencia de todo ello, uno de sus parientes, llamado Roupen, se rebeló contra el Imperio y se estableció en las colinas del noroeste de Cilicia. Por la misma época, otro capitán, Oshin, hijo de Hethoum, fundó un señorío parecido un poco más al Oeste. Tanto la dinastía roupeniana como la hethoumeniana desempeñarían su papel en la historia posterior; pero por entonces Roupen y Oshin fueron eclipsados por el armenio Vahram, al que los griegos llamaban Filareto.

Filareto estuvo al servicio de los bizantinos y había sido nombrado, por Romano Diógenes, gobernador de Germanicea (Marash). Cuando Romano cayó, se negó a reconocer a Miguel Ducas y se declaró independiente. Durante el caos del reinado de Miguel conquistó las principales ciudades de Cilicia, Tarso, Mamistra y Anazarbo. En 1077 uno de sus lugartenientes, después de un sitio de seis meses, tomó Edesa a los bizantinos. En 1078 los ciudadanos de Antioquía, cuyo gobernador, el sucesor de Isaac Comneno, acababa de ser asesinado, pidieron a Filareto que ocupara la ciudad para librarse de los turcos. Sus dominios se extendían ahora desde Tarso hasta los campos de más allá del Eufrates, y Roupen y Oshin se convirtieron

artículo «Izniq», en *ibid.*, de Honigmann. Para los Danishmend, véase el artículo «Danismend», de Mukrimin Halil, en la *Islam Ansiklopedisi* turca, y Cahen, «La première pénétration turque», *op. cit.*, págs. 46-7, 58-60. Para Menguchek, véase el artículo «Menguchek», de Houtsma, en la *Encyclopaedia of Islam*. Para Chaka, que sólo nos es conocido a través de Ana Comneno, *Alexiada*, VII, viii, 1-8, vol. II, págs. 110-16; para su carrera inicial, véase el artículo «Izmir», de Mordtmann, en la *Encyclopaedia of Islam*. Para la población indígena, véase Bogiatzides, Ἱστορικαὶ Μελέται vol. I, parte I, *passim*, y Köprülü, *Les Origines de l'Empire Ottoman*, págs. 48 y ss.

en sus vasallos. Pero se sentía inseguro. Al contrario que la mayoría de sus contemporáneos, él era ortodoxo, y no deseaba separarse por completo del Imperio. Al abdicar Miguel, anunció su lealtad a Nicéforo Botaniates, que le dejó como gobernador de las tierras que había conquistado. También reconoció a Alejo, pero tomó la precaución de rendir una especie de homenaje a los señores árabes de Alepo [11].

Alejo, al subir al trono, tuvo que decidir contra cuál de sus enemigos tendría que emprender la primera campaña. Estimando que los turcos sólo podrían ser rechazados a costa de un largo y sostenido esfuerzo, para el que no se consideraba aún preparado, y que entretanto ellos lucharían probablemente entre sí, resolvió que era más urgente anular el ataque normando. Le llevó más tiempo del que había pensado. En el verano de 1081, Roberto Guiscardo, acompañado por su esposa amazona, Sigelgaita de Salerno, y por su hijo mayor, Bohemundo, puso sitio a Dirraquio. En octubre, Alejo, con un ejército que tenía como regimiento principal a la guardia varega anglosajona, partió para auxiliar a la fortaleza. Pero allí, igual que en Hastings, cincuenta años antes, los anglosajones no fueron enemigo para los normandos. Alejo fue resueltamente batido. Dirraquio resistió el invierno, hasta febrero de 1082, y su caída permitió a Roberto, por primera vez, marchar a lo largo de la gran calzada principal, la Vía Ignacia, hacia Constantinopla. Los asuntos italianos le obligaron en seguida a regresar a su capital; pero dejó el ejército, al mando de Bohemundo, para asegurar Macedonia y Grecia. Bohemundo derrotó dos veces a Alejo, que tuvo que pedir hombres a los turcos y barcos a los venecianos. Mientras éstos interrumpían las comunicaciones de los normandos, los primeros permitieron al Emperador reconquistar Tesalia. Bohemundo se retiró a Italia en 1083, pero volvió al año siguiente con su padre, y destruyó la flota veneciana en aguas de Corfú. La guerra no concluyó hasta que Roberto murió en Cefalonia, en 1085, y sus hijos empezaron a disputarse la herencia paterna [12].

Al fin quedó restablecida la autoridad del Emperador sobre las provincias europeas; pero durante estos cuatro años se habían perdido las provincias orientales. Filareto se vio fatalmente envuelto en las intrigas turcas. A principios de 1085 Antioquía fue entregada por

[11] Laurent, *op. cit.*, págs. 81 y sigs.; *idem*, «Des Grecs aux Croisés», páginas 368-403; Grousset, *Histoire des Croisades*, págs. xl-xliv. La carrera de Filareto nos es conocida sobre todo a través del relato hostil dado por Mateo de Edesa (II, cvi y sigs., págs. 172 y sigs.), que le odiaba por ser cristiano ortodoxo.

[12] Para la guerra normanda, véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 58-94.

su hijo al sultán Suleiman, juntamente con las ciudades de Cilicia. Edesa cayó en 1087 en manos de un capitán turco, Buzan, aunque fue recuperada después, en 1094, por el armenio Thoros, que había sido vasallo de Malik Shah y que mantuvo inicialmente el orden con una guarnición turca en la ciudadela. Melitene, entretanto, fue ocupada por otro armenio, Gabriel, suegro de Thoros, que, como éste, pertenecía al rito ortodoxo. Las disputas entre las iglesias ortodoxa, jacobita y armenia aumentaron el desorden en toda la Siria septentrional. Para los armenios, la decadencia del poder bizantino era motivo de regocijo. Preferían el gobierno de los turcos [13].

En la Siria meridional la dominación seléucida era ahora completa. Desde que Toghrul Bey entró en Bagdad en 1055, había estado amenazada la posesión de Siria por los fatimitas, y una alarma y ansiedad crecientes en esas zonas dieron como resultado el desorden y algunas pequeñas rebeliones. Cuando, en 1056, los funcionarios fronterizos bizantinos en Laodicea se negaron a permitir que el obispo de Cambrai siguiese hacia el Sur su peregrinación, las razones no se debían, como sospechaban los occidentales, a mostrarse precisamente descorteses hacia un latino (si bien existiría tal vez una prohibición contra peregrinos normandos); es que sabían que Siria no ofrecía seguridad para viajeros cristianos. La experiencia de los obispos alemanes que, ocho años después, insistieron en cruzar la frontera en contra del consejo de los nativos, demuestra que los funcionarios bizantinos tenían razón [14].

En 1071, el año de Manzikert y de la caída de Bari, un aventurero turco, Atsiz ibn Abaq, nominalmente vasallo de Alp Arslan, conquistó Jerusalén sin lucha y pronto ocupó toda Palestina hasta la fortaleza fronteriza de Ascalón. En 1075 se apoderó de Damasco y del Damasquinado. En 1076, los fatimitas recuperaron Jerusalén, de donde los desalojó nuevamente Atsiz después de un sitio de varios meses y de una matanza de los habitantes musulmanes. Solamente los cristianos, seguros dentro de su barrio amurallado, se salvaron. A pesar de esto, los fatimitas no tardaron en rehacerse para atacar a Atsiz en Damasco, y éste se vio obligado a pedir ayuda al príncipe seléucida Tutush, hermano de Malik Shah, que intentaba, con la aprobación del monarca, crearse un sultanato en Siria. En 1079, Tutush había asesinado a Atsiz, y se convirtió en el único gobernante de un estado que se extendía desde Alepo, aún regida por la dinastía árabe, hasta los límites de Egipto. Tutush y su lugarteniente Ortoq, gobernador de Jerusalén, parecen haber proporcionado

[13] Laurent, «Des Grecs aux Croisés», págs. 403-10 (referencia); también el artículo «Malatya», de Honigmann, en la *Encyclopaedia of Islam.*

[14] Véase *supra,* pág. 60, notas 29, 30.

un gobierno de orden. No existía una animosidad especial y manifiesta contra los cristianos, aunque el patriarca ortodoxo de Jerusalén pasó, al parecer, la mayor parte del tiempo en Constantinopla, donde su colega de Antioquía fijó entonces su residencia [15].

En 1085, el emperador Alejo, libre del peligro normando, dirigió su atención hacia el problema turco. Hasta entonces, sólo gracias a incesantes intrigas, enfrentando a un príncipe turco contra otro, había podido tenerlos en jaque. Ahora, combinando la diplomacia con una exhibición de fuerza consiguió un tratado que devolvía al Imperio la Nicomedia y las costas de Anatolia, en el mar de Mármara. Al año siguiente, su paciencia aún obtuvo una recompensa mayor. Suleiman ibn-Kutulmish, que había tomado Antioquía, avanzó sobre Alepo, cuyo gobernador árabe recurrió a Tutush para que le salvara. En una batalla librada en las afueras de la ciudad, Tutush resultó vencedor, y Suleiman fue asesinado.

La muerte de Suleiman produjo el caos entre los turcos de Anatolia, y Alejo se encontraba en su elemento, enzarzando a un cabecilla contra otro, explotando sus mutuas rivalidades, ofreciendo a cambio, a unos y otros, sobornos o insinuaciones de alianzas matrimoniales. Nicea estuvo, durante seis años, en poder del rebelde turco Abu'l Kasim, pero en 1092 Malik Shah pudo sustituirle por el hijo de Suleiman, Kilij Arslan I. Entretanto, Alejo fue capaz de consolidar su posición. No resultó fácil. El único territorio que había podido reconquistar era la ciudad de Cizico, y le fue imposible impedir que los Danishmend extendieran sus dominios hacia el Oeste y que ocuparan su tierra solariega, Kastamuni, en Paflagonia. Se vio estorbado por conspiraciones palatinas, y en 1087 tuvo que hacer frente a una invasión muy seria desde el norte del Danubio, organizada por los pechenegos con ayuda de los húngaros. Hasta 1091 no logró que su diplomacia, auxiliada por una resonante victoria, le

[15] Véanse artículos «Tutush», de Houtsma, y «Ortoqids», de Honigmann, en la *Encyclopaedia of Islam.* La *Historia de los Patriarcas de Alejandría* (obra copta) compara muy favorablemente el gobierno turco con el gobierno franco que se estableció después en Palestina (págs. 181, 207). La famosa flecha que disparó Ortoq sobre el tejado del Santo Sepulcro no pretendía ser un insulto, sino una manifestación de soberanía. Véase Cahen, «La Tughra Seldjucide», en *Journal Asiatique,* vol. CXXXIV, págs. 167-73. El patriarca Eutimio de Jerusalén estaba en Constantinopla a fines de 1082, cuando marchó a Tesalónica en una embajada enviada a Bohemundo, y su sucesor, Simeón, estaba en el Concilio que se reunió allí en 1086 y que condenó a León de Calcedonia (véase Dölger, *Regesten,* núm. 1.087, vol. II, pág. 30, y Montfaucon, *Bibliotheca Coisliniana,* págs. 102 y sigs., para el Concilio de la Iglesia en Constantinopla celebrado aquel año). Pero estaba de regreso en Jerusalén en 1089. El patriarca de Antioquía estuvo presente en dicho Concilio (véase *infra,* pág. 108, nota 10).

librara para siempre de la amenaza de las incursiones bárbaras desde el Norte.

Más peligroso aún era Chaka, el emir turco de Esmirna. Chaka, más ambicioso que la mayoría de sus compatriotas, aspiraba a ocupar el trono del Imperio. Prefería emplear griegos mejor que turcos, pues se había dado cuenta de la necesidad de un poderío naval; pero al mismo tiempo intentó organizar una alianza de príncipes turcos y casó a su hija con el joven Kilij Arslan. Entre 1080 y 1090 se adueñó de la costa egea y de las islas de Lesbos, Chíos, Samos y Rodas. Alejo, que había tenido entre sus principales preocupaciones la de rehacer la flota bizantina, consiguió, al fin, derrotarle por mar a la entrada del de Mármara; pero la amenaza quedó en pie hasta que en 1092 Chaka murió asesinado por su yerno, Kilij Arslan, en un banquete en Nicea. El asesinato fue el resultado de una advertencia del Emperador al sultán, que temía que otro turco creciera más que él mismo [16].

Con Suleiman y Chaka muertos, Alejo podía emprender una política más agresiva. Sentíase ahora seguro en Constantinopla, y las provincias europeas estaban en calma. Su flota era eficaz y su tesorería se hallaba llena, de momento. Pero su ejército era muy exiguo. Tenía pocas tropas nativas a las que recurrir, porque había perdido Anatolia. Necesitaba mercenarios extranjeros entrenados.

Evidentemente, hacia el año 1095 había indicios de que el poder seléucida estaba al fin decayendo. Malik Shah, que había conseguido algún dominio sobre todo el Imperio turco, murió en 1092, y a su muerte siguió una guerra civil entre sus hijos. Durante los diez años siguientes, hasta que pudieron ponerse de acuerdo sobre la división de la herencia, la atención principal de los turcos se concentró en esta lucha. Entretanto, los cabecillas árabes y kurdos se sublevaron en el Iraq. En Siria, donde Tutush murió en 1095, sus hijos, Ridwan de Alepo y Duqaq de Damasco, demostraron que eran incapaces de mantener el orden. Jerusalén pasó a los hijos de Ortoq. Su gobierno fue inoperante y tiránico. El patriarca ortodoxo Simeón y su alto clero se retiraron a Chipre. En Trípoli, un clan chiita, los Banū Ammār, establecieron un principado. Los fatimitas empezaron a reconquistar la Palestina meridional. En el Norte, un general turco,

[16] La muerte de Chaka está descrita en Ana Comneno, IX, iii, 3, vol. II, págs. 165-6, pero un nuevo Chaka aparece en su historia (IX, v. 3, vol. III, páginas 24-5). Era probablemente el hijo del primer Chaka y conocido como Ibn Chaka, al que Ana Comneno llama simplemente Chaka. De manera parecida, Kilij Arslan es llamado Suleiman por los autores occidentales, que estaban acostumbrados a oírle llamar Ibn Suleiman. La guerra de Chaka con Alejo se describe en Chalandon, *op. cit.*, págs. 126 y sigs.

Kerbogha, atabek de Mosul bajo el Califa abasida, fue invadiendo paulatinamente el territorio de Ridwan de Alepo. A los viajeros de la época les parecía que cada ciudad tenía un señor distinto [17].

Es digno de señalarse el hecho de que aún hubiera viajeros, no solamente musulmanes, sino también peregrinos cristianos de Occidente. El movimiento de peregrinos nunca había cesado por completo, pero el viaje resultaba ahora muy difícil. En Jerusalén, hasta la muerte de Ortoq, la vida de los cristianos parecía haber sido muy poco afectada, y Palestina, excepto cuando turcos y egipcios estaban realmente empeñados en luchas por esas tierras, se hallaba generalmente en calma. Pero Anatolia sólo la podían cruzar ahora los viajeros que llevaran consigo una escolta armada, e incluso así el camino estaba lleno de peligros, y las guerras o las autoridades, hostiles a menudo, les hacían renunciar a su propósito. Siria tampoco estaba mucho mejor. Por todas partes había salteadores de caminos, y en cada ciudad pequeña el señor local pretendía imponer un tributo a los viandantes. Los peregrinos que conseguían vencer todas las dificultades retornaban a Occidente fatigados y empobrecidos, capaces sólo de contar un relato espeluznante.

[17] Véase el artículo «Sukman ibn Ortok», de Zettersteen, en la *Encyclopaedia of Islam*. Guillermo de Tiro, I, 8, vol. I, págs. 25-6, describe la impresión de los peregrinos de la época. Simeón de Jerusalén se había retirado a Chipre bastante antes del comienzo de la Cruzada, pero la fecha exacta es desconocida.

Libro II

LA PREDICACION DE LA CRUZADA

Capítulo 6

SANTA PAZ Y GUERRA SANTA

«Esperábamos la paz, y no ha habido bien alguno.»

(*Jeremías*, 8, 15.)

El ciudadano cristiano tiene que encararse con un problema fundamental: ¿está facultado para luchar por su país? Su religión es una religión de paz, y la guerra significa matanza y destrucción. Los primitivos Padres cristianos no tenían dudas. Para ellos una guerra era un asesinato en masa. Pero después del triunfo de la Cruz, después de que el Imperio se había convertido en Cristiandad, ¿no deberían sus ciudadanos estar dispuestos a tomar las armas para asegurar su bienestar?

La Iglesia oriental no estaba de acuerdo. Su gran canonista, San Basilio, aunque reconocía que un soldado tenía que obedecer órdenes, mantenía, sin embargo, que cualquiera que fuese culpable de matar en guerra debía abstenerse de recibir la comunión durante tres años como prueba de arrepentimiento [1]. Esta determinación era demasiado rígida. El soldado de Bizancio no era tratado, de hecho, como un asesino. Pero su profesión no le nimbaba de ninguna aureola. La muerte en el campo de batalla no se consideraba gloriosa, ni la muerte en lucha contra el infiel se consideraba como martirio; el mártir moría sólo armado de su fe. Luchar contra el infiel era lamen-

[1] San Basilio, carta núm. 188, en *M. P. G.*, vol. XXXII, col. 681.

table, aunque a veces no podía evitarse; luchar contra hermanos cristianos resultaba doblemente malo. En efecto, la historia bizantina está notoriamente exenta de guerras de agresión. Justiniano había emprendido sus campañas para liberar a los romanos de gobernadores heréticos y bárbaros, y Basilio II luchó contra los búlgaros para reconquistar las provincias imperiales y alejar un peligro que amenazaba a Constantinopla. Los métodos pacíficos eran siempre preferibles, aunque implicaran una diplomacia tortuosa o el gasto de dinero. Para los historiadores occidentales, acostumbrados a admirar el valor castrense, los actos de muchos políticos bizantinos resultan cobardes o astutos; sin embargo, el motivo era, por lo general, un auténtico deseo de evitar derramamiento de sangre. La princesa Ana Comneno, una de las personalidades bizantinas más típicas, explica en su historia, aunque su interés por las cuestiones militares era profundo y la admiración sentida por los éxitos de su padre en el campo de batalla muy grande, que consideraba la guerra como algo vergonzoso, como último recurso cuando todos los demás habían fracasado, realmente como una confesión, en sí misma, de fracaso [2].

El punto de vista occidental era menos ilustrado. San Agustín admitió que las guerras se hacían por mandato de Dios [3], y la sociedad militar que se había formado en Occidente, como resultado de las invasiones de los bárbaros, buscaba, sin remedio, una justificación de su pasatiempo habitual. El código de la caballería que estaba surgiendo, apoyado en la épica popular, daba prestigio al héroe militar, y el pacifista adquirió un descrédito del que nunca se ha visto libre. Contra este sentimiento poco podía hacer la Iglesia. Procuraba, más bien, encauzar esta energía belicosa para que sirviera a su propio provecho. La guerra santa, es decir, la guerra por los intereses de la Iglesia, no sólo fue permitida, sino deseada. El papa León IV, a mediados del siglo IX, afirmaba que todo aquel que muriera en el campo de batalla en defensa de la Iglesia recibiría una recompensa celestial [4]. El papa Juan VIII, pocos años después, clasificaba a las víctimas de una guerra santa entre los mártires; si morían armados en el campo de batalla, sus pecados serían perdonados. Pero el soldado debía ser puro de corazón [5]. Nicolás I declaró que las personas sujetas a sentencia eclesiástica por sus pecados no podrían llevar armas, excepto cuando lucharan contra el infiel [6].

[2] Para la actitud de Ana Comneno, véase Buckler, *Ana Comneno*, págs. 97-9.
[3] San Agustín, *De Civitate Dei*, en *M. P. L.*, vol. XLI, col. 35.
[4] Mansi, *Concilia*, vol. XIV, pág. 888.
[5] Juan VIII, cartas en *M. P. L.*, vol. CXXVI, cols. 696, 717 y 816; Mansi, *Concilia*, vol. XVII, pág. 104.
[6] Carta de Nicolás I en *Monumenta Germaniae Historica*, Epistolae, vol. VI,

Pero, si bien las más altas autoridades eclesiásticas no condenaban la guerra, había en Occidente pensadores que se escandalizaban con ella. El alemán Bruno de Querfurt, martirizado por los prusianos paganos en 1009, se había indignado con las guerras emprendidas por los emperadores de su época contra otros monarcas cristianos, como las de Otón II contra el rey franco y de Enrique II contra los polacos [7]. En Francia ya se había iniciado un movimiento pacifista. El Concilio de Charroux, en 989, donde se reunieron los obispos de Aquitania para proteger la inmunidad del clero, propuso que la Iglesia debería garantizar al pobre la posibilidad de vivir en paz [8]. En el Concilio del Puy, al año siguiente, la proposición se repitió con mayor firmeza. Guido de Anjou, obispo del Puy, manifestó que, sin paz, nadie sería merecedor del Señor, y, por tanto, incitaba a todos los humanos a convertirse en los hijos de la paz [9]. Algunos años después, Guillermo el Grande, duque de Guienne, llevó más lejos aún la idea. En el Concilio de Poitiers, que convocó en el año 1000, se declaró que las disputas no podían seguir decidiéndose por las armas, sino que debía recurrirse a la justicia, y que todo aquel que se negara a aceptar esta norma sería excomulgado. El duque y sus nobles se adhirieron solemnemente a esta declaración, y Roberto el Piadoso, rey de Francia, siguió el ejemplo con un decreto análogo para todos sus dominios [10]. Sin embargo, la Iglesia estaba principalmente interesada en el movimiento para defender sus propios bienes de los pillajes y exacciones de la guerra, y con este mismo fin se reunieron varios concilios. En Verdun-sur-le-Doubs, en 1016, se elaboró una fórmula con arreglo a la cual la nobleza juró no incorporar ni a los clérigos ni a los campesinos a sus fuerzas, ni hacer incursiones en sus sembrados ni requisar sus animales. El juramento se aceptó libremente por toda Francia, mientras los prelados reunidos y las congregaciones exclamaban: «Paz, paz, paz» [11].

Este éxito indujo a algunos entusiastas a dar un paso más. En 1038, Aymón, arzobispo de Bourges, ordenó a todos los cristianos de

pág 658. Esta carta fue incluida en las colecciones canónicas de Burcardo y Graciano.

[7] Véase Erdmann, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens,* pág. 97, nota 35, dando referencias de los textos importantes.

[8] Mansi, *Concilia,* vol. XIX, págs. 89-90.

[9] *Cartulaire de Saint-Chaffre,* pág. 152.

[10] Mansi, *Concilia,* vol. XIX, págs. 267-8; Fulberto de Chartres, carta en Bouquet, *Historiens de la France,* vol. X, pág. 463.

[11] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles,* vol. IV, parte 2.ª, pág. 1409; Radulfo Glaber, en Bouquet, *R. H. F.,* vol. X, págs. 27-8. Véase Pfister, *Etudes sur le Règne de Robert le Pieux,* p. lx; Huberti, *Studien zur Rechtsgeschichte der Gottesfrieden und Landfrieden,* pág. 165.

más de quince años a declararse enemigos de cualquiera que rompiera la paz, debiendo estar dispuestos a tomar las armas contra él si fuera necesario. Se organizaron Ligas de Paz y tuvieron, al principio, eficacia; pero la segunda parte de la orden del arzobispo resultaba más seductora que la primera. Los castillos pertenecientes a nobles recalcitrantes fueron destruidos por tropas de campesinos armados y capitaneados por el clero, y esta milicia improvisada pronto resultó tan irresponsable y tan destructora que las autoridades tuvieron que disolverla. Después de que una gran Liga de Paz había incendiado la aldea de Bénécy, el conde Odón de Déols la derrotó en las riberas del Cher. Según los relatos de la época, no murieron menos de setecientos clérigos en la batalla [12].

Entretanto se hizo un intento más práctico para limitar la guerra. En 1027, Oliba, obispo de Vich, reunió un sínodo en Toulouges, en el Rosellón, que prohibía cualquier acto bélico en las horas de la domínica [13]. Esta idea de una tregua durante los días festivos fue ampliada cuando, bajo la influencia del gran abad de Cluny Odilón, los obispos de Provenza, pretendiendo hablar en nombre de toda la Iglesia de las Galias, enviaron una carta a la Iglesia de Italia, pidiendo que la Tregua de Dios se hiciera extensiva al viernes y sábado santos y al día de la Ascensión [14]. La Iglesia de Aquitania ya había seguido la directriz de la de Provenza. Pero el ducado de Borgoña fue más allá, estableciendo la Tregua de Dios durante toda la semana entre la tarde del miércoles y la mañana del lunes, y agregando el período desde Adviento hasta el primer domingo de Epifanía, y la Cuaresma y la Semana Santa hasta la octava de la Pascua de Resurrección [15]. En 1042, Guillermo el Conquistador, legislando para los normandos, incluyó también el período desde la Ascensión hasta la octava de Pentecostés [16]. En 1050, un concilio en Toulouges recomendaba además la inclusión de los tres días festivos de la Virgen y de los santos importantes [17]. A mediados del siglo, la idea de la Tregua de Dios parecía, por lo tanto, estar bien consolidada, y en el gran Concilio de Narbona, reunido en 1054, se procuró coordinarla con la idea de la Paz de Dios, para proteger los bienes de la Iglesia y de los pobres contra los efectos de la guerra. Ambas decisiones tenían que ser obedecidas bajo pena de excomunión, y

[12] *Miracles de Saint-Benoît*, ed. por De Certain, pág. 192.
[13] Mansi, *Concilia*, vol. XIX, págs. 483-8.
[14] *Ibid.*, págs. 593-6.
[15] *M. G. H.*, *Constitutiones et Acta Publica Imperatorum et Regum*, vol. I, pág. 599. Véase Huberti, *op. cit.*, págs. 296, 303.
[16] Mansi, *Concilia*, vol. XIX, págs. 597-600.
[17] *Ibid.*, pág. 1042.

más adelante se declaró que ningún cristiano podía matar a otro cristiano, «porque el que mata a un cristiano derrama la sangre de Cristo» [18].

Los movimientos en favor de la paz pocas veces impresionan tanto de hecho como en la teoría, y los del siglo XI no fueron una excepción de la regla. Los príncipes que más enérgicamente habían defendido la Tregua de Dios no cumplían sus prescripciones. Era un sábado cuando Guillermo el Conquistador batió a su correligionario Haroldo en Hastings, y Ana Comneno observó con horror que, mientras su Iglesia procuraba evitar honradamente la guerra en los días festivos, los caballeros occidentales atacaban Constantinopla en Semana Santa, y en sus ejércitos había muchos sacerdotes armados y guerreros [19]. Tampoco la propiedad de la Iglesia estaba inmune contra los ataques de los seglares, como sabían los papas por propia experiencia. El espíritu belicoso de Occidente y su afición a la gloria militar no podían apagarse tan fácilmente. Era más aconsejable volver a la antigua política y hacer uso de esta energía encauzándola hacia la guerra contra el pagano.

Para los países de Occidente, la amenaza musulmana era menos estremecedora de lo que había sido para los bizantinos hasta las invasiones turcas, y los turcos alarmaban a Bizancio como bárbaros más que como infieles. Desde el descalabro árabe ante Constantinopla a principios del siglo VIII, la guerra en la frontera oriental de la Cristiandad había sido endémica, si bien no lo suficientemente seria como para poner en peligro la integridad del Imperio, y nunca llegó a interrumpir durante mucho tiempo los intercambios mercantiles e intelectuales. El árabe, casi tanto como el bizantino, era un heredero de la civilización greco-latina. Su forma de vida no era muy diferente. Un bizantino se sentía mucho más a gusto en El Cairo o en Bagdad de lo que se sentiría en París o en Goslar, e incluso en Roma. Excepto en raras épocas de crisis o represalias, las autoridades del Imperio y del Califato habían acordado no obligar a las conversiones a la parte contraria y permitir la libertad de cultos de la otra religión. Los califas jactanciosos podían hablar despectivamente de los emperadores cristianos y a veces exigirles algún tributo; pero, como había demostrado el final del siglo X, el bizantino era un enemigo formidable y bien organizado.

Los cristianos occidentales no podían compartir la tolerancia y el sentido de seguridad de los bizantinos. Estaban orgullosos de ser cristianos y de ser, según pensaban, los herederos de Roma; además,

18 *Ibid.*, págs. 827-32.

19 Ana Comneno, *Alexiada*, X, viii, 8, vol. II, págs. 218-19; X, ix, 5-6, vol. II, pág. 222.

difícilmente se darían por enterados de que la civilización musulmana era, en la mayoría de los aspectos, más elevada que la suya propia. El poder musulmán dominaba el Mediterráneo occidental desde Cataluña hasta Túnez. Los piratas musulmanes apresaban sus embarcaciones. Roma había sido saqueada por los musulmanes. Habían establecido nidos de piratas en Italia y en Provenza. Desde sus plazas fuertes de España, parecía que podrían volver a cruzar las fronteras e invadir a torrentes Francia, salvados los Pirineos. La Cristiandad occidental no tenía organización que hubiese podido hacer frente a tal ataque. Algunos héroes aislados habían detenido incursiones sarracenas desde los días de Carlos Martel, y el Imperio carolingio fue durante cierto tiempo el baluarte necesario. En 915, el papa Juan X había colaborado con la corte de Constantinopla formando una liga de príncipes cristianos para desalojar a los musulmanes de sus posiciones en el Garellano [20]. En 941, los bizantinos se unieron a Hugo de Provenza en un ataque contra su fortaleza de Fréjus. Este fracasó, debido a la equivocación de Hugo en el último minuto; pero en 972 una liga de príncipes provenzales e italianos llevó a cabo el intento [21]. Pero tales ligas eran locales, esporádicas y efímeras. Había necesidad de una mayor coordinación y de un esfuerzo más concentrado. Y en ninguna parte se experimentaba más la necesidad de ello que en Roma, que siempre recordaba el saco de la iglesia de San Pedro en 846.

En el siglo x, los musulmanes de España representaban una auténtica amenaza para la Cristiandad. El territorio antes ganado por los cristianos se había perdido. A mediados del siglo, el gran califa Abd al-Rahman III era indiscutiblemente el dueño de la Península. Su muerte en 961 produjo algún alivio, ya que su sucesor, Hakam II, era pacífico y estaba ocupado en guerras con los fatimitas y con los idrisidas de Marruecos. Pero después de la muerte de Hakam, en 976, la escena fue dominada por un visir belicoso, Mahomet ibn Abi Amir, apellidado al-Mansur (el victorioso), y conocido por los españoles como Almanzor. La fuerza cristiana predominante en España era el reino de León. Sufrió el empuje de los ataques de Almanzor. En 981 tomó Zamora, en el sur del reino. En 996 saqueó León y al año siguiente incendió la ciudad de Santiago de Compostela, que era, después de Jerusalén y Roma, el tercero en importancia entre los lugares de peregrinación. Tuvo cuidado, sin

[20] Luitprando, *Antapodosis*, págs. 61-2; León de Ostia, págs. 50 y sigs. Véase Gay, *L'Italie Méridionale et l'Empire Byzantin*, pág. 161, que establece la fecha de 915; Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus*, págs. 184-5.

[21] Luitprando, *op. cit.*, págs. 135, 139; Poupardin, *Le Royaume de Bourgogne*, págs. 94 y sigs.

embargo, de respetar el santuario. Ya en 986 había conquistado Barcelona. Parecía que iba a cruzar, de un momento a otro, los Pirineos, cuando murió en 1002 [22]. Después de su muerte empezó a decaer el poder musulmán. Los piratas de Africa pudieron saquear Antibes en 1003; Pisa en 1005 y posteriormente en 1016, y Narbona en 1020. Pero la agresión musulmana organizada tocó a su fin por el momento. Había llegado la hora del contraataque [23].

El contraataque fue planeado por Sancho III, llamado el Grande, rey de Navarra. En 1014 intentó organizar una liga de príncipes cristianos para luchar contra el infiel. Sus colegas de León y de Castilla estaban dispuestos a ayudarle, y encontró un fervoroso aliado en Sancho-Guillermo, duque de Gascuña. Pero el rey Roberto de Francia no respondió a su requerimiento. No se consiguió nada en concreto, mas entretanto Sancho se había asegurado el interés de un aliado mucho más valioso. La poderosa organización de Cluny, bajo dos abades cuyo mandato se dilató durante ciento quince años, Odilón, que fue abad en 994 y murió en 1048, y Hugo, que le sucedio y vivió hasta 1109, empezó a dedicar una atención especial a los asuntos españoles. Cluny siempre estaba ocupada en el bienestar de los peregrinos y se alegraba de tomar parte en la gestión del camino de Santiago y de cooperar en toda la salvaguardia de la Cristiandad española. Se debió probablemente a la influencia cluniacense el que viniera de Normandía Roger de Tosni —aunque su espíritu aventurero, típico en los normandos, habrá contribuido a ello— para ayudar a la condesa Erselinda de Barcelona, en 1018, cuando la amenazaban los musulmanes. Bajo Sancho y sus sucesores se acrecentó el influjo de Cluny sobre la Iglesia española, colocándola a la cabeza del movimiento reformista. El Papado no podía dejar de ver con especial agrado, por tanto, cualquier intento de ampliar las fronteras de la Cristiandad en España. Las bendiciones cluniacenses y papales acompañaban a Sancho-Guillermo de Gascuña cuando se unió con Sancho de Navarra en un ataque contra el emir de Zaragoza y cuando alentó a Ramón Berenguer I de Barcelona en ocasión de hacer retroceder a los musulmanes hacia el Sur [24].

[22] Para Almanzor, véase Dozy, *Histoire des Musulmanes en Espagne*, ed. rev., vol. II, págs. 235 y sigs.

[23] Ballesteros, *Historia de España*, vol. II, págs. 389 y sigs.

[24] Boissonnade, *Du nouveau sur la Chanson de Roland*, págs. 6-22. Fliche, en *L'Europe Occidentale de 888 à 1125*, págs. 551-3, considera que tanto Boissonnade como Hatem (*Les Poèmes Epiques des Croisades*, págs. 43-63) han exagerado el papel de Cluny en la organización de guerras santas en España. Halphen, en una serie de lecciones en la Ecole des Hautes Etudes de París, que aún no se han publicado, ha estudiado plenamente la cuestión, y estima que el papel de Cluny fue importante, pero que no organizó realmente expe-

La guerra contra el infiel en España adquirió así la categoría de una guerra santa, y pronto los papas se hicieron cargo de la dirección. En 1063, el rey de Aragón, Ramiro I, al iniciarse una gran ofensiva contra los musulmanes, fue asesinado por un musulmán en Grados. Su muerte conmovió la imaginación de Europa. El papa Alejandro II en seguida prometió una indulgencia para todos los que combatieran por la Cruz en España y se puso a reunir un ejército para proseguir la obra de Ramiro. Un soldado normando a su servicio, Guillermo de Montreuil, reclutó tropas en el norte de Italia. En la Francia del norte, el conde Ebles de Roucy, hermano de la reina aragonesa Felicia, reunió un ejército, y el contingente más importante lo trajo Guido Godofredo, conde de Aquitania, a quien se dio el mando de la expedición. Muy poco fue lo conseguido. Se conquistó la ciudad de Barbastro con mucho botín, pero pronto volvió a perderse [25]. Mas desde entonces afluían los caballeros franceses, salvando los Pirineos, para proseguir la obra. En 1073, Ebles de Roucy organizó una nueva expedición. El papa Gregorio VII invitó a los príncipes de la Cristiandad a unirse a ella, y, aunque recordaba al mundo que el reino español pertenecía a la Sede de San Pedro, manifestó que los caballeros cristianos podrían disfrutar de las tierras que conquistaran al infiel [26]. En 1078, Hugo I, duque de Borgoña, mandó un ejército para ayudar a su cuñado Alfonso VI de Castilla [27]. En 1080, Gregorio VII dio su impulso personal a una expedición mandada por Guido Godofredo. Durante los años siguientes todo fue bien. Los castellanos conquistaron incluso Toledo en 1085 [28]. Empezó a rehacerse el mando musulmán, dirigido por los fanáticos almorávides, y a partir de 1087 los caballeros cristianos fueron urgentemente convocados para venir a España y oponerse a ellos. El papa Urbano II dio su anhelante apoyo y manifestó incluso que los peregrinos que pensaban ir a Palestina podían emplear mejor su dinero en la reconstrucción de las ciudades españolas rescatadas de los estragos musulmanes [29]. Hasta el fin del siglo, las campañas españolas atrajeron a los caballeros cristianos, aventureros, desde el Norte, aunque la conquista de Huesca en 1096 y la de Barbastro en 1101 pusieron término a esta serie de campañas.

A fines del siglo XI la idea de la guerra santa había sido llevada

diciones militares. Véase también Rousset, *Les Origines et les Caractères de la première Croisade*, págs. 31-5.

[25] Boissonnade, *op. cit.*, págs. 22-8; Fliche, *op. cit.*, págs. 551-2.

[26] Gregorio VII, *Registrum*, I, 7, págs. 11-12. Véase también Villey, *La Croisade: Essai sur la Formation d'une Théorie juridique*, pág. 71.

[27] Boissonnade, *op. cit.*, págs. 29-31.

[28] *Ibid.*, págs. 31-2.

[29] Riant, *Inventaire critique*, págs. 68-9.

a la práctica. Los caballeros y soldados cristianos fueron animados por las autoridades de la Iglesia a abandonar sus pequeñas disputas y viajar hasta las fronteras de la Cristiandad para combatir contra el infiel. Como recompensa a sus servicios, podían entrar en posesión de las tierras que reconquistaran, y además recibían un beneficio espiritual. No se sabe con exactitud en qué podía consistir dicho beneficio. Alejandro II parece haber ofrecido una indulgencia a los guerreros de 1064 [30]; pero Gregorio VII sólo daba la absolución a todo aquel que muriera en lucha por la Cruz [31]. Había otorgado una absolución semejante a los soldados de Rodolfo de Suabia que luchaban contra Enrique IV de Alemania, que fue excomulgado [32]. El Papado habíase hecho cargo de la dirección de las guerras santas. A menudo las organizaba y a menudo nombraba el jefe de ellas. La tierra conquistada debía estar sometida, en última instancia, a la soberanía papal.

Aunque los grandes príncipes podían permanecer apartados, los caballeros occidentales respondieron de buen grado a la llamada de la guerra santa. Sus motivos eran en parte auténticamente religiosos. Estaban avergonzados de luchar entre sí; querían luchar por la Cruz. Pero también existía una penuria de tierras que les movía a ello, especialmente en el norte de Francia, donde estaba generalizándose la costumbre de la primogenitura. Cuando un señor se mostraba poco dispuesto a dividir la propiedad y sus dependencias, que empezaban a concentrarse ahora en torno a un castillo de piedra, sus hijos más jóvenes tenían que buscarse la vida en otras partes. Había una intranquilidad general y un deseo de aventura en la clase caballeresca de Francia, más acusados entre los normandos, que sólo se hallaban separados de la condición de piratas nómadas por pocas generaciones. Resultaba muy tentadora la oportunidad de combinar el deber cristiano con la adquisición de tierras en un clima meridional. La Iglesia tenía razón para estar satisfecha con el progreso del movimiento. ¿No podría aplicarse también a la frontera oriental de la Cristiandad?

[30] Jaffé-Wattenbach, *Regesta,* núm. 4530, vol. I, pág. 573.
[31] Gregorio VII, *loc. cit.*
[32] *Ibid.*, VII, 14 B, págs. 480 y sigs.

Capítulo 7

LA ROCA DE SAN PEDRO

«Por mí reinan los reyes, las autoridades decretan el derecho.»

(Proverbios, 8, 15.)

Cuando la marea del Islam empezaba a ceder en España, el papa no tuvo apenas dificultad para establecer su autoridad sobre la Iglesia de las tierras reconquistadas. La Donación de Constantino, aceptada amplia aunque incorrectamente como auténtica por la Cristiandad occidental, otorgaba al papa soberanía temporal sobre muchos países, y esta soberanía papal se hizo extensiva a la península ibérica, lo que pasó inadvertido para aquéllos. Tampoco existía en España poder eclesiástico alguno que pudiese desafiar al papa. Pero la Cristiandad oriental estaba organizada de otra manera. Los patriarcas de Alejandría y Antioquía, éste fundado por San Pedro y el otro por San Marcos, eran tan antiguos como la sede de Roma. El patriarcado de Jerusalén y la iglesia de Santiago, aunque más recientes, poseían casi el mismo prestigio que la ciudad más sagrada del mundo. Y el patriarcado de Constantinopla era el rival más formidable de todos. A pesar de su presunta fundación por San Andrés, no podía aducir el mismo abolengo. Pero Constantinopla era la nueva Roma. Había reemplazado a la antigua urbe. Sede de la ininterrumpida serie de los emperadores cristianos, era con mucho la ciudad más grande de la Cristiandad. Su patriarca podía llamarse, con razón, ecuménico, el principal magistrado eclesiástico del mundo civilizado. La oposición

religiosa en Bizancio podía, en ocasiones, recurrir a la autoridad de la antigua Roma para contrarrestar la dominación creciente del emperador; pero nadie en Oriente pensaba seriamente que el obispo de una angosta ciudad occidental, tan a menudo en poder de sus turbulentos e insignificantes nobles o de los magnates bárbaros del Norte, pudiese invocar alguna jurisdicción sobre las iglesias orientales, con sus antiguas y duraderas tradiciones. Se admitía que Roma impusiese un respeto especial. Aunque su pretensión de supremacía fuese ignorada, se le reconocía una primacía casi universal entre las grandes sedes de la Cristiandad, incluso por parte del patriarca ecuménico. Ni tampoco estaba nadie dispuesto a discutir la creencia de que la Cristiandad era y debía seguir siendo una.

Después de la conquista árabe, los patriarcados sudorientales habían perdido mucho de su poder, y Constantinopla emergía como la campeona de las iglesias de Oriente. Hubo muchas controversias y disputas entre Roma y Constantinopla sobre asuntos eclesiásticos, aunque ninguna de ellas había sido tan seria y prolongada como los polemistas posteriores acabaron por creer [1]. La unidad de la Cristiandad estaba aún generalmente admitida. Pero en el siglo XI, la organización de la Iglesia romana fue revisada. Las reformas habían sido ampliamente sugeridas por influencias monásticas desde Cluny y desde Lorena y habían sido primeramente llevadas a cabo por las autoridades civiles que por aquella época dominaban en Roma. El emperador Enrique III había sido especialmente activo, y les había dado tal impulso que, después de su muerte, la Iglesia podía continuar y desarrollarlas con independencia de un gobierno secular, e incluso contra la oposición suya; y, además del movimiento, surgieron teorías que insistían en el dominio espiritual universal de Roma y en su definitiva superioridad sobre los príncipes seculares. Esto, a su vez, provocó nuevas controversias con Oriente.

El problema fundamental consistía en la reafirmación de la pretensión romana de supremacía. Pero las disputas se iniciaron sobre detalles de doctrina y de usos. En su deseo de establecer su autoridad, el Papado pretendía unificar los usos de la Iglesia. No solamente deseaba, tanto por razones políticas como por razones espirituales, abolir el matrimonio en el clero secular, sino que intentaba dar uniformidad a la liturgia y los ritos. Tales reformas fueron posibles en Occidente; pero los usos de las iglesias orientales eran distintos. Había iglesias griegas en el ámbito romano, igual que había iglesias latinas en el ámbito de Constantinopla; y en la Italia meridional, la

[1] El mejor relato sobre las relaciones entre Roma y Constantinopla se hallará en Every, *The Byzantine Patriarchate, passim.*

frontera entre ambas zonas había sido discutida durante mucho tiempo. Por la misma época, la influencia alemana en Roma había llevado a que se incluyera la palabra *Filioque* en el Credo en relación con el Espíritu Santo. Los papas reformadores estaban menos deseosos de fórmulas conciliatorias o de permanecer prudentemente callados sobre tales materias de lo que habían estado sus predecesores. Los choques eran inevitables.

El papa Sergio IV, en su carta sistática, declaración de fe enviada por un papa o patriarca a sus colegas cuando se hacía cargo de la sede, incluía la palabra *Filioque*. El patriarca Sergio II de Constantinopla, a consecuencia de ello, se negó a perpetuar su nombre en los dípticos de las iglesias patriarcales de Constantinopla. Para los bizantinos esto venía a ser indicio de que el Papa en persona era considerado como heterodoxo en un punto de la doctrina; no ponía en tela de juicio la ortodoxia de la Iglesia occidental completa. Pero al Papa, y a las iglesias occidentales, acostumbradas a considerarle como fuente de la doctrina ortodoxa, el insulto les pareció más general y de mayor alcance. El patriarca acabó por comprobar que existía base de negociación en la oferta de restaurar el nombre [2].

En 1024, el papa Juan XIX recibió una propuesta de Constantinopla para que los puntos en litigio entre las iglesias se resolvieran mediante la aceptación de una fórmula ingeniosamente redactada que garantizase a Roma la supremacía titular y que dejase a Constantinopla con plena independencia práctica. Manifestaba que, «con el consentimiento del Romano Pontífice, la Iglesia de Constantinopla sería considerada universal en su esfera, así como la de Roma lo era en el universo». El propio Juan estaba dispuesto a aceptar; pero el abad cluniacense de San Benigno en Dijon le escribió apresurada y severamente para recordarle que el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra pertenecía exclusivamente a las funciones de San Pedro y a sus sucesores, y le instaba a mostrar más vigor en el gobierno de la Iglesia universal. Bizancio iba a percatarse de que el Papado reformador no toleraría semejante compromiso [3].

A mediados del siglo, las invasiones normandas de la Italia meridional hicieron deseable una alianza política entre el Papa y el Emperador oriental. Pero por entonces el Papado reformador estaba

[2] Para este episodio, véase Michel, *Humbert und Kerularios,* vol. I, páginas 20-40. Hay pruebas de que el *Filioque* se introdujo en el Credo en Roma por la época de la coronación, en la Ciudad Eterna, de Enrique II, en 1014. Berno, *Libellus de Officio Missae,* en *M. P. L.,* vol CXLII, cols., 1061-2.

[3] Radulfo Glaber, en Bouquet, *R. H. F.,* vol. X, págs. 44-5. Ninguna fuente griega alude a estas negociaciones, pero no hay razón para dudar de que las haya habido.

empeñado en una política de unificación y deseaba suprimir los usos corrientes en las iglesias griegas de la Italia meridional e imitados por muchas iglesias italianas tan al Norte incluso como Milán. En 1043, un hombre ambicioso y orgulloso, Miguel Cerulario, llegó a patriarca de Constantinopla y estaba igualmente ansioso de unificar los usos dentro de su esfera. El motivo auténtico era el de incorporarse más fácilmente las iglesias de las provincias armenias recientemente ocupadas, donde había prácticas divergentes, tales como el uso del pan sin levadura. Pero su política afectó también a las iglesias latinas de la Italia bizantina y a aquellas que existían en la misma Constantinopla para los mercaderes, peregrinos y soldados de la guardia varega. Cuando estas últimas iglesias se negaron a aceptar las disposiciones, fueron clausuradas por orden del patriarca, cuya corte empezó a publicar opúsculos denunciando los usos de los latinos.

Parece que Cerulario no tenía interés por la disputa teológica. Estaba dispuesto a restablecer el nombre del papa en los dípticos a cambio de un trato de reciprocidad en Roma. La disputa se refería a los usos, y, por tanto, surgió el problema de la frontera eclesiástica en Italia, un problema aún más agudizado por la invasión de los normandos, que pertenecían a la Iglesia latina. Se entablaron negociaciones por el gobernador de la Italia bizantina, el lombardo Argiro, un súbdito de Bizancio que seguía el rito latino. El Emperador confiaba en él; pero Cerulario se mostraba, lógicamente, suspicaz, y la ocasión se le vino a la mano. En 1053, antes de que fueran nombrados los legados que tenían que ir de Roma a Constantinopla, el papa León IX fue hecho prisionero por los normandos. Cuando sus legados, presididos por el cardenal Humberto de Silva Candida, llegaron a Constantinopla en enero de 1054, fueron recibidos con todos los honores por el Emperador; pero Cerulario puso en duda si habían sido efectivamente nombrados por el Papa, y si el Papa, en su cautividad, podía llevar a cabo cualesquiera promesas que hicieran.

En abril, antes de que las discusiones hubiesen progresado, León murió de repente, y los legados perdieron el apoyo oficial que habrían necesitado. Esto sucedía un año antes de que fuese elegido un nuevo papa, y ninguno sabía cuál podría ser su actitud. Cerulario se negó a continuar las negociaciones. A pesar del deseo de llegar a un acuerdo, los ánimos se acaloraron; hasta que, finalmente, los legados partieron furiosos, dejando en el altar de Santa Sofía una bula que excomulgaba al patriarca y a sus consejeros, aunque reconociendo de manera expresa la ortodoxia de la Iglesia bizantina. Como réplica, el patriarca reunió un sínodo: éste condenó la bula como obra de tres personas irresponsables y deploraba la inclusión del *Filioque* en

el Credo y el intento de abolición del clero casado, si bien no hacía ninguna mención de la Iglesia romana como conjunto ni de otros usos que estaban en discusión. De hecho no hubo absolutamente ningún cambio en la situación, excepto la acritud que había surgido.

La iglesias de Alejandría y Jerusalén no habían tomado parte en el episodio. El patriarca de Antioquía, Pedro III, pensaba concretamente que Cerulario había puesto dificultades innecesarias. Su Iglesia había seguido conmemorando el nombre del papa en los dípticos, y no veía razón alguna para abandonar esta práctica. Podía haber temido que Cerulario, cuyas ambiciones sospechaba, tuviese designios contra la independencia de su sede. El simpatizaba probablemente con la política del Emperador. Además, no podía apoyar la unificación del ritual y los usos, pues su diócesis tenía iglesias en las que se usaba la liturgia siria, y muchas de ellas se encontraban más allá de las fronteras del Imperio. No habría podido imponer allí la uniformidad, aunque hubiese querido. El, por su parte, se mantuvo al margen de las disputas [4].

Durante la década siguiente las relaciones experimentaron una ligera mejoría. Miguel Cerulario fue depuesto en 1059. Poco después de su desaparición, volvieron a abrirse las iglesias latinas en Constantinopla. En la Italia meridional, el éxito creciente de los normandos, desde 1059 aliados fieles del Papado, hizo impracticable para Bizancio el imponer allí sus exigencias eclesiásticas. En 1061, Roger el Normando embarcó para la reconquista de Sicilia, ocupada por los árabes, guerra santa estimulada por el Papa. También allí tenía que afrontar Bizancio la pérdida del control de las congregaciones cristianas. Hacia 1073, el emperador Miguel VII decidió que había que llegar a una inteligencia cordial con Roma. Después de la conquista normanda de Bari, en 1071, temía una nueva agresión, y ésta podría impedirla la influencia papal. Había empezado la irrupción turcomana en el Asia Menor. Miguel se hallaba en una desesperada penuria de hombres; y el reclutamiento en Occidente se facilitaría si el Papado se mostraba amistoso. En 1073, el cardenal Hildebrando, ya famoso por su energía y su integridad, fue elegido papa con el nombre

[4] Para el llamado «cisma» de Cerulario, véase Michel, *op. cit., passim,* sobre todo el vol. I, págs. 43-65; Jugie, *Le Schisme Byzantin,* especialmente páginas 187 y siguientes; Leib, *Rome, Kiev et Byzance,* págs. 27 y sigs.; Every, *op. cit.,* págs. 153-72. Jugie, *op. cit.,* pág. 188, deduce que el patriarca quería restablecer el nombre del papa en los dípticos, basándose en la carta de León IX a Cerulario, en *M. P. L.,* vol. CXLIII, cols. 773-4, y en la carta de Cerulario a Pedro de Antioquía, en *M. P. G.,* vol. CXX, col. 784. El motivo de Pedro de Antioquía debe quedar como conjetura, pero su actitud es clara, según se desprende de su correspondencia con Cerulario. Véanse sus cartas en *M. P. G.,* vol. CXX, cols. 756-820.

de Gregorio VII. Gregorio estaba convencido de la supremacía de su sede y, en consecuencia, dejó de enviar una carta sistática a cada uno de los patriarcas de Oriente. Sin embargo, Miguel consideró que sería prudente tener un gesto amistoso. Envió al nuevo Papa una carta de felicitación, insinuando su deseo de establecer una relación más estrecha. Complacido, Gregorio envió a Dominico, patriarca de Venecia, como legado suyo a Constantinopla, para que se informase sobre las condiciones allí reinantes [5].

Informado por Dominico, Gregorio se convenció de que Miguel era sincero. También se enteró de la situación en el Asia Menor. Esta perturbaba seriamente el movimiento de peregrinos. Palestina no estaba cerrada a ellos; pero el viaje a Tierra Santa, a través de Anatolia, pronto sería imposible si no se conseguía detener las invasiones turcomanas. En un rasgo de estadista imaginativo, Gregorio planeó una nueva política. La guerra santa, que se llevaba con tanto éxito en España, debería extenderse a Asia. Sus amigos de Bizancio estaban necesitados de ayuda militar. Les enviaría un ejército de caballeros cristianos, a las órdenes de la Iglesia. Y en esta ocasión, porque había problemas eclesiásticos que resolver, el Papa los mandaría personalmente. Sus tropas expulsarían al infiel del Asia Menor; y después convocaría un concilio en Constantinopla, donde los cristianos de Oriente resolverían sus disputas con humildad agradecida y reconocerían la supremacía de Roma [6].

No podemos decir si el emperador Miguel conocía la intención del Papa, ni si la hubiese recibido con agrado. Pues Gregorio no pudo nunca llevar a cabo su programa. La integridad inflexible de su política fue arrastrándole más y más hacia el conflicto en Occidente. Tuvo que abandonar sus ambiciones orientales. Aunque nunca las olvidó ni perdió el interés por ellas.

En 1078 fue depuesto Miguel VII. Al conocer las noticias, Gregorio excomulgó, en seguida, al usurpador, Nicéforo Botaniates. Poco tiempo después apareció por Italia un aventurero que propaló que él era el Emperador depuesto. Los normandos, al principio, parecieron creerle; y Gregorio le prestó su apoyo. Cuando, a su vez, Nicéforo fue sustituido, en abril de 1081, por Alejo Comneno, la excomunión se hizo extensiva al nuevo Emperador. En junio, Alejo escribió al

[5] Véanse las cartas de Gregorio VII en sus *Registra,* I, 46, 49; II, 37, vol. I, págs. 70, 75, 173. La visita de Dominico a Constantinopla está referida *ibid.*, I, 18, págs. 31-2. Es probable que Gregorio dejara de enviar una carta sistática a los patriarcas orientales con motivo de su subida al trono papal. Véase Dvornik, *The Photian Schism,* págs. 327-8.

[6] Jaffé, *Monumenta Gregoriana,* I, 46, 49; II, 3, 137; *Bibliotheca Rerum Germanicarum,* vol. II, págs. 64-5, 69-70, 111-12, 150-1.

Papa para recobrar su buena voluntad y para asegurar su ayuda, con el fin de contener la agresión de Roberto Guiscardo; pero no hubo respuesta. Entretanto había clausurado las iglesias latinas de Constantinopla. Parecía claro, a los bizantinos, que el Papa era un aliado de los normandos, traidores y ateos. Contaban muchas historias fantásticas sobre su orgullo y su falta de caridad; y cuando murió, cautivo en la red de desastres tejida por su política, los bizantinos recibieron con gozo la noticia como un veredicto venido de los cielos [7].

En 1085, año de la muerte de Gregorio, las relaciones entre la Cristiandad de Oriente y la de Occidente llegaron a un punto de frialdad que nunca, hasta entonces, habían alcanzado. El Emperador oriental había sido excomulgado por el Papa, quien animaba abiertamente a aventureros sin escrúpulos a atacar a sus hermanos de religión, mientras el principal enemigo del Papa, el rey de Alemania, estaba recibiendo, abiertamente, subsidios de los bizantinos. De una y otra parte aumentaban la acritud y el resentimiento. Pero no había aún un verdadero cisma. El talento del estadista podía salvaguardar todavía la unidad de la Cristiandad. El Oriente poseía en la persona del emperador Alejo un estadista de elasticidad y prudencia suficientes. Un estadista de parecido calibre iba a surgir ahora en Occidente.

Odón de Lagery nació de noble familia en Châtillon-sur-Marne, hacia el año 1042. Para su educación fue enviado a la escuela catedralicia de Reims, donde tuvo por principal maestro a San Bruno, más tarde fundador de los cartujos. Permaneció en Reims para hacerse canónigo, y después fue arcediano de la catedral; pero no se sintió satisfecho. De repente decidió retirarse a la comunidad de Cluny. En 1070 profesó ante el abad Hugo, que reconocía su talento. Después de actuar durante algún tiempo como prior, fue enviado a Roma. Pronto dejó huella en la Ciudad Eterna; y en 1078 Gregorio VII le nombró cardenal-obispo de Ostia. Desde 1082 a 1085 fue nuncio en Francia y en Alemania, y regresó para permanecer al lado de Gregorio durante los últimos y desgraciados años de su pontificado. A la muerte de Gregorio, en el destierro, con el antipapa Guiberto reinando en Roma, los cardenales leales eligieron en su lugar al débil y mal dispuesto abad de Monte Cassino, que tomó el nombre de Víctor III. El cardenal de Ostia reprobó la elección y puso de manifiesto su disentimiento. Pero Víctor no le guardó rencor, y en su lecho de muerte, en septiembre de 1087, le recomendó a los cardenales como sucesor suyo. También se sabía que Gregorio VII le habría deseado

[7] Ana Comneno, *Alexiada,* III, x, 1-8, vol. I, págs. 132-6; Malaterra, *Historia Sicula,* en *M. P. L.,* vol. CXLIX, col. 1192. Ana Comneno, *op. cit.,* I, xiii, 1-10, vol. I, págs. 47-51, da una versión hostil y difamatoria de la disputa de Gregorio con Enrique IV.

como sucesor; pero no fue hasta marzo de 1088 cuando pudo reunirse un cónclave en Terracina, para elegirle como Urbano II[8].

Urbano estaba bien preparado para su tarea. Era un hombre impresionante, alto, con un rostro hermoso, barbado, de modales corteses y palabra persuasiva. Si le faltaban el fuego y la unidad de propósito de Gregorio VII, aventajaba a éste, en cambio, en amplitud de miras y en el trato con los hombres. Y tampoco era tan orgulloso ni tan terco como Gregorio; pero no era débil. Había sufrido prisión en Alemania, por orden de Enrique IV, a causa de su lealtad al Papa y a sus creencias. Podía ser severo e implacable, pero prefería ser apacible; quería evitar la controversia que pudiera provocar la acritud y la rivalidad.

Le tocó una herencia difícil. Sólo podía vivir con libertad en territorio normando; y los normandos eran aliados egoístas y poco de fiar. Roma estaba en manos del antipapa Guiberto. Urbano pudo llegar hasta las afueras, pero no podía avanzar más sin derramamiento de sangre; y se negaba a provocarlo. Mas al Norte, Matilde de Toscana le apoyaba firmemente en todas las partes de sus vastos dominios; y en 1089 afirmó su posición por una boda cínica con un príncipe alemán, Güelfo de Baviera, un muchacho a quien ella doblaba la edad con creces. Pero en 1091 sus tropas fueron derrotadas por Enrique de Alemania en la batalla de Trisontai. Enrique estaba en la cúspide de su poder. Coronado emperador por el Antipapa en 1048, era ahora el dueño de Alemania y vencedor en la Italia septentrional. Un papa tan precariamente situado como Urbano no podía confiar en imponer una obediencia muy amplia.

Pero Urbano laboró constante y prudentemente, hasta que en 1093 todo había cambiado. Recurriendo más al dinero que a las armas, pudo pasar la Navidad de ese año en Roma y volver, a la primavera siguiente, a su residencia lateranense. El emperador Enrique se había debilitado por la revuelta de su propio hijo, Conrado, cuyo descontento había alentado Urbano sordamente. En Francia, su país natal, consiguió, por su capacidad de organización, someter a su poder toda la estructura eclesiástica. En España, su influencia era suprema; y paulatinamente, los países más distantes de Occidente acabaron por reconocer su autoridad espiritual. Dejó de hacer presión por los derechos de una soberanía política, como había hecho Gregorio VII. Con los príncipes seculares de cualquier parte, excepto con sus enemigos expresos, mostró una paciencia que llegaba a límites insospe-

[8] Para los comienzos de la carrera de Urbano, véase Leib, *op. cit.*, págs. 1-4, y Gay, *Les Papes du XI^e siècle*, págs. 356-8.

chados. Hacia 1095, era el jefe espiritual de la Cristiandad de Occidente[9].

Entretanto había fijado su atención en la Cristiandad oriental. A la muerte de Roberto Guiscardo, su hermano, Roger de Sicilia, había surgido como la principal fuerza entre los normandos; y Roger no tenía deseo de seguir atacando a Bizancio. Con su asentimiento, Urbano inició negociaciones con la corte bizantina. En el Concilio de Melfi, en septiembre de 1089, y en presencia de embajadores del Emperador, anuló la condena de excomunión contra Alejo. Alejo respondió al gesto con la celebración de un sínodo en Constantinopla en aquel mismo mes; y en él se estableció que el hecho de no haber inscrito en los dípticos el nombre del Papa no fue consecuencia «de ninguna decisión canónica, sino que se debía a descuido», y se propuso que fuera remediado en cuanto se recibiese una carta sistática del Papa. No había ninguna causa efectiva, estimaba el sínodo, para cualquier disputa entre las iglesias, y recomendaba que se consultara con los patriarcas de Alejandría y Jerusalén. El patriarca de Antioquía se hallaba allí en persona. El patriarca Nicolás III de Constantinopla escribió a Urbano para informarle de estas decisiones y para pedirle que enviase la carta sistática dentro del plazo de dieciocho meses. Le aseguraba que las iglesias latinas en Constantinopla quedarían en libertad de seguir sus propios usos. No había ninguna alusión a cuestiones teológicas. Esto no agradó a los embajadores del Emperador en Italia, Basilio, metropolitano de Trani, y Romano, arzobispo de Rossano, clérigos griegos que estaban alarmados por las intromisiones papales en sus territorios y que se habían escandalizado cuando el Papa, con alguna justificación histórica, reclamaba que su diócesis debería incluir efectivamente a Tesalónica. Habrían preferido que el Emperador hubiese apoyado al Antipapa. Pero Alejo había decidido cuál de los dos era el mejor, y era lo bastante realista para aceptar la pérdida de la Italia bizantina; y Guiberto no tardó en ofender a sus amigos griegos al celebrar un concilio en Roma en el que condenó el matrimonio de los clérigos[10].

Urbano no envió nunca, efectivamente, una carta sistática, tal vez porque no deseaba plantear problemas de teología; ni tampoco se insertó su nombre nunca en los dípticos de Constantinopla. Sin em-

[9] Gay, *op. cit.*, págs. 358-63.

[10] El informe del sínodo se halla, con las cartas pertinentes, en Holtzmann, «Unionsverhandlungen zwischen Kaiser Alexios I und Papst Urban II im Jahre 1089», en *Byzantinische Zeitschrift*, vol. XXVIII, págs. 60-7. Los términos de las decisiones del sínodo, citados más arriba, tienen que significar que el patriarca Sergio II, había actuado en 1009 sin someter el asunto a un sínodo ni consultar con los otros patriarcas de Oriente. Para el Concilio de Guiberto, véase Jaffé-Loewenfeld, *Regesta*, vol. I, pág. 652.

bargo, se restablecieron las buenas relaciones. Una embajada de Alejo visitó a Urbano en 1090, entregándole un mensaje de amistad cordial. El punto de vista oficial de Bizancio se puso de manifiesto en un tratado escrito por Teofilacto, arzobispo de Bulgaria. Rogaba a sus lectores que no exagerasen la importancia de la uniformidad de los usos. Lamentaba la adición de la palabra *Filioque* al Credo, pero explicaba que la pobreza de la lengua latina en terminología teológica podría provocar algún equívoco. No tomaba en serio la petición papal de poseer autoridad sobre las iglesias orientales [11]. De hecho, no había en absoluto ninguna razón para que se produjera un cisma. Otros teólogos orientales siguieron discutiendo las diferencias de usos; pero sus polémicas se mantenían en tono menor. Entre estos escritores hallábase el patriarca de Jerusalén, Simeón II, que condenó el uso latino del pan sin levadura en la Comunión, aunque en unos términos que no eran, ni mucho menos, acres [12].

A principios de 1095, el papa Urbano II se trasladó, desde Roma, hacia el Norte, y convocó a los representantes de toda la Iglesia occidental para reunirse con él en el primer gran Concilio de su pontificado, que habría de celebrarse en marzo en Piacenza. Allí, el clero reunido aprobó decretos contra la simonía y los matrimonios de eclesiásticos y contra el cisma dentro de la Iglesia. Se discutió el adulterio del rey Felipe de Francia; pero se acordó no tomar medida alguna hasta que el propio Urbano pudiese visitar Francia. Llegaron emisarios de Conrado, el hijo del emperador Enrique, para concertar una entrevista con el Papa en Cremona. La esposa de Enrique, Praxedis de Rusia, de la casa escandinava que reinaba en Kiev, llegó en persona para contar las indignidades que sufría a manos de su esposo. El Concilio actuaba como un tribunal supremo de la Cristiandad occidental, bajo la presidencia judicial del Papa.

Entre los asistentes al Concilio había enviados del emperador Alejo. Sus guerras contra los turcos se desarrollaban bien. El poder seléucida se hallaba en franco declive. Unas pocas campañas oportunas podrían destruirlo para siempre. Pero su Imperio estaba aún escaso de soldados. Los antiguos centros de reclutamiento en Anatolia estaban desorganizados y muchos de ellos se habían perdi-

[11] Para el informe de la embajada de Alejo a Urbano, véase Holtzmann, *op. cit.*, págs. 64-7. El tratado de Teofilacto está publicado en *M. P. G.*, vol. CXXVI, cols. 222-50.

[12] El tratado de Simeón está publicado por Leib, *Deux Inédits Byzantins sur les Azymites,* págs. 85-107. Leib dudaba que Simeón fuese el autor, pues el tratado parece ser una réplica a otro, escrito por Bruno de Segni hacia 1108. Pero Michel, *Amalfi und Jerusalem im griechischen Kirchenstreit,* ha demostrado que el tratado es una réplica a otro, debido a un tal Laycus, del que lo plagió Bruno.

do. Dependía en gran parte de mercenarios extranjeros; de regimientos compuestos por pechenegos y otras tribus de las estepas, que usaba principalmente como guardia fronteriza y policía militar; de la guardia varega, constituida aún, en su mayoría, por exiliados anglosajones de la Inglaterra normanda, y de grupos de aventureros occidentales que se enganchaban para un servicio temporal en su ejército. El más eminente de éstos fue el conde Roberto I de Flandes, que luchó a sus órdenes en el año 1090. Pero, ni siquiera con las tropas nativas que todavía podía conseguir, sus necesidades estaban cubiertas. Tenía que proteger la larga frontera danubiana contra los ataques de los bárbaros del Norte. En el Noroeste, los servios estaban inquietos, y sus súbditos búlgaros rara vez permanecían tranquilos por mucho tiempo. Había también siempre el peligro de una agresión normanda desde Italia. En el Asia Menor, la defensa de la mal guarnecida frontera y de sus fortalezas y el mantenimiento general del orden y de las comunicaciones acaparaban todos sus restantes recursos. Si tuviera que tomar la ofensiva debería tener muchos más reclutas. Su política hacia el Papado produciría fruto si podía aprovechar la influencia del Papa para encontrar estos reclutas. Urbano estaba bien dispuesto. Formaba parte del programa papal el persuadir a los pendencieros caballeros de Occidente de que consagrasen sus armas a una causa lejana y más santa. Los embajadores bizantinos fueron invitados a dirigirse a la asamblea.

No nos han llegado sus discursos. Pero parece que, para convencer a los reunidos de lo meritorio que sería servir bajo el Emperador, pusieron un acento especial en las calamidades que los cristianos de Oriente tendrían que sufrir hasta que el infiel fuese expulsado. Si el reclutamiento debía ser fomentado por la Iglesia, la tentación de una buena soldada no sería suficiente. El llamamiento al deber cristiano resultaba un argumento más poderoso. No era el momento para un enjuiciamiento exacto de los logros e intenciones de Bizancio. Pero convenía que los obispos regresasen a sus casas creyendo que la Cristiandad estaba aún amenazada, y pronto estarían ansiosos de enviar a los miembros de sus rebaños hacia el Este para luchar en el ejército cristiano.

Los obispos recibieron una fuerte impresión, lo mismo que el Papa. Cuando viajaba hacia Cremona, donde le rindió homenaje el joven Conrado, y más adelante, por los puertos alpinos, hacia Francia, empezaba a rondarle por la cabeza un proyecto más amplio y más glorioso, con vistas a una guerra santa [13].

[13] Bernoldo de Constanza, ad ann. 1095, pág. 161; Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles,* vol. V, parte I, págs. 394-5. Véase también Munro, en *American Historical Review,* vol. XXVII, págs. 731-3.

Capítulo 8
EL LLAMAMIENTO

«Escuchadme vosotros, los de empedernido corazón, los que estáis lejos de la justicia.»

(Isaías, 46, 12.)

El papa Urbano llegó a Francia a finales del verano de 1095. El 5 de agosto estuvo en Valence y el 11 de agosto llegó al Puy. Desde allí envió cartas a los obispos de Francia y los países vecinos, pidiéndoles que se reunieran con él en noviembre en Clermont. Entretanto, se trasladó al Sur, para pasar el mes de septiembre en Provenza, en Avignon y Saint-Gilles. A principios de octubre se hallaba en Lyon, y desde allí pasó a Borgoña. En Cluny, el 25 de octubre, consagró el altar mayor de la gran basílica que había comenzado a edificar el abad Hugo. Desde Cluny marchó a Souvigny, cerca de Moulins, para rendir homenaje a la tumba del más santo de los abades cluniacensas, San Mayolo. Allí se le unió el obispo de Clermont, para escoltarle hasta su diócesis, ya preparada para el Concilio [1].

Durante sus viajes, Urbano se ocupó de los asuntos de la Iglesia en Francia, organizando y corrigiendo, elogiando y censurando, según los casos lo requiriesen. Pero sus viajes también le permitieron proseguir su otro proyecto. No nos consta si, durante su estancia en el Sur, se entrevistó con Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa

[1] Para los movimientos de Urbano, véase Gay, *op. cit.*, págs. 369-72; Chalandon, *Histoire de la première Croisade*, págs. 19-22.

y marqués de Provenza, ya famoso por su intervención en las guerras santas de España. Pero sabía de él y tenía que haber oído hablar de sus experiencias. En Cluny conversaría con personas ocupadas en el movimiento de peregrinos, tanto a Compostela como a Jerusalén. Le contarían de las insuperables dificultades por que tenían que pasar ahora los peregrinos de Palestina a causa de la disgregación de la autoridad turca en aquellas zonas. Se informó de que no eran sólo las rutas a través del Asia Menor las que estaban cerradas, sino que Tierra Santa resultaba virtualmente inaccesible para los peregrinos.

Las sesiones del Concilio de Clermont se celebraron desde el 18 hasta el 28 de noviembre de 1095. Se hallaban presentes unos trescientos clérigos y su trabajo abarcaba un campo muy amplio. En general, se repitieron los decretos contra las investiduras de seculares, simonía y matrimonio de clérigos, y fue defendida la Tregua de Dios. En particular, fue excomulgado por adulterio el rey Felipe, y también lo fue el obispo de Cambrai por simonía, y se estableció la primacía de la sede de Lyon sobre las de Sens y Reims [2]. Pero el Papa deseaba aprovechar la ocasión para un fin de mayor trascendencia. Se publicó que el martes, 27 de noviembre, celebraría sesión pública para anunciar algo sensacional. Las muchedumbres de religiosos y seculares que se congregaron eran demasiado grandes para haber cabido en la catedral, donde, hasta aquel momento, se había reunido el Concilio. El trono papal se levantó en una plataforma al aire libre, extramuros de la ciudad, cerca de la puerta oriental; y allí, cuando se habían reunido las multitudes, Urbano se puso en pie para dirigirse a ellas.

Cuatro cronistas contemporáneos han recogido para nosotros las palabras del Papa. Uno de ellos, Roberto el Monje, afirma haber estado presente en la reunión. Baudri de Dol y Fulquerio de Chartres escriben como si hubiesen asistido. El cuarto, Guiberto de Nogent, probablemente obtuvo su versión de segunda mano. Pero ninguno de ellos pretende dar una referencia verbal exacta, y cada uno de ellos escribe su crónica algunos años después y matiza su relato a la luz de hechos posteriores. Sólo podemos saber de manera aproximada lo que Urbano dijo efectivamente. Parece ser que empezó su discurso diciendo a sus oyentes que había necesidad de ayudar a sus hermanos de Oriente. La Cristiandad oriental había pedido ayuda, porque los turcos estaban avanzando hacia el corazón de los países cristianos, maltratando a sus habitantes y profanando sus santuarios. Pero no habló sólo de Romania (que es Bizancio). Insistió en la

[2] Hefele-Leclercq, *op. cit.*, vol. V, parte I, págs. 399-403; Mansi, *Concilia*, vol. XX, págs. 695-6, 815 y sigs.

santidad especial de Jerusalén y describió los sufrimientos de los peregrinos que viajaban hacia la Ciudad Santa. Después de haber pintado el cuadro sombrío, inició su gran llamamiento. Dejemos que la Cristiandad occidental se ponga en marcha para rescatar el Oriente. Deberían hacerlo todos, los ricos y los pobres. Deberían dejar de matarse los unos a los otros y luchar, en cambio, en una guerra justa, haciendo la obra de Dios; y Dios los guiaría. Para los que murieran en el campo de batalla habría absolución y remisión de los pecados. La vida terrena era miserable y mala, y los hombres gastaban hasta la ruina sus cuerpos y sus almas. Aquí eran pobres y desgraciados; allí se sentirían gozosos y ricos y verdaderos amigos de Dios. No podía haber demora. Que estén prestos para salir cuando llegue el verano, y que Dios sea su guía [3].

Urbano habló con fervor y con todo el arte de un gran orador. La respuesta fue inmediata e impresionante. Gritos de «*Deus le volt!*» —¡Dios lo quiere!— interrumpieron el discurso. Apenas había terminado el Papa sus palabras, se levantó de su sitial el obispo del Puy y, arrodillándose ante el trono, pidió permiso para unirse a la santa expedición. Cientos de hombres se arremolinaron para seguir su ejemplo. Entonces el cardenal Gregorio cayó de rodillas y empezó a rezar en voz alta el *Confiteor;* y todo el enorme auditorio lo repetía con él. Cuando terminó la oración, Urbano volvió a levantarse y dio la absolución a los presentes y les rogó que volvieran a sus casas [4].

El entusiasmo fue mayor de lo que Urbano había esperado. Sus planes para la dirección no estaban aún ultimados. Ningún señor secular importante había acudido a Clermont. Los reclutados eran todos de condición humilde. Sería menester asegurar un apoyo secular más sólido. Entretanto, Urbano reunió a sus obispos para nuevas consultas. El Concilio había aprobado ya, probablemente a petición

[3] El sermón de Urbano lo relatan cinco de los cronistas: Fulquerio de Chartres, I, iii, págs. 130-8; Roberto el Monje, I, i-ii, págs. 727-9; Baudri, *Historia Jerosolimitana,* I, iv, págs. 12-15; Guiberto de Nogent, II, iv, páginas 137-40, y Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum,* vol. II, págs. 393-8. Guillermo escribió unos treinta años más tarde, pero los otros cuatro lo hicieron como si hubiesen estado presentes. Baudri afirma rotundamente haber sido testigo presencial. Pero tanto Baudri como Guiberto admiten que las versiones de sus palabras pueden no ser del todo exactas. Todas las versiones difieren mucho. Munro, «The Speech of Pope Urban II at Clermont», en la *American Historical Review,* vol. XI, págs. 231 y sigs., analiza las diferencias entre las varias versiones y confía en poder dilucidar cuál sea el texto verdadero reuniendo los puntos en que todas las versiones coinciden. Pero resulta evidente que cada cronista escribió el discurso que él pensaba que el Papa debía haber pronunciado, añadiéndole sus propios recursos retóricos favoritos.

[4] Roberto el Monje, I, ii-iii, págs. 15-16; Baudri, I, v, pág. 15.

suya, un decreto general indultando las penas temporales por los pecados a todos aquellos que tomaran parte, con intenciones piadosas, en la guerra santa. Ahora se agregaba que los bienes temporales de los participantes se pondrían bajo la protección de la Iglesia durante su ausencia por la guerra. El obispo local sería responsable de su salvaguardia y debería devolverlos intactos cuando el guerrero regresase a casa. Cada miembro de la expedición tendría que llevar el signo de la Cruz, como símbolo de su dedicación; una cruz de tela roja debería coserse en el hombro de su sobreveste. Todo el que abrazara la Cruz tendría que hacer voto de ir a Jerusalén. Si volvía antes de tiempo, o dejaba de salir, sería excomulgado. Los clérigos y los monjes no podían abrazar la Cruz sin el permiso del obispo o del abad. Las personas de edad y los enfermos tendrían que ser disuadidos de intentar la expedición; y nadie en absoluto debería hacerla sin consultar con su director espiritual. No se trataba de una guerra de mera conquista. En todas las ciudades reconquistadas del infiel, las iglesias de Oriente volverían a disfrutar de todos sus derechos y posesiones. Todos deberían estar dispuestos para abandonar sus países hacia la fiesta de la Asunción (el 15 de agosto) del año siguiente, cuando ya se hubiesen recogido las cosechas; y los ejércitos se encontrarían en Constantinopla [5].

Después había que nombrar un jefe. Urbano deseaba que quedase bien sentado que la expedición estaba bajo el mando de la Iglesia. Su jefe tenía que ser un eclesiástico, un legado suyo. Con la aprobación unánime del Concilio, nombró al obispo del Puy.

Ademaro de Montiel, obispo del Puy, pertenecía a la familia de los condes de Valentinois. Era un hombre de mediana edad, que ya había hecho la peregrinación a Jerusalén nueve años antes. Había merecido la jefatura por haber sido el primero en responder al llamamiento de Urbano; pero como ya había alojado a Urbano en El Puy, durante el mes de agosto, y debió haber hablado con él de las cuestiones de Oriente, es posible que su emocionante gesto no hubiese sido totalmente espontáneo. El nombramiento era inteligente. La experiencia posterior le acreditó como excelente predicador y hábil diplomático, de criterio amplio, paciente y amable, un hombre al que todos respetarían, aunque procuraba usar más de la persuasión que de la autoridad. Utilizaba indefectiblemente su influencia para

[5] Los cánones del Concilio de Clermont los recoge Lamberto de Arras en Mansi, *Concilia*, vol. XX, págs. 815-20. Sólo el 33 y último atañe directamente a la Cruzada, y, aunque Graciano lo atribuye al Concilio, no se encuentra en los cánones del Concilio de Rouen, que reproduce los del de Clermont. Véase Hefele-Leclercq, *op. cit.*, vol. V, pág. 339. Chalandon, *op. cit.*, págs. 44-6, estudia los arreglos del Papa valiéndose de las diversas y algo confusas fuentes.

controlar a los magnates que estaban, nominalmente, a sus órdenes [6].

El primero de los príncipes que pidió unirse a la expedición fue el conde Raimundo de Tolosa. El 1.º de diciembre, cuando Urbano se hallaba aún en Clermont, llegaron mensajeros para comunicar que la corte y muchos nobles estaban deseosos de abrazar la Cruz. Raimundo, que estaba en Tolosa, no podía haber tenido noticia del gran discurso de Clermont. Tuvo que haber sido informado previamente. Como el primero en estar enterado del proyecto y el primero en haber hecho el voto, estimaba que debería ser el jefe secular con preferencia sobre otros señores. Deseaba ser el Moisés para el Aarón Ademaro. Urbano no quiso aceptar tal pretensión; sin embargo, Raimundo nunca renunció plenamente a ella. Entretanto pensó cooperar lealmente con Ademaro [7].

Urbano salió de Clermont el 2 de diciembre. Después de visitar varias casas de Cluny, pasó la Navidad en Limoges, donde predicó la Cruzada en la catedral, pasando después hacia el Norte, por Poitiers, al valle del Loira. En marzo estaba en Tours, donde celebró un concilio; y un domingo convocó a una asamblea para reunirse con él en un prado en las riberas del río. Erguido, sobre una plataforma improvisada, predicó un extenso y solemne sermón, exhortando a sus oyentes al arrepentimiento y a unirse a la Cruzada. Desde Tours volvió hacia el Sur, a través de Aquitania, pasando por Saintes y Burdeos, hasta Tolosa. Tolosa fue su cuartel general durante mayo y junio, y tuvo muchas ocasiones para discutir la Cruzada con su anfitrión, el conde Raimundo. A finales de junio se trasladó a Provenza. Raimundo le acompañó hasta Nîmes.

En agosto, el Papa volvió a cruzar los Alpes camino de Lombardía. Su viaje no había sido un recreo. Durante todo el tiempo estuvo consultando con eclesiásticos y escribiendo cartas, procurando completar la reorganización de la Iglesia en Francia y, sobre todo, prosiguiendo sus planes para la Cruzada. Cartas sinodales, que incorporaban las decisiones tomadas en Clermont, fueron enviadas a todos los obispos de Occidente. En algunos casos, se celebraron concilios provinciales para recibir las cartas y considerar la acción local que debía emprenderse. Es probable que los principales poderes laicos hubiesen sido oficialmente informados de los deseos del Papa [8]. Des-

[6] Roberto el Monje, I, iv, pág. 731; Guiberto, II, v, pág. 140. Para la historia anterior de Ademaro, véanse los textos recogidos en Chevalier, *Cartulaire de Saint-Chaffre,* págs. 13-14, 139, 161-3.

[7] Baudri, I, v, pág. 16.

[8] Orderico Vital, *Historia Ecclesiastica,* IX, 3, vol. III, pág. 470; Riant, *Inventaire,* pág. 109. Riant, *op. cit.,* pág. 113, cita un texto del siglo XVI, basado, al parecer, en algún documento perdido que describe al Papa informando a los señores seculares de sus deseos. Sus movimientos están relatados

de Limoges, a fines de 1095, Urbano escribió a todos los fieles de Flandes, dándoles cuenta de los acuerdos del Concilio de Clermont y pidiendo su apoyo [9]. No le faltaba razón para estar satisfecho con la respuesta que recibió de Flandes y de los países vecinos. En julio de 1096, mientras estaba en Nîmes, recibió un mensaje del rey Felipe, manifestándole su absoluta sumisión en el asunto de su adulterio y comunicándole, quizá, al mismo tiempo, la adhesión de su hermano, Hugo de Vermandois, a la Cruzada [10]. Durante el mismo mes, Raimundo de Tolosa dio pruebas de sus intenciones al donar muchas de sus posesiones al monasterio de Saint Gilles [11]. Tal vez se debió al consejo de Raimundo el que Urbano decidiera que sería necesaria la ayuda de una potencia marítima para mantener los suministros de la expedición. Partieron dos legados con cartas para la república de Génova solicitando su cooperación. La república accedió a equipar doce galeras y un transporte, si bien, con cautela, aplazó su salida hasta saber si la Cruzada sería un movimiento serio. Hasta julio de 1097 no zarpó esta flota de Génova. Entretanto, muchos genoveses abrazaron la Cruz [12].

Por la época en que Urbano se hallaba de regreso en Italia, estaba seguro del éxito de su proyecto. Sus llamamientos se obedecían afanosamente. Desde lugares tan distantes como Escocia, Dinamarca y España, los hombres se apresuraban a hacer sus votos. Algunos facilitaban dinero para el viaje pignorando sus bienes y sus tierras. Otros, creyendo que no volverían nunca, donaban todo a la Iglesia. Se había adherido a la Cruzada un número suficiente de grandes nobles para darle un formidable apoyo militar. Además de Raimundo de Tolosa y Hugo de Vermandois, Roberto II de Flandes, Roberto, duque de Normandía, y el cuñado de éste, Esteban, conde de Blois, se hallaban haciendo preparativos para partir. Más notable fue la adhesión de hombres fieles al emperador Enrique IV. El principal entre éstos era Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, que abrazó la Cruz con sus hermanos Eustaquio, conde de Boloña, y Balduino. En torno a estos jefes había muchos miembros de la no-

con todo detalle por Crozet, «Le Voyage d'Urbain II», en *Revue Historique*, vol. CLXXIX, págs. 271-310.

[9] La carta se encuentra en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe*, págs. 136-7. En ella Urbano señala la fecha del 15 de agosto para la partida de la Cruzada.

[10] Jaffé-Loewenfeld, *Regesta*, vol. I, pág. 688. Las promesas de arrepentimiento de Felipe no fueron cumplidas.

[11] Documento transcrito en D'Achéry, *Spicilegium*, 2.ª ed., vol. I, pág. 630, y en Mansi, *Concilia*, vol. XX, pág. 938.

[12] Caffaro, *De Liberatione*, págs. 49-50.

bleza menor y algunos pocos eclesiásticos eminentes, como el obispo de Bayeux [13].

En Italia, Urbano encontró un entusiasmo parecido. En septiembre de 1096 escribió a la ciudad de Bolonia para agradecer a los ciudadanos su celo y para advertirles que no partieran hacia Oriente sin el permiso de sus sacerdotes. Tampoco podrían los esposos recién casados abandonar sus hogares sin el permiso de sus mujeres. Entretanto, las noticias del proyecto habían llegado a la Italia meridional, donde fueron calurosamente recibidas por muchos de los normandos, que siempre estaban dispuestos a lanzarse a alguna nueva aventura. Inicialmente, los príncipes se mantuvieron al margen, pero Bohemundo, hijo de Guiscardo, ahora príncipe de Tarento, aunque coartado en sus ambiciones en Italia por su hermano Roger Borsa y su tío Roger de Sicilia, no tardó en comprender las posibilidades que podría ofrecerle la Cruzada. Con muchos miembros de su familia y amigos suyos, abrazó la Cruz. Su participación dio al movimiento muchos de los soldados más expertos y emprendedores de Europa. Cuando Urbano volvió a Roma por el tiempo de Navidad, en 1096, podía estar seguro de que la Cruzada estaba verdaderamente en marcha [14].

En efecto, había puesto en marcha un movimiento más grande de lo que suponía. Tal vez habría sido mejor si se hubiesen adherido menos grandes señores a su llamamiento. Pues, si bien para todos, excepto para Bohemundo, el motivo más serio lo constituía el auténtico fervor religioso, pronto sus intereses y rivalidades terrenales crearían perturbaciones mucho más allá del posible control que pudiera ejercer el legado papal. Aún más incontrolable resultó el entusiasmo mostrado por la gente humilde en Francia, Flandes y Renania.

El Papa había pedido a sus obispos que predicasen la Cruzada; pero una predicación mucho más efectiva la estaban haciendo hombres más humildes, evangelizadores como Roberto de Arbrissel, fundador de la orden de Fontebrault, y aún más eficaz resultó la predicación de un monje mendicante llamado Pedro. Pedro era un hombre de edad, nacido en algún lugar cerca de Amiens. Había intentado, quizá, peregrinar a Jerusalén años atrás, pero, maltratado por los turcos, habría tenido que regresar. Sus contemporáneos le conocían por «el pequeño Pedro» —*chtou* o *kiokio,* en el dialecto picardo—; pero, más tarde, el hábito de eremita que solía llevar siempre le dio el sobrenombre de «el Ermitaño», con el que se le

[13] Para listas más completas de los cruzados, véase *infra,* libro III, cap. 9.

[14] Urbano II, *Carta a los ciudadanos de Bolonia,* en Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 137-8. Para los normandos, véase *supra,* págs. 56-58.

conoce en la Historia. Era hombre de poca estatura, de tez morena, de rostro alargado, magro, terriblemente parecido al burro que montaba siempre y que las gentes reverenciaban casi tanto como al mismo ermitaño. Iba descalzo, y sus hábitos eran mugrientos. No comía ni pan ni carne, sino pescado, y bebía vino. A pesar de su aspecto humilde, tenía el poder de arrastrar a la gente. Había un nimbo de extraña autoridad en torno a él. «Cualquier cosa que decía o hacía —nos refiere Guiberto de Nogent, que le conoció personalmente— parecía algo semidivino» [15].

Probablemente Pedro no habría asistido al Concilio de Clermont; sin embargo, antes de que acabara el año 1095 ya estaba predicando la Cruzada. Empezó su viaje en Berry. Se dirigió después, durante febrero y marzo, pasando por Orléans y la Champaña, hacia Lorena, y desde allí, dejando atrás las ciudades del Mosa y Aquisgrán, marchó a Colonia, donde pasó la Pascua de Resurrección. Reunió discípulos a los que envió a las zonas que él no podía visitar. Entre ellos se contaban los franceses Gualterio Sans-Avoir, Reinaldo de Breis, Godofredo Burel y Gualterio de Breteuil, y los alemanes Orel y Gottschalk. A cualquier parte que iban él o sus lugartenientes, los hombres y las mujeres abandonaban sus casas para seguirles. Cuando llegó a Colonia, su cortejo podía calcularse en unas 15.000 personas; y en Alemania se le unieron muchas más [16].

El éxito extraordinario de su predicación se debió a muchas causas. La vida para el campesino, en el noroeste de Europa, era sórdida e incierta. Durante las invasiones de los bárbaros y las incursiones de los escandinavos se había quedado mucha tierra sin cultivar. Habían sido rotos los diques y el mar y los ríos habían inundado los campos. Los señores a menudo prohibían la tala de los bosques, en los que cazaban por placer. Un pueblo que no estuviera protegido por el castillo de un señor se hallaba expuesto a ser saqueado o incendiado por bandoleros o por soldados que luchaban en pequeñas guerras civiles. La Iglesia procuraba proteger a los campesinos pobres y establecer *burgos* en las tierras vacías; pero su ayuda era esporádica y a menudo inoperante. Los grandes señores podían fomentar el crecimiento de las ciudades, pero los barones menores se oponían a ello. La organización señorial estaba resquebrajándose, pero no surgía ningún sistema adecuado para sustituirla. Aunque la servi-

[15] Guiberto, I, vii, pág. 142. El análisis más completo acerca del origen y comienzos de Pedro se encuentra en Hagenmeyer, *Le Vrai et le Faux sur Pierre l'Hermite* (trad. por Furcy Raynaud), págs. 17-63. Guiberto le describe en II, viii, pág. 142; Orderico Vital, IX, 4, vol. III, pág. 477, da el número de 15.000 como el de sus seguidores.

[16] Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 127-51; Chalandon, *op. cit.*, págs. 57-9.

dumbre efectiva se había extinguido, los hombres estaban ligados a la tierra por obligaciones que no podían fácilmente eludir. Entre tanto, la población iba en aumento y los bienes de un pueblo no podían subdividirse más allá de un cierto límite. «En este país —decía Urbano en Clermont, según Roberto el Monte— apenas podéis alimentar a los habitantes. Eso se debe a que agotáis sus bienes y provocáis interminables guerras entre vosotros mismos.» Los años precedentes habían sido particularmente difíciles. A las inundaciones y pestes de 1094 siguieron sequías y hambres en 1095. Era un momento en el que la emigración parecía muy tentadora. Ya en abril de 1095 una lluvia de meteoritos había presagiado un gran movimiento de pueblos [17].

La enseñanza apocalíptica se agregó al estímulo económico. Era una edad de visiones; y a Pedro se le consideraba como visionario. El hombre medieval estaba convencido de que el Segundo Advenimiento estaba próximo. Tenía que arrepentirse mientras estuviera a tiempo y debía partir para hacer el bien. La Iglesia enseñaba que el pecado podía expiarse por la peregrinación, y las profecías manifestaban que la Tierra Santa debía ser reconquistada para la fe antes de que Cristo retornase. Además, para las mentes ignorantes la distinción entre Jerusalén y la Nueva Jerusalén no estaba muy claramente definida. Muchos de los oyentes de Pedro creían que les estaba prometiendo llevarles, sacándolos de las actuales miserias, a la tierra en que corrían la leche y la miel, según las Escrituras. El viaje sería duro; había que vencer a las legiones del Anticristo. Pero la meta era la dorada Jerusalén [18].

Lo que el papa Urbano pensaba de Pedro y del éxito de su predicación nadie lo sabe hoy día. Su carta a los ciudadanos de Bolonia permite suponer que estaba algo inquieto con el entusiasmo incontrolable; pero no impidió, o no pudo hacerlo, que se extendiera por Italia. Durante el verano de 1096, una corriente accidental, aunque constante, de peregrinos sin jefes ni forma alguna de organización empezó a fluir hacia Oriente. Sin duda confiaban, ellos y los secuaces de Pedro, en llegar sanos y salvos a Constantinopla, donde espe-

[17] Ekkehard, *Chronicon*, ad. ann. 1094, pág. 207; Sigeberto de Gembloux, *Chronicon*, ad. ann. 1095, pág. 367; Roberto el Monje, I, i, pág. 728. La lluvia de meteoritos, interpretada por Gisleberto, obispo de Lisieux, como anuncio de un movimiento de las masas hacia los Santos Lugares, está recogida por Orderico Vital, IX, 4, vol. III, págs. 461-2.

[18] El evangelismo apocalíptico de Roberto de Arbrissel (cuya vida, escrita por Baudri, se encuentra en *Aa. Ss.*, 23 de febrero, vol. III) es típico del espíritu de su tiempo. Roberto también predicó la Cruzada, a petición de Urbano (*ibid.*, pág. 695).

rarían al legado y los jefes militares para ser incorporados a las filas regulares del gran ejército cristiano.

La insistencia de Urbano en el extremo de que la expedición se debería reunir en Constantinopla demuestra hasta qué punto confiaba en la buena acogida que le dispensaría el emperador Alejo. Bizancio había pedido soldados a Occidente; y he aquí que respondían al requerimiento, no en calidad de unos pocos mercenarios, sino como ejércitos poderosos y completos. Su confianza era ingenua. Ningún gobierno carece de deseos de crear aliados. Pero cuando estos aliados envían ejércitos enormes, sobre los cuales no tienen control alguno, para invadir su territorio, esperando que se los alimente y aloje y procure cualquier clase de diversión, entonces resulta problemático si la alianza vale la pena. Cuando la noticia del movimiento de las Cruzadas llegó a Constantinopla, surgieron sentimientos de inquietud y alarma.

En 1096, el Imperio bizantino había disfrutado algunos meses de un raro intervalo de reposo. El Emperador acababa de derrotar una invasión cumana de los Balcanes tan decisivamente que ninguna de las tribus bárbaras de las estepas estaba ahora en condiciones de intentar cruzar la frontera. En el Asia Menor, gracias a las guerras civiles fomentadas por la diplomacia bizantina, el Imperio seléucida estaba iniciando su desintegración. Alejo tenía la esperanza de tomar pronto la ofensiva contra él, pero deseaba elegir el momento más propicio. Necesitaba todavía un respiro para poder reponer sus exhaustos recursos. Le preocupaba el problema del reclutamiento de hombres. Deseaba mercenarios de Occidente, y, sin duda, confiaba en que sus embajadores en Italia llevarían a cabo con éxito el reclutamiento. Ahora se enteraba de que, en lugar de caballeros aislados o de pequeños grupos que él esperaba agregar a sus fuerzas, se hallaban en movimiento ejércitos franceses completos. No le agradó, porque sabía por experiencia que los francos eran una raza inconstante, codiciosa de dinero y nada escrupulosa en cumplir los acuerdos. Eran formidables para el ataque; pero en tales circunstancias esto era una ventaja dudosa. Con recelosa repulsa supo la corte imperial, según palabras de la princesa Ana Comneno, que «todo el Occidente y todas las tribus bárbaras desde más allá del Adriático hasta las columnas de Hércules estaban avanzando, en un cuerpo, a través de Europa, hacia Asia, trayendo consigo familias enteras». No solamente el Emperador, sino también sus súbditos, empezaron a sentirse incómodos. Como un portento monitorio, enormes enjambres de langostas se extendían sobre el Imperio, dejando intacto el grano pero devorando las viñas. Inspirados tal vez por una insinuación de las autoridades, deseosas de no sembrar el desaliento, los

adivinos populares interpretaban esto en el sentido de que los francos no querían hacer daño a los buenos cristianos, cuyo símbolo era el cereal, la fuente del pan de vida, sino que querían destruir a los sarracenos, una gente cuya sensualidad bien podía simbolizarse con la viña. La princesa Ana se mostraba un tanto escéptica con la interpretación; pero la semejanza de los francos con las langostas resultaba ciertamente evidente [19].

El emperador Alejo se puso tranquilamente a hacer sus preparativos. Los ejércitos francos tenían que ser alimentados a lo largo de su viaje por el Imperio, y había que tomar precauciones para impedir que devastasen el campo y robasen a sus habitantes. Se establecieron almacenes de provisiones en cada centro principal por el que iban a pasar, y se equipó una fuerza de policía para salir al encuentro de cada destacamento que llegase al territorio del Imperio y para acompañarlo hasta Constantinopla. Había dos grandes rutas a través de la península de los Balcanes; la ruta norte cruzaba la frontera en Belgrado y seguía al Sudeste por Nish, Sofía, Filipópolis y Adrianópolis; la otra ruta era la Vía Ignacia, desde Dirraquio, a través de Ocrida y Edesa (Vodena), a Tesalónica, y luego por Mosinópolis y Selimbria a la capital. Desde la gran peregrinación alemana de 1064, la ruta norte había sido rara vez utilizada por los viajeros de Occidente. El número total de peregrinos había decrecido y los que intentaban el viaje preferían el otro camino. Además, Alejo recibía su información sobre la Cruzada desde Italia. Por eso se anticipó a pedir que los ejércitos francos cruzaran el Adriático y utilizaran la Vía Ignacia. Se enviaron pertrechos a Dirraquio y otras ciudades del itinerario, y el gobernador de Dirraquio, Juan Comneno, sobrino del Emperador, recibió instrucciones de dar una cordial bienvenida a los jefes francos, aunque procurase que ellos y sus ejércitos estuvieran en todo momento vigilados por la policía militar. Enviados de alto rango de Constantinopla salieron para recibir a cada jefe en su momento. Entretanto, el almirante Nicolás Mavrocatacalon llevó una flotilla al Adriático para vigilar sus costas y dar aviso de la llegada de transportes francos.

El Emperador se quedó en Constantinopla, esperando nuevas noticias. Sabiendo que el Papa había fijado el 15 de agosto como fecha de salida de la expedición, no se apresuró mucho en sus preparativos, cuando, de repente, a fines de mayo de 1096, llegó un mensajero desde el Norte para informar que el primer ejército franco había descendido por Hungría y había entrado en el Imperio por Belgrado.

[19] Ana Comneno, *Alexiada,* X, v, 4-7, vol. II, págs. 206-8. Ana atribuye a Pedro el haber organizado la Cruzada, probablemente porque su primer contacto con los cruzados fue con las gentes de Pedro, que lo creían así.

Libro III

EL CAMINO HACIA LAS GUERRAS

Capítulo 9
LA EXPEDICION POPULAR

> «Yahveh no ha podido conducirlos a la tierra que les había prometido.»
>
> (Deuteronomio, 9, 28.)

Pero el Ermitaño llegó con sus seguidores a Colonia el sábado de Gloria, 12 de abril, de 1096 [1]. Allí empezó a comprobar las dificultades que asedian al jefe de una expedición popular. La enorme y abigarrada muchedumbre de entusiastas que había conseguido reunir constaba de gentes de muchas zonas y de muchos tipos. Algunos llevaban consigo a sus mujeres; otros, incluso a sus hijos. Eran, en su mayoría, campesinos, pero también había gente de ciudad entre ellos, segundones de familias hidalgas y antiguos bandoleros y criminales. El único vínculo que los unía era el fervor de su fe. Lo habían

[1] El único relato detallado verídico de los viajes de Pedro el Ermitaño y Gualterio Sans-Avoir es el que hace Alberto de Aix. Su autenticidad (véase *infra,* apéndice 1, pág. 315) ha sido muy discutida, pero parece bastante claro que obtuvo su información de un testigo presencial, quien probablemente tomó notas. Algunas de las cifras que da son poco convincentes, y la conducta de Pedro, a veces, carece de consistencia; pero el autor probablemente quería hacerle aparecer siempre bajo una luz favorable, sin tener en cuenta su falta de solidez. La *Crónica de Zimmern* proporciona alguna información más, pero parece involucrar las Cruzadas de 1096 y 1101. Hay una breve mención en la *Crónica de Bari,* pág. 147. Toda la cuestión ha sido estudiada detalladamente por Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 151-241. En las cosas principales estoy de acuerdo con sus opiniones.

abandonado todo para seguir a Pedro, y estaban ansiosos de proseguir su camino. Además, resultaba esencial seguir la marcha si es que se pretendía alimentarlos, pues eran pocas las zonas de la Europa medieval que tenían un excedente bastante de subsistencias para hacer frente a las necesidades de tan enorme gentío. Sin embargo, Colonia estaba situada en una fértil campiña, con buenas comunicaciones fluviales. Pedro quería sacar provecho de las facilidades que esto suponía para hacer un alto en el camino y predicar a los alemanes. Deseaba seguramente atraer a algunos nobles locales a su Cruzada. En Francia y en Flandes los caballeros preferían unirse a los grupos de algún gran señor. Pero en Alemania ningún gran señor iba a la guerra santa. Su predicación tuvo éxito. Entre los muchos alemanes que respondieron a su llamamiento había varios de la nobleza menor, encabezados por el conde Hugo de Tubinga, el conde Enrique de Schwarzenberg, Gualterio de Teck y los tres hijos del conde de Zimmern [2].

Pero los franceses estaban impacientes. Gualterio Sans-Avoir decidió no esperar más en Colonia. Con algunos millares de compatriotas abandonó la ciudad nada más pasada la Pascua de Resurrección y se puso en ruta hacia Hungría. Siguiendo el curso ascendente del Rhin y del Neckar, y luego el descendente del Danubio, llegó a la frontera húngara el 8 de mayo. Allí se dirigió al rey Colomán para pedirle permiso de atravesar el reino y solicitar provisiones para sus hombres. Colomán se portó amistosamente. El ejército pasó por Hungría sin que surgiera ningún incidente desagradable. Hacia fines de mes llegó a Semlin, en la otra frontera, y cruzó el río Save, por Belgrado, hacia territorio bizantino.

Al comandante militar de Belgrado le cogió por sorpresa. No había recibido ninguna norma sobre cómo actuar ante tal invasión. Envió un correo urgente a Nish, donde residía el gobernador de la provincia búlgara, para informarle de la llegada de Gualterio. El gobernador, un oficial concienzudo, aunque poco brillante, llamado Nicetas, tampoco tenía instrucciones. Por su parte, despachó un mensajero para llevar las noticias lo más rápidamente posible a Constantinopla. Entretanto, Gualterio pedía en Belgrado víveres para sus seguidores. La cosecha aún no se había recogido y a la guarnición no le sobraba nada; en consecuencia, Gualterio y sus tropas empezaron a saquear el campo. Montó en cólera a causa de un desdichado suceso en Semlin, donde dieciséis de sus hombres, que no habían

[2] Véase Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 158-60 y 165-6, especialmente la página 160, n. 2, y pág. 166, n. 1, por lo que concierne a los señores alemanes que se unieron a Pedro. Ekkehard, *Hierosolymita*, págs. 18-19, dice que la Cruzada no fue predicada oficialmente en Alemania debido al cisma.

cruzado el río con sus compañeros, intentaron robar en un bazar. Los húngaros los apresaron y los despojaron de sus armas y trajes, que colgaron, como advertencia, de las murallas de Semlin, enviándolos después desnudos hasta Belgrado. Cuando se inició el pillaje en los alrededores de Belgrado, el comandante recurrió a las armas. En las luchas resultaron muertos varios secuaces de Gualterio y otros fueron quemados vivos en una iglesia.

Gualterio pudo, por fin, marchar a Nish, donde Nicetas le recibió amablemente y le facilitó vituallas, reteniéndole allí hasta que le llegara contestación de Constantinopla. El Emperador, que creía que la Cruzada no partiría de Occidente antes de la fiesta de la Asunción, se vio obligado a acelerar sus preparativos. Pidió a Nicetas que Gualterio siguiese bajo escolta hasta la capital. Acompañado por esta escolta, Gualterio y su ejército prosiguieron su camino en paz. A principios de julio llegaron a Filipópolis, donde murió el tío de Gualterio, Gualterio de Possy, y hacia mediados de mes estaban en Constantinopla [3].

Nicetas se enteraría por Gualterio que Pedro no estaba muy lejos con un ejército mucho más numeroso. Por tanto, se trasladó a Belgrado para salirle al encuentro y establecer contacto con el gobernador húngaro de Semlin.

Pedro salió de Colonia hacia el 20 de abril. Los alemanes se habían burlado al principio de su predicación, pero ahora muchos miles se habían unido a él, hasta el punto de que sus seguidores sumarían quizá cerca de veinte mil hombres y mujeres. Otros alemanes, inflamados por su entusiasmo, proyectaban seguirle más tarde, al mando de Gottschalk y del conde Emich de Leisingen. Desde Colonia, Pedro tomó el camino acostumbrado, Rhin y Neckar arriba, hasta el Danubio. Cuando llegaron al Danubio, algunos de sus hombres decidieron seguir viaje en barco a favor del río, pero Pedro y el núcleo principal de sus fuerzas siguieron la ruta que pasaba al sur del lago Ferto y que entrada en Hungría por Oedenburg. Pedro iba montado en un asno, los caballeros alemanes en sus cabalgaduras, y los pesados carromatos llevaban todas las provisiones que poseían y la caja del dinero que Pedro había recaudado para el viaje. Sin embargo, la gran mayoría iba a pie. Cuando los caminos eran buenos, conseguían hacer veinticinco millas diarias.

El rey Colomán recibió a los emisarios de Pedro con la misma benevolencia que había mostrado a Gualterio, advirtiéndoles únicamente que sería castigado cualquier intento de pillaje. El ejército marchó tranquilamente a través de Hungría durante fines de mayo

[3] El viaje de Gualterio está descrito en Alberto de Aix, I, 6, págs. 274-6, y más brevemente en Orderico Vital, IX, 4, vol. III, págs. 478-9.

y principios de junio. En algún lugar, seguramente cerca de Karlovci, se le unieron los destacamentos que habían hecho el viaje en barco. En 20 de junio llegó a Semlin [4].

Allí comenzaron las dificultades. Lo que ocurrió realmente está poco claro. Parece que el gobernador, que era un turco guzo de origen, se alarmó por la magnitud del ejército. Juntamente con su colega del otro lado de la frontera intentó imponer medidas de policía. El ejército de Pedro se mostró suspicaz. Le habían llegado rumores de los sufrimientos padecidos por los hombres de Gualterio; temía que los dos gobernadores estuvieran conspirando contra ellos, y se escandalizó al descubrir las armas de los dieciséis pillos de Gualterio colgando aún de las murallas de la ciudad. Pero todo hubiese salido bien de no haber surgido una disputa por la venta de un par de zapatos. Esto provocó un tumulto, que se convirtió en una batalla campal. Probablemente contra los deseos de Pedro, sus hombres, al mando de Godofredo Burel, atacaron la ciudad y consiguieron asaltar la ciudadela. Murieron cuatro mil húngaros y se capturó un enorme almacén de provisiones. Después, temerosos de la venganza del rey húngaro, se apresuraron a cruzar el río Save.

Cogieron toda la madera que pudieron reunir, quitándola de las casas, para construir balsas. Nicetas, inquieto y alerta desde Belgrado, procuraba controlar el paso del río y quería obligarles a usar un solo vado. Sus tropas estaban compuestas principalmente de mercenarios pechenegos, hombres en los que se podía confiar que obedecerían ciegamente sus órdenes. Fueron enviados en barcazas para impedir cualquier intento de vadear el río excepto en el lugar señalado. Reconociendo que tenía pocas tropas para habérselas con semejante horda, Nicetas se retiró a Nish, donde estaban emplazados los cuarteles generales militares de la provincia. A raíz de su partida, los habitantes de Belgrado abandonaron la ciudad y huyeron a las montañas [5].

El 23 de junio, el ejército de Pedro forzó el paso a través del Save. Mientras los pechenegos intentaban obligarles a que pasaran por un solo sitio, se vieron atacados. Varios de los barcos fueron hundidos y los soldados que había a bordo hechos prisioneros y

[4] Alberto de Aix, I, 7, pág. 276. Malavilla debe identificarse sin duda alguna con Semlin (Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 169, n. 1); Guiberto, II, viii, páginas 142-3, dice quqe Pedro tuvo dificultades al cruzar Hungría, pero parece ser que le confunde con Emich.

[5] Alberto de Aix, I, 7, 8, págs. 276-8. Alberto presenta aquí a Pedro —que en otros lugares aparece como una persona pacífica— sediento de venganza, probablemente a causa de que su informador estimaba que tal ferocidad constituía un mérito para Pedro. La repetición del número 7, en relación con la guardia pechenega de la frontera, tampoco debe tomarse al pie de la letra. Alberto confunde los ríos Morava y Save.

muertos. El ejército entró en Belgrado e incendió la ciudad, después de un saqueo general. Luego siguió su marcha durante siete días a través de los bosques y llegó a Nish el 3 de julio. Pedro se dirigió en seguida a Nicetas para pedirle suministro de víveres [6].

Nicetas había informado a Constantinopla de la llegada de Pedro y estaba esperando a los oficiales y a la escolta militar que debían llegar para acompañar a los occidentales hasta la capital. Tenía una numerosa guarnición en Nish, y la había reforzado reclutando en su zona a mercenarios pechenegos y húngaros [7]. Pero seguramente no podía distraer hombres que sirvieran de escolta a Pedro hasta que le llegaran las tropas de Constantinopla. Por otra parte, resultaba impracticable y peligroso dejar que una muchedumbre tan enorme permaneciese mucho tiempo en Nish. Por tanto, se pidió a Pedro que entregase rehenes mientras se reunían los víveres para sus hombres y que después partiese lo antes posible. Todo fue bien al principio. Godofredo Burel y Gualterio de Breteuil fueron entregados como rehenes. Los habitantes de la localidad no solamente permitieron a los cruzados adquirir las provisiones que necesitaban, sino que muchos de ellos dieron limosnas a los peregrinos más pobres. Algunos incluso solicitaron unirse a la peregrinación.

A la mañana siguiente los cruzados partieron, siguiendo camino hacia Sofía. Cuando estaban saliendo de la ciudad, algunos alemanes, que habían discutido con un hombre de ella la noche anterior, prendieron fuego a unos cuantos molinos cerca del río. Enterado de esto, Nicetas envió tropas para atacar la retaguardia y coger algunos

[6] Alberto de Aix, I, 9, pág. 278. Yo sigo la cronología de Hagenmeyer (*Chronologie*, págs. 30-1).

[7] La escolta enviada desde Constantinopla para recibir a Pedro se le unió en Sofía el 9 o el 10 de julio, habiendo recorrido más de 400 millas. Aunque probablemente era una escolta de caballería y, por tanto, viajaba de prisa, debió partir de la capital antes de que ningún mensajero, enviado desde Nish después de la llegada de Pedro a esta ciudad, el 3 de julio, pudiera llegar a la corte imperial. Según Jirecek, *Die Heerstrasse von Belgrad nach Constantinopel*, pág. 9, los tártaros que llevaban el correo imperial austríaco a principio del siglo XIX tardaban cinco días en hacer el viaje, cabalgando a galope tendido y utilizando relevos. (La distancia sobrepasa a las 650 millas.) Los caminos bizantinos eran bastante mejores que los otomanos, pero probablemente los relevos no estaban tan bien organizados. Un mensajero especial puede haber tardado, en aquellos tiempos, cinco o seis días en llegar a Constantinopla desde Nish. Nicetas, por tanto, debió enviar a la capital información acerca de la llegada de Pedro antes de que éste cruzase la frontera. Nicetas, a quien las fuentes occidentales llaman Nichita, nos es conocido también por un sello, recogido por Schlumberger, *Sigillographie de l'Empire Byzantin*, pág. 239. No debe confundírsele con León Nicerites, duque de Paristrium, con el que erróneamente le confunde Chalandon en *Essai sur le Règne d'Alexis Comnène*, pág. 167, n. 4.

prisioneros, a los que retendría como rehenes. Pedro iba montado en su asno aproximadamente a una milla de distancia y no se enteró de nada de esto, hasta que un hombre llamado Lamberto corrió desde la retaguardia para contárselo. Volvió apresuradamente para entrevistarse con Nicetas y tratar del rescate de los cautivos. Pero, mientras estaban conferenciando, se propalaron por el ejército rumores de luchas y traición. A consecuencia de ellos, un grupo de alborotadores se volvió y asaltó las fortificaciones de la ciudad. La guarnición los rechazó y contraatacó; después, mientras Pedro, que había salido para contener a sus hombres, intentaba restablecer el contacto con Nicetas, otro grupo reincidió en el ataque. Nicetas, por tanto, lanzó todas sus fuerzas contra los cruzados, que fueron completamente derrotados y dispersados. Muchos de ellos murieron; otros muchos fueron hechos prisioneros, hombres, mujeres y niños, y pasaron el resto de sus días en cautividad en los alrededores. Entre otras cosas, Pedro perdió la caja donde guardaba el dinero. Pedro, con Reinaldo de Breis y Gualterio de Breteuil y unos quinientos hombres más, huyó por la ladera de una montaña, creyendo que ellos eran los únicos supervivientes. Pero a la mañana siguiente les alcanzaron otros siete mil y prosiguieron el camino. En la ciudad abandonada de Bela Palanka se detuvieron para recoger la cosecha, ya que no tenían alimento alguno. Allí se les unieron otros muchos rezagados. Cuando reemprendieron la marcha comprobaron que habían perdido una cuarta parte de sus hombres [8].

Llegaron a Sofía el 12 de julio. Allí encontraron a los enviados y la escolta, llegados de Constantinopla con órdenes de tenerlos plenamente provistos de todo y de procurar que nunca se detuvieran en un sitio más de tres días. Desde entonces su viaje transcurrió tranquilamente. La población indígena se mostraba amistosa. En Filipópolis los griegos estaban tan profundamente emocionados con los relatos de sus sufrimientos que les daban voluntariamente dinero, caballos y mulas. A dos jornadas de Adrianópolis, nuevos enviados saludaron a Pedro con un benévolo mensaje del Emperador. Se acordó perdonar a la expedición por sus crímenes, pues había sido suficientemente castigada. Pedro lloró de alegría ante el favor que le dispensaba tan grande potentado [9].

El amable interés del Emperador no cesó cuando los cruzados llegaron a Constantinopla el 1.° de agosto. Tenía curiosidad de ver a su jefe, y Pedro fue llamado a una audiencia en la corte, donde

[8] Alberto de Aix, I, 9-12, págs. 278-82. Dice que quedaron 30.000 de un ejército de 40.000.

[9] *Ibid.*, I, 13-15, págs. 282-3; Ana Comneno, *Alexiada*, X, v-vi, vol. II, pág. 210.

recibió dinero y buenos consejos. Según la experta opinión de Alejo, la expedición no era impresionante. Temía que si cruzaba hacia Asia sería pronto aniquilada por los turcos. Pero su falta de disciplina le forzó a apartarla lo antes posible de las cercanías de Constantinopla. Los occidentales cometieron robos sin fin. Asaltaron palacios y villas en los suburbios, incluso robaron la plomería de los tejados de las iglesias. Aunque su entrada en Constantinopla estaba rígidamente vigilada, permitiéndose solamente el paso de las puertas a algunos grupos reducidos de visitantes, fue imposible vigilar todos los contornos.

Gualterio Sans-Avoir y sus hombres estaban ya en Constantinopla, y varios grupos de peregrinos italianos llegaron a la ciudad por la misma época. Se unieron a la expedición de Pedro, y el 6 de agosto el conjunto de sus fuerzas fue transportado al otro lado del Bósforo. Desde la margen asiática marcharon de manera anárquica, asaltando casas e iglesias, a lo largo de la costa del mar de Mármara hasta Nicodemia, que yacía abandonada desde el saqueo cometido por los turcos quince años antes. Allí estalló una disputa entre los italianos y los alemanes, de una parte, y los franceses, de otra. Los primeros se separaron del mando de Pedro y eligieron como jefe a un señor italiano llamado Reinaldo. En Nicomedia, las dos partes del ejército se dirigieron al Oeste, a lo largo de la costa sur del golfo de Nicomedia, hasta un campamento fortificado llamado Ciboto por los griegos y Civetot por los cruzados, campamento que Alejo había preparado para el uso de sus propios mercenarios ingleses en las proximidades de Helenópolis. Era un lugar muy favorable para un campamento, pues estaba en una zona fértil que podía abastecerse fácilmente por mar desde Constantinopla [10].

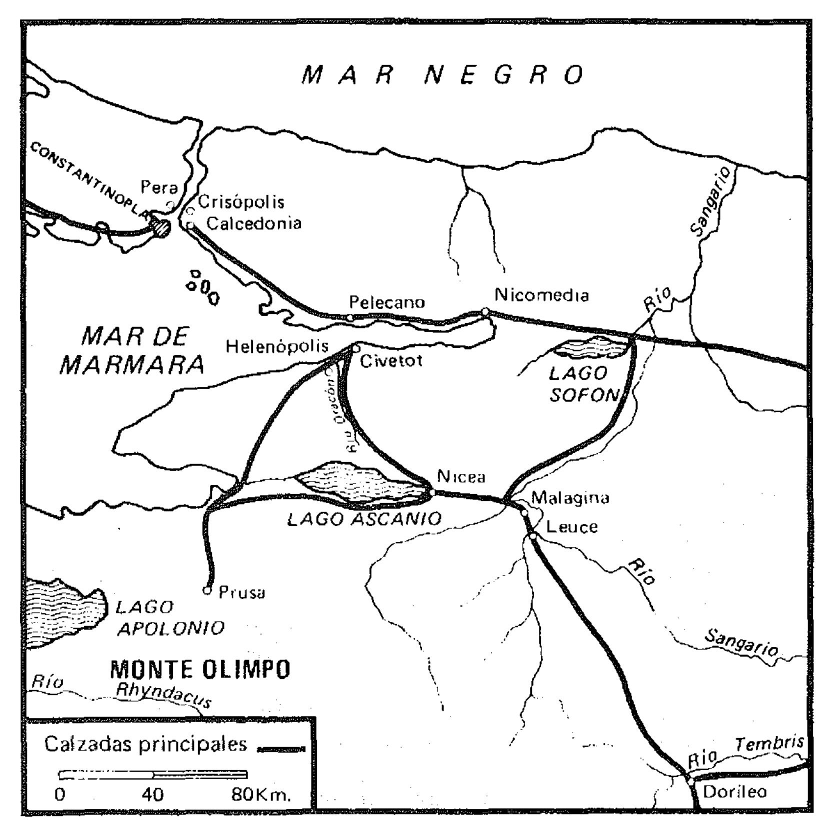
Alejo había instado a Pedro a esperar la llegada del grueso de los ejércitos cruzados antes de intentar cualquier ataque contra el infiel, y Pedro se sintió influido por su consejo. Pero la autoridad de Pedro iba menguando. Tanto los alemanes e italianos, bajo Reinaldo, como sus propios franceses, en los cuales parece ser que ha tenido la principal influencia Godofredo Burel, en lugar de recobrar tranquilamente su energía, rivalizaban unos con otros en las incursiones del campo. Primeramente saquearon las proximidades inmediatas; después, cautelosamente, avanzaron hacia el territorio ocupado por los turcos, haciendo correrías y robando a los aldeanos, que eran todos cristianos griegos. A mediados de septiembre, varios miles

[10] Alberto de Aix, I, 15, págs. 283-4; *Gesta Francorum*, I, 2, pág. 6, donde se hace mención de la conducta turbulenta del ejército; Ana Comneno, *loc. cit.*, Orderico Vital, IX, 5, vol. III, págs. 490-1, nos cuenta que Alejo había preparado Civetot para sus tropas inglesas. Véase Vasilievsky, *Obras* (en ruso), vol. I, págs. 363-4. Para la cronología, véase Hagenmeyer, *Chronologie*, pág. 32.

de franceses se atrevieron a llegar hasta las puertas de Nicea, la capital del sultán seléucida Kilij Arslan Ibn-Suleiman. Saquearon los pueblos de los suburbios, llevándose los rebaños que encontraban y torturando y matando a los habitantes con una saña espeluznante. Se ha dicho que asaron niños en parrillas. Un destacamento turco que salió de la ciudad fue rechazado tras fiero combate. Los franceses volvieron después a Civetot, donde vendieron su botín a sus camaradas y a los marineros griegos que había alrededor del campamento.

Esta provechosa incursión francesa provocó la envidia de los alemanes. Hacia fines de septiembre, Reinaldo salió con una expedición alemana de unos seis mil hombres, entre ellos clérigos e incluso obispos. Avanzaron hasta más allá de Nicea, saqueando todo lo que encontraban a su paso, aunque, más humanos que los franceses, evitaron el saqueo de los cristianos, hasta que llegaron a un castillo llamado Xerigordon. Consiguieron ocuparlo, y, hallándolo bien surtido de toda índole de provisiones, proyectaron convertirlo en un centro desde el que podrían hacer las correrías por todo el campo. Al conocer el sultán la hazaña de los cruzados, envió a un militar de alta graduación con numeroso ejército para reconquistar el castillo. Xerigordon se hallaba enclavado en una colina, y el suministro de agua procedía de un pozo extramuros de la fortaleza y de un manantial que había en el valle. El ejército turco, que llegó ante el castillo el 29 de septiembre, día de San Miguel, derrotó a un grupo de emboscados que Reinaldo había situado fuera del castillo, y, apoderándose del pozo y del manantial, cercó estrechamente a los alemanes. Pronto los sitiados empezaron a desesperar de sed. Intentaban sorber la humedad de la tierra; abrieron las venas de sus caballos y asnos para beber su sangre; incluso bebieron la orina de sus compañeros. Sus sacerdotes procuraban en vano confortarlos y darles ánimos. Después de ocho días de agonía, Reinaldo decidió rendirse. Abrió las puertas al enemigo, recibiendo la promesa de que se le perdonaría la vida si apostataba del cristianismo. Todos los que siguieron fieles a su fe fueron degollados. Reinaldo y los que apostataron con él fueron hechos prisioneros y enviados a Antioquía, y a Alepo, y más lejos aún, a Khorassan.

Las noticias de la conquista de Xerigordon por los alemanes llegaron al campamento de Civetot a principios de octubre. A aquéllas siguieron rumores, propalados por dos espías turcos, de que habían ocupado incluso Nicea y que se estaban repartiendo el botín en su propio beneficio. Tal y como esperaban los turcos, esto provocó una tumultuosa excitación en el campamento. Los soldados clamaban para que se les dejase salir a toda prisa hacia Nicea por caminos que el sultán había sembrado cuidadosamente de emboscadas. Sus jefes



Alrededores de Constantinopla y Nicea en tiempos de la Primera Cruzada.

tenían mucha dificultad para poder contenerlos, hasta que, de repente, se descubrió la verdad sobre la suerte de la expedición de Reinaldo. La excitación se trocó en pánico, y los jefes del ejército se reunieron para discutir las medidas inmediatas a adoptar. Pedro había salido para Constantinopla. Su autoridad sobre el ejército se había esfumado. Confiaba en resucitarla si obtenía alguna ayuda material considerable por parte del Emperador. Había inquietud en el ejército por partir y vengar la matanza de Xerigordon. Pero Gualterio Sans-Avoir convenció a sus colegas para que esperasen al regreso de Pedro, que estaba previsto para unos ocho días después. Pedro, sin embargo, no regresó, y entretanto se supo que los turcos estaban

acercándose a marchas forzadas a Civetot. Nuevamente se reunió el Consejo del ejército. Los jefes de más responsabilidad, Gualterio Sans-Avoir, Reinaldo de Breis, Gualterio de Breteuil y Fulco de Orléans, y los alemanes Hugo de Tubinga y Gualterio de Teck todavía insistían en que nada debía hacerse hasta que regresara Pedro. Pero Godofredo Burel, con la opinión general del ejército, que le apoyaba, insistió en que habría sido cobarde y necio no avanzar contra el enemigo. Se salió con la suya. El 21 de octubre, al amanecer, el ejército completo de los cruzados, que pasaba de 20.000 hombres, salió de Civetot, dejando allí solamente a ancianos, mujeres y niños, y a los enfermos.

A tres millas escasas del campamento, donde el camino a Nicea entraba en un estrecho y arbolado valle, cerca de un pueblo llamado Dracón, se hallaban emboscados los turcos. Los cruzados marchaban, ruidosamente y despreocupados, con los caballeros cabalgando en cabeza. De repente, una granizada de flechas disparadas desde los bosques mató o inutilizó a los caballos, y, cuando empezaron a desmandarse, arrojando a sus jinetes, los turcos atacaron. La caballería, perseguida por los turcos, fue obligada a retroceder hasta donde estaba la infantería. Muchos de los caballeros se batieron valerosamente, pero no pudieron contener el pánico que se apoderó del ejército. En pocos minutos toda la multitud huía en horrible desorden a Civetot. Allí, el campamento acababa de empezar precisamente la rutina de cada día. Algunos de los viejos aún dormían en sus lechos. Aquí y allá algún sacerdote celebraba la primera misa del día. En medio de todo esto irrumpió una horda de fugitivos aterrorizados con el enemigo pisándoles los talones. No hubo ninguna resistencia efectiva. Los soldados, las mujeres y los sacerdotes sufrieron una terrible matanza antes de que tuvieran tiempo de escapar. Algunos huyeron a los bosque cercanos, otros hacia el mar, pero pocos escaparon para mucho tiempo. Otros se defendieron durante un rato encendiendo hogueras, cuyas llamas impulsaba el viento hacia las caras de los turcos. Solamente muchachos y muchachas jóvenes, cuyo aspecto agradaba a los turcos, se libraron, juntamente con los pocos cautivos capturados poco después de pasado el primer fragor de la lucha. Estos fueron reducidos a esclavitud. Unos tres mil, con más suerte que el resto, consiguieron llegar a un viejo castillo que se hallaba cerca del mar. Hacía mucho tiempo que no se usaba, y sus puertas y ventanas estaban desmanteladas. Pero los refugiados, sacando fuerzas de flaqueza, improvisaron fortificaciones con la madera que había alrededor y las reforzaron con armazones, y fueron capaces de rechazar los ataques del enemigo.

El castillo resistió, pero en otras partes del campo, hacia mediodía, todo había terminado. El suelo estaba cubierto de cadáveres

desde el paso del Dracón hasta el mar. Entre los muertos se hallaban Gualterio Sans-Avoir, Reinaldo de Breis, Fulco de Orléans, Hugo de Tubinga, Gualterio de Teck, Conrado y Alberto de Zimmern y muchos otros caballeros alemanes. Los únicos jefes que sobrevivieron fueron Godofredo Burel, cuya impetuosidad había causado el desastre; Gualterio de Breteuil y Guillermo de Poissy, Enrique de Schwarzenberg, Federico de Zimmern y Rodolfo de Brandis, casi todos ellos heridos de gravedad.

Al caer la noche, un griego que estaba en el ejército consiguió encontrar un barco y poner rumbo a Constantinopla para dar cuenta de la batalla a Pedro y al Emperador. No hay constancia de las impresiones de Pedro; sin embargo, Alejo preparó inmediatamente unos cuantos barcos de guerra, con numerosas fuerzas a bordo, que zarparon hacia Civetot. A la llegada de la escuadra de combate bizantina, los turcos levantaron el sitio del castillo y se retiraron tierra adentro. Los supervivientes fueron llevados a los barcos y trasladados a Constantinopla. Allí se les dio alojamiento en las afueras, pero les fueron retiradas las armas [11].

La Cruzada popular tocó a su fin. Había costado muchos miles de vidas; puso a prueba la paciencia del Emperador y de sus súbditos, y enseñó que la fe, por sí sola, sin criterio ni disciplina, no abriría el camino hacia Jerusalén.

[11] Alberto de Aix, I, 16-22, págs. 284-9, y *Gesta Francorum,* I, 2, págs. 6-12, nos dan un informe completo de las incursiones y desastre final del ejército de Pedro. El autor de los *Gesta,* que seguramente obtuvo su información de algún superviviente que encontraría en Constantinopla, dice siempre que Alejo era hostil a Pedro y que se regocijó con la matanza de sus hombres, aunque admite que éstos se comportaron mal y quemaban las iglesias. La versión de Alberto muestra gratitud al Emperador por su generosidad, sus buenos consejos y su prontitud en rescatar a los supervivientes. Ana Comneno, X, vi, 1-6, hace un relato más breve, y en éste se queja del comportamiento de los francos, y dice que Pedro, al que erróneamente supone con el ejército, atribuyó el desastre al desalmado comportamiento de los que no le obedecían. La *Crónica de Zimmern* contiene una lista de los alemanes muertos en Civetot (pág. 29).

Capítulo 10

LA CRUZADA ALEMANA

«¡Ay, Señor Yaveh! ¿Vas a exterminar a todo el residuo de Israel...?»

(Ezequiel, 9, 8.)

La marcha de Pedro el Ermitaño hacia Oriente no significó una disminución del entusiasmo por la Cruzada en Alemania. Había dejado tras de sí a su discípulo Gottschalk para reclutar un nuevo ejército. Y muchos otros predicadores y jefes se disponían a imitar su ejemplo. Pero, aunque los alemanes respondían por millares al llamamiento, estaban menos deseosos que los franceses de ir a Tierra Santa. Quedaba aún mucho por hacer cerca de casa.

Desde hacía bastante siglos se habían establecido colonias judías a lo largo de todas las rutas comerciales de la Europa occidental. Sus habitantes eran judíos sefarditas, cuyos antepasados se habían dispersado por toda la cuenca mediterránea en la alta Edad Media. Mantenían conexiones con sus hermanos de raza en Bizancio y en los países árabes, y así podían desempeñar un papel preponderante en el comercio internacional, sobre todo en el comercio entre los países islámicos y cristianos. La prohibición de la usura en los países cristianos orientales y la estricta vigilancia ejercida en Bizancio les dejó campo libre para la creación de casas de préstamo en el área de la Cristiandad. Su pericia técnica y sus antiguas tradiciones contribuyeron también a que destacaran en la práctica de la medicina. Aparte de persecuciones sufridas hacía mucho tiempo en la España visigótica,

nunca habían sido seriamente perseguidos en Occidente. No tenían ningún derecho de ciudadanía, aunque tanto las autoridades seculares como las eclesiásticas se complacían en otorgar especial protección a tan útiles miembros de la comunidad. Los reyes de Francia y de Alemania habían sido siempre amigos suyos; y recibían un trato privilegiado por parte de los arzobispos de las grandes ciudades de Renania. Pero los campesinos y los ciudadanos pobres, en creciente penuria de dinero a medida que una economía monetaria iba reemplazando a la antigua economía de servicios, estaban cada vez más hundidos en sus deudas y, como consecuencia, sentían un resentimiento cada vez mayor contra los judíos, y éstos, careciendo de seguridad legal, imponían elevados tipos de interés y conseguían beneficios exorbitantes siempre que la benevolencia del gobernador local les apoyaba.

Su impopularidad fue en aumento durante el siglo XI, según crecían las clases de la comunidad que empezaban a tomar de ellos préstamos en metálico, y al comienzo del movimiento de las Cruzadas, se hicieron aún más impopulares. Para un hidalgo resultaba caro el equiparse para la Cruzada; si no tenía tierras ni posesiones que pignorar, se veía forzado a pedir dinero prestado a los judíos. Pero ¿era justo que para marchar y luchar por la Cristiandad tuviese que caer en las garras de los individuos de la raza que había crucificado a Cristo? El cruzado pobre ya tenía a menudo deudas con los judíos. ¿Era justo que se viese impedido en sus deberes cristianos por obligaciones contraídas con uno de la raza impía? La predicación evangélica de la Cruzada ponía su acento en Jerusalén, el escenario de la Crucifixión. Inevitablemente, dirigía con ello la atención hacia el pueblo a cuyas manos Cristo había padecido. Los musulmanes eran el enemigo presente; perseguían a los seguidores de Cristo. Pero los judíos eran probablemente peores; ellos habían perseguido al mismo Cristo [1].

Ya en las guerras españolas hubo por parte de los ejércitos cristianos cierta tendencia a maltratar a los judíos. Por la época de la cruzada a Barbastro, el papa Alejandro II escribió a los obispos de España para recordarles que existía toda la diferencia imaginable entre los musulmanes y los judíos. Los primeros eran enemigos irreconciliables de los cristianos, los últimos estaban dispuestos a colaborar con éstos. Sin embargo, en España los judíos habían gozado de tal favor por parte de los musulmanes que los conquistadores cristianos no podían decidirse a tener confianza en ellos [2].

En diciembre de 1095, las comunidades judías del norte de Francia escribieron a sus correligionarios de Alemania para advertirles

[1] Para la situación de los judíos en este período, véase Graetz, *Geschichte der Juden*, vol. VI, págs. 89 y sigs.

[2] Carta en *M. P. L.*, vol. CLXVI, col. 1387.

que el movimiento de las Cruzadas podía causar también conflictos a su raza [3]. Hubo rumores de una matanza de judíos en Rouen. Es inverosímil que tal matanza se produjera de hecho; pero los judíos estaban suficientemente alarmados como para que Pedro el Ermitaño llevase a cabo una jugada comercial de éxito. Insinuando, sin duda, que le resultaría difícil —por cualquier otro medio— contener a sus seguidores, obtuvo de los judíos franceses cartas de recomendación para las comunidades judías de toda Europa, instándoles a darle la bienvenida y a suministrar, a él y a su ejército, todas las provisiones que pudiesen necesitar [4].

Por la misma época, Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, inició sus preparativos para partir a la Cruzada. Corrió el rumor por la provincia de que había hecho el voto, antes de salir, de vengar la muerte de Cristo con la sangre de los judíos. Aterrorizados, los judíos de la Renania indujeron a Kalonymos, gran rabino de Maguncia, a escribir al jefe supremo de Godofredo, el emperador Enrique IV, que siempre se había manifestado como amigo de su raza, para pedirle que prohibiese la persecución. Al mismo tiempo, para estar a salvo, las comunidades de Maguncia y de Colonia ofrecieron cada una al duque la suma de 500 monedas de plata. Enrique escribió a sus principales vasallos, seculares y eclesiásticos, para pedirles que garantizaran la seguridad de todos los judíos en sus territorios. Godofredo, habiendo triunfado con sus amenazas, contestó que nada estaba más lejos de su pensamiento que una persecución, y gustosamente otorgó la garantía requerida [5].

Si los judíos esperaban escapar tan fácilmente de la amenaza del fervor cristiano, pronto habrían de desilusionarse. A fines de abril de 1096, un cierto Volkmar, de cuyos orígenes nada sabemos, partió de Renania con más de 10.000 hombres para unirse a Pedro en Oriente. Tomó el camino de Hungría que pasaba a través de Bohemia [6]. Pocos días después, el antiguo discípulo de Pedro, Gottschalk, con un ejército algo más numeroso, partió a lo largo de la ruta principal que había tomado Pedro, Rhin arriba y a través de Baviera [7].

Entretanto, había sido reclutado un tercer ejército por un señor

[3] Hagenmeyer, *Chronologie,* pág. 11; Anónimo de Maguncia-Darmstadt, en Neubauer y Stern, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. II, pág. 169.

[4] Salomon bar Simeon, *Relation,* en Neubauer y Stern, *op. cit.,* págs. 25, 131. La *Notitiae Duae Lemovicenses de Praedicatione Crucis in Aquitania,* página 351, alude de manera vaga a las matanzas en varias ciudades francesas.

[5] Salomon bar Simeon, pág. 87; Ekkehard, *Chronicon,* ad ann. 1098, página 208.

[6] Ekkehard, *Hierosolymita,* pág. 20; Cosme de Praga, *Chronicon,* III, 4, pág. 103.

[7] Alberto de Aix, I, 23, págs. 289-90; Ekkehard, *op. cit.,* pág. 20.

menor de la Renania, el conde Emich de Leisingen, que había adquirido ya cierta fama por su vida licenciosa y su bandolerismo. Emich pretendía ahora que tenía una cruz milagrosamente marcada en su carne. Al propio tiempo, como soldado de más experiencia, atrajo a su bandera una variedad más numerosa y formidable de reclutas que los que podían mandar predicadores como Volkmar y Gottschalk. Se le unió una multitud de sencillos peregrinos entusiastas, algunos de ellos siguiéndole como a un simple a quien creían inspirado por Dios. Pero su ejército contaba también con miembros de las noblezas francesa y alemana, tales como los señores de Zweibrücken, Salm y Viernenberger, Hartmann de Dillingen, Drogo de Nesle, Clarambaldo de Vendeuil, Tomás de La Fère y Guillermo, vizconde de Melun, llamado el Carpintero por su enorme fuerza física [8].

Fueron tal vez los ejemplos de Pedro y del duque Godofredo los que sugirieron a Emich lo fácilmente que se podía utilizar el fervor religioso en provecho propio y de sus socios. Ignorando las órdenes especiales del emperador Enrique, convenció a sus seguidores a empezar la Cruzada el 3 de mayo con un ataque a la comunidad judía de Espira, cerca de su tierra. No fue un ataque demasiado impresionante. El obispo de Espira, cuyo afecto había sido ganado mediante un generoso regalo, puso a los judíos bajo su protección. Sólo doce fueron capturados por los cruzados y ejecutados después de negarse a abrazar el cristianismo, y una judía se suicidó por defender su virtud. El obispo salvó al resto e incluso procuró capturar a varios de los asesinos, cuyas manos fueron amputadas en señal de castigo [9].

Aunque había sido pequeña la matanza de Espira, estimuló el apetito. El 18 de mayo Emich y sus tropas llegaron a Worms. Poco después corrió el rumor de que los judíos habían cogido a un cristiano y que, después de ahogarlo, habían utilizado el agua en que tuvieron su cadáver para envenenar las fuentes de la ciudad. Los judíos no eran populares en Worms ni en el campo de los contornos, y el rumor consiguió que gentes de la ciudad y del campo se unieran a los hombres de Emich en sus ataques a la judería. Todos los judíos capturados fueron muertos. Igual que en Espira, intervino el obispo y abrió su palacio a los refugiados judíos. Pero Emich y las multitudes furiosas forzaron las puertas e irrumpieron en el lugar

[8] Alberto de Aix, I, 27, 28, págs. 292-4; 30, pág. 295; 31, pág. 299; Ekkehard, *op. cit.*, págs. 20-1.

[9] Salomon bar Simeon, Eliezer bar Nathan y Anónimo de Maguncia-Darmstadt, en Neubauer y Stern, *op. cit.*, vol. II, págs. 84, 154-6, 171; Bernoldo, *Chronicon*, pág. 465.

sagrado. Allí, a pesar de las protestas del obispo, mataron a todos sus huéspedes, que ascendían al número aproximado de 500 [10].

La matanza de Worms tuvo lugar el 20 de mayo. El 25 de mayo, Emich llegó ante la gran ciudad de Maguncia. Encontró que, por orden del arzobispo Rotardo, se le habían cerrado las puertas. Pero las noticias de su llegada provocaron tumultos antijudíos dentro de la ciudad, en medio de los cuales perdió la vida un cristiano. Así es que, el 26 de mayo, amigos suyos dentro de la ciudad le abrieron las puertas. Los judíos, que se habían reunido en la sinagoga, enviaron donativos de 200 marcos de plata al arzobispo y al jefe principal secular de la ciudad, pidiéndoles que les acogieran en sus palacios respectivos. Al mismo tiempo, un emisario judío fue a ver a Emich y, por siete libras de oro, le compró la promesa de no hacer daño alguno a la comunidad. El dinero había sido malgastado. Al día siguiente atacó el palacio del arzobispo. Rotardo, alarmado por la cólera de sus asaltantes, se apresuró a huir con todo su séquito. A su marcha, los hombres de Emich irrumpieron en el edificio. Los judíos intentaron resistir, pero pronto hubieron de ceder y fueron muertos. Su protector secular, cuyo nombre no nos ha llegado, parece haber sido más valiente. Pero Emich consiguió poner fuego a su palacio y obligar a salir a sus asilados. Varios judíos consiguieron salvar la vida abjurando de su fe. El resto pereció. La matanza duró dos días más, mientras eran reunidos los refugiados. Algunos de los apóstatas se arrepintieron de su debilidad y se suicidaron. Uno, antes de matarse, a él y a su familia, redujo a cenizas la sinagoga para evitar una profanación posterior. El gran rabino, Kalonymos, con unos cincuenta correligionarios, había huido de la ciudad hacia Rudesheim, y pidió asilo al arzobispo, que se hallaba allí en su finca campestre. Al arzobispo, viendo el terror de los visitantes, le pareció propicio el momento para intentar su conversión. Esto era más de los que Kalonymos podía soportar. Empuñó un cuchillo y se abalanzó sobre su anfitrión. Fue rechazado; pero su ultraje le costó la vida, igual que a sus compañeros. En las matanzas de Maguncia murieron alrededor de mil judíos [11].

Emich prosiguió después hacia Colonia. Ya había habido allí algunos tumultos antijudíos en abril; y ahora, los judíos, entre los que había cundido el pánico debido a las noticias de Maguncia, se dispersaron por los pueblos cercanos y las casas de sus amigos cristia-

[10] Salomon bar Simeon, pág. 84; Eliezer bar Nathan, págs. 155-6; Anónimo de Maguncia-Darmstadt, pág. 172.

[11] Salomon bar Simeon, págs. 87-91; Eliezer bar Nathan, págs. 157-8; Anónimo de Maguncia-Darmstadt, págs. 178-80; Alberto de Aix, I, 27, páginas 292-3, sitúa la matanza de Maguncia después de la de Colonia.

nos, que los mantuvieron ocultos durante el domingo de Pentecostés, el 1.° de junio, y el día siguiente, mientras Emich se hallaba en las cercanías. Fue incendiada la sinagoga, y un judío y una judía que se negaron a apostatar fueron muertos; pero la influencia del arzobispo pudo evitar cualquier otro exceso [12].

En Colonia, Emich decidió que su labor en la Renania había concluido. A principios de junio salió con el grueso de sus fuerzas, Meno arriba, hacia Hungría. Pero una gran parte de sus seguidores pensó que el valle del Mosela también debía ser expurgado de judíos. Se separaron de su ejército en Maguncia y el 1.° de junio llegaron a Tréveris. La mayoría de la comunidad judía había sido puesta a salvo en el palacio del arzobispo; pero, según se acercaban los cruzados, algunos judíos, presa del pánico, empezaron a luchar entre sí, mientras otros se arrojaron al Mosela y se ahogaron. Sus perseguidores se trasladaron después a Metz, donde perecieron veintidós judíos. Hacia mediados de junio regresaron a Colonia, con la esperanza de reunirse con Emich; pero, al saber que había partido, siguieron Rhin abajo, empleándose desde el 24 al 27 de junio en matanzas de judíos en Neuss, Wevelinghofen, Eller y Xanten. Luego se dispersaron, volviendo algunos a sus casas, y uniéndose otros seguramente al ejército de Godofredo de Bouillon [13].

La noticia de la proeza de Emich llegó a los grupos que habían salido ya de Alemania hacia Oriente. Volkmar y sus seguidores llegaron a Praga a fines de mayo. El 30 de junio empezaron una matanza de judíos en la ciudad. Las autoridades fueron incapaces de contenerlos, y las vehementes protestas del obispo Cosme cayeron en el vacío. Desde Praga, Volkmar marchó a Hungría. En Nitra, la primera gran ciudad al otro lado de la frontera, probablemente intentó emprender una acción similar. Pero los húngaros no permitirían tal conducta. Hallando que los cruzados eran incorregibles e ingobernables, los atacaron y dispersaron. Muchos fueron muertos y otros hechos prisioneros. Nos es desconocida la suerte de los supervivientes y del mismo Volkmar [14].

Gottschalk y sus hombres, que habían seguido el camino de Baviera, se habían detenido en Ratisbona para organizar allí una matanza de judíos. Pocos días después entraban en Hungría por Wiesselburg (Moson). El rey Colomán ordenó que se les dieran facilidades para el avituallamiento mientras se portasen bien. Pero desde el principio empezaron a saquear el campo, robando vino, cerea-

[12] Salomon bar Simeon, págs. 116-17; *Martirologio de Nurenberg*, pág. 109; Alberto de Aix, I, 26, pág. 292.

[13] Salomon bar Simeon, págs. 117-37; Eliezer bar Nathan, págs. 160-3.

[14] Cosme de Praga, *loc. cit.*

les, ovejas y bueyes. Los campesinos húngaros se opusieron a estos despojos. Hubo luchas; se produjeron varios muertos y un muchacho húngaro fue empalado por los cruzados. Colomán movilizó tropas para someterlos y los cercó en la aldea de Stuhlweissenburg, un poco más al Este. Los cruzados tuvieron que entregar todas sus armas y todos los bienes que habían robado. Pero los conflictos seguían. Tal vez hicieran algún intento de resistencia; posiblemente Colomán se enterase por entonces de los sucesos de Nitra y no se fiaba de ellos ni siquiera estando desarmados. Como se hallaban a su merced, el ejército húngaro cayó sobre ellos. Gottschalk fue el primero en huir, aunque no tardó en ser capturado. Todos sus hombres murieron en la matanza [15].

Algunas semanas más tarde, el ejército de Emich se acercaba a la frontera húngara. Era más numeroso y formidable que el de Gottschalk; y el rey Colomán, después de sus recientes experiencias, estaba seriamente alarmado. Cuando Emich envió a sus emisarios a pedir permiso para pasar por su reino, Colomán se negó a ello y envió tropas para defender el puente que cruzaba un brazo del Danubio en Wiesselburg. Pero Emich no pensaba desviarse. Durante seis semanas, sus hombres combatieron a los húngaros en una serie de pequeñas escaramuzas frente al puente, mientras habían comenzado a construir otro puente para ellos mismos. Entretanto, habían saqueado el campo en la margen del río que ocupaban. Finalmente, los cruzados pudieron forzar el paso por el puente que habían construido y pusieron sitio a la propia Wiesselburg. Su ejército estaba bien equipado y poseía máquinas de guerra para el asedio de tal potencia que la caída de la ciudad podía considerarse como inminente. Pero, probablemente ante el rumor de que el rey llegaba en persona con todas sus fuerzas, un súbito pánico se apoderó de los cruzados, que se dispersaron en desorden. La guarnición, a la vista de los acontecimientos, hizo una salida y se lanzó sobre el campamento de los cruzados. Emich fue incapaz de volver a reunir sus hombres. Después de una breve batalla, fueron horriblemente derrotados. La mayoría de ellos cayó en el campo; pero Emich y algunos caballeros pudieron escapar debido a la rapidez de sus caballos. Emich y sus compañeros alemanes se retiraron finalmente a sus casas. Los caballeros franceses Clarambaldo de Vendeuil, Tomás de La Frère y Guillermo el Carpintero se unieron a otras expediciones destinadas a Palestina [16].

El colapso de la cruzada de Emich, que siguió en tan corto plazo

[15] Ekkehard, *op. cit.*, págs. 20-1; Alberto de Aix, I, 23-4, págs. 289-91.
[16] Ekkehard, *op. cit.*, *loc. cit.;* Alberto de Aix, I, 28-9, págs. 293-5.

a los colapsos de las cruzadas de Volkmar y Gottschalk, impresionó profundamente a la Cristiandad occidental. A la mayoría de los buenos cristianos le pareció que era un castigo lanzado desde los Cielos por los crímenes contra los judíos. Otros, que pensaban que todo el movimiento de las Cruzadas era una locura o una equivocación, vieron en estos desastres la abierta repudiación de Dios contra todo ello. Nada había ocurrido aún para justificar el clamor que repetía en Clermont: «*Deus le volt!*» [17].

[17] Alberto de Aix, I, 29, pág. 259. Ekkehard, *Hierosolymita,* pág. 21, dice que mucha gente opinaba que la idea de la Cruzada era vana y frívola.

Capítulo 11

LOS PRINCIPES Y EL EMPERADOR

«¿Multiplicará él hacia ti los ruegos?
¿Te hablará lisonjas?
¿Celebrará alianzas contigo?»

(Job, 40, 22-23.)

Los príncipes occidentales que habían abrazado la Cruz eran menos impacientes que Pedro y sus amigos. Estaban dispuestos a esperar las fechas fijadas por el Papa. Tenían que reclutar sus tropas y equiparlas. Había que conseguir dinero para este fin. Era menester adoptar medidas para el gobierno de sus tierras durante una ausencia que podría ser de años. Ninguno de ellos estaba en condiciones de partir antes del mes de agosto.

El primero en dejar su hogar fue Hugo, conde de Vermandois, conocido por Le Maisne el Joven, sobrenombre traducido casi siempre inadecuadamente por los cronistas latinos, incluso sus contemporáneos, por Magnus. Era el hijo menor del rey Enrique I de Francia y de una princesa de origen escandinavo, Ana de Kiev. Era un hombre de unos cuarenta años, más linajudo que rico; adquirió su pequeño condado por matrimonio con su heredera, y nunca había desempeñado un papel importante en la política francesa. Estaba orgulloso de su genealogía, que de nada le servía en realidad. No podemos decir cuáles fueron sus motivos para unirse a la Cruzada. Sin duda heredó el espíritu inquieto de sus antepasados escandinavos. Tal vez pensaba que en Oriente podía adquirir el po-

der y las riquezas que correspondían a su elevada cuna. Probablemente su hermano, el rey Felipe, animó su decisión para congraciar a su familia con el Papado. Dejando sus tierras al cuidado de la condesa, partió a finales de agosto para Italia con un pequeño ejército compuesto por sus vasallos y algunos caballeros de los dominios de su hermano. Antes de su partida envió por delante a un emisario especial a Constantinopla, pidiendo al Emperador que preparase todo para su recepción con los honores debidos a un príncipe de sangre real. Cuando viajaba hacia el Sur se le unieron Drogo de Nesle, Clarambaldo de Vendeuil, Guillermo el Carpintero y otros caballeros franceses que volvían de la desastrosa expedición de Emich[1].

Hugo y su gente pasaron por Roma y llegaron a Bari a principios de octubre. En la Italia meridional encontraron a los príncipes normandos disponiéndose para la Cruzada, y el sobrino de Bohemundo, Guillermo, decidió no esperar a sus parientes, sino cruzar el mar con Hugo. Desde Bari, Hugo envió una embajada de veinticuatro caballeros, presidida por Guillermo el Carpintero, a Dirraquio, para informar al gobernador de que estaba a punto de llegar y repetir su petición de un recibimiento adecuado. El gobernador, Juan Comneno, pudo así avisar al Emperador de su proximidad, y él mismo se dispuso a darle la bienvenida. Pero la efectiva llegada de Hugo no fue tan digna como él había esperado. Una tempestad hizo zozobrar la pequeña flotilla que había preparado para el crucero. Algunos de sus barcos se hundieron con todos sus pasajeros. El propio Hugo fue lanzado a la costa en Cabo Palli, a pocas millas al norte de Dirraquio. Los enviados de Juan le encontraron allí fuera de sí y con la ropa destrozada, y le escoltaron hasta su jefe; éste en seguida volvió a equiparle y le obsequió y le demostró toda suerte de atenciones, pero le tuvo bajo rígida vigilancia. Hugo se sintió complacido por los halagos con que había sido recibido, pero a algunos de sus seguidores les pareció que se le trataba como a un prisionero. Permaneció en Dirraquio hasta que un oficial de alta graduación, el almirante Manuel Butumites, llegó de parte del Emperador para escoltarle hasta Constantinopla. Su viaje hasta allí se realizó confortablemente, aunque se vio obligado a tomar un camino lateral por Filipópolis, ya que el Emperador no deseaba que se pusiera en contacto con los peregrinos italianos que iban en masa por la Vía Ig-

[1] Ana Comneno, *Alexiada,* X, vii, I, vol. II, pág. 213; *Gesta Francorum,* pág. 14; Fulquerio de Chartres, págs. 144-5. Ana nos dice (X, vii, 3, pág. 213) que el conde 'Τζερπεντήριος', acompañó su expedición; y Alberto de Aix (II, 7, pág. 304), que Drogo y Clarambaldo estaban con él. Ana llama a Hugo «Uvos».

nacia. En Constantinopla, Alejo le saludó efusivamente y le abrumó de regalos, si bien seguía restringiendo su libertad [2].

La llegada de Hugo obligó a Alejo a manifestar su política hacia los príncipes occidentales. La información que había adquirido y el recuerdo de la carrera de Roussel de Bailleul le convencieron de que, cualesquiera que fueran las razones oficiales para la Cruzada, el objetivo verdadero de los francos era el asegurarse principados en Oriente. El no se oponía a esto. Siempre que el Imperio recobrara todas las tierras que había poseído antes de las invasiones turcas, resultaba muy favorable la creación de estados de barrera cristianos en su periferia. Esos pequeños estados podrían ser independientes en algún momento imprevisible. Pero Alejo deseaba asegurarse que sería evidentemente considerado como el señor supremo de cualquiera que pudiera surgir. Sabiendo que en Occidente la fidelidad se establecía por un juramento solemne, decidió exigir tal juramento de todos los jefes occidentales que fueran a emprender futuras conquistas. Para ganar su voluntad estaba dispuesto a facilitarles donativos y subsidios, aunque subrayaría su propia riqueza y gloria, de manera que los príncipes no pudieran sentir disminuida su dignidad al convertirse en sus vasallos. Hugo, confundido por la magnificencia y la generosidad del Emperador, se avino de grado con sus planes. Pero el siguiente en llegar de Occidente no fue persuadido con tanta facilidad.

Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, aparece en la leyenda posterior como el perfecto caballero cristiano, héroe sin tacha de toda la epopeya de las Cruzadas. Un estudio escrupuloso de la historia obliga a modificar el veredicto. Había nacido hacia el año 1060, y era hijo segundo del conde Eustaquio II de Boloña y de Ida, hija de Godofredo II, duque de la baja Lorena, que descendía por línea femenina de Carlomagno. Había sido designado como heredero de las posesiones de la familia materna, pero al morir su padre, el emperador Enrique IV confiscó el ducado, dejando a Godofredo solamente el condado de Amberes y el señorío de Bouillon, en las Ardenas. Godofredo, sin embargo, sirvió a Enrique con tanta lealtad en sus campañas alemanas e italianas que en 1082 fue agraciado con el ducado, pero no como un feudo hereditario, sino simplemente de oficio. Lorena estaba impregnada de influencia cluniacense, y, aunque Godofredo permanecía leal al Emperador, es posible que la en-

[2] Ana Comneno, X, vii, 2-5, vol. II, págs. 213-15. Admite que Juan Comneno no dejó a Hugo en completa libertad; pero su versión es completa y convincente. Las fuentes occidentales, *Gesta Francorum,* Fulquerio y Alberto *(loc. cit.),* declaran que Hugo fue retenido en contra de su voluntad como prisionero. Su conducta ulterior no contradice este aserto.

señanza de Cluny, con sus fuertes simpatías papales, empezase a turbar su conciencia. Su administración de Lorena no fue muy eficiente. Parece que surgieron dudas sobre si Enrique continuaría empleándole. Por tanto, en parte debido a la inseguridad de su futuro en Lorena, en parte por la incomodidad que le creaban sus deberes religiosos y en parte por un entusiasmo auténtico, se adhirió al llamamiento de la Cruzada. Hizo sus preparativos muy minuciosamente. Después de conseguir dinero amenazando a los judíos, vendió sus tierras de Rosay y Stenay, en el Mosa, e hipotecó su castillo de Bouillon al obispo de Lieja, y así pudo equipar un ejército considerable. El número de sus tropas y su antigua graduación dieron a Godofredo un prestigio realzado por sus modales agradables y su hermosa figura. Pues era alto, bien constituido y hermoso, con barba y cabellos dorados, el retrato ideal del caballero del Norte. Sin embargo, no era nada especial como soldado, y como personalidad fue eclipsado por su hermano menor, Balduino.

Los dos hermanos de Godofredo también habían abrazado la Cruz. El mayor, Eustaquio III, conde de Boloña, era un cruzado sin entusiasmo, ansioso siempre de regresar a sus ricas tierras, a ambos lados del Canal. Su contribución en soldados fue más reducida que la de Godofredo, al que consideraba con agrado, por tanto, como jefe. Probablemente partió por su cuenta, atravesando Italia. El hermano menor, Balduino, que acompañaba a Godofredo, era un tipo diferente. Había sido destinado a la Iglesia y por eso no recibió ninguna de las tierras de la familia. Pero, aunque sus estudios en la gran escuela de Reims le dejaron una afición duradera por la cultura, su temperamento no era el de un eclesiástico. Volvió a la vida secular y se puso al servicio de su hermano Godofredo en Lorena. Los hermanos formaban un contraste chocante. Balduino era incluso más alto que Godofredo. Su pelo era tan oscuro, tan negro, como rubio el del otro, pero su tez era muy blanca. Mientras Godofredo era gracioso de modales, Balduino era altivo y frío. Los gustos de Godofredo eran sencillos, pero Balduino, aunque capaz de sufrir grandes privaciones, gustaba de la pompa y el lujo. La vida privada de Godofredo era casta, la de Balduino estaba entregada al libertinaje. Balduino recibió la Cruzada con deleite. Su patria no le ofrecía porvenir, pero en Oriente podría crearse un reino. Cuando salió llevó consigo a su esposa normanda, Godvere de Tosni, y a sus hijos, aún pequeños. No pensaba volver.

A Godofredo y sus hermanos se les unieron muchos caballeros principales de territorio valón y lorenés; su primo Balduino de Rethel, señor de Le Bourg; Balduino II, conde de Hainault; Reinaldo, conde de Toul; Guarnerio de Gray, Dudo de Konz-Saarburg, Bal-

duino de Stavelot, Pedro de Stenay y los hermanos Enrique y Godofredo de Esch[3].

Tal vez porque, como partidario del Emperador, temiera alguna violencia en sus relaciones con el Papado, Godofredo decidió no viajar a través de Italia por la ruta que otros jefes cruzados pensaban seguir. En lugar de ello iría por Hungría, siguiendo no solamente el camino de las cruzadas populares, sino también, según la leyenda que se extendía entonces por Occidente, el camino de su antepasado Carlomagno en su peregrinación a Jerusalén. Salió de Lorena hacia finales de agosto y, después de algunas semanas de marchar Rhin arriba y Danubio abajo, llegó a principios de octubre a la frontera húngara, en el río Leita. Desde allí envió una embajada, presidida por Godofredo de Esch, que tenía ya conocimiento de la corte húngara, al rey Colomán, pidiéndole permiso para cruzar su territorio.

Colomán acababa de sufrir demasiado duramente a manos de los cruzados para dar la bienvenida a una nueva invasión. Retuvo a la embajada durante ocho días y anunció después que encontraría a Godofredo en Oedenburg para una entrevista. Godofredo llegó con algunos de sus caballeros y fue invitado a pasar unos días en la corte húngara. La impresión que Colomán recibió de esa visita le decidió a permitir el paso del ejército de Godofredo por Hungría, a condición de que Balduino, a quien consideraba como su elemento más peligroso, quedara con él como rehén, juntamente con su esposa y sus hijos. Cuando Godofredo volvió a reunirse con su ejército, Balduino, al principio, se negó a entregarse, pero después consintió, y Godofredo y sus tropas entraron en el reino por Oedenburg. Colomán prometió suministrarle provisiones a precios razonables, y Godofredo envió heraldos por todo el ejército para anunciar que cualquier acto de violencia sería castigado con la muerte. Después de tomar estas precauciones, los cruzados marcharon pacíficamente por Hungría, mientras el rey y su ejército no dejaban de vigilarlos estrechamente a lo largo de todo el camino. Después de pasar tres días avituallándose en Mangjeloz, cerca de la frontera bizantina, Godo-

[3] Para las primeras actividades de Godofredo de Lorena, véase Breysig, «Gottfried von Bouillon vor dem Kreuzzuge», en *Westdeutsche Zeitschrift für Geschichte*, vol. XVII, págs. 169 y sigs. Alberto de Aix, pág. 229, da una lista de sus compañeros. Describen su aspecto físico Guillermo de Tiro (IX, 5, pág. 371) y Balduino, *ibid.* (X, 2, págs. 401-2). Según Alberto (II, 21, página 314), Eustaquio de Boloña viajó con el ejército francés del Norte; pero Fulquerio, que viajó con este ejército y posee una información muy completa, no menciona su presencia. Probablemente fue uno de los caballeros que llegaron a Constantinopla poco después de Godofredo y que hicieron el viaje por mar.

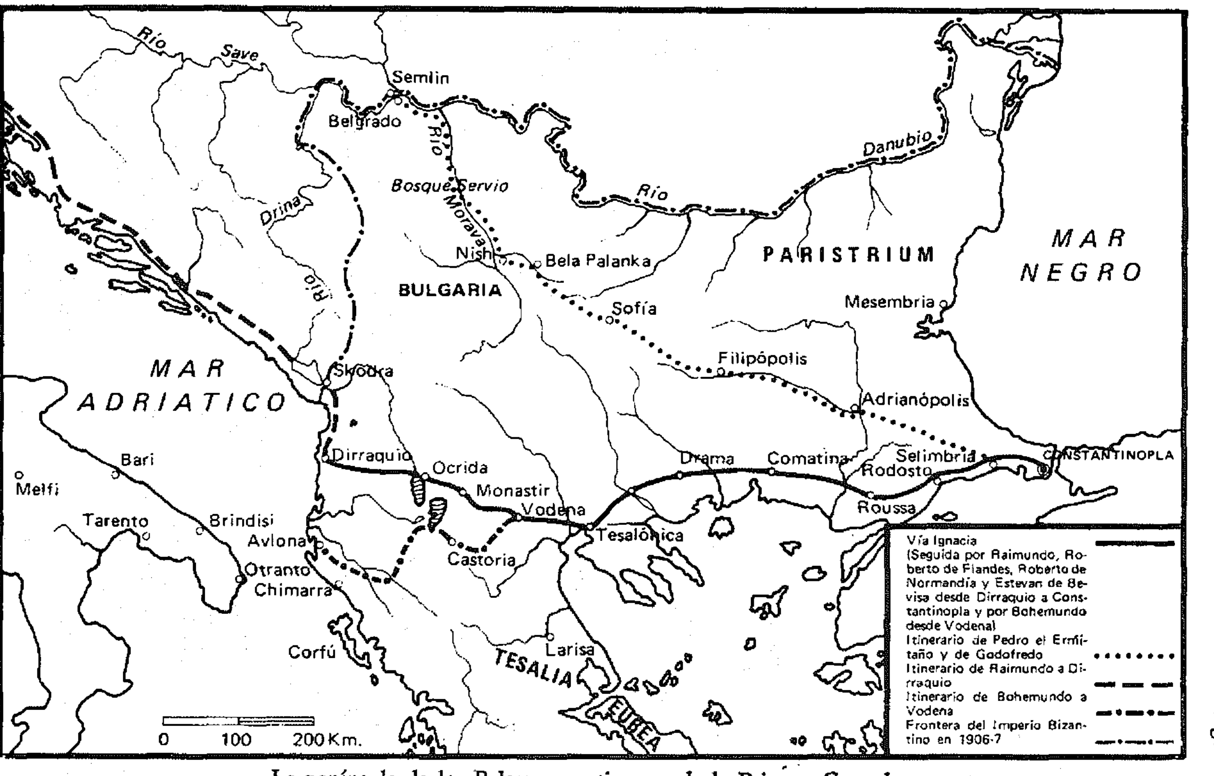
fredo llegó a Semlin a fines de noviembre y llevó a sus tropas ordenadamente, vadeando el Save, hasta Belgrado. Tan pronto como habían pasado, todos los rehenes fueron devueltos.

Las autoridades imperiales, seguramente informadas previamente por los húngaros, estaban dispuestas a darle la bienvenida. Belgrado estaba despoblada desde el saqueo realizado por Pedro cinco meses antes. Pero un guardia fronterizo salió a toda prisa hacia Nish, donde residía el gobernador, Nicetas, y donde esperaba una escolta para Godofredo. La escolta salió en seguida y le encontró en el bosque servio, a medio camino entre Nish y Belgrado. Ya se habían hecho los preparativos para aprovisionar al ejército, y éste avanzó sin ningún tropiezo por la península balcánica. En Filipópolis les llegaron las noticias de la llegada de Hugo de Vermandois a Constantinopla y de los maravillosos regalos que él y sus camaradas habían recibido. Balduino de Hainault y Enrique de Esch estaban tan profundamente impresionados que decidieron adelantarse apresuradamente al ejército y llegar a la capital para asegurarse su parte en los regalos antes de que llegaran los demás. Pero también ante el rumor, no del todo infundado, de que Hugo estaba retenido como prisionero, Godofredo se mostró algo inquieto [4].

Hacia el 12 de diciembre, el ejército de Godofredo hizo un alto en Selimbria, a orillas del mar de Mármara. Allí, su disciplina, que hasta entonces había sido excelente, súbitamente se resquebrajó, y durante ocho días devastó el campo. La razón de estos desórdenes es desconocida; sin embargo, Godofredo intentó disculparlos calificándolos de represalias por la prisión de Hugo. El emperador Alejo rápidamente envió a dos franceses que tenía a su servicio, Radulfo Peeldelau y Roger, hijo de Dagoberto, para reconvenir a Godofredo y persuadirle a seguir su marcha en paz. Lo consiguieron, y el 23 de diciembre el ejército de Godofredo llegó a Constantinopla y acampó, a petición del Emperador, extramuros de la ciudad, a lo largo de las aguas superiores del Cuerno de Oro.

La llegada de Godofredo con un numeroso y bien equipado ejército presentó un difícil problema al gobierno imperial. Como consecuencia de su política, Alejo quería asegurarse la fidelidad de Godofredo y apartarle después, lo antes posible, de la peligrosa proximidad de la capital. Es dudoso que sospechara efectivamente, como supone su hija Ana, que Godofredo tuviera puesta la mira en Constantinopla. Pero los arrabales de la ciudad ya habían sufrido duramente con los estragos de los seguidores de Pedro el Ermitaño. Era peligroso

[4] El viaje de Godofredo se describe con todo detalle en Alberto de Aix, II, 1-9, págs. 299-305. La *Crónica de Zimmern* lo relata brevemente. Ninguna fuente griega hace mención del verdadero viaje.



La península de los Balcanes en tiempos de la Primera Cruzada.

exponerlos al ánimo de un ejército que había demostrado ser igual de desenfrenado y que estaba mucho mejor armado. Pero antes quería asegurarse el juramento de homenaje de Godofredo. En consecuencia, tan pronto como éste se había establecido en su campamento, se encomendó a Hugo de Vermandois que le visitara para convencerle de que fuese a ver al Emperador. Hugo, muy lejos de estar resentido por el trato que recibía del Emperador, aceptó de grado la misión.

Godofredo rechazó la invitación del Emperador. Tanteó su verdadero alcance. La actitud de Hugo le dejó perplejo. Sus tropas ya habían establecido contacto con los restos de las fuerzas de Pedro, que, en su mayoría, explicaban su reciente desastre atribuyéndolo a traición imperial; y él estaba influido por su propaganda. Como duque de la baja Lorena, había jurado personalmente fidelidad al emperador Enrique IV, y podía pensar que esto le impedía prestar un juramento al emperador rival de Oriente. Además, no quería dar ningún paso decisivo hasta que pudiera consultar con otros jefes cruzados, cuya llegada esperaba de un momento a otro. Hugo regresó a palacio sin respuesta alguna para Alejo.

Alejo estaba furioso; mal aconsejado, pensó que llegaría a convencer a Godofredo cortándole los suministros que había prometido entregar a sus tropas. Mientras Godofredo dudaba, Balduino en seguida empezó a asaltar los suburbios, hasta que Alejo prometió levantar el bloqueo. Al mismo tiempo, Godofredo accedió a trasladar su campamento, descendiendo el Cuerno de Oro, hasta Pera, donde estaría más protegido contra los vientos del invierno, y donde la policía imperial podría vigilarlo más estrechamente. Durante algún tiempo, ninguna de las partes emprendió acción alguna. El Emperador suministraba provisiones bastantes a las tropas occidentales, y Godofredo, por su parte, procuraba que se mantuviera la disciplina. A fines de enero, Alejo volvió a invitar a Godofredo a visitarle; pero Godofredo aún no quería decidirse hasta que llegaran otros jefes cruzados. Envió a su primo Balduino de Le Bourg, a Conon de Montaigue y a Godofredo de Esch a palacio, para escuchar las proposiciones del Emperador, pero cuando regresaron, no contestó nada. Alejo no deseaba provocar a Godofredo, por temor a que volviera a asolar los suburbios. Después de asegurarse de que los loreneses no tenían comunicación alguna con el mundo exterior, esperó hasta que Godofredo se impacientara y se sometiese.

A fines de marzo, Alejo supo que otros ejércitos cruzados llegarían pronto a Constantinopla. Consideró necesario poner las cosas en su punto y empezó a reducir los suministros entregados al campamento de los cruzados. En primer lugar, suprimió el forraje para sus

caballos; después, ya próxima la Semana Santa, el pescado, y, por último, el pan. Los cruzados replicaron haciendo incursiones diarias en los pueblos vecinos y finalmente entraron en colisión con las fuerzas pechenegas que actuaban como policía en la zona. En venganza, Balduino tendió una emboscada a la policía. Consiguió apresar a sesenta hombres y muchos de ellos fueron muertos. Animado por tan modesto éxito, y considerando que estaba comprometido en la lucha, Godofredo decidió levantar su campamento y atacar la ciudad. Después de saquear hasta el último rincón e incendiar las casas de Pera en que se habían alojado sus hombres, los condujo sobre el puente que salvaba la cabecera del Cuerno de Oro, los puso en orden de combate delante de las murallas de la ciudad y empezó a atacar la puerta que llevaba al distrito del palacio de Blachernes. Es dudoso si pretendía algo más que ejercer presión sobre el Emperador, pero los griegos sospechaban que pretendía apoderarse del Imperio.

Era el jueves santo, 2 de abril, y Constantinopla estaba completamente desprevenida para una embestida semejante. Había síntomas de pánico en la ciudad, que únicamente contrarrestaban la presencia y sangre fría del Emperador. Estaba auténticamente indignado por la necesidad de combatir en un día tan sagrado como el jueves santo. Dispuso que sus tropas hicieran una demostración fuera de las puertas de la ciudad sin llegar a combatir con el enemigo, y se ordenó a sus arqueros en las murallas que disparasen al aire. Los cruzados no presionaron en su ataque y pronto se retiraron, después de haber dado muerte solamente a siete bizantinos. Al día siguiente, Hugo de Vermandois fue nuevamente a reconvenir a Godofredo, que le replicó reprochándole su servilismo por haber aceptado tan decididamente el vasallaje. Cuando, a última hora del día, Alejo envió emisarios al campamento para sugerir que las tropas de Godofredo pasaran a Asia incluso antes de que Godofredo prestase su juramento, los cruzados se lanzaron a atacarlos sin esperar a oír lo que pudieran decirles. Ante esto, Alejo decidió liquidar la cuestión y lanzó lo mejor de sus hombres para hacer frente al ataque. Los cruzados no eran enemigo para los templados soldados imperiales. Después de una breve resistencia, se volvieron y emprendieron la huida. Su derrota llevó a Godofredo, al fin, a reconocer su debilidad. Accedió tanto a prestar el juramento de fidelidad como a que su ejército fuese trasladado al otro lado del Bósforo.

La ceremonia del juramento se celebraría, seguramente, dos días después, el domingo de Pascua. Godofredo, Balduino y sus principales señores juraron reconocer al Emperador como señor supremo de cualquier conquista que pudieran realizar y entregar a los funcio-

narios del mismo cualquier tierra reconquistada que le hubiese pertenecido antes. Recibieron después grandes sumas de dinero y fueron obsequiados por el Emperador con un banquete. Tan pronto como concluyeron las ceremonias, Godofredo y sus tropas fueron embarcados rumbo a Calcedonia y marcharon a un campamento en Pelecano, en la ruta de Nicomedia [5].

Alejo tenía poco tiempo que perder. Ya había llegado a las afueras de la ciudad un ejército muy variado, compuesto probablemente por varios vasallos de Godofredo; este ejército, al mando seguramente del conde de Toul, había preferido viajar por Italia y estaba esperando en las costas del mar de Mármara, cerca de Sostenium. Eran igual de turbulentos que Godofredo, y deseaban esperar a Bohemundo y los normandos, a quienes sabían ya muy cerca de ellos; mientras, el Emperador estaba decidido a impedir su unión con Godofredo. Sólo a fuerza de algunas luchas pudo conservar la vigilancia sobre estos movimientos, y, tan pronto como Godofredo había cruzado felizmente el Bósforo, los escoltó por mar hasta la capital, donde se unieron a otros pequeños núcleos de cruzados que habían andado errantes por los Balcanes. Todo el tacto del Emperador y muchos regalos fueron necesarios para convencer a sus jefes

[5] Los dos informes más completos de la conducta de Godofredo en Constantinopla son los de Ana Comneno, *Alexiada,* X, ix, I-II, vol. II, págs. 220-6, y Alberto de Aix, II, 9-16, págs. 305-11. Como Chalandon (*Histoire de la première Croisade,* págs. 119-29) ha señalado, el relato de Ana es mucho más convincente que el de Alberto, y puede ser aceptado como verdadero, aparte de la exageración de la fuerza del ejército de Godofredo. Hay una versión más breve, aunque de autenticidad muy discutida, en *Gesta Francorum,* I, 3, páginas 14-18. La localización de Pelecano es incierta. Leib, en su edición de *Ana Comneno,* lo identifica con Hereke, unas 16 millas al oeste de Nicomedia. Ramsay, *Historical Geography of Asia Minor,* pág. 185, afirma que estaba más cerca de Calcedonia. Se deduce de la narración de Ana (*infra,* pág. 173, que estaba cerca del paso a Civetot y convenientemente situado para mantenerse en contacto con Constantinopla. Juan Cantacuceno, el otro escritor bizantino que lo menciona, lo sitúa al este de Dacibyza, la Gebze actual (vol. I, págs. 342 y sigs.). El paso a Civetot partía de Aegiali, a mitad de camino entre Gebze y Hereke y a unas seis millas de ambas ciudades. Según Ana (XI, iii, I, vol. III, pág. 16), fue en Pelecano donde Alejo recibió a los cruzados después de la caída de Nicea; pero Esteban de Blois (Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe,* página 140) dice que Alejo estaba en una isla cuando lo vio en aquella ocasión. Es evidente que Pelecano, dondequiera que se encontrara, no era una isla; tampoco puede haber sido la península de Aegiali, a la que Ana denomina correctamente. La afirmación de Esteban en este punto es digna de confianza. Es probable, por tanto, que Pelecano estuviera cerca de Aegiali y que Alejo retrocediese a una de las islas cerca de la costa, bien a la que está frente a Tuzla (12 millas al oeste de Aegiali), donde todavía se conservan bastantes ruinas que datan de la época bizantina, o a la isla de San Pedro y San Pablo, frente a Pendik, que era un lugar muy famoso en Bizancio.

de que prestasen el juramento de homenaje. Cuando, al fin, consintieron en ello, Alejo realzó la solemnidad de la ocasión invitando a Godofredo y a Balduino a ser testigos de la ceremonia. Los señores de Occidente estaban envidiosos e inquietos. Uno de ellos incluso se sentó en el trono imperial; a consecuencia de este acto, Balduino le censuró violentamente, recordándole que acababa de convertirse en el vasallo del Emperador e instándole a observar las costumbres del país. Los occidentales murmuraron airadamente que era una grosería que el Emperador estuviese sentado cuando tantos valientes capitanes se hallaban de pie. Alejo, que había oído la observación y mandó que se la tradujeran, pidió hablar con el caballero; y cuando éste empezó a jactarse de sus insuperables proezas en el combate individual, Alejo le aconsejó amablemente que ensayara otras tácticas cuando luchara contra los turcos [6].

El incidente es característico para entender las relaciones entre el Emperador y los francos. Los rudos caballeros de Occidente se sentían inevitablemente impresionados por el esplendor del palacio, el ceremonial suave y minucioso y los modales tranquilos y pulidos de los cortesanos. Pero todo les ofendía. Su orgullo herido les hacía comportarse turbulenta y rudamente, como niños traviesos.

Una vez tomado el juramento, los caballeros y sus hombres fueron transportados al otro lado de los estrechos para unirse al ejército de Godofredo en la costa de Asia. El Emperador había obrado muy a tiempo. El 9 de abril llegaba a Constantinopla Bohemundo de Tarento.

Los normandos de la Italia meridional no se habían fijado mucho al principio en la predicación de la Cruzada hecha por Urbano. Desde la muerte de Roberto Guiscardo habían vivido en continuas, aunque intermitentes, guerras civiles. Roberto se había divorciado de su primera mujer, la madre de Bohemundo, y dejó su ducado de Apu-

[6] Ana Comneno, X, x, 1-7, vol. II, págs. 226-30, llama al jefe de este grupo «conde Raúl» — 'ὁ 'Ραοὺλ χαλούμενος χόμης' —; se desconoce su identidad, ya que no se le menciona en ningún otro sitio. El hecho de que el emperador pensase que era importante que Godofredo asistiese a la ceremonia de la toma de juramento de esta compañía, me hace creer que se componía de hombres loreneses y no de Francia, para impresionar a los cuales hubiera sido más adecuada la presencia de Hugo. Sabemos que Reinaldo de Toul fue a la Cruzada bajo los auspicios de Godofredo. Alberto de Aix habla de él como de uno de los seguidores de Godofredo desde el principio; pero no hay que tomarlo demasiado al pie de la letra. Ana no aprendía bien los nombres francos, y, como en el caso de Raimundo, a quien llama «Isangeles», a veces llama a los condes por sus títulos. Pero Raúl era un nombre del que ella había tenido conocimiento anterior por un Raúl, embajador de Guiscardo. Pudo, por tanto, fundir «Rainald de Tould» con otra forma que le fuera más conocida.

lia al hijo habido en Sigelgaita, Roger Borsa. Bohemundo se rebeló contra su hermano y procuró asegurarse Tarento y la Tierra de Otranto, en el tacón de la península, antes de que su tío, Roger de Sicilia, pudiese establecer una incómoda tregua entre ellos. Bohemundo nunca aceptó la tregua como definitiva y procuró seguir perturbando, subrepticiamente, la política de Roger Borsa. Pero en el verano de 1096 toda la familia se reunió para castigar a la ciudad rebelde de Amalfi. Los decretos papales sobre la Cruzada ya se habían publicado, y pequeños grupos de italianos del sur habían atravesado ya el mar hacia Oriente. Pero fue únicamente la llegada de ejércitos entusiastas de cruzados procedentes de Francia lo que permitió a Bohemundo percatarse de la importancia del movimiento. Consideró entonces que podría utilizarlo en provecho propio. Su tío, Roger de Sicilia, nunca le permitiría anexionarse todo el ducado de Apulia. Haría mejor en encontrar un reino en Levante. El celo de los cruzados franceses impresionó a las tropas normandas situadas ante Amalfi, y Bohemundo los alentó. Anunció que él también tomaría la Cruz, y convocó a todos los buenos cristianos a unirse a él. Frente a su ejército reunido se despojó de su capote escarlata y lo desgarró en varios trozos para convertirlos en cruces para sus capitanes. Sus vasallos se apresuraron a seguir su orden, y con ellos muchos de los vasallos de su hermano y vasallos también de su tío de Sicilia; éste quedó lamentándose de que el movimiento le había dejado casi sin ejército [7].

Guillermo, sobrino de Bohemundo, partió en seguida con los cruzados franceses; pero Bohemundo necesitaba algún tiempo para equipar sus ejércitos. Dejó sus tierras bajo la administración de su hermano y consiguió bastante dinero para hacer frente a los gastos de todos cuantos le acompañaban. La expedición zarpó de Bari en octubre. Con Bohemundo iban su sobrino Tancredo, el hermano mayor de Guillermo, hijo de su hermana Emma y del marqués Odón; sus primos Ricardo [8] y Rainulfo de Salerno, y Ricardo, hijo de Rainulfo; Godofredo, conde de Rossignuolo, y sus hermanos; Roberto de Ansa, Germán de Cannas, Hunfredo de Monte Scabioso, Alberedo de Cagnano y el obispo Girardo de Ariano, entre los normandos de Sicilia, y entre los normandos procedentes de Francia que se habían unido a Bohemundo se contaban Roberto de Sourdeval y Boel de Chartres. Su ejército era inferior en número al de Godofredo, pero estaba bien equipado y bien entrenado [9].

[7] *Gesta Francorum,* I, 4, págs. 18-20. Véase Chalandon, *Histoire de la Domination normande en Italie,* vol. II, pág. 302.
[8] Conocido como Ricardo del Principado.
[9] *Gesta Francorum,* I, 4, pág. 20.

La expedición desembarcó en Epiro en varios puntos a lo largo de la costa entre Dirraquio y Avlona, y se reunió en una aldea llamada Dropoli, subiendo el valle del río Viusa. Los preparativos para el desembarco se habían hecho sin duda después de consultar a las autoridades bizantinas de Dirraquio, que probablemente no deseaban exprimir más los recursos de las ciudades enclavadas en la Vía Ignacia; pero la elección de la ruta que tenía que seguir su ejército se debería probablemente a Bohemundo. Sus campañas de quince años antes le habían dado algún conocimiento del terreno al sur de la calzada principal, y es posible que esperase evitar, al tomar una ruta menos frecuentada, la supervisión de los bizantinos. Juan Comneno no podía distraer fuerzas, y Bohemundo podía iniciar su viaje sin una escolta imperial de policía. Pero parece ser que no había en ello mala voluntad, pues se suministraron ampliamente provisiones para los normandos, mientras Bohemundo inculcó a todos sus hombres que iban a pasar por un país cristiano y que deberían abstenerse del pillaje y del desorden.

Pasando derecho por los desfiladeros del Pindo, el ejército llegó a Castoria, en la Macedonia occidental, poco antes de Navidad. Es imposible trazar su ruta; pero no debió de ser fácil y el ejército habrá tenido que pasar tierras situadas a más de cuatro mil pies de altitud sobre el nivel del mar. En Castoria se esforzó por asegurar provisiones, pero sus habitantes no estaban muy propicios a sacar nada de sus pequeños almacenes para esos visitantes inesperados, a los que recordaban como crueles enemigos de pocos años antes. En consecuencia, el ejército se apoderó de los rebaños que necesitaba, juntamente con caballos y asnos, ya que muchos animales de carga tenían que haber muerto en los pasos del Pindo. Se pasó la Navidad en Castoria; después, Bohemundo llevó a sus hombres en dirección este, hacia el río Vardar. Se detuvieron para atacar una aldea de herejes paulicianos, próxima a su ruta, quemando las casas y sus habitantes, y finalmente llegaron al río a mediados de febrero, tardando unas siete semanas en hacer una distancia algo superior a las cien millas [10].

La ruta de Bohemundo probablemente le hizo pasar por Edesa (Vodena), donde entró en la Vía Ignacia. A partir de allí fue acompañado por una escolta de soldados pechenegos, con las órdenes corrientes del Emperador de prevenir las incursiones y el rezagamiento y de procurar que los cruzados nunca estuvieran en ningún lugar

[10] *Gesta Francorum,* I, 4, págs. 20-2. Bohemundo probablemente siguió el camino que va por la parte interior de la actual frontera de Albania, por Premeti y Koritsa, y hace una curva al Norte, antes de cruzar la frontera y descender al Sudeste hacia Castoria.

arriba de tres días. El Vardar se cruzó sin dilación alguna por la mayor parte del ejército; pero el conde de Rossignuolo y sus hermanos se quedaron con un pequeño grupo en la margen occidental. Los pechenegos, en consecuencia, los atacaron para instarles a que siguieran. Al tener noticias de la batalla, Tancredo repasó en seguida el río para rescatarlos. Rechazó a los pechenegos y capturó unos cuantos prisioneros, que presentó a Bohemundo; Bohemundo los interrogó, y, cuando supo que estaban ejecutando órdenes imperiales, en seguida los dejó en libertad. Su política era la de comportarse con absoluta corrección hacia el Emperador [11].

En su deseo de ser correcto, probablemente nada más desembarcar en el Epiro envió embajadores por delante para que visitasen al Emperador. Cuando su ejército pasó por las murallas de Tesalónica y estaba ya de camino hacia Serres, estos embajadores se encontraron con él ya de vuelta de Constantinopla, y con ellos venía un alto funcionario imperial, cuyas relaciones con Bohemundo pronto fueron cordiales. Se le suministró comida abundante para todo el ejército y, a cambio, Bohemundo no sólo prometió no intentar entrar en ninguna de las ciudades de su ruta, sino que también aceptó devolver todos los animales que sus hombres habían cogido durante el viaje. Sus seguidores habrían preferido más de una vez hacer correrías por el campo; pero Bohemundo las prohibió severamente.

El ejército llegó a Roussa (la moderna Kesham), en Tracia, el 1.° de abril. Bohemundo decidió ahora marchar a toda prisa hacia Constantinopla, para averiguar qué es lo que habían negociado el Emperador y los jefes occidentales que ya habían llegado. Dejó a sus hombres al mando de Tancredo; los llevó a un valle fértil apartado de la calzada principal, donde pasaron el fin de semana de Pascua. Bohemundo llegó a Constantinopla el 9 de abril. Fue alojado fuera de la ciudad, en el monasterio de San Cosme y San Damián, y al día siguiente, recibido por el Emperador [12].

Bohemundo le pareció a Alejo, con mucho, el más peligroso de los cruzados. La experiencia pretérita había enseñado a los bizantinos que los normandos eran enemigos formidables, ambiciosos, astutos y carentes de escrúpulos; y Bohemundo había dado pruebas, en campañas anteriores, de ser un jefe adecuado para ellos. Sus tropas estaban bien organizadas, bien equipadas y bien disciplinadas; él gozaba de la completa confianza de ellas. Como estratega era tal vez demasiado confiado y no siempre prudente; pero como diplomático

[11] *Ibid.*, págs. 22-4.
[12] *Gesta Francorum*, II, 5, págs. 24-8. La fecha de la llegada de Bohemundo a Constantinopla la establece Hagenmeyer en *Chronologie de la Première Croisade*, pág. 64.

era sutil y persuasivo, y un verdadero lince como político. Su persona era enormemente impresionante. Ana Comneno, que le conocía y le odiaba apasionadamente, no podía por menos que admitir su encanto, y escribió con entusiasmo acerca de su buena apariencia. Era muy alto, y aunque tenía ya más de cuarenta años, poseía el aspecto y la tez de un adolescente, ancho de espaldas y estrecho de cintura, con la piel clara y las mejillas sonrosadas. Llevaba su pelo dorado más corto de lo que era la moda entre los caballeros occidentales y no usaba barba. Era ligeramente cargado de espaldas desde su niñez, pero esto no le privaba de un aire saludable y fuerte. Había, dice Ana, algo duro en su expresión y siniestro en su sonrisa; pero siendo, como todos los griegos antiguos, sensible a la belleza humana, no podía contener su admiración por él [13].

Alejo preparó primero una entrevista con Bohemundo solo, mientras descubría cuál era su actitud; pero, encontrándole completamente amistoso y presto a ayudar, invitó también a Godofredo y Balduino, que ya estaban en palacio, para tomar parte en las discusiones. La corrección de Bohemundo era una conducta deliberada. Sabía, mucho mejor que los otros cruzados, que Bizancio era aún muy poderoso y que, sin su ayuda, nada podría hacerse. Disputar con Bizancio sólo conduciría al desastre; pero un uso prudente de la alianza podría convertirse en ventaja para él. El deseaba mandar la campaña, pero no tenía ninguna autoridad por parte del Papa para hacerlo y no quería enfrentarse con la rivalidad de los otros capitanes cruzados. Si podía obtener un cargo oficial del Emperador, estaría en una posición desde la cual podría dirigir las operaciones.

Podría vigilar los tratos del Emperador con los cruzados; sería el funcionario al que los cruzados tendrían que entregar los países reconquistados para el Imperio. Sería el eje de rotación de toda la alianza cristiana. Sin vacilación prestó el juramento de fidelidad al Emperador, y después propuso que podía ser nombrado para el puesto de «gran doméstico de Oriente», es decir, comandante en jefe de todas las fuerzas imperiales en Asia.

La petición asombró a Alejo. Temía a Bohemundo y desconfiaba de él, pero estaba deseoso de conservar su buena voluntad. Ya le había dado pruebas de generosidad y honores especiales, y no cesaba de derramar dinero sobre él. Pero acerca de la petición prefirió expresarse en sentido ambiguo. No era el momento aún, decía, de hacer tal nombramiento, pero estaba seguro de que Bohemundo se lo ganaría gracias a su energía y lealtad. Bohemundo hubo de darse por

[13] Véase Ana Comneno, *Alexiada,* XIII, x, 4-5, vol. III, págs. 122-4, para una descripción de Bohemundo.

satisfecho con esta vaga promesa, que le alentó a mantener su política de colaboración. Entretanto, Alejo prometió enviar tropas para acompañar a los ejércitos cruzados, devolverles el coste de lo que habían gastado y asegurarles el avituallamiento y las comunicaciones [14].

El ejército de Bohemundo fue llamado a concentrarse en Constantinopla, y el 26 de abril fue transportado por el Bósforo para reunirse con el de Godofredo en Pelecano. Tancredo, que disentía y no entendía la política de su tío, pasó por la ciudad de noche con su primo Ricardo de Salerno, para evitar tener que prestar juramento [15]. Ese mismo día llegó a Constantinopla el conde Raimundo de Tolosa y fue recibido por el Emperador.

Raimundo IV, conde de Tolosa, generalmente conocido por el nombre de su propiedad favorita como conde de Saint Gilles, era un hombre de edad ya madura, tal vez de sesenta años. Su condado solariego era uno de los más ricos de Francia, y recientemente había heredado el no menos rico marquesado de Provenza. Por su matrimonio con la infanta Elvira de Aragón estaba emparentado con las casas reales de España; y había tomado parte en varias guerras santas contra los moros españoles. Era el único gran noble con quien el papa Urbano había discutido personalmente su proyecto de la Cruzada, y fue el primero en proclamar su adhesión. De ahí que se considerase con bastantes títulos para recabar el alto mando secular de la empresa. Pero el Papa, deseando retener el movimiento bajo el dominio espiritual, nunca había admitido tal petición. Raimundo probablemente esperaba que la necesidad de un jefe secular se hiciese evidente. Entretanto, se preparó para salir hacia Oriente en compañía de su jefe espiritual, el obispo del Puy.

Raimundo había abrazado la Cruz en la época de Clermont, en noviembre de 1095; pero no estuvo preparado para abandonar sus tierras hasta el mes de octubre siguiente. Hizo voto de pasar el resto de sus días en Tierra Santa; pero es posible que el voto lo hiciera con reserva; porque, aunque dejó sus tierras en Francia a cargo de la administración de su hijo natural Beltrán, se cuidó de no abdicar de sus derechos. Su esposa y su heredero legítimo, Alfonso, debían

[14] *Ibid.*, X, xi, 1-7, vol. II, págs. 230-4. *Gesta Francorum*, II, 6, págs. 28-32, ofrece, como siempre, una versión muy hostil al emperador. El pasaje en que describe un tratado secreto entre el emperador y Bohemundo acerca de Antioquía (págs. 30, 11, 14-20, «Fortissimo autem... preteriret») es una interpolación posterior hecha por orden de Bohemundo. Véase Krey, «A Neglected Passage in the *Gesta*», págs. 57-58. Alberto de Aix, II, 18, pág. 312, dice que Bohemundo prestó juramento en contra de su voluntad. Esto parece que es inexacto.

[15] *Gesta Francorum,* II, 7, págs. 32-4; Alberto de Aix, II, 19, pág. 313.

acompañarle. Vendió o pignoró algunas de sus tierras con el fin de conseguir dinero para su expedición; pero parece ser que se mostró algo ahorrativo en su equipo. Su personalidad es difícil de definir. Por sus actos se nos parece como vano, terco y algo codicioso. Pero sus modales corteses impresionaron a los bizantinos, que le encontraron bastante más civilizado que sus colegas. También les dio la impresión de ser más fidedigno y honrado. Ana Comneno, que le juzgó favorablemente a la vista de sucesos posteriores, elogiaba la superioridad de su natural y la pureza de su vida. Ademaro del Puy, que evidentemente era un hombre de altas cualidades, le consideraba abiertamente como un amigo digno.

Varios nobles de la Francia meridional se unieron a la Cruzada de Raimundo. Entre éstos estaban Rambaldo, conde de Orange, Gastón de Bearne, Gerardo de Rosellón, Guillermo de Montpellier, Raimundo de Le Forez e Isoardo de Gap. Ademaro del Puy llevó consigo a sus hermanos Francisco Lamberto de Monteil, señor de Peyrins, y Guillermo Hugo de Monteil, y a todos sus hombres. Después de Ademaro, el eclesiástico más importante era Guillermo, obispo de Orange [16].

La expedición cruzó los Alpes por el desfiladero de Genèvre y viajó a través de Italia del norte hasta la cabecera del Adriático. Tal vez por razones de economía, Raimundo decidió no embarcarse a través del Adriático, sino seguir su costa oriental por Istria y Dalmacia. Fue una determinación poco prudente, porque las rutas dálmatas eran muy malas y la población ruda y hostil. Istria se atravesó sin ningún incidente; después, durante cuarenta días de invierno, el ejército combatió por los rocosos caminos dálmatas, continuamente hostigado por tribus salvajes eslavas que le atacaban por la retaguardia. Raimundo se quedó en retaguardia para protegerlo, y en una ocasión solamente consiguió salvar a sus hombres poniendo una barrera de prisioneros eslavos a través de la carretera; a los prisioneros los mutiló cruelmente. Había salido con abundantes provisiones de boca, y ninguno de sus hombres murió en el viaje de hambre ni en la lucha. Cuando, finalmente, llegaron a Skodra, las provisiones iban decreciendo. Raimundo obtuvo una entrevista con el príncipe servio de la localidad, Bodino, quien, a cambio de valiosos obsequios, permitió que los cruzados compraran libremente en los mercados de la

[16] Para los primeros hechos de Raimundo, véase Vaissète, *Histoire de Languedoc*, vol. III, págs. 466-77, y Manteyer, *La Provence du Ier au XIIe Siècle*, págs. 303 y sigs. Los nombres de los principales señores del sur de Francia que fueron a la Cruzada se encuentran en una lista bastante confusa que da Alberto de Aix, II, 22-3, págs. 315-16. Para Ademaro y su familia, véanse referencias *supra*, págs. 114-115.

ciudad. Pero no había comida que comprar. El ejército hubo de continuar su camino con hambre y miseria crecientes hasta que llegó a la frontera imperial al norte de Dirraquio, a principios de febrero. Raimundo y Ademaro creían que entonces sus penalidades habían tocado a su fin.

Juan Comneno dio la bienvenida a los cruzados en Dirraquio, donde les esperaban los enviados imperiales y una escolta pechenega para acompañarlos a lo largo de la Vía Ignacia. Raimundo mandó por delante una embajada a Constantinopla para anunciar su llegada; y, después de unos días de reposo en Dirraquio, se puso en marcha también el ejército. El hermano de Ademaro, el señor de Peyrins, se quedó atrás para reponerse de una enfermedad que le habían causado las penalidades del viaje. Los hombres de Raimundo estaban inquietos y carecían de disciplina. Les molestaba la presencia de la policía pechenega vigilándolos por los cuatro costados, y su incorregible tendencia a merodear les ocasionó frecuentes conflictos con la escolta. No pasó mucho tiempo sin que resultaran muertos dos barones en una de esas escaramuzas. Poco después el obispo del Puy se apartó del camino y fue herido y apresado por los pechenegos antes de que se dieran cuenta de quién era. Pronto fue reintegrado al ejército, y parece no haber guardado resentimiento alguno por el incidente; pero las tropas estaban profundamente emocionadas. Su ira aumentó cuando Raimundo fue atacado en circunstancias parecidas cerca de Edesa. En Tesalónica, el obispo del Puy dejó el ejército con el fin de recibir adecuado tratamiento para sus heridas. Permaneció allí hasta que su hermano, procedente de Dirraquio, pudo unirse a él. Sin su influencia restrictiva, la disciplina del ejército empeoraba; pero no hubo ningún contratiempo serio hasta que llegaron a Roussa, en Tracia. Los hombres de Bohemundo habían estado entusiasmados con el recibimiento dispensado por la ciudad sólo hacía dos semanas; pero, tal vez porque la gente de la ciudad no tenía nada que vender, los hombres de Raimundo se ofendieron por alguna minucia. Al grito de «Tolosa, Tolosa», atacaron las murallas, forzaron la entrada y saquearon las casas. Pocos días después, en Rodosto, se encontraron con los embajadores de Raimundo, que volvían de Constantinopla, acompañados de un enviado del Emperador que traía un cordial mensaje instando a Raimundo a acudir a toda prisa a la capital, y agregando que Bohemundo y Godofredo estaban ansiosos de verle. Es probable que la parte final del mensaje y el temor de estar ausente mientras se tomaban importantes decisiones indujeran a Raimundo a aceptar la invitación. Se separó de su ejército y se adelantó rápidamente hacia Constantinopla, a donde llegó el 21 de abril.

Con su partida no había nadie capaz de mantener el orden en el ejército. En seguida empezó a saquear el campo. Pero ahora había más que una pequeña escolta de pechenegos para oponerse a los cruzados. Los regimientos del ejército bizantino, estacionados en las proximidades, se pusieron en marcha para atacar a los algareros. En la batalla que siguió, los hombres de Raimundo fueron totalmente derrotados y huyeron, abandonando sus armas y su equipo en manos de los bizantinos. Las noticias del desastre llegaron a Raimundo precisamente cuando acababa de salir para entrevistarse con el Emperador [17].

Raimundo fue bien recibido en Constantinopla. Se alojó en una residencia fuera de las murallas, aunque se le rogó que acudiera lo antes posible a palacio, donde se le propuso que hiciese el juramento de fidelidad. Pero las experiencias de su viaje y las noticias recién llegadas le habían colmado de ira; la situación que halló en palacio le confundió y le desagradó. Su perdurable deseo era el de ser reconocido como jefe militar de toda la expedición de la Cruzada. Pero su autoridad, tal como la tenía, procedía del Papa y de su relación con el representante papal, el obispo del Puy. El obispo estaba ausente. Raimundo carecía tanto del apoyo como del consejo que le hubiesen reportado su presencia. Sin él, no quería comprometerse; sobre todo porque el prestar juramento de fidelidad, como los otros cruzados, podría haber significado el abandono de su relación especial con el Papado. Temía colocarse al mismo nivel que los demás. Había otro peligro aún. Era lo bastante inteligente para ver en seguida que Bohemundo era su rival más peligroso. Bohemundo parecía estar gozando del favor especial del Emperador, y se rumoreaba que iba a ser nombrado para un alto puesto imperial. Prestar juramento podría significar no sólo la pérdida de su prioridad, sino incluso hallarse bajo la jurisdicción de Bohemundo como representante del Emperador. Manifestó que él había venido a Oriente a realizar la obra de Dios y que Dios era ahora su único soberano, con lo que daba a entender que era el delegado secular del Papa. Aunque agregó que si el propio Emperador estuviera dispuesto a mandar las fuerzas cristianas unidas, él serviría a sus órdenes. Esta salvedad demuestra que no era el Emperador, sino Bohemundo, quien le molestaba. Lo único que pudo contestar el Emperador fue que, desgraciadamente, el estado del Imperio no le permitiría salir de él. En vano los otros jefes occidentales, temerosos de que toda la expedición estuviese en peligro, rogaron a Raimundo que cambiara de

[17] Raimundo de Aguilers, I-II, págs. 235-8, describe extensamente el viaje de Raimundo a Constantinopla, con un tono muy duro contra los bizantinos.

opinión. Bohemundo, con la esperanza de obtener el mando delegado del Emperador, y ansioso de agradarle, llegó incluso a afirmar que apoyaría al Emperador en el caso de que se produjera un conflicto abierto entre él y Raimundo, y también Godofredo subrayó el daño que la actitud del conde provenzal ocasionaba a la causa cristiana. Alejo, por su parte, se mantuvo al margen de las discusiones, aunque privó a Raimundo de los muchos obsequios que había hecho a los otros príncipes. Finalmente, el 26 de abril, Raimundo accedió a prestar un juramento modificado, prometiendo respetar la vida y el honor del Emperador y procurar que no se hiciese nada, por él o por sus hombres, que pudiera redundar en perjuicio suyo. Este tipo de juramento no era insólito entre los vasallos del sur de Francia; y con él, Alejo se dio por satisfecho.

Al terminar estas negociaciones fue cuando Bohemundo y su ejército pasaron al Asia. Entretanto, el ejército de Raimundo se concentró, con las orejas bastante gachas, en Rodosto, donde esperaba la llegada del obispo del Puy, que iba a conducirlo hasta Constantinopla. Nada sabemos de las actividades de Ademaro en la capital. Probablemente vio a los principales miembros del clero griego; y es seguro que fue recibido en audiencia por el Emperador. Estas entrevistas fueron muy cordiales. Pueden haber contribuido a reconciliar a Raimundo con Alejo, pues sus relaciones mejoraron rápidamente. Pero es probable que la partida de Bohemundo constituyese una ayuda mayor. El Emperador podía ver a Raimundo en privado, y explicarle que él tampoco tenía afecto a los normandos y que Bohemundo no recibiría jamás, de hecho, un mando imperial. Raimundo llevó a su ejército al otro lado del Bósforo dos días después de haber prestado juramento, pero regresó para pasar quince días en la corte. Cuando salió de allí se hallaba en relaciones cordiales con Alejo, en quien tenía ahora, según le constaba, un pederoso aliado contra Bohemundo. Su actitud hacia el Imperio había cambiado [18].

[18] Las negociaciones de Raimundo con el Emperador se encuentran en Raimundo de Aguilers, II, pág. 238, y en *Gesta Francorum,* II, 6, pág. 52. Los dos relatos están de acuerdo en que Raimundo estaba deseando vengarse de la derrota de su ejército en Rodosto, y que con mucho trabajo los otros príncipes consiguieron persuadirle de prestar una especie de juramento. Pero también están de acuerdo ambos sobre las condiciones del juramento que prestó. Solamente Raimundo de Aguilers proporciona el importante dato de que el conde estaba dispuesto a servir a las órdenes de Alejo en persona. Yo creo que sus motivos se explican fácilmente si se tiene en cuenta su envidia de Bohemundo. Ana Comneno, que juzga favorablemente a Raimundo, a la luz de sucesos posteriores no dice nada de estas negociaciones y sí que su padre apreciaba y respetaba a «Isangeles» —esto es, al conde de Saint-Gilles—, por su caballerosidad y su honradez. Añade que Alejo sostuvo largas conversaciones con el conde, y cita unas palabras de este último previniendo al

El cuarto gran ejército occidental que partiría para la Cruzada salió del norte de Francia en octubre de 1096, poco después de haber dejado Raimundo sus lares. Lo hizo bajo el mando combinado de Roberto, duque de Normandía; su cuñado Esteban, conde de Blois, y su primo Roberto, conde de Flandes. Roberto de Normandía, primogénito de Guillermo el Conquistador, era hombre de unos cuarenta años, suave de modales y algo inoperante, aunque no sin valor y encanto personal. Desde la muerte de su padre estuvo empeñado en una guerra discontinua con su hermano, Guillermo Rufo de Inglaterra, que había invadido varias veces su ducado. Le conmovió profundamente la predicación de Urbano sobre la Cruzada, y en seguida se adhirió a ella. A cambio de esto, el Papa, cuando se hallaba aún en la Francia del norte, gestionó una reconciliación entre él y su hermano. Pero Roberto necesitó varios meses para preparar su cruzada y, al fin, sólo pudo conseguir dinero mediante la pignoración de su ducado a Guillermo por diez mil marcos de plata. El acta que confirmaba la pignoración se firmó en septiembre de 1096. Unos días después Roberto salió hacia Pontarlier, donde se le unieron Esteban de Blois y Roberto de Flandes. Con él iban Odón, obispo de Bayeux; Gualterio, conde de Saint-Valéry; los herederos de los condes de Montgomery y Mortagne, Girardo de Gournay, Hugo de Saint-Pol y los hijos de Hugo de Grant-Mesnil, y numerosos caballeros de Inglaterra, Escocia y Bretaña; aunque el único noble inglés que participó en la cruzada, Rodolfo Guader, conde de Norfolk, se hallaba por entonces en el destierro, viviendo en las tierras de su madre en Bretaña [19].

Esteban de Blois no quería unirse a la Cruzada. Pero estaba casado con Adela, hija de Guillermo el Conquistador, y en su hogar era ella la que tomaba las decisiones. Ella quería que fuese, y fue. Le acompañaban sus principales vasallos: Everando de Le Puits, Guerin Gueronat, Caro Asini, Godofredo Guerin y su capellán Alejandro. Entre los de su grupo iba el clérigo Fulquerio de Chartres, el futuro historiador. Esteban, que era uno de los hombres más ri-

Emperador contra Bohemundo y prometiéndole laborar con los bizantinos (*Alexiada,* X, xi, 9, vol. II, págs. 234-5). No veo razón para suponer que Ana Comneno confunde esta visita con la que Raimundo hizo a Alejo en 1100; Alberto de Aix, cuya información procede de uno de los soldados de Godofredo, está de acuerdo en que Raimundo abandonó Constantinopla en las mejores relaciones con Alejo después de haber pasado allí unas dos semanas (II, 20, pág. 314). Ejemplos del uso del juramento de no agresión en Languedoc se encuentran en Vaissète, *Histoire de Languedoc,* vols. V, págs. 372, 381, y VII, págs. 134 y ss.

[19] Para Roberto de Normandía, véase David, *Robert Curthose, passim.* En el apéndice D, págs. 221-9, da una lista completa de los compañeros de Roberto.

cos de Francia, consiguió el dinero para su viaje sin gran dificultad. Dejó sus tierras a cargo de la competente administración de su esposa [20].

El conde de Flandes era un hombre algo más joven, pero poseía una personalidad mucho más acusada. Su padre, Roberto I, había hecho la peregrinación a Jerusalén en 1086, y a su regreso prestó servicio, durante una temporada, a las órdenes de Alejo, con quien siguió estando en contacto hasta su muerte en 1093. Era, por tanto, natural que Roberto II quisiese proseguir su obra contra el infiel. Su ejército era algo menos numeroso que el de Raimundo o el de Godofredo, pero sumamente eficaz. Le acompañaban tropas del Brabante, bajo el mando de Balduino de Alost, conde de Gante. Sus posesiones las administraría durante su ausencia su esposa, la condesa Clemencia de Borgoña [21].

Desde Pontarlier, el ejército, unido, marchó hacia el Sur, a través de los Alpes, a Italia. Al pasar por Lucca, en noviembre, encontró al papa Urbano, que estaba pasando allí unos días en su viaje de Cremona a Roma. Urbano concedió una audiencia a los jefes y les impartió su bendición especial. El ejército prosiguió hacia Roma, donde visitó la tumba de San Pedro, pero se negó a intervenir en la lucha entre los seguidores de Urbano y los del antipapa Guiberto, que estaba perturbando el orden de la ciudad. Desde Roma pasó, por Monte Cassino, hacia el ducado normando del Sur. Allí fue bien recibido por el duque de Apulia, Roger Borsa, cuya esposa, Adela, la reina viuda de Dinamarca, era hermana del conde de Flandes, y reconocía al duque de Normandía como cabeza de su raza. Roger ofreció a su cuñado muchos y valiosos regalos; pero éste sólo quiso aceptar un obsequio de sagradas reliquias, el cabello de la Virgen y los huesos de San Mateo y San Nicolás, que envió a su esposa para ser colocados en la abadía de Watten [22].

Roberto de Normandía y Esteban de Blois decidieron pasar el invierno cómodamente en Calabria. Pero Roberto de Flandes siguió casi en seguida hacia Bari, con sus hombres, y se embarcó para el Epiro, a principios de diciembre. Llegó a Constantinopla sin ningún incidente de importancia hacia la misma época que Bohemundo. Pero el conde de Alost, que había intentado desembarcar cerca de

[20] Para Esteban de Blois, véase Hegenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe*, páginas 48-56.

[21] Para Roberto y Clemencia de Flandes, véase *ibid.*, págs., 247-9. Los nombres de los caballeros de la Francia del norte que estaban en el ejército cruzado se encuentran en la lista de Alberto de Aix (II, 22-3, págs. 315-16).

[22] Fulquerio de Chartres, I, vii, págs. 163-8; Carta privilegio de Clemencia, condesa de Flandes, en Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 142-3.

Chimarra, más al sur de los puertos dispuestos para el desembarque, se halló con el camino cerrado por una escuadra bizantina. Hubo una ligera batalla naval, referida con detalle en la historia de Ana Comneno, pues su héroe, Mariano Mavrocatacalon, el hijo del almirante, era amigo suyo. A pesar de la proeza de un sacerdote latino, cuya belicosa falta de respeto hacia su hábito escandalizó a los bizantinos, el barco brabanzón fue abordado y capturado, y el conde y sus hombres fueron desembarcados en Dirraquio [23]. El grupo flamenco no puso evidentemente ninguna dificultad para el juramento de fidelidad a Alejo. El conde Roberto fue uno de los príncipes que instaron a Raimundo a jurar [24].

Roberto de Normandía y Esteban de Blois prolongaron su estancia en el sur de Italia hasta la primavera. Su falta de entusiasmo se contagió a sus seguidores, muchos de los cuales iniciaron el retorno hacia sus casas. Finalmente, el ejército pasó a Brindisi, y el 5 de abril se preparó para embarcar. Por desgracia, el primer barco en zarpar zozobró y se hundió, perdiéndose unos cuatrocientos pasajeros, con sus caballos y mulos y muchas cajas de dinero. El descubrimiento político de que los cadáveres arrojados a la costa estaban milagrosamente marcados con cruces en la espalda, aunque edificaba a los fieles, no impidió que gente mucho más timorata abandonara la expedición. Pero el grueso del ejército embarcó felizmente y, después de un agitado viaje de cuatro días, desembarcó en Dirraquio. Las autoridades bizantinas los recibieron bien y les pusieron una escolta para llevarlos por la Vía Ignacia hasta Constantinopla. Aparte de un percance cuando el ejército cruzaba un río en el Pindo, en el que una súbita crecida arrastró a varios peregrinos, el viaje se desarrolló apaciblemente. Después de una parada de cuatro días ante las murallas de Tesalónica, llegaron a Constantinopla a principios de mayo. Se preparó un campamento para el ejército extramuros de la ciudad; y se permitía que grupos de cinco o seis a la vez entraran cada día

[23] Fulquerio de Chartres, *loc. cit.*, pág. 168; Ana Comneno, *Alexiada*, X, viii, 2-10, vol. II, págs. 215-20. Maricq, «Un 'Comte de Brabant' et des 'Brabançons' dans deux textes byzantins», en *Bulletin de la Classe des Lettres*, de la Real Academia de Bélgica, vol. XXXIV, págs. 463 y sigs., ha identificado acertadamente 'ὁ Κόμης Πρεβέντζας' de Ana con Balduino II, conde de Alost, reemplazando así la primitiva indicación de Grégoire, de que era Ricardo del Principado («Notes sur Anne Comnène», en *Byzantion*, vol. III, páginas 312-13, que contiene también un interesante examen de la palabra τζάγγρα, mencionada aquí por Ana). La teoría de Ducange, de que 'Κόμης Πρεβεντζας' es Raimundo de Tolosa, que era también marqués de Provenza, teoría que sigue Mrs. Buckler en su obra *Anna Comnena*, pág. 465, es imposible, ya que Ana llama siempre a Raimundo «Isangeles», y además porque sus movimientos nos son muy conocidos.

[24] Raimundo de Aguilers, II, pág. 238.

en la ciudad para admirar sus bellezas y orar en sus santuarios. Los ejércitos cruzados anteriores habían sido todos trasladados por entonces al otro lado del Bósforo; y estos rezagados no encontraron ningún descontento que pudiera perjudicar sus relaciones con los bizantinos. Estaban sorprendidos con sincera admiración de la belleza y esplendor de la ciudad; disfrutaban del descanso y comodidad que les proporcionaba. Estaban agradecidos al Emperador por un reparto de dinero, vestidos de seda, comida y caballos. Sus jefes prestaron en seguida el juramento de fidelidad al Emperador y fueron recompensados con obsequios espléndidos. Esteban de Blois, escribiendo al mes siguiente a su esposa, con la que mantenía una concienzuda correspondencia, estaba extasiado por el recibimiento del Emperador. Permaneció durante diez días en palacio, donde el Emperador le trató con afecto paternal, dándole muchos buenos consejos y soberbios regalos y brindándose a educar a su hijo más pequeño. Esteban se impresionó sobre todo por la generosidad del Emperador hacia todas las categorías de los componentes del ejército de los cruzados y por su pródiga y eficaz organización en los suministros para las tropas ya en el campo. «Vuestro padre, amor mío —escribía aludiendo a Guillermo el Conquistador—, hacía muchos y grandes regalos, pero no era casi nada en comparación con este hombre.»

El ejército pasó quince días en Constantinopla antes de ser transportado al Asia. Incluso el paso del Bósforo le gustó a Esteban, que había oído decir que el estrecho era peligroso; pero no lo encontró más que el Marne o el Sena. Marcharon a lo largo del golfo de Nicomedia, pasaron la ciudad del mismo nombre y se unieron a los principales ejércitos cruzados, que estaban empezando ya a poner sitio a Nicea[25].

Alejo pudo al fin respirar. Mucho había deseado obtener mercenarios de Occidente. En lugar de ello, se habían enviado enormes ejércitos, cada cual con su propio jefe. Ningún gobierno se preocupa, efectivamente, de procurar que grandes masas de fuerzas aliadas independientes invadan su territorio, sobre todo si son de un nivel de civilización más bajo. Hay que darles de comer; hay que impedir el pillaje. El verdadero volumen de los ejércitos cruzados sólo puede calcularse por conjeturas. Las cifras medievales siempre son exageradas; pero los hombres reclutados por Pedro el Ermitaño, incluyendo sus muchos no combatientes, no andarían muy lejos de los

[25] Fulquerio de Chartres, II, viii, págs. 168-76; carta de Esteban de Blois a su mujer, en Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 138-40. Esta carta fue escrita desde Nicea. Una carta anterior, escrita desde Constantinopla, en la que describe el viaje hasta allí, y a la que Esteban hace referencia en esta otra, desgraciadamente se ha perdido.

veinte mil. Los principales ejércitos cruzados, los de Raimundo, de Godofredo y de otros franceses del norte, tendrían muy a gusto cada uno más de diez mil; y había otros grupos menores. Pero en total debieron entrar en el Imperio, procedentes de Occidente, entre el verano de 1096 y la primavera de 1097, de sesenta a cien mil personas[26]. En conjunto, los preparativos del Emperador para tratar con ellos habían tenido éxito. Ninguno de los cruzados había sufrido falta de alimento durante su paso por los Balcanes. Las únicas incursiones que se habían realizado para conseguir comida fueron las de Gualterio Sans-Avoir, en Belgrado, y de Pedro, en Bela Palanka, ambas en circunstancias excepcionales, y la de Bohemundo, en Castoria, cuando pasaba en medio del invierno por un camino intransitable. Pillajes sin importancia y uno o dos ataques caprichosos a ciudades habían sido imposibles de impedir, ya que Alejo disponía de un ejército insuficiente para las circunstancias. Pero sus escuadrones pechenegos, con su ciega e incondicional obediencia a sus órdenes, aunque hayan tenido que ser muy molestos para los cruzados, habían demostrado ser una fuerza política muy eficaz, y sus enviados especiales trataban generalmente con tacto a los príncipes occidentales. El éxito creciente de los métodos del Emperador se pone de manifiesto por el paso tranquilo del último de los ejércitos, compuesto por franceses del norte, que no eran gente disciplinada y que iban al mando de jefes débiles e incompetentes.

En Constantinopla, Alejo había obtenido un juramento de fidelidad de todos los príncipes, menos de Raimundo, con quien había concluido un pacto privado. No se hacía ilusiones sobre el valor práctico del juramento ni sobre la lealtad de los hombres que lo habían prestado. Pero, en última instancia, le daba una ventaja jurídica que podría resultar importante. El efecto no fue fácil de conseguir, pues, aunque los jefes más prudentes, como Bohemundo, y los observadores inteligentes, como Fulquerio de Chartres, comprendían la necesidad de cooperar con Bizancio, a los caballeros menores, a los oficiales y a la tropa el juramento les parecía una humillación e incluso un abuso de confianza[27]. Habían sido prevenidos contra los bizantinos por el frío recibimiento que les había dispensado la gente del país, a los que ellos creían que iban a salvar. Constantinopla, esa ciudad enorme y espléndida, con toda su riqueza, su población trajinante de mercaderes y artesanos, sus nobles cortesanos con sus uniformes, sus grandes damas, ricamente ataviadas, con sus cortejos de eunucos y esclavos, provocó en ellos contento mezclado con un

[26] Véase apéndice 2, págs. 320-325.
[27] Fulquerio de Chartres, I, viii, 9, págs. 175-6, I, ix, 3, pág. 179.

incómodo complejo de inferioridad. No podían entender ni la lengua ni las costumbres del país. Incluso los cultos de la Iglesia les resultaban completamente extraños.

Los bizantinos correspondían a su desagrado. Para los ciudadanos de la capital, estos bandoleros rudos, ingobernables, acampados tanto tiempo en las afueras, eran un mal insufrible; la actitud de la gente del campo nos la describe una carta de Teofilacto, arzobispo de Bulgaria, desde su sede de Okrida, en la Vía Ignacia. Teofilacto, quien evidentemente tenía miras amplias hacia Occidente, habla de la perturbación causada por el paso de los cruzados por su diócesis, pero añade que ahora él y su gente están aprendiendo a soportar la carga con paciencia[28]. El comienzo de la Cruzada no fue un buen augurio para las buenas relaciones entre Oriente y Occidente.

No obstante, Alejo no estaba del todo descontento. El peligro para Constantinopla había pasado, y el gran ejército cruzado había salido para combatir contra los turcos. Pensaba auténticamente en colaborar con la Cruzada, aunque con una condición. No quería sacrificar los intereses del Imperio a los intereses de los caballeros occidentales. Anteponía el deber hacia su propio pueblo. Además, como todos los bizantinos, creía que el bienestar de la Cristiandad dependía del bienestar del Imperio cristiano histórico. Estaba en lo cierto.

[28] Carta de Teofilacto de Bulgaria, en *M. P. G.*, vol. CXXVI, cols. 324-5.

Libro IV
LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS

Capítulo 12

LA CAMPAÑA EN ASIA MENOR

«...y vendrás desde tus moradas, de los confines del Norte, tú, y contigo pueblos numerosos, todos ellos montados a caballo, una gran muchedumbre, y un ejército numeroso...»

(Ezequiel, 38, 15.)

Por mucho que el Emperador y los príncipes cruzados discutieran sobre sus derechos definitivos y la distribución de las futuras conquistas, no podía haber disensión alguna sobre las primeras etapas de la campaña contra el infiel. Si la Cruzada tenía que llegar a Jerusalén, no había más remedio que limpiar los caminos que atravesaban el Asia Menor; y expulsar al turco del Asia Menor fue el principal objetivo de la política bizantina. Había completo acuerdo sobre la estrategia; y ahora, con el ejército bizantino de su parte, los cruzados estaban dispuestos a confiar a sus expertos generales los aspectos tácticos.

El primer objetivo era Nicea, la capital seléucida. Nicea está en las costas del lago Ascanio, no lejos del mar de Mármara. La antigua calzada militar bizantina pasaba por ella, aunque había otra un poco más al Este. Dejar esta gran fortaleza en manos enemigas pondría en peligro todas las comunicaciones con el país. Alejo deseaba poner en movimiento a los cruzados lo antes posible, porque se echaba encima el verano; y los mismos cruzados estaban impacientes. En los últimos días de abril, antes de que el ejército francés del norte

hubiese llegado a Constantinopla, se habían dado órdenes de prepararse para levantar el campamento en Pelecano y avanzar sobre Nicea [1].

El momento había sido bien elegido; porque el sultán seléucida Kilij Arslan I se hallaba en su frontera oriental luchando con los príncipes danishmend por la soberanía de Melitene, cuyo gobernante armenio, Gabriel, estaba enfrentando activamente a los potentados vecinos entre sí. Kilij Arslan no tomó en serio esta nueva amenaza de Occidente. Su fácil victoria sobre la gente de Pedro el Ermitaño le indujo a subestimar a los cruzados; y tal vez sus espías en Constantinopla, deseando agradar a su amo, le daban referencias exageradas de las disputas entre el Emperador y los príncipes occidentales. Creyendo que la Cruzada nunca penetraría hasta Nicea, dejó su mujer e hijos y todo su tesoro dentro de las murallas. Solamente cuando recibió la noticia de la concentración enemiga en Pelecano, envió parte de su ejército a toda prisa hacia el Oeste, siguiéndole él también en cuanto pudo arreglar sus asuntos en el Este. Sus tropas llegaron demasiado tarde para cortar la marcha de los cruzados sobre Nicea [2].

El ejército de Godofredo de Lorena salió de Pelecano hacia el 26 de abril, y marchó a Nicomedia, donde acampó durante tres días y donde se le unieron el ejército de Bohemundo, bajo el mando de Tancredo, y Pedro el Ermitaño con los restos de su gente. Bohemundo se quedó unos días más en Constantinopla, para resolver con el Emperador la cuestión de los suministros al ejército. Un pequeño destacamento bizantino de zapadores con máquinas de asedio, mandado por Manuel Butumites, acompañaba a las tropas. Desde Nicomedia, Godofredo condujo a su ejército a Civetot, doblando después hacia el Sur, por el desfiladero donde habían muerto los hombres de Pedro. Sus restos aún cubrían la entrada del paso; y, advertido por un augurio y por el consejo del Emperador, Godofredo avanzó con cautela, enviando por delante a escuchas y zapadores, para explorar y despejar el camino; éste fue luego señalado con una serie de cruces de madera, para servir de guía a futuros peregrinos.

[1] Es complicado seguir los movimientos de los príncipes. El ejército de Godofredo estuvo en Pelecano desde comienzos de abril, y allí se le unió el de Bohemundo. Probablemente ambos ejércitos partieron —el de Godofredo tres días antes que el de Bohemundo— con anterioridad a que llegase el de Raimundo, el 29 ó 30 de abril, para evitar un exceso de gente en el campamento. El ejército de Raimundo había estado esperando en Pelecano a que éste volviese de visitar al Emperador.

[2] Mateo de Edesa, II, cxlix-cl, págs. 211-12, 215, describe el ataque de Kilij Arslan a Melitene, y dice que estaba absorbido por aquello cuando los francos atacaron Nicea.

El 6 de mayo llegó ante las puertas de Nicea. La ciudad había sido sólidamente fortificada desde el siglo IV, y sus murallas, de unas cuatro millas de longitud, con sus doscientos cuarenta torreones, habían sido constantemente reparadas por los bizantinos. Está en el extremo oriental del lago Ascanio, y sus murallas occidentales emergen directamente del borde del agua, en forma de un pentágono irregular. Godofredo acampó delante de la muralla norte y Tancredo delante de la oriental. La muralla sur fue reservada para el ejército de Raimundo.

La guarnición turca era numerosa, pero necesitaba refuerzos. Fueron enviados mensajeros, uno de los cuales fue capturado por los cruzados, para instar al sultán a mandar urgentemente tropas a la ciudad por las puertas del Sur, anticipándose a que el cerco fuese completo. Pero el ejército turco estaba aún demasiado lejos. Antes de que su vanguardia pudiera acercarse, llegó Raimundo, el 16 de mayo, y distribuyó su ejército delante de la muralla sur. Bohemundo se había incorporado a su gente dos o tres días antes. Hasta que llegó, los cruzados habíanse visto afligidos por la escasez de víveres; pero, gracias a su acuerdo con Alejo, desde entonces empezaron a recibir las provisiones en abundancia, tanto por mar como por tierra. Cuando llegaron, el 3 de junio, Roberto de Normandía y Esteban de Blois, con sus fuerzas, estaba congregado todo el ejército cruzado. Operaba como una sola unidad, aunque no había ningún jefe supremo. Las decisiones se tomaban por los príncipes reunidos en consejo. Aún no existía ninguna desavenencia seria entre ellos. Entretanto, el Emperador partió para Pelecano, donde podía mantener el contacto con la capital y con Nicea [3].

El primer contingente de socorro turco llegó a Nicea inmediatamente después de Raimundo, encontrándose con la ciudad completamente cercada por tierra. Después de una breve e infructuosa escaramuza con las tropas de Raimundo, se retiró, para esperar al ejército turco principal, que se acercaba al mando del sultán. Alejo había dado instrucciones a Butumites para establecer contacto con la guarnición cercada. Esta, que vio que las fuerzas de socorro se replegaban,

[3] *Gesta Francorum,* II, 7, pág. 34, describe la marcha de Godofredo sobre Nicea. Ana Comneno, XI, i, I, vol. III, pág. 7, dice que parte del ejército fue por mar directamente de Pelecano a Civetot. Alberto de Aix escribe que Godofredo llegó a «Rufinel» la noche que salió del campamento (en Pelecano) y se detuvo allí para recibir un mensaje de Raimundo, que estaba en Constantinopla, y para que se le uniera Pedro el Ermitaño (Alberto, II, 20, págs. 313-14). Por «Rufinel» quizá designe Nicomedia, que está a una jornada de Pelecano. La llegada de Raimundo el 16 de mayo la relatan los *Gesta Francorum,* II, 8, pág. 36, y la de los franceses del norte, *ibid.,* pág. 38, y Fulquerio de Chartres, I, x, 3, pág. 182, que da la fecha.

animó a sus jefes a que invitaran a Butumites a entrar en la ciudad, con un salvoconducto, para discutir las condiciones de la rendición. Aceptó; pero casi en seguida llegaron noticias de que el sultán no estaba lejos, y se rompieron las negociaciones.

Fue hacia el 21 de mayo cuando el sultán y su ejército llegaron desde el Sur, y en el acto atacaron a los cruzados en un intento de forzar la entrada a la ciudad. Raimundo, con el obispo del Puy al mando de su flanco derecho, llevó el peso de la batalla; pues ni Godofredo ni Bohemundo podían arriesgarse a dejar desguarnecidos sus sectores de las murallas. Pero Roberto de Flandes y sus tropas acudieron en ayuda de las de Raimundo. La batalla se prolongó duramente a lo largo de todo el día; pero los turcos no pudieron hacer ningún progreso. Al caer la noche, el sultán decidió retirarse. El ejército cruzado era más fuerte de lo que había pensado, y, hombre por hombre, los turcos no eran enemigo en el campo abierto frente a la ciudad para los occidentales, tan excelentemente armados. Era más estratégico retirarse hacia las montañas y abandonar la ciudad a su suerte [4].

Las pérdidas de los cruzados habían sido muy importantes. Murieron muchos, y, entre ellos, Balduino, conde de Gante; y casi todos los supervivientes que habían participado en la batalla estaban heridos. Pero la victoria les llenó de optimismo. Para mayor placer, encontraron entre los turcos muertos las cuerdas que traían para atar a los prisioneros que el sultán tenía la esperanza de coger. Para desmoralizar a la guarnición sitiada, cortaron las cabezas de muchos de los cadáveres enemigos y las arrojaron por encima de las murallas o las clavaron en picas con las que desfilaron delante de las puertas [5]. Después, ya sin miedo a lo que pudiera venir del exterior, se concentraron en el asedio. Pero las fortificaciones eran formidables. En vano Raimundo y Ademaro intentaron minar una de las torres del sur enviando zapadores para socavarla y encender allí una enorme hoguera. Los escasos daños causados fueron reparados por la guarnición durante la noche. Además se vio que el cerco era incompleto, porque a la ciudad llegaban aún suministros por el lago [6]. Los cruzados tu-

[4] Ana Comneno, XI, i, 3-4, vol. III, págs. 8-9, demuestra que los turcos enviaron dos contingentes de fuerzas separados para socorrer Nicea. Alberto de Aix, II, 25-6, págs. 318-19, describe la captura de los espías turcos inmediatamente antes del ataque principal de los turcos. La batalla la relatan *Gesta Francorum,* II, 8, págs. 36-8; Raimundo de Aguilers, III, pág. 239, y Alberto de Aix, II, 27, págs. 319-20.

[5] *Gesta Francorum, loc. cit.;* Alberto de Aix, II, 28, págs. 320-1. Esteban de Blois cuenta la muerte de Balduino de Gante; Hagenmeyer, *op. cit.,* pág. 139.

[6] *Gesta Francorum, loc. cit.;* Alberto de Aix, II, 31, págs. 322-3; Ana Comneno, XI, i, 6-7, vol. III, págs. 9-10.

vieron que pedir al Emperador que viniera en su ayuda y que les proporcionase embarcaciones para interceptar esta vía lacustre. Alejo estaba seguramente bien informado de la situación, pero deseaba que los príncipes occidentales se percatasen de cuánto necesitaban de su ayuda. Respondió a su petición enviando al lago una pequeña flotilla al mando de Butumites [7].

El sultán, cuando se retiró, había dicho a la guarnición que obrara como mejor le pareciera, ya que él no podía darle más ayuda. Cuando los turcos vieron los barcos bizantinos en el lago y comprendieron que el Emperador apoyaba plenamente a los cruzados, decidieron rendirse. Esto era lo que Alejo precisamente había esperado. No deseaba agregar a sus dominios una ciudad medio destruida, ni que sus futuros súbditos sufrieran los horrores de un saqueo, sobre todo porque los ciudadanos eran, en su mayoría, cristianos, pues turcos eran solamente los soldados y un exiguo número de nobles cortesanos. Se restableció el contacto con Butumites y se discutieron las condiciones de la rendición. Pero los turcos aún vacilaban, confiando, tal vez, en que el sultán volvería. Unicamente ante las noticias de que los cruzados estaban preparando un asalto general, al fin cedieron.

El asalto fue preparado para el 19 de junio. Pero al amanecer los cruzados vieron que los pendones del Emperador ondeaban en los torreones de la ciudad. Los turcos se habían rendido durante la noche, y las tropas imperiales, principalmente los pechegos, habían entrado en la ciudad por las puertas que daban al lago. Es improbable que los jefes cruzados no hubiesen sido informados de las negociaciones, ni tampoco dejarían de aprobarlas, pues veían que no tenía sentido perder tiempo y hombres asaltando una ciudad que no podrían conservar. Pero los bizantinos les ocultaron, deliberadamente, las últimas etapas, ya que la tropa se consideró defraudada y privada de su presa. Habían esperado poder saquear a los ricos de Nicea. En lugar de ello sólo se les permitió entrar en la ciudad en pequeños grupos, estrechamente vigilados por la policía del Emperador. Confiaban en haber podido retener a los nobles turcos con miras al rescate. En lugar de ello los veían conducidos bajo escolta, con sus bienes muebles, hacia Constantinopla o a Pelecano, donde estaba el Emperador. Su resentimiento contra él se hizo aún más profundo [8].

[7] *Gesta Francorum, ibid.*, pág. 40; Alberto de Aix, II, 32, págs. 323-4. Ana Comneno, XI, ii, 3-4, vol. III, págs. 11-12, insinúa los motivos de su padre para enviar barcos al lago, y dice que al mismo tiempo envió tropas al mando de Taticio y Tzitas para ayudar a los cruzados en tierra.

[8] Ana Comneno, XI, ii, 4-6, vol. III, págs. 12-13, ofrece una versión completa sobre la rendición de la ciudad, y admite abiertamente que los bizan-

En cierto sentido se suavizó gracias a la generosidad de Alejo. Pues éste dispuso en seguida que se hiciera un donativo de comida a cada soldado cruzado, mientras los jefes fueron convocados en Pelecano, donde se les regaló con oro y piedras preciosas procedentes del tesoro del sultán. Esteban de Blois, que se trasladó allí con Raimundo de Tolosa, se quedó asombrado de la montaña de oro que le tocó en su parte. No compartió la opinión, sostenida por algunos de sus compañeros, de que el Emperador debía haber ido en persona a Nicea, porque comprendía que la demostración que la ciudad liberada podía hacer al recibir a su soberano podía resultarle desconcertante. A cambio de sus obsequios, Alejo pidió a los caballeros que aún no le habían prestado juramento de fidelidad que lo hicieran ahora. Muchos señores menores, de los que no se había preocupado cuando pasaron por Constantinopla, lo prestaron. A Raimundo, al parecer, no se le exigió que hiciera más de lo que había hecho, pero el caso de Tancredo se tomó más en serio. Tancredo, al principio, se mostró furioso. Manifestó que, a menos que se le diera la gran tienda del Emperador llena de oro hasta los bordes, así como una cantidad igual a todo el oro dado a los otros príncipes, él nunca prestaría el juramento. Cuando el cuñado del Emperador, Jorge Paleólogo, protestó contra su rudeza, se volvió violentamente contra él y empezó a maltratarle. El Emperador se levantó para intervenir y Bohemundo reconvino duramente a su sobrino. Al fin, Tancredo, de mala gana, rindió homenaje [9].

tinos engañaron a los cruzados. Las fuentes occidentales simplemente dicen que la ciudad de Nicea se rindió al Emperador.

[9] Raimundo de Aguilers, III, págs. 239-40, dice que el Emperador prometió a los príncipes todo el botín que se cogiera en Nicea y fundar en ese lugar una hospedería y un monasterio latino; el no cumplir su palabra causó gran descontento. Pero Fulquerio de Chartres (I, x, 10, págs. 188-9), Anselmo de Ribemont (Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 145) y Esteban de Blois (Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 140) hablan de su gran generosidad, y este último dice que en realidad repartió la mejor parte del botín entre los príncipes y distribuyó comida entre los soldados pobres; y también los *Gesta Francorum* dicen (III, 9, pág. 42) que dio abundantes limosnas a los francos pobres. Ana Comneno, XI, iii, 1-2, vol. III, págs. 16-17, relata el segundo juramento. Grousset, *Histoire des Croisades*, vol. I, pág. 31, sin razón evidente supone que Tancredo volvió a negarse a prestar juramento, y Chalandon, *Essai sur le Règne d'Alexis Comnène*, pág. 123, n. 4, cree que no pudo haberlo hecho, ya que, en realidad, Alejo nunca le acusó de haber quebrantado un juramento. Pero el relato de Ana es claro y convincente. Por otra parte, la versión de Radulfo de Caen de este episodio (XVIII-XIX, págs. 619-20) es claramente caprichosa, representando el hecho como a Tancredo le hubiera gustado que fuese. Véase Nicholson, *Tancred*, pág. 32, n. 5. Anselmo, *loc. cit.*, admite que algunos de los príncipes estaban descontentos con el Emperador. Alberto de Aix, II, 28, pág. 321, describe un reparto de regalos a los príncipes por el Emperador durante el sitio. Véase *supra*, pág. 153, n. 5, para el lugar del acto.

Los cruzados estaban sorprendidos del trato que el Emperador daba a sus prisioneros turcos. Los oficiales de la corte y los jefes podían comprar su libertad, y la sultana, la hija del emir Chaka, fue recibida con honores reales en Constantinopla, donde iba a permanecer hasta que recibiera un mensaje de su esposo diciendo dónde quería que se reuniera con él. Ella y sus hijos serían después entregados sin rescate al sultán. Alejo era un hombre bondadoso, y bien sabía él lo que valía la cortesía frente a un enemigo derrotado, pero los príncipes occidentales calificaron esta actitud de doblez y falta de lealtad [10].

No obstante, a pesar de alguna decepción que sufrieron por no haber ocupado ellos mismos la ciudad ni contribuido a enriquecerse por sus propios medios, la liberación de Nicea colmó a los cruzados de alegría y esperanza para el futuro. Fueron enviadas cartas a Occidente anunciando que esta venerable ciudad era nuevamente cristiana, y las noticias se recibieron con entusiasmo. La Cruzada fue considerada como un éxito. Surgieron más reclutas, y las ciudades italianas, hasta entonces bastante cautas y morosas en su prometida ayuda, empezaron a tomar el movimiento mucho más en serio. En el campamento cruzado los caballeros estaban ansiosos de proseguir el viaje. Esteban de Blois rebosaba optimismo. «En cinco semanas —escribía a su esposa— estaremos en Jerusalén, a menos —agregaba, acertando en su profecía más de lo que podía prever entonces— que nos detengan en Antioquía» [11].

Desde Nicea, los cruzados partieron por la antigua calzada principal bizantina a través del Asia Menor. El camino de Calcedonia y Nicomedia se unía al camino de Helenópolis y Nicea en las orillas del río Sangario. Pronto se apartaba del río para ascender por un valle tributario hacia el Sur, y, pasando por la moderna Biledjik, se volvía después sobre un paso hacia Dorileo, cerca de la moderna Eskishehir. Allí se dividía en tres. La gran calzada militar de los bizantinos iba derecha hacia el Este, seguramente por el sur de Ancyta, y dividiéndose de nuevo, después de cruzado el Halys, un ramal continuaba derecho, pasando por Sebastea (Sivas), hacia Armenia, y otro ramal conducía hacia Cesarea Mazacha. Desde allí, varios caminos llevaban por los pasos de la cordillera del Antitauro hasta el valle del Eufrates, mientras otro se replegaba hacia el Sudoeste, por Tyana, a las Puertas Cilicianas. La segunda ruta desde Dorileo conducía

[10] El autor de *Gesta Francorum* (II, 8, págs. 40-2) declara que el emperador trató a los prisioneros generosamente con el único propósito de molestar a los cruzados. Para los movimientos posteriores de la sultana véase pág. 190.

[11] Esteban de Blois, *loc. cit.* Se permitía a los cruzados visitar Nicea en grupos de diez (Ana Comneno, XI, ii, 10, vol. III, pág. 16).

directamente a través del gran desierto salino en el centro del Asia Menor, al sur del lago Tatta, desde Amorio a las Puertas Cilicianas. Era un camino que sólo podía utilizarse por grupos de movimiento rápido, porque pasaba por una tierra desolada, carente totalmente de agua. El tercer camino bordeaba el límite sur del desierto salino, partiendo de Filomelio, la moderna Akshehir, a Iconio y Haraclea y las Puertas Cilicianas. Un camino lateral iba desde cerca de Filomelio al Mediterráneo, en Attalia, y otro, justo desde más allá de Iconio, al Mediterráneo, en Seleucia [12].

Cualquiera de los caminos que decidieran seguir los cruzados, era imprescindible llegar previamente a Dorileo. El 26 de junio, una semana después de la caída de Nicea, la vanguardia empezó a avanzar, seguida durante los días siguientes por varias divisiones del ejército, para reunirse en el puente que hay sobre el río Azul, donde el camino se separa del valle del Sangario para trepar hacia la meseta. Un pequeño destacamento bizantino, al mando del experto general Taticio, acompañaba a los cruzados. Cierto número de cruzados, probablemente en su mayoría los que habían resultado heridos en Nicea, se quedó atrás y entró al servicio del Emperador. Fueron puestos a las órdenes de Butumites y empleados para reparar Nicea y quedar allí de guarnición [13].

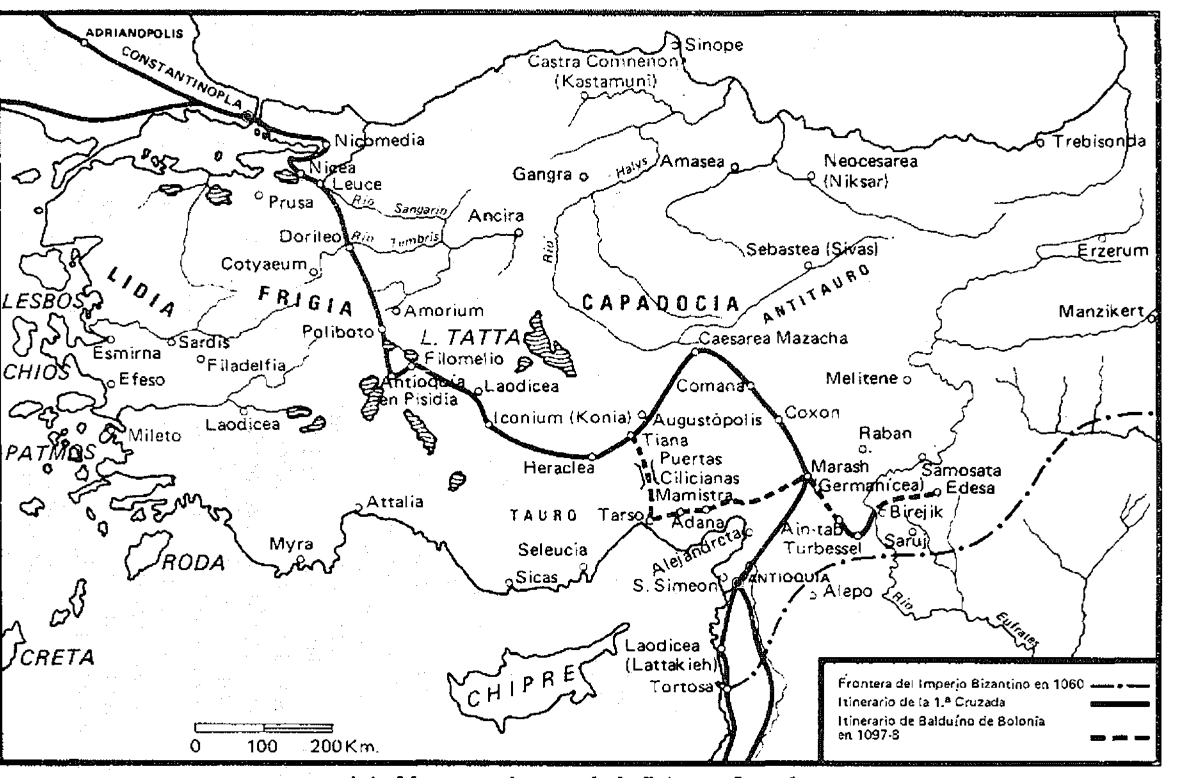
Junto al puente, en un pueblo llamado Leuce, los príncipes celebraron consejo. Se decidió dividir el ejército en dos sectores para facilitar el problema de los abastecimientos, debiendo preceder una sección a otra con la diferencia aproximada de una jornada. El primer ejército estaba constituido por los normandos de la Italia meridional y los del norte de Francia, con las tropas de los condes de Flandes y de Blois y los bizantinos, que hacían las veces de guías. El segundo ejército lo componían los franceses del sur y los loreneses, con las tropas del conde de Vermandois. Bohemundo era considerado como jefe del grupo primero, y Raimundo de Tolosa, como jefe del segundo. En cuanto se acordó esta división, el ejército de Bohemundo se puso en camino hacia Dorileo [14].

Después de su fracaso en romper el cerco de Nicea, el sultán Kilij Arslan se había retirado hacia el Este para reunir sus fuerzas y con-

[12] Para las rutas a través de Asia Menor, véase Ramsay, *Historical Geography of Asia Minor*, págs. 74-82.

[13] El ejército de Bohemundo partió el 26 de junio (*Gesta Francorum*, III, 9, pág. 44); el de Raimundo, el 28 (Raimundo de Aguilers, III, pág. 240; Anselmo de Ribemont, *loc. cit.*), y el de los franceses del norte, el 29 (Fulquerio de Chartres, I, xi, I, pág. 190). Ana Comneno, XI, iii, 3, vol. III, páginas 16-17, alude a que algunos de los francos se quedaron con Butumites.

[14] Ana Comneno, XI, iii, 4, vol. III, pág. 18; *Gesta Francorum*, III, 9, pág. 44; Alberto de Aix, II, 38, págs. 328-9.



Asia Menor en tiempos de la Primera Cruzada.

cluir la paz y una alianza con el emir danishmend contra esta nueva amenaza. La pérdida de Nicea le había alarmado, y la pérdida de su tesoro en esa ciudad había sido un serio contratiempo. Pero los turcos eran aún nómadas por instinto. La auténtica capital del sultán era su tienda. En los últimos días de junio se volvió hacia el Oeste con sus propias tropas, con su vasallo Hasan, emir de los turcos de Capadocia, y con el ejército danishmend, al mando de su emir. El 30 de junio estaba esperando en un valle cerca de Dorileo, dispuesto a atacar a los cruzados cuando descendieran por el desfiladero.

Aquella tarde, el primer ejército cruzado acampó en la llanura, no lejos de Dorileo. Al amanecer, los turcos descendieron rápidamente por la ladera de la colina, lanzando su baladro de guerra. Bohemundo no estaba desprevenido. Los peregrinos no combatientes fueron rápidamente reunidos en el centro del campamento, donde había unos manantiales de agua, y a las mujeres se les encomendó la tarea de llevar el agua a primera línea. Se prepararon rápidamente tiendas y se ordenó a los caballeros que bajaran de los caballos. Entretanto, había sido enviado un mensajero, a galope, al segundo ejército, para instarle a que se diera prisa, y Bohemundo se dirigió a sus capitanes, diciéndoles que se preparasen para una lucha difícil y que se mantuvieran, al principio, a la defensiva. Solamente uno de ellos desobedeció las órdenes, el mismo caballero que había tenido la osadía de sentarse en el trono del Emperador en Constantinopla. Con cuarenta de sus hombres cargó contra el enemigo, y fue rechazado con ignominia y cubierto de heridas. El campamento fue en seguida cercado por los turcos, cuyo número parecía infinito a los cristianos; aquéllos seguían su táctica favorita de lanzar a los arqueros a la línea del frente para disparar sus flechas y retirarse en el acto, para dejar el puesto a otros arqueros.

Según avanzaba la calurosa mañana de julio, los cruzados empezaron a dudar si podrían resistir contra la incesante granizada de proyectiles. Pero, como estaban cercados, era imposible la huida y la rendición significaría cautiverio y esclavitud. Todos acordaron que, si las circunstancias lo exigían, padecerían juntos el martirio. Finalmente, hacia mediodía, observaron que llegaban sus compañeros del segundo ejército, con Godofredo y Hugo y sus hombres en cabeza y Raimundo y los suyos inmediatamente detrás. Los turcos no se habían dado cuenta de que no habían cogido en la trampa a las fuerzas cruzadas enteras. A la vista de los que llegaban ahora, empezaron a vacilar y no pudieron impedir que enlazaran los dos ejércitos. Los cruzados recobraron la moral. Formando un largo frente con Bohemundo, Roberto de Normandía y Esteban de Blois a la izquierda, Raimundo y Roberto de Flandes en el centro y Godofredo y Hugo a

la derecha, empezaron a tomar la ofensiva, recordándose mutuamente los tesoros que capturarían si resultaban victoriosos. Los turcos estaban desprevenidos para hacer frente a un ataque y probablemente se hallaban ya sin municiones. Su vacilación se convirtió en pánico por la súbita aparición del obispo del Puy y un contingente de franceses meridionales en las colinas próximas. Ademaro había planeado solo esta diversión y encontró guías que le llevaron por los senderos de la montaña. Su intervención aseguró el triunfo de los cruzados. Los turcos rompieron filas y pronto estaban en plena huida hacia el Este. En su precipitación abandonaron intacto el campamento, y las tiendas del sultán y de los emires cayeron, con todos sus tesoros, en manos de los cristianos [15].

[15] Ana Comneno, *loc. cit.*, habla del caballero francés; *Gesta Francorum*, III, 9, págs. 44-8; Raimundo de Aguilers, IV, págs. 240-1, describen la función de Ademaro; Fulquerio de Chartres, I, xi, 3-10, págs. 189-97; Alberto de Aix, II, 39-42, págs. 329-32; carta de los príncipes a Urbano II, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe*, pág. 161. Dorileo, lugar por el que se denomina generalmente a la batalla, está situado aproximadamente dos millas al noroeste de la moderna Eskishehir. Es muy discutido el lugar exacto donde tuvo lugar la batalla. Ana le llama «la llanura de Dorileo»; los príncipes, en su carta a Urbano, le llaman «valle de Dorotilla», con el que deben querer designar Dorileo; Raimundo de Aguilers se refiere a él diciendo «Campus Floridus», y Alberto de Aix le llama «valle de Degorganhi que ahora llaman Ozellis». Hagenmeyer, *Chronologie de la Première Croisade*, págs. 86-7, opina que los cruzados no pudieron llegar a Dorileo en la noche del 30 de junio, pues está a veintidós horas de jornada desde Leuce. Sitúa la batalla cerca de la moderna «Bosuzuk» (quiere decir Bosoyuk) o Inönü. Pero el camino directo bizantino bordeaba ambos sitios, pasando por Sögüt, y entrando en la llanura unas ocho millas al noroeste de Dorileo. Los turcos hicieron un ataque por sorpresa. Se debieron esconder, por tanto, en las colinas; pero Ademaro también se valió de las colinas para atacar a los turcos por la retaguardia. Antes de que el camino penetre en la llanura, las montañas son demasiado abruptas para permitir tales maniobras. Pero la llanura de Sari-su, la griega Bathys, a la que llega el camino, está separada del Porsuk, el griego Tembris, por una cadena de montañas bajas, fáciles de atravesar, que llega hasta la unión de los arroyos, justo por encima de Dorileo. Si los cruzados acamparon en el valle de Sari-su, los turcos pudieron atacarles por sorpresa desde el valle Porsuk, ya que un puesto de observación en las partes altas de Karadjashehir, al sur de Porsuk, les permitía vigilar los movimientos de los cruzados. Probablemente Ademaro también cruzó hacia el valle Porsuk para coger a los turcos por la retaguardia. Como resultado de un examen personal del campo en esos lugares, sitúo la batalla en el llano de Sari-su, en el punto en que entra el camino procedente de Leuce. Para llegar allí la vanguardia debió recorrer alrededor de 85 millas en cuatro días, ya que salió de Nicea en la mañana del 26 de junio, pero descansó, quizá durante todo un día, en Leuce. La retaguardia partió de Nicea dos días más tarde, pero seguramente no se detuvo en Leuce. Después de una marcha forzada pudo alcanzar a la vanguardia en la tarde de la batalla. Los jefes de la retaguardia, que iban a caballo, probablemente

Fue una gran victoria. Se habían perdido muchas vidas cristianas, entre ellas las de Guillermo, el hermano de Tancredo, Hunfredo de Monte Scabioso y Roberto de París; y los francos habían aprendido a tener respeto a los turcos como soldados. Quizá para ensalzar su éxito estaban dispuestos a tributar a los turcos una admiración que no manifestaban por los bizantinos, cuyos métodos más científicos de llevar la guerra consideraban ya como decadentes. Tampoco reconocían la parte que habían tomado los bizantinos en la batalla. El anónimo autor normando de los *Gesta* estimaba que los turcos serían la más excelente de las razas si pertenecieran al cristianismo, y recordaba la leyenda según la cual los francos eran consanguíneos de ellos, porque ambos descendían de los troyanos: una leyenda basada más en la rivalidad común contra los griegos que en cualquier argumento etnológico [16]. Mas, por muy admirable que haya sido la infantería turca, su derrota aseguró a los cruzados el paso libre por el Asia Menor. El sultán, despojado primeramente de su capital y ahora de su tienda real y de la mayor parte de su tesoro, decidió que era inútil intentar contenerlos. Encontrándose en su huida con un núcleo de turcos sirios que habían llegado demasiado tarde para la batalla, explicó que el número y la fuerza de los francos eran mayores de lo que él había supuesto y que no pudo oponérseles. El y su gente se fueron a las montañas, después de saquear y asolar las ciudades que habían ocupado, devastando todo el campo, de suerte que los cruzados no pudieran encontrar ninguna provisión según iban avanzando [17].

El ejército cruzado permaneció durante dos días en Dorileo, para recuperarse de la batalla y estudiar las siguientes etapas de la marcha. No era difícil elegir el camino a seguir. El camino militar hacia el Este penetraba mucho en un territorio controlado por los Danishmend y por emires cuyo poder no había sido afectado. El ejército era demasiado numeroso y demasiado lento para tomar el atajo del desierto salino. Tenía que seguir el camino más lento a lo largo del borde de las montañas hacia el sur del desierto. Este fue sin duda el consejo que dieron Taticio y los guías que él había procurado. Pero, a pesar de todo, el camino no ofrecía seguridad. Con las invasiones de los turcomanos y veinte años de guerras, los pueblos habían sido destruidos y los campos estaban sin cultivar; los manantiales ya no daban agua potable o los habían dejado que se secaran; los puentes se habían derrumbado o destruido. No se podía obtener siempre información de la

llegaron a Leuce, para discutir algunos puntos con sus colegas, antes que la infantería.

[16] *Gesta Francorum,* III, 9, págs. 50-52.

[17] *Ibid.,* IV, 10, págs. 52-4.

dispersa y aterrorizada población. Y si cualquier cosa salía mal, los francos en seguida sospechaban de la traición de los guías griegos, mientras los griegos estaban amargados con la indisciplina y la ingratitud de los francos. Taticio encontró su papel cada vez más desagradable y difícil [18].

Partiendo el 3 de julio, en un solo cuerpo continuo, para evitar el peligro pasado en Dorileo, el ejército se movió lentamente hacia el Sudeste, por la meseta de Anatolia. No pudo seguir la antigua calzada principal. Después de pasar por Poliboto, dobló hacia la Antioquía pisidiana, que seguramente había escapado a los estragos de los turcos, y donde, por tanto, se pudieron obtener suministros. Desde allí los cruzados siguieron por los desfiladeros desolados de las montañas de Sultán Dagh para tomar de nuevo la calzada principal en Filomelio. Desde Filomelio, su camino pasaba por tierras desoladas entre montañas y desiertos. Bajo el calor implacable de la canícula, los caballeros pesadamente armados y sus caballos y los soldados de infantería sufrieron todos de manera horrible. No había agua a la vista; sólo las salinas del desierto; ni vegetación alguna, excepto los espinos, cuyas ramas masticaban en vano para extraer su savia. Podían ver las antiguas cisternas bizantinas junto a la calzada; pero todas ellas habían sido destruidas por los turcos. Los caballos fueron los primeros en perecer. Muchos caballeros se vieron obligados a seguir a pie; otros iban montados en bueyes; y fueron congregados las ovejas, las cabras y los perros para tirar de los carromatos. Sin embargo, la moral del ejército siguió muy alta. A Fulquerio de Chartres, la camaradería de los soldados, originarios de países tan distintos y hablando lenguas tan diferentes, le parecía algo que se debía a la inspiración de Dios [19].

A mediados de agosto los cruzados llegaron a Iconio. Iconio, la Konya de nuestros días, había estado en manos turcas durante trece años, y Kilij Arslan la eligió pronto como nueva capital. Pero en aquel momento estaba desierta. Los turcos habían huido a las montañas con todos sus bienes muebles. Pero no pudieron destruir los ríos y vegas en el delicioso valle del Meram, detrás de la ciudad. Su fertilidad encantó a los castigados cristianos. Se quedaron allí varios días para recuperar fuerzas. Todos ellos estaban muy necesitados de

[18] No hay quejas de Taticio y los bizantinos hasta que el ejército llega a Antioquía, pero desde entonces se convierte en «inimicus» (*Gesta Francorum*, VI, 16, pág. 78). Véase *infra*, pág. 216 y n. 16. El resentimiento contra él debió aumentar mucho, y esto hizo posible que la propaganda de Bohemundo tuviera éxito tan rápidamente.

[19] *Gesta Francorum*, IV, 10, pág. 55; Fulquerio de Chartres, I, xiii, 1-5, págs. 199-203; Alberto de Aix, III, 1-3, págs. 339-41.

descanso. Incluso sus jefes estaban agotados. Godofredo había resultado herido algunos días antes, cuando se hallaba cazando un oso. Raimundo de Tolosa estaba gravemente enfermo, y se pensaba que iba a morir de un momento a otro. El obispo de Orange le dio la extremaunción; pero la estancia en Iconio le restableció y pudo emprender la marcha con el ejército cuando éste la reanudó. Siguiendo el consejo de la exigua población armenia que vivía en los alrededores de Iconio, los soldados llevaron consigo el agua suficiente para que les durase hasta que llegaran al fértil valle de Heraclea [20].

En Heraclea encontraron un ejército turco, al mando del emir Hasan y del emir danishmend. Ambos emires, ávidos de conservar sus posesiones en Capadocia, esperaban seguramente que su presencia obligaría a los cruzados a intentar remontar las montañas del Tauro hacia la costa. Pero, a la vista de los turcos, los cruzados atacaron en seguida, mandados por Bohemundo, que se dirigió contra el emir danishmend. Los turcos no tenían ganas de librar una batalla campal y rápidamente se retiraron hacia el Norte, abandonando las ciudades a los cristianos. El destello de un cometa en el cielo iluminó la victoria [21].

No era necesario volver a discutir la ruta a seguir. Algo al este de Heraclea, la calzada principal conducía por las montañas del Tauro, a través del terrible desfiladero de las Puertas Cilicianas, hacia Cilicia. Esta era la ruta directa hasta Antioquía; pero tenía sus inconvenientes. Las Puertas Cilicianas no son fáciles de pasar. A veces el camino es tan escarpado y estrecho, que un pequeño núcleo enemigo dominando las alturas puede rápidamente causar estragos en un ejército de movimiento lento. Cilicia estaba en manos turcas; y el clima de allí, en septiembre, según informaban los guías bizantinos, era de lo más fatigoso. Además, un ejército que marcha desde Cilicia a Antioquía tiene que pasar por la cordillera Amánica, por el difícil desfiladero llamado las Puertas Sirias. Por otra parte, la reciente derrota de los turcos abría el camino a Cesarea Mazacha. Desde allí, una prolongación de la gran calzada militar bizantina llevaba por el Antitauro a Marash (Germanicea), y directamente por el desfiladero bajo y ancho de las Puertas Amánicas, hacia la llanura de Antioquía. Este era el camino que el tráfico entre Antioquía y Constantinopla había seguido preferentemente en los años anteriores a las invasiones tur-

[20] *Gesta Francorum, ibid.*, pág. 56; Fulquerio de Chartres, *ibid.*, pág. 200. Raimundo de Aguilers, IV, pág. 241, habla de la enfermedad de Raimundo, que debió ocurrir entonces, y Alberto de Aix, III, 4, págs. 341-2, describe el accidente de Godofredo.

[21] *Gesta Francorum, loc. cit.;* Ana Comneno, XI, iii, 5, vol. III, págs. 18-19, menciona la proeza de Bohemundo en esta batalla. Su informante debió ser Taticio. Fulqueiro de Chartres, I, xiv, págs. 203-5, hace mención del cometa.

cas, y, de momento, tenía la ventaja de pasar por tierras que estaban en poder de los cristianos, reyezuelos armenios que, en su mayoría, eran vasallos nominales del Emperador y seguramente estarían bien dispuestos. Es probable que esta última ruta fuese recomendada por Taticio y los bizantinos, pero su sugerencia encontró la oposición de los príncipes hostiles al Emperador, a cuya cabeza se hallaba Tancredo. La mayoría decidió tomar la ruta por Cesarea. Pero Tancredo con un núcleo de normandos de la Italia meridional, y el hermano de Godofredo, Balduino, con algunos flamencos y loreneses, determinaron separarse del ejército principal y penetrar en Cilicia.

Hacia el 10 de septiembre, Tancredo y Balduino se pusieron en marcha por dos caminos separados hacia los desfiladeros del Tauro [22], y el ejército principal marchó hacia el Nordeste, a Cesarea. En la aldea de Augustópolis libró un encuentro con las tropas de Hasan y les causó otra derrota; pero, deseando evitar cualquier demora, no intentó ocupar un castillo de los hombres del emir que se erguía no lejos del camino; no obstante, fueron ocupadas varias aldeas pequeñas y sometidas al mando de un señor local, llamado Simeón, a petición de éste, que las gobernaría en nombre del Emperador. Hacia fines de mes, los cruzados llegaron a Cesarea, que había sido asolada por los turcos. No se detuvieron en la ciudad, sino que avanzaron hasta Comana (Placentia), una próspera villa habitada por armenios, a la que los turcos danishmend estaban poniendo sitio. A la llegada de los cruzados, los turcos desaparecieron; y aunque Bohemundo salió en su persecución, no pudo establecer contacto. Los ciudadanos dieron una alegre bienvenida a sus libertadores; éstos invitaron a Taticio a que nombrara un gobernador para regir la ciudad en nombre del Emperador. Taticio dio el puesto a Pedro de Aulps, un caballero provenzal que estuvo antes en el Este con Guiscardo y que después había entrado al servicio del Emperador. Fue una elección muy hábil; y el episodio demuestra que los francos y los bizantinos eran aún capaces de cooperar y de llevar a cabo juntos el tratado hecho entre los príncipes y el Emperador [23].

Desde Comana el ejército avanzó en dirección sudeste hasta Coxon, la moderna Güksün, próspera ciudad armenia, situada en un fértil valle en la falda de la cordillera del Antitauro. Allí se detuvo durante tres días. Los habitantes se mostraron muy cordiales, y los cruzados pudieron asegurarse provisiones en abundancia para las etapas siguientes de su marcha, a través de las montañas.

[22] Véase *infra*, págs. 193-194.

[23] *Gesta Francorum*, IV, II, págs. 60-2; Esteban de Blois, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 150; Baudri, VII, págs. 38-9; Ana Comneno, XI, iii, 6, vol. III, pág. 19.

Llegó entonces al ejército el rumor de que los turcos habían abandonado Antioquía. Bohemundo estaba aún ausente, persiguiendo a los danishmend; en consecuencia, Raimundo de Tolosa, en seguida, sin consultar a nadie más que a su estado mayor, envió por delante a quinientos caballeros, al mando de Pedro de Castillon, para que a toda prisa ocuparan la ciudad. Los caballeros iban a galope tendido, pero, cuando llegaron a un castillo ocupado por herejes paulicianos, no lejos del Orontes, se enteraron de que el rumor era falso y que, al contrario, los turcos estaban concentrando refuerzos. Pedro de Castillon regresó seguramente para reunirse con el ejército; pero uno de los caballeros, Pedro de Roaix, se alejó secretamente con algunos compañeros y, después de una escaramuza con los turcos de la localidad, se apoderó de algunos fuertes y pueblos en el valle de Rusia, hacia Alepo, con la complacida ayuda de los armenios indígenas. La maniobra de Raimundo no tenía la intención de asegurarse el señorío de Antioquía, sino sólo la gloria y el botín que acumularía el primero en llegar. Pero Bohemundo, cuando volvió al ejército, se enteró de ello con suspicacia; y esto vino a probar la creciente escisión entre los príncipes [24].

El viaje desde Coxon sería el más difícil que tenían que afrontar los cruzados. Era entonces a principios de octubre, y habían venido las lluvias. El camino por el Antitauro estaba en un mal estado espantoso, y había muchas millas en que no existía sino un sendero encenagado que llevaba por cuestas escarpadas y precipicios cortados a pico. Un caballo tras otro caía por el borde; filas enteras de animales de tiro, atados entre sí, se precipitaban hacia el abismo. Nadie se atrevía a ir a caballo. Los caballeros, luchando a pie bajo su pesado equipo, intentaban ansiosamente vender sus armas a hombres más ligeramente equipados, o las abandonaban ya desesperados. Las montañas parecían malditas. Les hicieron perder más vidas que los turcos hasta entonces. Con verdadera alegría alcanzó el ejército, finalmente, el valle que rodeaba a Marash.

En Marash, donde volvieron a encontrar una población armenia amistosa, los cruzados esperaron durante algunos días. Un príncipe armenio, llamado Tatoul, que había sido antes oficial bizantino, era el gobernador de la ciudad y fue confirmado en su puesto. Bohemundo se unió a ellos en Marash, después de su estéril persecución de los turcos; y Balduino llegó apresuradamente desde Cilicia, para ver a su esposa Godvere, que estaba agonizando. Después de su muerte, volvió a marchar, ahora en dirección Este [25]. Saliendo de Marash ha-

[24] *Gesta Francorum,* IV, II, pág. 62.

[25] Véase *infra,* pág. 194. La muerte de Godvere (o Godhilda) de Tosni, esposa de Balduino, la recoge Alberto de Aix, III, 27, pág. 358.

cia el 15 de octubre, el ejército principal avanzó, fortalecido y recuperado, hacia la llanura de Antioquía. El 20 llegó al puente de Hierro, a tres horas de distancia de la ciudad[26].

Habían pasado cuatro meses desde que la Cruzada había salido de Nicea. Para un ejército numeroso, con muchos seguidores no combatientes, hacer una marcha en plena canícula por una tierra casi en su totalidad inhóspita y siempre expuesta al ataque de un enemigo formidable en movilidad y rapidez, era un éxito notable. Los cruzados se vieron alentados por su fe y por su ardiente deseo de llegar a Tierra Santa. La esperanza de encontrar botín y tal vez un señorío era un aliciente más. Pero también hay que conceder algún mérito a los bizantinos que acompañaban a la expedición, ya que su experiencia en combatir con los turcos les capacitaba para dar buenos consejos, y sin su guía nunca hubiese podido seguirse la ruta por el Asia Menor. Puede que los guías hayan sufrido algunos errores, como en la elección de la ruta de Coxon a Marash; pero, después de veinte años de abandono y de alguna destrucción circunstancial deliberada, era imposible decir en qué estado iba a encontrarse cada camino. Taticio tuvo que desempeñar un papel difícil; pero, hasta que el ejército llegó a Antioquía, sus relaciones con los príncipes de Occidente fueron cordiales. Los soldados cruzados más humildes podían desconfiar de los griegos; pero, por lo que se refería a la dirección del movimiento, todo se desarrollaba tranquilamente.

Entretanto, el emperador Alejo, que tenía la obligación de mantener las comunicaciones con el Asia Menor, estaba consolidando las posiciones en la retaguardia de la Cruzada. El éxito de los francos había reconciliado a los seléucidas con los Danishmend, creando así, tan pronto como se había superado el impacto de la primera derrota, un fuerte potencial turco en el centro y en el este del Asia Menor. Por tanto, la política del Emperador tendió a recuperar el occidente de la península, donde, con la ayuda de su creciente poderío marítimo, le era posible abrir una ruta hacia la costa sur que podría mantener, seguramente, bajo su dominio permanente. Después de volver a fortificar Nicea y asegurar las fortalezas que cubrían la ruta hasta Dorileo, envió a su cuñado, el césar Juan Ducas, apoyado por una escuadra al mando del almirante Caspax, a reconquistar Jonia y Frigia. El objetivo principal era Esmirna, donde aún gobernaba el hijo de Chaka sobre un emirato que comprendía la mayor parte de la franja costera jonia y las islas de Lesbos, Chíos y Samos, mientras Efeso y otras

[26] *Gesta Francorum*, IV, II, pág. 64, describe el viaje desde Coxon hasta Antioquía, resaltando el horror del camino montañoso; también lo relata Alberto de Aix, III, 27-9, págs. 358-9. Mateo de Edesa, II, clxvi, págs. 229-30, menciona la subida al poder de Tatoul como gobernante de Marash.

ciudades cerca de la costa estaban en manos de emires vasallos. Frigia se hallaba bajo jefes seléucidas, ahora separada del contacto con el sultán. Para impresionar a los turcos, Juan llevó consigo a la sultana, la hija de Chaka, pues no se habían hecho aún preparativos para que se reuniera con su esposo. El ataque combinado por tierra y mar era demasiado para el emir de Esmirna, que muy pronto entregó sus dominios a cambio de poder retirarse libremente hacia el Este. Parece ser que escoltó a su hermana hasta la corte del sultán, donde desaparece de la historia. Luego cayó Efeso, sin combatir; y mientras Caspax y su flota volvían a ocupar la costa y las islas, Juan Ducas marchó hacia el interior, conquistando una por una las principales ciudades lidias, Sardis, Filadelfia y Laodicea. La provincia estaba en su poder a fines del otoño de 1097; y se hallaba en condiciones, en cuanto pasara el invierno, de avanzar hacia Frigia, hasta la calzada principal por donde habían marchado los cruzados. Su propósito era probablemente el de restablecer el dominio bizantino sobre la calzada que llevaba desde Poliboto y Filomelio directamente hacia el Sur, a Attalia, y desde allí, a lo largo de la costa, en dirección Este, donde las fuerzas navales le darían protección y se podría establecer el enlace con los príncipes armenios que estaban ahora establecidos en las montañas del Tauro. Así se aseguraría un camino por el que sería posible abastecer a los cristianos que luchaban en Siria, y el esfuerzo unificado de la Cristiandad podría seguir adelante [27].

[27] Ana Comneno, XI, v, 1-6, vol. III, págs. 23-7.

Capítulo 13

INTERMEDIO ARMENIO

«... no confiéis en el amigo».

(Miqueas, 7, 5.)

La emigración armenia hacia el Sudoeste, iniciada cuando las invasiones seléucidas hicieron insegura la vida en el valle del Araxes y cerca del lago Van, prosiguió en los últimos años del siglo XI. Cuando los cruzados llegaron al Asia Menor oriental había una serie de pequeños principados armenios que se extendían desde más allá del Eufrates medio hasta el corazón de las montañas del Tauro. El efímero Estado fundado por el armenio Filareto se desmoronó ya antes de su muerte en 1090. Thoros conservaba aún Edesa, de donde había procurado recientemente arrojar a la guarnición de la ciudadela; y su suegro, Gabriel, aún era señor de Melitene [1]. En Marash, el principal ciudadano cristiano, Tatoul, fue reconocido como gobernador por las autoridades bizantinas, a las que los cruzados devolvieron la ciudad [2]. En Raban y Kaisun, entre Marash y el Eufrates, un armenio llamado Kogh Vasil, Vasil el Ladrón, había fundado un pequeño principado [3]. Thoros y Gabriel, y seguramente también Tatoul, habían

[1] Para Thoros, véase Laurent, «Des Grecs aux Croisés», págs. 405-10; para Gabriel, véase *ibid.*, pág. 410, y el artículo «Malatya», de Honigmann, en la *Encyclopaedia of Islam*. Véase *supra*, págs. 75, 170.

[2] Véase *supra*, pág. 185.

[3] Para Kogh Vasil, véase Chalandon, *Les comnènes*, págs. 99 y sigs. Como principal príncipe armenio y miembro de la Iglesia armenia ofreció refugio al

sido lugartenientes de Filareto, y, como él, empezaron su carrera política en el servicio administrativo bizantino. No solamente pertenecían a la Iglesia ortodoxa, y no a la Iglesia armenia separada, sino que seguían usando los títulos que hacía mucho tiempo habían recibido del Emperador; y, siempre que les era posible, reanudaban las relaciones con la corte de Constantinopla y reafirmaban su fidelidad. Thoros había recibido, en efecto, de Alejo el alto título de curopalate. Esta relación con el Imperio daba a su gobierno una cierta legitimidad; pero una base más sólida la representaba su disposición a aceptar la soberanía de los jefes turcos vecinos. Thoros hacía que estos soberanos potenciales se enfrentaran unos contra otros con sorprendente agilidad; mientras, Gabriel había enviado a su esposa a una misión a Bagdad, para obtener el reconocimiento de las más altas autoridades musulmanas. Pero todos estos príncipes estaban en una posición precaria. Con la excepción de Kogh Vasil, se hallaban separados por su religión de la mayoría de sus compatriotas y eran odiados por los cristianos sirios, de los que aún había muchos en sus territorios; y de todos ellos desconfiaban los turcos, cuya desunión era lo único que les permitía sobrevivir.

Los armenios en el Tauro estaban menos expuestos al peligro, pues el territorio en el que se habían establecido era de difícil acceso y fácil defensa. Oshin, hijo de Hethoum, controlaba ahora las montañas hasta el oeste de las Puertas Cilicianas, con sus cuarteles en el inexpugnable castillo de Lamprón, en un alto pico que dominaba Tarso y la llanura de Cilicia. Mantenía una adecuada comunicación con Constantinopla y había recibido del Emperador el título de estratopedarca de Cilicia. Aunque, al parecer, no era miembro de la Iglesia ortodoxa, había servido a las órdenes de Alejo en el pasado, y era probable que hubiese ocupado Lamprón con la aprobación del Emperador, arrebatándoselo a la hasta entonces invicta guarnición bizantina. Hacía incursiones frecuentes a la llanura ciliciana, y en 1097 se aprovechó de la preocupación turca por el avance de los cruzados, para ocupar parte de la ciudad de Adana [4]. Las montañas al este de las Puertas Cilicianas estaban en poder de Constantino, hijo de Roupen, con sus cuarteles generales en el castillo de Partzerpert, al noroeste de Sis. Desde la muerte de su padre, había extendido su poder hacia el Este, en dirección al Antitauro, y conquistó el gran casti-

católico armenio Gregorio Vahram (Mateo de Edesa, II, clxxxviii, pág. 258). Existía un católico rival, Basilio, entonces en Ani (*ibid.*, II, cxxxiv, págs. 201-2).

[4] Mateo de Edesa, II, cli, pág. 216, recoge los primeros hechos de Oshin. Véase Laurent, «Les Arméniens de Cilicie», en *Mélanges Schlumberger*, vol. I, págs. 159-68. Según Mateo, Pazouni, el hermano de Oshin, vivía aún. En Radulfo de Caen, XL, págs. 634-5, Oshin es llamado Ursinus.

llo de Vahka, en el río Göksü, arrebatándoselo a la aislada guarnición bizantina. Era un partidario apasionado de la Iglesia armenia separada, y, lo mismo que su padre, como heredero de la dinastía bagrátida, conservaba un resentimiento familiar contra Bizancio. El también esperaba que el apuro en que se veían los turcos le serviría para establecerse en la rica llanura ciliciana, donde ya la población era en su mayoría armenia [5].

Balduino de Boloña se había interesado, en épocas anteriores, por el problema armenio. En Nicea había hecho íntima amistad con un armenio, antiguamente al servicio del Emperador, Bagrat, el hermano de Kogh Vasil; y Bagrat fue agregado a su plana mayor. Es probable que Bagrat tuviera deseos de asegurar la ayuda de Balduino para los principados armenios cerca del Eufrates, donde estaban sus lazos familiares [6]. Pero cuando, en Heraclea, Tancredo anunció su intención de abandonar el ejército principal para probar su suerte en Cilicia, Balduino pensó que sería imprudente permitir que ningún otro príncipe occidental fuese el primero en embarcarse en una aventura armenia, si es que él quería cosechar el beneficio de ser el amigo principal de esa raza. Es improbable que él y Tancredo hubieran llegado a ningún acuerdo. Ambos eran segundones de una familia de príncipes, sin ningún porvenir en la patria; y ambos deseaban francamente encontrar señoríos en Oriente. Pero mientras Balduino había ya decidido elegir un estado armenio, Tancredo estaba dispuesto a instalarse donde le pareciera más conveniente. Se opuso al rodeo por Cesarea porque era una sugerencia bizantina de la cual se beneficiarían los bizantinos, y la presencia de una población cristiana amistosa tan a mano le ofrecía una oportunidad.

Hacia el 15 de septiembre, Tancredo, con un pequeño grupo de cien caballeros y doscientos hombres de infantería, salió del campamento de los cruzados en Heraclea y se dirigió directamente hacia las Puertas Cilicianas. Inmediatamente después salió Balduino, con su primo Balduino de Le Bourg, Reinaldo de Toul y Pedro de Stenay, quinientos caballeros y dos mil infantes. Ninguna de las dos expediciones se cargó con no combatientes; y la esposa de Balduino, Godvere, y sus hijos se quedaron con el ejército principal. Tancredo parece ser que tomó la ruta directa hacia el desfiladero, haciendo el mismo trayecto que hoy sigue el ferrocarril después de Ulukishla; pero Balduino, con su ejército más numeroso, prefirió tomar la anti-

[5] Para Constantino, véase Mateo de Edesa, *loc. cit.;* Sembat, *Crónica,* página 610.

[6] Alberto de Aix, III, 17, págs. 350-1, habla acerca de la carrera de Bagrat y su relación con Balduino. Guillermo de Tiro, VII, 5, vol. I, págs. 383-4, menciona su trato con Kogh Vasil.

gua calzada principal que descendía hasta Podandus, en la cabecera del paso, desde Tyana, más al Este. Se hallaba, por tanto, a tres jornadas de Tancredo en su marcha por el desfiladero.

Al descender hacia la llanura, Tancredo se dirigió a Tarso, que seguía siendo aún la principal ciudad de Cilicia. Entretanto, mandó emisarios al ejército principal para pedir refuerzos. Tarso estaba defendida por una guarnición turca, que, en seguida, salió para rechazar a los invasores, pero que fue severamente castigada. Los habitantes cristianos, armenios y griegos, establecieron contacto con Tancredo y le pidieron que ocupara la ciudad. Pero los turcos resistieron hasta que, tres días después, Balduino y su ejército fueron divisados. Después, hallándose inferiores en número, esperaron a que anocheciera y huyeron al amparo de la oscuridad. A la mañana siguiente los cristianos abrieron las puertas a Tancredo; y Balduino llegó para ver el pendón de Tancredo ondeando en las torres. Tancredo no iba acompañado de ningún oficial bizantino y es evidente que no tenía intención de entregar al Emperador ninguna conquista que hiciera. Pero en Balduino descubrió un competidor más peligroso que, como él, tampoco se preocupaba de cumplir el tratado convenido en Constantinopla. Balduino exigió que Tarso fuese puesta bajo su autoridad; y Tancredo, furioso aunque impotente frente a un rival de más fuerza, se vio obligado a aceptar. Retiró sus tropas y marchó hacia el Este, en dirección a Adana.

Apenas había ocupado Balduino la ciudad de Tarso, llegaron ante ella trescientos normandos, procedentes del ejército principal, para reforzar a Tancredo. A pesar de sus súplicas, se negó a permitirles la entrada en la ciudad; y, mientras acampaban fuera de las murallas, fueron atacados de noche por la antigua guarnición turca, que estaba ahora vagando por el campo, y murieron absolutamente todos, víctimas de la matanza. El episodio enfureció a los cruzados. Balduino fue culpado de la suerte de los normandos incluso por su propio ejército; y su posición habría sido gravemente comprometida de no haber llegado noticias de la inesperada aparición de una flota cristiana en la bahía de Mersin, en la desembocadura del río Cydnus, justo al pie de la ciudad, flota que mandaba Guynemer de Boloña.

Guynemer era un pirata profesional que había sido lo bastante astuto para comprender que la Cruzada necesitaría ayuda marítima. Reuniendo a un grupo de piratas, compañeros suyos, daneses, frisios y flamencos, había zarpado de los Países Bajos en la última primavera y, habiendo llegado a aguas de Levante, procuró establecer contacto con los cruzados. Le quedaba un resto de lealtad a su tierra nativa. Por tanto, le agradó encontrar tan a mano un ejército cuyo general era el hermano de su conde. Navegó por el río aguas arriba

hasta Tarso y rindió pleitesía a Balduino. Este, correspondiendo al gesto de Guynemer, tomó a su servicio a trescientos de sus hombres para dejarlos de guarnición en la ciudad, y probablemente nombró a Guynemer para actuar como lugarteniente suyo en Tarso mientras él se disponía a marchar hacia el Este.

Entretanto Tancredo habíase encontrado con una situación confusa en Adana. Oshin de Lamprón había hecho recientemente una incursión en la ciudad y había dejado allí algunas fuerzas que estaban luchando por su posesión con los turcos; por otra parte, un caballero borgoñón, llamado Güelfo, que probablemente había salido con el ejército de Balduino, pero que se había separado de él para ver lo que podía ganar, también se había abierto camino hacia el interior y ocupaba ahora la ciudadela. A la llegada de Tancredo los turcos se retiraron, y Güelfo, que recibió contento a sus tropas en la ciudadela, fue confirmado en su posesión de la ciudad. Probablemente, lo único que le importaba a Oshin era sacar a sus hombres de una aventura comprometida. Agradeció la intervención de Tancredo; pero le instó a que se dirigiera a Mamistra, la antigua Mopsuesta, donde se encontraba una numerosa población armenia suspirando por la liberación de los turcos. Estaba ansioso de que los francos pasaran a la esfera de influencia codiciada por su rival, Constantino el Roupenio.

Tancredo llegó a Mamistra a principios de octubre. Igual que en Adana, los turcos huyeron a su llegada; y los cristianos, gustosamente, le dejaron entrar en la ciudad. Cuando estaba allí, llegaron Balduino y su ejército. Balduino parece ser que había ya decidido que su futuro principado no estaría en Cilicia. Posiblemente el clima, brumoso y palúdico en septiembre, le había desanimado. Quizás encontrara aquel territorio demasiado próximo al creciente poderío del Emperador. Su consejero Bagrat le animaba a ir más al Este, donde los armenios estaban clamando por su ayuda. En todo caso, había perjudicado las posibilidades de Tancredo de fundar un fuerte estado ciliciano. Ahora estaba de camino hacia el ejército principal, para consultar con su hermano y sus amigos antes de emprender una nueva campaña. Pero Tancredo tenía razón en sus sospechas. No quería permitir a Balduino que entrase en Mamistra, y le obligó a acampar al otro lado del río Jihan. Estaba dispuesto, sin embargo, a permitir que se enviaran suministros desde la ciudad al campamento. Pero muchos de los normandos, encabezados por el cuñado de Tancredo, Ricardo del Principado, no podían sufrir que Balduino pudiese quedar impune por su crimen de Tarso. Convencieron a Tancredo a lanzarse en un ataque sorpresa sobre su campamento. Fue una reacción imprudente. Las tropas de Balduino eran demasiado numerosas y demasiado fuertes para los atacantes y pronto los obligaron a retro-

ceder en desorden hacia el otro lado del río. Este choque poco edificante provocó una reacción, y Balduino y Tancredo consintieron en reconciliarse. Pero el daño estaba hecho. Se hizo dolorosamente patente que los príncipes cruzados no estaban dispuestos a colaborar en bien de la Cristiandad en cuanto surgía una ocasión para adquirir riquezas personales; y los cristianos nativos rápidamente se dieron cuenta de que sus libertadores francos sólo estaban muy superficialmente animados de sentimientos altruistas y comprendieron que su mejor ventaja consistía en el fácil juego de enzarzar a un franco con otro [7].

Después de la reconciliación de Mamistra, Balduino salió rápidamente para reunirse con el ejército principal en Marash. Le habían llegado noticias de que su mujer, Godvere, estaba muriendo, y sus hijos se hallaban también, al parecer, enfermos y no sobrevivirían mucho tiempo. Balduino sólo permaneció pocos días con sus hermanos y otros jefes del ejército. Después, cuando el grueso del ejército salió en dirección Sur, hacia Antioquía, él partió hacia el Este, para probar fortuna en el valle del Eufrates y en los países detrás del río. Sus hombres eran ahora muchos menos que los que llevó consigo a la expedición ciliciana. Tal vez su popularidad como jefe, desde los acontecimientos de Tarso, no se había rehecho; tal vez sus hermanos, ansiosos por ocupar Antioquía, no pudieran ahora distraer fuerzas para él. Sólo tenía cien jinetes; pero su consejero armenio, Bagrat, aún estaba con él; y agregó un nuevo capellán a su plana mayor, el historiador Fulquerio de Chartres [8].

Tancredo no permaneció mucho tiempo en Mamistra después de la partida de Balduino. Dejando allí una pequeña guarnición, se dirigió hacia el Sur, por la cabecera del golfo de Isso, hacia Alejandreta. Mientras hacía el trayecto, mandó emisarios a Guynemer, cuyos cuarteles generales estarían probablemente aún en Tarso, pidiendo su colaboración. Guynemer respondió amistosamente y llegó con su flota para unirse a Tancredo delante de Alejandreta. Un asalto combinado les dio la ciudad, en la que Tancredo puso guarnición. Des-

[7] Alberto de Aix, III, 5-17, págs. 342-50, y Radulfo de Caen, XXXIII-XLVII, págs. 629-41, cuentan con muchos detalles la campaña ciliciana. Un relato más breve, favorable a Tancredo, es el de *Gesta Francorum*, IV, 10, páginas 55-60. Radulfo dice (pág. 634) que Ursinus (Oshin) tenía entonces Adana, pero Alberto sostiene (pág. 346) que estaba bajo el poder de Güelfo. Alberto relata (págs. 348-9) la llegada de Guynemer.

[8] Según Mateo de Edesa, II, cliv, pág. 219, Balduino tenía con él 100 hombres a caballo cuando tomó Turbessel y 60 cuando partió para Edesa. Fulquerio de Chartres, que le acompañaba, dice (I, xiv, 2, pág. 206; 15, pág. 215) que tenía *milites paucos* cuando partió (I, xiv, 4, pág. 208) y 80 cuando cruzó el Eufrates (I, xiv, 7, pág. 210).

pués pasó la cordillera Amánica por las Puertas Sirias, para unirse al ejército cristiano delante de Antioquía [9].

La aventura ciliciana no había favorecido ni a Balduino ni a Tancredo. Ninguno de los dos creyó que valía la pena fundar allí un estado. Las exiguas guarniciones francas que habían quedado en las tres ciudades cilicianas, la de Guynemer, en Tarso, la de Güelfo, en Adana, y la de Tancredo, en Mamistra, no podían resistir ningún ataque serio. Sin embargo, la dispersión de las guarniciones turcas había sido de algún valor para la Cruzada como conjunto, al impedir que los turcos pudieran utilizar a Cilicia como base desde la cual lanzar un ataque de flanco contra los francos durante sus operaciones en Antioquía; y la conquista de Alejandreta daba a los francos un puerto útil por el que podrían llegar los abastecimientos. Pero los principales beneficiarios de todo el asunto eran los príncipes armenios de las colinas. El colapso del poder turco en la llanura les permitió ir penetrando lentamente en sus aldeas y ciudades y sentar las bases del reino ciliciano de la Armenia menor.

Cuando Balduino lo dejó en Marash, el ejército principal estaba ya a punto de iniciar su marcha, en dirección Sur, hacia Antioquía, y, al principio, Balduino tomó una ruta paralela pocas millas al Este, con el fin de proteger el flanco izquierdo del mismo. Fue seguramente a causa de la promesa de hacerse cargo de dicha tarea por lo que obtuvo nuevamente permiso para separarse del grueso de las tropas; y, en efecto, podía justificar toda su expedición por la protección que daría a la Cruzada; pues la vía más fácil por la que podían llegar, desde Khorassan, refuerzos a los turcos en Antioquía estaba en el territorio que él pensaba invadir. Además, sus ricas tierras podían proporcionar a los cruzados las provisiones de víveres que necesitaran.

En Ain-tab, Balduino se dirigió resueltamente hacia el Este. Es dudoso que hubiese planeado el desarrollo de una acción más allá del vago intento de fundar un principado en tierras del Eufrates, que hubiese podido ser beneficioso para él o para todo el movimiento de las Cruzadas. Las circunstancias eran favorables. No tenía que conquistar la tierra del infiel, pues el territorio estaba en poder de armenios amigos. Balduino mantenía contacto con sus príncipes. Por Bagrat tenía que haber entrado en relaciones con el hermano de éste, Kogh Vasil, cuyo señorío estaba precisamente al este de Marash. Gabriel de Melitene, siempre amenazado por los turcos danishmend, estaba clamando seguramente por la ayuda franca, y Thoros de Edesa

[9] Guillermo de Tiro, III, 25, I, pág. 149, dice que los tripulantes de los barcos se quedaron con Tancredo.

estaba evidentemente en comunicación con los cruzados. En efecto, la decisión de Balduino de abandonar Cilicia parece ser que fue debida a un mensaje enviado a él o a Bragat por Thoros, en que le invitaba a que fuera urgentemente a Edesa. Veinte años antes, cuando el papa Gregorio VII, según se sabía, estaba proyectando una expedición para socorrer a la Cristiandad oriental, un obispo armenio se había trasladado a Roma para asegurar su interés [10]. Los aliados occidentales les parecían más atractivos, incluso a los príncipes que llevaban títulos bizantinos, que cualquier otro que hubiese podido aumentar su dependencia del odiado Imperio. La presencia de un ejército franco luchando victoriosamente por la Cristiandad en sus mismísimas fronteras les brindaba la oportunidad por la que habían suspirado para establecer su independencia de una vez para siempre, tanto de la dominación turca como de la bizantina. Recibieron, llenos de contento, como libertadores a Balduino y a sus hombres.

Sabemos hoy en día la desconfianza que inspira la esperanzadora palabra «liberación». Los armenios aprendieron la lección antes que nosotros. Cuando Balduino avanzaba hacia el río Eufrates, la población armenia salió a recibirle. Las guarniciones turcas que quedaban en la zona o bien huyeron, o bien fueron degolladas por los cristianos. El único señor turco de alguna importancia en las cercanías, el emir Balduk de Samosata, que dominaba el camino de Edesa a Melitene, intentó organizar la resistencia, pero no pudo tomar ninguna medida ofensiva. Dos nobles armenios locales, llamados por los latinos Fer y Nicusus, se unieron a Balduino con sus pequeños ejércitos. A principios del invierno de 1097, Balduino completó su conquista del país hasta el Eufrates, ocupando las dos fortalezas principales, Ravendel y Turbessel, como las llamaron los latinos al adaptar los nombres árabes de Ruwandan y Tel-Basheir. Ravendel, que dominaba sus comunicaciones con Antioquía, la puso bajo el mando de su consejero armenio Bagrat, y dio el de Turbessel, importante por su proximidad al histórico vado del Eufrates en Carchemish, al armenio Fer [11].

Mientras Balduino estaba aún en Turbessel, probablemente hacia Año Nuevo, le llegó una embajada de Edesa. Thoros estaba impaciente por la llegada de los francos, a los que creía ahora detenidos en la margen oeste del Eufrates. Su posición fue siempre precaria; y estaba alarmado por las noticias de que Kerbogha, el terrible emir turco de Mosul, estaba reclutando un enorme ejército destinado a

[10] Carta de Gregorio en Jaffé, *Monumenta Gregoriana,* VIII, i, *Bibliotheca Rerum Germanicarum,* vol. II, págs. 423-4.
[11] Alberto de Aix, III, 17-18 págs. 350-1.

salvar a Antioquía, y que fácilmente podría arrollar a su paso Edesa y otros estados armenios. Pero Balduino no iría a Edesa, salvo que le convinieran las condiciones. Thoros había esperado poder usarle como mercenario, pagándole con dinero y ricos obsequios; sin embargo, era evidente que Balduino pedía más que eso. La embajada edesana en Turbessel fue facultada para ofrecer más; Thoros adoptaría a Balduino como hijo y heredero y en seguida le dejaría colaborar como colega en el gobierno de sus tierras. A Thoros, que no tenía hijos y estaba envejeciendo, le parecía ésta la única solución. No era lo que le hubiese gustado elegir, pero, impopular entre los suyos y amenazado por sus vecinos, no podía escoger [12]. Sin embargo, los menos miopes entre los armenios estaban intranquilos. No había sido con ese fin para lo que Bagrat había aleccionado a Balduino en los asuntos armenios. El propio Bagrat fue el primero en manifestar su descontento. Mientras los francos estaban aún en Turbessel, Fer, que sin duda deseaba suceder a Bagrat en la privanza de Balduino, le informó que aquél estaba intrigando con los turcos. Es probable que sus intrigas sólo las hiciera con su hermano, Kogh Vasil, con quien consultaría sobre la nueva amenaza para la libertad armenia. Tal vez tuviera también la esperanza de convertirse en príncipe de Ravendel. Pero Balduino no quería correr ningún riesgo. Envió rápidamente tropas a Ravendel para arrestar a Bagrat, quien fue llevado ante Balduino y torturado para que confesara lo que había hecho. Tenía poco que confesar y pronto consiguió huir, para refugiarse en las montañas, ayudado por su hermano, Kogh Vasil, hasta que se vio obligado a unirse a él en el desierto [13].

A principios de febrero de 1098, Balduino dejó Turbessel para marchar a Edesa. Solamente ochenta caballeros iban con él. Los turcos de Samosata le tendieron una emboscada donde creían que iba a cruzar el Eufrates, probablemente en Birejik; pero se libró de ella vadeando el río algo más al Norte. Llegó a Edesa el 6 de febrero, y fue recibido con el mayor entusiasmo tanto por Thoros como por toda la población cristiana. Casi inmediatamente Thoros le adoptó como hijo. La ceremonia, siguiendo el ritual corriente entre los armenios de la época, era más adecuada para la adopción de un niño que para la de un hombre crecido; pues Balduino fue desnudado hasta la cintura, mientras Thoros se puso una camisa de doble ancho, que pasó por encima de la cabeza de Balduino; y el nuevo padre y el nuevo hijo se frotaron mutuamente los pechos desnudos. Baldui-

[12] Alberto de Aix, III, 19, pág. 352; Fulquerio de Chartres, I, xiv, 5-6, páginas 209-10; Mateo de Edesa, II, cliv, págs. 218-21; Laurent, *op. cit.*, páginas 418-23.

[13] Alberto de Aix, III, 18, pág. 351.

no repitió después la ceremonia con la princesa, la esposa de Thoros [14].

Una vez designado como heredero y corregente de Edesa, Balduino vio que su primera tarea tenía que ser la de destruir el emirato turco de Samosata, que podía interrumpir con demasiada facilidad sus comunicaciones con el Oeste. Los edesanos apoyaron gustosamente su plan para una expedición, ya que el emir Balduk era el más próximo y el más persistente de sus enemigos, haciendo continuamente correrías contra sus rebaños y campos y, en ocasiones, sacando tributos de la misma ciudad. La milicia edesana acompañó a Balduino y a sus caballeros contra Samosata, juntamente con un reyezuelo armenio, Constantino de Gargar, que era vasallo de Thoros. La expedición, que tuvo lugar entre el 14 y el 20 de febrero, no fue un éxito. Los edesanos eran malos soldados. Fueron sorprendidos por los turcos y mil de ellos resultaron muertos; después de esto, el ejército se retiró. Pero Balduino conquistó y fortificó una aldea llamada San Juan, cerca de la capital del emir, y estableció en ella a la mayoría de los caballeros, para vigilar los movimientos de los turcos. Resultado de ello fue la disminución de las incursiones turcas, por lo que los armenios dieron, con razón, el mérito a Balduino [15].

Poco después del regreso de Balduino a Edesa empezó a tramarse en la ciudad una conspiración contra Thoros, con el apoyo de Constantino de Gargar. Hasta qué punto podía estar envuelto en este asunto Balduino es cosa que nunca se ha podido saber. Sus amigos niegan su participación en la cuestión; pero, según el testimonio del escritor armenio Mateo, Balduino fue informado por los conspiradores de su intención de destronar a Thoros en favor suyo. La gente de Edesa no quería a Thoros ni le estaba agradecida por la presteza con que había sabido defender la independencia de su ciudad. Les desagradaba porque pertenecía a la Iglesia ortodoxa, y por ser un oficial titular del Imperio. No había podido proteger sus cosechas y sus mercancías contra los invasores, y había sacado mucho dinero de sus súbditos mediante elevados impuestos. Pero hasta que no apareció Balduino no pudieron aventurarse a deshacerse de él. Ahora tenían un protector más eficaz. No fue necesaria, por tanto, ninguna incitación por parte de los francos para provocar una conspiración; pero es difícil de creer que los conspiradores se hubiesen atrevido a lanzarse a ella sin asegurarse la aprobación de los francos.

[14] Alberto de Aix, III, 19-21, págs. 352-4; Fulquerio de Chartres, I, xiv, 7-12, págs. 210-13. Guiberto, XIV, pág. 165, también describe la ceremonia de adopción.

[15] Alberto de Aix, III, 21, págs. 353-4. Mateo de Edesa, II, cliv, páginas 218-21, dice simplemente que la expedición fue un desastre.

Excitaron al populacho a atacar las casas en que vivían los oficiales de Thoros, y después marcharon al palacio del príncipe en la ciudadela. Thoros fue abandonado por sus tropas; y su hijo adoptivo no acudió a socorrerle, sino que se limitó a aconsejarle que se rindiera. Thoros aceptó y sólo pidió que él y su esposa se pudieran retirar libremente a casa del padre de ella, en Melitene. Aunque Balduino, seguramente, le garantizó la vida, a Thoros no se le permitió salir. Encontrándose prisionero en su palacio, intentó el martes escapar por una ventana, pero fue apresado y despedazado por la multitud. El miércoles 10 de marzo Balduino fue invitado por el pueblo de Edesa a hacerse cargo del gobierno.

Balduino había logrado su ambición de obtener un principado. Edesa no estaba, en efecto, en Tierra Santa; pero un estado franco en el Eufrates medio podía ser un estimable elemento defensivo para cualquier estado que llegase a establecerse en Palestina. Balduino podía justificarse dentro de las líneas de una política general de las Cruzadas. Pero no podía hacerlo legalmente ante toda la Cristiandad. Edesa, como ciudad que había pertenecido al Emperador antes de las invasiones turcas, estaba sujeta al juramento que él había prestado en Constantinopla. Además, había adquirido la ciudad por desplazamiento del gobernador y connivencia en su asesinato, gobernador que era, al menos oficialmente, un servidor reconocido del Imperio. Pero Balduino ya había demostrado en Cilicia que su juramento no significaba nada para él, y en Edesa, Thoros estaba dispuesto a ceder sus prerrogativas sin tener en cuenta a su soberano, que estaba lejos. Pero el episodio no pasó inadvertido para Alejo, que se reservó sus derechos hasta que estuviera en situación de hacerlos valer.

Los historiadores armenios posteriores, que escribían cuando ya era evidente que la dominación franca había arruinado cruelmente a los armenios del Eufrates, fueron severos en la condenación de Balduino. Pero eran injustos. No hay disculpa moral para el trato dado por Balduino a Thoros, como lo demuestra la delicada actitud de los cronistas latinos. Thoros se había conducido de manera similar con el turco Alphilag, a quien había requerido para salvarle de los turcos danishmend tres o cuatro años antes y a quien había contribuido a asesinar; pero obró entonces para salvar a su ciudad y a su pueblo de la tiranía del infiel; tampoco le había adoptado Alphilag como hijo. Es cierto que la adopción es cosa menos seria en las costumbres armenias que en el derecho occidental, aunque esto no puede atenuar la culpa moral de Balduino. Pero los armenios no deberían culparle, porque fueron armenios los que realmente asesinaron a Thoros; y Balduino fue requerido a ocupar su puesto con la aprobación casi unánime del pueblo armenio. Los príncipes armenios

a los que los cruzados iban a expulsar, y que eran los únicos en desconfiar del valor de su ayuda, eran hombres que habían servido al Imperio en otros tiempos. Eran odiados por sus compatriotas por su fidelidad al Emperador, y, más aún, por haberse convertido en miembros de la Iglesia ortodoxa. Estos antiguos oficiales, como Thoros y Gabriel, habían tenido suficiente experiencia en el gobierno para defender la existencia de la independencia armenia en el Eufrates. Pero sus desagradecidos súbditos, con su asco hacia Bizancio, dispuestos a perdonar en un latino los errores heréticos que, en su opinión, condenaban eternamente a un griego, sólo debían culparse a sí mismos si sus amigos francos iban a llevarlos al desastre [16].

De momento todo era de color de rosa. Balduino adoptó el título de conde de Edesa, y manifestó bien a las claras que iba a gobernar solo. Pero sus tropas francas eran exiguas en número, y se vio obligado a tomar algunos armenios para que trabajaran para él. Encontró a varios en los que podía confiar; y su tarea se simplificó al descubrir en la ciudadela un enorme tesoro, gran parte del cual procedía de la época de los bizantinos, y que Thoros había aumentado enormemente por sus impuestos. La riqueza recién adquirida le permitió no sólo comprar el apoyo, sino llevar a cabo una jugada maestra en la diplomacia. El emir Balduk de Samosata se había atemorizado con la noticia de la subida de Balduino al trono. Cuando supo que se estaban haciendo preparativos para un nuevo ataque a su capital, envió rápidamente emisarios a Edesa para ofrecer la venta de su emirato por la suma de diez mil besantes. Balduino aceptó y entró triunfalmente en Samosata. En la ciudadela de esta ciudad encontró muchos rehenes que Balduk había tomado en Edesa. Inmediatamente los devolvió a sus familias. Esta acción, unida a la eliminación de la amenaza turca de Samosata, aumentó enormemente su popularidad. Se invitó a Balduk a residir en Edesa con su cuerpo de guardia, en calidad de mercenarios del conde [17].

Como se difundiera la fama de los éxitos de Balduino, varios caballeros occidentales, de camino para reforzar el ejército cruzado de Antioquía, se apartaron de su ruta para compartir su fortuna, mientras otros abandonaban el pesado sitio de Antioquía para unirse a él. Entre éstos se hallaban Drogo de Nesle, Reinaldo de Toul y Gastón de Bearne, vasallo de Raimundo. Balduino los recompensó con

[16] Mateo de Edesa, *loc. cit.*, subraya la traición de Balduino; Fulquerio de Chartres, I, xiv, 13-14, págs. 213-15, ofrece una narración corta y bastante confusa; Alberto de Aix, III, 22-3, págs. 354-5. Véase Laurent, *op. cit.*, páginas 428-38; sostiene de modo convincente que Mateo estaba en Edesa en aquel tiempo.

[17] Alberto de Aix, III, 24, págs. 355-6.

magníficos regalos de su tesoro y, para que se afincasen, los alentó a casarse con herederas armenias. El mismo, ahora viudo y sin hijos, predicó con el ejemplo. Su nueva esposa era la hija de un capitán conocido por los cronistas latinos como Taphnuz o Tafroc. Era un príncipe rico con territorios en las proximidades, al parecer estaba emparentado con Constantino de Gargar, y tenía relaciones con Constantinopla, adonde acabó por retirarse. Es posible que fuese el mismo Tatoul, gobernador de Marash, cuya alianza sería, sin duda, de valor para Balduino. Dio a su hija una dote de sesenta mil besantes y una vaga promesa de que heredaría sus tierras. Pero el matrimonio no fue feliz para ella, y no nacieron hijos de la unión [18].

Así, Balduino estableció los principios de la política que iba a desarrollar más tarde para el reino de Jerusalén. El poder del gobierno lo tendrían el príncipe franco y sus vasallos francos; pero los orientales, tanto cristianos como musulmanes, fueron invitados a desempeñar su papel en el Estado, que gracias a una mezcla general de razas acabaría por fundirse en un todo estructurado. Era la política de un estadista de clara visión; pero a los caballeros recién llegados de Occidente, empeñados en dedicarse a la Cruz y exterminar el infiel, les parecía casi una traición a los votos de un cruzado. No había sido por elevar a Balduino y fomentar su afición a las monarquías semiorientales por lo que Urbano había lanzado el llamamiento de Clermont a los fieles.

Tampoco resultaba al principio fácil seguir esa política. Los musulmanes veían en Balduino al aventurero transitorio del cual se podía sacar provecho. Entre Edesa y el Eufrates, al suroeste de la ciudad, estaba la ciudad musulmana de Saruj. Era tributaria de un príncipe ortóquida, Balak ibn Bahram, aunque recientemente se había

[18] La identidad del suegro de Balduino no puede establecerse de modo absoluto. Alberto de Aix, III, 31, pág. 361, le llama Taphnuz y dice que era hermano de Constantino. Guillermo de Tiro, X, i, I, pág. 402, le llama Tafroc. Dulaurier, pág. 431, n. 2, en su edición de Mateo de Edesa, supone que debía de ser un hermano de Constantino el Roupenio, llamado Thoros; pero admite que no se le conoce a Constantino ningún hermano con tal nombre. Hagenmeyer, pág. 421, n. 7, en su edición de Fulquerio de Chartres, acepta la identificación. Pero es evidente que el Constantino en quien Alberto estaba pensando era Constantino de Gargar. Honigmann, artículo «Marash» en la *Encyclopaedia of Islam,* sugiere que Taphnuz es, en realidad, Tatoul. En apoyo de esta opinión, sabemos que Tatoul se retiró a Constantinopla en 1104 (Mateo de Edesa, III, clxxxvi, pág. 257), y que la mujer de Balduino pidió permiso para reunirse con sus padres en Constantinopla poco después de ser repudiada por él en 1104 (Guillermo de Tiro, XI, i, I, págs. 451-2). No hay razón para suponer que ella tuviese el nombre de Arda, con el que a veces se la designa. Véase Hagenmeyer, edición de Fulquerio, *loc. cit.* Alberto de Aix, V, 15, págs. 441-2, da los nombres de los caballeros que se unieron a Balduino.

sublevado. Balak escribió ahora a Balduino solicitando alquilar sus servicios para reducirla, y Balduino, entusiasmado por la oportunidad que se le ofrecía, accedió a realizar la tarea. Después de esto, los ciudadanos de Saruj enviaron en secreto emisarios a Balduk instándole a venir y salvarles. Balduk y sus tropas salieron clandestinamente de Edesa y fueron admitidos en Saruj. Pero Balduino salió pisándoles los talones, y llevó consigo algunas máquinas de asedio. Balduk y los hombres de Saruj se descorazonaron. Los últimos en seguida ofrecieron abandonar la ciudad en favor de él y pagarle tributo, mientras Balduk salió a su encuentro, manifestando que simplemente se había adelantado tan aprisa con el fin de ocupar la ciudad para él. Balduino estaba desengañado. Aceptó la explicación de Balduk y, en apariencia, le devolvió su privanza; pero pocos días después exigió que el emir le entregase su esposa e hijos como rehenes. Como Balduk vacilara, le arrestó y le cortó la cabeza. Entretanto fue situada una guarnición franca en Saruj, al mando de Fulco de Chartres, que no debe confundirse con el historiador Fulquerio. El episodio demostró a Balduino que no se podía confiar en los musulmanes. Desde entonces procuró que todos los que vivían en su territorio carecieran de jefe; pero les autorizó la libertad de cultos. Si tenía que gobernar una ciudad como Saruj, donde la población era casi toda árabe y musulmana, no podía obrar de otro modo. Pero su tolerancia disgustó a la opinión occidental [19].

La conquista de Saruj, a la que siguió pocos meses después la de Birejik, con su vado por el Eufrates, despejando las rutas entre Edesa y sus fortalezas de Turbessel y Ravendel, consolidó el condado de Balduino y aseguró sus comunicaciones con la Cruzada principal. Al mismo tiempo mostró a los musulmanes que el conde de Edesa era un poder que había que tomar en serio, y se concentraron para su destrucción. Su determinación y el valor de una Edesa franca para los cruzados se demostraron en mayo, cuando Kerbogha, de camino para socorrer a Antioquía, se detuvo para eliminar a Balduino. Durante tres semanas luchó en vano contra las murallas de Edesa antes de desistir del ataque. Su fracaso acreció el prestigio de Balduino, y el tiempo que había perdido salvó a la Cruzada [20].

Los armenios tampoco habían tomado bastante en serio a Balduino. Estaban molestos por la riada de caballeros francos que entraba en su territorio y por los favores que Balduino les concedía. Tampoco gustaban a los caballeros francos los armenios, a los que trataban con desdén y a menudo con violencia. Los notables de Edesa se

[19] Alberto de Aix, III, 25, págs. 356-7.
[20] *Idem,* IV, 10-12, págs. 396-7; Fulquerio de Chartres, I, xix, págs. 242-3; Mateo de Edesa, II, clv, pág. 221.

hallaban excluidos del consejo del conde, donde sólo estaban representados los francos; pero los impuestos que pagaban no eran inferiores a los que tenían que pagar en tiempos de Thoros. Además, a los advenedizos se les entregaban tierras armenias en el campo; y los campesinos estaban sujetos a ellos por la costumbre feudal occidental, mucho más rígida. A fines de 1098, un armenio reveló a Balduino que había una conspiración contra su vida. Se dijo que doce de los ciudadanos principales habían establecido contacto con los emires turcos del distrito de Diarbekir. El suegro de Balduino, Taphnuz, estaba por entonces en Edesa; la boda de su hija se había celebrado hacía poco. Se rumoreó que los conspiradores le querían poner a él en el puesto de Balduino, o, al menos, obligar a Balduino a compartir el gobierno con él. Al conocer la noticia, Balduino en seguida montó en cólera. Los dos conspiradores principales fueron arrestados y cegados; a sus más importantes seguidores se les cortó la nariz o los pies. Muchos armenios, sospechosos de complicidad, fueron encarcelados y se confiscaron sus bienes. Pero, según la sabia costumbre oriental, habían escondido su dinero lo bastante bien para eludir a los inspectores de Balduino; así, éste, generosamente, les permitió comprar su libertad a un precio que oscilaba entre los veinte y los sesenta mil besantes por cabeza. Taphnuz, cuya complicidad con la conspiración no pudo probarse, consideró, sin embargo, prudente huir a sus montañas, lejos de su terrible yerno. Llevó consigo la mayor parte de la dote de la condesa, a la cual sólo había entregado setecientos besantes [21].

La cruel represión llevada a cabo por Balduino contra los conspiradores acabó con el peligro de desorden procedente de los súbditos armenios. Siguió empleando a algunos de ellos en altos puestos, como a Abu'l Gharib, a quien nombró gobernador de Birejik. Pero como se le unieron más francos, atraídos por su renombre, pudo arriesgarse a ignorar a los orientales. No hacía aún un año que había llegado a Edesa, y su fama era ya inmensa. Mientras el ejército principal de los cruzados avanzaba penosamente camino de Jerusalén, él había fundado un rico y poderoso Estado enclavado en Asia y era temido y respetado por todo el mundo oriental. Había salido a la Cruzada como segundón, sin un céntimo y a merced de la caridad de sus hermanos. Había sido totalmente eclipsado por grandes nobles como Raimundo de Tolosa o Hugo de Vermandois, o por aventureros expertos como Bohemundo. Ya era un potentado mucho más importante que cualquiera de ellos. En él la Cruzada podía reconocer a su político más capacitado y más astuto.

21 Alberto de Aix, V, 16-18, págs. 442-3.

Capítulo 14

ANTE LAS MURALLAS DE ANTIOQUIA

«Sólo los árboles que sabes no son frutales podrás destruir y talar para construir ingenios contra la ciudad que te hace guerra, hasta que se rinda.»

(Deuteronomio, 20, 20.)

La ciudad de Antioquía está a orillas del río Orontes, a unas doce millas del mar. Fue fundada en el año 300 a. de J. C. por Seleuco I de Siria, y llamada así en honor de su padre. Pronto se convirtió en la ciudad más importante de Asia, y durante el Imperio romano fue la tercera ciudad del mundo. Para los cristianos era particularmente sagrada, pues en ella fue donde se les dio por primera vez el nombre de cristianos; y allí San Pedro fundó su primer obispado. En el siglo VI de la Era cristiana, los terremotos y un saqueo perpetrado por los persas habían disminuido su esplendor; y después de la conquista árabe empezó a decaer, en beneficio de Alepo, su rival de tierra adentro. Su reconquista por Bizancio en el siglo X le devolvió algo de su grandeza pretérita. Se convirtió en el enclave principal del comercio griego y musulmán y en la más formidable fortaleza de la frontera siria. Suleiman ibn Kutulmish la conquistó en 1085. A su muerte pasó al sultán Malik Shah, que nombró gobernador al turcomano Yaghi-Siyan. Yaghi-Siyan llevaba gobernando ahora la ciudad desde hacía diez años. A raíz de la muerte de Malik Shah, pasó nominalmente a depender del emir Ridwan de Alepo; pero Yaghi-Siyan

era un vasallo insumiso y conservaba una independencia práctica, enzarzando contra Ridwan a sus rivales Duqaq de Damasco y Kerbogha de Mosul. En 1096, Yaghi-Siyan había incluso traicionado a Ridwan durante la guerra contra Duqaq, a quien llamaba ahora su jefe supremo; pero su ayuda no permitió a Duqaq apoderarse de Alepo, cuyo emir nunca le perdonó.

Las noticias del avance cristiano alarmaron a Yaghi-Siyan. Antioquía era el objetivo confesado de los cruzados; y, en efecto, no podían iniciar la marcha hacia el Sur, en dirección a Palestina, a menos que se apoderaran de la gran fortaleza. Los súbditos de Yaghi-Siyan eran en su mayoría cristianos, griegos, armenios y sirios. Los cristianos sirios, que odiaban por igual a los griegos y a los armenios, podían seguir siendo leales; pero no podía confiar en los otros. Hasta entonces parece ser que fue tolerante hacia los cristianos. El patriarca ortodoxo, Juan el Oxita, podía residir en la ciudad, cuyas grandes iglesias no habían sido convertidas en mezquitas. Pero con la aproximación de la Cruzada se tomaron medidas restrictivas. El patriarca, cabeza de la más importante comunidad de Antioquía, había sido encarcelado. Muchos cristianos principales fueron expulsados de la ciudad; otros huyeron. La catedral de San Pedro fue profanada y convertida en establo para los caballos del emir. Hubo algunas persecuciones en las aldeas próximas a la ciudad; esto tuvo como consecuencia la rápida matanza de las guarniciones turcas, por parte de los aldeanos, en cuanto los cruzados se hallaron cerca [1].

Después, Yaghi-Siyan procuró buscar aliados. Ridwan de Alepo no hizo nada por ayudarle, con una mentalidad miope y vengativa por su traición del año anterior. Pero Duqaq de Damasco, a quien había ido a visitar personalmente el hijo de Yaghi-Siyan, Shams ad-Daula, dispuso una expedición para rescatarle; y su atabek, el turcomano Toghtekin, y el emir Janah ad-Daula, de Homs, le brindaron su apoyo. Otro emisario fue a la corte de Kerbogha, atabek de Mosul. Kerbogha era ahora el príncipe más importante de la Mesopotamia superior y el Jezireh. Fue lo bastante prudente para percatarse de la amenaza que entrañaba la Cruzada para todo el mundo musulmán, y hacía tiempo que le había echado el ojo a Alepo. Si llegaba a ocupar Antioquía, Ridwan estaría cercado y también en poder suyo. Preparó asimismo un ejército para salvar la ciudad; y después de hacerlo él, prometieron su apoyo los sultanes de Bagdad y Persia. Entretanto, Yaghi-Siyan reunió sus considerables fuerzas dentro de la fortaleza y empezó a acumular provisiones para un largo asedio [2].

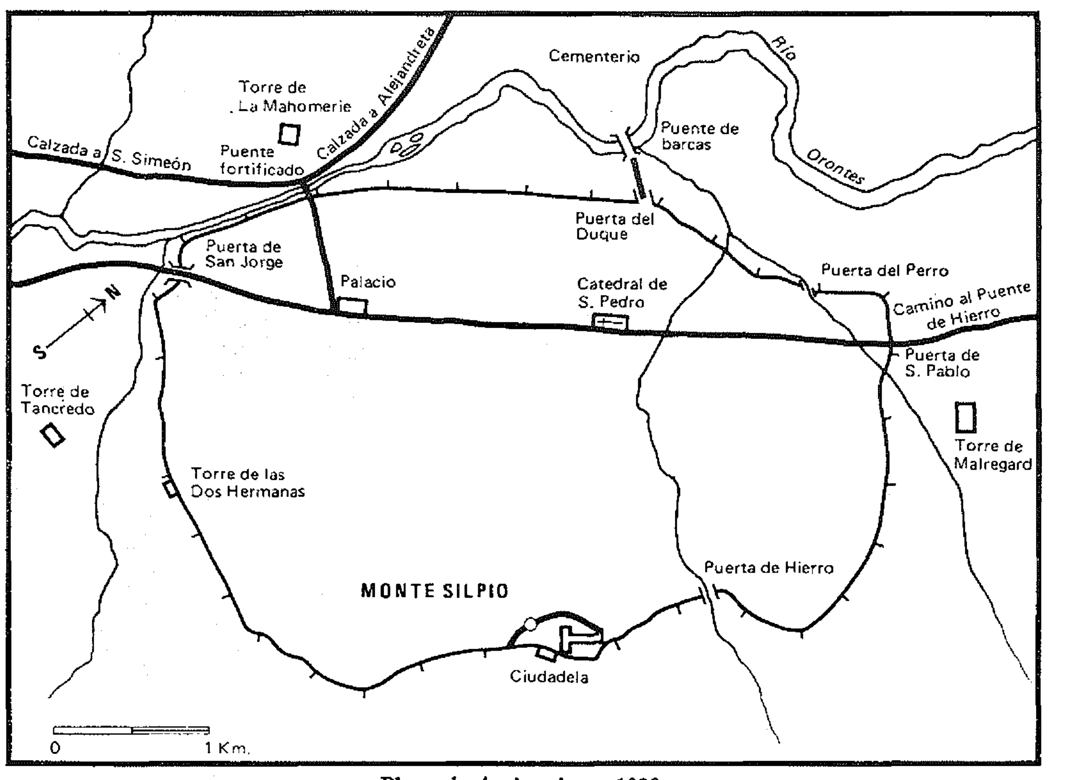
[1] Abu'l Feda, *Annales*, pág. 3; Ibn al-Athir, *Kamil at-Tawarikh*, pág. 192; Kemal ad-Din, *Crónica de Alepo*, págs. 578-9.

[2] Kemal ad-Din, *loc. cit.*

Los cruzados entraron en el territorio de Yaghi-Siyan por la pequeña ciudad de Marata, de donde huyó la guarnición turca cuando se acercaban. Desde Marata, un destacamento mandado por Roberto de Flandes partió hacia el Suroeste para liberar la ciudad de Artah, cuya población cristiana había matado a la guarnición. Entretanto, el 20 de octubre el ejército principal llegó al Orontes, en el puente de Hierro, donde se unían los caminos de Marash y Alepo, para cruzar el río. El puente estaba muy bien fortificado, con dos torreones flanqueando su entrada. Pero los cruzados lo atacaron en seguida, y era el obispo del Puy el que dirigía las operaciones, logrando, tras duro combate, forzar el camino. La victoria le permitió capturar un enorme convoy de ganado, ovejas y cereales, que estaba en ruta para aprovisionar el ejército de Yaghi-Siyan. Ahora estaba abierto el camino hacia Antioquía, cuya ciudadela podían columbrar en la lejanía. Al día siguiente, Bohemundo, a la cabeza de la vanguardia, llegó ante las murallas de la ciudad; y todo el ejército le seguía muy de cerca [3].

Los cruzados estaban henchidos de emoción a la vista de la gran ciudad. Las casas y comercios de Antioquía cubrían una extensión de casi tres millas de largo por una milla de profundidad entre el Orontes y el Monte Silpio; y la ladera de la colina estaba salpicada de villas y palacios de los ricos. En torno a todo esto emergían las inmensas fortificaciones construidas por Justiniano y reparadas sólo hacía un siglo por los bizantinos con los últimos adelantos de su pericia técnica. Hacia el Norte, las murallas surgían de las orillas pantanosas a lo largo del río, pero al Este y al Oeste se elevaban directamente por las laderas de la montaña, y hacia el Sur discurrían por la sima de la cordillera, y seguían luego atrevidamente sobre la grieta abierta por el torrente llamado Onopnicles hacia la llanura, y por encima de una estrecha posterna llamada la puerta de Hierro, para culminar en la soberbia ciudadela a mil pies sobre la ciudad. Cuatrocientos torreones salían de las murallas, espaciados de manera que cada yarda estaba dentro del área de un tiro de arco. En la punta nordeste, la puerta de San Pablo se abría al camino procedente de la puerta de Hierro y Alepo. En la punta noroeste, la puerta de San Jorge daba acceso al camino de Laodicea y de la costa libanesa. Los caminos a Alejandreta y al puerto de San Simeón, la moderna Suadiye, salían de la ciudad por una gran puerta en la margen del río, que cruzaba un puente fortificado. Algunas puertas más pequeñas, la puerta del Duque y la puerta del Perro, llevaban al río más al Este. En el interior, el agua acumulada era bastante; había tierras culti-

[3] Alberto de Aix, III, 28-35, págs. 358-64; *Gesta Francorum,* V, 12, páginas 66-7.



Plano de Antioquía en 1098.

vadas y pastos para rebaños. La ciudad podía albergar un ejército completo y aprovisionarlo para un largo sitio. Tampoco era posible cercar del todo la ciudad; pues no se podían situar tropas en el terreno salvaje y abrupto que daba al mediodía [4].

Solamente gracias a la traición pudieron tomar los turcos Antioquía en 1085; y la traición era el único peligro que tenía que afrontar Yaghi-Siyan. Sin embargo, estaba intranquilo. Ni los cruzados podían cercar la ciudad, ni él tampoco tenía soldados bastantes para guarnecer todas sus murallas. Hasta que no le llegaran refuerzos, no podía arriesgarse a perder a ninguno de sus hombres. No hizo ningún intento de atacar a los cruzados cuando iban tomando posiciones, y durante quince días no los hostigó.

A su llegada, los cruzados se establecieron fuera del saliente nordeste de las murallas. Bohemundo ocupó el sector frente a la puerta de San Pablo; Raimundo, el de enfrente de la puerta del Perro, con Godofredo a su derecha, frente a la puerta del Duque. Los restantes ejércitos esperaban detrás de Bohemundo, dispuestos a desplazarse adonde fueran necesarios. La puerta del Puente y la puerta de San Jorge quedaron de momento sin cubrir. Pero en seguida se iniciaron los trabajos para hacer un puente de barcazas para cruzar el río desde el campamento de Godofredo al pueblo de Talenki, donde estaba el cementerio musulmán. Este puente permitía al ejército llegar a los caminos de Alejandreta y San Simeón; y pronto se montó un campamento al norte del río [5].

Yaghi-Siyan había esperado un asalto inmediato de la ciudad. Pero, entre los jefes cruzados, solamente Raimundo aconsejaba que debían intentar asaltar las murallas. Decía que Dios, que les había protegido tantísimo, les daría, con toda certeza, la victoria [6]. Su fe no era compartida por los otros. Les asustaban las fortificaciones; sus tropas estaban cansadas; no podían exponerse ahora a pérdidas graves. Además, si esperaban, les llegarían refuerzos. Tancredo tenía que llegar de Alejandreta. Tal vez el Emperador enviaría pronto sus admirables máquinas de asedio. La flota de Guynemer podría aho-

[4] Fulqueiro (I, xv, 2-4, págs. 217-18) y Raimundo de Aguilers (V, páginas 241-2) describen brevemente Antioquía. Guillermo de Tiro (IV, 9-10, I, págs. 165-9) la describe de modo más completo. Los cronistas occidentales llaman al río Orontes el Ferrins (Fulquerio de Chartres, I, xv, I, pág. 216, «Orontes o Ferrins»), el Far (Guillermo de Tiro, IV, 8, I, pág. 164, dice que es una trivial equivocación), o el Farfar (*Gesta Francorum,* X, 34, pág. 180), o Pharpar (Alberto de Aix, *loc. cit.*).

[5] Alberto de Aix, III, 38-9, págs. 365-6, describe la disposición de las tropas. *Gesta Francorum,* V, 12, págs. 66-8, cuenta la inactividad de la guarnición, y Raimundo de Aguilers (V, págs. 242-3) la construcción del puente y el establecimiento del campamento de Raimundo.

[6] Raimundo de Aguilers, IV, pág. 241.

rrarles hombres, y había rumores de que una flota genovesa se hallaba bastante cerca. Bohemundo, cuyo consejo pesaba más sobre ellos, tenía sus razones particulares para oponerse a la sugerencia de Raimundo. Sus ambiciones estaban ahora centradas en la posesión de Antioquía para él mismo. No sólo no quería verla saqueada por la rapacidad de un ejército ansioso del placer de robar una ciudad rica, sino, más seriamente, temía que si era conquistada por el esfuerzo unificado de la Cruzada él nunca podría hacer una reclamación exclusiva sobre ella. Había aprendido la lección que le había dado Alejo en Nicea. Si podía arreglárselas para que se rindiera a él solo, su título sería más difícil de disputar. En poco tiempo podría preparar semejante arreglo, pues tenía algún conocimiento de los métodos orientales de traición. Bajo su influencia el consejo de Raimundo fue desoído; el odio de Raimundo contra Bohemundo se hizo aún mayor, y la única ocasión de conquistar rápidamente Antioquía se perdió. Pues, si el primer ataque hubiese tenido algún éxito, Yaghi-Siyan, que había perdido la serenidad, habría ofrecido escasa resistencia. La demora le devolvió la confianza.

Bohemundo y sus amigos no tenían dificultad en hallar intermediarios por los que podían establecer contacto con el enemigo. Los refugiados y exiliados cristianos de la ciudad mantenían relación estrecha con sus familiares dentro de las murallas, debido a los claros que había tanto por parte de los sitiadores como de los defensores. Los cruzados estaban bien informados de todo cuanto pasaba en Antioquía. Pero el sistema laboraba en favor de ambos bandos, pues muchos de los cristianos locales, sobre todos los sirios, dudaban si el gobierno bizantino o franco era preferible al turco. Estaban dispuestos a congraciarse con Yaghi-Siyan, teniéndole también igualmente informado de todo lo que pasaba en el campamento de los cruzados. Por ellos supo que los cruzados tenían pocas ganas de atacar. Empezó a organizar salidas. Sus hombres podían salir furtivamente por la puerta occidental y cortar la retirada a cualquier grupo franco de forrajeo que encontraran aislado del ejército. Estaba en comunicación con su guarnición en Harenc, a través del puente de Hierro, en el camino de Alepo, y la alentaba a hostigar a los francos en la retaguardia. Entretanto, supo que la misión de su hijo en Damasco había tenido éxito y que estaba en camino un ejército para socorrerle[7].

Cuando el otoño dio paso al invierno, los cruzados, que se habían animado indebidamente con la inactividad preliminar de Yaghi-Siyan, empezaron a desalentarse a pesar de algunos éxitos menores. A mediados de noviembre, una expedición mandada por Bohemundo

[7] *Gesta Francorum*, V, 12, pág. 68; Kemal ad-Din, *op. cit.*, pág. 577.

consiguió hacer salir a la guarnición de Harenc y exterminarla por completo [8]. Casi el mismo día, una escuadra genovesa de trece naves apareció en el puerto de San Simeón, que, debido a esto, pudieron ocupar los cruzados. Venían refuerzos en hombres y armamentos, como rezagada respuesta al llamamiento del papa Urbano a la ciudad de Génova, hecho casi dos años antes. Su llegada dio a los cruzados la agradable noción de que ahora podían comunicarse por mar con sus hogares. Pero estos éxitos quedaron eclipsados por el problema de dar de comer al ejército. Cuando los cruzados entraron por vez primera en la llanura de Antioquía la encontraron llena de provisiones. Había muchas ovejas y ganado, y los graneros de los pueblos guardaban aún casi toda la cosecha del año. Habían comido bien y descuidaron el dejar víveres para los meses de invierno. Las tropas tenían ahora que buscar el forraje en un radio cada vez más amplio, y en su mayoría estaban expuestas a que se les cortase la retirada por los turcos que bajaban de las montañas. Pronto se descubrió que los que salían de Antioquía podían pasar por la garganta del Onopnicles y esperar en la colina sobre el campamento de Bohemundo para atacar a los merodeadores que llegaran rezagados a sus cuarteles. Para evitar esto, los jefes decidieron construir una torre fortificada en la colina, que cada uno de ellos se comprometía a guarnecer por turno. La torre fue rápidamente construida y se la llamó Malregard [9].

Hacia la Navidad de 1097, las reservas alimenticias del ejército estaban casi exhaustas y ya nada se podía obtener en los campos cercanos. Los príncipes se reunieron en consejo, en el que se decidió que una parte del ejército fuese enviada al mando de Bohemundo y Roberto de Flandes, por el valle del Orontes, hasta Hama, para saquear las aldeas de esa zona y hacerse con todas las provisiones que pudiesen. La dirección del sitio se confió entretanto a Raimundo y al obispo del Puy. Godofredo estaba por aquellos días gravemente enfermo. Bohemundo y Roberto salieron el 28 de diciembre, llevando consigo unos veinte mil hombres. Su partida fue conocida inmediatamente por Yaghi-Siyan. Esperó a que estuvieran bastante lejos y después, en la noche del 29, hizo una salida con muchas fuerzas por el puente y cayó sobre los cruzados acampados al norte del río. Estos pertenecían seguramente a las tropas de Raimundo, que se habían trasladado de sus primeras posiciones cuando las lluvias del invierno hicieron inhabitable el terreno pantanoso entre el río y las murallas. El ataque era inesperado, pero la vigilancia alerta de Raimundo salvó la situación. Rápidamente concentró un grupo de

[8] *Gesta Francorum, ibid.*, págs. 68-70.
[9] *Ibid.*, V, 13, pág. 70; Raimundo de Aguilers, V, pág. 242; Caffaro, *De Liberatione*, pág. 50.

caballeros y cargó, a pesar de la oscuridad, sobre los turcos; éstos retrocedieron y huyeron por el puente. Con tanto ardor los persiguió Raimundo que por un momento sus hombres consiguieron poner pie al otro lado del puente antes de que pudieran bajarse las puertas. Parecía que Raimundo podía casi justificar su creencia de que la ciudad podría asaltarse, cuando un caballo, que había arrojado a su jinete, se espantó repentinamente, sembrando la confusión entre los caballeros apiñados en el puente. Estaba demasiado oscuro para ver lo que sucedía y cundió el pánico entre los cruzados. Estos, por su parte, huyeron, perseguidos por los turcos, hasta que pudieron llegar a su campamento por el puente de barcazas, y los turcos volvieron a la ciudad. Se perdieron muchas vidas por ambos lados, pero especialmente entre los caballeros francos, de los que mal podía prescindir la Cruzada. Entre ellos se hallaba el abanderado de Ademaro [10].

Entretanto, Bohemundo cabalgaba, con Roberto de Flandes, hacia el Sur, ignorando totalmente qué es lo que le había acaecido cerca de Antioquía a su rival Raimundo, e ignorando también que una gran fuerza de socorro musulmana estaba avanzando contra él. Duqaq de Damasco había salido de su capital, con su atabek Toghtekin y con el hijo de Yaghi-Siyan, Shams, y un numeroso ejército, hacia mediados de mes. En Hama, el emir se unió a ellos con sus fuerzas. El 30 de diciembre estaban en Shaizar cuando supieron que un ejército cruzado se hallaba cerca. Avanzaron en seguida y a la mañana siguiente alcanzaron al enemigo en la aldea de Albara. A los cruzados les cogió de sorpresa, y Roberto, cuyo ejército iba algo más adelantado que el de Bohemundo, fue casi totalmente cercado. Pero Bohemundo, viendo lo que ocurría, tomó el grueso de sus tropas en reserva para atacar a los musulmanes en el momento en que pensaban que la batalla estaba ganada. Su intervención salvó a Roberto y causó tan graves pérdidas al ejército damasceno que éste se retiró a Hama. Pero los cruzados, aunque afirmaban haber vencido y haber evitado el socorro de Antioquía, habían sido demasiado castigados para continuar su forrajeo. Después de saquear uno o dos pueblos y de quemar una mezquita, volvieron, casi con las manos vacías, al campamento delante de Antioquía [11].

Encontraron a sus compañeros profundamente sumidos en la tristeza. A la desastrosa batalla de la noche del 29 siguió, el día 30, un terrible terremoto, que se había sentido hasta en Edesa, y aquella tarde la aurora boreal iluminaba el cielo. Durante la semana siguien-

[10] Raimundo de Aguilers, V, págs. 243-4; *Gesta Francorum,* VI, 14, páginas 74-6.

[11] *Gesta Francorum,* V, 13, págs. 70-2; Alberto de Aix, III, 50-1, páginas 373-4; Kemal ad-Din, *op. cit.,* pág. 580.

te cayó una lluvia torrencial incesante y cada vez hacía más frío. Esteban de Blois no podía entender por qué algunos se quejaban del exceso de sol en Siria. Era evidente que Dios estaba disgustado con sus guerreros a causa de su soberbia, su afán de lujo y su bandolerismo. Ademaro del Puy ordenó un solemne ayuno durante tres días, pero con el hambre que pasaban el ayuno suponía poca diferencia, y ahora el fracaso de la expedición de forrajeo significaría la inanición para muchos. Pronto uno de cada siete hombres moriría de hambre. Se enviaron emisarios en busca de comida a puntos tan distantes como las montañas del Tauro, donde los príncipes roupenios accedieron a suministrar lo que pudiesen. Algunos suministros procedían de los monjes armenios establecidos en los montes Amánicos, mientras los cristianos locales, armenios y sirios, reunían todas las cosas comestibles que podían encontrar y las llevaban al campamento. Pero su motivo no era filantropía, sino codicia. Por una carga de burro de provisiones cobraban ocho besantes, y esto era un lujo que sólo los soldados más ricos podían permitirse. Los caballos sufrían incluso más que los hombres, hasta tal punto que sólo unos setecientos sobrevivieron con el ejército [12].

Encontraron una ayuda más generosa en la isla de Chipre. El obispo del Puy, actuando sin duda por instrucciones del papa Urbano, había sido asiduo en el mantenimiento de buenas relaciones con los dignatarios de la Iglesia ortodoxa de Oriente; los trataba con un respeto que desmiente la teoría de que el Papa enfocaba la Cruzada como un medio para someterlos a su dominio. Para el patriarca de Antioquía, encarcelado dentro de la ciudad, esta amistad era aún de poco valor, pues los turcos le ponían de vez en cuando en una jaula y lo exhibían desde las murallas. Pero el patriarca Simeón de Jerusalén, que se había retirado de su sede cuando la muerte de Ortoq hizo la vida allí demasiado insegura, estaba ahora en Chipre. En cuanto se pudieron establecer comunicaciones, Ademaro se puso en contacto con él. Simeón no era amigo de los usos latinos, contra los cuales había publicado un firme aunque moderado opúsculo, pero se alegró de poder cooperar con la Iglesia occidental para bien de la Cristiandad. Ya en octubre se había reunido con Ademaro para enviar un informe sobre la Cruzada a los cristianos de Occidente. Aho-

[12] Anselmo de Ribemont, carta en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe*, página 157 (hace mención especial de los caballos); Esteban de Blois, *ibid.*, página 150 (habla del espantoso tiempo); Fulquerio de Chartres, I, xv, 2-xvi, 6, páginas 221-8 (un informe retórico reprochando a los cruzados por sus pecados); Raimundo de Aguilers, VI, pág. 245 (menciona la aurora y el ayuno); *Gesta Francorum*, VI, 14, pág. 76 (da los precios que pedían los comerciantes del país); Mateo de Edesa, II, cli, pág. 217 (describe la generosidad de los príncipes y monjes armenios).

ra, enterado de las penalidades del ejército, enviaba regularmente a éste toda la comida y vino de que la isla podía desprenderse [13].

Los envíos de víveres del patriarca, aun siendo abundantes, poco podían contribuir a aliviar la miseria general. Desmoralizados por el hambre, los hombres empezaron a desertar del campamento para buscar refugio en zonas más ricas o intentar el largo camino de regreso. Al principio, los desertores eran soldados oscuros, particulares; pero cierta mañana de enero se supo que el propio Pedro el Ermitaño había huido, acompañado de Guillermo el Carpintero. Guillermo era un aventurero que no tenía ganas de malgastar su tiempo en una cruzada sin esperanzas; ya había desertado de una expedición en España, pero por qué perdió la serenidad es difícil de entender. Los desertores fueron perseguidos por Tancredo y traídos con ignominia. A Pedro, cuya fama era aconsejable no dañar, se le perdonó tácitamente. Pero Guillermo fue obligado a permanecer de pie toda la noche en la tienda de Bohemundo, y a la mañana siguiente recibió de él un severo y amenazador sermón. Juró que nunca más abandonaría el ejército hasta que llegara a Jerusalén, pero más tarde quebrantó su juramento. El prestigio de Pedro sufrió inevitablemente, pero pronto se le dio una oportunidad para rehacerlo [14].

Con un ejército que disminuía constantemente a causa del hambre y las huidas, Ademaro consideró que había que hacer un enérgico llamamiento a Occidente para conseguir refuerzos. Para que tuviera la máxima autoridad lo redactó en nombre del patriarca de Jerusalén, cuya autorización había probablemente obtenido. El lenguaje del llamamiento es significativo por la luz que arroja sobre la política eclesiástica de Ademaro. El patriarca se dirige a todos los fieles de Occidente como jefe de los obispos entonces en Oriente, tanto griegos como latinos. Se titula a sí mismo «apostólico»; se atribuye el poder de excomulgar a cualquier cristiano que rompa sus votos de Cruzada. Es el lenguaje de un pontífice independiente. Ademaro no podía haber puesto nunca tal lenguaje en boca de un eclesiástico a quien se pensara someter al Pontífice de Roma. Cualesquiera que hayan sido los planes definitivos de Urbano para el gobierno de las iglesias orientales, su legado no estaba predicando la

[13] Alberto de Aix, VI, 39, pág. 489. Simeón envió a los cruzados regalos consistentes en granadas, «frutos de los cedros del Líbano», tocino y vino. La carta con fecha de octubre, enviada desde Antioquía para informar a la Iglesia de Occidente de los progresos de la Cruzada, da los nombres de Simeón y Ademaro, y especialmente de este último, a quien el papa Urbano encargó del ejército cristiano. Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 141-2. Para Simeón, véase *supra*, págs. 87, 109.

[14] *Gesta Francorum*, VI, 15, págs. 76-8.

supremacía papal. No sabemos cuál fue la respuesta de Occidente a la carta del patriarca [15].

Mientras los cruzados mostraban un respeto adecuado a los jerarcas de la ortodoxia oriental, sus relaciones con su señor secular empeoraron. A principios de febrero, el representante del Emperador, Taticio, súbitamente abandonó el ejército. Había acompañado a la Cruzada desde Nicea con una pequeña plana mayor y un grupo compuesto principalmente de guías e ingenieros, y había estado aparentemente en buenas relaciones con sus jefes. En Comana y en Coxon le habían entregado, en cumplimiento de los acuerdos, sus conquistas, y él en sus informes rendía generoso homenaje a las virtudes castrenses de los cruzados.

Varias explicaciones se dieron por entonces a propósito de su partida; pero no es menester rechazar la versión que refirió él a su regreso a Constantinopla. Según ella, Bohemundo mandó a buscarle un día, cuando ya era sabido que los turcos iban a hacer un nuevo esfuerzo para socorrer a Antioquía, y le dijo, de manera estrictamente confidencial, que los otros jefes sospechaban que el Emperador era responsable de alentar a los turcos y que estaban conspirando para vengarse y quitarle la vida. Taticio parecía haberse convencido. En efecto, el estado de ánimo en el ejército en aquel momento era tal que bien podría estar buscándose una víctima propiciatoria. Además, creía que los cruzados, debilitados y desmoralizados por el hambre, no podían esperar ahora tomar la gran fortaleza. Su consejo de que debía obligarse a la rendición por hambre mediante la ocupación de sus castillos, que dominaban los más distantes puntos de acceso a la ciudad, fue desoído. El anunció, por tanto, que tenía que regresar a territorio imperial para preparar un sistema de abastecimiento más satisfactorio, y tomó un barco en el puerto de San Simeón con rumbo a Chipre. Para demostrar que pensaba regresar, dejó a la mayoría de su plana mayor con el ejército. Pero, en cuanto había partido, los propagandistas de Bohemundo insinuaron que había huido por cobardía ante el próximo ataque turco, a no ser que se hubiese marchado por efectiva traición. Si el representante del Emperador actuaba de manera tan deshonrosa, era evidente que la Cruzada estaba desligada de cualquier obligación para con el Imperio. Es decir, Antioquía no tenía que serle devuelta [16].

Después, Bohemundo suscitó la cuestión de que él también estaba considerando su propia marcha y separación del ejército. No po-

[15] Carta en Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 146-9.

[16] Raimundo de Aguilers, V, págs. 254-6, dice que Taticio propuso un asedio más estrecho. Su idea no fue tomada en cuenta; y poco después huyó traidoramente, habiendo asignado las ciudades de Mamistra, Tarso y Adana a

día seguir por mucho más tiempo ignorando las obligaciones que tenía en su patria. Hasta entonces había desempeñado un papel capital en todas las operaciones militares de la Cruzada y, según calculaba, la posibilidad de perder su ayuda en esta coyuntura crítica asustaría al ejército. En consecuencia, dio a entender que si se le entregaba el señorío de Antioquía podría compensársele de cualesquiera pérdidas que pudiese sufrir debido a su ausencia de Italia. Sus colegas, los príncipes, no cayeron en las redes de estas maniobras, pero entre la oficialidad y los soldados ganó muchas simpatías [17].

Entretanto, los turcos se estaban reuniendo nuevamente para el socorro de Antioquía. Cuando fracasó Duqaq en la ayuda que había prometido, Yaghi-Siyan volvió de nuevo a su antiguo soberano, Ridwan de Alepo. Ridwan, por entonces, lamentaba su propia inactividad, que había permitido a los francos penetrar hasta Antioquía. Cuando Yaghi-Siyan volvió a aceptar su soberanía, se dispuso a acudir para rescatarle, ayudado por su primo, Soqman el Ortóquida, de Diarbekir, y por su suegro, el emir de Hama. A principios de febrero, los aliados volvieron a ocupar Harenc, donde se concentraron para su ataque al campamento de los cruzados. Al conocer las noticias, los príncipes cruzados se reunieron en consejo en la tienda de Ademaro, donde Bohemundo propuso que, mientras la infantería se quedase en el campamento para contener cualquier salida de la ciudad, los caballeros, de los que sólo había ahora unos setecientos dispuestos para el servicio, hicieran un ataque de sorpresa sobre el ejército invasor. Se aceptó su consejo. El 8 de febrero, a la caída de la noche, la caballería franca se deslizó por el puente de barcazas y tomó posiciones entre el río y el lago de Antioquía, desde las cuales podía caer sobre los turcos cuando avanzaran para cruzar el puente de Hierro. Al romper el día estaba a la vista el ejército turco, y en seguida cargó la primera línea de los cruzados, antes de que los arqueros turcos pudieran formar en orden de batalla. La carga no pudo romper la masa de turcos, y los caballeros se retiraron, atrayendo al enemigo al campo de batalla que habían elegido ellos, donde el lago, a la izquierda, y el río, a la derecha, impedían que el gran nú-

Bohemundo. Esta donación, muy improbable, debió haber sido inventada por Bohemundo y el ejército. *Gesta Francorum,* VI, 16, págs. 78-80, dice que huyó por pura cobardía, con la excusa de que iba a hacer gestiones para un mejor aprovisionamiento del ejército. Alberto de Aix dice que tenía su tienda en el confín del campamento pues siempre tuvo intención de huir. Cuando lo hizo, prometió, aunque hipócritamente, volver (III, 38, pág. 366, IV, 38, página 416). El relato de Ana Comneno, que debe estar basado en el informe del propio Taticio, es una versión más convincente (XI, iv, 3, vol. II, pág. 20). Es la narración que sigo aquí.

[17] Raimundo de Aguilers, *loe. cit.*

mero de turcos pudiese hacer una maniobra envolvente. En este terreno estrecho los caballeros volvieron a la carga, esta vez con todas sus fuerzas. Ante el empuje, los turcos, peor armados, rompieron filas y huyeron, sembrando la confusión en las líneas compactas que estaban detrás de ellos. Pronto todo el ejército de Ridwan estaba retirándose desordenadamente hacia Alepo. Cuando pasaron por Harenc, su guarnición se unió a los fugitivos, abandonando la ciudad para que los cristianos nativos la entregaran a los cruzados.

Mientras la caballería estaba ganando esta espectacular victoria, la infantería estaba librando una batalla más difícil. Yaghi-Siyan hizo una salida con todas sus fuerzas contra el campamento; sus defensores empezaban a perder terreno cuando, por la tarde, los caballeros victoriosos se divisaban ya cerca. Según se aproximaban, Yaghi-Siyan comprendió que el ejército de socorro había sido derrotado. Ordenó a sus hombres que se retiraran detrás de las murallas [18].

La derrota del segundo ejército de socorro, aunque levantó la moral de los cruzados, no contribuyó en nada a mejorar su situación inmediata. La comida escaseaba aún mucho, aunque empezaban a llegar los suministros al puerto de San Simeón, procedentes en su mayor parte de Chipre, donde el patriarca Simeón, y seguramente también el despreciado Taticio, reunían todo lo que les era posible obtener. Pero el camino que descendía al mar estaba constantemente amenazado por partidas que se deslizaban de la ciudad y que tendían emboscadas a los convoyes menores, y la ciudad recibía provisiones por la puerta de San Jorge, aún no cubierta, y por el puente fortificado. Para vigilar el puente y dejar libre el paso hacia San Simeón, Raimundo propuso construir una torre en la margen norte, cerca de aquél. Pero el proyecto fue aplazado debido a la falta de materiales y albañiles. El 4 de marzo, una flota tripulada por ingleses y mandada por el desterrado pretendiente al trono, Edgardo Atheling ancló en San Simeón. Traía peregrinos de Italia, pero había pedido auxilios en Constantinopla, donde Edgardo se había unido a la flota, poniéndose él mismo a las órdenes del Emperador. Allí los barcos cargaron materiales de sitio y mecánicos, cuya llegada fue muy oportuna. El hecho de que todo ello fuera suministrado por el Emperador fue cuidadosamente pasado por alto por los cruzados.

Enterados de que la flota había entrado, Raimundo y Bohemundo salieron juntos, desconfiando uno de otro, para reclutar cuantos hombres pudieran de entre los pasajeros y para escoltar a los mecánicos y el material hasta el campamento. El 6 de marzo, cuando volvían cargados por el camino de San Simeón, cayeron en una emboscada

[18] *Gesta Francorum,* VI, 17, págs. 80-6; Raimundo de Aguilers, VII, páginas 246-8.

que les había tendido un destacamento de la guarnición de la ciudad. Sus tropas fueron cogidas por sorpresa y huyeron, víctimas del pánico, dejando su cargamento en manos del enemigo. Unos rezagados llegaron al campamento y difundieron el rumor de que ambos, Bohemundo y Raimundo, habían muerto. Ante tales noticias, Godofredo se dispuso a salir para socorrer al ejército derrotado, cuando los turcos hicieron una súbita salida desde la ciudad contra el campamento, para procurar cubrir a los emboscados, ahora sobrecargados con el botín, y que pudieran alcanzar las puertas de la ciudad. Los hombres de Godofredo, ya dispuestos para salir por el camino que va al mar, pudieron resistir el ataque hasta que, inopinadamente, aparecieron Raimundo y Bohemundo con el resto de las fuerzas. Su llegada, a pesar de que venían muy maltrechos, permitió a Godofredo rechazar a los turcos hacia el interior de la ciudad. Después, los príncipes se unieron para cortar la entrada a los algareros según regresaban. Su táctica tuvo pleno éxito. Los algareros, en condiciones desventajosas por su cargamento, fueron vencidos y muertos cuando luchaban por llegar al puente, y los preciados materiales de construcción fueron recuperados. Se dijo que habían muerto mil quinientos turcos, muchos de ellos ahogados cuando trataban de atravesar el río. Entre los muertos había nueve emires. Aquella tarde, algunos elementos de la guarnición salieron clandestinamente de la ciudad para enterrar a los muertos en el cementerio musulmán, en la margen norte del río. Los cruzados los vieron y los dejaron en paz, pero a la mañana siguiente desenterraron los cadáveres para robarles las alhajas de oro y plata que llevaban [19].

La victoria de los cruzados dio como resultado completar el cerco de Antioquía. Con los operarios y materiales ahora suministrados fue construida la proyectada fortaleza para dominar el acceso al puente

[19] *Gesta Francorum,* VII, 18, págs. 88-96; Raimundo de Aguilers, VII-VIII, págs. 248-9; Alberto de Aix, II, 53-5, págs. 383-6; carta de Esteban de Blois, en Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 151-2; carta del clero de Lucca, en Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 165-7, donde se afirma que un ciudadano de Lucca, llamado Bruno, llegó entonces a San Simeón, habiendo hecho el viaje con la flota inglesa. David, *Robert Curthose,* págs. 236-7, duda de si Edgardo Atheling pudo estar con esta flota, ya que aún estaba en Escocia en el otoño de 1097, y tuvo que haber salido de Inglaterra antes de esa fecha. Pero la flota estaba casi seguro compuesta por varegos ingleses que habían partido de Inglaterra hacía tiempo y navegaban por el Mediterráneo a las órdenes del Emperador, por quien les vemos laborando más adelante (véase *infra,* pág. 242). Edgardo quizá se trasladó rápidamente a Constantinopla para ponerse temporalmente al servicio del Emperador, y allí unirse a la flota. Orderico Vital (X, II, vol. IV, págs. 70-2) está seguro de que estaba con la flota y conquistó Laodicea durante la época del sitio, aunque Guillermo de Malmesbury (II, pág. 310) sitúa la toma de Laodicea un poco después. Véase *infra, loc. cit.*

fortificado. Se erigió cerca de una mezquita, en las proximidades del cementerio musulmán, y se llamó oficialmente «castillo de La Mahomerie», tomando el nombre de la palabra francesa antigua con que se designaba la «mezquita». Pero cuando los jefes disputaron sobre el mando del castillo, Raimundo, que fue el que tuvo la idea de construirlo, lo reclamó para sí, y fue conocido corrientemente como el castillo de Raimundo. La construcción se terminó hacia el 19 de marzo. Pronto demostró que era muy útil para impedir cualquier acceso a la puerta del puente. Pero la puerta del puente aún continuaba abierta. También, para dominarla, se determinó construir un castillo en el lugar de un antiguo convento en la colina que estaba enfrente. La construcción se acabó en abril y el castillo se confió a Tancredo, que obtuvo la suma de trescientos marcos para sus gastos. Desde entonces ya no podían llegar a la ciudad más convoyes de víveres, ni los habitantes podían enviar, como habían hecho hasta entonces, sus rebaños a pastar fuera de las murallas. Algún algarero aislado podía aún subir por las murallas hasta el monte Silpio o por la estrecha puerta de Hierro, pero no se podía ya intentar una salida organizada. Mientras la guarnición empezaba a sufrir de hambre, el problema de la administración militar de los cruzados se facilitó. La mejoría del tiempo con la llegada de la primavera, la posibilidad del forrajeo sin el peligro de ataques turcos inesperados y la disposición de los mercaderes, que hasta entonces vendían sus mercancías a altos precios a la guarnición, de comerciar con el campamento, hicieron más asequibles las provisiones y levantaron la moral de los francos. Poco después de haber construido su castillo, Tancredo se apoderó de un enorme envío de víveres destinado a Yaghi-Siyan y suministrado por mercaderes cristianos, sirios y armenios. Tales éxitos indujeron a los cruzados a tener esperanzas de que Antioquía acabaría por rendirse ahora por hambre. Pero había que obrar con rapidez, pues el terrible Kerbogha de Mosul estaba concentrando sus fuerzas [20].

Mientras estaban aún en Constantinopla, el emperador Alejo había aconsejado a los cruzados que llegaran a cualquier clase de entendimiento con los fatimitas de Egipto. Los fatimitas eran enemigos irreconciliables de los turcos; tolerantes hacia sus súbditos cristianos, siempre habían estado dispuestos a tratar con las potencias cristianas. Los cruzados no siguieron probablemente ese consejo; pero, a mediados de la primavera, llegó una embajada al campamento de Antioquía, enviada por al-Afdal, el todopoderoso vi-

[20] *Gesta Francorum,* VII, 18, VIII, 19, págs. 88, 96-8; Raimundo de Aguilers, VIII, págs. 249-50; carta de Anselmo de Ribemont, en Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 158-9; carta al clero de Lucca, *ibid.,* pág 166.

sir del Califa, aún menor de edad, al-Mustali. Su proposición parece haber sido la de que se llevara a cabo una división del Imperio seléucida; los francos ocuparían la Siria del norte y Egipto ocuparía Palestina. Al-Afdal consideraba, sin duda, a los cruzados como meros mercenarios del Emperador, y suponía, en consecuencia, que tal división, basada en el estado de los asuntos con anterioridad a las invasiones turcas, sería perfectamente aceptable. Los príncipes occidentales recibieron a los embajadores con cordialidad, aunque no se comprometieron a ningún acuerdo específico. Los egipcios permanecieron algunas semanas en el campamento y volvieron a su país acompañados por una pequeña embajada franca y cargados de regalos, procedentes, en su mayoría, del botín capturado en la batalla del 6 de marzo. Las negociaciones mostraron a los cruzados las ventajas que se podrían obtener de las intrigas con las potencias musulmanas. Dejando a un lado sus prejuicios religiosos, ante las noticias de los preparativos de Kerbogha, enviaron un emisario a Duqaq de Damasco, solicitando su neutralidad y manifestando que no tenían ninguna apetencia sobre su territorio. Duqaq, que consideraba a su hermano Ridwan de Alepo como su principal enemigo, y veía que Ridwan había vuelto a su primitiva neutralidad, no accedió a sus deseos [21].

A principios de mayo se supo que Kerbogha se había puesto en marcha. Aparte de sus propias tropas, había recibido hombres de los sultanes de Bagdad y de Persia y de los príncipes ortóquidas de la Mesopotamia del norte; Duqaq estaba esperando para unirse a ellos, y en Antioquía, Yaghi-Siyan, aunque duramente amenazado, seguía resistiendo. Entre los cruzados la tensión fue en aumento. Sabían que, a menos que conquistasen la ciudad inmediatamente, serían aplastados entre la guarnición y el enorme ejército de socorro. El emperador Alejo estaba ahora haciendo campañas en el Asia Menor. Se le envió un llamamiento desesperado pidiéndole que se apresurase a ayudarles. Bohemundo, decidido a ganar Antioquía para él solo, tenía motivos particulares para estar preocupado. Si el Emperador llegaba antes de que Antioquía cayera, o si Kerbogha era derrotado solamente con la ayuda del Emperador, resultaría imposible no devolver Antioquía al Imperio. La mayoría de los príncipes se hallaba en disposición de dar la ciudad a Bohemundo, pero Raimundo de Tolosa,

[21] Según la *Historia Belli Sacri (Tudebodus Imitatus)*, pág. 181, los cruzados habían enviado ya una embajada a Egipto desde Nicea, siguiendo el consejo de Alejo. La lista de los embajadores es incierta; posiblemente son los que componían la embajada que se mandó desde Antioquía. Pero es probable que se recordase el consejo del Emperador. Relatan la embajada egipcia a Antioquía Raimundo de Aguilers, VII, pág. 247; Esteban de Blois, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 151; Anselmo de Ribemont, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pá-

probablemente apoyado por el obispo del Puy, no estaba de acuerdo. Muchas veces han sido discutidos los motivos de Raimundo. El era el único de los príncipes que no estaba ligado al Emperador por un juramento explícito; pero había salido de Constantinopla en buenas relaciones con Alejo; odiaba a Bohemundo y le suponía su principal rival en la jefatura militar de la Cruzada, y tanto él como el legado deben haber considerado que, si el juramento no era válido, la Iglesia, de la cual Ademaro era el representante, sería la única capaz de distribuir el territorio. Después de algunas discusiones e intrigas se llegó a un compromiso. Si Bohemundo era el príncipe cuyas tropas fueran las primeras en entrar en la ciudad, y si el Emperador no venía nunca, Antioquía sería para él. Incluso así, Raimundo vacilaba, pero Bohemundo ya tenía razón para estar satisfecho [22]

El error de cálculo de Kerbogha dio un respiro a la Cruzada. No quería avanzar hacia Antioquía dejando un ejército franco en Edesa en una posición que podía amenazar su flanco derecho. No se daba cuenta de que Balduino era demasiado débil para una acción ofensiva, pero que era demasiado poderoso en su gran fortaleza para ser fácilmente desalojado. Durante las últimas tres semanas de mayo se había detenido frente a Edesa, atacando en vano sus murallas, antes de que decidiera que el esfuerzo y el tiempo perdidos no valían la pena [23].

Durante estas tres valiosas semanas, Bohemundo estuvo trabajando activamente. En algún momento había establecido contacto con un capitán del interior de la ciudad de Antioquía, llamado Firouz. Firouz era seguramente un armenio convertido al Islam que había alcanzado una elevada posición en el gobierno de Yaghi-Siyan. Aunque leal en apariencia, tenía envidia de su jefe, el cual le había multado recientemente por ocultación de cereales; y se puso en contacto con sus antiguos correligionarios. Por ellos llegó a un entendimiento con Bohemundo y acordó vender la ciudad. El secreto de la transacción se guardó perfectamente. Bohemundo no se lo confió a nadie. En lugar de ello, públicamente exageraba los peligros que debía afrontar, para aumentar el valor de su futura victoria [24]

gina 160, y *Gesta Francorum,* VI, 17, pág. 86; VII, 19, pág. 96. Ibn al-Athir menciona las negociaciones de los cruzados con Duqaq *(op. cit.,* pág. 193).

[22] *Gesta Francorum,* VIII, 19, págs. 100-2, corroborado por Ana Comneno, XI, iv, 4, vol. III, pág. 21. El relato de Guillermo de Tiro (V, 17, I, págs. 220-1) informa acerca del desacuerdo de Raimundo.

[23] Véase *supra,* pág. 204, y las referencias dadas, *ibid.,* n. 20.

[24] *Gesta Francorum,* VIII, 20, pág. 100. El autor le llama «Pirrus», y dice que era turco. Ana Comneno (XI, iv, 2, vol. II, pág. 19) le llama «un cierto armenio»; Radulfo de Caen, LXII, págs. 651-2, le denomina «un armenio rico»; Mateo de Edesa, «uno de los hombres principales de la ciudad», sin dar filiación racial (II, civ, pág. 222); Raimundo de Aguilers (VIII, pág. 251) le

Su propaganda fue demasiado lejos. A fines de mayo, Kerbogha abandonaba el estéril sitio de Edesa y proseguía su avance. Según se acercaba, el pánico empezó a extenderse por el campamento de los cruzados. Los desertores empezaron a huir en tal cantidad, que era inútil intentar detenerlos. Finalmente, el 2 de junio, un gran núcleo de franceses del norte se puso en camino hacia Alejandreta, al mando de Esteban de Blois. Solamente dos meses antes, Esteban había escrito muy animado a su esposa desde el campamento, para contarle las dificultades del sitio, pero también para describirle la batalla triunfal del 6 de marzo y para señalar su propia importancia en el ejército. Pero ahora, con la ciudad aún no tomada y la hueste de Kerbogha encima, le parecía simplemente una locura quedarse a esperar una matanza cierta. El nunca había sido un gran guerrero, pero al menos quería vivir para luchar en otra ocasión. De todos los príncipes, Esteban había sido el más entusiasta en su admiración por el Emperador. Bohemundo debió sonreírse al verle marchar; pero lo que no podía adivinar era lo útil que iba a ser esta huida para su causa [25].

Si hubiese demorado Esteban su partida sólo unas horas, habría cambiado de idea. En aquel mismo día Firouz envió a su hijo a Bohemundo para decirle que estaba dispuesto para el acto de la traición. Más tarde se rumoreó que había estado dudando justo hasta la noche anterior, cuando descubrió que su mujer le engañaba con uno de sus colegas turcos. Estaba ahora al mando de la torre de las

llama «quidam de Turcatis», probablemente queriendo decir con esto que era un renegado cristiano. Las fuentes árabes, Kemal ad-Din *(op. cit.,* págs. 581-582) e Ibn al-Athir *(op. cit.,* pág. 192), no especifican su raza; el último de ellos le llama «Firouz». El primero dice que era armero, conocido como «Zarrad», el fabricante de corazas, a quien Yaghi-Siyan castigó por esconder provisiones. Guillermo de Tiro, V, II, I, págs 212-13, apoyándose sin duda en fuentes árabes, afirma que pertenecía a la corporación de los «Beni Zarra; quod in lingua latina interpretatur *filii loricatoris*». Era de buena familia. La traducción de Guillermo al francés antiguo añade que era «Hermin, un armenio».

[25] Fulquerio de Chartres, I, xvi, 7, pág. 228, dice que Esteban partió la víspera de la caída de Antioquía, esto es, el 2 de junio. Lo comenta con pena, pero no lo atribuye a cobardía. *Gesta Francorum,* IX, 27, pág. 140, dice que huyó alegando estar enfermo. Raimundo de Aguilers, XI, pág. 258, atribuye la huida a cobardía, que parece haber sido la impresión general. Guiberto de Nogent, XXV, págs. 199-200, cree necesario excusarle. Esteban había sido elegido «ductor» del ejército *(Gesta Francorum, loc. cit.)* o «dictator» (Raimundo de Aguilers, *loc. cit.)* o «dominus atque omnium actuum provisor atque gobernator» (Esteban de Blois, carta, en Hagenmeyer, *op. cit.,* pág. 149). Esto, desde luego, no quiere decir que fuera nombrado comandante en jefe o jefe político de la Cruzada, pues nunca asumió la dirección en las operaciones militares, y porque Ademaro era la única persona reconocida con autoridad política sobre los príncipes. Es probable que a Esteban se le encargase la parte administrativa del ejército y que fuera el responsable de organizar el aprovisionamiento.

Dos Hermanas y el sector adjunto del exterior de las murallas de la ciudad, frente al castillo de Tancredo. Por tanto, instó a Bohemundo a concentrar el ejército cruzado aquella tarde y a conducirlo hacia el Este, como si fuera a cortar el paso a Kerbogha; después, una vez oscurecido, las tropas deberían replegarse hacia la muralla occidental, trayendo sus escalas para subir a la torre donde él estaría esperando. Si Bohemundo aceptaba esto, él enviaría de nuevo a su hijo como rehén aquella misma noche y como señal de que estaba dispuesto.

Bohemundo siguió su consejo. Cuando el día declinaba, mandó a uno de sus hombres de infantería, llamado Male Couronne, por todo el campamento, en calidad de heraldo, para anunciar al ejército que estuviera preparado a salir, a la puesta del sol, para una incursión al territorio enemigo. Después invitó a los príncipes más importantes a reunirse con él, Ademaro, Raimundo, Godofredo y Roberto de Flandes, y, por primera vez, les informó de su propósito. «Esta noche —dijo—, si Dios nos ayuda, nos será entregada Antioquía.» La envidia que haya podido sentir Raimundo ha quedado en silencio. El y sus colegas dieron su leal apoyo al proyecto.

Con la puesta del sol, el ejército cruzado salió hacia el Este, la caballería subiendo por el valle frente a la ciudad y la infantería caminando por los senderos de la colina detrás de aquélla. Los turcos dentro de la ciudad los vieron marchar y respiraron, esperando dormir tranquilos. Pero a media noche se dieron órdenes por todo el ejército para regresar hacia las murallas del Oeste y Noroeste. Poco antes del amanecer las tropas de Bohemundo llegaron ante la torre de las Dos Hermanas. Fue tendida una escala contra la torre; y, uno tras otro, sesenta caballeros treparon, conducidos por Fulco de Chartres, y entraron por una ventana alta en la muralla hacia una habitación en la que Firouz estaba esperando nervioso. Al verlos entrar consideró insuficiente su número. «¿Tenemos tan pocos francos? —exclamó en griego—. ¿Dónde está Bohemundo?» No debía haberse preocupado. Desde las Dos Hermanas, los caballeros se apoderaron de otros dos torreones bajo su mando, permitiendo a sus amigos colocar escalas contra los espacios intermedios de la muralla, mientras un soldado italiano fue a decir a Bohemundo que había llegado el momento de que entrase en la ciudad. La escala se rompió tras él; pero mientras algunos de los soldados corrían a lo largo de la muralla, sorprendiendo a las guarniciones en sus torreones, otros descendían a la ciudad e incitaban a los habitantes cristianos a la rebelión, y con su ayuda abrieron la puerta de San Jorge y la gran puerta del puente, donde estaba esperando el grueso del ejército. Los cruzados irrumpieron ahora por las puertas, hallando escasa oposición.

Griegos y armenios se unieron a ellos en la matanza de todos los

turcos que veían, tanto mujeres como hombres, matando incluso al hermano de Firouz. Muchos cristianos hallaron la muerte en la confusión. El propio Yaghi-Siyan, despertando ante el clamor, en seguida comprendió que todo estaba perdido. Con su guardia personal huyó a caballo por la garganta que conducía a la puerta de Hierro y salió por ella hacia la ladera de la colina. Pero su hijo Shams ad-Daula conservó su sangre fría. Reuniendo a todos los hombres que pudo, se abrió camino hasta la ciudadela antes de que pudieran alcanzarla los francos. Bohemundo le siguió, pero fracasó al querer forzar la entrada; así plantó su pendón de púrpura en el punto más alto a que pudo llegar. La vista de la bandera, ondeando a la luz del sol naciente, animó a los cruzados que estaban aún en la parte baja cuando entraban en la ciudad.

Cuando hubo concentrado bastantes hombres, Bohemundo intentó un asalto en serio a la ciudadela. Pero fue rechazado y él mismo resultó herido. Sus hombres preferían volver a la tarea más agradable de saquear y robar las calles de la ciudad, aunque pronto se consoló al recibir de manos de un campesino armenio la cabeza de Yaghi-Siyan. Yaghi-Siyan había sido arrojado de su caballo cuando huía por un sendero montañoso. Su escolta le había abandonado; y cuando yacía exhausto y casi sin conocimiento le encontraron unos armenios, que le reconocieron. Le mataron en el acto; y mientras uno obtenía un generoso premio por llevar a Bohemundo su cabeza, los otros vendieron su cinturón y la vaina de su cimitarra por sesenta besantes cada cosa.

Al anochecer del 3 de junio no había ningún turco con vida en Antioquía; e incluso de los pueblos vecinos, a los que nunca habían penetrado los francos, había huido la población turca, para buscar refugio entre las fuerzas de Kerbogha. Las casas de los ciudadanos de Antioquía, tanto de cristianos como de musulmanes, fueron saqueadas. Los tesoros y las armas que se encontraron allí fueron dispersados o destruidos caprichosamente. No se podía pasar por las calles sin pisar cadáveres, todos ellos pudriéndose rápidamente bajo el calor del estío. Pero Antioquía era nuevamente cristiana [26].

[26] El relato más vivo de la toma de Antioquía se encuentra en *Gesta Francorum*, VIII, 20, págs. 100-10, aunque admite el fracaso de Bohemundo al asaltar la ciudadela. Raimundo de Aguilers completa esta información; cuenta que el primer cruzado que entró en la ciudad fue Fulco de Chartres (IX, páginas 251-3). Radulfo de Caen le llama Gouel de Chartres (LXVI, pág. 654). Fulquerio de Chartres (I, i-viii, págs. 230-3) lo relata más brevemente. La narración de Guillermo de Tiro (V, 18-23, vol. I, parte I, págs., 222-3) es extensa, pero está llena de detalles poco fidedignos. Proporciona también el relato del incidente de la mujer de Firouz. Ibn al-Athir cuenta la huida y muerte de Yaghi-Siyan (*op. cit.*, pág. 193).

Capítulo 15

LA POSESION DE ANTIOQUIA

«Cada uno extiende su mano contra aquellos que en paz con él estaban; ha violado su alianza.»

(Salmos, 54 ss, 21.)

La conquista de Antioquía fue un éxito que llenó de alegría los corazones cristianos. Pero, una vez apagado el frenesí victorioso y cuando los cruzados hicieron el inventario de su situación, se encontraron poco mejor que antes. Sin embargo, obtuvieron grandes ventajas. Tenían las fortificaciones de la ciudad, no dañadas por la batalla, para protegerlos contra las huestes de Kerbogha; sus seguidores civiles, numerosos aún a pesar de las enfermedades y deserciones, encontraron refugio y no seguían expuestos a los inconvenientes del campamento. El ejército turco de la ciudad había sido casi totalmente aniquilado y ya no constituía una verdadera amenaza. Pero la defensa de la larga línea de las murallas necesitaba más hombres de los que podían proporcionar ahora. La ciudadela seguía en manos enemigas y tenía que mantenerse vigilada. Aunque su guarnición era demasiado débil para tomar la ofensiva, desde sus cimas podía observarse cualquier movimiento en la ciudad; y era imposible impedir que estableciese contacto con Kerbogha. En la ciudad, los cruzados no encontraron ningún almacén de víveres, como habían esperado, y ellos mismos, en su embriaguez, habían destruido la mayor parte de sus riquezas. Y aunque los musulmanes habían sido muertos, no se

podía confiar en la población cristiana nativa. Los sirios, sobre todo, habían sido traidores en el pasado y tenían poco afecto a los latinos. Su traición constituía un riesgo mucho mayor para un ejército defensor de una ciudad que para uno que acampara extramuros. Además, la victoria puso sobre el tapete un problema que ya se había manifestado con signos de escindir la Cruzada: ¿a quién habría de darse Antioquía?

En primer lugar, no había tiempo que perder en discutir el futuro de la ciudad. Kerbogha seguía avanzando, y era necesario defenderla contra este ataque inmediato. Cualesquiera que fueran los proyectos de Bohemundo, él no tenía tropas para guarnecer las murallas sin la ayuda de sus colegas. Todos tenían que participar en las defensas; y cada uno de los príncipes se hizo cargo de un sector de las fortificaciones. La inmediata tarea del ejército fue la de despejar la ciudad y enterrar rápidamente a los muertos, antes de que los cadáveres en descomposición provocaran una epidemia. Mientras los soldados estaban ocupados en esta faena, el obispo del Puy dispuso que fueran limpiadas la catedral de San Pedro y las otras iglesias que los turcos habían profanado, y las puso otra vez al servicio del culto cristiano. El patriarca Juan fue libertado de su prisión y repuesto en su trono patriarcal. Juan era un griego que no veía con agrado el rito latino; pero era el patriarca legítimo de una sede aún en completa comunión con Roma. Ademaro no iba a ofender, como es evidente, su legitimidad y los sentimientos locales poniendo en duda sus derechos. Ni tampoco ninguno de los cruzados, conocedores de los sufrimientos de Juan por la fe, se molestó por su restitución; sólo, tal vez, Bohemundo, que podía haber presentido los inconvenientes que entrañaría para sus propios intereses [1].

Apenas pudieron instalarse los cruzados en la ciudad antes de que llegara Kerbogha. El 5 de junio llegó al Orontes, en el puente de Hierro, y, dos días después, acampó delante de las murallas, en las mismas posiciones que habían ocupado recientemente los francos. Shams ad-Daula en seguida envió emisarios desde la ciudadela para pedir su ayuda. Pero Kerbogha insistió en que la ciudadela debía ser ocupada por sus propias tropas. Shams rogó que se le permitiera retener el mando hasta que la ciudad fuese reconquistada; pero todo fue en vano. Tuvo que entregar la fortaleza y todos sus almacenes al lugarteniente de confianza de Kerbogha, Ahmed ibn Merwan [2].

El primer plan de Kerbogha era penetrar en la ciudad desde la ciudadela. Habiendo previsto el peligro, Bohemundo y Raimundo

[1] Alberto de Aix, IV, 3, pág. 433, llama a Juan «virum Christianissimum».
[2] Kemal ad-Din, *op. cit.*, págs. 582-3; *Gesta Francorum,* IX, 21, pág. 112.

habían construido una tosca muralla para separarla de las fortificaciones de la ciudad. Como era el sector más vulnerable de la defensa, parece ser que los príncipes se turnaban para guarnecerla. Después de un ligero reconocimiento, Ahmed ibn Merwan lanzó un asalto a este sector, probablemente a primera hora del 9 de junio. Hugo de Vermandois, el conde de Flandes y el duque de Normandía estaban encargados de su defensa, y fueron casi dominados; pero al fin consiguieron rechazar el ataque con graves pérdidas. Después de esto, Kerbogha decidió que sería menos costoso cercar a los francos lo más estrechamente posible y atacarlos más adelante, cuando estuvieran debilitados por la inanición. El 10, emprendió unos movimientos para rodear completamente la ciudad. Los cruzados intentaron impedírselo e hicieron una salida furiosa, pero pronto se vieron obligados a retirarse de nuevo al amparo de las murallas [3].

El fracaso de su esfuerzo deprimió profundamente a los cruzados. Su moral, que se había levantado una semana antes con la conquista de la ciudad, se hundía ahora en las más hondas profundidades. La comida volvía a escasear. Un panecillo costaba un besante; un huevo, dos besantes, y un pollo, quince. Muchos hombres se alimentaban sólo de hojas de árboles o de pieles secas. Ademaro del Puy intentaba en vano organizar socorros para los peregrinos más pobres. Entre los caballeros había muchos que pensaban que Esteban de Blois había escogido el camino más prudente. Durante la noche del 10, un grupo mandado por Guillermo y Aubrey de Grant-Mesnil y Lamberto, conde de Clermont, consiguió atravesar las líneas enemigas y llegar a toda prisa hasta el mar en San Simeón. Había barcos francos en el puerto, tal vez algunos genoveses y otros pertenecientes a la flota de Guynemer. Cuando llegaron los fugitivos y anunciaron que el ejército cruzado estaba inevitablemente condenado a la ruina, se apresuraron a levar anclas para zarpar en busca de un puerto más seguro. Los fugitivos partieron con ellos hasta Tarso. Allí unieron sus fuerzas a las de Esteban de Blois, que había proyectado regresar a Antioquía al conocer que había sido conquistada, pero que se había detenido por haber divisado en la lejanía el ejército de Kerbogha. Guillermo de Grant-Mesnil estaba casado con Mabilla, hermana de Bohemundo; y la defección de un pariente tan próximo del jefe normando no podía dejar de causar impresión en el ejército [4].

[3] Kemal ad-Din, *loc. cit.; Gesta Francorum,* XI, 21, pág. 114; carta de los príncipes a Urbano II, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 162; Guillermo de Tiro, VI, 4, I, pág. 240.

[4] Raimundo de Aguilers, XI, págs. 256-8; *Gesta Francorum,* IX, 23, páginas 126-8; carta al clero de Lucca, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 166, en la que se llama a Guillermo de Grant-Mesnil «cognatus Boemundi». Ducange, en

Les parecía ahora a los hombres en Antioquía que su única posibilidad de salvación sería la llegada del Emperador y sus fuerzas. Ya se sabía que Alejo había salido de Constantinopla. Durante la primavera, Juan Ducas había avanzado desde Lidia a Frigia, a lo largo de la calzada principal, por la que habían marchado los cruzados, y en algún momento había restablecido la comunicación por la ruta a Atalia. Alejo consideraba, por tanto, conveniente llevar su ejército principal hasta el corazón del Asia Menor, para ayudar a la Cruzada, aunque muchos de sus consejeros disentían de una expedición que le colocaría tan lejos de su capital y en medio de un territorio que no estaba aún despejado de enemigos. Hacia mediados de junio estaba en Filomelio. Mientras se disponía proseguir la marcha, aparecieron en su campamento Esteban y Guillermo. Habían navegado juntos desde Tarso, y en su travesía, tal vez en Atalia, se enteraron del paradero del Emperador. Dejando que sus hombres siguieran viaje por mar, salieron a toda prisa en dirección Norte, hacia Filomelio, para decirle que a esas horas los turcos se hallaban con toda seguridad en Antioquía y que el ejército cruzado estaría aniquilado. Coincidiendo con esto, se presentó Pedro de Aulps, que había abandonado su puesto en Comana, al este de Cesarea, para informarle que un ejército turco estaba avanzando para batir a Alejo antes de que pudiera llegar a Antioquía. Alejo no tenía ningún motivo para poner en duda sus relatos. Esteban había sido un amigo leal y fidedigno en el pasado; y tal desastre no era en absoluto improbable. Las noticias le obligaron a reconsiderar sus proyectos. Si Antioquía había sido tomada y los francos habían muerto, era seguro que los turcos continuarían su ofensiva. Los seléucidas intentarían recuperar sin duda lo que habían perdido y tendrían tras de sí a todo el mundo turco victorioso. En tales circunstancias sería un locura proseguir la expedición. Como se le presentaban ahora las cosas, su flanco izquierdo estaba peligrosamente expuesto a los ataques turcos. Dilatar sus vías de comunicación en tal coyuntura, en aras de una causa ya perdida, era inconcebible. Ni siquiera en el caso de que hubiese sido un aventurero como los príncipes de la Cruzada, habría merecido la pena correr semejante riesgo. Pero él era responsable del bienestar de un Imperio grande y vulnerable, y su primer deber le ligaba a sus súbditos. Convocó su consejo y le manifestó que era necesario retirarse. Había un príncipe normando en su estado mayor, Guy, hermanastro de Bohemundo, que había estado muchos años a

sus notas sobre Ana Comneno, en *Recueil des Historiens des Croisades, Historiens Grecs,* vol. II, pág. 27, hace algunas alusiones a Mabilla, su mujer, aunque supone que se había casado recientemente. Orderico Vital, VIII, 28, vol. II, pág. 455, nos cuenta que se casaron en Apulia antes de la Cruzada.

su servicio. Guy se dejó llevar por la idea de los sufrimientos de los cruzados y rogó al Emperador que prosiguiese su marcha, por si había alguna oportunidad de salvarlos todavía. Pero ninguno apoyó su súplica. El gran ejército bizantino se retiró en dirección Norte, dejando un cordón de tierra yerma para proteger el territorio reconquistado a los turcos [5].

Habría sido un bien para el Imperio y para la paz de la Cristiandad oriental que Alejo hubiese prestado oídos a la petición de Guy; aunque no hubiera podido llegar a Antioquía antes de que se hubiese librado la batalla decisiva. Y cuando llegó el rumor a los cruzados de que el ejército imperial se alejaba, su amargura fue intensa. Se consideraban a sí mismos como los guerreros de Cristo contra el infiel. Negarse a acudir rápidamente en su ayuda, por desesperada que pudiera parecer la situación, era una traición a la fe. No podían tener en cuenta los otros deberes del Emperador. En su lugar, este abandono parecía justificar todas las sospechas y disgustos que ya habían experimentado hacia los griegos. Nunca se le perdonó a Bizancio; y Bohemundo lo aprovechó todo en beneficio de su ambición [6].

Los cruzados se dieron cuenta de que Esteban de Blois también debía de ser culpable. Sus cronistas hablan airadamente de su cobardía; y la versión pronto llegó a Europa. Por lo que a él atañe, regresó en etapas cómodas a su patria, donde su esposa estaba furiosamente avergonzada de él y no cejó hasta volver a mandarle de nuevo a Oriente para expiar su deserción [7].

Entretanto, Kerbogha seguía presionando sobre Antioquía. El 12 de junio, un ataque de sorpresa le dio casi la posesión de uno de los torreones de la muralla suroeste; ésta resistió únicamente por el arrojo de tres caballeros de Malinas. Para evitar la repetición de tales riesgos, Bohemundo redujo a cenizas calles enteras de la ciudad próximas a las murallas, permitiendo así que las tropas pudieran maniobrar con mayor facilidad [8].

[5] *Gesta Francorum,* IX, 27, págs. 140-6, relata la intervención de Guy, hermano de Bohemundo; Ana Comneno, XI, vi, 1-2, vol. III, págs, 27-8, dice que Pedro de Aulps vino con los otros fugitivos de Antioquía. Pero él había quedado como gobernador en Placencia, desde donde probablemente vino, trayendo noticias de que el ejército turco se acercaba desde el Este para cortar el paso a Alejo si pretendía avanzar. Ana hace ver que fueron estas noticias las que hicieron retroceder a Alejo. Si los francos habían ya sido derrotados en Antioquía, hubiera sido una locura el continuar la marcha.

[6] Las noticias de la retirada del Emperador no pudieron haber llegado a Antioquía hasta bastante después de la derrota de Kerbogha. Véase *infra,* páginas 238, 244.

[7] Orderico Vital, X, 19, vol. IV, pág. 118, cuenta la vergüenza de Adela hasta que pudo convencer a Esteban de continuar en la Cruzada.

[8] *Gesta Francorum,* IX, 26, pág. 136; Radulfo de Caen, LXXVI, págs. 660-

En esta coyuntura, los ánimos de los cristianos se levantaron por una serie de acontecimientos que parecían mostrarles el favor especial que Dios les dispensaba. Los soldados estaban hambrientos y angustiados; la fe que hasta entonces les había sostenido, vacilaba, aunque no se había perdido. Existía un clima propicio a los ensueños y visiones. Para los hombres de la Edad Media, lo sobrenatural no se consideraba imposible, ni siquiera raro. Se desconocían las ideas modernas sobre la fuerza del subconsciente. Los sueños y las visiones procedían de Dios, o, en algunos casos, del demonio. El escepticismo se reducía a una oscura incredulidad en la palabra del soñador. Hay que recordar esta actitud al considerar el episodio que sigue.

El 10 de junio de 1098, un campesino pobremente vestido vino a la tienda de Raimundo y solicitó ver al conde y al obispo del Puy. Su nombre era Pedro Bartolomé, y había venido a la Cruzada como criado de un peregrino provenzal llamado Guillermo Pedro. No era del todo iletrado, a pesar de su humilde origen, pero era conocido por sus compañeros como hombre de bastante mala fama, aficionado solamente a los placeres groseros de la vida. Su relato refería que, durante los últimos meses, se había visto atormentado por visiones en las que San Andrés le había revelado dónde podía hallarse una de las más sagradas reliquias de la Cristiandad, la Lanza que había traspasado el costado de Cristo. La primera visión se había producido en el momento del terremoto del 30 de diciembre. Había estado orando, en medio del terror, cuando, de repente, se le apareció un anciano con cabello plateado, acompañado de un adolescente alto y de maravillosa belleza. El anciano, diciéndole que era San Andrés, le rogó que fuera a ver en seguida al obispo del Puy y al conde Raimundo. Tenía que censurar al obispo por el abandono de sus deberes de predicador, y al conde se le revelaría el sitio donde se escondía la Lanza, que el Santo proponía enseñar ahora a Pedro Bartolomé. Entonces Pedro se sintió transportado, tal y como estaba, cubierto sólo de su camisa, al interior de la ciudad, a la catedral de San Pedro, que los turcos habían convertido en mezquita. San Andrés le condujo por la entrada sur hacia la capilla del Mediodía. Allí desapareció hacia el interior del suelo, para reaparecer llevando la Lanza. Pedro quería llevársela en seguida, pero se le dijo que volviera con doce compañeros una vez tomada la ciudad, y que la buscara en ese mismo sitio. Después fue llevado por los aires hasta el campamento.

Pedro hizo caso omiso de las órdenes del Santo, porque temía que

661, refiere que Roberto de Flandes mandaba el barrio incendiado; Alberto de Aix, IV, 35, pág. 413, relata el episodio de los caballeros de Malinas.

nadie escucharía a un hombre tan humilde como él. En lugar de ello, partió en una expedición de forrajeo para Edesa. El 10 de febrero, con el canto del gallo, cuando se hallaba en un castillo cerca de Edesa, San Andrés y su compañero se le aparecieron de nuevo, para reprobarle su desobediencia, por la que fue castigado con una enfermedad temporal de la vista. San Andrés le instruyó también acerca de la especial protección que Dios dispensaba a los cruzados, añadiendo que todos los santos anhelaban volver a reencarnar en sus cuerpos, para luchar al lado de ellos. Pedro Bartolomé aceptó su culpabilidad y regresó a Antioquía; pero allí volvió a faltarle valor. No se atrevió a abordar a los grandes príncipes, y se sintió aliviado cuando, en marzo, su amo, Guillermo Pedro, le llevó a un viaje para comprar víveres en Chipre. La víspera del domingo de Ramos, el 20 de marzo, se hallaba durmiendo, con Guillermo Pedro, en una tienda en San Simeón, cuando la visión volvió a producirse. Pedro repitió sus disculpas; y San Andrés, después de decirle que no tuviera miedo, dio instrucciones que el conde Raimundo habría de seguir cuando llegase al río Jordán. Guillermo Pedro oyó la conversación, pero no vio nada. Pedro Bartolomé volvió después al campamento en Antioquía, mas no pudo obtener una audiencia del conde. En consecuencia, salió para Mamistra, para proseguir su viaje a Chipre. San Andrés se le volvió a aparecer, ordenándole violentamente que regresara. Pedro quería obedecer; pero su amo le obligó a embarcar para pasar el mar. Por tres veces fue rechazado el barco hacia su punto de partida y, al fin, encalló en una isla cerca de San Simeón; allí se abandonó el viaje. Pedro estuvo enfermo algún tiempo; cuando se repuso, Antioquía había sido conquistada, y entró en la ciudad. Tomó parte en la batalla del 10 de junio, y a duras penas escapó de la muerte al ser casi aplastado entre dos caballos; después de ello, se le apareció de nuevo San Andrés y le habló con tanta severidad, que no pudo desobedecer por más tiempo. Empezó por contar lo sucedido a sus compañeros. A pesar del escepticismo con que fue recibido el relato, se presentó ahora a repetirlo ante el conde Raimundo y el obispo del Puy [9].

Ademaro no se sintió nada impresionado. Consideraba a Pedro Bartolomé como persona de mala fama y poco de fiar. Posiblemente le molestara la crítica de su propio celo como predicador. Tal vez recordara haber visto en Constantinopla una Santa Lanza cuya fama de autenticidad estaba fijada desde hacía más tiempo. Como cléri-

9 La historia completa de Pedro Bartolomé la recoge Raimundo de Aguilers, X, págs. 253-5, que creía en él ciegamente. El breve relato de *Gesta Francorum,* IX, 35, págs. 132-4, escrito probablemente en aquella época, también le da crédito. Así, también la carta de los príncipes a Urbano II, en Hagenmeyer, *op. cit.,* pág. 163, que fue bosquejada por Bohemundo.

go experto, desconfiaba de las visiones del ignorante. Pero Raimundo, con una piedad más elemental y más entusiasta, estaba dispuesto a dejarse convencer. Se dispuso a ayudar a la solemne búsqueda de la Lanza en un plazo de cinco días. Entretanto confió a Pedro Bartolomé al cuidado de su capellán [10].

Las visiones se multiplican rápidamente. Aquella tarde, todos los príncipes estaban reunidos en la parte alta de la ciudad, junto a la muralla que defendía la ciudadela, cuando un sacerdote de Valence, llamado Esteban, solicitó verlos. Les dijo que la noche anterior, creyendo que los turcos habían tomado la ciudad, había ido con un grupo de clérigos a la iglesia de Nuestra Señora, para celebrar rogativas. Al fin de las mismas, los otros clérigos se habían dormido; pero mientras él seguía en vigilia, se le presentó una figura de maravillosa belleza, que le preguntó quiénes eran esos otros hombres, y pareció alegrarse al saber que eran buenos cristianos y no herejes. El visitante preguntó después a Esteban si le reconocía. Esteban empezó a decir que no, pero advirtió un nimbo cruciforme rodeando su cabeza, como en las representaciones de Cristo. El visitante confirmó que era Cristo y preguntó después que quién era el jefe del ejército. Esteban contestó que no había un jefe único, aunque la autoridad principal estaba en manos de un obispo. Cristo dijo entonces a Esteban que notificase al obispo que su gente había pecado con su lujuria y fornicación, pero que si volvía a una forma cristiana de vida, les mandaría su protección en un plazo de cinco días. Apareció después una señora de aspecto brillante, diciendo a Cristo que ésta era la gente por la cual ella había tantas veces intercedido; y también se unió a ellos San Pedro. Esteban intentó despertar a uno de sus compañeros para testificar la visión; pero, antes de lograrlo, las figuras habían desaparecido.

Ademaro se mostró dispuesto a aceptar esta visión como auténtica. Esteban era un clérigo honrado y además juró sobre el Evangelio que había dicho la verdad. Viendo que los príncipes estaban impresionados con la historia, Ademaro les indujo en seguida a jurar por el Santo Sacramento que ninguno de ellos abandonaría desde entonces Antioquía sin el consentimiento de todos los demás. Bohemundo fue el primero en jurar, y le imitaron Raimundo, Roberto de Normandía, Godofredo y Roberto de Flandes, seguidos por los príncipes menores. La noticia de este juramento levantó los ánimos del ejér-

[10] Raimundo de Aguilers, *ibid.*, pág. 255. Para la Lanza conservada en Constantinopla, véase Ebersolt, *Les Sanctuaires de Byzance*, págs. 9, 24, 116. Véase también Runciman, «The Holy Lance found a Antioch», en *Analecta Bollandiana,* vol. LXVIII. La mala reputación de Pedro Bartolomé, según el informe de Bohemundo, la recoge Radulfo de Caen, CII, pág. 678.

cito. Además, la alusión de Esteban a un signo de favor divino prometido después de cinco días dio apoyo a la afirmación de Pedro Bartolomé. La expectación en el campamento creció enormemente [11].

El 14 de junio se vio un meteoro que pareció caer en el campamento turco. A la mañana siguiente, Pedro Bartolomé fue conducido a la catedral de San Pedro por un grupo de doce, que incluía al conde Raimundo, al obispo de Orange y al historiador Raimundo de Aguilers. Durante todo el día, los obreros estuvieron cavando en el suelo y no encontraron nada. El conde se marchó decepcionado. Finalmente, Pedro, cubierto sólo de una camisa, saltó a la zanja. Rogando a todos los presentes que oraran, presentó victorioso una pieza de hierro. Raimundo de Aguilers manifestó que él mismo la abrazó cuando aún estaba clavada en el suelo. El relato de su descubrimiento pronto se esparció por el ejército y fue recibido con emoción y alegría [12].

Es inútil intentar ahora juzgar lo que pasó efectivamente. La catedral había sido recientemente limpiada para ser consagrada de nuevo. Pedro Bartolomé podía haber trabajado en la faena después de su regreso a Antioquía, cuya fecha nunca reveló, y pudo haber tenido así ocasión de enterrar una pieza de hierro bajo el suelo. O también podía tener el don de los zahoríes, que son capaces de denunciar la presencia de metales. Es notable que incluso en la época que los milagros se consideraban posibles en todas partes, Ademaro se percatase claramente de que Pedro era un charlatán; y, como demostraría la continuación, esta desconfianza era compartida por muchos más. Pero no se divulgó aún. El hallazgo de la reliquia había animado tanto a los cristianos, incluyendo también a los griegos y los armenios, que nadie quería anular su efecto. Sin embargo, Pedro Bartolomé sorprendió algo a sus partidarios dos días más tarde, cuando anunció que había tenido otra visión de San Andrés. Envidioso, tal vez, de la conversación directa con Cristo sostenida por Esteban, tuvo el placer de saber por boca del Santo que el silencioso compañero de sus visiones era realmente Cristo. San Andrés le dio entonces minuciosas instrucciones de los cultos a celebrar en conmemoración del descubrimiento y en sus aniversarios. El obispo de Orange, suspicaz ante todos los detalles litúrgicos, preguntó a Pedro si sabía leer. Pe-

[11] Raimundo de Aguilers, XI, págs. 255-6; *Gesta Francorum*, IX, 24, páginas 128-32.

[12] Raimundo de Aguilers, XI, pág. 257. Todas las autoridades mencionan el hallazgo de la Lanza, incluso Ana Comneno, XI, vi, 7, vol. III, pág. 30, que la llama clavo y no lanza, y que atribuye su descubrimiento a Pedro el Ermitaño, y Mateo de Edesa, II, clv, pág. 223. Ibn al-Athir dice abiertamente que el mismo Pedro enterró una lanza, *op. cit.*, pág. 195. Véase Runciman, *op. cit.*

dro consideró más prudente replicar que era analfabeto. Se demostró que esto era una mentira; pero sus amigos pronto recuperaron la confianza, porque desde aquel momento ya no podría leer. San Andrés volvió a aparecérsele para anunciar una próxima batalla con los turcos que no podía demorarse mucho tiempo, ya que los cruzados estaban amenazados de inanición. El santo recomendaba un ayuno de cinco días, como penitencia por los pecados del pueblo; después, el ejército atacaría a los turcos, y obtendría la victoria. Había que evitar el saqueo de las tiendas del enemigo [13].

Bohemundo, ahora jefe supremo por enfermedad del conde Raimundo, había determinado ya que el único recurso era lanzar un asalto completo sobre el campamento de Kerbogha; y era posible que San Andrés hubiese sido inspirado por fuentes terrenas en su último consejo. Mientras la moral de los cruzados iba en alza, Kerbogha encontraba dificultades crecientes en constituir su coalición. Ridwan de Alepo aun se mantenía al margen de la expedición; pero Kerbogha sentía ahora la necesidad de su ayuda. Empezó a negociar con él, y con ello ofendió a Duqaq de Damasco. Duqaq estaba excitado con la agresión egipcia en Palestina y deseaba volver hacia el Sur. El emir de Homs tenía una enemistad familiar con el emir de Menbij y no quería colaborar con él. Había roces entre los turcos y los árabes en las fuerzas de Kerbogha. Kerbogha intentó mantener el orden usando del poder autocrático con todos los emires, que le consideraban como un simple y resentido atabeck. Según pasaba el mes, había más y más deserciones de su campamento. Turcos y árabes, en gran cantidad, regresaban por igual a sus lugares de origen [14].

Las dificultades de Kerbogha eran sin duda conocidas por los jefes de la Cruzada, que hicieron un intento de persuadirle para que abandonase el sitio. El 27 de junio enviaron al campamento una embajada compuesta por Pedro el Ermitaño y un franco llamado Herluin, que hablaba el árabe y el persa. La designación de Pedro prueba que se había recobrado de la mala fama ocasionada por su intento de fuga cinco meses antes. Fue seguramente a causa de que temían que la inmunidad de los embajadores no sería respetada por lo que no se unió a la misión ninguno de los jefes, y Pedro fue elegido como el más conocido de los no-combatientes del ejército. Su aceptación de la tarea fue una prueba de valor y contribuyó mucho a devolverle el prestigio. No sabemos qué condiciones estaba autorizado Pedro a ofrecer, pues los parlamentos atribuidos a Kerbogha y a Pedro por los cronistas posteriores son evidentemente ficticios. Posiblemente, como

[13] Raimundo de Aguilers, *ibid.*, págs. 257-9.

[14] Kemal ad-Din, *op. cit.*, 583; Abu'l Feda, *Moslem Annals*, pág. 4; Ibn al-Athir, *op. cit.*, pág. 194.

dicen algunos de los cronistas, se propuso que una serie de combates aislados decidiera la situación. Kerbogha, a pesar de su creciente debilidad aún pedía una rendición incondicional, y la embajada volvió con las manos vacías. Pero en el transcurso de las entrevistas, Herluin pudo obtener alguna útil información sobre el estado de los asuntos en el campamento turco.

Después del fracaso de la embajada no podía haber más salida que la batalla. Al amanecer del lunes 28 de junio, Bohemundo formó las tropas en orden de combate. Estaban divididas en seis ejércitos. El primero lo componían franceses y flamencos, mandados por Hugo de Vermandois y Roberto de Flandes; el segundo, los loreneses, al mando de Godofredo; el tercero, los normandos, a las órdenes del duque Roberto; el cuarto, los tolosanos y provenzales, a las órdenes del obispo del Puy, ya que Raimundo estaba gravemente enfermo, y el quinto y el sexto, los normandos de Italia, a las órdenes de Bohemundo y Tancredo. Para vigilar la ciudadela se dejaron en la ciudad doscientos hombres, que mandaría Raimundo desde su lecho de enfermo. Mientras algunos de los sacerdotes y capellanes del ejército hacían rogativas en las murallas, otros marcharon con las tropas. El historiador Raimundo de Aguilers fue distinguido con el honor de llevar la Sagrada Lanza a la batalla. Cada príncipe podía diferenciarse por su estandarte; pero la panoplia de los caballeros estaba algo deslustrada. Muchos habían perdido sus caballos y tenían que ir a pie o montados en bestias de carga de menos categoría. Pero, reconfortados por los recientes signos de favor divino, el valor de los soldados se acrecentó cuando salían, uno tras otro, por el puente fortificado [15].

Según iban saliendo por la puerta, el general árabe de Kerbogha, Wattab ibn Mahmud, le instó a atacar en seguida. Pero Kerbogha temía que atacar demasiado pronto sólo serviría para destruir la vanguardia de los cruzados, mientras que si esperaba podía deshacerse de todas sus fuerzas de un solo golpe. A la vita del estado de ánimo de sus tropas, no podía arriesgarse a que el prolongado sitio se dilatara. Pero cuando se percató del completo orden de batalla de los francos, dudó y envió un heraldo para anunciar, demasiado tarde, que estaría dispuesto ahora a considerar las condiciones de una tregua. Desoyendo al mensajero, los francos avanzaron; y Kerbogha adoptó entonces la táctica usual entre los turcos, que era la de retirarse y atraer al enemigo a un terreno más áspero, donde de repente los arqueros lanzaban una lluvia de flechas sobre las filas enemigas. Entretanto envió un destacamento para envolverles por la izquierda, donde

[15] *Gesta Francorum,* IX, 28, págs. 146-50; Fulquerio de Chartres, I, xxi, 1-2, págs. 247-9; Raimundo de Aguilers, XI, pág. 259; Alberto de Aix, IV, 44-6, págs. 420-1.

no tenían la protección del río. Pero Bohemundo estaba preparado para tal evento, y consiguió formar un séptimo ejército, a las órdenes de Reinaldo de Toul, para contener este ataque. En el frente principal, la lucha fue difícil; entre los muertos se hallaba el abanderado de Ademaro. Pero los arqueros turcos no pudieron frenar el avance de los cruzados, y la línea turca empezó a ceder. Los cristianos siguieron presionando, alentados por la visión, en la ladera de la colina, de un escuadrón de caballeros montando caballos blancos, agitando banderas blancas, a cuyos caudillos reconocieron como San Jorge, San Mercurio y San Demetrio. Una ayuda más positiva fue la que les proporcionó la decisión de varios emires de Kerbogha de abandonar su causa. Temían que la victoria le haría demasiado poderoso y que ellos serían sus primeras víctimas. Con Duqaq de Damasco a la cabeza, empezaron a abandonar el campo; y su marcha sembró el pánico. Kerbogha incendió la hierba seca frente a su línea, en una vana tentativa de retrasar el avance franco mientras él restablecía el orden. Soqman el Ortóquida y el emir de Homs fueron los últimos en guardarle fidelidad. Cuando también ellos huyeron, vio que estaba perdida la partida y abandonó la batalla. Todo el ejército turco se dispersó presa del pánico. Los cruzados, siguiendo el consejo de San Andrés de no detenerse a saquear el campamento enemigo, persiguieron a los fugitivos hasta el puente de Hierro, matando a gran número de ellos. Otros, que intentaron buscar refugio en el castillo de Tancredo, fueron cercados y murieron. Muchos de los supervivientes de la batalla fueron muertos en su huida por los sirios y armenios del campo. Kerbogha, sin embargo, consiguió llegar a Mosul con un resto de sus tropas; pero su poder y prestigio se perdieron para siempre.

Ahmed ibn Merwan, el jefe de la ciudadela, había observado la batalla desde la cima de su montaña. Cuando vio que se había perdido, envió un heraldo a la ciudad para anunciar su rendición. El heraldo fue llevado a la tienda de Raimundo, y Raimundo envió una de sus propias banderas para que fuera izada en la torre de la ciudadela. Pero cuando Ahmed supo que la bandera no era la de Bohemundo, se negó a desplegarla; pues él ya había llegado a un acuerdo secreto, al parecer, con Bohemundo para poder salir en el caso de una victoria cristiana. No abrió sus puertas hasta que apareció Bohemundo en persona, y la guarnición pudo salir sin daño. Algunos, entre ellos el propio Ahmed, se convirtieron al cristianismo y se unieron al ejército de Bohemundo [16].

[16] *Gesta Francorum,* IX, 29, págs. 150-8 (el relato más vivo); Raimundo de Aguilers, XII, págs. 259-61; Fulquerio de Chartres, XXII-XXIII, págs. 251-8; Alberto de Aix, IV, 47-56, págs. 421-9; Anselmo de Ribemont, carta en Ha-

La victoria de los cruzados fue inesperada, aunque total. Determinó que Antioquía seguiría en manos cristianas. Pero no decidió a cuál de los cristianos pasaría su posesión. El juramento que todos los príncipes, menos Raimundo, habían prestado al Emperador, exigía claramente que la ciudad debería serle entregada. Pero Bohemundo ya había dado pruebas de su intención de quedarse con ella, y sus colegas, con la excepción de Raimundo, estaban dispuestos a aceptarlo, ya que había sido él quien había planeado la conquista de la ciudad y a él a quien se había rendido la ciudadela. Se sentían un tanto incómodos al burlarse de sus juramentos. Pero el Emperador estaba lejos. No había acudido en su ayuda. Incluso les había abandonado su representante, y ellos habían tomado la ciudad y derrotado a Kerbogha sin su auxilio. Les parecía impracticable el mantener en la ciudad una guarnición hasta que Alejo se dignara aparecer por allí o enviar un lugarteniente, y parecía impolítico perder tiempo y arriesgarse a provocar la enemistad y tal vez la deserción de su más importante soldado al pretender defender los derechos de un absentista. Godofredo de Lorena consideró claramente necio atravesarse en las ambiciones de Bohemundo. Raimundo, sin embargo, sentía siempre una envidia terrible de Bohemundo. Y sería injusto pensar que su envidia era el motivo único para apoyar las exigencias de Alejo. Había estrechado lazos amistosos con Alejo antes de su salida de Constantinopla, y era lo bastante astuto como para ver que, si no se devolvía Antioquía al Imperio, los cruzados perderían la buena voluntad del Emperador, que necesitaban para que sus comunicaciones fueran adecuadamente mantenidas y para contener la inevitable contraofensiva musulmana. La Cruzada ya no sería por más tiempo un esfuerzo de la Cristiandad unida. Ademaro del Puy compartía el punto de vista de Raimundo. Estaba decidido a colaborar con los cristianos orientales, como su jefe, el papa Urbano, sin duda anhelaba, y veía el peligro que encerraba el ofender a Bizancio [17].

Se debió probablemente a la influencia de Ademaro el que Hugo de Vermandois fuese enviado para explicar la situación a Alejo. Ahora que Antioquía estaba asegurada, Hugo deseaba volver a la patria y pasar, en su camino, por Constantinopla. Los cruzados aún creían que Alejo estaba atravesando el Asia Menor. No les habían llegado todavía las noticias de su retirada después de su entrevista con Esteban de Blois. Ademaro y Raimundo tenían la esperanza de que la misión de Hugo decidiría a Alejo a acudir rápidamente en favor de

genmeyer, *op. cit.*, pág. 160; Kemal ad-Din, *loc. cit.;* Ibn al-Athir, *op. cit.*, páginas 195-6.

[17] Alberto de Aix, V, 2, págs. 433-4. El papel de Ademaro es sólo presumible.

ellos. Al mismo tiempo se decidió que la Cruzada permanecería en Antioquía hasta el 1.º de noviembre, antes de intentar la marcha sobre Jerusalén. Era una decisión lógica, ya que el ejército estaba cansado, y avanzar bajo el calor tórrido de la canícula siria, por caminos poco conocidos, donde podría escasear el agua, sería una locura. Además había que plantear previamente la cuestión de Antioquía, y Ademaro esperaba sin duda que el Emperador estaría ya cerca de la ciudad. Hugo partió a principios de julio, acompañado de Balduino de Hainault. En su camino por el Asia Menor, su grupo fue atacado y duramente castigado por los turcos. El conde de Hainault desapareció y nunca se volvió a saber nada de su suerte. Era ya otoño cuando Hugo llegó a Constantinopla y pudo ver al Emperador para contarle todo el episodio de Antioquía. Por entonces, la estación estaba demasiado avanzada para una campaña por las montañas de Anatolia. No era factible para Alejo llegar a Antioquía antes de la primavera siguiente [18].

Entretanto, en Antioquía los ánimos se excitaron. Al principio, la ciudadela había sido ocupada conjuntamente por Bohemundo, Raimundo, Godofredo y Roberto de Flandes, pero Bohemundo se había reservado para sí las torres principales. Ahora consiguió expulsar a las tropas de sus colegas, probablemente con el consentimiento de Godofredo y Roberto, de suerte que las protestas de Raimundo cayeron en el vacío. Raimundo estaba furioso, y como réplica se reservó el control exclusivo del puente fortificado y el palacio de Yaghi-Siyan. Pero Raimundo se hallaba aún demasiado enfermo para actuar; y ahora cayó enfermo Ademaro. Con sus dos jefes postrados, los franceses del sur se vieron maltratados por las otras tropas, sobre todo por los normandos; y muchos de ellos anhelaban que Raimundo se reconciliara con Bohemundo. Este se comportaba como si fuera ya el dueño de la ciudad. Muchos genoveses habían llegado apresuradamente a Antioquía en cuanto se supo la derrota de Kerbogha, ansiosos de ser los primeros en conquistar el comercio de la ciudad. El 14 de julio, Bohemundo les otorgó un fuero, que les concedía un mercado, una iglesia y treinta casas. Desde entonces, los genoveses abogarían en favor de sus peticiones, y él podía contar con su ayuda para mantener sus comunicaciones con Italia. Aceptaron apoyarle en Antioquía contra todos los pretendientes, excepto contra el conde de Tolosa. En este litigio ellos se mantendrían neutrales [19].

Mientras Raimundo y Bohemundo se vigilaban con cautela recíproca, los nobles menores se marchaban para unirse a Balduino en

[18] *Gesta Francorum*, X, 30, págs. 161-2; Alberto de Aix, V, 3, págs. 434-5.

[19] Raimundo de Aguilers, XIII, págs. 261-2; carta-privilegio de los genoveses con Bohemundo, en Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 155-6.

Edesa o hacían expediciones para coger botín o incluso para fundar feudos en los contornos. La expedición más ambiciosa de éstas fue la mandada por un lemosín que servía en el ejército de Raimundo, llamado Raimundo Pilet, que salió el 17 de julio, atravesó el Orontes hacia el Este, y, tres días después, ocupó la ciudad de Tel-Mannas, cuya población siria le recibió con alegría. Después de conquistar un castillo turco en las cercanías, prosiguió su marcha para atacar la ciudad mayor de Maarat an-Numan, con un ejército compuesto principalmente de cristianos nativos. Pero no tenían costumbre de llevar armas, y cuando se encontraron con las tropas enviadas por Ridwan de Alepo para salvar la ciudad, se volvieron y huyeron. Pero Ridwan fue incapaz de desalojar a Raimundo Pilet de Tel-Mannas [20].

En el transcurso de julio se produjo una seria epidemia en Antioquía. No podemos determinar su verdadera naturaleza, pero probablemente se tratara del tifus, debido al efecto de los sitios y batallas en el mes anterior y a la ignorancia de los cruzados acerca de las precauciones sanitarias requeridas en Oriente. Ademaro del Puy, cuya salud estaba resentida desde hacía algún tiempo, fue su primera víctima importante. Murió el 1.° de agosto [21].

La muerte de Ademaro fue una de las más grandes tragedias de la Cruzada. En las páginas de los cronistas es casi una figura indefinida; pero demuestran que ha ejercido más influencia personal que ningún otro cruzado. Imponía el respeto en calidad de representante del Papa, y su carácter le valió el afecto de todo el ejército. Era caritativo y cuidaba de los pobres y los enfermos. Era modesto y jamás agresivo; en cambio, siempre estaba dispuesto a dar un consejo prudente, incluso en cuestiones militares; como general era tan valiente como astuto. La victoria de Dorileo fue debida, casi exclusivamente, a su estrategia; y presidió muchos de los consejos militares durante el sitio de Antioquía. En política, laboraba por un buen entendimiento con los cristianos de Oriente, tanto con Bizancio como con las iglesias ortodoxas de Siria. Había merecido la confianza del papa Urbano y conocía sus opiniones. Mientras vivió, la intolerancia racial y religiosa de los francos pudo ser contenida y consiguió evitar que las ambiciones egoístas y las disputas de los príncipes causaran daños irreparables a la Cruzada. Aunque había tenido la precaución de no intentar nunca dominar el movimiento, era considerado, según manifestó el sacerdote Esteban a Cristo en su visión,

[20] *Gesta Francorum,* X, 30, págs. 162-4; Kemal ad-Din, *op. cit.,* pág. 584.

[21] *Gesta Francorum,* X, 30, pág. 166; Raimundo de Aguilers, XIII, página 262; Fulquerio de Chartres, I, xxiii, 8, pág. 258; carta de los príncipes a Urbano II, en Hagenmeyer, *op. cit.,* pág. 164.

como jefe de la Cruzada. Después de su muerte no había nadie que poseyera una autoridad dominante. El conde de Tolosa, que también había discutido, hacía mucho tiempo, la política de las Cruzadas con el papa Urbano, heredó sus puntos de vista. Pero Raimundo no era un hombre tan capacitado, y sólo podía discutir con Bohemundo de igual a igual, y no como portavoz de la Iglesia. Y ninguno de los príncipes, faltando él, tenía la suficiente amplitud de miras para procurar que se salvara la unidad de la Cristiandad. La caridad, sabiduría e integridad de Ademaro nunca fueron puestas en tela de juicio por sus compañeros, ni siquiera por aquellos a cuyas ambiciones se oponía. Los seguidores de Bohemundo lamentaron su pérdida con la misma sinceridad que sus compatriotas franceses, y Bohemundo juró llevar su cuerpo a Jerusalén. Todo el ejército estaba emocionado e inquieto con su muerte.

Había, sin embargo, un hombre que no se sentía triste. Pedro Bartolomé nunca había perdonado al legado que no diese crédito a sus visiones. Dos días después tomó venganza. Anunció que había sido nuevamente visitado por San Andrés, en esta ocasión acompañado por Ademaro. Ademaro manifestó que, como castigo por su incredulidad, había pasado las horas que mediaban desde su muerte hasta ahora en el infierno, de donde había sido rescatado sólo gracias a las oraciones de sus compañeros y, especialmente, de Bohemundo, y por su donativo de algunas monedas para la conservación de la Lanza. Se le había perdonado ahora, y rogaba que su cuerpo fuese enterrado en la catedral de San Pedro, de Antioquía. Después, San Andrés se dedicó a aconsejar al conde Raimundo. Antioquía, decía, debería darse a su actual pretendiente, si se demostraba que era un hombre justo. Debería ser elegido un patriarca del rito latino para decidir sobre su rectitud. Los cruzados deberían arrepentirse de sus pecados y proseguir hasta Jerusalén, que estaba a una distancia de sólo diez jornadas; pero el viaje les llevaría diez años si no volvían a unas costumbres más piadosas. Es decir, Pedro Bartolomé y sus amigos entre los provenzales, consideraban que se debía consentir que Bohemundo poseyera Antioquía, siempre que se comprometiera a seguir apoyando a la Cruzada en el futuro; que el ejército debía partir para Jerusalén, y que no debían celebrarse tratos de ninguna índole con los bizantinos y las iglesias ortodoxas locales.

Estas revelaciones fueron molestas para Raimundo. El creía honradamente en la Sagrada Lanza, y la posesión de esta reliquia por parte de sus tropas le daba prestigio. Si bien muchos podían decir que la batalla contra Kerbogha fue ganada por la estrategia de Bohemundo, muchos otros daban el mérito de la victoria a la Lanza, y de rechazo a Raimundo. Pero la otra fuente principal de autoridad de

Raimundo procedía de su prolongada asociación con Ademaro. Si el divino mensajero que había revelado el lugar de la Lanza iba a poner en duda ahora el juicio de Ademaro y a repudiar la política que Raimundo había heredado de él y que se adecuaba con las propias opiniones de Raimundo, uno u otro de los puntales de Raimundo debía ser descartado. Contemporizó. Mientras seguía siendo fiel a su fe en la Lanza, insinuaba que dudaba que las visiones de Pedro Bartolomé siguieran siendo auténticas. Pues, a pesar de las palabras de San Andrés, él, y otros con él, sostenían aún que Antioquía debería entregarse al Emperador. En consecuencia se encontró con la oposición de la mayoría de sus tropas.

Entre el ejército en general este ataque póstumo contra Ademaro causó mala impresión. Al divulgarse la incredulidad del legado en la reliquia, revivió la duda que muchos habían sentido primitivamente. Sobre todo, los normandos y los franceses del norte, que siempre habían visto con malos ojos a los provenzales, empezaron a desacreditar la reliquia y utilizar el escándalo del engaño para echar abajo al conde Raimundo con todos sus planes. Al defender la fama de Ademaro podían laborar en contra de la política que él defendía. Podemos suponer que Bohemundo se alegraría de tal situación[22].

Cuando la epidemia se extendió por Antioquía, los jefes cruzados buscaron refugio en el campo. Bohemundo cruzó las montañas Amánicas hacia Cilicia, donde reforzó las guarniciones que había dejado Tancredo el otoño anterior, y recibió su homenaje. Pensaba que su principado de Antioquía incluiría la provincia ciliciana. Godofredo marchó hacia el Norte, a las ciudades de Turbessel y Ravendel, que le entregó su hermano Balduino. Godofredo tenía envidia del éxito de su hermano; y, como todos los príncipes estaban buscando un territorio cerca de Antioquía, deseaba tener su parte. Probablemente pretendía devolver las ciudades a Balduino, si el ejército partía para Palestina. Los movimientos de Raimundo son inciertos; mientras, Roberto de Normandía marchó a Laodicea[23].

Antes de las invasiones turcas, Laodicea había sido el puerto más meridional del Imperio bizantino. Fue ocupado por los turcos hacia el año 1084, pero pasó después a depender de la soberanía del emir árabe de Shaizar. En el otoño de 1097, Guynemer de Boloña se dirigió hacia el puerto y lo conquistó. Su guarnición lo ocupó durante el invierno; pero, en marzo, la flota mandada por Edgardo Atheling,

[22] Raimundo de Aguilers, XIII, págs. 262-4. Parece que fue por entonces cuando Bohemundo empezó a divulgar sus dudas acerca de la autenticidad de la Lanza (Radulfo de Caen, *loc. cit.*).

[23] Raimundo de Aguilers, XIII, pág. 262; Alberto de Aix, V, 4, pág. 435; 13, págs. 440-1.

después de descargar suministros para los cruzados en San Simeón, puso rumbo a Laodicea. Los hombres de Guynemer fueron desalojados y la ciudad se ocupó en nombre del Emperador. Pero Edgardo no podía dejar solamente un pequeño destacamento para proteger la ciudad; por eso se hizo un llamamiento al ejército cruzado para complementar la defensa. Poco después de la victoria sobre Kerbogha, Roberto de Normandía acudió en respuesta al llamamiento, y le fue entregada Laodicea en custodia para el Emperador. Pero la única idea que tenía Roberto del gobierno consistía en sacar la mayor cantidad posible de dinero de los gobernados. Su régimen fue tan impopular, que pocas semanas después se vio obligado a retirarse de la ciudad, en la que se estableció ahora una guarnición enviada por el gobernador bizantino de Chipre, Eustatio Filocales [24].

En septiembre, la epidemia empezó a ceder y los príncipes volvieron a Antioquía. El 11 del mes se reunieron para redactar una carta dirigida al papa Urbano y darle detalles de la conquista de Antioquía y de la muerte de su legado. Advirtiendo la necesidad de una autoridad suprema para dominar a las facciones en desacuerdo, le incitaban a trasladarse personalmente a Oriente. Antioquía, explicaban, era una sede fundada por San Pedro, y él, como heredero de San Pedro, sería entronizado allí; y llegaría a visitar la propia Ciudad Santa. Estaban dispuestos a esperar hasta su llegada antes de iniciar la marcha sobre Palestina [25]. El nombre de Bohemundo encabezaba la lista de los príncipes, y la carta fue escrita, probablemente, en su secretaría. El resultado de la ausencia de Ademaro se manifestó en la repulsa implícita de los derechos del patriarca Juan y por un matiz de hostilidad hacia las sectas del cristianos nativos, que fueron denunciadas

[24] Para la cuestión de Laodicea, véase Chalandon, *Essai sur le Règne d'Alexis Comnène,* págs. 205-12, y David, *Robert Curthose,* págs. 230 y sigs. Alberto de Aix, VI, 45, págs. 500-1, dice que Guynemer tomó Laodicea a los turcos en el otoño de 1097 y la puso bajo Raimundo de Tolosa. Orderico Vital dice que Edgardo Atheling y los ingleses se la quitaron al Emperador a comienzos de 1098, colocándola bajo el mando de Roberto de Normandía *(loc. cit.,* en pág. 228, n. 1). David, *loc. cit.,* no cree el relato de Alberto y dice que los ingleses debieron tomarla directamente de los turcos, y que Roberto estuvo allí durante el invierno de 1097-8. Raimundo de Aguilers nos cuenta que Roberto estaba ausente de Antioquía cuando la expedición de diciembre de 1097. Pero es dudoso que los ingleses llegaran a la costa de Siria antes de marzo. Radulfo de Caen dice que Roberto fue a Laodicea, que estaba bajo el dominio del Emperador, en los días de la huida de Esteban de Blois (LVIII, pág. 649). Pero tomó parte en la batalla contra Kerbogha, pocos días después, pues todas las fuentes admiten su presencia allí. Guiberto de Nogen (XXXVII, 254) dice que durante algún tiempo Roberto gobernó Laodicea, pero lo expulsaron de su cargo por su codicia. He dado la versión que me parece más convincente.

[25] Carta de los príncipes a Urbano II, en Hagenmeyer, *op. cit.,* págs. 161-5.

de heréticas. Los cruzados difícilmente podían esperar que al Papa le fuera posible hacer un viaje a Oriente; pero la invitación les permitía aplazar una vez más la necesidad de decidir sobre el destino de Antioquía, y el Papa enviaría sin duda un legado a quien se pudiera hacer responsable de la decisión. Era evidente, por ahora, que el Emperador no entraría en Siria en esta época del año. Tal vez ya fuera conocida su retirada de Filomelio.

Entre los soldados y peregrinos del ejército, las condiciones eran muy malas. Debido a los combates, no se habían recogido las cosechas en la llanura de Antioquía, y la comida seguía escaseando. Sobre todo para asegurar los víveres, Raimundo empezó a organizar una algarada contra territorio musulmán. Antes de que decidiera su objetivo, fue invitado por Godofredo a participar en una campaña conjunta contra la ciudad de Azaz, en la calzada principal de Edesa y Turbessel a Antioquía. El emir de Azaz, Omar, estaba en rebelión contra su señor, Ridwan de Alepo, que había emprendido la marcha para castigarle. Uno de los generales de Omar había hecho cautiva a una dama franca, de la que se había enamorado; era la viuda de un caballero lorenés, y ella fue la que sugirió a Omar que llamara en socorro suyo a Godofredo. Godofredo respondió gustoso, porque no le convenía nada que Azaz estuviera en manos de Ridwan. Raimundo aceptó la invitación de Godofredo, si bien insistió en que el hijo de Omar debía ser entregado como rehén, y Balduino envió tropas desde Edesa. Al acercarse el ejército cristiano, Ridwan se retiró de Azaz; y Omar fue confirmado por Godofredo en su posesión y le tributó homenaje. Raimundo pudo reunir provisiones en las cercanías, pero sufrió graves pérdidas a causa de las emboscadas turcas que acechaban su retorno. El episodio revelaba que no eran sólo los príncipes musulmanes los que estaban ahora dispuestos a utilizar la ayuda franca en sus propias disputas, sino que también los francos, modificando su concepto de la fe militante, estaban preparados a aceptar vasallos musulmanes [26].

En octubre, a pesar del informe de Pedro Bartolomé acerca de la petición de San Andrés sobre que se avanzara cuanto antes hacia Jerusalén, Raimundo salió en una nueva algarada para asegurar provisiones. Ya había ocupado Rugia, en el Orontes, a unas treinta millas de Antioquía. Desde allí atacó la ciudad de Albara, un poco al Sudeste. Los habitantes, que eran todos musulmanes, capitularon, pero fueron muertos o vendidos como esclavos en Antioquía, y la ciudad fue repoblada con cristianos. La mezquita fue convertida en

[26] Raimundo de Aguilers, XIII, págs. 264-5; Alberto de Aix, V, 5-12, páginas 435-40; Kemal ad-Din, *op. cit.*, pág. 586.

iglesia. Para complacer a su ejército, Raimundo nombró después a uno de sus sacerdotes, Pedro de Narbona, obispo de dicha ciudad. El nombramiento se hizo sólo porque no había ningún obispado ortodoxo anterior en ella. Nadie aún se imaginaba la posibilidad de un cisma entre las iglesias griega y latina que implicase a la vez una duplicidad episcopal. El nuevo obispo, aunque era latino, fue consagrado por el patriarca griego, Juan de Antioquía. Pero la elevación al episcopado de Pedro de Narbona señalaba el comienzo de una iglesia latina residente en Oriente, y alentó a aquellos cruzados que, como Pedro Bartolomé, deseaban ver a los eclesiásticos griegos locales sustituidos por clérigos latinos [27].

En las discusiones que siguieron a la derrota de Kerbogha, los príncipes habían hecho votos de salir para Jerusalén en noviembre. El 1.° de noviembre empezaron a reunirse en Antioquía para discutir sus planes. Raimundo venía de Albara, donde había dejado la mayor parte de sus tropas. Godofredo llegó a caballo desde Turbessel, y traía consigo las cabezas de todos los prisioneros turcos que había hecho en una serie de pequeñas incursiones por aquella zona. El conde de Flandes y el duque de Normandía estaban ya en Antioquía; y Bohemundo, que había estado enfermo en Cilicia, llegó dos días después. El día 5, los príncipes y sus consejeros se reunieron en la catedral de San Pedro. En seguida se vio claramente que no había acuerdo entre ellos. Los amigos de Bohemundo iniciaron la cuestión de reclamar Antioquía para él. El Emperador no llegaba, y Bohemundo era un hombre muy capacitado y el cruzado al que el enemigo más temía. Raimundo replicó recordando violentamente el juramento al Emperador que habían prestado todos menos él mismo. Godofredo y Roberto de Flandes eran notorios partidarios de la petición de Bohemundo, pero no se atrevieron a hablar en favor de ella por miedo a ser acusados de perjuros. La discusión prosiguió varios días. Entretanto, los soldados y peregrinos que estaban esperando una decisión se impacientaron. Su único deseo era llevar a cabo sus votos y llegar a Jerusalén. Anhelaban salir de Antioquía, donde tanto tiempo se habían detenido y tanto habían padecido. Espoleados por Pedro Bartolomé y sus visiones, presentaron un ultimátum a sus jefes. Con igual desacato hacia las ambiciones de Bohemundo que hacia las de Raimundo, decían que los que deseasen disfrutar de los beneficios de Antioquía que lo hicieran así, y que los que quisieran recibir los obsequios del Emperador, que le esperasen; ellos,

[27] Raimundo de Aguilers, XIV, pág. 266; *Gesta Francorum,* X, 31, páginas 36-8, dice que el obispo fue llevado a Antioquía para ser consagrado.

por su parte, partirían hacia Jerusalén, y que si sus jefes continuaban disputando sobre la posesión de Antioquía asolarían las murallas antes de su partida. Enfrentados con este problema, y temiendo que Raimundo y Bohemundo recurrirían pronto a las armas, los jefes más moderados propusieron una discusión más restringida en la que sólo tomarían parte los príncipes más importantes. Así se consiguió, después de otras escenas violentas, un arreglo temporal. Raimundo aceptaría las decisiones que el consejo tomara en definitiva sobre Antioquía con tal de que Bohemundo jurara acompañar a la Cruzada hasta Jerusalén, y Bohemundo prestó juramento ante los obispos de no entorpecer ni dañar la Cruzada en provecho de sus ambiciones personales. La cuestión de Antioquía no quedó resuelta, aunque Bohemundo fue confirmado en su posesión de la ciudadela y de las tres cuartas partes de la ciudad, mientras Raimundo seguía conservando el control del puente fortificado y el palacio de Yaghi-Siyan, que puso bajo el mando de Guillermo Ermingar. La fecha de la partida para Jerusalén seguía aún sin fijar; pero, para dar ocupación a las tropas en el ínterin, se decidió atacar la fortaleza de Maarat an-Numan, cuya ocupación era aconsejable para proteger el flanco izquierdo del ejército cuando éste avanzara, hacia el Sur, en dirección a Palestina[28].

El 23 de noviembre, Raimundo y el conde de Flandes partieron para Rugia y Albara, y el 27 llegaron ante las murallas de Maarat an-Numan. Su proyectado asalto a la ciudad, previsto para la mañana siguiente, fue un fracaso, y, cuando llegaron Bohemundo y sus tropas aquella tarde, y volvió a fracasar un segundo asalto, se decidió establecer un asedio normal. Pero, aunque la ciudad estaba completamente cercada, durante quince días no se hizo progreso alguno. Hubo que batir el campo en busca de madera para construir máquinas de asedio. Escaseaba la comida, y algunos destacamentos del ejército abandonarían sus puestos para buscar cereales y legumbres. Finalmente, el 11 de diciembre, después de que Pedro Bartolomé había anunciado que el éxito era inminente, un enorme castillo de madera sobre ruedas, construido por los hombres de Raimundo y mandado por Guillermo de Montpelier, fue lanzado contra uno de los torreones de la ciudad. Un intento de escalarlo fue rechazado, pero la protección que daba el castillo permitió que fuese minada la muralla en uno de los lados del torreón. Al anochecer, la muralla se vino abajo y cierto número de soldados rasos se abrió camino hacia la ciudad y empezó el pillaje. Entretanto, Bohemundo, envidioso del

[28] Raimundo de Aguilers, XIV, págs. 267-8; *Gesta Francorum,* X, 3, páginas 168-70; *Historia Belli Sacri,* XCII, pág. 208.

éxito de Raimundo y ansioso de repetir su golpe de Antioquía, anunció por medio de un heraldo que si la ciudad se rendía a él protegería las vidas de todos los defensores que se refugiaran en una edificación próxima a la puerta principal. Durante la noche cesó la lucha. Muchos de los ciudadanos, viendo que sus defensas estaban traspasadas, fortificaron sus casas y sus cisternas, pero ofrecieron pagar un impuesto si no se les hacía daño alguno. Otros huyeron a la edificación que había señalado Bohemundo. Pero, cuando se reanudó la batalla a la mañana siguiente, ni uno solo se libró. Los cruzados irrumpieron en la ciudad, asesinando a todo el que encontraban en su camino, y entrando a viva fuerza en las casas, que saquearon y a las que prendieron fuego. Igual que los refugiados, que confiaron en la protección de Bohemundo, los hombres fueron asesinados y las mujeres y niños vendidos como esclavos.

Durante el sitio, las tropas de Bohemundo y las de Raimundo habían colaborado con alguna dificultad. Ahora, cuando Bohemundo, gracias a su traición, se había asegurado la mayor parte del botín, aunque había sido el ejército de Raimundo el que había tomado la ciudad, la enemistad entre los franceses meridionales y los normandos volvió a inflamarse. Raimundo reclamaba la ciudad y deseaba ponerla bajo la jurisdicción del obispo de Albara. Pero Bohemundo no quería evacuar sus tropas a menos que Raimundo abandonara el área ocupada por él en Antioquía, y, como contraataque, empezó abiertamente a poner en duda la autenticidad de las visiones referidas por Pedro Bartolomé.

Entretanto, el descontento aumentó en todo el ejército. Las tropas de Raimundo, sobre todo, exigían que se reanudase la marcha hacia Jerusalén. Hacia el día de Navidad, representantes de los soldados indicaron a Raimundo que si organizaba su salida el ejército le reconocería como caudillo de toda la Cruzada. Raimundo comprendió que no podía negarse, y pocos días después salía de Maarat an-Numan para Rugia, anunciando que la expedición estaba a punto de partir para Palestina. En consecuencia, Bohemundo regresó a Antioquía, y Maarat an-Numan fue entregada al obispo de Albara [29].

Pero, incluso después de haber hecho su anuncio, Raimundo se demoraba. No se sentía capaz de salir hacia el Sur sabiendo que dejaba Antioquía en manos de Bohemundo. Este, viendo, tal vez, que cuanto más dudara Raimundo tanto más aumentaría el descontento en sus tropas, y sabiendo que el Emperador no cruzaría el Asia Me-

[29] Raimundo de Aguilers, XIV, págs. 267-70; *Gesta Francorum*, X, 33, páginas 172-8; Ibn al-Qalanisi, *Crónica de Damasco*, págs. 46-7; Ibn al-Athir *op. cit.*, págs. 196-7.

nor durante los meses de invierno, sugirió un aplazamiento de la expedición hasta Pascua. Para ultimar la cuestión, Raimundo convocó a todos los príncipes a una reunión en Rugia. Intentaba en esta reunión comprarlos para que aceptaran su caudillaje. Las cantidades que ofreció correspondían seguramente a la posición de cada uno en aquel momento. A Godofredo propuso darle diez mil sous y la misma suma a Roberto de Normandía; a Roberto de Flandes, seis mil; cinco mil a Tancredo, y cantidades inferiores a los jefes menores. A Bohemundo no le ofreció nada. Tenía la esperanza de que por este medio se le nombraría jefe incuestionable de la Cruzada y que podría mantener a raya así a Bohemundo. Pero sus propuestas se recibieron con mucha frialdad [30].

Mientras los príncipes conferenciaban en Rugia, el ejército en Maarat an-Numan se entregó a la acción directa. Estaba padeciendo inanición. Todos los recursos de las cercanías estaban exhaustos, y el canibalismo parecía la única solución. Incluso los turcos estaban impresionados por su tenacidad en tales condiciones, aunque, como señala con tristeza el cronista Raimundo de Aguilers: «Nos enteramos de esto demasiado tarde para sacar provecho de ello.» El obispo de Orange, que tenía alguna influencia sobre los provenzales, murió a consecuencia de estas calamidades. Finalmente, a pesar de las protestas del obispo de Albara, los hombres decidieron obligar a Raimundo a marchar al destruir las murallas del Maarat an-Numan. Ante estas noticias, Raimundo partió rápidamente a la ciudad, pero se dio cuenta de que no podía haber más aplazamientos [31].

El 13 de enero de 1099, Raimundo y sus tropas salieron de Maarat an-Numan para proseguir la Cruzada. El conde caminaba descalzo, según convenía al jefe de una peregrinación. Para demostrar que no habría retorno, la ciudad quedó envuelta en llamas. Con Raimundo iban todos sus vasallos. El obispo de Albara y Raimundo Pilet, señor de Tel-Mannas, abandonaron sus ciudades para ir con él. La guarnición que había dejado en Antioquía al mando de Guillermo Ermingar no podía resistir contra Bohemundo y se apresuró a seguirle. De sus colegas entre los príncipes, Roberto de Normandía en seguida salió para unirse a él, acompañado de Tancredo, a quien Bohemundo, sin duda, deseaba encomendar el cuidado de los intereses italo-normandos en la Cruzada. Godofredo de Lorena y Roberto de

[30] Raimundo de Aguilers, XIV, pág. 271; *Gesta Francorum,* X, 34, página 178. Véase apéndice II.

[31] Raimundo de Aguilers, XIV, págs. 270-72; *Gesta Francorum,* X, 33-4, págs. 176-8.

Flandes estuvieron dudando cerca de un mes, antes de que la opinión pública les obligara a seguir el mismo camino. Pero Balduino y Bohemundo permanecieron en las tierras que habían conquistado[32].

Así pareció haber hallado solución la disputa entre los dos grandes príncipes. Raimundo era ahora el jefe indiscutible de la Cruzada, pero Bohemundo era el dueño de Antioquía.

[32] Raimundo de Aguilers, XIV, pág. 272; *Gesta Francorum,* X, 34, página 180. El autor de los *Gesta* acompañó a las tropas de Tancredo.

Libro V
LA TIERRA DE PROMISION

Capítulo 16

EL CAMINO A JERUSALEN

«Ve, pues, ahora, conduce al pueblo donde te he indicado.»

(Exodo, 32, 34.)

Cuando Esteban de Blois, escribiendo a su esposa desde Nicea, expresaba el temor de que la Cruzada podía ser detenida en Antioquía, nunca soñaba cuánto tiempo duraría el retraso. Quince meses habían pasado desde que el ejército había llegado a las murallas de la ciudad. Durante este período habíanse producido importantes cambios en el mundo musulmán. Los fatimitas de Egipto, como los bizantinos antes de que empezara la Cruzada, se habían recobrado de la primera impresión de la embestida turca, y, lo mismo que los bizantinos, tenían la esperanza de aprovechar la Cruzada para consolidar su propia recuperación. El gobernante efectivo de Egipto era Shah-an-Shah al-Afdal, que había sucedido a su padre, el renegado armenio Badr al-Jamali, como visir del califa al-Mustali, menor de edad. La embajada de al-Afdal al campamento cruzado de Antioquía no había surtido efecto. Embajadores francos habían regresado con los emisarios hasta El Cairo, pero pronto se puso de manifiesto que no estaban autorizados para negociar una alianza y que los cruzados, lejos de querer ayudar a los egipcios a reconquistar Palestina, tenían el claro propósito de marchar ellos mismos sobre Jerusalén. Al-Afdal decidió, por tanto, beneficiarse de la guerra en la Siria septentrional. En cuanto supo que Kerbogha había sido derrotado en Antioquía y

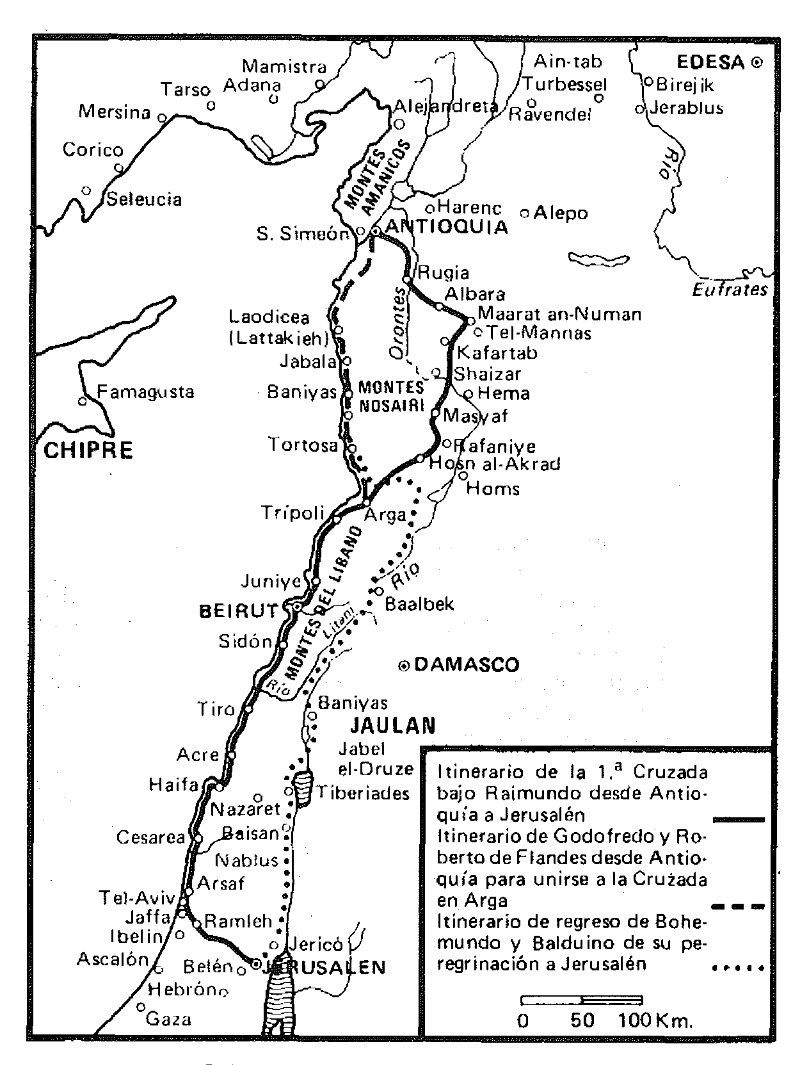
se dio cuenta de que los turcos de Asia no estaban en situación de resistir un nuevo ataque, invadió Palestina. La provincia se hallaba aún en manos de Soqman e Ilghazi, los hijos de Ortoq, que reconocían la soberanía de Duqaq de Damasco. Cuando al-Afdal inició su avance, se retiraron detrás de las murallas de Jerusalén. Sabían que Duqaq no podía venir en seguida en su ayuda, pero confiaban en que las grandes fortificaciones de Jerusalén y la capacidad combativa de sus tropas turcomanas les permitirían resistir hasta que llegara el socorro. El ejército de al-Afdal estaba equipado con las más modernas máquinas de asedio, entre ellas cuarenta catapultas; pero los ortóquidas resistieron durante cuarenta días, hasta que al fin las murallas fueron tan duramente batidas que se vieron obligados a capitular. Se les permitió retirarse con sus hombres hacia Damasco, desde donde salieron para reunirse con sus hermanos en la zona en torno de Diarbekir. Los egipcios ocuparon después toda la Palestina y hacia el otoño fijaron su frontera en el desfiladero del río del Perro, en la costa al norte de Beirut. Entretanto repararon las defensas de Jerusalén [1].

En la Siria septentrional, las dinastías árabes locales se hallaban todas muy satisfechas del colapso del poderío turco y estaban dispuestas a llegar a acuerdos con los francos. Incluso el emir de Hama, suegro de Ridwan, y el emir de Homs, que había luchado en favor de Kerbogha, renunciaron a toda idea de oponerse a los cruzados. Más importante para éstos fue la actitud de las dos familias principales árabes, los Munquiditas de Shaizar y los Banū 'Ammār de Trípoli. Los primeros controlaban el territorio inmediatamente delante de los cruzados, desde el Orontes a la costa, y los últimos, la línea costera desde el Líbano medio hasta la frontera fatimita. Su amistad o, al menos, su neutralidad era esencial si es que la Cruzada debía seguir adelante [2].

Desde Maarat an-Numan, Raimundo prosiguió hasta Kafartab, unas doce millas al Sur, donde esperó hasta el 16 de enero, recogiendo provisiones para abastecer a sus tropas, y donde se le unieron Tancredo y Roberto de Normandía. Allí recibió también embajadores del emir de Shaizar ofreciendo servicios de guías y provisiones baratas para los cruzados si querían atravesar tranquilamente su país. Raimundo aceptó su ofrecimiento, y el 17 los guías del emir llevaron al ejército a través del Orontes, entre Shaizar y Hama, y lo condujeron por el valle del Sarout. Todos los rebaños y manadas de la zona ha-

[1] Ibn al-Athir, *op. cit.*, págs. 197-8. Véase el artículo de Buhl, «Al Kuds», y el de Zettersteen, «Sukman ibn Ortok», en la *Encyclopaedia of Islam.*

[2] Artículo de Honigmann, «Shaizar», y de Sobernheim, «Ibn Ammar», en la *Encyclopaedia of Islam.*



Siria en tiempos de la Primera Cruzada.

bían sido retirados, por precaución, a un valle junto al Sarout, y en este valle, por equivocación, introdujeron los guías a los francos. Los pastores y los aldeanos indígenas no eran lo suficientemente fuertes para impedir que los francos se apoderaran sistemáticamente de los animales. El jefe del castillo que dominaba el valle pensó que lo mejor era comprar la inmunidad para sí mismo. Tan cuantioso era el botín que varios de los caballeros partieron para vender lo que les sobraba en Shaizar y en Hama, a cambio de caballos de carga, de los que adquirieron un millar. Las autoridades árabes les autorizaron libremente a entrar en sus ciudades y efectuar compras [3].

Mientras se hacía acopio de estas provisiones, Raimundo y sus jefes se reunieron para decidir qué camino habría que tomar. Raimundo defendía la opinión de que el ejército se dirigiera derecho hacia el Oeste, por la cordillera de Nosairi, para llegar lo antes posible a la costa. Laodicea ya estaba en manos cristianas, y, mientras llegaba a la costa, estaría en contacto con Antioquía y podría obtener suministros de las autoridades bizantinas en Chipre, con las que seguía en buenas relaciones. Pero Tancredo observó que, para asegurarse la ruta costera, sería necesario conquistar todas las grandes fortalezas que había en el camino. Las fuerzas de combate del ejército se cifraban ahora solamente en un millar de caballeros y en cinco mil hombres de infantería. ¿Cómo podían tan exiguas fuerzas permitirse el lujo de iniciar una guerra de asedio? Según él, debería marcharse directamente a Jerusalén, eludiendo la necesidad de conquistar las fortalezas costeras. Si podían ocupar Jerusalén, las noticias de la conquista no sólo podrían hacer que vinieran más soldados de Europa, sino que ciudades como Trípoli, Tiro y Acre no intentarían resistir por más tiempo contra ellos. El argumento contra su criterio era el de que todo el territorio entre el Líbano y el desierto estaba dominado por Duqaq de Damasco, quien, al contrario de los reyezuelos árabes, se opondría, sin duda, al avance de los cruzados. Se decidió finalmente dirigirse hacia la costa, algo más al Sur, por el valle del Buqaia, la llanura entre la cordillera de Nosairi y el Líbano, que constituía el único acceso fácil desde el interior de Siria hacia el mar, procurando perder el menos tiempo posible en los intentos de reducir las fortalezas enemigas [4].

El 22 de enero, los cruzados llegaron a la ciudad de Masyaf, cuyo señor se apresuró a concluir un tratado con ellos. Desde allí se dirigieron hacia el Sudeste para salvar el macizo del Jebel Helou. Al día siguiente estaban en la ciudad de Rafaniya, que encontraron

[3] Raimundo de Aguilers, XIV, págs. 272-3; *Gesta Francorum,* X, 34, páginas 180-2.

[4] Raimundo de Aguilers, XIV, pág. 273.

abandonada por sus habitantes, aunque llena de provisiones de toda índole. Se detuvieron en ella tres días y luego bajaron hacia el Buqaia. La meseta estaba dominada por la enorme fortaleza de Hosn al-Akrad, el castillo de los kurdos, construido en la altura en que se hallan ahora las ruinas de Krak des Chevaliers. Los habitantes locales habían llevado todos sus rebaños para refugiarlos dentro de las murallas, y, con el fin de abastecerse, más que por razones estratégicas, los cruzados determinaron tomar la fortaleza. El 28 de enero atacaron las fortificaciones. Pero sus defensores, conociendo sus costumbres, abrieron una puerta y dejaron salir unos cuantos animales. Tan atentos estaban los francos en perseguir todo este botín que se dispersaron, y una salida de la gente del castillo no sólo les impidió volver a reagruparse, sino que casi consiguió hacer prisionero al conde Raimundo, que había sido abandonado por su guardia personal. Al día siguiente, los francos, avergonzados de haber caído en la trampa, proyectaron un asalto en serio, pero cuando llegaron a las murallas advirtieron que el castillo había sido abandonado durante la noche. Había quedado en el interior bastante botín, y el ejército se estableció allí para pasar tres semanas, y se celebraron nuevas conversaciones sobre la estrategia a seguir. La fiesta de la Purificación se celebró dentro del castillo [5].

Mientras Raimundo estaba en Hosn al-Akrad le visitaron emisarios del emir de Hama, ofreciéndole regalos y prometiéndole no atacar a sus hombres. Llegaron después emisarios del emir de Trípoli. Este emir, Jalal al-Mulk Abu'l Hasan, de la dinastía de los Banū 'Ammār, una familia más distinguida por su saber que por sus cualidades guerreras, había conservado la independencia de su emirato por la táctica de enzarzar a los seléucidas y a los fatimitas. Con el poderío turco en decadencia, estaba dispuesto a alentar a los francos contra los egipcios, que resurgían. Se invitó a Raimundo a enviar representantes a Trípoli para discutir las condiciones del paso de la Cruzada y para llevar las banderas de Tolosa, que el emir quería izar en la ciudad. La prosperidad de Trípoli y del territorio de los contornos impresionó enormemente a los embajadores franceses; éstos, a su regreso al campamento, informaron a Raimundo que, si hacía una demostración de fuerza contra una de las fortalezas del emirato, el emir pagaría con toda seguridad una enorme suma para comprar la inmunidad en el resto de sus dominios. Raimundo, que necesitaba dinero, siguió su consejo y dispuso su ejército para atacar la ciudad de Arqa, situada a unas quince millas de Trípoli, donde el

[5] Raimundo de Aguilers, XIV, págs. 273-5; *Gesta Francorum,* X, 34, página 182.

valle de Buqaia se ensancha hacia la costa. Llegó ante sus murallas el 14 de febrero[6].

Entretanto, como estaba deseoso de establecer contacto con la guarnición de Laodicea y el mar, Raimundo alentó a Raimundo Pilet y a Raimundo, vizconde de Turena, a intentar un ataque de sorpresa sobre Tortosa, el único puerto bueno en la costa entre Laodicea y Trípoli. Los dos Raimundos, con un exiguo destacamento, se trasladaron rápidamente en dirección Oeste y llegaron ante la ciudad antes del anochecer del 16 de febrero. Encendieron una serie da fogatas de campamento alrededor de las murallas, para dar a entender que había un ejército muchísimo mayor del que ellos tenían. La argucia tuvo éxito. El gobernador de Tortosa, que dependía del emir de Trípoli, estaba tan seriamente asustado que evacuó la ciudad, con su guarnición, por mar y durante la noche. A la mañana siguiente fueron abiertas las puertas de la ciudad a los francos. Con las noticias de la conquista, el gobernador de Marqiye, diez millas al Norte, se apresuró a reconocer la soberanía de Raimundo. La conquista de Tortosa fortaleció en gran medida a la Cruzada. Abría comunicaciones fáciles por mar con Antioquía y Chipre y con Europa[7].

Este éxito provocó la envidia entre los cruzados que aún estaban en Antioquía y les indujo a seguir a Raimundo en su camino hacia el Sur. A fines de febrero, Godofredo de Lorena, Bohemundo y Roberto de Flandes salieron de Antioquía para Laodicea. Desde allí Bohemundo se volvió. Pensó que, después de todo, sería más prudente consolidarse en Antioquía, no fuera que el Emperador iniciase su marcha hacia Siria en la primavera. Godofredo y Roberto prosiguieron para asediar el pequeño puerto de mar de Jabala. Mientras se encontraban allí llegó, de parte de Raimundo, el obispo de Albara, pidiéndoles que se unieran a él en Arqa[8].

El sitio de Arqa no iba bien. La ciudad estaba bien fortificada y fue valientemente defendida; y el ejército de Raimundo no era lo suficientemente numeroso para cercarla por completo. La advertencia de Tancredo de que el ejército no estaba en condiciones de intentar el asalto de fortalezas estaba plenamente justificada. Pero, una vez iniciado el sitio por Raimundo, éste no podía abandonarlo por temor de que el emir de Trípoli, dándose cuenta de su debilidad, se volviera abiertamente hostil. Es posible que los soldados no hicieran ningún gran esfuerzo. La vida resultaba cómoda en el campamento.

[6] Raimundo de Aguilers, XIV-XV, pág. 275; *Gesta Francorum*, X, 34, página 184.

[7] Raimundo de Aguilers, XV, pág. 276; *Gesta Francorum*, X, 34, páginas 184-6.

[8] *Gesta Francorum*, X, 35, pág. 186; Alberto de Aix, V, 33, pág. 453.

El campo era fértil y nuevos suministros empezaron a llegar por Tortosa. Después de todo lo que habían sufrido, los hombres estaban contentos de descansar una temporada. A principios de marzo circuló el rumor de que se estaba concentrando un ejército musulmán para socorrer a Arqa, mandado personalmente por el Califa de Bagdad. El rumor era falso, pero alarmó a Raimundo y le indujo a recurrir a Godofredo y Roberto de Flandes. Al recibir el mensaje, Godofredo y Roberto concertaron una tregua con el emir de Jabala, que aceptó su soberanía y partió rápidamente en dirección Sur, hacia Arqa. Celebraron su llegada con un ataque a los suburbios de Trípoli y con varias algaradas de éxito para coger animales de todas clases, incluso camellos, en el Buqaia [9].

Raimundo pronto lamentó la llegada de sus colegas. Había sido durante dos meses el caudillo reconocido de la Cruzada. Incluso Tancredo había reconocido su autoridad a cambio de cinco mil sous. Pero ahora se había visto obligado a recurrir a sus rivales para que le ayudaran. Tancredo, cuyo consejo había desoído, se trasladó al campamento de Godofredo, diciendo que Raimundo no le había pagado bastante. Los dos Robertos mostraban escasa tendencia a admitir la hegemonía de Raimundo. En su intento de defender sus derechos provocó resentimientos, y empezaron las disputas. Los hombres de cada ejército, viendo que sus jefes reñían unos con otros, siguieron el ejemplo y se negaban a colaborar entre sí.

La disputa se agravó con la llegada, a principios de abril, de cartas del Emperador. Alejo informaba a los cruzados de que estaba en condiciones de partir para Siria. Si le querían esperar hasta fines de junio, estaría con ellos el día de San Juan y los conduciría hasta Palestina. Raimundo quería aceptar el ofrecimiento. En calidad de aliado fiel del Emperador podía contar con el apoyo imperial para ayudarle a reafirmar su supremacía sobre el ejército franco. Entre sus propios hombres había los que, como Raimundo de Aguilers, a pesar de lo mucho que les desagradaban los bizantinos, creían que la llegada del Emperador podría al menos dar a la Cruzada un jefe que todos los príncipes reconocerían como tal. Pero el grueso del ejército se mostraba impaciente por seguir hacia Jerusalén, y ninguno de los otros príncipes deseaba hallarse bajo la soberanía imperial. Contra la presión de semejante opinión pública no podía prevalecer la política de Raimundo. Es probable que Alejo no creyese nunca que los cruzados le esperasen. Molesto por su conducta en Antioquía, él ya había decidido mantener una actitud neutral. Para un diplomático bizantino, tal postura no entrañaba pasividad, sino que significaba el

[9] *Gesta Francorum, loc. cit.;* Raimundo de Aguilers, XVI, págs. 277-8.

establecimiento de relaciones con ambas partes para que los beneficios pudieran cosecharse independientemente de cuál de los dos obtuviera la victoria. Estaba en contacto con los egipcios, que probablemente le escribirían cuando la Cruzada empezó a avanzar sobre su territorio, para preguntarle si los cruzados obraban por orden del Emperador. Alejo contestó repudiando el movimiento. Tenía razón para obrar así. Los actos de Bohemundo le enseñaron que no podía fiarse de la lealtad de los francos, y él tampoco tenía mucho interés por Palestina. Se hallaba fuera de los países que él había esperado reconquistar para el Imperio. Su única obligación en aquella zona era la de velar por los cristianos ortodoxos, de los que era protector. Bien puede haber considerado que les iría mucho mejor bajo el gobierno tolerante de los fatimitas que bajo el de los francos, que estaban demostrando ya en Antioquía una acusada hostilidad hacia los cristianos nativos. Al mismo tiempo, no deseaba romper sus relaciones con la Cruzada, que podía ser aún de alguna utilidad para el Imperio. Su correspondencia con Egipto cayó más tarde en manos de los cruzados, que estaban auténticamente indignados por las pruebas de la traición contra ellos, aunque su propia traición contra el Emperador les parecía perfectamente razonable y justa. Le culpaban de que los embajadores que habían enviado a El Cairo desde Antioquía habían sido retenidos allí demasiado tiempo [10].

Estos embajadores regresaron al ejército en Arqa pocos días después, y eran portadores del ofrecimiento definitivo de los fatimitas para llegar a un arreglo. Si la Cruzada abandonaba cualquier intento de forzar el territorio fatimita, sus peregrinos obtendrían libre acceso a los Santos Lugares y se haría todo lo necesario para facilitar la peregrinación. La propuesta fue rechazada en el acto [11].

A pesar del deseo de otros príncipes de reanudar la marcha, Raimundo se negó a proseguir sin haber tomado previamente Arqa. Para ultimar la cuestión, Pedro Bartolomé anunció que el 5 de abril se le habían aparecido Cristo, San Pedro y San Andrés, para decirle que había que emprender un asalto inmediato a Arqa. La mayoría del ejército se estaba cansando ya de las revelaciones de Pedro, que consideraban como una treta política del conde Raimundo.

Un sector de los franceses del norte, encabezados por el capellán de Roberto de Normandía, Arnulfo de Rohes, manifestaba ahora abiertamente su incredulidad e incluso ponía en duda la autenticidad de la Sagrada Lanza, señalando que Ademaro del Puy nunca había estado convencido de que fuera auténtica. Los provenzales se

[10] Raimundo de Aguilers, XVI, pág. 277; XVIII, pág. 286.
[11] Raimundo de Aguilers, XVI, pág. 277; Guillermo de Tiro, VII, 19, vol. I, parte I, págs. 305-6.

agruparon para apoyar a Pedro. Esteban de Valence recordaba al ejército su propia visión en Antioquía. Raimundo de Aguilers refería que había besado la Lanza cuando estaba aún enterrada en el suelo. Otro sacerdote, Pedro Desiderio, informaba que se le había aparecido Ademaro después de su muerte y le había descrito el fuego del infierno, adonde le habían llevado sus dudas. Otro, Everardo, dijo que, cuando estuvo visitando Trípoli, por cuestión de negocios, durante el asedio turco de Antioquía, un sirio de allí le había hablado de una visión en la que San Marcos había aludido a la Lanza. El obispo de Apt, que había sido un escéptico, mencionó una visión que le había hecho cambiar de parecer. Beltrán del Puy, que pertenecía al séquito de Ademaro, proclamó que el obispo y su portaestandarte se le habían aparecido en una visión para admitir que la Lanza era auténtica. Enfrentado con pruebas tan abrumadoras, Arnulfo confesó públicamente que estaba convencido; pero sus amigos siguieron sembrando la duda sobre toda la historia, hasta que, al fin, Pedro Bartolomé, hecho una furia, pidió que se le permitiera defenderse por la ordalía del fuego. Cualquiera que fuera la verdad de la cuestión, él creía ahora evidentemente en su inspiración divina.

La ordalía tuvo lugar el Viernes Santo, 8 de abril. Dos pilas de leña, bendecidas por los obispos, se levantaron en un estrecho pasadizo y fueron encendidas. Pedro Bartolomé, cubierto solamente de una túnica, se arrojó rápidamente a las llamas. Salió horriblemente quemado, y se habría arrojado de nuevo al fuego a no ser porque le detuvo Raimundo Pilet. Durante doce días estuvo agonizando, y después murió a consecuencia de las heridas. Como resultado de la ordalía, la Lanza quedó totalmente desacreditada, menos por los provenzales, que sostenían que Pedro había pasado felizmente por las llamas, pero que había sido retenido por la multitud entusiasta, ávida de tocar su sagrada túnica. El conde Raimundo aun conservaba la Lanza con toda reverencia en su capilla [12].

El ejército se detuvo un mes extramuros de Arqa antes de que se pudiera convencer a Raimundo a que abandonara el sitio. Las luchas en torno a aquella plaza habían costado muchas vidas, entre ellas la de Anselmo de Ribemont, cuyas cartas a su señor feudal, el arzobispo de Reims, constituyen un relato vívido de la Cruzada [13]. El 13 de

[12] Raimundo de Aguilers, XVII-XVIII, págs. 279-88, en apoyo de Pedro Bartolomé; Fulquerio de Chartres, I, xviii, 4-5, págs. 238-41; Alberto de Aix, V, 13, págs. 452; Radulfo de Caen, CVIII, pág. 682. Tanto Fulquerio como Alberto se muestran escépticos, pero no se comprometen, Radulfo es abiertamente hostil a Pedro. El autor de los *Gesta* omite el episodio.

[13] Raimundo de Aguilers, XVI, págs. 276-7; *Gesta Francorum,* X, 35, página 188; Fulquerio de Chartres, I, xxv, 8, pág. 270, dice que murió de una pedrada.

mayo, Raimundo cedió a la persuasión de sus colegas y, con lágrimas en los ojos, mandó levantar sus cuarteles; toda la hueste partió en dirección a Trípoli. Había habido otras discusiones sobre el camino a seguir. Los sirios informaron a Raimundo que existía un camino fácil que pasaba por Damasco, pero que, si bien la comida era abundante, escaseaba el agua. La ruta sobre el Líbano no carecía de ella, pero era difícil para animales de carga. La otra posibilidad estaba en la ruta costera, pero había muchos sitios donde podía ser cerrada por un puñado de enemigos. Sin embargo, las profecías locales declaraban que los libertadores de Jerusalén marcharían a lo largo de la costa. Esta fue la ruta elegida, menos por la fama profética que por el contacto que permitía mantener con las flotas inglesa y genovesa, que navegaban ahora por las aguas de Levante [14].

Cuando los cruzados se acercaron, el emir de Trípoli se apresuró a comprar la inmunidad para su capital y los alrededores dejando en libertad a unos trescientos cautivos cristianos que había en la ciudad. Les indemnizó con quince mil besantes y quince hermosos caballos; y proporcionó animales de carga y forraje para todo el ejército. Se dijo más tarde que había ofrecido convertirse al cristianismo si los francos derrotaban a los fatimitas [15].

El lunes 16 de mayo los cruzados salieron de Trípoli, acompañados de guías que les había facilitado el emir; éstos los condujeron sanos y salvos por la peligrosa ruta que bordeaba el cabo de Ras Shaqqa. Pasando pacíficamente por las ciudades del emir, Batrun y Jebail, llegaron a la frontera fatimita del río del Perro el 19 de mayo. Los fatimitas no tenían tropas en su territorio del Norte, sino sólo pequeñas guarniciones en las ciudades de la costa, pero poseían una flota considerable, que podía proporcionar una defensa suplementaria a estas ciudades. Así, aunque los cruzados no encontraron oposición alguna en su camino, no podían esperar conquistar ninguno de los puertos junto a los que pasaban; y la flota cristiana no podía seguir en contacto con ellos por más tiempo. El temor de que se les acabaran los abastecimientos les obligó desde entonces a marchar lo más de prisa posible hacia su objetivo final.

Según se acercaban a Beirut, los habitantes de la ciudad, temiendo la destrucción de los ricos vergeles que rodeaban a la capital, se apresuraron a ofrecerles donativos y paso libre por sus tierras a condición de que los árboles frutales, las viñas y las cosechas no sufrieran daño. Los príncipes aceptaron las condiciones y condujeron al ejército rápidamente hacia Sidón, adonde llegaron el 20 de mayo.

[14] Raimundo de Aguilers, XVIII, págs. 288, 290-1.
[15] *Ibid.*, pág. 291; *Gesta Francorum,* X, 35-6, págs. 188-90.

La guarnición de Sidón era de espíritu más rígido y efectuó una salida contra los cruzados cuando estaban acampados en las riberas del Nahr al-Awali. La salida fue rechazada; y los cruzados replicaron mediante la destrucción de los huertos en las afueras. Pero prosiguieron lo antes posible hacia las proximidades de Tiro, donde esperaron durante dos días para que les alcanzaran Balduino de Le Bourg y algunos caballeros de Antioquía y Edesa. Las aguas y el verdor de los contornos hacían del lugar un delicioso paraje para el reposo. La guarnición de Tiro se mantuvo dentro de las murallas y no les causó molestias. Salieron de Tiro el 23, y el ejército pasó sin dificultad por el desfiladero llamado la «Escala de Tiro» y las alturas de Naquora, y llegó a las afueras de Acre el 24. El gobernador, siguiendo el ejemplo de Beirut, aseguró la inmunidad para las fértiles vegas en torno de la ciudad, mediante el donativo de amplias provisiones. Desde Acre marchó el ejército a Haifa y, a lo largo de la costa, bordeando el monte Carmelo, hasta Cesarea, donde se detuvo durante cuatro días, desde el 26 hasta el 30, para celebrar adecuadamente la Pascua de Pentecostés. Mientras se hallaba acampado en aquellos lugares, un halcón mató a una paloma, que cayó cerca de la tienda del obispo de Apt. Se descubrió que se trataba de una paloma mensajera, con un mensaje del gobernador de Acre para rebelar a los musulmanes de Palestina contra los invasores [16].

Cuando se reanudó la marcha, la línea costera sólo fue seguida hasta Arsuf, donde el ejército se dirigió tierra adentro, llegando delante de Ramleh el 3 de junio. Ramleh, al contrario que la mayoría de las ciudades de Palestina, era una ciudad musulmana. Antes de las invasiones turcas, había sido la capital administrativa de la provincia, pero empezó a decaer en años recientes. La aproximación de los cruzados alarmó a sus habitantes; la guarnición era escasa y el mar estaba demasiado lejos para que les pudiera prestar ayuda la flota egipcia. Los habitantes huyeron, como un solo hombre, de sus hogares, en dirección Sudoeste, aunque previamente, y en calidad de desafío, habían destruido la gran iglesia de San Jorge, que se hallaba en Lydda, ciudad en ruinas, a una milla de Ramleh. Cuando Roberto de Flandes y Gastón de Bearne cabalgaban en vanguardia del ejército cruzado, encontraron las calles desiertas y vacías las casas.

La ocupación de una ciudad musulmana en el corazón de Tierra Santa alentó a los cruzados. En seguida hicieron votos de reconstruir el santuario de San Jorge y de convertir a Ramleh y Lydda en un señorío de su patrimonio, creando una nueva diócesis, cuyo obispo sería su señor. Un sacerdote normando, Roberto de Ruán, fue nom-

[16] Raimundo de Aguilers, XVIII-XIX, pág. 291; *Gesta Francorum,* X, 36, págs. 190-2; Fulquerio de Chartres, I, xxv, 10-12, págs. 271-6.

brado para ocupar la sede. Como en Albara, esto no significaba el desplazamiento de un obispo griego por un obispo latino, sino el establecimiento de un obispado en tierra musulmana conquistada. El nombramiento demostraba que la opinión pública entre los cruzados consideraba que el territorio conquistado debía darse a la Iglesia. Roberto quedó al frente de Ramleh con una pequeña guarnición para protegerle [17]. Entretanto, los príncipes discutían qué es lo que debía hacerse después, pues algunos consideraban que sería una locura atacar Jerusalén en la época más calurosa del verano. Sería mejor, opinaban, avanzar contra el enemigo auténtico, Egipto. Después de algunas discusiones, se rechazó su punto de vista y se reanudó la marcha sobre Jerusalén el 6 de junio [18].

Desde Ramleh, el ejército tomó la vieja calzada que asciende hacia las colinas de Judea, al norte de la carretera de nuestros días. Cuando pasó por la aldea de Emaús, llegaron, para entrevistarse con los príncipes, emisarios de la ciudad de Belén, cuya población, enteramente cristiana, pedía ser liberada del yugo de los musulmanes. Tancredo y Balduino de Le Bourg en seguida se adelantaron con un pequeño destacamento de caballeros por las colinas de Belén. Llegaron a media noche, y los atemorizados ciudadanos creyeron al principio que pertenecían a un ejército egipcio llegado para reforzar la defensa de Jerusalén. Al romper el alba y ser reconocidos los caballeros como cristianos, toda la ciudad salió en procesión, con todas las reliquias y cruces de la iglesia de la Natividad, para dar la bienvenida a sus libertadores y besarles las manos [19].

Mientras el lugar del nacimiento de Cristo se devolvía a las autoridades cristianas, el ejército cristiano principal atacó durante todo el día y toda la noche en dirección a Jerusalén. Se sintió alentado por un eclipse lunar, que presagiaba el eclipse de la Media Luna. A la mañana siguiente, un centenar de los hombres de Tancredo partió de Belén para unirse a sus compañeros. Avanzada la mañana, los cruzados llegaron a la cima de la calzada, donde está la mezquita del profeta Samuel, en el pico de la colina, que los peregrinos llamaban Montjoie; y surgió, en la lejanía, la vista de Jerusalén, con sus murallas y sus torres. Hacia el atardecer del martes, 7 de junio de 1099, el ejército cristiano acampaba ante la Ciudad Santa [20].

[17] Raimundo de Aguilers, XIX, pág. 291-2; *Gesta Francorum, loc. cit.;* Guillermo de Tiro, VII, 22, vol. I, parte I, pág. 313, recoge el nombre del obispo.

[18] Raimundo de Aguilers, XIX, pág. 292.

[19] Fulquerio de Chartres, I, xxv, 13-17, págs. 277-81; Alberto de Aix, V, 44-5, págs. 461-3.

[20] *Gesta Francorum,* X, 37, pág. 194; Raimundo de Aguilers, XX, pág. 292; Alberto de Aix, V, 45, pág. 463.

Capítulo 17

EL TRIUNFO DE LA CRUZ

«...aclamad a Dios con voz de júbilo! Porque Yahveh excelso es terrible.»

(Salmos, 46 (47), 2-3.)

La ciudad de Jerusalén era uno de los grandes baluartes del mundo medieval. Desde la época de los jebuseos, su emplazamiento había sido famoso por su fortaleza, que la técnica humana había mejorado a lo largo de los siglos. Las murallas ante las cuales se encontraban los cruzados seguían la misma línea que las construidas más tarde por el sultán otomano Solimán el Magnífico, y que son las que rodean a la ciudad vieja de nuestros días. Habían sido proyectadas cuando Adriano reconstruyó la ciudad, y los bizantinos, los omeyas y los fatimitas las habían mejorado y reparado sucesivamente. Por el Este la muralla estaba protegida por las escarpadas pendientes del valle del Cedrón. Por el Sudeste, el suelo descendía hacia el vallé de Gehenna. Otro valle, algo menos profundo, bordeaba la muralla oeste. Unicamente por el Sudoeste, donde la muralla pasaba por el monte Sión, y a lo largo del flanco de la muralla norte, el terreno era favorable a un ataque contra las fortificaciones. La ciudadela, la Torre de David, estaba situada a mitad de camino por debajo de la muralla oeste, dominando el camino que asciende en sesgo la ladera de la colina hasta la puerta de Jaffa. Aunque no había manantiales dentro de la ciudad, sus grandes cisternas aseguraban el suministro de agua.

El sistema de desagüe romano, aún usado en el siglo XX, la preservaba de las epidemias.

La defensa de la ciudad estaba en manos del gobernador fatimita Iftikhar ad-Dawla. Las murallas se hallaban en buenas condiciones, y había una vigorosa guarnición de tropas árabes y sudanesas. Ante las noticias de la aproximación de los francos, tomó la precaución de cegar o envenenar los pozos fuera de la ciudad, y llevó los rebaños, desde los pastos en torno de ella, a lugares seguros. Después dispuso que toda la población cristiana de la ciudad, ortodoxos y herejes, se retiraran fuera de las murallas. Sin embargo, permitió que los judíos quedaran en el interior. Fue un paso prudente. En el siglo X, los cristianos excedían en número a los musulmanes en Jerusalén; y aunque las persecuciones del califa Hakim habían reducido su número, y aunque muchos más, entre ellos la mayoría del clero ortodoxo, se habían marchado con el patriarca durante los tiempos difíciles que siguieron a la muerte de Ortoq, había aún varios millares, inútiles como combatientes, pues les estaba prohibido el uso de armas, y poco de fiar en una batalla contra sus hermanos cristianos. Además, su destierro significaba que habría menos bocas que alimentar en la ciudad sitiada. Al mismo tiempo, Iftikhar envió mensajes urgentes a Egipto pidiendo ayuda armada [1].

Aunque la constitución del terreno lo hubiese permitido, los cruzados no tenían suficientes fuerzas para cercar por completo la ciudad. Concentraron todo su empeño en los sectores donde podían acercarse a las murallas. Roberto de Normandía se estacionó a lo largo de la muralla norte, frente a la puerta de las Flores (puerta de Herodes), con Roberto de Flandes a su derecha, frente a la puerta de la Columna (puerta de San Esteban o de Damasco). Godofredo de Lorena ocupó el área que cubría el ángulo Noroeste de la ciudad, hasta descender hacia la puerta de Jaffa. En este punto se le unía Tancredo, que llegó cuando el ejército ya había tomado posiciones, y traía consigo ganado lanar que había capturado en su camino desde Belén. Al sur de Tancredo estaba Raimundo de Tolosa, quien, considerando que el valle le mantenía demasiado lejos de las murallas, se trasladó después de dos o tres días hacia el monte Sión. Los sectores este y sudeste se dejaron desguarnecidos [2].

[1] Fulquerio de Chartres (I, xxvii, 12, pág. 300) menciona las tropas «etíopes». Raimundo de Aguilers (XX, págs. 293-4) y *Gesta Francorum* (X, 37, página 198) describen el envenenamiento de los pozos. El Catholicus armenio Vahram estaba entonces en Jerusalén, pero pudo escapar de la ciudad (Mateo de Edesa, II, clvii, pág. 225).

[2] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 293; *Gesta Francorum,* X, 37, pág. 194; Alberto de Aix, V, 46; págs. 463-4.

El sitio empezó el 7 de junio, el mismo día que la Cruzada llegó a las murallas. Pero pronto se puso de manifiesto que el tiempo laboraba en favor de los sitiados. Iftikhar estaba bien abastecido de comida y agua. Sus armamentos eran mejores que los de los francos, y podía reforzar sus torreones con sacos de algodón y de heno, que le permitían amortiguar las sacudidas de los bombardeos de las catapultas francas. Si podía resistir hasta que apareciera el ejército de socorro procedente de Egipto, todo el episodio de la Cruzada se terminaría. Mas aunque era muy numerosa la guarnición, apenas bastaba para cubrir todas las murallas. Por su parte, los cruzados pronto tuvieron dificultades en el suministro de agua. Las medidas de Iftikhar habían sido eficaces. La única fuente de agua pura asequible a los sitiadores procedía de la piscina de Siloé, al pie de la muralla sur, que estaba peligrosamente batida por los proyectiles de la ciudad. Para hacer frente a la falta de agua, los cruzados tenían que desplazarse a seis millas o más. Sabiendo esto, la guarnición enviaría pequeños grupos para tender emboscadas en los senderos de los manantiales. Muchos soldados y peregrinos murieron a consecuencia de estos ataques por sorpresa. También empezó a escasear la comida, porque era muy poco lo que se podía obtener en las cercanías de la ciudad. El calor y el polvo y la falta de sombra vinieron a sumarse a las fatigas de los cruzados, ya que procedían de climas más frescos y llevaban, en su mayoría, una armadura inadecuada para el verano de Judea. Era evidente para todos ellos que no podían aventurarse a iniciar un sitio prolongado, sino que tenían que tomar la ciudad rápidamente por asalto [3].

El 12 de junio los príncipes hicieron una peregrinación al monte de los Olivos. Allí les abordó un viejo ermitaño, rogándoles que atacaran las murallas el día siguiente. Objetaron que carecían de máquinas para un asalto victorioso, pero el ermitaño no aceptó estos argumentos. Afirmaba que, si tenían fe, Dios les daría la victoria. Alentados con sus palabras, dispusieron un ataque general para la mañana siguiente. Pero el ermitaño se equivocó, o bien la fe de los cruzados sería muy débil. Estos emprendieron el ataque con profundo fervor y pronto rebasaron las defensas exteriores de la muralla norte. Pero las escalas eran demasiado pocas para poder trepar a las murallas al mismo tiempo en un número suficiente de lugares. Después de varias horas de combate desesperado, comprendieron que sus intentos eran inútiles y se retiraron [4].

El fracaso del asalto causó una amarga decepción, aunque puso de

[3] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 293-4; *Gesta Francorum,* X, 37, páginas 194-8.

[4] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 293; *Gesta Francorum,* X, 37, pág. 196.

manifiesto a los príncipes que era necesario construir más máquinas de asedio. En un consejo celebrado el 15 de junio, decidieron no emprender nuevos ataques mientras no estuvieran mejor equipados de catapultas y escalas. Pero carecían del material para construirlas. Igual que en Antioquía, se salvaron ahora gracias a la oportuna llegada del auxilio por mar. El 17 de junio, seis barcos cristianos arribaron al puerto de Jaffa, que encontraron abandonado por los musulmanes. La flotilla constaba de dos galeras genovesas, al mando de los hermanos Embriaco, y cuatro naves probablemente de la flota inglesa. Llevaban cargamentos de víveres y armamentos, y también las cuerdas, los clavos y los herrajes necesarios para construir máquinas de asedio. Enterados de su llegada, los cruzados en seguida enviaron un pequeño destacamento para establecer contacto con ellos. Cerca de Ramleh, estas tropas cayeron en una emboscada tendida por un grupo musulmán, que operaba desde Ascalón, y sólo consiguieron ser rescatadas gracias a la llegada de Raimundo Pilet y sus hombres, que les iban pisando los talones. Entretanto hizo sus aparición, próxima a la costa, una flota egipcia que bloqueó Jaffa. Unos de los barcos ingleses consiguió burlar el bloqueo y puso rumbo a Laodicea. Los otros barcos fueron abandonados por sus tripulaciones en cuanto el cargamento fue desembarcado; y los marineros marcharon, escoltados por Raimundo Pilet, al campamento, en las afueras de Jerusalén. Tanto ellos como las mercancías que traían fueron muy bien recibidos. Pero aún era necesario encontrar madera para construir las máquinas. Poca era la que podía hallarse en los calveros alrededor de Jerusalén, y los cruzados se vieron obligados a mandar expediciones a muchas millas de distancia en busca de toda la que se necesitaba. Unicamente cuando Tancredo y Roberto de Flandes penetraron con sus seguidores en los bosques de Samaria y volvieron cargados con troncos y tablones llevados a lomo de camello o por cautivos musulmanes, pudo iniciarse la construcción de las máquinas. Se hicieron escalas de asalto; y Raimundo y Godofredo empezaron, respectivamente, a construir un castillo de madera provisto de catapultas y montado sobre ruedas. Gastón de Bearne se hizo cargo de la construcción del castillo de Godofredo, y Guillermo Ricou de la del castillo de Raimundo [5].

Pero la labor avanzaba con lentitud, y los francos padecieron horriblemente con el calor. Durante muchos días estuvo soplando el siroco, con sus efectos mortales para los nervios de los hombres no habituados a ese viento. El suministro de agua se convertía en una

[5] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 294-7; *Gesta Francorum,* X, 37, páginas, 196-200.

dificultad creciente. A diario morían de sed bastantes animales de carga y el ganado que el ejército había reunido. Los destacamentos iban hasta el Jordán en busca de agua. Los cristianos nativos estaban bien dispuestos y actuaban como guías hasta los manantiales y los bosques de los alrededores; pero era imposible impedir correrías y emboscadas de los soldados musulmanes, tanto de los de la guarnición como de los grupos que pululaban libremente por el campo. Volvieron a surgir disputas entre los príncipes, referentes en primer lugar a la posesión de Belén. Tancredo había liberado la ciudad y había izado su pendón en la iglesia de la Natividad. Pero el clero y los príncipes rivales consideraban que era injusto que un lugar tan sagrado estuviera en manos de un señor secular. Tancredo defendía sus derechos sobre Belén, y, aunque la opinión pública le era hostil, el asunto fue aplazado. Después se iniciaron las conversaciones sobre el futuro de Jerusalén. Algunos de los caballeros propusieron que fuese nombrado un rey; pero el clero se opuso a esto por unanimidad, aduciendo que ningún cristiano podía llamarse a sí mismo rey en la ciudad en que Cristo fue coronado y había sufrido. En este punto, la opinión pública volvió a ponerse de parte del clero, y se aplazaron otras conversaciones. Sus sufrimientos físicos, unidos a la decepción por el fracaso del asalto intentado y por las renovadas disputas de los príncipes, hicieron pensar a muchos cruzados, incluso en aquel momento, en abandonar la Cruzada. Un grupo de ellos fue hasta el Jordán para rebautizarse en el río santo; luego, después de reunir ramos de palmera de la orilla del río, se trasladaron directamente a Jaffa, con la esperanza de encontrar barcos que les llevaran a Europa [6].

A principios de julio se supo en el campamento que un gran ejército había salido de Egipto para socorrer a Jerusalén. Los príncipes se dieron cuenta de que no había más tiempo que perder. Pero la moral de sus hombres era baja. Una vez más, una visión vino a servirles de ayuda. En la mañana del 6 de julio, el sacerdote Pedro Desiderio, que había testificado haber visto al obispo Ademaro después de muerto, fue a ver al hermano de Ademaro, Guillermo Hugo de Monteil, y a su propio señor, Isoardo de Gap, para decirles que se le había aparecido de nuevo el obispo. Después de ordenar a los cruzados que abandonaran sus designios egoístas, Ademaro les ordenó que tuvieran un ayuno y marcharan descalzos en procesión alrededor de las murallas de Jerusalén. Si hacían esto con el corazón contrito, dentro de nueve días conquistarían la ciudad. Cuando Pedro Desiderio había pretendido ver a Ademaro sufriendo el fuego del infierno por

[6] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 295-6.

su duda respecto a la Sagrada Lanza, la mayor parte de la gente no le creyó; pero ahora, tal vez porque el amado obispo era presentado en una faceta más noble, y porque la familia de Monteil le daba su apoyo, la visión fue aceptada en seguida como auténtica por todo el ejército. Las instrucciones de Ademaro fueron ávidamente obedecidas. Se ordenó un ayuno y se observó a rajatabla durante los tres días siguientes. El viernes 8 de julio, una solemne procesión recorrió el sendero que bordeaba la ciudad. En cabeza iban los obispos y sacerdotes de la Cruzada, llevando cruces y sagradas reliquias. Les seguían los príncipes y los caballeros, y después los soldados de infantería y los peregrinos. Todos iban descalzos. Los musulmanes se congregaron en las murallas para burlarse de ellos, pero esta burla les glorificaba, y, una vez completado el circuito, subieron al monte de los Olivos. Allí les predicó Pedro el Ermitaño, y también les hablaron Raimundo de Aguilers, el capellán de Raimundo, y Arnulfo de Rohes, el capellán de Roberto de Normandía, el cual era considerado por entonces como el más excelente predicador que iba con el ejército. Su elocuencia conmovió y excitó a la hueste. Incluso Raimundo y Tancredo olvidaron sus disputas e hicieron votos de combatir juntos por la Cruz [7].

El entusiasmo se prolongó. Durante los dos días siguientes, a pesar de sus padecimientos a causa de la sed, los hombres trabajaron con ahinco para acabar las grandes torres de asedio. La destreza de los genoveses, bajo la dirección de Guillermo Embriaco, fue una gran ayuda; y también los ancianos y las mujeres hicieron su labor, cosiendo pieles de buey y de camello y clavándolas en las partes vulnerables de la madera, como protección contra el fuego griego que usaban los sarracenos. El 10, las torres de madera estaban dispuestas y fueron rodadas hasta sus posiciones, situándose una contra la muralla norte y otra en el monte Sión. Una tercera torre, algo más pequeña, fue construida para ser colocada contra el ángulo noroeste de la defensa. El trabajo de construcción se había hecho cuidadosamente sin que lo viera la guarnición; ésta quedó asombrada y alarmada al ver tales castillos frente a ella. El gobernador, Iftikhar, se apresuró a reforzar los sectores más débiles de las defensas; y las torres de asedio fueron resueltamente bombardeadas con piedras y fuego líquido, para evitar que pudieran acercarse a las murallas [8].

Se decidió que el asalto empezaría la noche del 13 al 14 de julio. El ataque principal sería lanzado simultáneamente desde el monte Sión y en el sector oriental de la muralla norte, con un ataque de diversión en el ángulo noroeste. Según Raimundo de Aguilers, cuyas

[7] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 296-7; carta de Daimberto al Papa, en Hagenmeyer, *op. cit.*, págs. 170-1; *Gesta Francorum*, X, 38, págs. 200-2.

[8] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 298; *Gesta Francorum*, X, 38, pág. 200.

cifras no es necesario poner en duda, los efectivos de combate del ejército ascendían ahora a unos doce mil soldados de infantería y mil doscientos o mil trescientos caballeros. Había además muchos peregrinos, cuyo número no se atreve a afirmar, hombres demasiado viejos o enfermos para combatir, y mujeres y niños. La primera tarea de los asaltantes fue la de situar sus castillos de madera directamente junto a las murallas; esto exigía rellenar previamente la zanja que las rodeaba. Durante toda la noche y el día 14 los cruzados se entregaron a esta faena, sufriendo seriamente a causa de las piedras y el fuego líquido de las defensas, a los que replicaron con un duro bombardeo de sus propias catapultas. Hacia el atardecer del 14, los hombres de Raimundo consiguieron rodar su torre por encima de la zanja y adosarla a la muralla. Pero la defensa era tenaz, pues parece ser que el propio Iftikhar mandaba este sector. Raimundo no pudo poner pie en la misma muralla. A la mañana siguiente, la torre de Godofredo fue adosada a la muralla norte, cerca de la puerta de las Flores. Godofredo y su hermano, Eustaquio de Boloña, dominaban desde la parte alta. Hacia mediodía consiguieron tender un puente desde la torre hasta el lugar más elevado de la muralla, y dos caballeros flamencos, Litoldo y Gilberto de Tournai, condujeron por él a lo más granado del ejército lorenés, seguidos pronto de Godofredo. Una vez conquistado un sector de la muralla, las escalas de asalto permitieron a muchos más asaltantes trepar hacia el interior de la ciudad. Mientras Godofredo continuaba sobre la muralla animando a los que llegaban y mandando hombres a que abrieran la puerta de la Columna para que penetraran las fuerzas principales de la Cruzada, Tancredo y los suyos, que habían estado pegados a la retaguardia de los loreneses, entraron muy al interior de las calles de la ciudad. Los musulmanes, viendo desbordadas sus defensas, huyeron hacia Haram es-Sherif, el área del Templo, donde se hallaban la Cúpula del Peñasco y la mezquita de al-Aqsa, pensando en utilizar ésta como su último bastión. Pero no tuvieron tiempo de ponerla en condiciones para la defensa. Cuando se apiñaban en el interior y sobre el tejado, Tancredo ya se les echó encima. A toda prisa se rindieron a él, prometiendo un fuerte rescate, y tomaron su bandera para izarla en la mezquita. Ya habían profanado y saqueado la Cúpula del Peñasco. Entretanto, los habitantes de la ciudad huyeron en confusión hacia los barrios del Sur, donde Iftikhar aún resistía contra Raimundo. A primera hora de la tarde se dio cuenta de que todo estaba perdido. Se retiró hacia la torre de David, que ofreció entregar a Raimundo, con una gran suma de tesoros, a cambio de su vida y las vidas de su cuerpo de guardia. Raimundo aceptó las condiciones y ocupó la torre. Iftikhar y sus

hombres fueron escoltados sanos y salvos hasta las afueras de la ciudad y se les permitió reunirse con la guarnición musulmana de Ascalón[9].

Fueron los únicos musulmanes de Jerusalén que se salvaron. Los cruzados, enloquecidos por una victoria tan enorme después de haber sufrido tanto, se lanzaron por las calles y hacia las casas y mezquitas matando a cuantos encontraban en ellas, hombres, mujeres y niños. Durante toda la tarde y a lo largo de toda la noche prosiguió la matanza. La bandera de Tancredo no sirvió de protección a los refugiados en la mezquita de al-Aqsa. A primera hora de la mañana siguiente una partida de cruzados forzó la entrada en la mezquita y los mató a todos. Cuando Raimundo de Aguilers, avanzada la mañana, fue a visitar la zona del Templo, tuvo que andar abriéndose camino entre cadáveres y la sangre le llegaba hasta las rodillas[10].

Los judíos de Jerusalén huyeron en masa a su sinagoga principal. Pero se consideraba que habían prestado ayuda a los musulmanes, y no hubo ninguna indulgencia para con ellos. El edificio fue incendiado y todos murieron quemados dentro de él[11].

La matanza de Jerusalén causó profunda impresión en todo el mundo. Nadie puede decir cuántas víctimas hubo; pero Jerusalén quedó vacía de habitantes musulmanes y judíos. Incluso muchos de los cristianos quedaron horrorizados por lo que se había hecho, y entre los musulmanes, que habían estado dispuestos a aceptar a los francos como un factor más en la enmarañada política de la época, hubo una evidente decisión de que los francos tenían que ser expulsados desde aquel momento. Esta demostración de la sed de sangre del fanatismo cristiano dio origen al renacimiento del fanatismo del Islam. Cuando, después, latinos orientales más prudentes procuraban hallar una base sobre la cual pudieran colaborar los cristianos y los musulmanes, el recuerdo de la matanza se interponía en su camino.

Cuando ya no quedaban musulmanes que matar, los príncipes de la Cruzada fueron con solemne fausto por el barrio desolado de los

[9] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 293-300; *Gesta Francorum*, X, 38, páginas 202-4. Las versiones de estos dos testigos presenciales coinciden. Fulquerio de Chartres, I, xxvii, 5-13, págs. 295-301. Fulquerio y Raimundo están de acuerdo en que la entrada en la ciudad fue a mediodía. Los *Gesta* dicen que ocurrió a la misma hora en que murió Cristo. Alberto de Aix (VI, 19-28, págs. 47-83) nos ofrece una versión larga, pero menos fidedigna.

[10] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 300; *Gesta Francorum*, X, 38, páginas 204-6; carta de Daimberto, en Hagenmeyer, *op. cit.*, pág. 171; Abu'l Feda, *op. cit.*, pág. 4, e Ibn al-Athir, *op. cit.*, págs. 198-9, describen las matanzas. Este último reconoce a Raimundo el mérito de haber cumplido su palabra. Véase también Ibn al-Qalanisi, *Crónica de Damasco*, pág. 48.

[11] Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.*

cristianos, abandonado desde que Iftikhar había desterrado a sus habitantes, para dar gracias a Dios en la iglesia del Santo Sepulcro. Después, el 17 de julio, se reunieron para nombrar gobernante de la ciudad conquistada [12].

El gobernante que hubiese sido mejor recibido por la mayoría había muerto. Todo el ejército lamentaba que el obispo Ademaro del Puy no hubiese vivido para ver el triunfo de la causa que había servido. No podía creerse que, efectivamente, no lo hubiese presenciado. Un soldado tras otro afirmaban que había un guerrero luchando en primera línea entre los asaltantes, en el cual habían reconocido las facciones del obispo [13]. También otros que se hubiesen regocijado con la victoria, no sobrevivieron para conocerla. Simeón, patriarca de Jerusalén, murió pocos días antes en el destierro de Chipre [14]. Lejos, en Italia, el fundador de la Cruzada yacía enfermo. El 29 de julio de 1099, dos semanas después de que sus soldados entraran en la Ciudad Santa, aunque antes de que le hubiese podido llegar ninguna noticia, moría en Roma el papa Urbano II [15].

[12] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 300; *Gesta Francorum,* X, 38, pág. 206; Fulquerio de Chartres, I, xxix, 1-4, págs. 304-6.

[13] Raimundo de Aguilers, *loc. cit.*

[14] Alberto de Aix, VI, 39, pág. 489.

[15] «Vita Urbani II», en *Liber Pontificalis,* II, pág. 293.

Capítulo 18

«ADVOCATUS SANCTI SEPULCHRI»

«Por aquellos días no había rey en Israel.»

(Jueces, 18, 1.)

La meta había sido alcanzada. Jerusalén fue reconquistada para la Cristiandad. Pero, ¿cómo iba a ser conservada ahora? ¿Cuál iba a ser su forma de gobierno? El problema sobre el cual cada cruzado tenía que haber hecho conjeturas en privado no podía ser aplazado por más tiempo. Parece ser que la opinión pública, recordando que la Cruzada había sido proyectada por la Iglesia para gloria de Cristo, consideraba que era la Iglesia la que debía poseer la autoridad suprema. Si Ademaro del Puy hubiese vivido aún, no había duda de que a él se le hubiesen confiado los planes de una constitución y el nombramiento de sus funcionarios. Era querido y respetado, y conocía los deseos del papa Urbano. Probablemente proyectaba un estado eclesiástico bajo el patriarca Simeón, actuando él mismo como legado papal en calidad de consejero, y con Raimundo de Tolosa como protector secular y general de sus ejércitos. Pero no podemos pretender describir sus intenciones, ya que se las llevó a la tumba. El papa Urbano había nombrado, en efecto, un legado, aún no conocido por los cruzados, para que le sucediera: Daimberto de Pisa [1]. Pero Daimberto demostró ser personalmente tan ambicioso, y al

[1] Daimberto llegó a Laodicea en septiembre de 1099. Debió, por tanto, salir de Italia bastante antes de la toma de Jerusalén. Véase *infra*, págs. 283-284.

mismo tiempo tan fácilmente influenciable, que no podía ser considerado como intérprete de la política papal. No había ninguno entre los cruzados cuyo consejo fuera indiscutiblemente obedecido.

El 17 de julio se reunieron los jefes para tratar de las cuestiones inmediatas de la administración. Había que limpiar de cadáveres las calles y las casas, cuya disposición había que resolver. Los barrios en el interior de la ciudad tenían que ser asignados a los soldados y peregrinos. Había que hacer preparativos para enfrentarse con el próximo contraataque egipcio. También se discutió si se permitiría a Tancredo guardar todo el tesoro, en el que iban incluidas ocho enormes lámparas de plata, que él había cogido de la Cúpula del Peñasco [2]. Después algunos plantearon la cuestión de la elección de un rey. El clero en seguida se opuso. Las necesidades espirituales eran cuestión previa. Antes de que se pudiera elegir un rey, había que nombrar un patriarca que presidiría la elección. Guillermo de Tiro, escribiendo casi un siglo después, cuando ya la monarquía estaba plenamente admitida, consideraba este hecho, a pesar de ser arzobispo, como un intento escandaloso de la Iglesia de extralimitarse en sus derechos. Pero sólo molestó en la época porque sus promotores eran clérigos sin valor alguno. Era necesario un patriarca. Si aún hubiese vivido Simeón, sus derechos se habrían respetado. Ademaro le había apoyado, y los cruzados recordaban, agradecidos, los donativos que les había enviado a Antioquía. Pero ningún otro clérigo griego o sirio era admisible. Ninguno, en efecto, estaba en condiciones de pedir el cargo; pues el alto clero ortodoxo de Jerusalén había seguido al patriarca al destierro. La sede tenía que ser para un latino, pero entre los clérigos latinos no había por entonces ninguno que destacara. Después de la muerte de Ademaro, Guillermo de Orange era el más respetado de los obispos. Pero había muerto en Maarat an-Numan. El eclesiástico más eficaz era ahora un italo-normando, Arnulfo, obispo de Marturano. Propuso que su amigo Arnulfo Malecorne de Rohes, capellán de Roberto de Normandía, fuera nombrado patriarca, y él mismo sería recompensado con el archiepiscopado de Belén. Arnulfo no dejaba de ser descollante. Había sido tutor de la hija de Guillermo el Conquistador, la monja Cecilia, y fue ella quien indujo a su hermano Roberto a tomarle a su servicio y a prometerle un obispado. Era un predicador excelente y hombre de letras, aunque tenía fama de mundano y se le recordaba como enemigo de Pedro Bartolomé. Además, todo el tejemaneje parecía una conspiración normanda. El clero francés del sur, apoyado, sin duda, por Rai-

[2] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 300-1; *Gesta Francorum,* X, 39, página 206; Fulquerio de Chartres, I, xxviii, 1-2, págs. 301-3.

mundo de Tolosa, no colaboraría, y la propuesta de elegir un patriarca antes que un rey fue abandonada. El episodio no fue tan importante como creía Guillermo de Tiro. Según demostró el resultado, la opinión pública aún apoyaba a la Iglesia contra el poder secular[3].

Los días siguientes transcurrieron con intrigas a propósito del nombramiento para el trono. De los grandes príncipes que habían salido de Constantinopla, solamente cuatro quedaban con la Cruzada: Raimundo de Tolosa, Godofredo de Lorena, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía. Eustaquio de Boloña siempre había desempeñado un papel oscuro a la sombra de su hermano Godofredo; y Tancredo, a pesar de todas sus proezas, tenía pocos seguidores y era considerado poco más que un pariente pobre de Bohemundo. De éstos, Raimundo era el candidato más temible. Su edad, su riqueza, su experiencia y su larga convivencia con Ademaro eran tantos a su favor que ningún otro podía aportar. Pero era impopular entre sus colegas. Había demostrado demasiado a menudo y con excesiva arrogancia que se consideraba como el caudillo secular de la Cruzada. Su política de amistad con el Emperador desagradaba muchísimo, incluso a gran número de sus propios seguidores. Sus pocos meses de jefe indiscutible no habían tenido éxito; su fracaso en Arqa y la repudiación de la Sagrada Lanza habían dañado su prestigio, y, aunque su valor personal y su energía no se ponían en duda, no había llevado a cabo ninguna victoria como soldado. Como rey, sería despótico y autocrático, pero no inspiraría confianza ni con su mando militar ni con su política. De los otros, el más capaz era Roberto de Flandes. Pero se sabía que quería volver a su patria en cuanto Jerusalén estuviese segura. Roberto de Normandía era muy querido e imponía respeto como cabeza de la raza normanda. Pero no era un carácter extraordinario, y también él pretendía volver a Europa. Quedaba Godofredo. Como duque de la baja Lorena, había desempeñado en el pasado un puesto de más categoría que cualquier otro de sus colegas. No había sido un duque muy eficaz, y su conducta en Constantinopla había demostrado que tenía la terquedad suspicaz de un hombre débil y poco inteligente. Pero sus defectos de político y administrador eran desconocidos a los cruzados, que veían en él a un hombre gallardo y piadoso y a un devoto servidor de su causa. Se dijo

[3] Raimundo de Aguilers, XX, XXI, págs. 301-2; Guillermo de Tiro, IX, I, vol. I, parte I, págs. 364-6. Fulquerio de Chartres (I, xxx, 2, pág. 308) dice que no se eligió patriarca hasta que se obtuvo el consejo del Papa. Probablemente alude aquí al primer debate. Para los primeros hechos de Arnulfo, véase David, *Robert Curthose*, págs. 217-20. David le llama Arnulfo de Choques y opina que el nombre «de Rohes» es incorrecto.

que, cuando los electores pidieron referencias sobre la vida particular de cada jefe, el séquito de Godofredo no señaló en él ninguna falta, salvo una excesiva afición a los ejercicios piadosos [4].

No se sabe quiénes fueron los electores. Probablemente pertenecían al alto clero y a los caballeros que eran lugartenientes de los príncipes de la Cruzada. La corona fue ofrecida en primer lugar a Raimundo, pero él la rechazó. Su negativa ha sorprendido a los historiadores, por lo evidente que era su ambición de dirigir la Cruzada. Pero se dio cuenta de que el ofrecimiento no tenía el apoyo sincero de la mayoría de los cruzados y que sus colegas no se someterían de hecho nunca a su autoridad. Incluso sus propios soldados, ansiosos de volver a Europa, se manifestaron en contra de su aceptación. Por tanto, declaró que no quería ser rey en la Santa Ciudad de Cristo, esperando así hacer imposible que cualquier otro fuera rey. Los electores se volvieron, aliviados, hacia Godofredo, cuya candidatura sabían apoyada por Roberto de Flandes y Roberto de Normandía. Godofredo, tras algunas muestras de desgana, aceptó el poder, aunque rogó se le dispensara de llevar el título de rey. Quería ser llamado *Advocatus Sancti Sepulchri,* defensor consagrado al Santo Sepulcro [5].

Raimundo se consideró burlado. Pero Godofredo fue evidentemente sincero cuando renunciaba a ceñir una corona en la ciudad donde Cristo había sido coronado de espinas. Su ventaja principal era la de que su piedad equivalía a la piedad del cruzado medio. El nunca se desprendió de la convicción de que la Iglesia de Cristo debería ser la que, en última instancia, gobernase en Tierra Santa. Sólo fue después de su muerte y después de que el grueso de los peregrinos había salido para su patria, dejando tras de sí una colonia compuesta principalmente de aventureros y de mercaderes prácticos, cuando pudo ser coronado un rey en Jerusalén [6].

Raimundo tomó muy a mal la victoria de Godofredo. Era el dueño de la Torre de David, y se negó a someterla al nuevo gobernador, afirmando que pensaba quedarse en Jerusalén para celebrar en la ciudad la próxima Pascua de Resurrección, y que entretanto la Torre sería su residencia. Después de que Roberto de Flandes y Roberto

[4] Guillermo de Tiro, IX, I, vol. I, parte I, págs. 365-6.

[5] Raimundo de Aguilers, XX, pág. 301, escribe que Raimundo rechazó la corona; *Gesta Francorum,* X, 39, págs. 206-8, dice que Godofredo fue elegido *princeps civitatis* con el propósito de luchar contra los sarracenos; Fulquerio de Chartres, I, xxx, I, usa el título de *princeps;* Alberto de Aix, VI, 33, páginas 485-6, también menciona que Raimundo rechazó la corona; Guillermo de Tiro, IX, 2, vol. I, parte I, págs. 366-7. Para el título de Godofredo, véase Moeller, «Godefroid de Bouillon et l'Avouerie du Saint-Sépulcre», *passim.*

[6] Véase Chalandon, *Histoire de la première Croisade,* págs. 290-2.

de Normandía discutieron con él, aceptó dejarla a cargo del obispo de Albara hasta que una asamblea general de la Cruzada dilucidara el caso. Poco después de abandonar la torre, el obispo, sin esperar a una decisión judicial, la entregó a Godofredo. El obispo se excusó ante Raimundo, diciendo que él estaba indefenso y se vio forzado a ceder; pero el propio Raimundo de Aguilers vio las grandes cantidades de armas que el prelado, poco de fiar, llevó consigo cuando se trasladó a una casa del Santo Sepulcro. Pudo haber sido animado a este acto por aquellos hombres de Raimundo que deseaban inducir a su amo a que volviera a Francia. Airado, Raimundo declaró al principio que volvería en seguida a su patria. Salió de Jerusalén, pero descendió con todas sus tropas al valle del Jordán. Obediente a las instrucciones que le dio Pedro Bartolomé, condujo a sus hombres, llevando cada uno una palma, desde Jericó hasta el río. Cuando regresó, toda la gente, recitando oraciones y salmos, se bañó en el río santo y se vistió con ropas limpias; «aunque no sabemos aún por qué el santo varón nos dijo que hiciéramos todo eso», señala Raimundo de Aguilers. Sin deseos de regresar al escenario de su humillación en Jerusalén, Raimundo instaló después su campamento en Jericó [7].

El fracaso de Raimundo en asegurarse la corona debilitó a sus seguidores. Cuando el clero se reunió el 1.° de agosto para elegir un patriarca, la oposición de los provenzales a Arnulfo de Rohes fue inoperante. Seguro del apoyo de los loreneses y de los normandos de Francia y de Italia, el obispo de Marturano pudo convencer a la mayoría de la asamblea para nombrar a Arnulfo. En vano Raimundo de Aguilers y sus amigos objetaron que la elección era anticanónica, ya que Arnulfo no era ni siquiera subdiácono, y que sus costumbres eran tan dudosas que se habían hecho coplas sobre ellas en el ejército. Pero la opinión general recibió bien la entronización de Arnulfo [8]. Como político era moderado. Si el clero había esperado que fuese a imponerse a Godofredo, se desilusionaría. Consciente, tal vez, de que no tenía categoría para ser gobernador de Jerusalén, limitó sus actividades a los asuntos eclesiásticos. En este punto, sus aspiraciones eran las de latinizar la sede. Con la aprobación de Godofredo, nombró veinte canónigos para que celebraran servicios diarios en el Santo Sepulcro, y colocó campanas en las iglesias para convocar a la gente a la oración; los musulmanes nunca habían per-

[7] Raimundo de Aguilers, XX, págs. 301-2; Guillermo de Tiro, IX, 3, vol. I, parte I, págs. 367-8.

[8] Raimundo de Aguilers, XXI, pág. 30; *Gesta Francorum,* X, 39, pág. 208, llama a Arnulfo *sapientissimum et honorabilem virum;* Guillermo de Tiro, IX, 4, vol. I, parte I, pág. 369.

mitido a los cristianos que las usaran. Después despidió a los sacerdotes de los ritos orientales que habían celebrado servicios en la iglesia. Entonces, como ahora, había altares pertenecientes a todas las sectas de la Cristiandad oriental, no sólo griegos ortodoxos y georgianos, sino también armenios, jacobitas y coptos. La población cristiana indígena había regresado con fervor a la mañana siguiente de la conquista latina; pero ahora empezaba a lamentar el cambio de dueños. Cuando fueron expulsados de la ciudad por Iftikhar, algunos de los sacerdotes ortodoxos se llevaron la más sagrada de las reliquias de la Iglesia de Jerusalén, el fragmento mayor de la Verdadera Cruz. No querían entregarla ahora a un pontífice que ignoraba sus derechos. Sólo mediante la aplicación de la tortura pudo Arnulfo obligar a sus guardianes a revelar dónde estaba oculta. Pero, aunque su resentimiento era creciente, los cristianos ortodoxos nativos no tuvieron más remedio que aceptar la jerarquía latina. Su propio alto clero estaba disperso; nunca se les ocurrió nombrar obispos y patriarcas en oposición a los latinos. No había aún ningún cisma entre las ortodoxias oriental y occidental en Palestina, si bien Arnulfo había dado los primeros pasos para hacerlo inevitable. Las iglesias heréticas, que habían gozado de tolerancia bajo los musulmanes, se hallaron con que la conquista latina significaba para ellos el principio de un período de eclipse [9].

Las relaciones de Godofredo con sus colegas, que hasta entonces le habían apoyado, empeoraron después de su elección. Por alguna razón, pronto molestó a Roberto de Normandía, y Roberto de Flandes se volvió más frío hacia él. Tancredo se había marchado entretanto a Nablus, cuyos habitantes enviaron emisarios a Jerusalén para ofrecer su rendición a los cruzados. Tal vez para impedir su acostumbrada práctica de quedarse él solo con todo el botín, le acompañaba el hermano de Godofredo, Eustaquio de Boloña. Fueron bien recibidos en la ciudad, pero parece ser que no consiguieron ningún beneficio [10].

Poco después de su salida, llegó a Jerusalén una embajada egipcia, para reprochar a los francos su falta de fe y ordenarles que abandonaran Palestina. Seguían a la embajada las noticias de que un ejército egipcio, bajo el mando del visir al-Afdal, había penetrado en Palestina y avanzaba hacia Ascalón. En consecuencia, Godofredo se dirigió a Tancredo y a Eustaquio, diciendoles que bajaran a la llanura marítima e informaran sobre los movimientos del enemigo. Marcharon a toda prisa hacia Cesarea, y después doblaron hacia el

[9] Raimundo de Aguilers, *loc. cit.;* Fulquerio de Chartres, I, xxx, 4, páginas 309-10; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

[10] *Gesta Francorum,* X, 39, págs. 208-10.

Sur, en dirección a Ramleh. De camino apresaron a varios escuchas que habían sido desplegados en descubierta por los egipcios, y de los interrogatorios a los que les sometieron averiguaron el número y el orden de las fuerzas del visir. Calculando que al-Afdal estaba esperando que llegara su flota con nuevos suministros, y que no contaba con un ataque de los francos, enviaron emisarios a Godofredo para incitarle a que los cruzados le atacaran por sorpresa. Godofredo en seguida concentró su ejército y requirió a sus colegas para que se unieran a él. Roberto de Flandes respondió al llamamiento; pero Roberto de Normandía y Raimundo, que estaba aún en el valle del Jordán, contestaron que esperarían a que se confirmaran las noticias. Solamente después de que sus propios escuchas salieron para enterarse de lo que ocurría, accedieron a ponerse en marcha [11].

El 9 de agosto Godofredo salió de Jerusalén con Roberto de Flandes y todos sus hombres. Les acompañaba el patriarca Arnulfo. Cuando llegaron a Ramleh y se encontraron con Tancredo y Eustaquio, se dispuso que el obispo de Marturano volviera rápidamente a Jerusalén para anunciar lo peligrosa que era la situación y para instar a todos los hombres en condiciones de combatir a unirse al ejército. Roberto de Normandía y Raimundo se convencieron entonces y partieron de Jerusalén el día 10. Solamente una exigua guarnición permaneció en la ciudad, donde quedó Pedro el Ermitaño con instrucciones de celebrar servicios y hacer procesiones de rogativas, en las que tanto los griegos como los latinos orarían por la victoria de la Cristiandad. A primera hora del 11, toda la hueste de los cruzados se reunió en Ibelin, pocos millas más allá de Ramleh. En seguida avanzaron hacia la planicie de Ashdod, donde, entre la penumbra, descubrieron y cercaron los rebaños que los egipcios habían traído consigo para alimentar a sus tropas. Tras un breve descanso nocturno, subieron a la verde y fértil llanura de al-Majdal, precisamente al norte de Ascalón, donde estaba acampado el ejército del visir. Formaron en orden de batalla a la débil luz del alba, con Raimundo a la derecha, los dos Robertos y Tancredo en el centro y Godofredo a la izquierda; y tan pronto como las filas estuvieron dispuestas, cargaron sobre el ejército egipcio. A al-Afdal le cogió completamente por sorpresa. Sus servicios de escucha habían fallado y no creía que los francos estuvieran tan cerca. Sus hombres apenas ofrecieron resistencia. A los pocos minutos estaban huyendo víctimas del pánico. Algunos egipcios se refugiaron en un bosque de sicomoros, donde fueron quemados vivos. Por el flanco izquierdo, Raimundo obligó a retirarse a muchos soldados hasta el mar. En el centro, Roberto de

[11] *Ibid.*, págs. 209-10.

Normandía y Tancredo penetraron hasta el corazón del campamento; el cuerpo de guardia de Roberto conquistó el estandarte del visir y se apoderó de muchos objetos de su uso. El propio visir, con un puñado de oficiales, consiguió escapar hacia Ascalón y tomar un barco para volver a Egipto. En pocas horas quedó rematada la victoria, y la posesión de Jerusalén por los cruzados estaba asegurada [12].

El botín capturado por los vencedores fue inmenso. Roberto de Normandía compró el estandarte del visir por veinte marcos de plata al normando que se había apoderado de él, y se lo ofreció al patriarca Arnulfo. El alfanje del visir fue vendido a otro príncipe por sesenta besantes. Se hallaron lingotes de oro y piedras preciosas en enormes cantidades entre los pertrechos egipcios, y en manos cristianas cayeron muchísimas armas y animales. El sábado 13 de agosto regresaba a Jerusalén una procesión triunfante, cargada con el botín. Todo lo que no pudo ser transportado fue reducido a cenizas [13].

Los cruzados se dieron plena cuenta de la significación de la victoria. Pero aunque ésta aseguraba que los egipcios no podían recobrar el territorio que habían perdido, no significaba que toda Palestina fuese ocupada en seguida por los francos. La flota egipcia aún dominaba las costas y ofrecía protección a los puertos de mar. Godofredo había tenido la esperanza de coronar la batalla con la conquista de Ascalón; la guarnición de esta ciudad sabía que no podía resistir contra las fuerzas unidas de la Cruzada. Pero la matanza de Jerusalén no se había olvidado. Los musulmanes de Ascalón no querían en modo alguno padecer semejante suerte. Sabían que los únicos supervivientes de Jerusalén eran los que se habían rendido a Raimundo de Tolosa, cuya fama de caballerosidad se hallaba, por tanto, muy ensalzada. Enviaron emisarios al campamento de los cruzados para manifestar que sólo a él le entregarían la ciudad. Godofredo, profundamente suspicaz contra Raimundo desde el asunto de la Torre de David, se negó a reconocer cualesquiera condiciones de rendición que no le dieran la ciudad a él mismo. Raimundo estaba furioso y humillado, y en seguida emprendió la marcha en dirección Norte con todos sus hombres; y Roberto de Normandía y Roberto de Flandes estaban tan indignados por la mezquindad de Godofredo que también ellos le abandonaron. Sin su ayuda, Godofredo no podía arries-

[12] *Ibid.*, págs. 210-16; Raimundo de Aguilers, XXI, págs. 302-4; Fulquerio de Chartres, I, xxxi, I-II, págs. 311-18; Alberto de Aix, VI, 44-50, págs. 493-7; Ibn al-Athir, *op. cit.*, pág. 202.

[13] *Gesta Francorum*, X, 39, págs. 216-18; Raimundo de Aguilers, XXI, páginas 304-5; Alberto de Aix, VI, 47, pág. 495; Fulquerio de Chartres, I, xxxi, 10, págs. 316-17. Tanto Raimundo como los *Gesta* terminan sus versiones con la batalla de Ascalón.

garse a atacar Ascalón, cuya posesión para los francos se retrasó así más de medio siglo [14].

La pequeña ciudad de Arsuf se ofreció también a rendirse a Raimundo. Pero de nuevo Godofredo se negó a contraer semejante compromiso; y también Raimundo, furioso, volvió a marcharse. Los amigos de Godofredo manifestaron que Raimundo llegó a alentar a la guarnición de Arsuf a resistir contra Godofredo, cuya debilidad subrayó cuidadosamente al informarles [15].

Hacia finales de agosto, Raimundo y los dos Robertos habían decidido salir de Palestina. Tanto el duque de Normandía como el conde de Flandes querían ahora volver a sus patrias. Habían realizado su deber de cristianos y podían considerar sus votos como cumplidos. A pesar de sus recientes desavenencias, el ánimo de Godofredo se sintió afectado al verlos marchar. En su entrevista de despedida les encareció que cuando llegaran a Europa hicieran todo lo posible por procurar soldados que quisieran ir a Oriente para luchar por la Cruz, recordándoles cuán precaria era la posición de los que se quedaban en Tierra Santa. A principios de septiembre iniciaron su viaje, en dirección Norte, hacia la costa [16]. Les acompañaba Raimundo. Pero en su caso la partida no era tan terminante, ya que había jurado permanecer en Oriente. Había perdido Jerusalén; pero no existía razón para que no imitara ahora los ejemplos de Bohemundo y Balduino y encontrase su propio principado. El territorio que podía ofrecerle más posibilidades era la Siria central, sin riesgo y distante tanto de los turcos como de los egipcios, y principalmente en manos de los poco guerreros Banū Ammār. Contaría también con la posible ayuda de Bizancio [17].

Con Raimundo y los Robertos se fue la mayoría de sus hombres. Algunos se separaron de cada ejército para establecerse en Palestina. Pero, como contrapartida, cierto número de los hombres de Godofredo, entre ellos Balduino de Le Bourg, se dirigieron hacia el Norte, bajo la bandera del conde de Flandes. Tancredo y su escaso cortejo se quedaron en Palestina [18].

El viaje hacia el Norte se llevó a cabo sin dificultad. Los gobernadores musulmanes de las ciudades costeras se apresuraron a proporcionar al ejército provisiones según iban pasando por ellas. A me-

[14] Radulfo de Caen, CXXXVIII, pág. 703; Alberto de Aix, VI, 51, páginas 497-8.

[15] Alberto de Aix, *loc. cit.*

[16] Alberto de Aix, VI, 53, pág. 499; Fulquerio de Chartres, I, xxxii, I, págs. 318-20; Orderico Vital, X, II, vol. IV, pág. 69.

[17] Alberto de Aix, *loc. cit.* Es dudoso cuándo Raimundo se decidió por un principado en Siria central.

[18] *Ibid.*, VI, 54, págs. 499-500.

diados de septiembre llegaron a Tortosa, que aún estaba guarnecida por hombres de Raimundo, y prosiguieron hasta Jabala. En este punto los jefes se enteraron de noticias que les sorprendieron e inquietaron en gran medida [19].

Poco antes de su muerte, el papa Urbano había nombrado un legado para sustituir a Ademaro en Palestina. Su elección recayó en Daimberto, arzobispo de Pisa. Urbano conocía bien a su compatriota francés, pero se equivocó con los italianos. Daimberto había sido un arzobispo enérgico y era conocido por su interés en la guerra santa. El Papa le había enviado, por tanto, en 1098, como nuncio a la corte de Alfonso VI, rey de Castilla. Allí Daimberto se había acreditado por su mucho celo y competencia en sus esfuerzos por organizar la Iglesia en las tierras reconquistadas a los moros. Pero circularon rumores de que su administración no había estado exenta de corrupción, y sobre todo se le atribuía haberse quedado con una gran parte del tesoro que el rey Alfonso había enviado al Papa. A pesar de su vigor, resultaba evidente que era vanidoso, ambicioso y carente de honradez. Al nombrarle legado para Oriente, Urbano contribuyó mucho a deshacer su propia política [20].

Daimberto salió de Italia antes de terminar el año de 1098. Le acompañaba una flota pisana, fletada por la municipalidad de Pisa. Sin duda esperaba, gracias a su influencia sobre los pisanos, utilizarlos para afirmar su propia posición, mientras ellos, por su parte, veían lo útil que podría ser su ayuda para obtener algunas concesiones. Constituyeron una sociedad ilegal. En su crucero hacia Oriente se permitieron el lujo de hacer provechosas incursiones en las islas jónicas Corfú, Leuce, Cefalonia y Zante. Las noticias de sus tropelías pronto llegaron a Constantinopla, y el Emperador envió contra ellos una flota mandada por Taticio, que no hacía muchos meses había regresado de Antioquía, y por Landulfo, un marino italiano de nacimiento.

Los bizantinos intentaron interceptar a los pisanos cuando navegaban pasada Samos, pero llegaron demasiado tarde, y fracasaron también en su intento de capturarlos a la altura de Cos. Finalmente, las flotas se avistaron en aguas de Rodas. Los bizantinos forzaron el combate y apresaron un barco pisano, con un pariente de Bohemundo a bordo; pero se desencadenó una súbita tempestad que permitió

[19] *Ibid., loc. cit.*

[20] Alberto de Aix, VII, 7, págs. 51-2, da una versión hostil acerca de la vida pasada de Daimberto. Véase también *Annales Pisani* (ed. Tronci), vol. I, págs. 178 y sigs. Es posible que partiera antes de que Urbano se enterara de la muerte de Ademaro o bien fue nombrado legado durante el viaje o asumió la autoridad como eclesiástico principal en Oriente.

a los pisanos la huida. Luego los pisanos intentaron desembarcar en la costa chipriota, pero fueron rechazados con algunas pérdidas por el gobernador bizantino, Filocales. Después cruzaron hasta la costa siria, mientras la flota bizantina entraba en Chipre [21].

Desde la partida de sus colegas para Jerusalén, Bohemundo había estado ocupado en consolidarse en Antioquía. Poco podía temer de los turcos por entonces. Su preocupación principal la constituían los bizantinos. Sabía que el Emperador nunca le perdonaría; y, en tanto el Emperador poseyese la mejor flota en aguas orientales y el puerto de Laodicea, precisamente al sur de su territorio, no podía sentirse seguro. Hacia fines de agosto decidió resolver la cuestión y desplegar un ataque contra Laodicea. Pero sin fuerzas navales no podía hacer nada. Las fortificaciones eran sólidas, y la guarnición podía ser abastecida y reforzada desde Chipre. La llegada a las cercanías de la costa de una flota pisana que no debía agradar a los bizantinos fue, por tanto, muy oportuna, y se apresuró a llegar a un entendimiento con Daimberto y los capitanes pisanos, que le prometieron toda índole de ayuda [22].

El Emperador había ordenado a su almirante que castigara los actos de piratería cometidos por los latinos, pero deseaba evitar una ruptura abierta. Taticio estaba indeciso acerca de cómo afrontar este nuevo aspecto. Después de consultar con el gobernador de Chipre, pidió al general bizantino Butumites, que estaba en Chipre, probablemente como embajador plenipotenciario para el Oriente, que se trasladara a Antioquía y se entrevistase con Bohemundo. Pero Bohemundo se mostró intransigente y la embajada no tuvo éxito. Butumites regresó a Chipre y puso rumbo, con Taticio y el grueso de la flota, a Constantinopla, para informar de la situación y recibir ulteriores instrucciones. A la altura de Syce, en la costa occidental de Cilicia, muchos de los barcos bizantinos naufragaron a causa de una fiera tempestad; pero la escuadra del almirante pudo proseguir el viaje. Los barcos pisanos se situaron después de manera que podían bloquear Laodicea desde el mar [23].

En este momento llegaron a Jabala Raimundo y los dos Robertos. El que Raimundo se escandalizara con los acontecimientos de Laodicea resultaba natural. Le desagradaba cualquier cosa que pudiera hacer Bohemundo, y su política era la alianza con Bizancio. Pero sus colegas también estaban molestos. No obstante lo mucho que lamentaban algunos actos del Emperador, se daban cuenta de la necesidad de alguna colaboración entre los cristianos de Oriente y Occi-

[21] Ana Comneno, XI, x, 1-6, vol. III, págs. 41-4.
[22] Alberto de Aix, VI, 45, págs. 500-1.
[23] Ana Comneno, XI, x, 7-8, vol. III, pág. 45; Alberto de Aix, *loc. cit.*

dente, y estaban enfrentados con el problema de trasladar a sus ejércitos hacia Europa, tarea que sería casi imposible sin la ayuda bizantina. Sobre todo era inadecuado el que el nuevo legado papal en Oriente empezase su nunciatura con un acto que molestaría amargamente a la mayoría de los cristianos orientales. Daimberto fue citado a acudir al campamento de Jabala. Frente a las furiosas reconvenciones de los jefes, comprendió su error y revocó las órdenes dadas a la flota pisana. Sin la ayuda de ésta y la de sus colegas, resentidos contra él, Bohemundo tuvo que abandonar el sitio. Raimundo entró después en Laodicea, acompañado por los dos Robertos, con pleno asenso de sus habitantes, e izó su estandarte en la ciudadela, al lado de la bandera del Emperador. El gobernador de Chipre, enterado del nuevo giro de los hechos, anunció su aprobación y ofreció procurar pasaje franco para llevar a Roberto de Flandes y a Roberto de Normandía a Constantinopla, en la primera etapa de su viaje de retorno a la patria. El ofrecimiento fue aceptado y agradecido. Los dos Robertos navegaron libremente hasta Constantinopla, donde fueron bien recibidos por el Emperador. Rechazaron su proposición de permanecer en Oriente a su servicio; y, después de una breve estancia, continuaron viaje hacia Occidente. No sabemos cuántos de sus hombres habrán ido con ellos. Algunos se embarcarían en naves genovesas que iban directamente a Italia. Raimundo permaneció en Laodicea [24].

Entretanto, Daimberto se había reunido con Bohemundo en Antioquía. Bohemundo conocía a su hombre y no tardó en recobrar su influencia sobre él. El legado estaba ansioso de proseguir hasta Jerusalén, y Bohemundo decidió acompañarle. Con los otros cruzados, Bohemundo había hecho votos de orar en el Santo Sepulcro; y la falta de cumplimiento de su promesa estaba dañando su prestigio. La oportunidad de hacer la peregrinación con Daimberto y de asegurar así su alianza era demasiado buena para dejarla escapar. También había que pensar en el futuro de Jerusalén. Godofredo no tenía heredero natural y su salud era precaria. Bien podría el legado papal intervenir en la sucesión, y de cualquier suerte sería prudente tener conocimiento personal de la situación en la Ciudad Santa. Se anunció que Daimberto y Bohemundo partirían de Antioquía a fines de otoño, para estar en Jerusalén hacia Navidad [25].

Al enterarse de las noticias, Balduino envió a un emisario desde Edesa manifestando que quería unirse a la peregrinación. El también

[24] Alberto de Aix, VI, 56-66, págs. 501-5; Orderico Vital, vol. IV, páginas 70-2; Guiberto de Nogent, pág. 232.

[25] Fulquerio de Chartres, I, xxxiii, 1-6, págs. 322-6; Alberto de Aix, VII, 6, pág. 511.

tenía que cumplir su voto; le parecía que podía abandonar Edesa una temporada, y era evidentemente una cuestión de interés para todos el que el grupo fuese lo más nutrido posible. Pero también estaba interesado en la sucesión. Era hermano de Godofredo y su pariente más próximo en Oriente —ya que Eustaquio de Boloña debió de salir de Palestina inmediatamente después de Roberto de Flandes—, y era tan ambicioso como Bohemundo. Bohemundo habrá lamentado más tarde su compañía. Con Bohemundo y Balduino iban todos los hombres que pudieron ser retirados sin menoscabo de la defensa de sus territorios, y gran número de mujeres. Según Fulquerio de Chartres, llegaban a veinticinco mil [26].

Los peregrinos salieron a principios de noviembre. Bohemundo y Daimberto siguieron la calzada de la costa, con la flota pisana protegiendo el flanco marítimo. Cuando pasaron por Laodicea, Raimundo se negó a ayudarles con aprovisionamientos. En Bulunyas, un poco al Sur, se detuvieron para que les pudiese alcanzar Balduino; había llegado a Antioquía después de la salida de Bohemundo, si bien fue mejor recibido en Laodicea por Raimundo. Los habitantes de Bulunyas, griegos y cristianos, que evidentemente reconocían la autoridad del Emperador, no recibieron con agrado la llegada de los peregrinos y se mostraron realmente poco eficaces en la ayuda con suministros. Cuando los peregrinos prosiguieron la marcha, pronto empezaron a padecer hambre. Tortosa, por donde pasaron a fines de mes, había vuelto a manos musulmanas, y la guarnición atacó y asesinó a los rezagados que iban en la retaguardia de la peregrinación. No había comida que se pudiera obtener por aquella región, y muy poca en Trípoli, donde el pan se vendía a un precio tan elevado que solamente los ricos podían permitirse el lujo de comprarlo. Pudieron obtener algún alimento de la caña de azúcar que crecía en las cercanías de Trípoli; pero, aunque interesó a los peregrinos como novedad, era insuficiente para sus necesidades. El mes de diciembre se presentó insólitamente frío, y la lluvia caía sin cesar. La mortandad fue muy alta entre los ancianos y los más delicados, y pereció la mayoría de los animales de carga. Pero siguieron afrontando las dificultades sin detenerse en ningún sitio más de lo necesario. A mediados de diciembre llegaron a Cesarea, donde pudieron comprar alimentos, y el 21 de diciembre estaban en Jerusalén [27].

Godofredo se alegró de que hubiesen venido. Su necesidad de

[26] Fulquerio de Chartres *(loc. cit.)* dice que Bohemundo invitó a Balduino a que le acompañara, porque cuanta más gente fuera habría más seguridad. Fulquerio da la cifra de los peregrinos, que sin duda es exagerada *(ibid.*, 8, pág. 238).

[27] Fulquerio de Chartres, *ibid.*, 7-18, págs. 326-32.

hombres era apremiante, y confiaba en poder persuadir a muchos de ellos a permanecer en Palestina y ocupar las tierras que ahora podía ofrecerles. En esto tuvo algún éxito. Cuando Bohemundo y Balduino regresaron al Norte, varios caballeros y sus hombres se quedaron para seguir con él. La derrota de los egipcios en Ascalón había significado que, aunque las ciudades costeras, con la excepción de Jaffa, estaban aún en manos de gobernadores fatimitas, protegidos por la flota egipcia, las mesetas de Judea y Samaria habían escapado totalmente a sus dominios. Las aldeas de estas zonas estaban habitadas principalmente por cristianos, una población pasiva de modestos agricultores, sometida durante muchas generaciones a la prohibición de llevar armas y explotada por sus señores musulmanes, si bien el gobierno central había sido débil. Al principio, recibieron con alegría el cambio de jefes, y hacia finales del verano la autoridad de Godofredo se había impuesto hasta la llanura de Jezreel, al Norte, y más allá de Hebrón, hasta el Negeb, en el Sur, aunque allí, en la Judea meridional, su dominio era menos total, pues los nativos eran, en su mayor parte, musulmanes, y había una continua infiltración de beduinos procedentes del desierto. Hebrón, que los cruzados llamaron San Abraham, fue concienzudamente fortificada para vigilar aquella zona [28].

Entretanto, Tancredo, con un pequeño grupo de veinticuatro caballeros y sus hombres, penetró en Galilea. Galilea había sido disputada, hacía poco, entre los fatimitas y Duqaq de Damasco, pero Duqaq no había tenido tiempo de ocupar la provincia desde que los fatimitas fueron derrotados en Ascalón. Cuando su exiguo ejército se acercaba a Tiberíades, su capital, huyeron a territorio damasceno. Los cristianos, que habían sido minoría en la ciudad, los recibieron con alegría. Los judíos, que tenían allí una colonia numerosa, se mostraron más tristes, recordando la suerte que corrieron sus hermanos de Jerusalén. Tancredo fortificó Tiberíades, prosiguió después a la ciudad cristiana de Nazaret y al monte Tabor y redondeó su conquista con la captura y fortificación de Beisan (Scytópolis), que domina el paso desde la llanura de Jezreel al Jordán. Los musulmanes de Galilea se apresuraron a salir de la provincia, y Tancredo hizo seguir su partida de una serie de correrías rápidas y brillantes, al estilo de las de los árabes, por tierras musulmanas de los contornos. Estas acciones no sólo le permitieron entrar en posesión de un copioso botín, sino que le confirmaron en la posesión de Galilea. El Estado cristiano se vio así ampliado y convertido en un bloque sólido

[28] Según Guillermo de Tiro, Godofredo tenía solamente 300 hombres a caballo y 2.000 a pie (IX, 19, vol. I, pág. 393).

de territorio que separaba enteramente a las ciudades fatimitas de la costa de su *hinterland* de Transjordania y del Hauran. Con los egipcios sin estar en condiciones aún de poder tomarse el desquite por la derrota de Ascalón, y con Duqaq de Damasco demasiado comprometido en desavenencias familiares para arriesgarse a una guerra de agresión, Godofredo no tenía que enfrentarse con ningún peligro inmediato. Era una ventaja, porque con una fuerza de combate que Guillermo de Tiro, usando las estadísticas de la época, calculaba en trescientos caballeros y dos mil soldados de infantería, no habría podido resistir un contraataque en serio. Fue, sobre todo, la desunión de los árabes lo que permitió crear el pequeño Estado intruso en sus tierras [29].

Cuando iban juntos en dirección Sur, Daimberto y Bohemundo proyectaron su política futura. Godofredo necesitaba su ayuda. Necesitaba el poder naval que proporcionaban los barcos pisanos, cuya lealtad estaba en manos de Daimberto, y necesitaba caballeros en el mayor número posible de que Bohemundo pudiere desprenderse. Los peregrinos celebraron la Navidad en Belén. Una vez pasadas las fiestas, los recién llegados descubrieron su juego. El patriarca Arnulfo, que tenía muchos enemigos, y cuyo señor, el duque de Normandía, se hallaba lejos, fue depuesto, basándose en que su elección había sido anticanónica, y, por instigación de Bohemundo, Daimberto resultó elegido patriarca de Jerusalén para sustituirle. Corrieron rumores de que los regalos hechos tanto a Bohemundo como a Godofredo facilitaron el acuerdo. Inmediatamente después de su entronización, ambos, Godofredo y Bohemundo, se arrodillaron ante él y recibieron la investidura de los territorios de Jerusalén y de Antioquía [30].

La ceremonia fue significativa, y su intención era clara. La opinión pública entre los peregrinos consideró siempre que Tierra Santa debía ser patrimonio de la Iglesia. Pero Arnulfo no había tenido la autoridad ni la personalidad para establecer una supremacía sobre los poderes seculares. Daimberto llegaba como legado papal, con el prestigio que le daba el haber sido nombrado por el papa Urbano, y traía consigo la ventaja práctica de una flota y el poderoso apoyo de Bohemundo. El cruzado medio no negaría sus derechos y Godofredo, que, a pesar de sus arranques de terquedad, era un hombre débil y se sentía inseguro, compartía este auténtico respeto por la Iglesia. Esperaba que, al reconocer su soberanía, consolidaría su pro-

[29] Radulfo de Caen, CXXXIX, págs. 703-4; Guillermo de Tiro, IX, 13, vol. I, parte I, pág. 394.

[30] Alberto de Aix, VII, 7, págs. 511-12; Guillermo de Tiro, IX, 15, vol. I, parte I, pág. 387.

pia posición sobre la base moral adecuada y obtendría pleno apoyo para el gobierno secular del país. Aún no conocía a Daimberto. Las razones de Bohemundo eran más sutiles. El reconocimiento de la soberanía de Daimberto nada le costaba, ya que Daimberto estaría demasiado lejos para inmiscuirse en los asuntos de Antioquía. Estaba satisfecho de ignorar los derechos del patriarca de Antioquía, un griego del que sospechaba que era agente de Bizancio. Basando formalmente su autoridad en el principal eclesiástico latino en Oriente, daba una réplica que sería bien recibida por todos los latinos a los derechos que reclamaba para sí el Emperador, y podía confiar en su ayuda cordial para el caso de que el Emperador quisiese atacarle. Fue seguramente en esta ocasión cuando adoptó el título de príncipe de Antioquía. El título de príncipe (*princeps*), vinculado a un territorio, era poco conocido en Occidente, excepto en la Italia meridional, donde se usaba por ciertos normados que habían conquistado tierras lombardas y que no admitían otra autoridad suprema secular que la sede de San Pedro. Por tanto, era muy apropiado para Bohemundo. Por la misma época, su sobrino Tancredo adoptó el título de príncipe de Galilea, tal vez para demostrar que su soberano no era Godofredo, sino el patriarca. Daimberto estaba encantado con el homenaje que se le tributaba [31]. Urbano II pensaría probablemente que Tierra Santa se convirtiera en un patrimonio eclesiástico, aunque no había deseado trastornar las relaciones eclesiásticas existentes. Sin duda, habría recibido con agrado la sucesión de un latino en cada una de las sedes patriarcales de Oriente si se podía llevar a cabo con plena legalidad y pacíficamente. Pero dudamos que hubiese aprobado un acto por el cual el patriarcado de Jerusalén se arrogaba autoridad sobre el patriarcado de Antioquía, más antiguo e históricamente con derecho de precedencia. Daimberto reclamaba para el patriarcado derechos a la soberanía religiosa y secular en Oriente de la misma categoría que los que el papa Gregorio VII había proclamado para el Papado en Occidente. El momento había sido bien elegido, pues Urbano II había muerto. Las noticias de la subida de Pascual II, que fue elevado a la Silla de San Pedro el 13 de agosto, debieron llegar a Jerusalén hacia el invierno. Daimberto probablemente conocía a Pascual, que le había precedido como nuncio en España, y le sabía hombre de capacidad mediocre y escasa fuerza de carácter. Seguramente no pensaba causar ningún trastorno en tanto fuese reconocida su supremacía nominal [32].

[31] Véase Grousset, *Histoire des Croisades*, vol. I, págs. 194-6, y Moeller, *op. cit.*

[32] Para Pascual II, véase el artículo «Pascal II», por Amann, en Vacant y Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique*.

Balduino de Edesa no tributó homenaje al patriarca. Ignoramos si se le requirió para ello y se negó o si la cuestión no llegó ni siquiera a plantearse; sin embargo, parece ser que sus relaciones con Daimberto no eran cordiales [33].

Una vez celebrada la ceremonia, Bohemundo y Balduino partieron juntos, el día de Año Nuevo de 1100, hacia sus territorios. La mayoría de sus seguidores regresó con ellos, pero algunos se quedaron y fueron recompensados por Godofredo con feudos en Palestina. Godofredo y Daimberto acompañaron a los peregrinos hasta Jericó y el Jordán, donde pasaron la Epifanía, para celebrar la Bendición de las Aguas. Después, Bohemundo y Balduino doblaron hacia el Norte, siguiendo el valle hasta Beisan y luego hacia Tiberíades. En este punto decidieron no tomar la ruta costera que les llevaba a sus tierras, sino seguir directamente, pasando Baniyas y el valle de Litani, hacia Coele-Siria. No hallaron oposición alguna hasta que estaban bastante en el interior de Coele-Siria, cerca de las ruinas de Baalbek. La región era tributaria de Duqaq de Damasco, que proyectó cortarles allí el paso. La columna avanzaba con Bohemundo a la cabeza y con Balduino en la retaguardia cuando fue atacado por las fuerzas damascenas. Pero Duqaq tenía más interés en expulsarlos de su territorios que en destruirlos, y su ataque no fue muy vigoroso. Le rechazaron fácilmente, y los francos prosiguieron su camino, llegando al mar por el Buqaia, y desde allí, por la calzada costera después de Tortosa y Laodicea, a Antioquía. Antes de fines de febrero, Balduino estaba de regreso en Edesa [34].

El aumento de sus fuerzas armadas permitó a Godofredo extender su gobierno sobre las llanuras marítimas de Palestina. Su territoria había estado separado del mar, excepto por un pasillo que conducía a Jaffa. Durante el otoño había intentado ensanchar este pasillo mediante la conquista del pequeño puerto de Arsuf, al norte de Jaffa. Los hombres de Arsuf, después de su ofrecimiento de rendición a Raimundo de Tolosa, que había quedado nulo por la interferencia de Godofredo, consideraron prudente, una vez que Raimundo había salido de Palestina, llegar a algún acuerdo con Godofredo, a quien enviaron rehenes. A cambio de ello admitieron en su ciudad, en parte como residente y en parte como rehén, a un caballero de Hainault, Gerardo de Avesnes. Pero Godofredo deseaba un control más directo, y a fines de otoño marchó con un grupo exiguo de tropas a atacar la ciudad. Su primera víctima fue su amigo Gerardo de

[33] No hay pruebas de que Balduino tributara homenaje a Daimberto en calidad de conde de Edesa. Es evidente, según hechos posteriores, que desconfiaba de Daimberto.

[34] Fulquerio de Chartres, I, xxxiii, 19-21, págs. 332-4.

Avesnes, a quien los ciudadanos de Arsuf se apresuraron a atar y a colgar sobre las murallas, plenamente expuesto a las flechas de los asaltantes. En vano vociferaba Gerardo pidiendo a Godofredo que le salvara del suplicio; Godofredo, en efecto, contestó que, aunque estuviese colgado de la muralla su propio hermano Eustaquio, seguiría insistiendo en el asalto. Pronto fue arrastrado Gerardo al interior de la ciudad, traspasado por doce flechas de sus compatriotas. Pero su suplicio fue en vano. Los hombres de Godofredo no pudieron hacer ningún daño en las murallas, y las dos torres sobre ruedas que había construido fueron destruidas, una tras otra, por el fuego griego de la guarnición. El 15 de diciembre, Godofredo levantó el sitio. Pero dejó la mitad de su ejército en Ramleh con órdenes de asolar el campo en torno a Arsuf y de hacer imposible a los ciudadanos labrar sus tierras [35].

Con la llegada de refuerzos, Godofredo continuó su política en una escala más amplia. Sus hombres empezaron a hacer correrías por el *hinterland* de todas las ciudades fatimitas de la costa, Ascalón, Cesarea, Acre y Arsuf, hasta que ninguna de ellas pudo recibir suministros del campo. Al mismo tiempo, con la ayuda de los marinos pisanos, volvió a fortificar Jaffa y mejoró su puerto. Barcos de todos los puertos italianos y provenzales, atraídos por la perspectiva del comercio con el nuevo Estado, llegaban a aquella zona para unirse a los pisanos y participar en sus oportunidades. Con la ayuda de ellos, Godofredo pudo bloquear la costa de Palestina. Cada vez resultaba más difícil para los barcos fatimitas llevar suministros por mar a los puertos musulmanes. Había piratería en ambos bandos, pero, en conjunto, los que más padecieron fueron los ciudadanos de estos puertos [36].

A mediados de marzo, los egipcios, respondiendo a un llamamiento urgente, enviaron por mar un pequeño destacamento para reforzar la guarnición de Arsuf. Envalentonados con esta ayuda, los hombres de Arsuf organizaron una correría de represalia contra los francos, con el único resultado de caer en una emboscada, en la que murió la mayor parte del ejército. Desesperada, la ciudad envió entonces una embajada a Godofredo, que llegó el 25 de marzo a Jerusalén, llevándole el obsequio simbólico de las llaves de las torres y el ofrecimiento de pagar un tributo anual. Godofredo aceptó su sumisión y otorgó el derecho de recibir el tributo a uno de sus caballeros más eminentes, Roberto de Apulia. Pocos días después, Godofredo tuvo la agradable sorpresa de ver regresar a Jerusalén a Gerardo de Aves-

[35] Alberto de Aix, VII, 1-6, págs. 507-11.
[36] *Ibid.*, VII, 12-14, págs. 515-16.

nes. Se había curado de sus heridas y había sido devuelto ahora por las autoridades de Arsuf como prueba de buena voluntad. Godofredo, que había tenido remordimientos de conciencia sobre su suerte, le recompensó con el feudo de San Abraham, es decir, Hebrón [37].

Ascalón, Cesarea y Acre no tardaron en seguir el ejemplo de Arsuf. A principios de abril se reunieron los emires y enviaron emisarios a Godofredo, cargados con presentes de cereales, frutas, aceite y caballos árabes. Le ofrecían un tributo mensual de cinco mil besantes si se les permitía cultivar sus tierras en paz. Godofredo aceptó sus propuestas, y pronto se establecieron relaciones cordiales entre las ciudades musulmanas y su señor supremo cristiano. Varios jeques musulmanes de poca importancia, con sus dominios en las laderas de los montes, ya se habían sometido. Mientras Godofredo estaba acampado delante de Arsuf le había visitado una delegación de estos jeques, con donativos de comida, y los musulmanes se emocionaron con admiración por la sencillez con que vivía: una sencillez impuesta mucho más por su pobreza que por sus gustos. Se ajustaba a las ideas que tenían de un grande, aunque humilde, guerrero, y facilitó mucho la amistad entre ellos [38].

Los jeques de Transjordania fueron los siguientes en buscar un entendimiento con él. Habían tenido la costumbre de enviar el excedente de su producción a las ciudades de la costa, y el Estado franco les cortaba sus comunicaciones con aquélla. Solicitaron poder volver a mandar sus caravanas por Judea. Godofredo accedió a la petición, pero procuró desviar el comercio lo más posible hacia el puerto cristiano de Jaffa. Al mismo tiempo, se alentó a los italianos a interceptar, siempre que pudieran, todo comercio entre las ciudades musulmanas y Egipto, para que su actividad mercantil dependiera de los cristianos. Así, toda Palestina empezó a integrarse en un conjunto económico, con sus conexiones ultramarinas con Europa. La política franca devolvió rápidamente la riqueza y la prosperidad al Estado de los cruzados [39].

La influencia creciente entre sus vecinos musulmanes animó a Godofredo a intentar extender su gobierno sobre tierras más allá del Jordán. En el país de Suwat, al este del mar de Galilea, vivía un emir al que los cruzados llamaban el «campesino gordo». Tancredo había hecho correrías por su territorio y le había obligado a reconocer la soberanía franca, pero el «campesino gordo» se había sacudido el vasallaje en cuanto Tancredo salió de su país, y pidió ayuda a su señor, Duqaq de Damasco. Por tanto, Tancredo recurrió a Go-

[37] *Ibid.*, VII, 13, 15, págs. 515-16.
[38] *Ibid.*, *loc. cit.*; Guillermo de Tiro, IX, 20, vol. I, parte I, págs. 395-6.
[39] Alberto de Aix, VII, 14, pág. 516.

dofredo. Una posición en aquella zona permitiría a los francos desviar el rico comercio del Jaulan y del Hauran a los puertos de Palestina; por otra parte, la zona de Suwat era también famosa por su fertilidad. Godofredo estaba deseoso de unirse a la conquista de ella. Salió con sus tropas a principios de mayo, para combinar con las de Tancredo una correría que les llevó directamente por el territorio del «campesino gordo» hasta el corazón del Jaulan. Cuando volvían, cargados de botín, Duqaq cayó sobre la retaguardia, que estaba al mando de Tancredo. Godofredo, en vanguardia, prosiguió la marcha, ignorando lo que sucedía, y Tancredo sólo pudo salvarse después de perder a muchos de sus hombres y toda su parte en el botín. Pero Duqaq no se sentía lo bastante fuerte para perseguir a los francos. Habiéndose asegurado de que habían salido de sus territorios, regresó a Damasco. Godofredo marchó con su botín a Jerusalén, pero Tancredo ardía en ansias de venganza. En cuanto su ejército hubo decansado en Tiberíades y reunido refuerzos, dirigió otra correría a territorio damasceno con tanta furia que Duqaq mandó emisarios para proponer una tregua. A su vez, Tancredo despachó seis caballeros a Damasco con un mensaje diciéndole que o se hacía cristiano o tenía que abandonar su ciudad. Furioso por el insulto, Duqaq replicó a los emisarios que tenían que hacerse musulmanes o morir. Solamente uno renunció a su fe; los otros cinco fueron degollados. Tancredo en seguida pidió a Godofredo que le ayudara a vengar su martirio, y Godofredo partió inmediatamente para unirse a él en una expedición más formidable aún que la primera. Durante dos semanas devastaron el Jaulan, mientras los musulmanes estaban acobardados detrás de las murallas de sus ciudades. Duqaq, nervioso como nunca de comprometerse en una campaña, no hizo ningún intento de oponerse a ellos. El «campesino gordo» fue abandonado por su soberano y empobrecido por los francos, y accedió una vez más a aceptar a Tancredo como señor y a pagarle regularmente un tributo [40].

Aunque Godofredo estaba ganando prestigio entre sus vecinos musulmanes, dentro de sus propios dominios su poder declinaba. Sus relaciones con Tancredo, el más importante de sus vasallos, eran cordiales; pero parece que Tancredo, a consecuencia de todos sus requerimientos de ayuda a Godofredo, configuraba su política de acuerdo con sus propios deseos. Y mientras el príncipe de Galilea actuaba como un monarca independiente, Godofredo tenía su independencia cada vez más restringida por el soberano que había aceptado temerariamente, el patriarca Daimberto. Daimberto no estaba satisfecho con

[40] *Ibid.*, VII, 16-17, págs. 517-18.

que su señorío fuese nominal y teórico; deseaba basarlo en un poder positivo. Godofredo, siempre apocado ante la Iglesia y temeroso de perder la ayuda de los pisanos, no quería negarse a sus peticiones. El día de la Candelaria, el 2 de febrero, de 1100 entregó a la sede de Jerusalén una cuarta parte de la ciudad de Jaffa. Después, Daimberto pidió que se le debía dar el control no sólo de toda la ciudad de Jaffa, sino de la propia Jerusalén y de su ciudadela, la Torre de David. Godofredo volvió a ceder; pero, tal vez a instancias de sus indignados caballeros, insistió en que debía demorarse. En una solemne ceremonia el día de Pascua de Resurrección, 1.° de abril, dotó al patriarcado con ambas ciudades, pero declaró que seguiría en posesión de ellas hasta su muerte o hasta que conquistara dos ciudades del infiel. Era una solución poco satisfactoria, pues no era fácil erigir un reino estructurado en torno a una capital provisional. Parece ser que Godofredo no tenía ninguna organización gubernamental, excepto su propio séquito; tampoco podía esperar crearla ahora en Jerusalén. De haber sido Daimberto un gran administrador o, como Ademaro, un político prudente, habría sido posible incluso que el gobierno jerárquico que él proyectaba hubiese podido durar; pero su intento miope de apartar a los defensores seculares, a los que estaba vinculada la seguridad del Estado cristiano, de la capital habría sido desastroso. Incluso el respiro que ganó Godofredo sólo contribuyó a la incertidumbre del futuro. Pero la Providencia mostró su merced a Jerusalén [41].

Cuando volvió a Galilea, hacia el 18 de junio, de su expedición al Jaulan, Godofredo supo que una fuerte escuadra veneciana había entrado en Jaffa. Comprendiendo lo útil que sería para la vigilancia de las costas, se apresuró a salir para recibirla. Desde Tiberíades marchó, dejando atrás Acre y Haifa, a Cesarea. El emir, ansioso de demostrar respeto a su soberano, le invitó a un banquete, donde se le trató con los máximos honores. Desde el banquete, Godofredo marchó derecho a Jaffa. Empezaba a encontrarse mal cuando llegó al albergue que él mismo había mandado construir para visitantes distinguidos, y en el que quedó postrado. Sus amigos recordaban la mucha fruta que había comido en la mesa del emir y murmuraban acerca del veneno. En realidad, su enfermedad era probablemente el tifus. Al día siguiente recobró sus fuerzas lo bastante como para recibir al jefe de la flota veneciana y al obispo que le acompañaba, y para conferenciar sobre las condiciones en que ellos se prestarían a ayudar a los cruzados. Pero el esfuerzo era excesivo para él, y pidió a su séquito que le condujera a Jerusalén. Con el aire más fresco

[41] Guillermo de Tiro, IX, 16-17, vol. I, parte I, págs. 388-90.

de la capital se rehizo un poco; pero estaba demasiado débil para dirigir los asuntos [42].

En torno a su lecho de enfermo los políticos disputaban. Daimberto esperaba con impaciencia el momento de apoderarse de la ciudad. Los venecianos estaban ansiosos de concertar sus acuerdos. Llegaron en dos grupos a Jerusalén para orar en los Santos Lugares, el primero el 21 de junio y el segundo el 24; pero su jefe y su obispo probablemente permanecieron más tiempo para llevar a término las negociaciones. Habiéndose enterado de su llegada, y de la enfermedad de Godofredo, Tancredo marchó a toda prisa de Galilea hacia el Sur. Desde su cámara de enfermo, Godofredo delegó en su primo, el conde borgoñón Guarnerio de Gray, para actuar en su nombre, y dio su aprobación a las condiciones que pusieron los venecianos. Se les permitía comerciar libremente en el Estado franco; recibirían una iglesia y un mercado en cada ciudad del Estado; se les daría un tercio de cada ciudad que se conquistase con su ayuda, y toda la ciudad de Trípoli, por la que pagarían un tributo a Godofredo. A cambio de esto, ellos prestarían su ayuda a los cruzados desde el 15 de agosto [43]. Luego se celebraron conversaciones acerca de las ciudades que se atacarían durante ese verano. Se acordó que, a pesar del tratado entre el emir y Godofredo, Acre sería el principal objetivo, y que también se ocuparía Haifa. Tancredo esperaba asegurarse el principado de Acre; pero Godofredo prometió personalmente Haifa a su amigo Geldemaro Carpenel [44].

Durante la primera quincena de julio, Godofredo pareció encontrarse algo más fuerte y había esperanzas de que llegara a curarse. Se pusieron en práctica los planes para la expedición contra Acre. Las tropas de Tancredo se unieron a él en la capital, y Guarnerio de Gray se puso al frente de las tropas de Godofredo. El patriarca Daimberto decidió entonces acompañar a la expedición, para hacer patente su autoridad suprema en el país y para tener un voto autorizado en cualquier distribución del territorio. Desconfiaba de Guarnerio, y consideraba conveniente salir de Jerusalén cuando Godofredo estaba demasiado enfermo para tomar ninguna iniciativa y todos sus hombres se hallaban en la campaña. Nunca hizo un cálculo peor.

El patriarca, Tancredo y Guarnerio y todos sus hombres partieron de Jerusalén el 13 de julio y marcharon a Jaffa, para establecer

[42] Alberto de Aix, VII, 18, pág. 519. Mateo de Edesa, probablemente apoyándose en los rumores cristianos locales, dice rotundamente que Godofredo fue envenenado por el emir (II, clxv, pág. 299).

[43] *Translatio Sancti Nicolai in Venetiam*, *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte I, págs. 272-3; Alberto de Aix, VII, 19, pág. 519.

[44] *Traslatio Sancti Nicolai*, *loc. cit.*; Alberto de Aix, VII, 20, pág. 520.

contacto con los venecianos. Cuando se acercaban a Jaffa, Guarnerio cayó enfermo repentinamente. Era evidente que no estaba en condiciones de continuar la campaña; por eso se quedó cuatro días en Jaffa y fue llevado después en una litera a Jerusalén. Entretanto el ejército marchaba rápidamente hacia el Norte, a lo largo de la costa, y los barcos venecianos se prepararon a zarpar para proteger su flanco. Pero el viento norte los contenía y avanzaban poco [45].

Apenas había llegado Guarnerio a Jerusalén, cuando el fatigado corazón de Godofredo no pudo resistir más. El miércoles 18 de julio, confortado con los últimos auxilios de la Iglesia, Godofredo, duque de Lorena y Abogado del Santo Sepulcro, se sumió plácidamente en el descanso eterno. Había sido un gobernante débil e imprudente; sin embargo, las gentes de todas las naciones le habían respetado por su valor, su humildad y su fe. En Jerusalén, la noticia de su muerte se recibió con dolor. Durante cinco días estuvo de cuerpo presente; después fue enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro [46].

[45] *Translatio Sancti Nicolai, loc. cit.*

[46] Alberto de Aix, VII, 21, págs. 520-1; Guillermo de Tiro, IX, 23, vol. 1, parte I, pág. 399.

Capítulo 19

EL REINO DE JERUSALEN

«No, sino que un rey ha de haber sobre nosotros.»

(Samuel, 8, 19.)

Cuando yacía enfermo, Godofredo de Lorena había hecho testamento y, fiel a su promesa del día de Pascua, legaba la ciudad de Jerusalén al patriarca. Después de su muerte, no quedaba nadie con autoridad en Jerusalén, excepto Guarnerio de Gray. El patriarca y los caballeros importantes se hallaban todos en la campaña contra Acre. El mismo Guarnerio no era ya más que un moribundo, pero comprendió lo que había que hacer. Levantándose de su lecho de enfermo, ocupó en seguida la Torre de David, y la guarneció con la guardia personal de Godofredo. Luego, después de consultar con los oficiales del séquito de Godofredo, Mateo el Senescal y Godofredo el Chambelán; con Roberto, obispo de Ramleh, y con el ex patriarca Arnulfo, envió por la posta al obispo de Ramleh, con dos caballeros, a Edesa, para dar cuenta a Balduino de la muerte de su hermano y requerirle que se hiciera cargo de la herencia, porque ellos sólo obedecerían a un pariente suyo. El paso había sido planeado de antemano, ya que la invitación hecha a Balduino corría también entre algunos caballeros por entonces con el ejército, tales como Geldemaro Carpenel y Wicher el Alemán. El grupo estaba formado por loreneses y franceses del norte, que habían ido a la Cruzada con Godofredo o que se habían unido a él, y que se oponían duramente a los nor-

mandos e italianos, bajo cuya influencia había caído Godofredo. Pero guardaban bien su secreto, y pensaron que era prudente seguir aún guardándolo. No se dio la noticia de la muerte del duque al ejército [1].

Pero mientras los barcos venecianos estaban aún cerca de Jaffa esperando a que soplara el viento norte, les llegó un mensajero de Jerusalén para comunicarles que Godofredo había muerto. Su jefe, preguntándose en qué medida influiría esta noticia en la campaña, en seguida envió sus tres galeras más rápidas costeando para alcanzar a Tancredo y al patriarca y preguntarles cuáles serían ahora sus planes. La noticia cayó como un mazazo sobre el ejército, que tenía mucho afecto a Godofredo. Parece que Daimberto vaciló. Estaba preocupado por su herencia. Pero tenía confianza en el testamento de Godofredo, y creía que los loreneses carecían de jefe. Cuando Tancredo, que estaba decidido a no desperdiciar esta oportunidad de la ayuda veneciana, propuso que el ataque a Acre podía ser aplazado, aunque, al menos, debería conquistarse Haifa, el patriarca se mostró de acuerdo. Pero envió a un emisario suyo a Jerusalén para ocupar la Torre de David en su nombre [2].

El ejército avanzó hacia Haifa y acampó en las laderas del monte Carmelo; y poco después la escuadra veneciana entró en la bahía. Haifa estaba habitada en su mayoría por judíos, con una pequeña guarnición egipcia. Los judíos, recordando cómo les había ido a sus colonias en Jerusalén y Galilea, estaban dispuestos a defenderse hasta el fin. Los musulmanes les suministraron armas, y aquéllos se batieron con toda la tenacidad de su raza. Los venecianos, después de perder un barco en el puerto, salieron, desanimados, hacia la bahía, y Tancredo, furioso al saber inopinadamente que Godofredo había prometido Haifa a Geldemaro Carpenel, reunió a sus hombres y se retiró a gruñir a su tienda. Daimberto necesitó de todo su tacto para convencerle de reanudar el ataque. Señaló que los venecianos estaban ya preparándose para zarpar, y le prometió que procuraría que Haifa fuese entregada al mejor. Cuando Tancredo accedió a colaborar otra vez, lanzó un nuevo asalto. Después de un combate desesperado, fue asaltada la torre principal de las defensas y se forzó la entrada. Los musulmanes y judíos que pudieron escapar de la ciudad huyeron a Acre o a Cesarea; sin embargo, fueron degollados en su mayoría [3].

[1] Alberto de Aix, VII, 30, pág. 526; Guillermo de Tiro, X, 3, vol. I, parte I, págs. 403-4. Es evidente que los jefes de los ejércitos se enteraron de la muerte de Godofredo solamente por los venecianos.

[2] *Translatio Sancti Nicolai in Venetiam*, págs. 275-6; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

[3] Alberto de Aix, VII, 22-5, págs. 521-3; *Translatio Sancti Nicolai*, páginas 276-8.

Haifa cayó hacia el 25 de julio. Inmediatamente después los jefes del ejército celebraron una conferencia para decidir a quién se asignaría la ciudad. Tancredo poseía el mayor número de tropas y contaba con el apoyo de Daimberto. Geldemaro Carpenel no podía hacer nada contra él y fue expulsado de la ciudad. Se retiró, acompañado de los loreneses del ejército, y se dirigió al sur de Palestina, estableciéndose en Hebrón; el señor de esta zona, Gerardo de Avesnes, estaba probablemente aún en Haifa con Tancredo [4]. Después, Daimberto y Tancredo se reunieron para discutir la cuestión más importante, el gobierno futuro de Jerusalén. Por entonces, Daimberto ya tenía noticias de la capital. Su emisario se había entrevistado con Guarnerio de Gray en la Torre de David, y éste se negó a entregarla a los representantes del patriarca; también se enteró de que Balduino había sido llamado al Sur. Guarnerio murió el 23 de julio agotado por sus últimos esfuerzos; pero, aunque los amigos del patriarca vieron en su muerte la mano de Dios, castigándole por su impiedad, no les proporcionó ningún bien, ya que la Torre estaba segura en posesión de los loreneses [5]. Daimberto no podía esperar llevar a cabo sus pretensiones sin ayuda. La alianza con Tancredo era esencial, porque su principado se extendía ahora desde el este del mar de Galilea hasta el Mediterráneo, aislando del Norte a Jerusalén. Tancredo, por su parte, detestaba a Balduino, desde sus desavenencias en Cilicia, tres años antes. Con la plena aprobación de Tancredo, Daimberto decidió que el gobierno de Palestina debía ofrecerse a Bohemundo. Su propio secretario, Morellus, recibió el encargo de salir en el acto para Antioquía con una carta para el príncipe.

Daimberto no pensaba que Bohemundo se hiciera ninguna ilusión sobre la naturaleza de su futura soberanía. Iniciaba su carta recordando que Bohemundo le había ayudado a elegirle para el patriarcado de la sede que describía, con soberbia desconsideración hacia las prerrogativas de Roma, como madre de todas las iglesias y señora de las naciones. Después le refería las concesiones que había conseguido de Godofredo y se lamentaba de que el séquito del duque intentara impedirlas. Repetía las condiciones de la donación hecha el día de Pascua de Resurrección, y ponía de manifiesto que por aquélla, Jerusalén debería haber pasado a él a la muerte de Godofredo. Pero Guarnerio de Gray se había apoderado inicuamente de la Torre de David y había ofrecido la herencia a Balduino. En consecuencia, Daimberto requería a Bohemundo para acudir en su ayuda, igual que el padre de Bohemundo acudió en ayuda del papa

[4] Alberto de Aix, VII, 6, págs. 523-4. No hay ningún indicio de que Gerardo protestase de la acción de Geldemaro.

[5] Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

Gregorio VII cuando le oprimieron los emperadores alemanes —recuerdo que no era tan favorable a la Iglesia como parece haber pensado Daimberto—. Bohemundo debería escribir a Balduino para prohibirle que fuera a Palestina sin el permiso del patriarca; y si Balduino le desobedecía, entonces Bohemundo tendría que recurrir a la fuerza para detenerle. Es decir: para que el patriarca pudiera gobernar en Palestina, a despecho de los deseos de los caballeros en los que descansaba la defensa del país, el príncipe cristiano de Antioquía tenía que declarar la guerra al conde cristiano de Edesa [6].

No puede saberse qué habría contestado Bohemundo a la carta. Es improbable que hubiese sido lo bastante temerario como para arriesgarse a un conflicto con Balduino; tampoco, en el caso de haber ido a Palestina, habría permanecido mucho tiempo supeditado al patriarca. Pero la invitación no le llegó nunca. La felicidad de Daimberto se había acabado.

Durante los últimos meses había habido cambios en la situación en la Siria del norte. Raimundo de Tolosa había pasado los meses de invierno en Laodicea, gobernando esta plaza en condominio con los representantes del Emperador. Estaba en excelentes relaciones con el gobernador de Chipre, del que podía recibir suministros. En algún momento de la primavera recibió una carta de Alejo, agradeciéndole su ayuda y pidiéndole que entregase Laodicea a las autoridades bizantinas. También se incluía una invitación para visitar la corte imperial. Es probable que la carta fuese llevada desde Constantinopla por el eunuco Eustatio, recientemente ascendido a almirante de la flota imperial, que salió con una fuerte escuadra y en seguida emprendió la reconquista de los puertos de la Cilicia occidental, Seleucia y Corico, y que después extendió sus fuerzas más al Este sobre el territorio ciliciano de Bohemundo, ocupando Tarso, Adana y Mamistra. Raimundo aceptó la invitación y se embarcó rumbo a Constantinopla a principios de junio. En Chipre encontró a la escuadra veneciana que estaba en su ruta hacia Jaffa, y llegó a la capital imperial hacia fines de mes. Su esposa, la condesa Elvira de Aragón, que le acompañó en todos sus viajes, se quedó en Laodicea, bajo la protección de las autoridades bizantinas, con los restos de los ejércitos de Tolosa y Provenza [7].

El secretario de Daimberto, Morellus, llegó a Laodicea a fines de

[6] Alberto de Aix, VII, 27, pág. 524. El texto de la carta de Daimberto está recogido en Guillermo de Tiro, X, 4, I, págs. 405-6.

[7] Ana Comneno, XI, vii, 4, X, 9-10, vol. III, págs. 345-6; Fulquerio de Chartres, I, xxxii, I, págs. 320-1; *Translatio Sancti Nicolai*, pág. 271. El orden cronológico de Ana no está claro, pero la fecha puede confirmarse con las fuentes occidentales.

julio, de camino a Antioquía. Las autoridades le detuvieron para examinar sus papeles, y descubrieron la carta a Bohemundo. Los hombres de Raimundo, a los que se remitió la carta para su traducción, se indignaron tanto que la destruyeron y arrestaron a Morellus [8].

Si hubiese recibido Bohemundo esta carta, todo su porvenir habría sido más feliz. A principios de agosto, aún ignorante de los acontecimientos en Palestina, marchó desde Antioquía al Eufrates, respondiendo a un llamamiento de los armenios de Melitene. A principios de verano consiguió consolidar su frontera sudoriental, al otro lado del Orontes, derrotando a Ridwan de Alepo, que había contraatacado, y que se vio obligado a recurrir a la ayuda del emir de Homs [9]. Las relaciones entre Homs y Alepo eran demasiado inseguras como para preocupar a Bohemundo, incluso aunque los musulmanes pudieran reconquistar Tel-Mannas, que había quedado sin guarnición adecuada cuando la dejó Raimundo Pilet para trasladarse al Sur con el conde de Tolosa. Bohemundo se creyó capaz de extender sus dominios hacia el Norte. Debido a su carencia de fuerza naval, no pudo impedir que los bizantinos reconquistaran Cilicia; pero estaba ansioso de controlar los desfiladeros del Anti-Tauro, por donde pasaría probablemente cualquier expedición bizantina contra Antioquía. En consecuencia, cuando Gabriel de Melitene, esperando un ataque a Malik Ghazi Gümüshtekin, el emir danishmend de Sebastea, requirió su ayuda, Bohemundo respondió gustoso. Durante tres veranos el emir danishmend había hecho correrías por el territorio de Gabriel, y se temía ahora que marchara sobre la ciudad. Después de la experiencia de su yerno, Thoros de Edesa, Gabriel no quería llamar a Balduino, aunque estaba más cerca de él. En cambio, Bohemundo mostraba consideración hacia los armenios. Entre sus amigos se hallaban el obispo armenio de Antioquía, Cipriano, y Gregorio, obispo de Marash. Sirviéndose de su mediación, Gabriel ofreció ceder su ciudad a Bohemundo, con tal de que pusiera fin a la amenaza turca [10].

Antes de salir de Antioquía para acudir al llamamiento, Bohemundo realizó un acto que significó, de una vez para siempre, su ruptura con los griegos y que, en sus consecuencias, causó el primer cisma irreparable entre las iglesias griega y latina. Juan IV, que había sido repuesto como patriarca de Antioquía por Ademaro, seguía hasta entonces en su cargo. Pero era un griego, y Bohemundo sos-

[8] Alberto de Aix, *loc. cit.*

[9] Kemal ad-Din, *Crónica de Alepo,* págs. 588-9.

[10] Alberto de Aix, *loc. cit.;* Mateo de Edesa, II, clxvii, págs. 230-1; Miguel el Sirio (ed. Chabot), III, iii, pág. 187; Ibn al-Athir, *op. cit.,* págs. 203-4.

pechaba que tenía simpatía hacia los bizantinos y que animaba a los ortodoxos de su patriarcado a tener esperanza en la liberación por el Emperador. Bohemundo le expulsó entonces de la ciudad, y nombró en su lugar a un latino, Bernardo de Valence, que había sido capellán de Ademaro y a quien Bohemundo había nombrado recientemente obispo de Artah, llevándole a Jerusalén para su consagración. Autores latinos posteriores, como Guillermo de Tiro, deseosos de establecer la legalidad de la línea latina de los patriarcas de Antioquía, afirmaban que Juan ya había renunciado a la sede; pero, en realidad, Juan sólo renunció después de llegar a Constantinopla, para dejar el sitio libre a un sucesor griego. Se retiró a un monasterio en Oxia, donde escribió un tratado denunciando los usos latinos, en el cual hablaba con amargura de la opresión latina, y sus derechos fueron heredados por el patriarca elegido por su clero en el destierro. Así quedaron instituidas dos líneas rivales de patriarcas, una griega y otra latina, y ninguna quería ceder ante la otra. En Antioquía, por intervención de Bohemundo, el cisma entre las iglesias se hizo ahora definitivo, y el Emperador añadió a su ambición de devolver Antioquía al Imperio la determinación de reponer en el trono patriarcal la línea legítima [11].

Habiendo eliminado así la fuente principal de la posible traición en Antioquía, partió Bohemundo para Melitene. Como no le gustaba dejar su capital escasamente guarnecida, sólo llevó consigo a su primo, Ricardo de Salerno, y a trescientos caballeros, con un complemento de infantería. Le acompañaban los obispos armenios de Antioquía y Marash; y algunos de sus caballeros pueden haber sido armenios. Confiando en que, aun con tan exiguas fuerzas, podía vencer a los turcos, avanzó descuidadamente hacia las colinas que separaban a Melitene del valle del Aksu. Allí el emir danishmend le había tendido una emboscada, y súbitamente cayó sobre él. Los francos se vieron cogidos por sorpresa y cercados. Después de un breve y duro combate, su ejército fue aniquilado. Los obispos armenios fueron asesinados; y con Ricardo de Salerno, Bohemundo, tanto tiempo el terror del infiel, fue llevado a un ignominioso cautiverio [12].

[11] Guillermo de Tiro, VI, 23, vol. I, parte I, págs. 273-5; Orderico Vital, vol. IV, pág. 141, supone sin fundamento que el cambio fue hecho durante la cautividad de Bohemundo; no obstante, Bohemundo designó el sucesor; Radulfo de Caen, CXL, pág. 704. Véase Leib, *Deux Inédits Byzantins,* págs. 59-69. Existe constancia de la abdicación de Juan, fechada en 1100, en un Ms. en el Sinaí, recogido en Benechewitch, *Catalogus Codicum Manuscriptorum Graecorum,* pág. 279. Véase Grumel, «Les Patriarches d'Antioche du nom de Jean», en *Echos d'Orient,* vol. XXXII, págs. 286-98.

[12] Alberto de Aix, VII, 27-8, págs. 524-5; Fulquerio de Chartres, I, xxxv, 1-4, págs. 343-7; Radulfo de Caen, CXLI, págs. 704-5; Mateo de Edesa, *loc. cit.;*

Fue Balduino quien salvó la Siria septentrional para la Cristiandad. Cuando comprendió que había sido apresado, Bohemundo cortó un mechón de su pelo rubio y se lo confió a un soldado, que logró burlar el cerco de los turcos y llegar a Edesa. Allí, mostrando el mechón para probar su autenticidad, transmitió a Balduino el mensaje de Bohemundo. Este pedía ser rescatado antes de que los turcos tuvieran ocasión de llevárselo al interior de Anatolia. Pero Balduino estaba más ocupado con la salvación de los estados francos que con la persona de su antiguo amigo y rival. Salió en seguida con una pequeña fuerza que constaba sólo de ciento cuarenta caballeros; pero sus elementos de reconocimiento eran excelentes, y le precedió el rumor de que su ejército era muchísimo más numeroso. Malik Ghazi Gümüshtekin se dirigió, a la mañana siguiente de su victoria, hacia las murallas de Melitene, para exhibir a la guarnición las cabezas de sus víctimas francas y armenias. Pero cuando se enteró de la aproximación de Balduino, pensó que lo mejor sería retirarse con su botín y sus cautivos a su propio territorio. Balduino le siguió hasta las montañas; pero temía adentrarse demasiado en el campo, donde fácilmente podría caer en una emboscada, y tampoco se fiaba mucho de los habitantes indígenas. Después de tres días regresó a Melitene. Bohemundo y Ricardo de Salerno se alejaban, cargados de cadenas, para sufrir una larga prisión en el sombrío castillo de Niksar (Neocesarea), en las montañas del Ponto [13].

Gabriel de Melitene dio la bienvenida a Balduino como libertador y se apresuró a colocarse bajo su soberanía. A cambio de ello, Balduino le dejó cincuenta caballeros para que se cuidasen de la defensa de la ciudad. Gracias a ellos, Gabriel pudo rechazar un ataque danishmend algunos meses después, cuando los turcos recibieron la noticia de que Bohemundo había salido del Norte [14].

Hasta su regreso a Edesa, después de esta campaña, a fines de agosto, no recibió Balduino a los enviados de Jerusalén que habían llegado para darle cuenta de la muerte de su hermano. Pasó el mes de septiembre haciendo los preparativos para el viaje y el gobierno de Edesa. Su primo Balduino de Le Bourg estaba en Antioquía, donde parece ser que actuó en calidad de delegado de Bohemundo y tal vez como enlace entre los dos grandes jefes. Se le llamó a Edesa, donde Balduino le invistió con el condado bajo su soberanía. El 2 de octubre, Balduino salió con su séquito y con un cuerpo de guardia

Miguel el Sirio (ed. Chabot), III, iii, págs. 188-9 (habla de la traición armenia); Ibn al-Qalanisi, *Crónica de Damasco,* págs. 49-50; Ibn al-Athir, *op. cit.,* página 203; Kemal ad-Din, *op. cit.,* pág. 589.

[13] Alberto de Aix, XII, 29, págs. 525-6, y referencias en notas anteriores.

[14] Alberto de Aix, *loc. cit.*

de doscientos caballeros y setecientos hombres de infantería camino de Jerusalén, algo apenado, según nos cuenta su capellán Fulquerio, por la muerte de su hermano, si bien más satisfecho por la herencia [15].

Las esperanzas de Daimberto de que Bohemundo pudiese detenerle eran vanas. Bohemundo estaba sumido en el cautiverio, y los francos de Antioquía se hallaban encantados de poder recibir al hombre cuya intervención les había salvado de las consecuencias del desastre. Desde Antioquía, donde se quedó tres días, envió a su esposa y las damas de su séquito por mar hasta Jaffa, pues temía encontrarse con algún conflicto durante el viaje. En Laodicea, donde fue bien recibido por las autoridades y pasó dos noches, acudieron muchos soldados para unirse a sus fuerzas. Pero su entusiasmo tuvo corta vida, porque pronto se supo que los turcos de Damasco estaban decididos a aniquilar a los cristianos cuando avanzaran hacia la costa. Por el tiempo en que Balduino llegó a Jabala, sus fuerzas se habían reducido a ciento sesenta caballeros y quinientos hombres de infantería. A marchas forzadas llegó sin novedad a Trípoli. El nuevo emir de Trípoli, Fakhr al-Mulk, estaba en las peores relaciones imaginables con Duqaq de Damasco, que intentaba invadir el litoral libanés. Por tanto, fue para él un placer poder suministrar a Balduino no sólo todas las provisiones de boca que necesitaba, sino también las informaciones sobre los movimientos y propósitos de Duqaq.

Donde la calzada de Trípoli se acerca a Beirut, en el paso de Nahr el-Kelb o río del Perro, su camino discurre a lo largo de un estrecho arrecife entre las montañas y el mar. El paso era famoso desde los días de la Antigüedad, y cada conquistador que lo forzaba desde el Faraón Ramsés en adelante, celebraba su victoria con una inscripción en el frente del precipicio. Allí estaban esperando los damascenos a Balduino. Advertido por el emir de Trípoli, avanzó con mucha cautela, hasta encontrarse enfrentado a todo el ejército de Duqaq, apoyado por el ejército del emir Homs, mientras una escuadra árabe de Beirut se hallaba en la costa dispuesta a cortar su retirada. Su intento de cruzar el río contra fuerzas tan superiores fue un error, y sólo gracias a la noche pudo retirarse.

El emir de Homs instó a los damascenos a atacarle en la oscuridad; pero los generales de Duqaq preferían esperar al alba, cuando pudiese cooperar con ellos la flota musulmana. Durante la noche se contentaron con arrojar flechas contra las líneas francas. «Cómo deseaba yo estar de vuelta en la patria, en Chartres o en Orléans»,

[15] Fulquerio de Chartres, II, i, I, págs. 352-4; Alberto de Aix, VII, 31, pág. 527.

escribía Fulquerio al hacer el relato de la batalla, «y otros pensaban lo mismo.» Pero Balduino no se desanimó. A primera hora de la mañana siguiente fingió una nueva retirada; pero se cuidó de colocar en la retaguardia a sus hombres mejor armados. Los damascenos continuaban en su afanosa persecución; pero donde el camino volvía a estrecharse, más allá de Juniye, a unas cinco millas al Norte, Balduino dio inesperadamente la vuelta y lanzó el peso total de su ejército contra sus perseguidores. Esto les cogió por sorpresa y retrocedieron sobre las tropas que se apiñaban detrás de ellos. Pronto todo era confusión en el estrecho camino, y Balduino siguió adelante con sus ataques. Los barcos árabes no pudieron acercarse a la costa para ayudar a sus aliados, entre los que había cundido el pánico. Hacia el anochecer, todo el ejército musulmán había huido a las montañas o se refugiaba tras las murallas de Beirut. Balduino acampó durante la noche en Juniye, y a la mañana siguiente, cargado con el botín, su ejército cruzó el río del Perro sin oposición alguna.

Desde entonces, su viaje no fue ya interrumpido por los musulmanes. Pasó libremente cerca de Beirut y Sidón, y en Tiro el gobernador egipcio le envió gustoso provisiones. El último día de octubre llegó al puerto cristiano de Haifa. Haifa pertenecía a Tancredo; pero Tancredo estaba en Jerusalén, donde ayudaba a Daimberto en un vano intento de entrar en posesión de la Torre de David, arrebatándosela a los loreneses antes de que llegase Balduino. En su ausencia, los francos de Haifa ofrecieron abrir sus puertas a Balduino; pero le inspiraban sospechas y prefirió acampar fuera de las murallas. Cuando sus tropas hubieron descansado allí durante varios días, prosiguió el viaje, por la costa, hasta Jaffa. La noticia de su aproximación indujo a Tancredo a ir a toda prisa a Jaffa para procurar defender la ciudad contra él; pero los ciudadanos le expulsaron. Balduino entró en Jaffa en medio del entusiasmo de la plebe; pero no se detuvo en la ciudad. El 9 de noviembre siguió su marcha hacia las colinas y entró en Jerusalén [16].

Según se acercaba a la ciudad, los habitantes salieron a recibirle con inmensas manifestaciones de júbilo. Entre la muchedumbre no se hallaban sólo los francos, sino también había griegos, sirios y armenios entre la multitud, que, desde fuera de las murallas, le escoltó en homenaje hasta el Santo Sepulcro. Sus enemigos se habían dispersado. Daimberto abandonó el palacio patriarcal y se retiró a un monasterio en el monte Sión, donde pasó sus horas en oración y ejercicios piadosos. Tancredo se marchó hacia el Norte, a sus tie-

[16] Fulquerio de Chartres, II, i, 2-iii, 9, págs. 354-66, un vívido relato de un testigo presencial del viaje; Alberto de Aix, VII, 32-5, págs. 527-31.

rras de Galilea. La anarquía que se apoderó de Palestina desde la muerte de Godofredo había terminado. El domingo 11 de noviembre, festividad de San Martín, con la aprobación y el regocijo generales, Balduino adoptó el título de rey de Jerusalén [17].

Balduino era demasiado prudente para ser vengativo. Los enemigos de Daimberto, como el ex-patriarca Arnulfo, habían esperado presenciar su inmediata desgracia. Pero Balduino no tomó ninguna medida contra él. Le dejó en plena posesión de sus derechos mientras él mismo partía a una campaña contra los árabes, y Daimberto acabó por darse cuenta de que haría bien en aceptar su derrota y sacar el mayor beneficio de ella. Cuando Balduino volvió a Jerusalén, a mediados de diciembre, Daimberto estaba dispuesto a hacer las paces. Sus esperanzas de establecer una teocracia activa se habían desvanecido, pero podía conservar aún su soberanía nominal y ejercer una gran influencia sobre el reino. Balduino, que no había perdido de vista el dominio de Daimberto para la ayuda pisana, le perdonó satisfecho y le confirió en su sede [18]. Tancredo fue más violento. Balduino le citó en Jerusalén para responder de su desacato a los conocidos deseos de Godofredo sobre el destino de Haifa. Por dos veces Tancredo desobedeció a la llamada, antes de aceptar finalmente encontrarse con Balduino en las orillas del pequeño río Auja, entre Jaffa y Arsuf. Pero, a la hora de la cita, Tancredo no se presentó y solicitó, en cambio, una entrevista en Haifa. Se encontró una solución más sencilla. Los francos de Antioquía no tenían jefe desde el cautiverio de Bohemundo y la marcha de Balduino de Le Bourg para administrar Edesa. Propusieron que Tancredo fuese a Antioquía para gobernar allí como regente en nombre de su tío. Para Tancredo, la proposición ofrecía un campo nuevo y más amplio, donde no sería eclipsado por Balduino; éste, por su parte, se sintió feliz al verse libre con tan poco trabajo de un vasallo en el que no confiaba y al que no quería. La entrevista en Haifa tuvo lugar a principios de marzo de 1101, en una atmósfera de cordialidad. Tancredo devolvió a Balduino el feudo de Galilea y partió para Antioquía con los mejores deseos del monarca [19].

Ya el día de Navidad de 1100, en la iglesia de la Natividad, en

[17] Fulquerio de Chartres, II, iii, 13-14, págs. 368-9; Alberto de Aix, VII, 36, págs. 531-2; Guillermo de Tiro, X, 7, I, págs. 410-11.

[18] Fulquerio de Chartres, II, iii, 15, págs. 369-70; Guillermo de Tiro, X, 9, I, pág. 413.

[19] Fulquerio de Chartres, II, vii, I, págs. 390-3; Alberto de Aix, VII, 44-5, págs. 537-8.

Belén, Balduino había tributado homenaje al patriarca Daimberto, que le ciñó la corona real[20].

Así, más de cuatro años después de haber salido de sus tierras los grandes príncipes hacia la Cruzada, se fundó el reino de Jerusalén. De todos los grandes caudillos, fue Balduino, segundón sin fortuna del conde de Boloña, el que había triunfado. Uno tras otro, sus rivales fueron eliminados. Muchos de ellos habían regresado a Occidente: Roberto de Normandía, Roberto de Flandes, Hugo de Vermandois y Esteban de Blois. Su propio hermano Eustaquio de Boloña, que podía haber esperado la herencia de Godofredo, prefirió sus tierras junto al Canal. De sus principales competidores en Oriente, Bohemundo yacía, desvalido, en una prisión turca, y Raimundo, aún sin territorio, estaba en Constantinopla como cliente del Emperador. Pero Balduino supo esperar la hora propicia y aprovechar las ocasiones. Había demostrado ser, entre todos ellos, el más capacitado, el más paciente y el más perspicaz. Recibió su recompensa, y el porvenir iba a demostrar que la merecía. Su coronación fue gloriosa y puso un colofón esperanzador a la historia de la primera Cruzada.

[20] Fulquerio de Chartres, II, vi, I, págs. 384-5; Alberto de Aix, VII, 43, págs. 536-7; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

APENDICES

Apéndice I

FUENTES PRINCIPALES PARA LA HISTORIA DE LA PRIMERA CRUZADA

Las fuentes coetáneas o muy próximas abarcan casi totalmente la historia de la primera Cruzada. Analizo en las notas los problemas que surgen de las fuentes menores y secundarias, pero las principales, aquellas de las que constantemente dependemos y que no siempre concuerdan entre sí, necesitan de una apreciación crítica de conjunto con objeto de establecer su valor relativo.

1. *Fuentes griegas*

La única fuente griega de importancia primordial es la *Alexiada,* de Ana Comneno, biografía del emperador Alejo narrada por su hija predilecta. Ana escribió su libro aproximadamente cuarenta años después de que acontecieran los hechos de la primera Cruzada, siendo ya anciana. Tal vez su memoria no siempre le era fiel, y especialmente su cronología resulta en ocasiones confusa. Debe añadirse que escribió a la luz de acontecimientos posteriores. Sentía además un gran afecto hacia su padre, y deseaba demostrar que Alejo había actuado siempre con prudencia, escrupulosamente y lleno de bondad. Tendía, por consiguiente, a suprimir todo aquello que, a su juicio, pudiera ser interpretado en menoscabo de su padre o de los amigos de éste. La obra no constituye una fuente fidedigna por lo que se re-

fiere a los hechos ocurridos fuera de las fronteras del Imperio; en tales casos su relato está influido por sus prejuicios, y así ocurre en lo relativo a la carrera del papa Gregorio VII. A pesar de todo, los historiadores modernos están predispuestos en demasía a menospreciarla. Era una mujer inteligente, muy culta, y, minuciosa como historiador, trataba de comprobar las fuentes. Aunque escribió en la ancianidad, tenía desde mucho tiempo atrás el propósito de constituirse en biógrafo de su padre, y debió recoger la mayor parte de los materiales a lo largo de su vida, cuando tenía libre acceso a los documentos oficiales. Cuando sigue a un informador fidedigno, así en el relato de la marcha de los cruzados a través de Anatolia, para el cual, como es evidente, utilizó los informes de Taticio, refrena sus prejuicios y, aunque comete pecados de omisión, no puede culpársela de partidismo al describir los hechos que tuvieron lugar en Constantinopla o en cualquier otro lugar del Imperio. Gozaba de la confianza de su padre, y estuvo en contacto directo con muchas de las personas y hechos que describe. Fácil es hacer concesiones en cuanto a su piedad y prejuicios, pero, una vez salvado este punto, su testimonio debe ser preferido a cualquier otro en todos los asuntos que conciernen directamente a Bizancio [1].

Los cronistas Zonaras y Glycas [2] y el popular y breve escrito *Synopsis Sathas* [3] aumentan muy poco nuestros conocimientos. No se conserva ningún documento oficial bizantino referente a la Cruzada, excepto las cartas que Alejo escribió a los príncipes y jerarcas de Occidente, que conocemos por traducciones latinas no muy exactas. Escasa información añaden las cartas de Teofilacto, arzobispo de Bulgaria, editadas hasta el presente de manera inadecuada [4].

2. *Fuentes latinas*

Las fuentes latinas son más numerosas, y de ellas procede la mayor parte de nuestra información.

Raimundo de Aguilers (o Aighuilhe, en el Loira superior) se unió a la Cruzada con los hombres de Ademaro del Puy, y pronto llegó a ser capellán de Raimundo de Tolosa. Comenzó a escribir su crónica, *Historia Francorum qui ceperunt Jerusalem*, durante el sitio de An-

[1] La última edición de Ana Comneno está publicada en la *Collection Budé* y editada por Leib con una extensa introducción y notas. *Ana Comnena*, de Mrs. Buckler, constituye un detallado estudio crítico de la *Alexiada*. Existe una traducción inglesa de la *Alexiada* por E. A. S. Dawes (Londres, 1928).

[2] Publicados ambos en Bonn, *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*

[3] Publ. en Sathas, *Bibliotheca Graeca Medii Aevi*, vol. VII.

[4] Las cartas de Teofilacto están rescogidas en *M. P. G.*, vol. CXXVI.

tioquía, y la terminó a fines de 1099. Relata principalmente la historia de la expedición del conde Raimundo; pero no por ser un leal francés del sur deja de criticar a su jefe, desaprobando la dilación del conde en marchar sobre Antioquía y su política pro-bizantina. Sólo en un caso (véase *supra*, pág. 259) menciona a los griegos sin ningún comentario hostil. Su participación en el episodio de la Santa Lanza ha dado origen a las dudas de los críticos acerca de su veracidad, pero dentro de ciertos límites es realmente sincero y está bien informado. Su obra pronto se divulgó ampliamente; a pesar de que algunos de los manuscritos primeros están interpolados, no ha sido reeditada [5].

Fulquerio de Chartres asistió al Concilio de Clermont, y fue a Oriente en la mesnada de su señor, Esteban de Blois. En junio de 1097 fue nombrado capellán de Balduino de Boloña, y desde entonces perteneció a su séquito. Escribió los *Gesta Francorum Iherusalem Peregrinantium* en tres períodos: 1101, 1106 y 1124-7. Es el más culto de los cronistas latinos y el más digno de crédito. Aunque partidario de Balduino, su visión de las cosas es notablemente objetiva. Solamente en su tercer período se percibe cierta animosidad contra los bizantinos; su punto de vista acerca de los cristianos de Oriente es en general honesto y amistoso. Su obra fue muy utilizada por los cronistas posteriores [6]. Bartolfo de Nangis, que escribió probablemente en Siria, publicó hacia 1108 una edición de los primeros capítulos, con algunas adiciones principalmente topográficas [7]. Se atribuye a Lisardo de Tours un resumen sucinto de los capítulos posteriores [8] Guillermo de Malmesbury, Ricardo de Poitiers y Sicardo de Cremona utilizaron la crónica de Fulquerio de Chartres como fuente principal para escribir sobre la Cruzada [9].

El más popular de los relatos de la Cruzada fue en su época el de los *Gesta Francorum et Aliorum Hierosolimitorum*. Se escribió, probablemente, en forma de diario, por uno de los seguidores de Bohemundo que fue a Jerusalén con Tancredo. Termina con la relación de la batalla de Ascalón, en 1099, y fue publicado por primera vez en 1100 o a principios de 1101. Ekkehard lo leyó en Jerusalén en 1101. Sin embargo, aun el manuscrito más antiguo tiene interpolaciones, tales como una descripción «literaria» de Antioquía y un frag-

[5] Publ. en *Recueil des Historiens des Croisades*. Hay material para una buena edición crítica.

[6] La publicación por Hagenmeyer, completamente anotada, ha reemplazado a la del *Recueil*.

[7] Publ. en *Recueil*. Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, pág. 11, n. 1.

[8] Publ. en *Recueil*.

[9] Véase Cahen, *loc. cit.*, La crónica de Sicardo ya no existe.

mento que falsifica los convenios de Bohemundo en Constantinopla (véase *supra,* pág. 159, n. 14), inspirado por el propio Bohemundo en 1105, igual que un fragmento tomado de Raimundo de Aguilers. El autor era un simple soldado, honrado dentro de sus alcances, pero crédulo, con prejuicios y ferviente admirador de Bohemundo. El gran éxito de los *Gesta* fue debido principalmente a los esfuerzos de Bohemundo. Los consideraba como su apología, y los difundió él mismo por la Francia del norte durante su visita a estos lugares en 1106 [10]. Al poco tiempo fueron transcritos de nuevo por un monje poitevino, también cruzado, a quien llamaban Tudebodo. Su versión, *De Hierosolymitano Itinere,* contiene algunos recuerdos personales [11]. Hacia 1130 apareció la *Historia Belli Sacri,* inarmónica compilación escrita por un monje de monte Cassino, basada en los *Gesta,* pero con algunos pasajes tomados de Radulfo de Caen, de alguna fuente ahora perdida y de legendarias tradiciones que circulaban por entonces [12]. Los *Gesta* fueron copiados varias veces; hacia 1109, por Guiberto de Nogent, que añadió su información personal y algunos pasajes de Fulquerio y que intentó imprimirles un tono más crítico y moralizador [13]; la versión de Baudri de Bourgueil, arzobispo de Dol, escrita alrededor de 1110, intenta mejorar el estilo literario [14]; y la de Roberto de Reims, *Historia Hierosolymitana,* popular y en cierto modo romántica, apareció hacia 1122 [15]. Inspiró también una corta obra anónima, *Expeditio contra Turcos,* y los capítulos sobre las Cruzadas en las crónicas de Hugo de Fleury y Enrique de Huntingdon [16].

Tres cronistas importantes de la primera Cruzada no tomaron parte en ella. Ekkehard, abad de Aura, fue a Palestina con los cruzados germanos en 1101. A su regreso a Alemania, hacia 1115, compuso una obra titulada *Hierosolymita,* con la intención de que constituyera una parte de la crónica del mundo que había visto. Está elaborada con algunos recuerdos personales y los relatos que le contaron a él y a su amigo Frutholf de San Michelsberg participantes efectivos en la Cruzada, todo ello complementado con información

[10] La última publicación es la de Bréhier, bajo el título *Histoire Anonyme de la Première Croisade.* Las notas de la edición de Hagenmeyer de *Anonymi Gesta Francorum* (Heidelberg, 1890) son todavía útiles.

[11] Publ. en *Recueil.* Véase Cahen, *op. cit.,* págs. 8-9.

[12] Publ. en *Recueil.* Véase Cahen, *loc. cit.*

[13] Publ. en *Recueil.* Véase Cahen, *loc. cit.*

[14] Publ. en *Recueil.* Véase Cahen, *loc. cit.*

[15] Publ. en *Recueil.* Véase Cahen, *loc. cit.*

[16] En el quinto volumen de *Recueil* están recogidos resúmenes de Hugo y Enrique. La *Expeditio contra turcos* está publicada con Tudebodo en el tercer volumen.

tomada de crónicas ya publicadas. Cita con frecuencia sus fuentes, pero se trata de un hombre crédulo [17].

Radulfo de Caen fue a Siria en 1108. Había servido a Bohemundo en la campaña del Epiro en 1107, y luego se unió a Tancredo. Después de la muerte de éste, escribió hacia 1113 los *Gesta Tancredi Siciliæ Regis in Expeditione Hierosolymitana*. El libro, del que sólo se conserva un manuscrito, está inconcluso. El estilo es el propio de un hombre ignorante, aunque pretencioso. Contiene cierta información sobre su protagonista, pero, por lo demás, sigue a obras ya conocidas. El autor, sin embargo, parece no haber leído los *Gesta Francorum* [18].

El relato coetáneo más completo de la primera Cruzada lo constituye el *Liber Christianæ Expeditionis pro Ereptione, Emundatione et Restitutione Sanctæ Hierosolymitanæ Ecclesiæ*, de Alberto de Aix (Aquisgrán), escrito alrededor de 1130. Nada sabemos de Alberto, salvo que nunca estuvo en Oriente. Hasta mediados del pasado siglo se le consideró como la fuente más autorizada para la primera Cruzada, e historiadores como Gibbon confiaban plenamente en él. Pero a partir del criticismo destructivo de Von Sybel se ha puesto de moda desacreditarle más allá de los límites debidos. Su obra constituye una compilación de leyendas y relatos de testigos presenciales, yuxtapuestos con escaso sentido crítico y sin mencionar las fuentes. Su versión sobre los comienzos de Pedro el Ermitaño es claramente inaceptable, pero los datos relativos a la expedición de Pedro se los proporcionó, sin duda, alguien que participó en ellas. Detalles como el del tiempo que se empleó en las diferentes etapas de la marcha son plenamente convincentes. Para el relato del viaje de Godofredo a Constantinopla y la marcha a través de Anatolia se basa claramente en el relato de un soldado del ejército del mismo. Probablemente mucho antes de compilar su obra adquirió el hábito de tomar nota de toda la información que obtenía de los soldados y peregrinos que regresaban. Resulta fácil identificar lo que es materia de la leyenda, pero su descripción de los hechos de la Cruzada debe tratarse con respeto [19].

Guillermo de Tiro, el más importante historiador de la Cruzada, escribió aproximadamente setenta años después de que ésta aconte-

[17] La edición del quinto volumen de *Recueil* es mucho mejor que la de Hagenmeyer (*Ekkehard von Aura*, Leipzig, 1888).

[18] Publ. en *Recueil*.

[19] Publ. en *Recueil*. Existe una extensa bibliografía sobre Alberto; las obras principales son de Krebs, Kügler, Kühne y Beaumont (véase bibliografía). Véase también von Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, 2.ª ed. (prefacio), y Hagenmeyer, *Le Vrai et le Faux sur Pierre l'Hermite*, especialmente las páginas 9 y sigs.

ciera. Hasta el establecimiento de los cruzados en Palestina utiliza casi exclusivamente para su relato a Alberto de Aix, pero a partir de la toma de Jerusalén se basó asimismo en los informes y tradiciones que sobrevivían en el reino cruzado. Su obra *Historia Rerum in Partibus Transmarinis Gestarum* constituye una fuente importante sólo para el período subsiguiente a la exaltación de Balduino al trono. Espero analizarla con más detalle en un volumen posterior [20].

Un punto de vista ligeramente distinto es el del genovés Caffaro, autor de los *Anales de Génova,* que abarcan desde 1100 a 1163, y *De Liberatione Civitatum,* escrita en 1155, pero descubierta entre algunos documentos antiguos un siglo después, y posiblemente algo alterada antes de su publicación. Caffaro pertenecía a una familia genovesa que se trasladó a Palestina en 1100. Su relato es patriótico, pero sobrio y fidedigno [21].

Los cronistas coetáneos del occidente de Europa mencionan todos la Cruzada, pero dependen por completo de alguna de las fuentes ya mencionadas, a excepción de la *Crónica de Zimmern,* que proporciona información sobre los cruzados germanos [22].

La Cruzada originó también poemas épicos en latín, *langue d'oil* y *langue d'oc.* Son, sin embargo, más importantes por su interés literario que por su valor histórico. Los poetas latinos Godofredo el Lombardo, Joseph de Exeter y Gunther de Basilea, desde un punto de vista histórico, carecen de valor. La *Chanson d'Antioche,* provenzal atribuida a Gregorio Bechada, es más importante y merece un estudio más detenido. En *langue d'oil* existe, además de una versión rimada de Baudri, una *Chanson d'Antioche,* por Graindor de Douai, basada una parte en Roberto el Monje y otra en una *Chanson* anterior compuesta por Ricardo el Peregrino, que participó en la Cruzada en el ejército de Roberto de Flandes. Era un hombre sencillo, bastante ignorante, pero con juicio propio. Por ejemplo, aunque deseaba que los cruzados hubiesen conquistado Constantinopla, se muestra amistoso hacia Taticio. Existe asimismo un poema en francés, escrito por Gilon, interpolado por un tal Fulquerio, y una *Gran Conquista d'Ultramar,* española, de fecha posterior, que utiliza a Bechada, Graindor y Guillermo de Tiro. El ciclo que tiene como protagonista a Godofredo de Lorena, así el *Chevalier du Cygne,* contiene sólo historia legendaria [23].

[20] Publ. en *Recueil.* Véase Prutz, *Wilhelm von Tyrus,* y Cahen, *op. cit.,* págs. 17-18.

[21] Publ. en el quinto volumen de *Recueil.*

[22] Resúmenes publ. por Hagenmeyer en el vol. II de *Archives de l'Orient Latin.*

[23] Para la épica, véase Hatem, *Les Poèmes Epiques des Croisades,* que defiende el origen sirio de los poemas, y el resumen en Cahen, *op. cit.,* págs. 12-16.

Se conserva muy poca correspondencia de la época, pero la que queda tiene gran importancia. Existen algunas cartas de los papas Urbano II y Pascual II, o dirigidas a ellos; dos llamamientos de eclesiásticos de Oriente; dos mensajes interesantes, aunque no dejan de ser algo ingenuos, de los jefes de las Cruzadas; y lo que es de más valor, dos cartas de sendos cruzados prominentes, Esteban de Blois y Anselmo, obispo de Ribemont. Esteban escribió tres cartas a su mujer. La primera, escrita a su llegada a Constantinopla, se ha perdido. La segunda la envió desde el campamento de Nicea, y la tercera, desde el de Antioquía. Esteban, aunque débil, era honrado y entusiasta, y sus cartas constituyen los documentos más humanos sobre la Cruzada. Las dos cartas de Anselmo fueron escritas en Antioquía y dirigidas a su superior, Manasses, arzobispo de Reims. Nos proporcionan una información útil, pero carecen del valor personal de las cartas de Esteban[24].

Algunos decretos papales regulando la Cruzada y las cartas privilegio referentes a la fundación del reino Cruzado son sin duda importantes. Los archivos de Génova y Venecia contienen valiosos materiales, pues las ciudades italianas se interesaron de manera creciente en los asuntos de los cruzados.

3. *Fuentes árabes*

Las fuentes árabes, aunque numerosas y de gran importancia para las últimas Cruzadas, poca ayuda nos prestan por lo que a la primera se refiere. No se conservan documentos ni cartas privilegio oficiales de esa época. Las grandes enciclopedias y geografías, tan populares entre los árabes, apenas tienen que ver con estos años, salvo una excepción. Las obras de los cronistas que se sabe vivieron en aquella época sólo nos han llegado fragmentariamente, a través de breves citas de escritores posteriores. Hay solamente tres obras de verdadero valor.

Ibn al-Qalānisī, de Damasco, escribió entre 1140-60 una historia de su ciudad nativa desde la época de las invasiones hasta sus días. El título de la obra, *Mudhayyal Tarikh Dimashq* («Continuación de la crónica de Damasco»), indica que trataba de ser una continuación de la crónica del historiador Hilal. Pero, mientras que Hilal intentó escribir una historia universal, Ibn al-Qalānisī se interesaba sólo por Damasco y sus gobernantes. Su vida transcurrió en la cancillería de

[24] La mejor edición de estas cartas se encuentra en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe*. Una colección más amplia es la de Riant, *Inventaire des Lettres historiques*.

la corte de Damasco, donde fue ascendiendo hasta llegar a ser su principal funcionario. Estaba, por tanto, bien informado, y, excepto cuando la reputación de sus superiores estaba en juego, parece exacto y objetivo [25].

Ibn al-Athir, de Mosul, escribió su *Kamil at-Tawarikh* («Resumen de la historia del mundo») a comienzos del siglo XIII. La utilización crítica y cuidadosa de las fuentes anteriores hace de él una autoridad de importancia fundamental, aunque sus propias intervenciones son generalmente muy cortas [26].

Kemal ad-Din, de Alepo, escribió una crónica de Alepo que quedó inconclusa y, medio siglo después, su Enciclopedia. También él utilizó ampliamente las fuentes anteriores, y en su Enciclopedia las cita proporcionando sus nombres. De estas fuentes que no nos han llegado, la pérdida más lamentable es la de la historia de la invasión franca por Hamdan ibn Abd ar-Rahim, de Maaratha, de la que ya en tiempos de Kemal ad-Din sólo quedaban unas páginas. Ibn Zuraiq, de Maarat an-Numan, nació en 1051 y tomó parte activa en los hechos de la Cruzada; escribió una historia de su tiempo, conocida sólo a través de algunos fragmentos; y al-Azimi, de Alepo, nacido en 1090, dejó un relato de la historia de la Siria del norte en la época de la Cruzada, del que se conservan algunos pocos fragmentos más [27].

4. *Fuentes armenias*

Existe una fuente armenia inestimable, que abarca el período de la primera Cruzada, la *Crónica* de Mateo de Edesa. La obra tiene por tema la historia de Siria de 952 a 1136, y debe haber sido escrita antes de 1140. Mateo era un hombre ingenuo que odiaba a los griegos, y no muestra mucha simpatía hacia aquellos de sus compatriotas que profesaban la religión ortodoxa. Gran parte de su información sobre la Cruzada proviene probablemente de algún ignorante

[25] Para Ibn al-Qālanisī, véase el prefacio a la traducción de Gibb de los fragmentos de la *Crónica de Damasco* que se refieren a las Cruzadas (véase bibliografía). El texto árabe completo ha sido publicado por Amedroz (Leyden, 1908).

[26] El texto árabe completo de las obras de Ibn al-Athir está publicado en 14 vols. por Tornberg (Leyden, 1851-76). Los fragmentos importantes están publicados en *R. H. C. Occ.*

[27] No existe una buena edición de Kemal ad-Din. Los pasajes relativos a las Cruzadas de 1097 a 1146 están todos recogidos en el *Recueil*.

soldado franco; pero estaba muy informado acerca de los acontecimientos de su ciudad nativa y sus contornos [28].

Los cronistas armenios posteriores, tales como Samuel de Ani y Mekhitar de Airavanq, que escribieron a finales del siglo XII, y Kirakos de Gantzag y Vartan el Grande, que lo hicieron en el siglo XIII, tratan brevemente de la primera Cruzada. Parecen haber utilizado a Mateo y una historia perdida, escrita por un tal Juan el Diácono, al que Samuel alaba mucho, el cual mostraba una especial animosidad no sólo contra el emperador Alejo sino también contra su madre, Ana Dalasseno [29].

5. *Fuentes sirias*

La única obra siria que trata de la primera Cruzada, y que se conserva, es la *Crónica* de Miguel el Sirio, patriarca jacobita de Antioquía desde 1166 a 1199, quien alude muy brevemente al período anterior a 1107. Utilizó crónicas sirias anteriores, ahora perdidas, y también fuentes árabes. Su información es de escaso valor hasta que llega a la época en que vivió [30].

Algunas de las principales historias de la Cruzada han sido editadas separadamente, pero la única colección de fuentes es el monumental *Recueil des Historiens des Croisades,* publicado en París a partir de 1844. Incluye textos latinos, franceses antiguos, árabes, griegos y armenios, con traducciones de los escritores orientales al francés y al griego. Desgraciadamente, excepto el último (quinto) volumen de los textos latinos, publicados algunos años después que los restantes del *Recueil,* la edición de los manuscritos está descuidada. Hay, además, muchas lagunas arbitrarias, y las traducciones no son siempre exactas. A pesar de todo, la colección sigue siendo indispensable para quien se dedique al estudio de las Cruzadas.

[28] Se publicó en 1858 una traducción al francés directamente de los manuscritos, hecha por Dulaurier, y en *R. H. C. Arm.* unos extractos del texto armenio con traducción francesa. El texto armenio completo fue publicado en Jerusalén en 1868. No he podido conseguirlo, y he utilizado, por tanto, la traducción de Dulaurier, comprobándola, cuando era posible, con los fragmentos en armenio del Recueil.

[29] En *Recueil* están publicados fragmentos de estos historiadores.

[30] Trad. y publ. por Chabot.

Apéndice 2

LA FUERZA NUMERICA DE LOS CRUZADOS

Todo historiador medieval, cualquiera que sea su raza, se entrega invariablemente a una fantástica y pintoresca exageración cuando tiene que calcular cifras que no pueden ser contadas fácilmente. Nos es, por tanto, imposible establecer en la actualidad el verdadero volumen de los ejércitos cruzados. Cuando Fulquerio de Chartres y Alberto de Aix nos refieren que los combatientes de la primera Cruzada eran 600.000, mientras que Ekkehard dice que 300.000 y Raimundo de Aguilers 100.000, o cuando Ana Comneno declara que Godofredo de Lorena trajo con él 10.000 caballeros y 70.000 infantes, es evidente que las cifras quieren decir solamente un gran número [1]. Sin embargo, cuando se trata de números más bajos no se debe desconfiar completamente de los cronistas, aunque gustan redondear las cifras, que sólo son aproximadas. Podemos establecer algunas conclusiones a partir de las mismas.

No se puede calcular la proporción de no-combatientes en los ejércitos. Era ciertamente elevada. Gran número de caballeros llevaron consigo a sus mujeres. Raimundo de Tolosa iba acompañado por su mujer, y con Balduino estaban su mujer y sus hijos. Bohemundo

[1] Ana Comneno, X, ix, I, vol. II, pág. 220; Fulquerio de Chartres, I, x, 4, pág. 183; Ekkehard, *Hierosolymita,* XIII, pág. 21; Raimundo de Aguilers, V, pág. 242. La *Crónica de Zimmern,* págs. 27, supone a Godofredo un ejército de 300.000.

llevaba consigo al menos una hermana. Conocemos el nombre de algunas de las damas que tomaron parte en la expedición de Roberto de Normandía, y en ocasiones surgen algunas otras en los relatos. Todas estas damas llevaban consigo a sus dueñas y doncellas; y había sin duda con el ejército un gran número de mujeres humildes, respetables o no. Continuamente vemos referencias a varones no-combatientes, tales como Pedro Bartolomé y su amo. El clero que acompañaba al ejército era numeroso. Lo probable es que los varones no-combatientes, en su mayor parte, fueran obligados a prestar servicio en los momentos de peligro. La proporción de no-combatientes habituales, mujeres, ancianos y niños, no puede haber excedido a la cuarta parte del total de las fuerzas.

Es también probable que el tanto por ciento de mortalidad fuera particularmente elevado entre estos no-combatientes, y sobre todo entre los ancianos y niños. De los combatientes, la infantería debe haber muerto de enfermedades y padecimientos en mayor proporción que los caballeros y damas, mejor atendidos y con más posibilidades de adquirir subsistencias. En el curso de la batalla la caballería desempeñaba una función más expuesta que la de la infantería, y, en consecuencia, padecía más.

La proporción de caballeros e infantes parece haber sido de uno a siete cuando todos los hombres útiles se hallaban enrolados en la infantería. El cálculo de Ana sobre la proporción del grupo de Godofredo es probablemente correcto, aunque las cifras hay que dividirlas al menos por diez. En la batalla de Ascalón, en la que se utilizaron todos los hombres disponibles que había en Palestina, intervinieron 1.200 caballeros y 9.000 infantes, en proporción de uno a siete y medio [2]. En el sitio de Jerusalén figuran, según Raimundo de Aguilers, de 1.200 a 1.300 caballeros en su ejército de 12.000 hombres, a pesar de que se incluye a los genoveses y a los marinos y zapadores ingleses [3]. El término «caballeros» debe utilizarse para designar los jinetes armados, y no en sentido caballeresco; por el contrario, muchos de los infantes no estaban completamente armados. Los arqueros y lanceros constituían probablemente un tanto por ciento bastante reducido.

De los ejércitos particulares, el de Raimundo era, casi con seguridad, el más numeroso, pero sólo poseemos un indicio de su cuantía. Cuando se enteró en Coxon del falso rumor de que los turcos habían evacuado Antioquía, envió a 500 caballeros, incluidos algunos de los principales, para que ocupasen la ciudad [4]. El número 500

[2] Guillermo de Tiro, IX, 12, vol. I, parte I, pág. 380.
[3] Raimundo de Aguilers, XIX, pág. 292.
[4] Véase *supra*, pág. 187.

aparece con una frecuencia sospechosa; pero quizá fuese considerado como la unidad apropiada para una incursión importante o expedición de este tipo. Es improbable que Raimundo distrajese la mitad de sus fuerzas en tal situación. Si aceptamos el número 500 como aproximadamente correcto, su caballería debía constar de 1.200 o más hombres, y la fuerza total de unos 10.000, sin contar los ancianos, las mujeres y los niños [5].

La *Crónica* de Lucca dice que Bohemundo fue a Oriente con 500 caballeros [6]. Ana Comneno observa que no tenía un ejército especialmente cuantioso y, por tanto, quizá ese número sea bastante exacto [7]. Concedió los 100 caballeros y 200 infantes a Tancredo para la expedición ciliciana, y le envió con posterioridad otros 300 soldados. Estas cifras concuerdan razonablemente [8].

El único indicio que poseemos del volumen proporcional de los demás ejércitos es la acción de Raimundo en Rugia, cuando intentó sobornar a sus rivales para que aceptasen su jefatura. Ofreció a Godofredo y a Roberto de Normandía 10.000 sous a cada uno; a Roberto de Flandes, 6.000; a Tancredo, 5.000, y cantidades menores a los jefes secundarios. Las sumas debió fijarlas en relación con la fuerza que cada príncipe podía proporcionar por entonces, aunque a Tancredo debió ofrecerle una cantidad desproporcionadamente elevada con objeto de separarle, a él y al mayor número posible de normandos, de Bohemundo [9].

La única prueba que tenemos sobre la cuantía del ejército de Godofredo, aparte de la cifra fantástica de Ana Comneno, la proporciona el dato de que estuviese dispuesto a desprenderse de 500 caballeros y 2.000 soldados de infantería para su hermano Balduino y su expedición ciliciana. Es muy improbable que éste partiese con más de la mitad de los caballeros, aunque tuviese la intención de que volviera a reunírsele antes de llegar a Antioquía. No es aventurado suponer que la oferta de Raimundo en Rugia fue hecha sobre la base de 10 sous por cada jinete. Si, además, dividimos por 10 las cantidades indicadas por Ana, podemos imaginar que Godofredo tenía 1.000 caballeros y 7.000 infantes a su llegada a Constantinopla. Debió sufrir considerables pérdidas antes de su reunión en Rugia, apar-

[5] El ejército de Raimundo era todavía evidentemente de formidables dimensiones cuando salió de Palestina, como demuestran sus campañas posteriores.

[6] Citado por Chalandon, *Histoire de la première Croisade,* pág. 133. No he podido averiguar a qué crónica se refiere.

[7] Ana Comneno, X, ix, I, vol. II, pág. 230: «Bohemundo... no tenía muchos hombres, porque tenía poco dinero...»

[8] Véase *supra,* pág. 193.

[9] Véase *supra,* pág. 248.

te de los caballeros que acompañaron a Balduino a Edesa; pero se le habían unido los supervivientes de la Cruzada de Pedro el Ermitaño y de las Cruzadas alemanas fracasadas, aparte de algunos marinos de Guynemer, quienes, como su jefe era un boloñés, se enrolaron, como es natural, con el conde de Boloña y sus hermanos [10].

Roberto de Normandía se equiparaba en Rugia con Godofredo. Si Godofredo mandaba sobre 1.000 caballeros, Roberto debía ser igualmente poderoso. Un siglo después, Normandía fue obligada a proporcionar a su duque algo menos de 600 caballeros [11]. Roberto consiguió probablemente reunir para la Cruzada un número algo superior, quizá 650. Se le unieron soldados de Bretaña y del otro lado del Canal, lo que quizá aumentó su ejército en 100 ó 150 caballeros. Más aún: después del regreso a Europa de Esteban de Blois y Hugo de Vermandois asumió el mando de aquella parte de sus fuerzas que permaneció atrás. Esteban, cuyas tierras no eran muchas, pero sí ricas, le proporcionó seguramente 250 ó 300 jinetes. Hugo no debió llevar consigo más de 100. En conjunto, Roberto debió reunir por aquel tiempo, en Rugia, cerca de 1.000 caballeros bajo su mando.

En virtud de idénticos razonamientos a Roberto de Flandes se le deben suponer 600 hombres de a caballo, algunos de los cuales vinieron de las tierras de su vecino, el conde de Hainault. Roberto sólo tenía legalmente que proporcionar a su señor, rey de Francia, 20 caballeros totalmente armados; pero en 1103 ofreció en un pacto proporcionar a Enrique I de Inglaterra 1.000 caballeros [12]. Pudo, por tanto, reunir sin esfuerzo 600 para la Cruzada.

Los 500 caballeros que la *Crónica* de Lucca atribuye a Bohemundo se ajustan a esta cifra. Si suponemos que los ejércitos de los señores de menor importancia deben ser incluidos en los grandes ejércitos y que las sumas que Raimundo les ofreció en Rugia eran a título puramente personal, llegamos, para la expedición completa, a un total aproximado de 4.200 ó 4.500 caballeros y 30.000 soldados de infantería, incluidas las personas civiles que podían ser forzadas al servicio militar. La carta escrita por Daimberto al Papa dice que el ejército de los cruzados se componía de 5.000 jinetes y 15.000 infantes. Entre los últimos probablemente incluía sólo a los comba-

[10] Véase *supra*, págs. 149-150, 196.

[11] *Milites Regni Franciae*, en Bouquet, *R. H. F.*, vol. XXII, págs. 684-5. Según esto, había 60 estandartes en Normandía en tiempos de Felipe Augusto. Cada estandarte probablemente tendría 10 jinetes. Véase también lista, *ibid.*, vol. XXIII, pág. 698, calculando 581 caballeros para el ducado de Normandía.

[12] *Actes des Comtes de Flandres*, ed. por Vercauteren, núms. 30 y 41, citado con comentarios por Lot, *L'Art Militaire et les Armées du Moyen Age*, vol. I, pág. 130, n. 2.

tientes armados. El número que se da de los caballeros constituye una excusable exageración del de 4.000 [13].

Parece éste un ejército bastante reducido, pero cuando se llega a las cifras que de las batallas por separado proporcionan los cronistas, resultan aún menores. En la batalla del lago de Antioquía, cuando nos dicen que se echó mano de todos los caballeros disponibles, sólo había 700. Es de hacer notar, sin embargo, que muchos de los caballeros se encontraban enfermos en dicha ocasión; y descubrimos, por una carta de Anselmo de Ribemont, que lo que verdaderamente escaseaba eran los caballos. Calcula que sólo de unos 700 se pudo disponer para el sitio de Antioquía, pues muchos habían perecido de hambre y de frío. Añade que no hubo falta de hombres [14]. Además, es probable que en aquella ocasión la caballería de Raimundo se quedara con él para guardar el campamento. La expedición algarera mandada por Bohemundo y Roberto de Flandes en el mes siguiente se dice que estaba compuesta por 2.000 caballeros y 15.000 soldados de infantería; cifras que, sin lugar a dudas, excluyen el ejército de Raimundo [15]. Pero solamente 1.200 ó 1.300 unidades de caballería tomaron parte en el sitio de Jerusalén, y poco más de 10.000 soldados de infantería; y semejante era el ejército que participó en Ascalón [16]. A pesar de que muchos soldados murieron o fueron muertos, y muchos regresaron a sus países, es imposible que el poder del ejército se hubiera reducido en dos tercios en el tiempo que transcurrió entre la reunión en Rugia y el sitio de Jerusalén.

Por tanto, sólo podemos repetir que todos los cálculos deben aceptarse con reserva. Yo creo que el total del ejército en la época en que salió de Constantinopla era aproximadamente el que antes he indicado. En los dos años siguientes se redujo mucho; y en Rugia utilizó Raimundo como base para sus ofrecimientos un cálculo optimista y ya anticuado. Las cifras relativamente pequeñas que se recogen en las crónicas de las hazañas de Balduino creo que pueden ser aceptadas como aproximadamente ciertas.

Es también imposible calcular la cuantía de la primitiva expedición de Pedro el Ermitaño. La cifra de 40.000 hombres que da Alberto de Aix es evidentemente exagerada; pero sus seguidores llegaban quizá a 20.000. De ellos la mayor parte eran no-combatientes [17].

[13] Carta en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe,* pág. 172.

[14] Véase *supra,* pág. 215.

[15] Véase *supra,* pág. 212.

[16] Véase *supra,* pág. 321, notas 2 y 3.

[17] Chalandon, *op. cit.,* pág. 59, estima que salieron de Francia con Pedro unas 15.000 personas. Es imposible comprobar la cifra, que parece creíble. La *Crónica de Zimmern,* págs. 27-8, dice que Pedro tenía 29.000 personas con él en Civetot, después de que 3.200 alemanes fueron muertos (en Xerigordon).

Sólo con el objeto de establecer una comparación, obsérvese que el ejército bizantino completo constaba en el siglo IX de 120.000 hombres. La pérdida de las provincias de Anatolia debió redundar en una merma de las fuerzas disponibles a fines del siglo XI; pero probablemente Alejo disponía de 70.000 hombres, de los cuales la mayor parte era necesaria para proteger sus lejanas fronteras; sin embargo, un elevado tanto por ciento era licenciado todos los inviernos por razones de economía. Es improbable que constara de más de 20.000 hombres, bien entrenados y equipados, el mayor ejército bizantino que entró en batalla en aquella época. Es imposible calcular el volumen de los ejércitos musulmanes. El de Kerbogha constaba de unos 30.000 hombres; pero no existen pruebas ciertas. Podía poner sitio a Antioquía con mayor eficacia que el que pudiera realizar el ejército cruzado. El ejército egipcio en Ascalón era mayor, ciertamente, que el de los cruzados, pero su verdadero volumen solamente puede ser supuesto. Es dudoso que el ejército turco en Dorileo fuera tan importante como el de los cruzados. Los turcos confiaban en su ofensiva repentina y en su movilidad para compensar toda desventaja numérica.

BIBLIOGRAFIA

I. Fuentes originales

1. *Colecciones de fuentes*

(Las abreviaturas al final de algunos apartados se usan como referencia a dichos apartados en las notas de pie de página y las secciones siguientes de la bibliografía.)

Achéry, L. D': *Spicilegium sive Collectio veterum aliquot Scriptorum*, 13 vols. París, 1655-77. 2.ª ed. (ed. L. F. J. de la Barre), 3 vols. París, 1723.
Acta Sanctorum (Bollandiana). Amberes - París - Roma - Bruselas, 1643- (en publ.). [*Aa. Ss.*]
Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti (ed. J. Mabillon y L. d'Achéry), 9 volúmenes. París, 1668-1701.
Amedroz, H. F., y Margoliouth, D. S.: *The Eclipse of the Abbasid Caliphate: Original Chronicles of the Fourth Islamic Century*, 6 vols. e índice. Oxford, 1920-1.
Archives de l'Orient Latin. Publ. por la Société de l'Orient Latin, 2 vols. París, 1881-4.
Assemani, J. S.: *Bibliotheca Orientalis*, 3 vols. Roma, 1719-28.
Benechewitch, V.: *Catalogus Codicum Manuscriptorum Graecorum qui in Monasterio Sanctae Catharinae in Monte Sinai Asservantur*. San Petersburgo, 1911.
Bouquet, M., y otros: *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, 23 volúmenes. París, 1738-1876. Nuevas series, París, 1899- (en publ.). [*R. H. F.*]
Brosset, M. F.: *Collection d'Historiens Arméniens*, 2 vol. San Petersburgo, 1874-6.
Caetani, L.: V. Bibliografía, pág. 346.
Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium (ed. J. B. Chabot y otros). París, 1903- (en publ.). [*C. S. C. O.*]

Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum. Viena, 1866- (en publ.).
Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonn, 1828-97. [*C. S. H. B.*]
Dölger, F.: *Regesten der Kaiserurkunden des Oströmischen Reiches,* 3 vols. Munich-Berlín, 1924-32.
Fonti per la Storia d'Italia, Istituto Storico Italiano. Roma, 1887- (en publ.).
Hagenmeyer, H.: *Die Kreuzzugsbriefe aus den Jahren 1088-1100.* Innsbruck, 1902.
Holtzmann, W.: V. Bibliografía, pág. 347.
Jaffé, P.: *Bibliotheca Rerum Germanicarum,* 6 vols. Berlín, 1864-73.
Jaffé, P.: *Regesta Pontificum Romanorum,* 2.ª ed. (ed. W. Wattenbach, S. Loewenfeld y otros), 2 vols. Leipzig, 1885-8.
Leib, B.: *Deux Inédits Byzantins sur les Azymites au début du XIIme siècle.* Roma, s. f. (1924).
Liber Pontificalis (ed. por L. Duchesne), 2 vols. París, 1884-92.
Mabillon, J.: *Annales Ordinis Sancti Benedicti,* 6 vols. París, 1703-39.
Mabillon, J.: *De Re Diplomatica Libri VI.* París, 1681.
Mansi, J. D.: *Sacrorum Conciliorum Amplissima Collectio,* 31 vols. Florencia, Venecia, 1759-98. *Continuation* (ed. por J. B. Martin y L. Petit). París, 1900- (en publ.).
Migne, J. P.: *Patrologiae Cursus Completus.*
I, *Patrologia Latina,* 221 vols. París, 1844-55. [*M. P. L.*]
II, *Patrologia Graeco-Latina,* 161 vols. en 166. París, 1857-66. [*M. P. G.*]
Montfaucon, B. de: *Bibliotheca Coisliniana.* París, 1715.
Monumenta Germaniae Historica (ed. por G. H. Pertz, T. Mommsen y otros). Hannover, 1826- (en publ.). [*M. G. H.*]
Muratori, L. A.: *Rerum Italicarum Scriptores,* 25 vols. Milán, 1723-51. [*R. I. Ss.*]
Neubauer, A., y Stern, M.: *Quellen zur Geschichte der Juden in Deutschland,* 2 vols. Berlín, 1892.
Palestine Pilgrims' Text Society, 13 vols. e índice. Londres, 1896-7. [*P. P. T. S.*]
Patrologia Orientalis (ed. por R. Graffin y F. Nau). París, 1907- (en publ.). [*P. O.*]
Recueil des Historiens des Croisades. Publ. Académie des Inscriptions et Belles Lettres. París, 1841-1906.
Documents Arméniens, 2 vols. 1869-1906. [*R. H. C. Arm.*]
Historiens Grecs, 2 vols. 1875-81. [*R. H. C. G.*]
Historiens Occidentaux, 5 vols. 1844-95. [*R. H. C. Occ.*]
Historiens Orientaux, 5 vols. 1872-1906. [*R. H. C. Or.*]
Riant, P.: *Inventaire critique des Lettres historiques des Croisades, Archives de l'Orient Latin,* vol. I. París, 1881.
Röhricht, R.: *Regesta Regni Hierosolymitani,* 2 vols. Innsbruck, 1893-1904.
Rozière, E. de: *Recueil général des Formules usitées dans l'Empire des Francs du Vme au Xme Siècle,* 2 vols. París, 1859.
Sathas, K. N.: Μεσαιωνική Βιβλιοθήκη, *Bibliotheca Graeca Medii Aevi,* 7 vols. Venecia, París, 1872-9.
Tobler, T., y Molinier, A.: *Itinera Hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae,* 2 vols. Ginebra, 1879.
Ughelli, F.: *Italia Sacra,* 9 vols. Roma, 1644-62.
Vaissète, Dom: Véase Bibliografía, pág. 350.

2. *Fuentes occidentales, latinas, francesas antiguas y alemanas*

Adamnan: *Arculf's Narrative about the Holy Places* (trad. por J. R. Macpherson), en *P. P. T. S.*, vol. III.

Aetheria: Véase *Pilgrimage of Saint Silvia.*

Agustín, San, de Hipona: *Contra Faustum,* en *M. P. L.*, vol. XLII.

Agustín, San, de Hipona: *De Civitate Dei,* en *M. P. L.*, vol. XLI.

Agustín, San, de Hipona: *Epistolae,* en *M. P. L.*, vol. XXXIII.

Aimé de Monte Cassino: *Chronicon, L'Ystoire de li Normant* (ed. por O. Delarcq). Rouen, 1892.

Alberto de Aix (Albertus Aquensis): *Liber Christianae Expeditionis pro Ereptione, Emundatione et Restitutione Sanctae Hierosolymitanae Ecclesiae,* en *R. H. C. Occ.*, vol. IV.

Alejo I Comneno: Cartas núms. I, V y XI, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Ambrosio, San, Arzobispo de Milán: *Epistolae,* en *M. P. L.*, vol. XVI.

Annales Altahenses Majores, en *M. G. H., Scriptores,* vol. XX.

Annales Pisani (ed. por P. Tronci), 4 vols. Pisa, 1828-9.

Anonymi Gesta Francorum et Aliorum Hierosolimitorum (ed. por L. Bréhier como *Histoire Anonyme de la Première Croisade).* París, 1924. (Editado también por H. Hagenmeyer. Heidelberg, 1890.)

Anselmo de Ribemont: Cartas núms. VIII y XV, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Bartolfo de Nangis: *Gesta Francorum Iherusalem Expugnantium,* en *R. H. C. Occ.*, vol. III.

Baudri de Dol: *Historia Jerosolimitana,* en *R. H. C. Occ.*, vol. IV.

Baudri de Dol: *Vita di Roberti de Arbrisello,* en *Aa. Ss.* (23 de febrero), vol. III.

Bechada, Gregorio: *Chanson d'Antioche en provençal* (ed. por P. Meyer), en «Fragment d'une Chanson d'Antioche en provençal», en *Archives de l'Orient Latin,* vol. II.

Benedicto de Accolti: *Historia Gotefridi,* en *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte II.

Berno: *Libellus de Officio Missae,* en *M. P. L.*, vol. CXLII.

Bernoldo de Constanza (Saint-Blaise): *Chronicon,* en *M. G. H. Scriptores,* volumen V.

Bohemundo: Privilegio núm. X y cartas (con otros príncipes), núms. XII y XVI, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Caffaro de Caschifelone: *Annales Ianuenses,* en *Fonti per la Storia d'Italia,* vols. I y II.

Caffaro de Caschifelone: *De Liberatione Civitatum Orientis Liber,* en *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte I.

Cartulaire de Saint Chaffre (ed. por U. Chevalier). París, 1881.

Chanson du Chevalier au Cygne (versión belga, ed. por Reiffenberg y Borgnet), 3 vols. Bruselas, 1846-59.

Chanson du Chevalier au Cygne (ed. por Hippeau), 2 vols. París, 1874-7.

Chronicon Barense, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores,* vol. V.

Chronique de Zimmern (texto alemán y trad. francesa, ed. por Hagenmeyer), en *Archives de l'Orient Latin,* vol. II.

Ciudadanos de Génova: Pacto con Bohemundo núm. XIV, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Clemencia, Condesa de Flandes: Privilegio núm. VII, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Clero de Lucca: Carta núm. XVII, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*

Commemoratorium de Casis Dei vel Monasteriis, en Tobler y Molinier, *Itinera Hierosolymitana,* vol. I.
Cosme de Praga: *Chronicon,* en *M. G. H. Scriptores,* vol. VII.
Daimberto (Dagoberto), Arzobispo de Pisa y Patriarca de Jerusalén: Cartas núms. XVIII y XXI, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*
De Sancto Wlphlagio, en *Aa. Ss.* (7 de junio), vol. II.
Ekkehard de Aura: *Chronicon Universale,* en *M. G. H. Scriptores,* vol. VI.
Ekkehard de Aura: *Hierosolymita,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte I.
Ennodio: *Libellum pro Synodo,* en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum,* vol. VI. Viena, 1882.
Esteban de Blois: Cartas núms. IV y X, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*
Expeditio Contra Turcos (ed. basada en Tudebodo), en *R. H. C. Occ.,* vol. III.
Fulberto de Chartres: *Epistolae,* en *R. H. F.,* vol. X.
Fulquerio de Chartres: *Gesta Francorum Iherusalem Peregrinantium* (ed. por H. Hagenmeyer). Heidelberg, 1913.
Gesta Adhemari Episcopi Podiensis Hierosolymitana, en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Gesta Francorum (véase *Anonymi Gesta Francorum).*
Gilon: *De Via Hierosolymitana,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Glaber (véase Radulfo).
Graindor de Douai (véase Ricardo el Peregrino).
Gregorio VII, Papa: *Epistolae,* en *Monumenta Gregoriana,* vol. II de Jaffé, *Bibliotheca Rerum Germanicarum.*
Gregorio VII, Papa: *Registra* (ed. por E. Caspar), en *M. G. H. Epistolae,* vol. II.
Gregorio de Tours: *De Gloria Martyrum,* en *M. P. L.,* vol. LXXI.
Guiberto de Nogent: *Historia Hierosolymitana,* en *R. H. C. Occ.,* vol. IV.
Guillermo de Malmesbury: *Gesta Regum* (ed. por W. Stubbs), Series Rolls, 2 vols. Londres, 1887-9.
Guillermo de Tiro: *Historia Rerum in Partibus Transmarinis Gestarum,* en *R. H. C. Occ.,* vol. I, partes I y II. Versión francesa antigua, *L'Estoire de Eracles, Empereur, et la Conqueste de la Terre d'Outremer, ibid.*
Gunther de Basilea: *Solymarius,* en *Archives de l'Orient Latin,* vol. I.
Henry de Huntingdon: *De Captione Antiochiae,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Historia Belli Sacri (Tudebodus Continuatus), en *R. H. C. Occ.,* vol. III.
Historia et Gesta Ducis Gotfridi, en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Hugo de Fleury: *Itineris Hierosolymitani Compendium,* en *R. H. C. Occ.,* volumen V, parte II.
Hugo de Lerchenfeld: *Breviarium Passagii in Terram Sanctam,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Itinerary of Bernard the Wise (trad. por J. H. Bernard), en *P. P. T. S.,* vol. III.
Itinerary of the Bordeaux Pilgrim (trad. por A. Stewart), en *P. P. T. S.,* vol I.
Jerónimo, San: *De Viris Illustribus,* en *M. P. L.,* vol. XXIII.
Jerónimo, San: *Epistolae,* en *M. P. L.,* vol. XXII.
Jerónimo, San: *Liber Paralipumenon,* en *M. P. L.,* vol. XXVIII.
Juan VIII, Papa: *Epistolae,* en *M. P. L.,* vol. CXXVI.
José de Exeter: *Poemata* (ed. por J. Jusserand), *De Josepho Exoniensi.* París, 1887.
José el Historiógrafo: *Tractatus de Exordio Sacrae Domus Hospitalis Jerosolimitani,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, parte II.
Lamberto de Arras: Cánones del Concilio de Clermont, en Mansi, *Concilia,* vol. XX.

León IX, Papa: *Epistolae,* en *M. P. L.*, vol. CXLIII.
León de Ostia: *Chronicon Monasterii Casinensis,* en *M. G. H. Scriptores,* volumen VII.
Lisiardo de Tours: *Histoirae Hierosolimitanae Secunda Pars,* en *R. H. C. Occ.*, vol. III.
Luitprando de Cremona: *Opera* (ed. por J. Becker). Hannover-Leipzig, 1925.
Malaterra, Godofredo: *Historia Sicula,* en *M. P. L.*, vol. CXLIX.
Martín I, Papa: *Epistolae,* en *M. P. L.*, vol. LXXXVII.
Milites Regni Franciae, en *R. H. F.*, vol. XXII.
Miracles de Saint-Benoît (ed. por E. de Certain). París, 1856.
Miracula Sancti Wolframni Senonensis, en *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* serie III, parte II.
Monitum in Balduini III Historiae Nicenae vel Antiochenae Prologum, en *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte I.
Nicolás I, Papa: *Epistolae,* en *M. G. H. Epistolae,* vol. VI.
Notitiae Duae Lemovicenses de Praedicatione Crucis in Aquitania, en *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte II.
Orderico Vital: *Historia Ecclesiastica* (ed. por A. Le Prevost y L. Delisle), en *Société de l'Histoire de France,* 5 vols. París, 1838-55.
Pascual II, Papa: Cartas núms. XIX y XXII, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*
Peregrinatio Frotmundi, en *Aa. Ss.* (24 de octubre), Oct., vol. X.
Pilgrimage of Saint Silvia of Aquitania (trad. al inglés por A. Stewart), en *P. P. T. S.*, vol. I.
Prudencio: *Carmina* (ed. por J. Bergman), en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum,* vol. LXI.
Radulfo de Caen: *Gesta Tancredi Siciliae Regis in Expeditione Hierosolymitana,* en *R. H. C. Occ.*, vol. III.
Radulfo Glaber: *Historiarum Sui Temporis Libri V,* en *R. H. F.*, vol. X.
Raimundo de Aguilers: *Historia Francorum qui ceperunt Jerusalem,* en *R. H. C. Occ.*, vol. III.
Ricardo el Peregrino: *La Chanson d'Antioche,* en *Roman des Douze Pairs: La Chanson d'Antioche composée au Commencement du XIIme Siècle par le Pélérin Richard, renouvelée sous le Règne de Philippe Auguste par Graindor de Douai et publiée pour la première fois par Paulin Paris,* 2 vols. París, 1848.
Roberto el Monje: *Historia Hierosolymitana,* en R. *H. C. Occ.*, vol. III.
Sigeberto de Gembloux: *Chronicon,* en *M. G. H. Scriptores,* vol. VI.
Simeón, Patriarca de Jerusalén (con otros): Cartas núms. VI y IX, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*
Tolomeo: *Annales Lucchenses,* en *M. G. H. Scriptores* (nueva serie), vol. VIII.
Translatio Sancti Nicolai in Venetiam, en *R. H. C. Occ.*, vol. V, parte I.
Tudebodo: *De Hierosolymitano Itinere,* en *R. H. C. Occ.*, vol. III.
Urbano II, Papa: Cartas núms. II y III, en Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe.*
Víctor II, Papa: Carta núm. I (erróneamente atribuida a Víctor III), en *M. P. L.*, vol. CXLIX.
Victricio, San: *Liber de Laude Sanctorum,* en *M. P. L.*, vol. XX.
Vita Genovefae Virginis Parisiensis, en *M. G. H. Scriptores Rerum Merovingiarum,* vol. III.
Vita Lietberti, en D'Achéry, *Spicilegium,* vol. IX.
Vita Urbani II, en *Liber Pontificalis,* vol. II.
Willibaldo: *Hodoeporicon* (trad. al inglés por W. R. Brownlow), en *P. P. T. S.*, vol. II.

3. *Fuentes griegas*

Ana Comneno: *Alexiada* (ed. por B. Leib), en *Collection Byzantine de l'Association Guillaume Budé,* 3 vols. París, 1937-45. (Ed. también por Ducange, en *R. H. C. G.*, vol. I.)
Attaliates, Miguel: *Historia* (ed. por I. Bekker), en *C. S. H. B.* Bonn, 1853.
Basilio, San: *Opera,* en *M. P. G.*, vols. XXIX-XXXII.
Brienio, Nicéforo: *Historia* (ed. por A. Meineke), en *C. S. H. B.* Bonn, 1836.
Cedreno, Jorge: *Synopsis Historiarum* (ed. por I. Bekker), en *C. S. H. B.* 2 vols. Bonn, 1839.
Cerulario, Miguel, Patriarca: *Epistolae,* en *M. P. G.*, vol. CXX.
Chronicon Paschale (ed. por L. Dindorf), en *C. S. H. B.* 2 vols. Bonn, 1832.
Constantino Porfirogeneta: *De Ceremoniis Aulae Bizantinae* (ed. por J. J. Rieske), en *C. S. H. B.* 2 vols. Bonn, 1829-30. (Editado también por A. Vogt, en *Collection Byzantine de l'Association Guillaume Budé,* 4 vols. París, 1935-40.)
Doctrina Jacobi nuper Baptizati (ed. por N. Bonwetsch), en *Abhandlungen der Königlichen Gesellschaft der Wissenschaft zu Göttingen, Phil.-Hist. Klasse,* Neue Folge, vol. XII, núm. 3. Berlín, 1910.
Eusebio de Cesarea: *Historia eclesiástica* (trad. al inglés por H. J. Lawlor y J. E. L. Oughton), 2 vols. Londres, 1928.
Glycas, Miguel: *Chronicon* (ed. por I. Bekker), en *C. S. H. B.* Bonn, 1836.
Gregorio Nacianceno, San: *Epistolae,* en *M. P. G.*, vol. XLVI.
Juan VI Cantacuceno: *Historia* (ed. por L. Schopen), en *C. S. H. B.*, 3 vols. Bonn, 1828-32.
Juan Crisóstomo, San: *Opera,* en *M. P. G.*, vols. XLVII-LXIV.
Juan el Oxita, Patriarca de Antioquía: Περὶ τῶν 'Αζύμων, en Leib, *Deux Inédits Byzantins.*
Nicéforo Callistus: *Historia Ecclesiastica,* en *M. P. G.*, vol. CXLVI.
Nicéforo, Patriarca: *Opuscula Historica* (ed. por C. de Boor), en *Bibliotheca Teubneriana.* Leipzig, 1880.
Orígenes: *In Joannem,* en *M. P. G.*, vol. XIV.
Passio LX Martyrum et Legenda Sancti Floriani (ed. por H. Delehaye), en *Analecta Bollandiana,* vol. XXIII. Bruselas, 1903.
Patriarcas orientales: Carta a Teófilo, en *M. P. G.*, vol. XCV.
Pedro, Patriarca de Antioquía: Carta a Miguel Cerulario, en *M. P. G.*, volumen CXX.
Synopsis Chronicon, en Sathas, Περὶ τῶν 'Αζύμων, vol. VII.
Teodosio, Patriarca de Jerusalén: Carta a Ignacio de Constantinopla, en Mansi, *Concilia,* vol. XVI.
Teófanes el Confesor: *Chronographia* (ed. por C. de Boor), 2 vols. Leipzig, 1883-5.
Teofilacto, Arzobispo de Bulgaria: *Epistolae,* en *M. P. G.*, vol. CXXVI.
Zonaras, Juan: *Epitome Historiarum,* vol. III (ed. por T. Büttner-Wörst), en *C. S. H. B.* Bonn, 1897.

4. *Fuentes árabes y persas*

(Los títulos de las obras han sido traducidos al español)

Abu'l Feda: *Anales musulmanes* (selección y trad. francesa), en *R. H. C. Or.*, vol. I. (Texto completo con trad. latina ed. por J. Reiske. Copenhague, 1789-94.)

Abu'l Mahāsin: Fragmentos manuscritos citados con trad. rusa, en Rosen, *El emperador Basilio Bulgaróctono* (en ruso).
Agapius de Mabougi: *Crónica Universal* (ed. con trad. francesa por A. A. Vasiliev), en *P. O.*, vols. V, VII y VIII.
Antíoco el Estratega: *Conquista de Jerusalén por los persas.* Versión árabe (ed. con traducción francesa por A. Couret), en *Revue de l'Orient Chrétien.* París, 1897 (véase Bibliografía, pág. 334).
Balādhurī: *La conquista de las naciones.* Texto árabe. El Cairo, A. H., 1319 (traducido al inglés por P. K. Hitti y F. C. Murgotten, 2 vols. Nueva York, 1916-24).
Crónica de Seert (ed. con trad. francesa por A. Scher), en *P. O.*, vols. IV, V, VII y XIII.
Eutiquio, Patriarca de Alejandría: *Anales* (trad. latina en *M. P. G.*, vol. CXI).
Ibn al-Athir: *Historia de los atabeks de Mosul* (selección y trad. francesa), en *R. H. C. Or.*, vol. II, parte II.
Ibn al-Athir: *Sumario de Historia Universal* (selección y trad. francesa), en *R. H. C. Occ.*, vol. I. (Texto árabe completo editado por C. J. Tornberg, 14 vols. Leyden-Upsala, 1851-76.)
Ibn Khaldūn: *Historia Universal.* Texto árabe, 7 vols. Bulaq, A. H. 1287. (Trad. latina de algunos fragmentos por C. J. Tornberg. Upsala, 1840.)
Ibn al-Qalānisī: *Continuación de la Crónica de Damasco: La Crónica de Damasco de las Cruzadas* (selección y trad. al inglés por H. A. R. Gibb). Londres, 1932. (Texto árabe completo ed. por H. F. Amedroz. Leyden, 1908.)
al-Jahiz: *Tres ensayos* (ed. por J. Finkel). El Cairo, 1926.
Kemal ad-Din: *Crónica de Alepo* (selec., con trad. francesa), en *R. H. C. Or.*, vol. III.
Miskawaihi: *Las experiencias de las naciones* (fragmentos importantes con traducción inglesa por D. S. Margoliouth), en Amedroz y Margoliouth, *Eclipse of the Abbasid Caliphate*, vols. I y II (texto árabe); vols. IV y V (texto inglés).
Mukaddasi: *Descripción de Siria* (trad. inglesa por G. Le Strange), en *P. P. T. S.*, vol. III.
Nasir-i-Khusrau: *Diario de un viaje a través de Siria y Palestina* (trad. del persa al inglés por G. Le Strange), en *P. P. T. S.*, vol. IV.
Severo de Aschmounein: *Historia de los patriarcas de Alejandría* (ed. y trad. inglesa de B. Evetts), en *P. O.*, vols. I y V.

5. *Fuentes armenias*

Aristaces de Lastivert: *Historia* (texto armenio). Venecia, 1844.
Kirakos de Gantzag (Guiragos de Kantzak): *Historia* (extractos con trad. al francés), en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Mateo de Edesa: *Crónica* (trad. francesa por E. Dulaurier). París, 1858. (Extractos y trad. francesa en *R. H. C. Arm.*, vol. I.)
Mekhitar de Airavanq: *Historia* (texto armenio). San Petersburgo, 1867.
Samuel de Ani: *Tablas cronológicas* (trad. francesa), en Brosset, *Collection d'Historiens Arméniens*, vol. II.
Sebeos: *Historia de Heraclio.* Texto armenio. Constantinopla, 1851.
Sembat, Condestable de Armenia: *Crónica* (texto armenio). París, 1859.
Vahram Rabuni: *Historia de la dinastía roupeniana* (crónica rimada, texto armenio con trad. francesa), en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Vartan el Grande: *Historia* (extractos con trad. francesa), en *R. H. C. Arm.*, vol. I.

6. *Fuentes sirias*

Crónica Anónima (ed. por A. S. Tritton, con trad. inglesa), en «First and Second Crusades from an anonymous Syriac chronicle», en *Journal of the Royal Asiatic Society.* Londres, 1933.

Crónica Anónima (ed. y trad. latina por I. Guidi), en *C. S. C. O. Scriptores Syri,* serie III, vol. IV. (Citado como *Anon. Guidi.*)

Bar Hebraeus, Gregorio, llamado Abu'l Faraj: *Cronografía.* Parte I: *Historia Política* (ed. con trad. inglesa por E. A. W. Budge), 2 vols. Oxford, 1932. Partes II y III: *Historia Eclesiástica* (ed. con trad. latina por J. B. Abbeloos y T. J. Lamy), 2 vols. Lovaina, 1872-7. (Extractos en Assemani, *Bibliotheca Orientalis,* vol. II.)

Elías de Nisibin: *Crónica* (ed. con trad. francesa por E. W. Brooks y J. B. Chabot), en *C. S. C. O. Scriptores Syri,* serie III, vols. VII y VIII.

Miguel el Sirio: *Crónica* (ed. con trad. francesa por J. B. Chabot), 4 vols. París, 1899-1910.

Tomás el Presbítero: *Libro de los Califas* (ed. como *Chronicon Miscellaneum ad annum Domini 724 pertinens,* con trad. latina por E. W. Brooks), en *C. S. C. O. Scriptores Syri,* serie III, vol. IV.

7. *Fuentes hebreas*

Anónimo de Maguncia-Darmstadt: *Memorial* (ed. con trad. alemana), en Neubauer y Stern, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. II.

Eliazar bar Nathan: *Relaciones* (ed. con trad. alemana), en Neubauer y Stern, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. II.

Efraín bar Jacob: *Relaciones* (ed. con trad. alemana), en Neubauer y Stern, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. II.

Martirologio de Nurenberg, Das Martyrologium des Nurnberger Memorbuches (edición con trad. alemana), en Safeld, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. III. Berlín, 1898.

Salomón bar Simeón: *Relaciones* (ed. con trad. alemana), en Neubauer y Stern, *Quellen zur Geschichte der Juden,* vol. II.

8. *Fuentes diversas*

Antíoco el Estratega: *Conquista de Jerusalén por los persas,* en georgiano (ed. con traducción al ruso por A. Marr), en *Textes et Recherches rélatifs à la Philologie Arménienne,* vol. IX. San Petersburgo, 1909. (Esta obra se escribió probablemente, en su versión original, en griego. La versión georgiana procede de una versión árabe perdida, de la que la obra mencionada en la bibliografía, pág. 333, es un resumen. Han sido descubiertas una segunda versión georgiana y otra árabe, ligeramente más completa. Véase P. Peeters, en *Analecta Bollandiana,* vols. XXXI y XXXVIII.)

Juan de Nikiu: *Crónica* (trad. del etiópico por R. H. Charles). Londres, 1916. (Esta obra fue escrita, en su versión original, en griego, y traducida al árabe y del árabe al etiópico. Las versiones griega y árabe se han perdido.)

2. Obras modernas

Aguado Bleye, P.: *Manual de Historia de España,* 2 vols. Bilbao, 1927-28.
Amann, E., y Dumas, A.: *L'Eglise au pouvoir des Laïques,* vol. VII de la obra de A. Fliche y V. Martin *Histoire de l'Eglise.* París, 1940.
Amantos, K.: Ἱστορία τοῦ Βυζαντινοῦ Κράτους, 2 vols. Atenas, 1939-48.
Amari, M.: *Storia dei Musulmani di Sicilia,* 9 vols. Florencia, 1854-72.
Amélineau, E.: «La Conquête de l'Egypte par les Arabes», en *Revue Historique,* vol. CXIX. París, 1915.
Anderson, J. G. C.: «The Road-System of Eastern Asia Minor», en *Journal of Hellenic Studies,* vol. XVII. Londres, 1897.
Archer, T. A., y Kingsford, C. L.: *The Crusades.* Londres, 1894.
Arnold, T., y Guillaume, A.: *The Legacy of Islam.* Oxford, 1931.
Ballesteros y Beretta, A.: *Historia de España,* vol. II. Barcelona, 1908.
Barker, E.: Artículo «The Crusades», en la *Encyclopaedia Britannica,* 11.ª ed.
Barthold, W.: Artículo «Turks», en la *Encyclopaedia of Islam.*
Barthold, W.: *Turkestan down to the Mongol Invasion.* Gibb Memorial Series. Oxford, 1928.
Baudrillart, A.; Vogt, A., y Rouziès, M.: *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastique.* París, 1912- (en publ.).
Beaumont, A. A.: «Albert of Aachen and the Country of Edessa», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro.* Nueva York, 1928.
Becker, C. H.: Artículo «Djizya», en la *Encyclopaedia of Islam.*
Berchem, M. van: «The Mosaics of the Dome of the Rock at Jerusalem and of the Great Mosque at Damascus», cap. V en Creswell, *Early Muslim Architecture.*
Bogiatzides, I.: Ἱστορικαὶ Μελέται, Salónica, 1932.
Boissonnade, P.: «Cluny, la Papauté et la première grande Croisade Internationale contre les Sarrasins d'Espagne», en *Revue des Questions Historiques,* vol. CXVII. París, 1932.
Boissonnade, P.: *Du nouveau sur la Chanson de Roland.* París, 1923.
Bréhier, L.: *L'Eglise et l'Orient au Moyen Age: Les Croisades.* París, 1928.
Bréhier, L., y Aigran, A.: *Grégoire le Grand, les Etats barbares et la Conquête Arabe,* vol. V de Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise.*
Breysig, T.: «Gottfried von Bouillon vor dem Kreuzzuge», en *Westdeutsche Zeitschrift für Geschichte,* vol. XVII. Tréveris, 1898.
Browne, L. E.: *The Eclipse of Christianity in Asia.* Cambridge, 1933.
Buckler, G.: *Anna Comnena.* Oxford, 1929.
Buhl, F.: Artículos «Al Kuds» y «Muhammed», en la *Encyclopaedia of Islam.*
Burkitt, F. C.: *Early Eastern Christianity.* Londres, 1904.
Bury, J. B.: *History of the later Roman Empire from Arcadius to Irene,* 2 vols. Londres, 1889.
Bury, J. B.: *Selected Essays* (ed. por Temperley). Cambridge, 1930.
Bury, J. B.: «The Ceremonial Book of Constantine Porphyrogennetos», en *English Historical Review,* vol. XXII. Londres, 1907.
Butler, A. J.: *The Arab Conquest of Egypt.* Oxford, 1902.
Byrne, E. H.: «Genoese Colonies in Syria», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro.* Nueva York, 1928.
Cabrol, F., y Leclercq, H.: *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie.* París, 1907- (en publ.).
Caetani, L. C.: *Annali dell'Islam,* 7 vols. Milán, 1905-14.

Cahen, C.: «Diyar Bakr au temps des premiers Artuqides», en *Journal Asiatique*, vol. CCXXVII. París, 1935.
Cahen, C.: «La Campagne de Mantzikert d'après les Sources Mussulmanes», en *Byzantion*, vol. IX. Bruselas, 1934.
Cahen, C.: «La première pénétration turque en Asie Mineure», en *Byzantion*, vol. XVIII. Bruselas, 1948.
Cahen, C.: *La Syrie du Nord à l'Epoque des Croisades*. París, 1940.
Cahen, C.: «La Tughra Seldjucide», en *Journal Asiatique*, vol. CCXXXIV. París, 1943-5.
Cambridge Medieval History (preparada por J. B. Bury), 8 vols. Cambridge, 1911-36.
Cauwenbergh, E. van: *Les Pèlerinages expiatoires et judiciaires dans le droit communal de la Belgique au Moyen Age*. Lovaina, 1922.
Cavaignac, E.: *Histoire du Monde* (véase Gaudefroy-Demombynes).
Chalandon, F.: *Essai sur le Règne d'Alexis Comnène Ier*. París, 1900.
Chalandon, F.: *Histoire de la Domination normande en Italie et en Sicile*, 2 vols. París, 1907.
Chalandon, F.: *Histoire de la première Croisade*. París, 1925.
Chalandon, F.: *Les Comnènes*. Todo II: *Jean II Comnène et Manuel Comnène*. París, 1913.
Chamich, M.: *History of Armenia* (trad. por J. Avdall), 2 vols. Calcuta, 1827.
Chevalier, U.: *Cartulaire de Saint-Chaffre* (véase bibliografía, pág. 329).
Christensen, A.: *L'Iran sous les Sassanides*. París-Copenhague, 1936.
Cognasso, F.: *La Genesi delle Crociate*. Turín, 1934.
Couret, A.: *La Palestine sous les Empereurs grecs*. Grenoble, 1869.
Couret, A.: *La Prise de Jérusalem par les Perses en 614*. Orléans, 1896.
Creswell, K. A. C.: *Early Muslim Architecture*, 2 vols. Oxford, 1932-40.
Crozet, R.: «Le Voyage d'Urbain II et ses arrangements avec le Clergé de France», en *Revue Historique*, vol. CLXXIX. París, 1937.
David, C. W.: *Robert Curthose*. Cambridge, Mass., 1920.
Delbrück, H.: *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, 3 vols. Berlín, 1907.
Delehaye, H.: *Les Origines du Culte des Martyres*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIV. Bruselas, 1925.
Delehaye, H.: *Sanctus: Essai sur le Culte des Saints*. Bruselas, 1927.
Der Nersessian, S.: *Armenia and the Byzantine Empire*. Cambridge, Mass., 1945.
Deschamps, P.: *Les Châteaux des Croisés en Terre Sainte*: vol. I, *Le Crac des Chevaliers*. París, 1934; vol. II, *La Défense du Royaume de Jérusalem*. París, 1939.
Devreesse, R.: *Le Patriarchat d'Antioche*. París, 1945.
Diehl, C., y Marçais, G.: *Le Monde Oriental de 395 à 1081*, vol. III de *Histoire Générale*, iniciada por G. Gloetz, *Histoire du Moyen Age*. París, 1936.
Diehl, C.; Marçais, G.; Oeconomos, L.; Guillaud, R., y Grousset, R.: *L'Europe Orientale de 1081 à 1453*, *ibid.*, vol. IX. París, 1945.
Dodu, G.: *Histoire des Institutions Monarchiques dans le Royaume Latin de Jérusalem*. París, 1894.
Dölger, F.: *Regesten der Kaiserurkunden des Oströmischen Reiches*, vol. II. Munich-Berlín, 1925.
Dozy, R.: *Histoire des Musulmans d'Espagne* (nueva ed.), 3 vols. Leyden, 1932.
Ducange, C. du F.: *Les Familles d'Outremer* (ed. por E. G. Rey). París, 1869.
Duchesne, L.: *Les Premiers Temps de l'Etat Pontifical*. París, 1898.
Duncalf, F.: «The Pope's Plan for the First Crusade», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro*. Nueva York, 1928.

Duval, R.: *Histoire politique, religieuse et littéraire d'Edesse.* París, 1892.
Dussand, R.: *Topographie historique de la Syrie antique et médiévale.* París, 1927.
Dvornik, F.: *The Photian Schism.* Cambridge, 1948.
Ebersolt, J.: *Les Sanctuaires de Byzance.* París, 1921.
Ebersolt, J.: *Orient et Occident,* 2 vols. París, 1928-9.
Encyclopaedia of Islam, 4 vols. Leyden-Londres, 1908-34.
Enlart, C.: *Les Monuments dês Croisés,* 2 vols. (con álbumes). París, 1925-8.
Erdmann, C.: *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens.* Stuttgart, 1935.
Every, G.: *The Byzantine Patriarchate.* Londres, 1947.
Fliche, A.: *Le Règne de Philippe Ier, Roi de France.* París, 1912.
Fliche, A.: *L'Europe Occidentale de 888 à 1125,* vol. II de *Histoire Générale,* iniciada por G. Gloetz, *Histoire du Moyen Age.* París, 1930.
Fliche, A.: «Urbain II et la Croisade», en *Revue de l'Histoire de l'Eglise de France,* vol. XIII. París, 1927.
Fliche, A., y Martin, E. V.: *Histoire de l'Eglise.* Véase Amann y Bréhier.
Fritsche, E.: *Islam und Christentum im Mittelalter.* Breslau, 1930.
Frye, R., y Sayili, A.: «Selcuklardan evvel Ontasarkta Türkler», en *Belleten,* vol. VII. Estambul, 1946.
Gaudefroy-Demombynes, J., y Platonov, S. F.: *Le Monde Musulman et Bizantin jusqu'aux Croisades,* en E. Cavaignac, *Histoire du Monde,* vol. VII. París, 1931.
Gay, J.: *L'Italie Méridionale et l'Empire Byzantin.* París, 1904.
Gay, J.: *Les Papes du XIe siècle et la Chrétienté.* París, 1926.
Gibbon, E.: *Decline and Fall of the Roman Empire* (ed. por J. B. Bury), 7 vols. Londres, 1896.
Gindler, P.: *Graf Balduin I von Edessa.* Halle, 1901.
Goeje, M. J. de: *Mémoire sur la Conquête de la Syrie par les Arabes.* Leyden, 1900.
Gordlevsky, A.: *El imperio seléucida en Asia Menor* (en ruso). Moscú, 1941.
Graefe, E.: Artículo «Hakim», en *Encyclopaedia of Islam.*
Graetz, H.: *Geschichte der Juden,* 11 vols. Leipzig, 1866-78.
Graf, G.: *Geschichte der Christlichen Arabischen Litteratur,* 2 vols. Ciudad del Vaticano, 1944-7.
Grandclaude, M.: *Etude Critique sur les Livres des Assises de Jérusalem.* París, 1930.
Grégoire, H.: «Mahomet et le Monophysisme», en *Mélanges Charles Diehl,* vol. I. París, 1930.
Grégoire, H.: «Notes sur Anne Comnène», en *Byzantion,* vol. III. Bruselas, 1926.
Grousset, R.: *Hitoire de l'Arménie des Origines à 1071.* París, 1947.
Grousset, R.: *Histoire des Croisades et du Royaume Franc de Jérusalem,* 3 vols. París, 1934-6.
Grousset, R.: *L'Empire du Levant.* París, 1946.
Grumel, V.: «Jérusalem entre Rome et Byzance», en *Echos d'Orient,* volumen XXXVIII. París, 1939.
Grumel, V.: «Les Patriarches d'Antioche du nom de Jean», en *Echos d'Orient,* vol. XXXII. París, 1933.
Grunebaum, G. E. V.: *Medieval Islam* (2.ª imp.). Chicago, 1947.
Güterbock, C.: *Der Islam im Lichte der byzantinischen Polemik.* Berlín, 1912.
Hagenmeyer, H.: *Chronologie de la Première Croisade.* París, 1902.
Hagenmeyer, H.: *Die Kreuzzugsbriefe.* Véase Bibliografía, pág. 337.
Hagenmeyer, H.: *Peter der Eremite.* Leipzig, 1879. Trad. francesa (sin apéndices), de Furcy Raynaud, *Le Vrai et le Faux sur Pierre l'Hermite.* París, 1883.

Halphen, L.: *L'Essor de l'Europe,* vol. VI de *Peuples et Civilisations* (ed. por I. Halphen y P. Sagnac), 2.ª ed. París, 1940.
Hansen, W.: *Das Problem des Kirchenstaates in Jerusalem.* Friburgo, 1928.
Hatem, A.: *Les Poèmes Epiques des Croisades.* París, 1932.
Heermann, O.: *Die Gefechtsführung der abendländischen Heere im Orient in der Epoche des ersten Kreuzzuges.* Marburgo, 1887.
Hefele, C. J.: *Histoire des Conciles* (trad. y ed. por H. Leclercq). París, 1907- (en publicación).
Hergenröther, J.: *Photius, Patriarch von Konstantinopel,* 3 vols. Ratisbona, 1887-9.
Heyd, W.: *Histoire du Commerce du Levant* (trad. por Furcy Raynaud; 2.ª reimpresión), 2 vols. Leipzig, 1936.
Hill, G.: *A History of Cyprus,* vol. I. Cambridge, 1940.
Hogarth, D. G., y Munro, J. A. R.: *Modern and Ancient Roads in Eastern Asia Minor. Royal Geographical Society, Supplementary Papers* (nueva serie), vol. III. Londres, 1893.
Holtzmann, W.: «Die Unionsverhandlungen zwischen Kaiser Alexios I und Papst Urban II im Jahre 1089», en *Byzantinische Zeitschrift,* vol. XXVIII. Leipzig, 1928.
Honigmann, E.: *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071,* en *Corpus Bruxellense Historiae Byzantinae,* vol. III. Bruselas, 1935.
Honigmann, E.: Artículos «al-Lâdhiqiya», «Izniq», «Macarrat al Numan», «Malatya», «Marash», «Missis», «Orfa», «Ortoqids» y «Shaizar», en *Encyclopaedia of Islam.*
Houtsma, M. T.: Artículo «Seljuks», en *Encyclopaedia Britannica,* 11.ª ed.; artículos «Menguchek» y «Tutush», en *Encyclopaedia of Islam.*
Huart, C.: *Histoire des Arabes,* 2 vols. París, 1911-12.
Huberti, L.: *Studien zur Rechtsgeschichte der Gottesfrieden und Landfrieden.* Ansbach, 1892.
Hussey, J. M.: *Church and Learning in the Byzantine Empire.* Oxford, 1937.
Iorga, N.: *Histoire de la Vie Byzantine,* 3 vols. París, 1934.
Iorga, N.: *Histoire des Croisades.* París, 1924.
Iorga, N.: *Les Narrateurs de la Première Croisade.* París, 1928.
Islam Ansiklopedisi. Estambul, 1940- (en publ.).
Jirecek, C.: *Die Heerstrasse von Belgrad nach Constantinopel und die Balkanpässe.* Praga, 1877.
Joranson, E.: «The Great German Pilgrimage of 1064-65», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro.* Nueva York, 1928.
Jugie, M.: *Le Schisme Byzantin.* París, 1941.
Jugie, M.: «Le Schisme de Michel Cérulaire», en *Echos d'Orient,* vol. XXXV. París, 1937.
Juynboll, T. W.: Artículo «Kharadj», en *Encyclopaedia of Islam.*
Klein, C.: *Raimund von Aguilers: Quellenstudie zur Geschichte des ersten Kreuzzuges.* Berlín, 1892.
Knappen, M. M.: «Robert II of Flanders in the First Crusade», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro.* Nueva York, 1928.
Köprülü, M. F.: «Anadolun Selcuklarî Tarihi' nin Yerli Kaynaklari», en *Belleten,* vol. VII. Estambul, 1943.
Köprülü, M. F.: *Les Origines de l'Empire Ottoman.* París, 1935.
Krauss, S.: *Studien zur byzantinisch-jüdischen Geschichten.* Leipzig, 1914.
Krebs, F.: *Zur Kritik Alberts von Aachen.* Münster, 1881.
Krey, A. C.: «A Neglected Passage in the *Gesta*», en *The Crusades and other Historical Essays presented to D. C. Munro.* Nueva York, 1928.

Krey, A. C.: «Urban's Crusade, Success or Failure?», en *American Historical Review*, vol. LIII. Nueva York, 1918.
Krumbacher, K.: *Geschichte der byzantinischen Litteratur*. Munich, 1897.
Kügler, B.: *Albert von Aachen*. Stuttgart, 1885.
Kügler, B.: *Bohemund und Tankred*. Tubinga, 1862.
Kügler, B.: *Geschichte der Kreuzzüge*. Berlín, 1891.
Kügler, B.: «Peter der Eremite und Albert von Aachen», en *Historische Zeitschrift*, vol. XLIV, Berlín-Munich, 1880.
Kühne, E.: *Zur Geschichte des Fürstentums Antiochien 1098-1130*. Berlín, 1897.
Kulakovsky, Y.: «Crítica de pruebas en Teófanes» (en ruso), en *Vizantiiski Vremennik*, vol. XXI. San Petersburgo, 1915.
Kulakovsky, Y.: *Historia de Bizancio* (en ruso), 3 vols. Kiev, 1913-15.
Kurat, A. N.: *Peçenek Tarihi*. Estambul, 1937.
Kuseir Amra. Publ. por la Kaiserliche Akademie des Wissenschaften, 2 vols. Viena, 1907.
Labourt, J.: *De Timotheo I, Nestorianorum Patriarcha*. París, 1904.
Labourt, J.: *Le Christianisme dans l'Empire Perse*. París, 1904.
Lammens, H.: *Etudes sur le Siècle les Ommayades*. Beirut, 1930.
Lamens, H.: *L'Arabie Occidentale avant l'Hégire*. Beirut, 1928.
Lammens, H.: *La Syrie: Précis Historique*, 2 vols. Beirut, 1921.
La Monte, J. L.: *Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*. Cambridge, Mass., 1932.
Lane Poole, S.: *A History of Egypt in the Middle Ages*. Londres, 1925.
Lane Poole, S.: *The Mohammedan Dynasties*. París, 1925.
Langlois, V.: *Numismatique de l'Arménie au Moyen Age*. París, 1855.
Laurent, J. *Byzance et les Turcs Seldjoucides jusqu'en 1081*. Nancy, 1913.
Laurent, J.: «Byzance et les Origines du Sultanat de Roum», en *Mélanges Charles Diehl*, vol. I. París, 1930.
Laurent, J.: «Des Grecs aux Croisés: Etude sur l'histoire d'Edesse», en *Byzantion*, vol. I. Bruselas, 1924.
Laurent, J.: *L'Arménie entre Byzance et l'Islam*. París, 1919.
Laurent, J.: «Le Duc d'Antioche Katchatour», en *Byzantinische Zeitschrift*, volumen XXX. Leipzig, 1929-30.
Laurent, J.: «Les Arméniens de Cilicie», en *Mélanges Schlumberger*, vol. I. París, 1924.
Leib, B.: *Deux Inédits Byzantins sur les Azymites*. Véase Bibliografía, pág. 328.
Leib, B.: *Rome, Kiev et Byzance à la fin du XIème siècle*. París, 1924.
Le Strange, G.: *Lands of the Eastern Caliphate*. Cambridge, 1905.
Le Strange, G.: *Palestine under the Moslems*. Londres, 1890.
Loewe, H. M. J.: «The Seljuks», en *Cambridge Medieval History*, vol. IV, capítulo X, B. Cambridge, 1923.
Longnon, J.: *Les Français d'Outremer au Moyen Age*. París, 1929.
Lot, F.: *L'Art Militaire et les Armées du Moyen Age*, 2 vols. París, 1946.
Luchaire, A.: «Les premiers Capétiens», en E. Lavisse, *Histoire de France*, volumen II, 2. París, 1901.
Manselli, R.: «Normanni d'Italia alla Prima Crociata: Boemondo d'Altavilla», en *Japigia*, vol. IX. Nápoles, 1940.
Manteyer, G. de: *La Provence du Ier au XIIe Siècle*. París, 1908.
Maricq, A.: «Un 'Comte de Brabant' et des 'Brabançons' dans deux textes byzantins», en *Académie Royale de Belgique, Bulletin de la Classe des Lettres*, 5.ª serie, vol. XXXIV. Bruselas, 1948.
Mély, F. de: «La Croix des premiers Croisés», en vol. compl. a Riant, *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae*. París, 1904.
Michaud, J. F.: *Histoire des Croisades*, 5 vols. París, 1817-22.

Michel, A.: *Amalfi und Jerusalem im griechischen Kirchenstreit. Orientalia Christiana Analecta,* núm. 121. Roma, 1939.
Michel, A.: *Humbert und Kerularios,* 2 vols. Paderborn, 1924-30.
Moeller, C.: «Godefroid de Bouillon et l'Avouerie du Saint-Sépulcre», en *Mélanges Godfried Kurth,* vol. I. Lieja, 1908.
Moravcsik, G.: *Byzantinoturcica,* 2 vols. Budapest, 1942-3.
Mordtmann, J. H.: Artículos «Izmir» y «Eskisehir», en *Encyclopaedia of Islam.*
Muir, W.: *The Caliphate, its Rise, Decline and Fall* (ed. corr.). Edimburgo, 1915.
Mukrimin Halil (Yinanç): Artículo «Danismend», en *Islam Ansiklopedisi.*
Mukrimin Halil (Yinanç): *Türkiye Tarihi, Selcuklu Dairi,* vol. I, *Anadolun Fethi.* Estambul, 1934.
Munro, D. C.: «Did the Emperor Alexius I ask for aid at the Council of Piacenza?», en *American Historical Review,* vol. XXVII. Nueva York, 1922.
Munro, D. C.: *The Kingdom of the Crusaders.* Nueva York, 1936.
Munro, D. C.: «The Speech of Pope Urban II at Clermont», en *American Historical Review,* vol. XI. Nueva York, 1906.
Nau, F.: *Les Arabes Chrétiens de Mésopotamie et de Syrie du VIIème au VIIIème siècle.* París, 1933.
Nicholson, R. H.: *Tancred.* Chicago, 1940.
Norden, W.: *Das Papsttum und Byzanz.* Berlín, 1903.
Oeconomos, L.: *La Vie Religieuse dans l'Empire Byzantin.* París, 1918.
O'Leary, De L.: *Arabia before Mohammed.* Londres, 1927.
O'Leary, De L.: *A short History of the Fatimid Khaliphate.* Londres, 1923.
O'Leary, De L.: *How Greek Science passed to the Arabs.* Londres, 1948.
Oman, C. W. C.: *A History of the Art of War in the Middle Ages* (2.ª ed.), 2 vols. Londres, 1924.
Ormanian, M.: *L'Église Arménienne.* París, 1910.
Ostrogorsky, G.: «Agrarian Conditions in the Byzantine Empire», en *Cambridge Economic History of Europe,* vol. I. Cambridge, 1942.
Ostrogorsky, G.: *Geschichte des byzantinischen Staates.* Munich, 1940.
Paris, G.: «La Chanson d'Antioche provençale et la Grande Conquista de Ultramar», en *Romania,* vols. XVII, XIX y XXII. París, 1888, 1890 y 1893.
Paulot, L.: *Un Pape Français: Urbain II.* París, 1903.
Pernice, A.: *L'Imperatore Eraclio.* Florencia, 1905.
Pfister, C.: *Etudes sur le Règne de Robert le Pieux.* París, 1885.
Pigeonneau, H.: *Le Cycle de la Croisade et la Famille du Bouillon.* Saint-Cloud, 1877.
Pignot, J. H.: *Histoire de l'Ordre de Cluny,* 3 vols. Autun, 1868.
Pigulevskaya, N. V.: *Bizancio y el Irán en los siglos VI y VII* (en ruso). Moscú, 1946.
Pontieri, E.: *Tra i Normanni nell'Italia meridionale.* Nápoles, 1948.
Poupardin, R.: *Le Royaume de Bourgogne.* París, 1907
Prutz, H. G.: *Wilhelm von Tyrus.* Munich, 1883.
Ramsay, W. M.: *The Historical Geography of Asia Minor. Royal Geographical Society, Supplementary Papers,* vol. IV. Londres, 1890.
Ramsay, W. M.: «The Intermixture of Races in Asia Minor», en *Proceedings of the British Academy,* vol. VII. Londres, 1917.
Rasovsky, D.: «Los Polovsianos» (en ruso), en *Seminarium Kondakovianum,* vols. VI-X. Pragra-Belgrado, 1935-9.
Rey, E. G.: *Les Colonies Franques de Syrie.* París, 1883.
Rey, E. G.: «Les Dignitaires de la Principauté d'Antioche», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. VIII. París, 1900-1.
Riant, P.: *Donation de Hugues, Marquis de Toscane. Académie d'Inscriptions et de Lettres, Histoires et Mémoires,* vol. XXXI. París, 1884.

Riant, P.: *Expéditions et Pèlerinages des Scandinaves en Terre Sainte.* París, 1865.
Riant, P.: *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae,* 2 vols. Ginebra, 1877-8.
Riant, P.: *Inventaire critique des Lettres historiques des Croisades.* Véase Bibliografía, pág. 328.
Richmond, E. T.: *The Dome of the Rock in Jerusalem.* Oxford, 1924.
Röhricht, R.: «Die Pilgerfahrten dem Heiligen Lande vor den Kreuzzügen», en Raumer, *Historisches Taschenbuch,* vol. V, serie 5.ª Leipzig, 1875.
Röhricht, R.: *Geschichte der ersten Kreuzzuges.* Innsbruck, 1901.
Röhricht, R.: *Geschichte des Königreichs Jerusalem.* Innsbruck, 1898.
Röhricht, R.: *Regesta Regni Hierosolymitani.* Véase Bibliografía, pág. 328.
Rosen, V. R.: *El Emperador Basilio Bulgaróctono* (en ruso). San Petersburgo, 1883.
Rousset, P.: *Les Origines et les Caractères de la première Croisade.* Neuchâtel, 1945.
Runciman, S.: «Charlemagne and Palestine», en *English Historical Review,* volumen I. Londres, 1935.
Runciman, S.: «The Byzantine 'Protectorate' in the Holy Land», en *Byzantion,* vol. XVIII. Bruselas, 1948.
Runciman, S.: *The Emperor Romanus Lecapenus.* Cambridge, 1929.
Runciman, S.: «The Holy Lance found at Antioch», en *Analecta Bollandiana,* vol. LXVIII. Bruselas, 1950.
Sackur, E.: *Die Cluniacenser,* 2 vols. Halle, 1892-4.
Schlumberger, G.: «Deux Chefs normands des Armées byzantines», en *Revue Historique,* vol. XVI. París, 1881.
Schlumberger, G.: *L'Epopée Byzantine,* 3 vols. París, 1896-1905.
Schlumberger, G.: *Numismatique de l'Orient Latin,* 2 vols. París, 1878-82.
Schlumberger, G.: *Récits de Byzance et des Croisades,* 2 vols. París, 1917-22.
Schlumberger, G.: *Sigillographie de l'Empire Byzantin.* París, 1884.
Schlumberger, G.: *Sigillographie de l'Orient Latin* (continuada por F. Chalandon y completada por A. Blanchard). París, 1943.
Schlumberger, G.: *Un Empereur Byzantin, Nicéphore Phocas.* París, 1890.
Simon, G.: *Der Islam und die Christliche Verkündigung.* Gütersloh, 1920.
Sobernheim, M.: Artículo «Ibn Ammar», en *Encyclopaedia of Islam.*
Starr, J.: «Byzantine Jewry on the eve of the Arab Conquest», en *Journal of the Palestine Oriental Society,* vol. XV. Jerusalén, 1935.
Starr, J.: *The Jews in the Byzantine Empire, 641-1024.* Atenas, 1939.
Stevenson, W. B.: «Islam in Syria and Egypt» y «The First Crusade», en *Cambridge Medieval History,* vol. V, caps. VI y VII. Cambridge, 1926.
Stevenson, W. B.: *The Crusaders in the East.* Cambridge, 1907.
Sybel, H. von: *Geschichte der ersten Kreuzzuges* (2.ª ed.). Leipzig, 1881.
Ter Mikelian, A.: *Die Armenische Kirche in ihren Beziehungen zur Byzantinischen Kirche.* Leipzig, 1892.
Ter Minassiantz, A.: *Die Armenische Kirche in ihren Beziehungen zu den Syrischen Kirchen.* Leipzig, 1904.
Thibaudet, A.: *Cluny.* París, 1928.
Thurot, C.: «Etudes Critiques sur les Historiens de la Première Croisade», en *Revue Historique,* vol. I. París, 1876.
Tomaschek, W.: *Zur historischen Topographie von Kleinasien im Mittelalter. Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Philos.-hist. Classe,* vol. CXXIV. Viena, 1891.
Tournebize, F.: *Histoire politique et religieuse de l'Arménie.* París, 1910.
Tritton, A. S.: *The Caliphs and their non-Muslim Subjects.* Oxford, 1930.

Usener, H.: *Der Heilige Tychon, Sonderbare Heilige,* núm. 1. Leipzig-Berlín, 1907.

Uspensky, F. I.: *Historia de las Cruzadas* (en ruso). San Petersburgo, 1900.

Vacant, A., y Mangenot, E.: *Dictionnaire de Théologie Catholique.* París, 1899- (en publ.).

Vailhé, S.: «La Prise de Jérusalem par les Perses en 614», en *Revue de l'Orient Chrétien,* vol. VI. París, 1901.

Vailhé, S.: «Les Juifs et la Prise de Jérusalem en 614», en *Echos d'Orient,* vol. XII. París, 1907.

Vaissète, Dom: *Histoire de Languedoc* (ed. por A. Molinier), 10 vols. Toulouse, 1874.

Vasiliev, A. A.: *Bizancio y los árabes* (en ruso), 2 vols. San Petersburgo, 1900-2. Volumen I trad. por H. Grégoire y E. M. Canard: *Byzance et les Arabes,* en *Corpus Bruxellense Historiae Byzantinae,* vol. I. Bruselas, 1935.

Vasiliev, A. A.: *Histoire de l'Empire Byzantin,* 2 vols. París, 1932.

Vasiliev, A. A.: «The Opening Stages of the Anglo-Saxon Immigration to Byzantium in the Eleventh Century», en *Seminarium Kondakovianum,* vol. IX. Praga-Belgrado, 1937.

Vasilievsky, V. G.: *Obras* (en ruso), el vol. I contiene *Bizancio y los pechenegos,* y *Los varegos rusos y los varegos ingleses en Constantinopla.* San Petersburgo, 1908.

Verlinden, C.: «Robert Ier, Le Frison, Comte de Flandre», en *Werken mitgegeven door de Faculteit der Wijsbegeerde en Letteren te Gent.* Gante, 1935.

Villey, M.: *La Croisade: Esai sur la Formation d'une Théorie juridique,* vol. VI, de H. X. Aquillière, *L'Eglise et l'Etat au Moyen Age.* París, 1942.

Vincent, H., y Abel, R.: *Jérusalem;* vol. II, *Jérusalem Nouvelle* (2 fasc.). París, 1914-26.

Wellhausen, J.: *Das Arabische Reich und sein Sturz.* Berlín, 1902.

Wiet, G.: *L'Egypte Arabe,* vol. IV de la *Histoire de la Nations Egyptienne,* de C. Hanataux. París, 1937.

Wilken, F.: *Geschichte der Kreuzzüge,* 7 vols. Leipzig, 1807-32.

Wittek, P.: «Byzantinisch-seldschukische Beziehungen», en *Ostersche Genootschap in Nederland, Verlag van het achste Congress.* Leyden, 1936.

Wittek, P.: «Deux Chapitres de l'Histoire des Turcs de Roum», en *Byzantion,* vol. XI. Bruselas, 1936.

Wittek, P.: «Le Sultan de Rum», en *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales et slaves,* vol. VI. Bruselas, 1938.

Wittek, P.: *The Rise of the Ottoman Empire.* Londres, 1938.

Wolff, T.: *Die Bauernkreuzzüge des Jahres 1096: ein Beitrag zur Geschichte des ersten Kreuzzuges.* Tubinga, 1891.

Yakubovsky, A.: «La invasión seléucida y los turcomanos en el siglo XI» (en ruso), en *Actas de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S.* Moscú, 1936.

Yewdale, R. B.: *Bohemund the First.* Nueva York, 1917.

Yinanç: Véase Mukrimin Halil.

Zettersteen, K. V.: Artículos «Sukman ibn Ortok» y «Suleiman ben Qutulmush», en *Encyclopaedia of Islam.*

Zlatarsky, V. N.: *Historia del Imperio búlgaro* (en búlgaro), 3 vols. en 4. Sofía, 1918-40.

INDICE ALFABETICO

[No se incluyen en este índice nombres de pueblos, tales como árabes, turcos, griegos, francos, franceses, italianos, ni estados como Bizancio o el Califato, ni de países como Siria, Palestina, Egipto o Asia Menor; todos ellos aparecen con frecuencia en el texto.]

tiana o última invasión de los bárbaros, movimiento animado por razones religiosas o saqueo guiado por la ambición y la codicia, la HISTORIA DE LAS CRUZADAS constituye, en cualquier caso, un acontecimiento decisivo. Antes de su inicio —en el siglo XI— los grandes centros de la civilización eran Bizancio y el Califato árabe; antes de su conclusión —en el siglo XIV— la hegemonía de la cultura y del poder se había desplazado ya hacia Occidente. Para comprender ese irresistible movimiento de deriva no basta con estudiar su génesis en Europa; es preciso también explicar las condiciones que en Oriente posibilitaron el avanze de los cruzados. Al narrar lo que Gibbon llamó «la controversia del mundo», la mirada debe abarcar desde el Atlántico hasta Mongolia y el espectador ha de situarse en la perspectiva tanto de los francos como de los árabes y los cristianos de Oriente. Los tres volúmenes de esta obra ya clásica de STEVEN RUNCIMAN —«La primera Cruzada y la fundación del Reino de Jerusalén» (AU 59), «El Reino de Jerusalén y el Oriente Franco» (AU 60), «El Reino de Acre y las últimas Cruzadas» (AU 61)— ilustran las vastas posibilidades de un enfoque historiográfico que se propone «registrar, en una extensa sucesión, los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre». En esta misma colección: «Vísperas sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII» (AU 248), de Steven Runciman, y «Las cruzadas vistas por los árabes», de Amin Maalouf (LS 69).

Alianza Editorial

Combates de templarios en la II Cruzada
Museo Nacional de Monumentos Franceses
París. Fotografía EDISTUDIO